INFORMATION TO USERS

The most advanced technology has been used to photograph and reproduce this manuscript from the microfilm master. UMI films the text directly from the original or copy submitted. Thus, some thesis and dissertation copies are in typewriter face, while others may be from any type of computer printer.

The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted. Broken or indistinct print, colored or poor quality illustrations and photographs, print bleedthrough, substandard margins, and improper alignment can adversely affect reproduction.

In the unlikely event that the author did not send UMI a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if unauthorized copyright material had to be removed, a note will indicate the deletion.

Oversize materials (e.g., maps, drawings, charts) are reproduced by sectioning the original, beginning at the upper left-hand corner and continuing from left to right in equal sections with small overlaps. Each original is also photographed in one exposure and is included in reduced form at the back of the book. These are also available as one exposure on a standard 35mm slide or as a 17" x 23" black and white photographic print for an additional charge.

Photographs included in the original manuscript have been reproduced xerographically in this copy. Higher quality 6" x 9" black and white photographic prints are available for any photographs or illustrations appearing in this copy for an additional charge. Contact UMI directly to order.

U·M·I

University Microfilms International
A Bell & Howell Information Company
300 North Zeeb Road, Ann Arbor, MI 48106-1346 USA
313/761-4700 800/521-0600

Order Number 9000730

La creación del mito del puertorriqueño dócil en la literatura de Puerto Rico: *La charca* de Manuel Zeno Gandía. (Volumes I and II) [Spanish text]

Rivera-Valdés, Sonia, Ph.D.

City University of New York, 1989

Copyright ©1989 by Rivera-Valdés, Sonia. All rights reserved.

U·M·I
300 N. Zeeb Rd.
Ann Arbor, MI 48106

La creación del mito del puertorriqueño dócil en la literatura de Puerto Rico: *La charca* de Manuel Zeno Gandía

by

Sonia Rivera-Valdés

Tomo I

A dissertation submited to the Graduate Faculty in Spanish in partial fulfullment of the requirements for the degree of Doctor of Philosopy, The City University of New York.

1989

1989

Copyright by

Sonia Rivera-Valdés

All Rights Reserved

This manuscript has been read and accepted for the Graduate Faculty in Spanish in satisfaction of the dissertation requirement for the degree of Doctor of Philosophy.

April 26, 1989
Date

Marlene Gottlieb
Chair of Examining Committee

December 26, 1988
Date

Executive Officer

Marlene Gottlieb

Jose Antonio Sacoto

Supervisory Committee

The City University of New York

Abstract

La creación del mito del puertorriqueño dócil en la literatura de Puerto Rico: *La charca* de Manuel Zeno Gandía. (Spanish text).

by

Sonia Rivera Valdés

Adviser : Marlene Gottlieb

This work traces the myth of the docile Puerto Rican in the literature of Puerto Rico from the XVIII century -the period in which the New World chroniclers began to describe the inhabitants of the island- to the end of XIX century, when it culminates in *La charca,* the novel by Manuel Zeno Gandía. The final objective of the work is to explain, through analysis of the texts, the ideological motives behind the creation of the myth.

The different ways in which Puerto Ricans are described in the literature are analized throughout the three parts that make up the work, from their first appearance in the literature up to 1894, when *La Charca* was published. Before its publication, Manuel Zeno Gandía had declared the novel an accurate reflection of realism. It has been praised for its documentary value until recently. To this day, there are still those who defend the position that its reading is useful in learning about the late XIX century in Puerto Rican history. This assertion may be true, but only if historic reality is searched for in its

The universe in which the characters of *La charca* develops contains many elements taken from historic society: geography, social and political conditions, ant at times, the use of language. For this reason, it is easily taken for a reflection of real life. However, a study of the novel in light of present Puerto Rican historiography reveals a fictional society created by the author's ideology rather than extracted from social reality.

Agradecimiento

Agradezco tanto a tantos y a tantas que la lista sería muy larga para incluirla aqui. Mencionaré los nombres que sobresalen en mi memoria en este momento: la profesora Marlene Gottlieb por su flexibilidad y tolerancia, el profesor Isaías Lerner por el apoyo que me ha brindado siempre, el profesor Antonio Sacoto por la generosidad de ceder largas horas de su tiempo a una lectura en la que no esperaba verse involucrado. A Mario Picayo agradezco su apoyo económico y el respeto a mi trabajo; a mi hermano Jorge Luis y a mis hijos Mario, José y Jesús, la seguridad que tengo de lo mucho que me quieren, el saber que siempre puedo contar con ellos. Sin la computadora que me regaló Mario, esta tesis hubiera demorado mucho más tiempo en terminarse. Agradezco a la vida los amigos y las amigas que han estado ahí todo el tiempo para oír quejas, disipar dudas, para acompañarme. Siempre han estado a mi lado, espontáneamente, a cualquier hora y cualquier día de la semana sin que la vida les haya dado esa obligación, ya sea por lazos de sangre o de leyes: Hilda Díaz, Esteban Higler, Albor Ruiz, Nancy Morejón, Lisa Davis, Mirtha Quintanales, Mildred Borrás, Vivian Otero. Mi agradecimiento a Puerto Rico y su pueblo.

Prefacio

Un sábado por la tarde, en febrero de 1967, llegué a Puerto Rico con mi familia. El sol del atardecer coloreaba de amarillo rojizo el palmar que entonces estaba junto a la pista de aterrizaje del aeropuerto. El sonido del roce de las hojas de las palmas movidas por el viento me hizo levantar la vista y mirarlas mientras bajaba la escalera del avión. El paisaje que tenía ante mis ojos se parecía mucho al de Cuba. Montamos en el carro de mi hermano, que había ido a recibirnos, y nos dirigimos a la urbanización Extensión los Angeles donde viviríamos. Al entrar en la urbanización, le encontré un parecido extraordinario con el Reparto Alturas de Mañana, donde vivía en La Habana, pero los portales de estas casas estaban completamente enrejados y los de La Habana no. Me pareció raro e incómodo. Aquellas rejas impedían, seguramente, la vista para la calle. Pregunté por qué tantas rejas. Me contestaron que se necesitaban porque había muchos robos.

Mis hijos llegaron a su nueva casa e inmediatamente se quitaron las camisas, fascinados de haber recuperado un clima que les permitiera salir "sin tener que ponerse tanta ropa," como uno de ellos lo pedía siempre en Nueva York, donde protestaba constantemente por el frío al que no estaba acostumbrado. Me gustó mi nueva casa, pero no las rejas. Desempaqué pensando que nunca había visto algo semejante.

Por la noche mi hermano y su familia nos llevaron a dar una vuelta por San Juan. Enseñándonos la ciudad mientras manejaba, mi hermano señaló

una estatua y me dijo que era Juan Ponce de León, el conquistador de Puerto Rico. Tanta extrañeza como las rejas me causó la erección de un monumento al conquistador español. No concebía una estatua a Diego de Velázquez o a Pánfilo de Narváez en La Habana. El paseo continuó y mi hermano continuaba señalando edificios a los que yo no prestaba atención. Con la cabeza vuelta hacia atrás seguía mirando aquel monumento, inexplicable para mí. Aquella noche comenzó a gestarse esta tesis.

Después de aquel día vinieron otras grandes sorpresas. Cuando hablaba de métodos anticonceptivos con otras mujeres, frecuentemente me decían: "yo no tengo que preocuparme por eso, porque estoy operada." Y no decían de qué las habian operado. Por discreción, yo no preguntaba. Al principio, pensé que debido a alguna enfermedad previa tenían que haber sido operadas de algo que las había incapacitado para quedar embarazadas. Después de oír repetidamente lo de la operación, siempre asociada con anticonceptivos comprendí que querían decir que estaban esterilizadas. En Cuba muy pocas mujeres, poquísimas, hasta donde yo conocí, habían optado por un método tan radical para prevenir los embarazos. Cuando se hacía había una razón poderosa y todo el mundo, especialmente las otras mujeres, sentían una gran compasión por aquella a la que le había ocurrido algo tan lamentable. El sentimiento era que la esterilización, en cierta forma, mutilaba. Comencé a preguntar porqué se esterilizaban tantas mujeres en Puerto Rico y, aparentemente, nadie sabía la respuesta exacta, ni siquiera las "operadas." Generalmente decían que habían ido a tener un hijo al hospital, el médico les explicó las ventajas de la operación: no tendrían que preocuparse más de quedar embarazadas y ella y el marido habían aceptado. Otras veces decían que era normal, todo el

mundo lo hacía. Y no hacerlo significaba algo así como no ser suficientemente civilizada, no marchar con los tiempos modernos.

Me asombraron muchas otras cosas que no entendía: el arroz que las vecinas me decían que tenía que lavar muchas veces antes de cocinar porque "traía talco;" la multitud de bases militares norteamericanas que invadían la isla y controlaban Vieques, la poca veneración, a nivel nacional, a don Pedro Albizu Campos, cuya foto, en la cárcel y enfermo, había sido tantas veces la portada de la revista *Bohemia* de La Habana. Pero lo más sorprendente fue cuando llegó el 23 de septiembre y mis hijos no escribieron en la escuela ni una composición sobre el Grito de Lares, ni hubo un acto conmemorativo. No hubo nada.

Poco a poco, golpe a golpe, en Puerto Rico aprendí lo que la palabra colonialismo significa. Y sentí que no hubiera querido aquel destino para Cuba. Y a través de la desgracia de la isla hermana entendí la historia de Cuba y el porqué del proceso revolucionario cubano como no pude entenderlo viviendo en Cuba. Esta es una deuda con Puerto Rico que no podré saldar nunca. A ese pueblo dedico este trabajo. El que cubanos y puertorriqueños trabajen juntos está dentro de la mejor tradición antillana: la de Betances, Martí, Hostos, Lola Rodríguez de Tió, Julia de Burgos. La del Partido Revolucionario Cubano, concebido para liberar ambas islas, la de los trabajadores del siglo XIX, tanto cubanos como puertorriqueños que donaron desde Nueva York el diez por ciento de sus salarios para la libertad de Cuba y Puerto Rico. Es por esta razón de vieja hermandad por la que en la Casa de las Américas de Nueva York, hoy en día, al retrato de Martí, al de Maceo, al de Betances y al de Albizu Campos se les ponen flores con igual respeto.

Indice

Tomo I

Abstract iv

Agradecimiento vi

Prefacio vii

Indice x

Introducción 1

I Primera parte: Zeno Gandía y su mundo

Capítulo I Puerto Rico en el siglo XVIII 23

Capítulo II Puerto Rico en la primera mitad del siglo XIX 55

Capítulo III Puerto Rico en la segunda midad del siglo XIX 107

Capítulo IV Primera parte: Puerto Rico de 1870 a 1887 140

Capítulo IV Segunda parte: Puerto Rico de 1887 a 1897 189

Capítulo V De la Carta autonómica a la Comisión a Washington: 1897 a 1899 234

II Segunda parte

Capítulo I: El método naturalista y Manuel Zeno Gandía 257

Capítulo II: Los intelectuales latinoamericanos y el naturalismo 295

Tomo II

III Tercera parte

Nota sobre el análisis de *La charca* 325

Título y epígrafe 328

Capítulo I 330

Capítulo II 369

Capítulo III 420

Capítulo IV 465

Capítulo V 519

Capítulo VI 560

Capítulo VII 587

Capítulo VIII 640

Capítulo IX 678

Capítulo X 721

Capítulo XI 751

Conclusión 769

Conclusión 769

Bibliografía 777

Introducción

> The justification for ranking groups by inborn worth has varied with the tides of Western history. Plato relied upon dialectic, the Church upon dogma. For the past two centuries, scientific claims have become the primary agent for validating Plato's myths.
>
> Stephen Jay Gould [1]

El objetivo de esta tesis, en última instancia, es demostrar cómo los hechos pueden filtrarse a través de los prejuicios y al salir por el otro lado del tamiz parecer hechos "puros", sin filtrar.

Desde el siglo XVII hubo españoles que se expresaron despectivamente sobre el puertorriqueño en general, sin distinciones de clase o raza. En el XVIII esta corriente continúa a través de varios cronistas que visitan la isla y describen a sus habitantes. En el siglo XIX la desvalorización persiste y con el transcurso de los años se agudiza de manera mucho más negativa aún. Para finales del siglo pasado, lo que había sido hasta aquel momento una opinión emitida por europeos desde una perspectiva externa y prejuiciada se proclama como verdad científica. Y ahora quienen sustentan este juicio no son extranjeros, sino la intelectualidad criolla, y el inferiorizado no es el "puertorriqueño" en general, sino las clases trabajadoras, especialmente el campesinado que constituía el 80% de la población de Puerto Rico. Para

validar este mito se toman como fundamento las teorías científicas decimonónicas antropólogicas, sociológicas y sobre todo las biológicas relacionadas con las razas y el determinismo científico. De aquí en adelante, la inferioridad del jíbaro se tomará como un hecho real y "verdadero," que siempre había sido, pero que ahora los modernos métodos científicos con que contaba el siglo XIX permitían analizarla. La lastimosa condición del campesino sólo cambiaría mediante reformas sociales, políticas y biológicas. Este cambio habría de ser gradual, nunca drástico; era un problema de evolución. Eso decían aquellos escritores.

El representante máximo de esta postura negativista en el siglo XIX fue Manuel Zeno Gándía con su novela *La charca*, publicada en 1894. Hasta recientemente, uno de los mayores motivos de popularidad de la obra ha sido el valor documental que se le atribuía, el ser considerada reflejo fiel de la sociedad que la inspiró, al extremo de que no era raro oír hablar de ella como de un texto capaz de substituir tratados históricos. Mariano Abril decía a principios del siglo XX: "Cuando el futuro historiador desee conocer el estado social y las costumbres del país en el último tercio del pasado siglo, tendrá que recurrir a las novelas de Zeno." [2] Sin llegar a este extremo, las descripciones del campo que se dan en *La charca* son tan vívidas, que no es raro encontrar en los libros de historia de Puerto Rico escritos en la actualidad, el nombre de la novela o de su autor al aludir al mundo campesino de fines del siglo XIX. Un pasaje de la obra, por ejemplo, sirve de epígrafe a *Amargo café,* de Fernando Picó. [3] Respecto a la vigencia que han tenido por muchos años las opiniones de Zeno Gandía, basta con citar dos ejemplos. En 1955, la presidenta del ateneo, Nilita Vientós Gastón, de

indiscutible política independentista, declaró en la celebración del centenario del nacimiento del escritor:

> Es el creador de nuestra novela, contribuyó con ella a ayudarnos a ver más claro lo que somos y como somos. El buen novelista es un pintor de su tiempo, un testigo consciente e inconsciente de los acontecimientos de la época en que le tocó en suerte vivir. La historia se palpa a veces más en las páginas de una novela que en un texto de historia. Porque la creación novelesca es historia vivida, observada por el ojo insobornable del artista, ordenada de acuerdo a su visión particular que será más o menos valiosa según la calidad del entendimiento del que narra. [4]

De acuerdo a este comentario de Nilita Vientós, el "ojo" del artista es insobornable y la visión histórica de una obra será "más o menos valiosa según la calidad del entendimiento del que narra". Si partimos de estas premisas extra literarias, la perspectiva histórica de *La charca* era absolutamente confiable, ya que fue escrita por un hombre que mereció el mayor respeto a que podía aspirar un intelectual de su época. En fecha tan cercana como 1976, un crítico literario repite y apoya una afirmación de Francisco Manrique Cabrera en que éste último se refería, tiempo atrás, al alto grado de veracidad histórica que contenía *La charca* : "Manuel Zeno Gandía . . . es, para nosotros, incuestionable portador de verdad." [5]

Desgraciadamente, esta corriente despectiva no terminó con el siglo XIX, sino que alcanzó su clímax en la década de 1930. Por estos años Puerto Rico sufre una crisis sobre la cual se ha escrito bastante. La precaria situación económica del país, dependiente casi totalmente de los Estados Unidos, es en gran parte la manifestación de la depresión que sufría el mundo capitalista. En el plano intelectual la crisis se manifiesta en una literatura de autoanálisis del carácter nacional de tono extremadamente pesimista.

En el segundo número de la revista *Indice* , en 1929, apareció una encuesta que giraba alrededor de dos preguntas: ¿Somos o no somos? ¿Qué somos y cómo somos? Manuel Zeno Gandía tiene ya en aquel momento 7 años de edad y morirá al siguiente, 1930. Fue él uno de los organizadores de la encuesta y, además, la contesta. Dice en su respuesta:

> Somos una masa informe que voltea en el vértigo. Ni contornos, ni perfiles, ni personalidades, ni patriarcado, todo revuelto cede al impulso de una ley histórica que no supimos o no quisimos comprender. [6]

En 1934, también para responder a las preguntas de la revista*Indice*, que no hacían sino sintetizar el sentimiento de abatimiento ante la realidad nacional imperante entre los intelectuales criollos, Antonio S. Pedreira escribió *Insularismo* [7]. El ensayo ha sido lectura obligatoria en los cursos de español hasta la fecha.

La visión negativa del puertorriqueño que da Pedreira en su libro, fue tomada en aquellos momentos, y por muchos años consecutivos, como la reflexión amarga y valiente sobre una verdad incuestionable: los puertorriqueños somos así; duele confrontarlo, pero hay que hacerlo: "Nuestras rebeldías son momentáneas; nuestra docilidad permanente" [8] "Por una serie de condiciones en que intervienen la etnología, la geografía y la historia, somos un pueblo triste" [9]. Hoy, el análisis de la evaluación de Pedreira sobre el puertorriqueño es muy diferente. Su interpretación devastadora correspondió al profundo desencanto de la élite criolla ante el fracaso para llevar adelante su proyecto político y económico después de la invasión norteamericana en 1898. Su visión no reflejaba la realidad histórica del pueblo ni podía encontrarse la explicación al triste destino de Puerto Rico relacionándolo con aspectos de la cultura como la música; menos aún con la

geografía, por supuesto. Del análisis de la ideología de este libro se ha ocupado Juan Flores en *Insularismo e ideología burguesa en Antonio Pedreira.* [10]

Insularismo representa el clímax de la valoración negativa del puertorriqueño en la literatura. El epílogo de esta corriente será el ensayo "El puertorriqueño dócil", de René Marqués, escrito en 1960. [11]

La historia de todos los países latinoamericanos ha sido tergiversada, ocultada y escamoteada al pueblo durante siglos a conveniencia de las clases en el poder, tanto las nacionales como las de las metrópolis de las que han dependido. En Puerto Rico la situación ha sido aún peor debido a su situación colonial ininterrumpida hasta hoy. Los historiadores del siglo XIX y los del XX, hasta la década del sesenta, trabajaron en condiciones extremadamente precarias; carecían entre otras cosas, por regla general, de acceso a archivos que les permitiera realizar una tarea basada en documentos de primera mano. No obstante, hubo quienes realizaron una ingente labor, limitada por restricciones objetivas y por el condicionamiento ideológico impuesto por la sociedad en que vivieron.

La historia tradicional puertorriqueña, generalmente, hablaba de los acontecimientos políticos de mayor importancia, originados en la capital de la isla o en España. Estos acontecimientos eran producidos por unos cuantos hombres prominentes que la mayoría de las veces no habían sido los más inclinados a defender los intereses de la mayoría del pueblo, sino los que mejor supieron manipular las circunstancias históricas a favor de la posición que apoyaban. Se encuentra, por ejemplo, relativamente bastante información sobre el movimiento autonomista puertorriqueño en el siglo XIX y

sus organizadores puesto que, entre los liberales, el autonomismo triunfó sobre la tendencia revolucionaria. Sin embargo, hasta fecha reciente, era muy difícil encontrar algún estudio, no digamos bueno, solamente alguno, sobre los movimientos emancipadores y sus líderes. El estudio más completo con que se contó por muchos años, para citar un ejemplo, sobre el Grito de Lares, fue el escrito por Pérez Moris, desde su perspectiva de incondicional de España. [12] Estos tratados históricos raramente hablaban sobre el mundo rural y el pueblo permanecía invisible. Cuando aparecía, casi nunca era como gestor de su historia, sino como receptor de los hechos.

Los acontecimientos políticos ocurridos en América Latina a partir del triunfo de la revolución guatemalteca en 1944 y su derrota diez años más tarde, y sobre todo la revolución cubana, unidos a hechos de carácter internacional, han provocado una revisión de la tendencia eurocentrista que el pensamiento intelectual latinoamericano ha padecido por siglos, con escasas excepciones. Cada vez es mayor la conciencia de que nuestra historia no fue hecha sólo por los próceres cuyos retratos aparecen en los libros de texto y de que los elementos indígenas y africanos de nuestra nacionalidad son partes constituyentes de la misma, no remanentes del pasado cuya influencia se limita a ciertas áreas. Hoy en día hay una fuerte corriente tendente a la búsqueda del verdadero pasado de Latinoamérica, basada en la investigación de documentos de primera mano y dando primordial importancia al aspecto económico de la sociedad. Esta historiografía, que apenas está naciendo, ha permitido comenzar a estudiar la literatura latinoamericana desde una perspectiva más abarcadora y, sobre todo, más responsable. Tomando en consideración el aspecto sociológico del hecho literario, (sus condiciones de producción, distribución y consumo) y

realizando análisis más detallados de los textos, se ha empezado a revaluar el significado socio cultural de nuestros movimientos literarios [13] y a analizar la ideología de las obras y de sus autores.

El conocimiento de la historia unido a una metodología más rigurosa para el estudio de los textos permite que hoy entendamos, por ejemplo, que muchas obras, aclamadas por su "realismo," antes que la verdad histórica muestran una visión distorsionada de la sociedad en que fueron creadas, el ángulo privilegiado por la ideología de su autor.

El mundo ficticio de *La charca* ha comenzado a deslindarse de la realidad histórica, deslinde imprescindible si aspiramos a aproximarnos seriamente a la obra, a analizar su valor literario y a entender lo mucho que realmente dice sobre la sociedad que la engendró: la parte que le corresponde a esta novela de "ese continente sumergido de significaciones" [14] que, en opinión de José Luis Méndez, esconden las obras de Zeno Gandía. Para esclarecerlo aún queda un largo camino por andar.

Propósito de este trabajo.

Me propongo investigar, en primer lugar, cómo *La charca* ha logrado por tanto tiempo persuadir al lector de que está "representando" un mundo al que realmente está "recreando". En segundo lugar, parafraseando a Lévi Strauss, qué dice *La charca* sobre aquella sociedad que la originó que no dicen las palabras de *La charca* .

Partiendo del propósito expresado en el párrafo anterior, al escoger la metodología he seguido el consejo de Terry Eagleton: los problemas teóricos y metodológicos están supeditados al objetivo que persigo con esta

investigación. Por consiguiente he seguido las teorías y métodos que en mi opinión contribuirán mejor a obtener lo que quiero.[15] El plan consiste en trata de comprender la cirscunstancia socio histórico en que se origina *La charca*, analizar el texto e intentar estudiar las ideologías que lo producen y que él, como hecho literario, produce.

Por ideología entendemos una interpretación del mundo parcial, desde cierto ángulo, que funciona a nivel subconsciente, producto de valores transmitidos culturalmente e internalizados. Es una práctica "que produce posiciones que capacitan a los sujetos para actuar dentro de la totalidad social."[16] Falta aún mucho por investigar para tener un conocimiento preciso del proceso de formación ideológica de un individuo. [17] Aunque es cierto que los integrantes de una misma clase social, [18] comparten frecuentemente posiciones ideológicas similares, es posible que miembros de diferentes clases sustenten la misma visión del mundo. Un ejemplo conocido en sociología es cómo el adquirir la visión del mundo de la clase social superior a la que un individuo pertenece, lo condiciona mentalmente y le facilita el camino para ascender socialmente. Es importante tener presente, al hablar de este tema que

> la ideología no es un lema bajo el cual los intereses políticos y económicos de una clase se presenta a sí misma. Es la forma en la que el individuo activamente vive su papel dentro de la totalidad social; por lo tanto participa en la construcción de ese individuo de modo que él o ella pueda actuar. La ideología es una práctica de representación; una práctica para producir una articulación específica, quiere decir, produce ciertos significados y necesita ciertos sujetos que la sostengan. [19]

Para que un sujeto se forme ideológicamente, para que "viva" en el mundo de acuerdo a esa ideología, es necesario que la misma no sea percibida como tal, que no aparezca como la

> producción de representaciones (ideas y posiciones) en la práctica social. Aparece como ciertas ideas "naturales," cierto horizonte, una forma común de pensar, "sentido común". No es percibida como una limitación, un cierre. Las ideologías no son percibidas como sistemas de ideas (aunque pueden elaborarse como sistemas, sistemas "naturales" en, por ejemplo, los libros de leyes); ellas gobiernan el modo en que la gente normalmente actúa, sus sentimientos sobre ellos mismos como individuos. [20]

La ideología es necesaria en cualquier sociedad, sin clases sociales o de clases sociales. Su función es cohesionar

> a los individuos en sus papeles, en sus funciones y en sus relaciones sociales.
>
> La ideología impregna todas las actividades del hombre, comprendiendo entre ellas la práctica económica y la práctica política. Está presente en sus actitudes frente a las obligaciones de la producción, en la idea que se hacen los trabajadores del mecanismo de la producción. Está presente en las actitudes y en los juicios políticos, en el cinismo, en la honestidad, la resignación y la rebelión. Gobierna los comportamientos familiares de los individuos y sus relaciones con los otros hombres y con la naturaleza. Está presente en sus juicios acerca del "sentido de la vida," etcétera.
>
> La ideología está hasta tal punto presente en todos los actos y los gestos de los individuos que llega a ser *indiscernible de su "experiencia vivida"* y, por ello, todo analísis inmediato de lo "vivido" está profundamente marcado por la acción de la ideología.
>
> Cuando se piensa estar frente a una percepción oscura y desnuda de la realidad o a una práctica pura, lo que ocurre, en verdad, es que se está frente a una percepción o a una práctica "impuras", marcadas por las estructuras invisibles de la ideología. Como no se percibe su acción, se tiende a tomar la percepción de las cosas y del mundo por percepciones de las "cosas mismas", sin darse cuenta de que esta percepción no se da como bajo la acción deformadora de la ideología.
>
> El nivel ideológico es, por lo tanto, una realidad objetiva indispensable a la existencia de toda sociedad. . . .[21]

Como todas las realidades sociales, las ideologías pueden comprenderse solamente a través de su estructura. Las ideologías tienen un

sistema, un modo de combinarse que es "lo que les da sentido: es su estructura lo que determina su significado y función." [22]

> La ideología, por lo tanto, no se reduce a las formas individuales en las que es vivida y, por ello, puede ser *objeto de un estudio objetivo.* Es por esto por lo que podemos hablar de la naturaleza y de la función de la ideología y estudiarla. [23]

El escritor o la escritora es un sujeto condicionado por las ideolgías imperantes en su sociedad. Por lo tanto, el producto de su quehacer literario será siempre un producto ideológico.

Organización y metodología.

El material de este estudio está distribuido en tres partes. La primera, "Zeno Gandía y su mundo", resume en cinco capítulos, organizados en orden cronólogico, las condiciones políticas, sociales, económicas y culturales de la sociedad puertorriqueña desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta fines del siglo XIX. Esta parte incluye un recuento de la literatura de Puerto Rico, poniendo especial énfasis en aquellos textos que hablan sobre la formación del pueblo puertorriqueño, tanto en su aspecto étnico como nacional. La información respecto a política, economía y producción artística se ha seleccionado tratando de mostrar las contradicciones e incoherencias de aquella sociedad entre la realidad política y económica y las representaciones que se hacen de ella en el plano cultural, sobre todo en los textos escritos, tanto en la prensa como en la literatura. De esta forma se espera obtener una comprensión somera de las ideologías que coexisten en la sociedad puertorriqueña a fines del siglo XIX, lo que José Luis González ha llamado "las patrias puertorriqueñas," que aún están por estudiar.[24] Espero

que este estudio proporcione, primero, un acercamiento a la sociedad en que Zeno Gandía vivió y se formó intelectualmente y segundo, una mejor comprensión de su posición intelectual y política dentro de aquella sociedad: una aproximación a su ideología. Estoy consciente de que lo presentado aquí son solamente unos apuntes sobre un tema enormemente vasto y sin investigar.

La segunda parte consta de dos capítulos dedicados al estudio de la relación entre el movimiento naturalista y *La charca*. Dado que las discusiones sobre el naturalismo o no naturalismo han ocupado gran parte de los trabajos críticos sobre la obra y es un tema que ha rebasado el plano estético para entrar en el de la ideología del autor y de la novela, le he dedicado atención cuidadosa. Pienso que sólo es posible entender la ideología de *La charca* después de clarificar su ubicación en el movimiento naturalista, su ideología estética. He considerado necesaria una extensa definición del naturalismo literario y detenerme en las teorías de Zola sobre literatura porque demasiadas veces se ha hablado sobre ambos sin definir a qué se están refiriendo o, lo que es peor, no considerando la complejidad de este movimiento desde su nacimiento y tomando arbitrariamente una de las interpretaciones, como si fuera la única. Respecto a Zola y la novela experimental, tantas veces se ha interpretado su concepto del naturalismo citándolo fragmentariamente, que he querido fundamentar mi opinión mostrando en la mayor extensión posible lo que él dijo. También hablo brevemente del naturalismo en España, en Latinoamérica y en Puerto Rico.

La tercera parte estudia la estructuración del texto y su ideología. Consta de once capítulos que corresponden a los once capítulos en que está dividida *La charca* . El tratar de explicar cómo y porqué esta novela produjo

el efecto que produjo en la sociedad implica estudiarla desde una perspectiva semiótica, como un acto que es parte de un proceso de comunicación. Pensamos que "considerar un texto como mensaje es la única manera de hacer plenamente evidente su función." [25] Utilizo la definición de proceso de comunicación dada por Umberto Eco: el paso de una señal *que solicite una respuesta interpretativa* , de un emisor (en el caso de la literatura el escritor) a un receptor (el lector). Para que se dé el proceso de comunicación es necesario que la señal sea emitida de acuerdo con reglas conocidas para el destinatario. [26] Quiere decir que, para que haya comunicación el mensaje tiene que estar basado en códigos subyacentes. [27] "Un código es un "sistema de significación" que reúne entidades presentes y entidades ausentes. Siempre que una cosa, materialmente presente a la percepción del destinatario, representa otra cosa a partir de reglas subyacentes, hay significación." [28] Ahora bien,

> El mensaje literario no es solamente una comunicación lingüística, sino también una transmisión de estados de ánimo, de ideales, de juicios sobre el mundo. La "competencia" necesaria para comprenderlo afecta por lo tanto un gran número de códigos. Además del código-lengua, el código del vestido, de la sociedad, de las concepciones del mundo. Por ello la línea que une a emisor y receptor es una línea histórica. [29]

Por lo tanto, un texto literario se constituye basado en un código denotativo, que en el caso de *La charca* es la lengua española y en varios códigos connotativos o subcódigos como los llama Umberto Eco: uno estético (movimiento literario, símbolos, etc.) y el código ideológico del autor. Estos códigos, naturalmente, pertenecen al patrimonio cultural de la sociedad. El tejido formado por ellos es lo que constituye la estructura de ese mundo con existencia propia, de ese "signo" que, según Iuri Lotman, es la totalidad de todo texto literario en sí. A su vez, el patrimonio del saber del

lector, producto de sus códigos culturales y su circunstancia individual, unido a la situación de comunicación, determinan la forma en que el destinatario va a descodificar el texto. [30]

El texto constituye el mensaje como forma significante, "expresión, vehículo de un contenido determinado,"[31] algo que significa, "gracias a la presencia de determinados vehículos materiales de la información llamados signos" cuya "función básica . . . es la de dirigir nuestra atención sobre algo que se encuentra más allá de [ellos]." . . . "Este "algo" reemplazado por el signo y que constituye su contenido se conoce como *significado.*" [32] Ahora bien, el significado de un signo se refiere a una "unidad cultural" antes que a su referente en la realidad. "En toda cultura una "unidad" es, simplemente, algo que está definido culturalmente y distinguido como entidad." [33] Una unidad cultural se define semióticamente como unidad semántica inserta en un sistema. [34] De acuerdo a cómo una unidad cultural esté definida en el determinado sistema semántico de alguien, así va a percibirla y esta percepción puede mover a esa persona a la acción en la vida real.[35]

Para el análisis del texto hemos escogido el método usado por Roland Barthes en *S/Z* porque en esta obra su análisis de una obra realista del siglo XIX, *Sarracine*, de Balzac, se propone el mismo objetivo que tenemos nosotros respecto a *La charca* :

> demostrar cómo el lenguaje produce el texto realista como natural . . . . La crítica liberadora de Barthes intenta descubrir cuáles son las reglas de este juego (para escritores y lectores, para poder entrar en un juego más serio y vital: averiguar cuál es la ideología en el momento en que es producida. [36]

Seguir el sistema de *S/Z* al dividir la obra en breves fragmentos, unidades de lectura que Roland Barthes denomina "lexias," me ha parecido el

método más apropiado a mi propósito de estudiar detalladamente el texto de La charca. De esta manera el texto puede ser trabajado paso por paso, igual que podemos analizar una película desmontándola por escenas. Este método posee la flexibilidad que posibilita estudiar la obra, no sólo tan minuciosamente como el crítico quiera, sino en toda su riqueza connotativa. Los cortes en que se dividirá el texto serán realizados de manera arbitraria. Algunas veces

> incluirá unas pocas palabras, algunas veces, varias oraciones; será una cuestión de conveniencia: bastará que la lexia sea el mejor espacio posible en que podamos observar significados; su dimensión, empíricamente determinada, estimada, dependerá de la densidad de las connotaciones, variable de acuerdo a los momentos del texto: todo lo que se requiere es que cada lexia debe tener cuando más tres o cuatro significados para enumerar. [37]

Dividida la obra en tantas lexias como se considere necesario puede analizarse cada una aplicándole a los significados connotados los cinco códigos propuestos por Barthes. Estos códigos corresponden a los cinco principales lenguajes críticos con que contamos en este momento: crítica narrativa, temática, sicológica, sociológica y sicoanalítica.

"Semiológicamente, cada connotación es el punto de partida de un código (que nunca será reconstituido), la articulación de una voz que está entretejida en el texto." [38] Estas cinco voces corresponden a: la Voz Empírica (las acciones), la Voz de la Persona (los semas), la Voz de la Ciencia (los códigos culturales), la Voz de la Verdad (los hermenéuticos), la Voz del Símbolo (posicionalidad de acuerdo al sicoanálisis).

El significado de las connotaciones de una lexia llegará tan lejos "como el ojo pueda alcanzar," de acuerdo a Roland Barthes, pero no se trata de un

proceso de asociación libre, las connotaciones deben partir del texto. Naturalmente, en este proceso de descodificación entran en juego los conocimientos de cada lector. El "ojo" de un lector conocedor de literatura llegará más lejos al aplicar los códigos relacionados con las técnicas literarias que el del lector no especializado; el conocedor de la historia de la época en que la trama se desarrolla verá más lejos al aplicar el código cultural que el que no ha estudiado aquella sociedad.

Los códigos que se aplicarán son los siguientes:

1- Hermenéutico. Bajo este código se agruparán "los varios términos (formales) por los cuales un enigma puede ser distinguido, sugerido, formulado, mantenido en suspenso y finalmente descubierto (estos términos no siempre ocurren, son repetidos a menudo; no aparecen en ningún orden fijo)"[39] Corresponderán al código hermenéutico "todas aquellas unidades cuya función sea articular de diferentes maneras una pregunta, su respuesta, y la variedad de eventos casuales que pueden formular la pregunta o dilatar su respuesta, o aun, constituir un enigma y conducir a su solución." [40] Las preguntas que presenta este código, serán contestadas al terminar de leer la obra.

2- Acciones. Este código señalará la secuencia de las acciones que rigen la trama de la novela a las que se asignará un título genérico según vayan apareciendo: salida, robo, encuentro.

3- Sémico. Sema es la marca semántica que connota un significante, su unidad. El nombre propio María, por ejemplo, connota el sema *feminidad.* Según Barthes, se designará un sema determinado utilizando una palabra

aproximada (en el ejemplo anterior, *feminidad*) a lo que se refiere el significante connotado en la lexia.

4- Simbólico. Este código es el campo en el que se establecen las posiciones básicas del texto y del lector. [41] En el texto realista, las posiciones son inevitables, constituidas de acuerdo a principios sicoanalíticos. En el caso de *S/Z* Barthes muestra al principio cómo ciertos semas: adentro/afuera, frío /caliente, organizados por medio de antítesis dan la posicionalidad básica del texto: masculino o femenino. No puede haber términos medios. Son las posiciones normales (construidas ideológicamente) de la sociedad.[42]

5- Cultural. Es la forma en que el texto se refiere al conocimiento general. Aquí se incluyen diversos códigos culturales: "son referencias a una ciencia o a un cuerpo de conocimiento." [43] Este tipo de conocimiento puede ser médico, sicológico, literario, histórico, sociológico, etc.

Los dos primeros códigos son los encargados de mover el texto, de que la trama transcurra hasta el final, ésta es su función. Sin embargo, para completar la comprensión del texto es necesario acudir a los otros tres. Estos facilitarán el entendimiento de cómo se presenta en el trabajo la ideología "pre-textual", el modo en que se ha elaborado toda una capa de significados que aparecen implícitos en el discurso, pero que son evitados en su forma explícita. Esta ideología "pre-textual se presenta a sí misma en el trabajo de diversas formas: "en el 'lenguaje común', símbolos reconocidos y convenciones, códigos de hábitos basados en percepciones, otros artefactos. También se presenta de modos más formales: en aquellas fórmulas estéticas, políticas, éticas que son capaces de permear el 'lenguaje común' para cristalizar en significados distintos [en el texto] a los del 'lenguaje común'

en la sociedad histórica. [44] Hasta este punto nos ayudará el método de Barthes al buscar las connotaciones de cada lexia. Podremos entender la estructuración del texto: su aspecto formal y la relación entre las ideologías de la formación social que lo originó y el texto mismo.

Después de este análisis estaremos mejor capacitados para entender la "ideología del texto".[45] Esta es una producción particular de ideología que no existía antes del texto: es idéntica con el texto mismo. [46] Es el producto de esa estructuración que hemos estudiado por medio de los cinco códigos propuestos por Barthes. La ideología (de la sociedad) precede al texto, naturalmente, "pero la *ideología del texto* define, opera y constituye esa ideología de manera impremeditada, digamos, por la ideología misma. " [47]

Metodológicamente, aquí seguimos lo expuesto por Terry Eagleton en *Criticism & Ideology* . Un cuento o una novela no tiene referente en la vida real. El referente de lo que dice la novela será su propia "ficcionalidad." Cuando afirma: "la casa de la abuela era grande con ventanas azules," ni la casa, ni la abuela ni las ventanas existen en ningún lugar fuera del "mundo" creado por el libro. Ante el debatido problema de la relación entre literatura y sociedad, Terry Eagleton plantea que el significante del libro remite a ese significado ficticio. Ambos, significante y significado del texto, tomados como un solo hecho, significan ideología y a su vez, esa ideología es una significación de la historia. Eagleton trata de ilustrar su hipótesis con el siguiente diagrama:

TEXTO = significante / significado significación

IDEOLOGIA significado
significante

HISTORIA

Después viene el problema de cómo es posible "descifrar" el texto, tomándolo como producto ideológico para entender qué dice sobre sobre la sociedad que lo originó. Eagleton piensa que es correcto analizarlo siguiendo el modelo que utilizó Freud para el estudio de los sueños. El sueño, igual que una obra literaria, toma sus materiales "crudos" de la vida real, pero constituye un producto por sí mismo. Este "sueño latente" [48] equivale al sueño tal como lo soñamos. Al relato del sueño, su conversión en palabras, su análisis, Freud lo llamó "sueño manifiesto." [49] Sólo podemos entender el significado de los sueños cuando los "desciframos", cuando entendemos su mensaje descodificándolos, lo que Freud llamó la "elaboración del sueño." Para elaborarlos hay que conocer su estructura, formada, según Freud, por desplazamientos (metonimias, al traducirlos al lenguaje literario) y condensaciones (metáforas). Si aplicamos lo dicho sobre el sueño a la obra literaria, tendremos que el texto en sí, equivale al "sueño latente"; el trabajo del lector corresponde al "sueño manifiesto". De la habilidad de quien lee dependerá la forma en que este texto se descodifique, es decir, se "elabore" y a los resultados a que se llegue. "La tarea de la crítica literaria [desde este punto de vista] y del análisis de los sueños es articular aquello de lo que el discurso habla sin decirlo." [50] Al final, esperamos tener una mejor comprensión de la relación entre el mundo de *La charca* y la sociedad puertorriqueña a fines del siglo XIX.

Notas

[1] *The Mismeasure of Man* (New York: W.W. Norton & Company, 1981), p. 20.

[2] Estas declaraciones de Mariano Abril fueron citadas en el semanario *Gráfico* de Nueva York del 21 de mayo de 1928, un número dedicado a Manuel Zeno Gandía. Más tarde, la cita es publicada de nuevo por Elena Zeno de Matos en *Manuel Zeno Gandía, vida y obra* (San Juan: n. p.,1955), p. 130.

[3] *Amargo café* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1981).

[4] *Asomante* , Num. 4 (1955),

[5] José Juan Beauchamp, *Imagen del puertorriqueño en la novela (en Alejandro Tapia y Rivera, Manuel Zeno Gandía y Enrique A. Laguerre)* (Río Piedras: Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1976) cita a Francisco Manrique Cabrera, quien decía en su artículo "Manuel Zeno Gandía: poeta del novelar isleño": "No se trata de dudar de los factores conscientes que entren en juego. Zeno Gandía, testigo fiel, severo, y, sobre todo, artista, es para nosotros, incuestionable portador de verdad." *Asomante* , Num. 4, (1955), p. 28.

[6] *Indice,* 1, Num. 2 (1929), p. 18.

[7] *Insularismo* (Río Piedras: Editorial Edil, Inc., 1971).

[8] Ibid., p. 38.

[9] Ibid., p. 41.

[10] Juan Flores Oblitas, *Insularismo e ideología burguesa en Antonio Pedreira* (La Habana, Cuba: Casa de las Américas, 1979).

[11] Véase: René Marqués, *Ensayos (1953-1966)* (Barcelona: Editorial Antillana, 1966), pp. 147-209.

[12] José Pérez Moris, *Historia de la insurrección de Lares* (1872; rpt. Río Piedras: Editorial Edil, Inc. 1975).

[13] Un libro pionero en este enfoque es el de Jean Franco *The Modern Culture of Latin American : Society and the Artist* (London: Pall Mall Press Ltd., 1967). Para el modernismo es excelente el de Francoise Perús, *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo* (México: Editores siglo XXI, 1976); sobre el romanticismo y la narrativa del boom, ver: Hernán Vidal, *Literatura hispano americana e ideología liberal: surgimiento y crisis* (Buenos Aires: Ediciones Hispamérica, 1976).

[14] José Luis Méndez, "La estructura social y la literatura puertorriqueña," *Casa de las Américas*, 115 (1979) p. 40.

[15] "It is not a matter of starting from certain theoretical or methodological problems: it is a matter of starting from what we want to *do,* and then seeing which methods and theories will best help us to achieve these ends." *Literary Theory. An Introduction*, (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983), p. 210.

[16] Rosalind Coward and John Ellis, *Language and Materialism, Developments in Semiology and the Theory of the Subject* (London: Routledge & Kegan Paul Ltd., 1977), p. 64.

[17] Véanse los capítulos 5: "Marxism, languaje and ideology" y 6: "On the subject of Lacan", en Rosalind Coward and John Ellis, *Language and Materialism.*

[18] La definición de clase social ha sido muy discutida. Me refiero a grupos sociales antagónicos en que una sociedad se divide de acuerdo a la posición que ocupa cada uno respecto a los medios de producción. Hemos adoptado en este trabajo la dada por Geoffrey de Ste. Croix en "Class in Marx's Conception of History, Ancient and Modern", en *Monthly Review*, 36, No. 10 (1985): "una relación de explotación." p. 27. Explotación se definirá como "la apropiación de parte del producto del trabajo de otros." p. 28. Es esta apropiación lo que Marx llamó plusvalía. Si un grupo social es explotado por otro, la relación de explotación existirá aunque el grupo explotado no tuviera conciencia de su condición, como sucede muchas veces.

[19] Rosalind Coward and John Ellis, *Language and Materialism,* p. 67.

[20] Ibid.

[21] Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico,* trigésimoséptima edición, (México: Siglo veintiuno editores, 1977), pp. 96-97. La autora aclara, en una nota al pie de la página 96, que se ha basado "fundamentalmente en el artículo "Teoría, práctica teórica y formación teórica. Ideología y lucha ideológica", de Louis Althusser, aparecido en la revista *Casa de las Américas,* 34, La Habana, Cuba, pp. 19-20.

[22] Ibid., p. 100.

[23] Ibid.

[24] José Luis González, "Literatura e identidad nacional en Puerto Rico" en *Puerto Rico: Identidad nacional y clases sociales* (Puerto Rico: Ediciones Huracán,1979), p. 50.

[25] Cesare Segre, *Semiótica, historia y cultura* (Barcelona: Editorial Ariel, 1981), p.32.

[26] Umberto Eco, *Tratado de semiótica general* (México: Editorial Nueva Imagen, S.A., 1978) p. 35.

[27] Umberto Eco, *La estructura ausente,* p. 15.

[28] Umberto Eco, *Tratado de semiótica general,* p. 35.

[29] Cesare Segre, *Semiótica, historia y cultura,* p. 32.

[30] Umberto Eco, *La estructura ausente*, p. 73-74.

[31] Ibid., p. 21.

[32] Rinaldo Acosta, "Semiótica y comunicación artística: un punto de vista postestructuralista," en *Temas 4: Estudios de Cultura* (Habana: Publicación trimestral del Depto. de Ciencia y Técnica del Ministerio de Cultura, n.d.) p. 137.

[33] Umberto Eco, *La estructura ausente*, p. 82.

[34] La relación entre significado y referente, así como la semántica en general se encuentra aún en proceso de definición entre los semióticos. Yo estoy, simplemente, siguiendo a Umberto Eco en este punto porque me parece razonable su explicación. *La estructura ausente,* p. 82.

[35] Si una amiga me invita a pasar el fin de semana en su casa de campo y yo le digo que no puedo ir porque tengo quien me cuide el perrro, ella entiende mis razones porque en su "campo semántico" existe la unidad cultural "perro". Está sobreentendido que un perro necesita ser alimentado y cuidado y que si nadie puede ocuparse de él, es razonable que yo no lo deje solo. Puede ser que ella no haya visto nunca el perro, que no sepa cómo es físicamente; hasta puede ser que el perro no exista en la realidad y sea sólo un pretexto mío para no ir, pero el proceso de comunicación se ha dado, independientemente de la veracidad de la situación, gracias a la

identificación común de unas unidades culturales que, a su vez, están insertadas en un campo semántico compartido por ambas.

[36] "S/Z" en, Rosalind Coward and John Ellis, *Language and Materialism: Developments in Semiology and the Theory of the Subject*, p. 46.

[37] Roland Barthes, *S/Z*, Translation by Farrar, Strauss and Giroux, Inc. (New York: Hill and Wang,1974) p. 13.

[38] Ibid., p. 9.

[39] Ibid., p. 19.

[40] Ibid., p. 17.

[41] Rosalind Coward and John Ellis, *Language and Materialism* , p. 56.

[42] Ibid., p. 56-57.

[43] Ibid., p. 20.

[44] Terry Eagleton, *Cristicism and Ideology* (London: Thetford Press Limited, 1985), p. 81.

[45] Ibid., p. 81.

[46] Ibid., p. 80.

[47] Ibid.

[48] Lo que se ha traducido al inglés usualmente como "dream work". Utilizo la traducción al español hecha por Mario Cales del libro de Erich Fromm, *El lenguaje olvidado*, 5ta ed. (1951; trad. Buenos Aires: Librería Hachette S.A., 1972), p. 60.

[49] Ibid. La traducción al inglés ha sido "dream text."

[50] Terry Eagleton, *Criticism and Ideology*, p. 91.

Primera parte: Zeno Gandía y su mundo

Capítulo I

Puerto Rico en el siglo XVIII

A medida que el siglo XVIII avanza la contradictoria posición de España como imperio y a la vez "región atrasada, periférica y dependiente de Europa occidental,"[1] se debilita cada vez más ante la presión de los países vecinos (principalmente Francia, Inglaterra y Holanda) y enemigos, a veces abiertamente, a veces en forma solapada, según la coyuntura histórica propicie una u otra posición. La fragilidad del imperio se agudiza después de la guerra de Sucesion que se libra tras la muerte de Carlos II y la firma del tratado de Utrecht en 1713 al terminar la guerra. España pierde todos sus dominios europeos, Gibraltar y Menorca y se ve obligada a conceder a Inglaterra los *Asientos* que la autorizaba a importar esclavos a América.

Con unas clases dirigentes aferradas a sus posiciones, poco dispuestas a hacer concesiones, en España no pueden darse cambios políticos substanciales. Se trata, entonces, de efectuar reformas políticas y, sobre todo, económicas, tanto internas como externas, dentro de las mismas viejas estructuras de poder.

Desde el siglo XVI la economía española depende, en gran parte, de las rentas provenientes de sus colonias en América, mayormente del oro y la plata del Perú y Nueva España. Al comenzar el siglo XVIII, si aspira a

sobrevivir, debe comenzar a prestar atención a las regiones que hasta aquel momento habían quedado relegadas por la colonización.

> para enfrentarse a las presiones europeas en forma de exigencias de plata, víveres y materias primas de las colonias, y para su uso como salidas de manufacturas, el gobierno comenzó a explotar las economías coloniales desatendidas como, por ejemplo, las de Buenos Aires, Caracas y La Habana.[2]

Si Cuba estaba desatendida, Puerto Rico estaba prácticamente abandonada. El interés de la Corona por la isla se debilitó notablemente desde la tercera década del siglo XVI, al agotarse las minas de oro. El gobernador, para impedir el despoblamiento, dictó medidas de extrema severidad para los colonos desencantados que capturaran tratando de irse al Perú. En este éxodo participaron tanto blancos como negros, ya que hay constancia de que en los primeros años de colonización entraron a la isla libertos que ocuparon diversas posiciones: mineros, encomenderos, comerciantes, etc. También entraron mujeres libertas, aunque rára vez se mencionan. Para la mayor parte de este grupo, Puerto Rico fue lugar de tránsito hacia regiones más prósperas. Aparentemente, después de 1550 España restringió este tipo de inmigración, permitiendo la entrada de africanos sólo si llegaban como esclavos. [3]

La producción de azúcar y sus derivados: mieles y ron, que comenzó a fomentarse al principio de la colonización, quedó casi abandonada a comienzos del siglo XVII. Hacia mediados de este mismo siglo, también decayeron notablemente los otros dos renglones de los que se había nutrido hasta entonces la economía oficial de la colonia: los cueros y el jenjibre. Esto se debió a diversos factores. Entre los principales se encontraban el

monopolio comercial andaluz, que acaparaba el mercado y hacía incosteable la producción y "los cambios en las rutas de navegación y el sistema de flotas." [4] Llegó el momento en que "los barcos que venían de España pasaban de largo frente a nuestras costas; si acaso tocaban, era para hacer aguada y seguían en demanda del Continente; y al retornar tampoco nos visitaban." [5] En 1660, el gobernador, Juan Pérez de Guzmán, escribía al Rey:

> Hace once años que no entra en esta isla un navío de registro, por cuya causa no tienen los vecinos salida de sus frutos. Será preciso para remedio, que se mande despachar cada año un navío de registro. [6]

Por casi tres siglos Puerto Rico sirvió a la Metrópoli, casi exclusivamente, de fortaleza y presidio militar dependiente del "situado" desde 1586, hasta tal punto, que en 1847 decía Darío de Ormaechea de la isla:

> No tuvo vida propia hasta después que hubieron cesado los situados de Méjico, que en cantidades exorbitantes aparecen invertidas en las fortificaciones de la ciudad de San Juan, apenas conocida sino como un punto militar que a la vez servía de presidio. [7]

Esta asignación de dinero anual, que cesó en 1810 después de comenzadas las guerras de Independencia de Latino América, provenía de la tesorería mejicana. Su destino original fue subvencionar la construcción de las fortalezas militares y pagar a la tropa y siempre se mantuvo, básicamente, con el mismo propósito. A veces, por diferentes causas, pasaban cinco años sin que llegara. [8] Por ésta y otras razones, entre ellas la corrupción gubernamental, los salarios de quienes dependían del gobierno (empleados públicos y miembros de la iglesia) eran distribuidos en forma sumamente irregular, por decirlo de alguna manera. Hubo ocasiones, ya en el siglo XIX,

en que debido a la mala administración los empleados gubernamentales estuvieron setenta y cinco meses a media paga.[9] La moneda, escasa en toda la Isla, lo era aún más en el interior, en donde a veces el cura párroco, por ejemplo, dependía, para sobrevivir, de las contribuciones de los feligreses en forma de viandas, frutas, huevos, pollos, etc.

La ininterrumpida precaria situación de la isla, donde reinaban la miseria, el abuso y la corrupción gubernamental, se destaca en el informe al rey de don Gabriel de Villalobos, en 1690, en el que puede, además, apreciarse sus elogios al valor demostrado por los isleños durante los ataques de corsarios y piratas que Puerto Rico sufría con frecuencia durante los siglos XVI y XVII:

> Es constante que si V.M no da providencia de que en esta plaza esté el presidio cabal, y que los Gobernadores y demás Ministros que se vayan a la mano en los malos tratamientos que hacen a los soldados se perderá como las demás: porque además de la pobreza de sus habitadores están todos mal contentos con el Gobierno; y así se debe antever la razón para que no les falte el situado todos los años, y que se moderen en los excesos los que tienen a su cargo aquella Isla. Sólo en este puerto se puede asegurar con toda verdad que es regular su fortificación, sino aplicar de nuestra parte los medios lícitos para conservarla y ayudar a aquellos Isleños (que son valentísimos), que son en quien consiste toda la defensa con algunos honores a los vecinos del pueblo de San Germán para que en la ocasión sirvan a V. M. como deben y lo han hecho hasta aquí.... [10]

Esta era la visión desde la perspectiva de la Corona, pero a pesar del abandono oficial, para el siglo XVIII había tomado forma en Puerto Rico una sociedad con características propias, en la que, si bien es verdad que el situado era de suma importancia para una parte de los habitantes, no lo era para la totalidad.

Terminado el corto período de auge minero, la población isleña fue creciendo lentamente y tomando forma social. En lucha contra huracanes, terremotos, corsarios y piratas, desarrollaron una economía basada en el ganado y la agricultura, principalmente el cultivo de frutos menores, de los que subsistían. Era una población diseminada por todo el territorio. De acuerdo a Fernando Picó, la tierra, hereditaria y para la que no existían títulos de propiedad, se dividió en los dos primeros siglos en hatos, haciendas y estancias. Los hatos eran enormes extensiones de terreno en donde se criaba ganado, las haciendas, "modestas porciones" destinadas a cañaverales "y a cultivar los productos de subsistencia necesarios para mantener su personal."[11] De las tres formas de tenencia de tierra, la más abundante era la estancia, la más humilde de las tres. Contrario a la hacienda, en donde muchas veces el trabajo recaía en esclavos, en la estancia era la familia la que trabajaba. Así, antes que agrupada en poblados,

> la falta de capital y de acceso sistemático a los mercados animaron más bien la formación de una sociedad de estancieros que se adentraban en la cordillera buscando la proximidad del ganado cimarrón y el alejamiento de la fiscalización por parte de las autoridades.

Debido a este hecho, estima Picó que

> Fueron los estancieros y no los condueños de hatos o los hacendados, quienes empezaron a animar los rasgos originales de una personalidad colectiva, un tanto ajena a las normas definidas en los centros de poder. Es decir, fue en la dispersión humana de la ruralía, y no en el amurallado recinto capitalino donde se empezaron a definir las características de nuestro pueblo. [12]

El contrabando substituyó el comercio legal que España negaba a la colonia. Más que contrabando, se trataba del único comercio con el exterior con que muchas veces contaban los isleños para abastecerse de lo que no

producían. De esta actividad participaron los propios gobernadores (que de paso se beneficiaban de ella) y algunos obispos.

Cuando España decide ocuparse de Puerto Rico y la economía de subsistencia comienza a cambiar a una de mercado, ya hay toda una forma de vida "puertorriqueña:" comida, lengua, religión, música, diversiones, tradiciones, poesía oral, que se ha desarrollado respondiendo a las necesidades de aquella población.

La participación de Puerto Rico en el mundo de las letras es sumamente exigua durante los tres primeros siglos de la colonia, como puede suponerse por las condiciones materiales de aquella sociedad. Al finalizar el siglo XVII, sólo pueden mencionarse, hasta hoy, tres escritores isleños: el presbítero Juan Ponce de León y Troche (c.1525-1590), el canónigo don Diego de Torres Vargas (1590-?) y el presbítero don Francisco de Ayerra Santa María (1630-1708).

Juan Ponce de León y Troche, nieto del conquistador, escribió en colaboración con el bachiller Antonio de Santa Clara la descripción conocida como *Memoria de Melgarejo* (1582), por haber sido escrita a petición del gobernador don Juan López de Melgarejo. Podría decirse que fue éste el primer historiador isleño. [13]

Don Diego de Torres Vargas, natural de Puerto Rico, estudia en España y envía en 1647 al cronista español Gil González Dávila una *Descripción de la Isla y Ciudad de Puerto Rico; y de su vecindad y poblaciones, presidio, gobernadores y obispos; frutos y minerales* . Su interpretación de la realidad

observada difiere grandemente de lo expresado por el obispo Fray Damián López de Haro (para quien Diego de Torres Vargas trabajaba como secretario) tres años atrás, en 1644, en su famosa carta-relación a Juan Díaz de la Calle. [14] Las alabanzas de Torres Vargas a la naturaleza de la Isla, a sus escasos monumentos y a sus mujeres: "las más hermosas de todas las Indias, honestas, virtuosas y muy trabajadoras...." se oponen al juicio del obispo, quien estimaba que las brisas marinas eran lo único digno de encomio en Puerto Rico. [15] Con el conocido soneto, que incluye en su carta, se inicia, según Francisco Manrique Cabrera una tradición de literatura satírica despectiva hacia el puertorriqueño. Dice el soneto:

> Esta es, señora, una pequeña islilla
> falta de bastimentos y dineros;
> andan los negros como en ésa en cueros,
> y hay más gente en la cárcel de Sevilla.
>
> Aquí están los blasones de Castilla
> en pocas casas; muchos caballeros,
> todos tratantes en jengibre y cueros:
> los Mendoza, Guzmanes y el Padilla.
>
> Hay agua en los aljibes si ha llovido,
> Iglesia catedral, clérigos pocos,
> hermosas damas faltas de donaire.
>
> La ambición y la envidia aquí han nacido.
> Mucho calor y sombra de los cocos,
> y es lo mejor de todo un poco de aire.

Francisco de Ayerra Santa María es el primer poeta puertorriqueño de nombre conocido. Estudia y escribe en Nueva España, debido a la carencia de ambiente literario en Puerto Rico. En la antología recopilada por Carlos Sigüenza y Góngora, *Triunfo parténico que en glorias de María, Santísima inmaculadamente concebida, celebró la Pontificia, Imperial y Regia Academia*

Mexicana...(1683), aparecen cuatro poemas escritos por Ayerra Santa María, de estilo culterano. Uno de ellos, considerado el mejor, está dedicado a Sor Juana Inés de la Cruz. Carlos Sigüenza consideraba a Ayerra Santa María "elegante poeta latino, poeta admirable, agudo filósofo, excelentísimo jurisconsulto, profundo teólogo, orador grande y cortesano político, realzándose todas estas perfecciones con ser una erudita enciclopedia de las floridas letras." [16] Como podemos ver, el vínculo de este poeta con la literatura puertorriqueña es el haber nacido en la isla.

La situación de Puerto Rico y Cuba comienza a variar definitivamente para la segunda mitad del siglo XVIII, sobre todo después de la toma de La Habana por los ingleses en 1762. Durante los once meses que duró la dominación inglesa, arribaron al puerto de La Habana "más de 700 barcos mercantes con manufacturas inglesas, con víveres, madera, animales y herrajes de las colonias inglesas de Norteamérica y con esclavos." [17] Antes de aquella fecha nunca entraron más de 15 barcos al año a este puerto. Este hecho muestra a España la urgencia de prestar atención a las dos islas, ya que los ingleses están más que dispuestos a hacerlo a la menor oportunidad.

Al despertar el interés de España por Puerto Rico después de 1770, se produce un considerable aumento en las disposiciones legales dedicadas a elevar la economía de la Isla; por ejemplo, la Real Cédula de 1778 concediendo la propiedad de las tierras a cambio de una

> contribución anual de un real y quartillo por cada cuerda de tierra de estancia y la de tres quartillos de real por cada cuerda de tierra de las de hato; con el fin expresado de costear el citado armamento y vestuario de las Milicias Disciplinadas de dicha isla.[18]

En este siglo la fundanción de nuevos pueblos se acelera. Entre los fundadores de uno de estos nuevos municipios encontramos, para la década de 1760, a dos antepasados de Manuel Zeno Gandía "...dos hermanos arecibeños, Felipe y Rafael de Rivera y Correa, [que] se establecen en Utuado. El primero, como dueño de hato en San Andrés, y el otro en Jayuya."[19]

Comienzan a visitar la colonia viajeros europeos para estudiarla y ofrecer recomendaciones para su mejoramiento. Su geografía, flora, fauna, habitantes y costumbres son descritas en varias crónicas de la época. [20] Era una literatura destinada a que la Corona conociera sus territorios para buscar la forma de aprovecharlos mejor. No obstante, este objetivo no obstaculizó que los cronistas encargados de describir Puerto Rico, como sucedió en el resto de Latinoamérica, se maravillaran ante la naturaleza exuberante. Frecuentemente, la visión de lo desconocido se apoderó de su fantasía dando lugar a descripciones hiperbólicas y fantásticas, antecesoras inconscientes de nuestro realismo mágico: "hay un pescado que llaman manetí, [escribía Alonso Enríquez] del tamaño de un buey, de sabor de ternera; y si en algo difiere es en ser mejor, y parecello más; y ansí se desuella para comer y sale a pacer de la mar a tierra". [21]

Decía un viajero anónimo que la isla estaba poblada por negros, mulatos, chinos, zambos y gentes de otras castas. Los cronistas que con mayor detenimiento estudiaron a los habitantes y su forma de vida fueron: Alejandro O'Reilly, militar que visitó Puerto Rico en1765; Fray Iñigo Abbad y Lasierra, sacerdote, en 1782 y Pierre Ledru, naturalista francés, en1797. Los

tres estuvieron de acuerdo en que se trataba de un pueblo con una estratificación social poco marcada: "Los hombres más visibles de la Isla, comprendidos los de Puerto Rico [nombre dado a la capital en aquella época], cuando están en el campo andan descalzos de pie y pierna," decía Alejandro O'Reilly y añadía: "Los sugetos distinguidos de la Isla son pocos, la única diferencia entre los otros está en tener alguna cosilla más de caudal o su graduación de oficial de milicias. . . . los blancos ninguna repugnancia hallan en estar mezclados con los pardos." [22] A Fray Iñigo le llama la atención la sencillez de la vida de aquella gente para la que una botella de vidrio constituía un objeto que legaban en el testamento "a favor del hijo más querido, como alhaja de consideración." [23]

Fray Iñigo comienza la sección "*Carácter y diferentes castas de los habitantes de esta isla de San Juan Bautista de Puerto Rico,*" diciendo:

> Los Europeos de diferentes Naciones que se han establecido en esta Isla, la mezcla de éstos con los Indios y Negros, y los efectos del clima que obra siempre sobre los vivientes, han producido diferentes castas de habitantes, que se distinguen en su color, fisonomía y carácter. Verdad es, que mirados en globo y sin reflexión, se nota poca diferencia en sus qualidades, y sólo se descubre un carácter tan mezclado y equívoco como sus colores; efecto sin duda de los diferentes mismos de los transmigrados, que han comunicado con la sangre su color y pasiones a sus descendientes en este País. [24]

Aquí es importante señalar la observación del sacerdote respecto a la forma en que definen los isleños su identidad territorial: criollos, en oposición a los blancos europeos. Se era criollo por el hecho de haber nacido en la isla y ya existía una clara diferencia entre ellos y los españoles:

> Dan el nombre de criollos indistintamente a todos los nacidos en la isla de cualquier casta, o mezcla de que provengan. A los europeos llaman blancos, o usando de su misma expresión; Hombres de la otra banda. [25]

Al hablar del caracter de los criollos, dice Fray Iñigo:

> aman la libertad, son desinteresados, usan de la hospitalidad con los forasteros; pero son vanos, e inconstantes en sus gustos.
>
> Tienen inclinación a las acciones brillantes, y de honor: han manifestado intrepidez en la guerra y sin duda son buenos soldados para expediciones, y campañas cortas, pues acostumbrados a una vida sedentaria, sienten dejarla por mucho tiempo: se inclinan más a las expediciones navales, y se dedican al corso y contrabando con afición y valentía; resisten mucho el hambre, y tienen grande espíritu y resolución para un abordage.
>
> Miran con tedio a los Europeos; el demasiado ardor y vivacidad de éstos en sus operaciones los incomoda y les domina siempre la emulación; pero los reciben con franqueza en sus casas, los alimentan y mantienen a gusto, y se glorian de descender de ellos. Las mugeres aman a los Españoles con preferencia a los Criollos; son de buena disposición; pero el aire salitroso de la mar les consume los dientes y priva de aquel color vivo y agradable que resalta en las damas de otros países; el calor las hace desidiosas y desaliñadas; se casan muy temprano, son fecundas, aficionadas al bayle y a correr a caballo, lo que ejecutan con destreza y desembarazo extraordinario. [26]

Fray Iñigo explica cómo son los miembros de cada composición racial.

Según él:

> Los mulatos, de que se compone la mayor parte de la población de esta isla, son los hijos de blanco y negra. Su color es obscuro, desagradable, sus ojos turbios, son altos y bien formados, más fuertes y acostumbrados al trabajo que los blancos criollos, quienes los tratan con desprecio. Entre esta clase de gentes hay muchos espeditos y liberales para discurrir y obrar; se han distinguido en todos tiempos por sus acciones, y son ambiciosos de honor. [27]

Respecto a la esclavitud, estima el cronista que

> no hay cosa más afrentosa en esta Isla que el ser negro, o descendiente de ellos: un blanco insulta a cualquiera de éstos impunemente con las expresiones más vilipendiosas: algunos amos los tratan con un rigor indigno, recreándose en tener siempre levantada la vara de tiranos, de que resultan la infidelidad, deserción y el suicidio; otros los miran con sobrada estimación y cariño, haciéndolos instrumentos del lujo y vanidad, empleándolos únicamente en el servicio doméstico; pero estos mismos llegan a

> sufrir el rigor de la esclavitud, quando el amo muere y pasan a otro. . . . [28]

El sacerdote piensa que debido a la diversidad de nacionalidad de los esclavos tienen éstos diferentes caracteres y costumbres, pero a pesar de esta circunstancia

> se puede decir que su carácter y opiniones la forman en mucha parte sus amos propios; si éstos los aman y tratan con cariño, corresponden hasta el heroísmo; pero si son demasiadamente rígidos saben sufrir y disimular sus sentimientos hasta tener ocasión de vengarse. . . . [29]

Finalmente, concluye:

> De esta variedad y mezcla de gentes, resulta un carácter equívoco y difícil de explicar pero a todos convienen algunas circunstancias que podemos considerar como características de los habitantes de Puerto-Rico: el calor del clima los hace indolentes y desidiosos; la fertilidad del país que les facilita los medios de alimentarse, los hace desinteresados y hospitalarios con los forasteros; la soledad en que viven en sus casas de campo, los acostumbra al silencio y cavilación; la organización delicada de sus cuerpos auxilia la viveza de su imaginación, que los arrebata a los extremos; la misma delicadeza de órganos que los hace tímidos, los hace mirar con desprecio todos los peligros, y aun la misma muerte, las diferentes clases que hay entre ellos infunde vanidad en unos, abatimiento y emulación en otros. [30]

Y, siempre atento a su objetivo de estudiar la mejor forma en que los habitantes de la colonia pueden servir a España , dice:

> Son generalmente frugales, de poco sueño y perspicaces; pero ambiciosos de gloria, achaque interesante a la política, si saben utilizarlo los gobernadores, a quienes tributan toda sumisión y respeto. Este es en suma, el concepto que he formado de los naturales de esta Isla. [31]

Para esta época los habitantes de la montaña han desarrollado una religiosidad de principios católicos, pero con carácteristicas propias. Son muy

devotos de "Nuestra Señora." Debido a la dificultad en las comunicaciones y a la escasez de sacerdotes, entre otros factores, los campesinos no asisten a misa frecuentemente. Es una religión, principalmente, doméstica. Ante la falta de acceso a la compra de imágenes, tan necesarias para practicar su devoción a los santos, especialmente a la Virgen, comienzan desde el siglo XVI a tallar sus propias figuras. Son santos que responden a sus necesidades, concebidos de acuerdo a la realidad que rodea al artesano. Frecuentemente las facciones son semejantes a las de la gente de la montaña. Los Reyes Magos se representan montados a caballo; la Virgen de Monserrate, de cara oscura, es la más popular entre las madonas. [32] Aparece a menudo junto a un hombre y un toro, aludiendo a un milagro realizado por ella en Puerto Rico.

Afirmaban estos viajeros unánimemente que a los puertorriqueños les gustaba bailar al son de instrumentos musicales no europeos junto a los heredados de los colonizadores españoles. Pierre Ledru decía sobre un baile en una hacienda: "La mezcla de blancos, mulatos y negros libres formaba un grupo bastante original . . . ejecutaron sucesivamente bailes africanos y criollos al son de la guitarra y del tamboril llamado vulgarmente bomba." [33] Fray Iñigo Abbad afirmaba:

> La diversión más apreciable para estos Isleños son los bailes; los tienen sin más motivo que el de pasar el tiempo, y rara vez falta en una casa u otra. El que da el baile convida a sus camaradas, corre la voz por el territorio, y acuden a centenares de todas partes aunque no sean llamados. Como las casas son reducidas caben pocos; se quedan debajo de la casa y en su circunferencia y suben el rato que quieren bailar. Para dar principio al baile, los convidados se ponen al pie de la escalera con las sonajas, calabazos, maracas y algún guitarrillo. [34]
>
> El nacimiento o muerte de algún niño también se celebra con bailes, . . . estas fiestas corren por cuenta de los padrinos. [35]

Comentaba Ledru respecto al baile al que asistió en la hacienda: "Ejecutaron sucesivamente bailes africanos y criollos al son de la guitarra y del tamboril llamado vulgarmente bomba." [36] Ya antes de Fray Iñigo y de Ledru, a fines del siglo XVII, había llamado la atención a los peninsulares la afición al baile de los isleños. En 1691 el Obispo de Puerto Rico, Fray Francisco de Padilla escribía al rey de España relatando el gran regocijo y los muchos bailes con que celebraban las fiestas religiosas, especialmente las de Navidad, en las que desde muy temprano se reportan lucidas celebraciones. Dice el Obispo en su carta al rey:

> La alfombra fue ocupada por seis doncellas broncíneas, como de quince años de edad, vestidas de gasas blancas, con coronas de flores y panderetas en las diestras. Las mulaticas empezaron a danzar al compás de las guitarras; sus movimientos eran correctos pero un soplo voluptuoso y sensual se infiltraba en los sentidos del gentío. Concluida la danza y los villancicos, el púbiico aplaudía. Terminadas las ofrendas, la gente se agrupaba en diversos lugares del templo, a bailar fandanguillo con zapateado.[37]

El aire de sensualidad observado en las bailarinas no resulta nada grato a los ojos de los señores sacerdotes, quienes prohíben las danzas en los templos a fines del siglo XVII.

De la religiosidad de los puertorriqueños, observa Fray Iñigo que

> . . . aunque los Pueblos están comunmente desiertos sin más habitantes que el Cura, los Domingos y días festivos, acuden ellos a oír Misa. . . . Quando están enfermos avisan al Cura, éste va a caballo, lleva el Viático y Extrema-Unción, confiesa al enfermo, lo administra los santos Sacramentos y se vuelve al Pueblo.
>
> Traen los difuntos a enterrarlos a las Iglesias, a no ser que hayan muerto de epidemia de viruelas, que entonces los entierran en sus propias haciendas al pie de un árbol; pero cuidan de sacar los huecos. Pasados uno o dos años los llevan a la Iglesia y *les hacen las honras según la calidad del sugeto.*

> Estos isleños son muy devotos de nuestra Señora: todos llevan el Rosario al cuello, lo rezan por lo menos dos veces al día: todas las familias lo empiezan con este santo exercicio, algunos lo repiten al mediodía, sin omitirlo a la noche; pero la juventud, es causa de mucha ignorancia en todos; pues los más no saben lo muy preciso de la Doctrina Cristiana; el no vivir congregados en los Pueblos, ocasionan éste y otros graves males. [38]

El estilo de vida de los hacendados es criticado frecuentemente por los cronistas:

> La crianza de los hijos es lastimosa, el amor indiscreto que les manifiestan, la ninguna educación que les dan, la mansión continua en los campos, la falta de escuelas, el ningún oficio a que los destinan, los hace desaplicados, independientes de toda subordinación, faltos de instrucción y tan libres, que se separan de sus padres luego que hallan medios de subsistir. El trato frecuente y dominante con las esclavas, el vivir las familias sin separación, la libertad y el influjo del clima despierta la naturaleza de los jóvenes muy temprano y ansían por casarse antes de saber las primeras obligaciones de Cristianos, ni de Ciudadanos. [39]

Una costumbre criticada repetidamente es el gusto de los hacendados por mecerse en hamacas. Este hábito es considerado por más de un observador como índice de vagancia, factor contribuyente a que las haciendas, y por tanto la economía de la isla, no prosperen. Comenta un viajero francés anónimo que los dueños de haciendas pasaban el día acostados "en sus hamacas de maguey." Fray Iñigo Abbad afirmaba que las mujeres de los hacendados criollos "no hilan ni hacen media, cosen muy poco, *pasan muy la vida haciendo cigarros y fumando en las Amacas,* (sic) las faenas de casa corren por cuenta de las esclavas." [40]

A estos viajeros les llama la atención, y elogian, la destreza de las puertorriqueñas para la equitación. Dice Pierre Ledru: "Dudo que nuestras bellas de París puedan disputar con las amazonas de Puerto Rico el arte de manejar un caballo con tanta gracia como atrevimiento." [41] Y Fray Iñigo: Las

mujeres ". . . quando van a los bailes montan a caballo. . . . van con igual o mayor desembarazo y seguridad que los hombres." [42] Al describir el vestuario, comenta el sacerdote:

> Las mugeres van igualmente descalzas; llevan uno o dos pares de sayas de indiana o lienzo pintado, una camisa muy escotada por los pechos y espalda, toda llena de pliegues de arriba a abajo: las mangas las atan sobre los codos con cintas y un pañuelo en la cabeza. [43]

Los esposos de las señoras

> No usan medias ni zapatos; es mucho embarazo y molestia verse precisados a andar calzados, los zapatos con el mucho calor les lastiman los pies; por otra parte la tierra llana y arenosa que pisan no les ofende y como viven en sus estancias, que están inundadas la mayor parte del año, no podrían dar paso sin necesidad de descalzarse o de perder los zapatos. [44]

> El que tiene cuatro vacas y un pedazo de tierra para mantenerlas, plantar un platanar y sembrar un poco de arroz o maíz, se considera hombre acomodado y con medios sobrados para mantener una familia; y si a esto se agrega la posesión de algún esclavo y el vivir cerca de algún río o de la mar, el esclavo tiene a su cargo alimentar la indolencia de sus amos, que quedan fumando en las *Amacas.* [45]

Otra costumbre muy mal vista por el cronista es la afición de los isleños a las peleas de gallo y al juego en general:

> Son apasionados por los juegos sedentarios; el de gallos es muy común en toda la América, y más en esta Isla. No tiene rubor un hombre de obligaciones pasear las calles, buscando quien quiera apostarlas con su gallo, y aventura todo quanto dinero tiene, fiado de la valentía del suyo. Los padres de familia se pasan el día en mitad de la plaza puestos de cuclillas, viéndolos reñir, sin manifestar alteración ni disgusto por haber perdido todo su dinero, siéndoles como sucede regularmente, pues les atan en cada pie una lanceta bien afilada y saltando uno contra otro, se pasan y degüellan con ellas. El primero que cae muerto o huye del cerco, pierde la riña y su dueño paga la apuesta, que suelen ser considerables. No es menor el vicio que tienen a los juegos de envite en que se exercitan mientras tienen que vender para jugar. [46]

La alimentación está constituida, fundamentalmente, por los frutos que se cultivan en la isla, entre los cuales el plátano, substituto del pan según los europeos, es un elemento básico para todos. Según el Informe del Cabildo de San Juan al Rey de 1775,

> los frutos más lucrativos y útiles a los hacendados son las siembras de *caña, tabaco, café* y *yuca*; y más útiles y necesarios para la manutención del público y de los mismos hacendados, fuera de los expresados, y que actualmente se producen, son los *plátanos*, que sirven generalmente de pan en los campos; los *pastos* para conservar la ceba de los ganados; el *arroz* y las raíces nutritivas como *batatas, ñames, yahutías* y todas las legumbres y menestras arriba explicadas, aun el *maíz,* que suele sustituir en defecto de plátanos. [47]

Los plátanos eran un elemento tan imprescindible en la sobrevivencia de los isleños, que les servián hasta de provisión de viaje: "Con la misma facilidad emprenden sus viages de mar o tierra; con una canoa y un racimo de plátanos se pasan a cualquiera Isla que diste quarenta o cinquenta leguas." [48] Sin embargo, la abundancia de este fruto se halla entre los factores enumerados por los cronistas como contribuyentes al estancamiento de la isla. Ya hemos visto la opinión de Fray Iñigo al respecto en el párrafo citado arriba. De acuerdo al análisis de O'Reilly:

> El origen y principal causa del poquísimo adelantamiento que ha tenido la isla de Puerto-Rico, es por no haberse hasta ahora formado un Reglamento político conducente a ello; haberse poblado con algunos soldados sobradamente acostumbrados a las armas para reducirse al trabajo del campo: agregáronse a éstos un número de Polizones, Grumetes y Marineros que desertaban de cada embarcación que allí tocaba: esta gente por sí muy desidiosa, y sin sujeción alguna por parte del Gobierno, se extendió por aquellos campos y bosques, en que fabricaron unas malísimas chozas: con cuatro plátanos que sembraban, las frutas que hallaban silvestres, y las vacas de que abundaron muy luego los montes, tenían leche, verduras, frutas y alguna carne; con esto vivían y aún viven.
>
> Con cinco días de trabajo, tiene una familia plátanos para todo el año. [49]

La carne era muy escasa en la mesa de los campesinos:

> sólo la consiguen cuando hacen monterías entonces comen con gula y todos gustan que las carnes no estén muy cocidas, especialmente la de cerdo la sirven chorreando sangre. [50]

Las crónicas del siglo XVIII concuerdan, por lo general, en la descripción de los aspectos aparentes de la vida del pueblo, visto a través de los ojos de un observador cuidadoso y externo. Hay unanimidad de opinión sobre las diversiones, la constitución étnica, los hábitos alimenticios. Piensan que los criollos "son bien hechos y proporcionados; apenas se ve en toda la Isla algún lisiado." [51] Lo que varía, frecuentemente, es el juicio que hace el cronista de lo observado, de acuerdo a su perspectiva personal. O'Reilly analiza desde su óptica militar y oficial, siempre buscando qué beneficiará al gobierno colonial, en forma muy práctica. Fray Iñigo tambien tiene la perspectiva de la Metrópoli, pero juzga las situaciones de acuerdo a sus valores de sacerdote católico. Se preocupa por las condiciones de la religión, los otros no. Pierre Ledru, francés y científico, trata de ser objetivo, pero su imagen de la isla y de sus habitantes está permeada de un romanticismo que lo lleva a idealizar ciertas situaciones. Al hablar de los esclavos que tiene un hacendado amigo que lo hospeda, dice:

> aquí estos africanos no tienen más que el nombre de esclavos, sin sufrir las cadenas; bien vestidos, bien alimentados, con una robusta salud, trabajan con celo para un colono bien hechor que dobla sus ganancias aliviando las desgracias de aquéllos. [52]

Ledru dice que en otras haciendas no es así, pero no describe el mal trato que se da a los esclavos en ellas. Sin embargo, hemos visto la crítica de Fray Iñigo al trato cruel propinado a los esclavos. Ahora bien, ninguno de ellos habla en contra de la esclavitud como institución.

En Pierre Ledrú no se observa el prejuicio racial de Fray Iñigo en lo relacionado con la estética. En vez de hacer énfasis en el aspecto físico de negros y mulatos, afirma de los habitantes del pueblo de Cangrejos: "casi todos negros o mulatos, han comprado con su industria la libertad de que gozan. Aunque habitan un suelo árido, cultivan con buen éxito muchos frutos y legumbres para el consumo de San Juan." [53] Sin embargo, Fray Iñigo, severo y leal a la Corona, juzga el color de los mulatos como "obscuro y desagradable," y la crianza de los hijos de los hacendados "lastimosa." Dice que duermen sobre "un tablado tosco con un jergón de yerba y un toldo de lienzo para preservarse de las nubes de insectos y sabandijas que hay en todas partes;..." Sin embargo "Les era muy fácil proveerse de colchones de lana de seybo, guano y de ovejas; pero miran con indiferencia estas comodidades y prefieren las Amacas a las camas más blandas y colgadas." [54]

Desde la perspectiva de Fray Iñigo, como valor absoluto, un colchón era superior a una hamaca. Pierre Ledrú ante el mismo hecho, analiza en forma más imparcial que para el clima de la isla las hamacas eran mucho más adecuadas. Por lo tanto, la preferencia por ese tipo de cama se debía, precisamente, al deseo de dormir lo más cómodamente posible, no a la indiferencia por los bienes materiales. Pierre Ledrú observa: "El calor no permite el uso de colchones, y ordinariamente se duerme en catres forrados de lienzo: los ricos colocan sobre ellos un gran pabellón de gasa o muselina a que llaman mosquitero, y el cual permite la circulación del aire y no deja pasar los insectos." [55]

Para remediar la situación de la Colonia como servidora de la Metrópoli, no la de los habitantes de la Colonia, Alejandro O'Reilly hace diversas recomendaciones en 1765:

> Para el pronto fomento de esta Isla, considero indispensable el establecimiento de algunos hombres de caudal que pongan ingenios. Un nuevo y proporcionado reglamento de derechos y de comercio; algunos artesanos y labradores inteligentes, y obligar al cultivo de los frutos que sean más útiles al comercio de España; que S.M. declare por el fisco, todas las tierras no cultivadas y pobladas como es de ley y condición espresa en la gracia. Con dar S.M. la propiedad de estas tierras a los que vinieron a establecerse, se animarían muchos: convendría arreglarles la cantidad al número de negros y dependientes que tragesen, y dejar a los mismos habitantes de la Isla, poseedores actuales, tierras con justa proporción a sus fuerzas, señalándoles tres años para su cultivo. Se aplicarían a ello con fervor para no perderlas, y lo poco que se les dejaría les valdría entonces diez veces más, de lo que hoy les vale, su imaginaria propiedad. [56]

Para la consecución de este plan sería necesario, entre otras medidas, desposeer a los campesinos de sus tierras. La medida era racionalizada con la afirmación de que no las atendían y de que las disposiciones proyectadas, lejos de perjudicarlos, los beneficiarían al servirles de acicate para trabajar más (sólo se les permitiría tener la cantidad de tierras que pudieran cultivar, siempre bajo la amenaza de que de no hacerlo se las quitarían). En este proyecto puede observarse, desde el primer momento, que serán las clases más necesitadas las destinadas a llevarlo a cabo. En este sentido, ciertos detalles de esta crónica son muy interesantes. Por ejemplo, O'Reilly aboga por diversas medidas. Sugiere a las autoridades de España estas medidas, pero no está dentro de sus facultades ejecutarlas. Sin embargo, sí está facultado para realizar ciertos cambios en el aspecto militar y los realiza. Son medidas destinadas a mejorar la tropa y reducir los gastos militares. En su *Memoria...* explica cómo se las ha ingeniado para, solapadamente, enterarse del estado de desintegración en que se encuentra el ejército: el desaliño en el vestir de los soldados, sus amores y amancebamientos con las "mulatas" puertorriqueñas a las que llaman sus "caseras" y a quienes entregan el

miserable salario que ellos perciben... cuando lo perciben, para comer "el soldado, la casera, y los hijos si los tenía." [57]

Ya al corriente de la situación, O'Reilly manipula la irregularidad que existe en el pago de los salarios para que la guarnición acepte y aun dé vivas al Rey ante la noticia de que en lo adelante va a recibir ocho pesos mensuales en vez de once, pero, dice O'Reilly a los soldados, los recibirán puntualmente. [58] Además, reduce la pensión de los inválidos del ejército de cinco pesos y medio mensuales a cuatro. Para tomar esta medida alega que como se quedaban en sus casas, no gastaban en ropa. Obviamente, se trata del típico ahorro del chocolate del loro.[59]

O'Reilly menciona repetidas veces el contrabando abierto que se practica en la isla. Este comercio, a base del cual los vecinos sobreviven intercambiando productos agrícolas y ganado por manufacturas que España no enviaba, era realizado con barcos provenientes, principalmente, de otros puertos del Caribe:

> El trato ilícito se hace con los holandeses de Curazao y San Eustaquio; dinamarqueses, de Santo Thomas y Santa Cruz; ingleses de las Islas inmediatas, y muchos de esta nación que hay avecindados en las de Dinamarca. Los holandeses se llevan la mayor parte del tabaco, los ingleses el palo de mora y guayacán, los dinamarqueses los víveres y el café, y todos, algunas reses vacunas y cuantas mulas pueden conseguir. [60]

O'Reilly, consciente del abandono en que ha permanecido la colonia en los 255 años que España la ha poseído, piensa que este contrabando ha sido de ayuda al Rey, puesto que estimuló a los isleños a cultivar en una proporción en que no lo habrían hecho si sus frutos no hubieran tenido ninguna posibilidad de mercado. Piensa el cronista que el rey puede suprimir el contrabando fácilmente en el momento en que le convenga y aprovechar

aquel ligero desarrollo de la agricultura que ocurrió sin ningún esfuerzo de la Corona. Además, con un cinismo rampante, visto desde nuestra óptica actual, siempre cuenta O'Reilly para el triunfo de los planes de España, con la bondad de los habitantes de la isla: "son muy amantes del Rey, y de una natural inocencia y verdad que no he visto, ni he oído haber en otra parte de América." [61]

También Pierre Ledru habla del contrabando en 1797, pero, ya que él no es un enviado del gobierno español, no sólo toma el contrabando como parte del comercio normal de la Antilla, sino que critica las manufacturas españolas y el sistema de comercio de España con la isla:

> La mayoría de los habitantes, y en particular los del interior de la Isla, no consumen otros artículos que los que produce el país, pero los que viven en las costas compran a los extrangeros harina, vino, aceite, aguardiente y salazones, así como talas de hilo y algodón, armas, quincallería, alhajas y los vestidos que usan. La preferencia que se da a las mercancías extrangeras sobre las españolas nace de que éstas, siendo inferiores en su clase, son al mismo tiempo mucho más caras que las francesas e inglesas que vienen a ofrecérselas en sus mismas costas, tomando en pago productos coloniales. [62]

El estado de la educación, de acuerdo a O'Reilly, era lamentable: sólo había dos escuelas de niños; fuera de San Juan y San Germán pocos sabían leer y para contar se valían de las épocas de los gobiernos, de los huracanes, las visitas de Obispos, arribo de flotas o situados. "no entienden lo que son leguas, cada uno cuenta la jornada a proporción de su andar. . . ." [63]

Para tener una idea del abandono educativo y artístico en que se encontraba Puerto Rico mencionemos sólo algunos hechos: En 1765 O'Reilly, como ya hemos visto, estima que el estado de la educación es desastroso y entre sus recomendaciones incluye la creación de escuelas.

Muchos de sus consejos son atendidos; los referentes a la educación son ignorados. En 1770, el gobernador don Miguel de Muesas aboga, de nuevo, por el establecimiento de planteles de enseñanza elemental en los diversos partidos subvencionados por los vecinos y en los cuales deberán recibirse a "todos los niños que se remitiesen, sean blancos, pardos o morenos libres" [64] y gestiona ante las autoridades de Madrid la creación de una universidad que, por supuesto, no crean. Dieciocho años más tarde, en 1788, Fray Iñigo Abbad lamenta, nuevamente, la falta de escuelas y "el viajero Pierre Ledru dice en 1797 que unas siete décimas partes de la población de la isla no saben leer, y que tan solamente un corto número de niños participa de las enseñanzas de los elementos de la religión y de la gramática que imparten los frailes y algunas mujeres." [65] En 1795 también fracasa el deseo que el Ayuntamiento de San Juan expresa de que, ante el traspaso de la colonia de Santo Domingo de España a Francia, se traslade la universidad de Santo Domingo para Puerto Rico.

Sin embargo, las recopilaciones de poesía popular y de cuentos que han llegado hasta nosotros revelan una abundante actividad cultural oral expresada, principalmente, en forma de coplas y décimas. Los temas de esta poesía, contrario a lo que sucede con la culta, están tomados de la realidad circundante y van desde la descripción humorística de los hábitos alimenticios hasta la expresión de sentimientos amorosos. [66] Estos dos ejemplos citados por Manrique Cabrera son excelentes:

Yo tuve una gran soruca
Con un hijo de yautía.
Se me vino en contra mía
Quintal y medio de yuca;
Me hizo coger la brusca
Por un cafetal cerrado.
Las avispas me picaron.

¡Mal rayo parta mi suerte!
Por eso le di la muerte
Al plátano verde asado.

Pajarito que cantando
Cantas la ausencia y la gloria,
Si vieres a mi señora,
Explícale lo que siento;
Dile que suplico atento
Con el corazón partido.
Pájaro vuelve a tu nido
Y mejora en tu cantar.
Ayúdamela a buscar,
Mira que se me ha perdido.[67]

También se ha recogido una amplia colección de cuentos folclóricos [68] que, según Francisco Manrique Cabrera podrían agruparse en: "cuentos de encantamiento, los cuentos-adivinanzas, los cuentos de no acabar, los romances prosificados, etc.; del otro lado cabría agrupar los cuentos de signo apicarado." [69]

El único evento de alta cultura de que ha quedado constancia en estos doscientos y pico de años de colonización fueron las fiestas celebradas en 1747 en San Juan con motivo de la ascensión al trono de Fernando VI y de su mujer Bárbara de Braganza. En el momento en que debían celebrarse las fiestas la población estaba de luto debido a que una reciente epidemia había diezmado numerosas familias. Este hecho, unido a la miseria general del país, hizo dudar a las autoridades de la isla sobre la conveniencia de efectuar las celebraciones. A pesar de todo se llevaron a cabo y quedaron sobre las mismas unas crónicas de escritor anónimo que hablan de una actividad poética y teatral de la que este documento es la única constancia. Se representaron varias obras de autores españoles del siglo XVII: *El Conde*

Lucanor, de Calderón de la Barca; *Los españoles en Chile,* de Francisco González de Bustos; *El villano del Danubio* y *El buen juez no tiene patria,* de Juan de la Hoz y Mota, y *Primero es la honra*, de Agustín Moreto.[70] Opuesto a lo observado por los cronistas que hemos mencionado anteriormente en el campo, en la capital, aparentemente, ya existían divisiones sociales entre los blancos y los mulatos y negros, ya que participan en las actividades teatrales por separado.

No hay noticias de quienes auspiciaban estas actividades, pero por esta crónica y por otros comentarios que han quedado, sabemos que existía alguna actividad artística. En 1644, por ejemplo, Fray Damián López de Haro, al relatar su llegada a San Juan, que coincidió con las festividades de San Antonio de Padua, el 13 de junio dice: "...yo fui recibido no sólo con todas las prevenciones que dispone el ceremonial Romano, sino con muchas demostraciones de singular alegría, con danzas, comedias, toros y cañas."[71]

> A partir de 1790, la economía azucarera de la isla sufre un cambio radical. El número de esclavos creció a un ritmo más acelerado que en años anteriores, duplicándose entre el 1789 y el 1802, de 11,260 a 24,591. . . . El aumento en el número de esclavos y el auge azucarero se debió a varias razones, que resumimos brevemente. En primer lugar, a la abolición parcial del monopolio mercantil español; en segundo lugar, a la creación de la compañía Guipuzcoana; en tercer lugar, a la liberalización del tráfico de esclavos desde Africa; en cuarto lugar, al aumento en la demanda por el azúcar de Puerto Rico por los Estados Unidos de Norte América durante el transcurso de su guerra de independencia, y más tarde, durante la fundación de la República; y finalmente, a la virtual destrucción de la industria azucarera de la colonia azucarera más rica de América: el Saint Domingue Frances. [72]

La caída del azúcar de Santo Domingo debido a la revolución en aquella isla durante los años 1789 a 1804, creó una escasez de azúcar en el

mercado mundial y proporcionó oportunidades de mercado a la de Puerto Rico. Esto estimula el proceso ya en marcha de dedicar más terrenos a la agricultura comercial, especialmente a la caña de azúcar y al café, recién introducido en la Isla, cuyo cultivo requiere menos tecnología y trabajadores que la caña. El mayor problema que se presenta para incrementar ambos cultivos, pero principalmente el azúcar y sus derivados, es la falta de mano de obra. Con una tecnología rudimentaria, la solución para aumentar la producción es sembrar más caña. La mano de obra libre es difícil de conseguir. En un país con abundancia de tierra y pocos habitantes, éstos prefieren sembrar por su cuenta un pedazo de terreno y obtener lo que necesitan para cubrir sus necesidades antes que dedicarse a trabajar para otro en condiciones infrahumanas. Cuba, que para 1790 es uno de los mayores exportadores de azúcar para Europa, ha resuelto el problema aumentando la importación de esclavos. En Puerto Rico se hace otro tanto, aunque en escala mucho menor. [73]

Existe en la isla ya una incipiente élite criolla con fuerte participación de los mulatos. Modelo de esta clase naciente y conflictuada es el pintor José Campeche, un mulato que sólo en una ocasión pintó esclavos y nunca jíbaros en una sociedad esclavista y eminentemente rural. Su obra, que se ocupó de dejar plasmadas las figuras más sobresalientes de la sociedad y del clero constituye, según Edgardo Rodríguez Juliá, "el primer mito fundador de la cultura puertorriqueña": [74] La visión interna de Campeche, isleño citadino, dejó constancia de un concepto del criollo alejado de los jíbaros y de los mestizos y negros muy diferente de la expresada por los cronistas españoles para la misma época:

> Esta pintura es testigo del estamento eclesiástico, administrativo y militar de la colonia; también es el ojo inquieto que retrata a la burguesía criolla aún en ciernes. Pero he aquí que esta mirada triste no testimonia la propia condición; del lado de acá del lienzo, en el mutismo del oficio artesanal, ha quedado la otra clase contendora de aquella nacionalidad en ciernes del XVIII, es decir, la élite mulata. [75]

Mientras tanto, en las regiones más desarrolladas de Latinoamérica ya está formada una clase social nativa con acceso a la educación en Europa, cuyas aspiraciones políticas van creciendo a medida que aumenta su control sobre los medios de producción. Las ideas de la Ilustración, la Revolución francesa y el modelo que proporciona la guerra de independencia de las colonias inglesas de Estados Unidos contra Inglaterra, tienen una fuerte repercusión en el pensamiento de gran parte de estos latinoamericanos. Sintiéndose cada vez más fuertes, y sabiendo al Imperio español cada vez más débil, el conflicto entre los intereses económicos y las aspiraciones políticas de estas élites criollas con España se agudiza durante los primeros años del siglo XIX. Al exigir reformas que la Metrópoli, en vez de conceder, trata de reprimir encarcelando o deportando a los líderes latinoamericanos y a los funcionarios españoles que apoyaban esas demandas, las clases altas criollas, las únicas capacitadas para hacerlo, deciden tomar el liderato de la lucha armada. Estallan las guerras de independencia en Latinoamérica en 1810. Muchos de los simpatizantes con el régimen español escapan de los países en lucha. Un porcentaje considerable de los inmigrantes que llegan a Puerto Rico en estos años forma parte de ese elemento conservador.

Notas

[1]Stanley J. y Barbara H. Stein, *La herencia colonial de América Latina,* 10a edición (México: Siglo XXI editores, 1978), p. 92.

[2] Ibid., p. 84.

[3] Véase: Jalil Sued Badillo y Angel Lópoez Cantos, *Puerto Rico negro* (Río Piedras: Editorial cultural, 1986), pp. 17-36.

[4] Véase: Fernando Picó, *Historia general de Puerto Rico* (Río Piedras: Ediciones Huracán Inc., 1986), Capítulos 5 y 6.

[5] Cayetano Coll y Toste, *Leyendas puertorriqueñas* (México: Editorial Orión, 1970), p. 175.

[6] Citado por Coll y Toste en *Leyendas puertorriqueñas*, p. 176. Véase también: Fernando Picó, *Historia general de Puerto Rico,* pp. 75-81.

[7] Darío de Ormaechea, "Memoria acerca de la agricultura, el comercio y las rentas internas de la isla de Puerto Rico por Darío de Ormaechea año 1847," Crónicas de Puerto Rico: Desde la conquista hasta nuestros días (1493-1955)", en *Crónicas de Puerto Rico*, Editor Eugenio Fernández Méndez (Río Piedras: Editorial Universitaria, 1981), p. 393.

[8] Véase la nota 23, al pie de la p. 15, en Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico (Siglo XIX)* Tomo I (1808-1868) (Río Piedras: Editorial universitaria, 1970).

[9] Una de las principales razones para la irregularidad del situado era el asalto en alta mar a los buques que lo transportaban. A principios del siglo XIX la tensión entre España y Latinoamérica hace peor la situación. Al proclamarse la independencia en 1810, se suspende. Véase: Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico*, I, p. 15.

[10] "*Grandeza de Indias. Estado eclesiástico, político y civil de ellas. Escrito por don Gabriel de Villalobos, caballero del hábito de Santiago, almirante de flotas. Año de 1690,"* en Aida R. Caro Costas, *Antología de lecturas de historia de Puerto Rico (Siglos XV-XVIII)* Segunda edición revisada (Río Piedras: Editorial Universitaria, 1980) p. 434.

[11] Fernando Picó, *Historia general*, p. 70.

[12] Ibid., p. 71.

[13] Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de la literatura puertorriqueña* (San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1970), p. 43.

[14] "Carta del Obispo de Puerto-Rico Don Fray Damián López de Haro, a Juan Diez de la Calle, con una relación muy curiosa de su viaje y otras cosas. Año 1644," *Crónicas de Puerto Rico,* p. 160.

[15] Ibid., pp. 46-52.

[16] Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de literatura puertorriqueña*, pp. 72-76.

[17] Stanley J. y Barbara H. Stein, *La herencia colonial de Latinoamérica*, p. 94.

[18] *Crónicas de Puerto Rico*, p. 309. Véase también la serie de ordenanzas destinadas a ampliar el comercio que aparecen en Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico*, I, p. 12.

[19] Fernando Picó, S.J., *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX,* p. 21.

[20] Para una relación de las Crónicas de Indias en que aparece Puerto Rico, véase: Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de literatura puertorriqueña* , pp. 22-28.

[21] *Libro de la vida y costumbres de don Alonso Enríquez, caballero noble desbaratado.* Citado por Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de literatura puertorriqueña* , p. 31.

[22] "Memoria de D. Alejandro O'Reilly sobre la isla de Puerto Rico, año 1765," en *Crónicas de Puerto Rico,* p. 242.

[23] Ibid., p. 317.

[24] Ibid., p. 313.

[25] Ibid., p. 313.

[26] Ibid.

[27] Ibid., p. 313-14.

[28] Ibid., pp. 314-15.

[29] Ibid., p. 315.

[30] Ibid.

[31] Ibid., p. 316.

[32] Es muy interesante el dato de que el día de la fiesta de la Virgen de la Monserrate, 8 de septiembre, es el mismo día en que se celebra la fiesta de la patrona de Cuba, la Virgen de la Caridad del Cobre, cuya imagen se representa como mulata y está identificada en la santería cubana con Ochún, del panteón yoruba.

[33] "Relación del viage a la isla de Puerto Rico, en el año 1797 por el naturalista francés, Andree Pierre Ledru", *Crónicas de Puerto Rico,* op. cit., p. 335.

[34] Fray Iñigo, *Crónicas de Puerto Rico*, pp. 320-21.

[35] Ibid., p. 322.

[36] Pierre Ledru, *Crónicas de Puerto Rico*, p. 335.

[37] Ibid, p. 29.

[38] Fray Iñigo Abbad, *Crónicas de Puerto Rico*, pp. 324-25.

[39] Fray Iñigo, *Crónicas de Puerto Rico,* p. 320.

[40] Ibid., pp. 318-20. La cursiva es mía.

[41] *Crónicas de Puerto Rico*, p. 330.

[42] *Crónicas de Puerto Rico,* p. 323.

[43] Fray Iñigo, *Crónicas de Puerto Rico*, p. 318.

[44] Ibid.

[45] Ibid., p. 320.

[46] Ibid., p. 320.

[47] *Crónicas de Puerto Rico*, p. 277. La cursiva es de Fernández Méndez.

[48] Fray Iñigo, *Crónicas de Puerto Rico*, p. 324.

[49] Alejandro O'Reilly, *Crónicas de Puerto Rico,* p. 241.

[50] Fray Iñigo, *Crónicas de Puerto Rico,* p. 317.

[51] Ibid., p. 313.

[52] Pierre Ledru, *Crónicas de Puerto Rico*, p. 335.

[53] *Crónicas de Puerto Rico*, p. 333.

[54] Fray Iñigo, *Crónicas de Puerto Rico*, p. 316.

[55] *Crónicas de Puerto Rico*, p. 342.

[56] Alejandro O'Reilly, *Crónicas de Puerto Rico,* p. 247.

[57] Ibid., p. 262.

[58] Ibid., p. 263.

[59] Para quienes no conocen la historia, creo que no está de más incluirla en esta nota. Una de esas familias pertenecientes a nuestra frágil y precaria clase media se reúne de sobremesa para discutir qué ahorros han de hacer, pues la situación está mala: al padre le han reducido el sueldo en su empleo con el gobierno. Uno de los hermanos propone mudarse a una casa más pequeña y pagar menos alquiler. ¡Eso es imposible, cómo puede ocurrírsele a alguien semejante barbaridad... si casi no cabemos en ésta! -responde el hijo más pequeño. -Pues despidamos la criada, dice otro de los miembros de la familia. Las mujeres responden airadas. ¡No faltaba más, que ellas tuvieran que ponerse a cocinar y a limpiar la casa! -Vayamos al teatro una vez a la semana en vez de tres como lo hacemos ahora, propone una de las hermanas. -Pero si es nuestra única diversión, dice otra. Así, van eliminando posibilidades sin encontrar una manera de ahorrar.

De momento, alguien mira al loro que duerme tranquilamente en su jaula en una esquina de la sala. ¡Caramba, piensa, todos los días a ese lorito se le da un pedacito de chocolate por la noche, que le encanta !Un loro no necesita eso para vivir. Y propone quitarle el chocolate al loro. Todos aceptan complacidos y se van a dormir.

[60] Alejandro O'Reilly, *Crónicas de Puerto Rico*, p. 258.

[61] Ibid., p. 242.

[62] Pierre Ledru, *Crónicas de Puerto Rico*, p. 343.

[63] Alejandro O'Reilly, *Crónicas de Puerto Rico*, p. 242.

[64] Citado por Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de literatura puertorriqueña,* p. 19.

[65] Ibid.

[66] Véase: María Cadilia de Martínez, *La poesía popular en Puerto Rico* (Madrid: Imp. Moderna, 1933); J. Alden Mason y Aurelio Espinosa, *The Journal of American Folklore* (Vol. 31, No. 121, July-September, 1918)

[67] Francisco Manrique Cabrera, *Historia de la literatura puertorriqueña* (Río Piedras: Editorial cultural, Inc., 1969), p. 60.

[68] Véase: J. Alden Mason y Aurelio Espinosa, *The Journal of American Folklore* (Vol. 34, No. 132, April-June, 1921).

[69] Francisco Manrique Cabrera, *Historia de la literatura puertorriqueña,* p. 61.

[70] Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de la literatura puertorriqueña,* p. 61.

[71] *"Carta del obispo de Puerto-Rico Don Fray Damián López de Haro, a Juan Diez de la calle, con una relación muy curiosa de su viaje y otras cosas. Año 1644,"* en *Crónicas de Puerto Rico,* p. 160.

[72] Guillermo A. Baralt, *Esclavos rebeldes, conspiraciones y sublevaciones de esclavos en Puerto Rico (1795-1873)* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1982), p. 15.

[73] Para el cambio de una agricultura de subsistencia a una de mercado en la segunda mitad del siglo XVIII y el comienzo del cultivo del café, véase: Laird Bergad, *Coffee and the Growht of Agrarian Capitalism in Nineteenth-Century Puerto Rico* (Princeton: Princeton University Press), Capítulo I: The Stirrings of Commercial Life, 1760-1815. pp. 3-12.

[74] Edgardo Rodríguez Juliá, *Campeche o los diablejos de la melancolía* (San Juan de Puerto Rico: Instituto de cultura puertorriqueña), p.7.

[75] Ibid., p. 8.

Capítulo II

Puerto Rico durante la primera mitad del siglo XIX

> Solamente una común conciencia entre esclavos, agregados y pequeños propietarios de Puerto Rico en cuanto a la conveniencia de desalojar al régimen español hubiera podido desembocar en una lucha análoga a la del resto de Hispanoamérica. No se debió a que Puerto Rico fuera una isla, sino a que era una sociedad esclavista el que no sonara aquí la hora de la independencia en ese tiempo.
>
> Fernando Picó.

Para principios del siglo XIX Puerto Rico se ha convertido en refugio y esperanza de prosperidad económica para muchos latinoamericanos y europeos que quieren vivir alejados de las convulsiones sociales.

> Habitantes de Puerto Rico: [decía el gobernador Francisco González Linares en sus palabras inaugurales al tomar posesión del gobierno en 1822] vosotros os halláis en las circunstancias más felices en que jamás se encontró pueblo alguno. . . . Vuestros nietos no creerán el lugar que en la fortuna ocuparon sus abuelos; y en su opulencia hallarán motivos para bendecir al Gobierno que los elevó y a vosotros cuya honradez y cordura supo proporcionarles su elevación. [1]

Desgraciadamente, estos presagios de bienaventuranza nunca se materializaron para la mayoría del pueblo puertorriqueño. Al contrario, gran

parte de aquella élite criolla en proceso de formación a finales del siglo XVIII fue suplantada por los inmigrantes que comienzan a llegar a la isla desde principios del XIX. Muchos criollos que, al comenzar este siglo, miraban esperanzados el porvenir de sus familias son víctimas de una movilidad social descendente y ven a sus nietos, años más tarde, convertidos en jornaleros.

Al comenzar el siglo XIX la inmigración, estimulada por favorables leyes, aumenta notablemente. En 1765, decía Alejandro O'Reilly que había 39,846 habitantes libres y 5,037 esclavos. [2] En su *Memoria acerca de la agricultura, el comercio y las rentas internas,* de 1847, Darío de Ormaechea afirma que en 1783 la isla tenía 87,994 habitantes y para 1800, hay 155,426. [3] En 1802 hay 24,591 esclavos. [4] Este considerable aumento de la población se debe a diversos motivos, entre ellos, la inmigración, voluntaria y forzada, mencionada anteriormente, así como la introducción y divulgación de la vacuna en 1803, a iniciativas del doctor catalán José Oller, que contribuyó a reducir la mortalidad. También contribuyeron otros factores que habían comenzado a favorecer este proceso durante el siglo XVIII: la tranquilidad del país al cesar los ataques de corsarios y piratas, los casamientos de la guarnición "con mulatas y otras hijas del país",[5] los presos y desterrados que llegan a la isla involuntariamente y para el resto de sus vidas y los numerosos desertores y pasajeros de las flotas españolas que se quedaban cuando el barco en que viajaban hacía escala en la isla. [6] Aunque esta inmigración era notablemente conservadora, no lo es en forma monolítica y, además, hay diferentes gradaciones de ideología política. Entre los latinoamericanos que llegan, por ejemplo, están los leales a la corona española que se fueron de sus países al declararse las guerras emancipadoras contra España y están

los que lucharon contra España a favor de la independencia, y después de obtenida ésta, entraron en conflictos personales o ideológicos con los representantes del nuevo establecimiento. Entre las razones de unos y de otros para haber abandonado sus países y las aspiraciones que traen respecto a la nueva sociedad en donde piensan encauzar sus vidas, hay gran diferencia. De cualquier forma, al llegar un alto número (en comparación al existente en la isla hasta aquel momento) de gente con cierta educación, procedentes de distintos países, entran, inevitablemente, corrientes de ideas modernas:

> ...desde los primeros años del siglo, abundan las protestas contra los inmigrados franceses por su indiferencia religiosa, su ausencia de los templos, sus burlas contra las autoridades eclesiásticas y sus críticas de los dogmas y ritos de la Iglesia Católica, que era la única legalmente establecida aquí desde los primeros tiempos de la Conquista, estaba sostenida por el Estado y disfrutaba la exclusiva en materia de matrimonios.[7]

Dondequiera que estos recién llegados se van asentando, una de las formas de consolidar sus posiciones en la sociedad puertorriqueña es por medio de matrimonios con las hijas de las familias de la élite criolla. [8] Muchos comerciantes comenzaron su carrera de esta manera. Varias mujeres de las familias Zeno y Correa contrajeron matrimonios con extranjeros, facilitándoles de este modo el ascenso social a sus maridos:

> El comerciante don Esteban Costa, italiano, . . . penetró la élite arecibeña al casarse en 1832 con doña María del Carmen Correa Zeno, hija de don Agustín Correa, y doña Josefa Zeno, dueños de la antigua hacienda "Cuatro-Calles." Doña María del Carmen aportó como dote 8,044 pesos en diferentes bienes raíces,1025 pesos en efectivo, dos esclavas por valor de 800 pesos y dos novillas por valor de 1568 pesos. [9]

Otras dos mujeres, hijas de doña María Concepción Correa y Emigdio Valencia, dueño de la hacienda Palace, contrajeron matrimonios con

comerciantes catalanes. Una de ellas, doña Nicolasa, declaró al enviudar que su esposo no había aportado nada al matrimonio, "mientras que ella había aportado los bienes que heredó de su padre." [10]

Otra vía que encontraron los emigrados para entrar en el comercio fue trabajando como dependientes para alguna casa comercial. La norma era que lograban la confianza del dueño a base de demostrar fidelidad absoluta al negocio y trabajar largas horas por poco sueldo, a menudo sin días libres. Frecuentemente, este dependiente se convertía, después de algún tiempo, en socio de la casa sin aportar capital, sino su trabajo.[11]

Para gran parte de esta inmigración reciente resulta muy poco atractiva la escasa actividad cultural de la isla en donde ni imprenta había. México la tenía desde 1539, Perú desde 1584 y La Habana desde 1707. A Puerto Rico la trae un refugiado francés de nombre Delarue en algún momento entre 1803 y 1806, segun Lidio Cruz Monclova. Alejandro Tapia afirma que fue Juan Rodríguez Calderón: "la trajo y fundó en los bajos de la casa de los Acosta, plaza de Santiago . . . . Esto fue indudablemente del año 1804 al 1809." [12] El gobernador, don Toribio Montes, se apresuró a comprarla para controlar lo que saliera de ella y fundó la *Gaceta del Gobierno de Puerto Rico,* siguiendo el consejo del refrán que dice: "Del mal, el menos." España necesitaba fomentar la economía de Puerto Rico; para hacerlo hubo necesidad de importar "hombres de caudal" que exigían un ambiente cultural del que la isla carecía. Si había que tener un periódico, estaría controlado por el Gobierno. Debido a no existir en la actualidad una colección completa y a que nadie ha visto el primer número, no se sabe con exactitud la fecha de su aparición,[13] pero parece haber sido entre 1806 y 1807. Precisamente un desertor del ejército español deportado a la Isla, Juan Rodríguez Calderón,

el mismo a quien Tapia Rivera atribuye la introducción de la imprenta, tuvo a su cargo la publicación del periódico bisemanal que estaba escrito "por los españoles y, al parecer dirigido a los núcleos administrativos, eclesiásticos y militares."[14] La suscripción costaba un peso mensual (ocho reales). A Rodríguez Calderón, que fue bastante mal poeta, cabe el honor de ser el autor de los dos primeros libros impresos en el país: *Poesías* y *Ocios de la juventud* (1806).[15] Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos por controlar el material de lectura de los habitantes de la isla, en un país con una tradición de contrabando tan fuerte, el Gobierno no logra evitar que entren muchos de los libros prohibidos.

De 1812 a 1814 y de 1820 a 1823, los años de liberalismo en España, cuando rige en la isla la Constitución de 1812, se publican varios periódicos de tendencias liberales y vida efímera. Fueron muy importantes: a través de la prensa, incluyendo la *Gaceta,* se divulgó la incipiente literatura producida en Puerto Rico, ya fuera escrita por puertorriqueños o extranjeros. Era la única forma en que podía hacerse. Estas publicaciones van dirigidas a los propietarios.

En los periódicos aparecía, mayormente, información sobre la política en España y sobre administración y comercio, pero además se publicaron versos, artículos biográficos "sobre asuntos o personalidades extranjeras, discursos, alegorías, odas, anacreónticas, máximas, cuentos orientales e infinidad de remitidos." [16] Los versos son de tendencia neoclásica, sobre temas sentimentales o dedicados a celebrar las glorias de España. Cuando hablan de Puerto Rico, generalmente lo hacen alabando la naturaleza, con la excepción de los versos jíbaros, como veremos más adelante. Unida a esta poesía comienzan a escribirse artículos en los que pueden apreciarse rasgos

criollistas-costumbristas. Estos versos y artículos rara vez se firman o se identifican sólo con iniciales.

Desde el primer momento el periódico proveyó información sobre los movimientos culturales del extranjero, hecho que hace afirmar a Iris Zavala: "No es como se ha dicho, que los movimientos literarios y culturales llegaran a la Isla con mucho retraso."[17] Quiere decir que es necesario buscar la explicación a la forma en que se desarrolla la literatura puertorriqueña durante el siglo XIX en las condiciones políticas y socio culturales de aquella sociedad antes que en el desconocimiento de sus productores de las corrientes literarias prevalecientes en Europa:

> Con altibajos, desde 1807 y sobre todo después de la muerte de Fernando VII y durante la regencia de María Cristina y Espartero, la *Gaceta* oficial publicaba traducciones, prospectos de obras literarias y reproducciones de artículos literarios y culturales. No se difundieron claro está las expresiones ideológicas de vanguardia - el romanticismo revolucionario o el socialismo democrático- pero, la *Gaceta* y el *Boletín Mercantil* llenaron el vacío. . . . *La Gaceta* intercalaba cuadros de costumbres, relatos de pintoresquismo exótico, narraciones idílicas y subjetivas. [18]

España trata por todos los medios de conservar las últimas colonias que le quedan: necesita impulsar sus economías e impedir que se independicen. Quisiera que los habitantes de sus posesiones se sintieran lo mejor posible para que no desearan separarse de la Metrópoli y están dispuestos a hacer ciertas concesiones, siempre que los isleños actúen de acuerdo a los intereses de la Corona. Esta contradictoria situación, unida al clima de liberalismo que se produce en España a raíz de la guerra contra Napoleón, hace que el gobierno español considere que las provincias ultramarinas deben tener derecho a representación en las Cortes y son invitadas a enviar

diputados. La mayoría de los países latinoamericanos rechazan la invitación. Ya para aquel momento su aspiración es la independencia. Sin embargo, Puerto Rico responde entusiasmado. Al declararse la guerra de independencia contra España, Caracas invita a Puerto Rico a unirse a la lucha. El sector que más tarde vendría a llamarse liberal, esperanzado con las reformas prometidas, rechaza la invitación, afirmando que ellos han jurado lealtad a España e instan a los venezolanos a mantenerse

> junto a la Madre patria, que hoy más que nunca necesita del apoyo de sus buenos hijos y que jamás ha sido más digna de nuestro amor, de nuestro reconocimiento y concordia que ahora, pues trabaja con infatigable tesón por concedernos la unidad de gobierno y de obtener la conformidad de voluntades contra el tirano usurpador. [19]

Esta posición de los liberales fue duramente criticada por los separatistas de la isla y por los independentistas venezolanos. Miguel José Sanz, venezolano, decía en unas cartas dirigidas a su amigo, el Obispo de Puerto Rico Juan Alejo de Arizmendi, que el Gobernador Meléndez interceptó: "Deseo que se abra la comunicación de esa Isla con esta Provincia, que será cuando los Portorriqueños tengan bastante valor para hacer valer sus derechos."[20]

> Caracas y probablemente toda la América se desprenderá y separará para siempre de la Europa, menos Puerto Rico que lleva y sufre vilmente el yugo que quieren imponerle y las vejaciones de ese Tirano Bajá, [el Gobernador Meléndez] que ya debía y podía estar arrastrado por las calles en justa venganza del desprecio que hace de los puertorriqueños. . . . Satisfecho está él [Meléndez] de la cobardía de los portorriqueños..." [21]

Ramón Power y Giralt, puertorriqueño de ideas liberales, hijo de una hacendada, es elegido diputado a Cortes. [22] Power se dirige a España

llevando una lista de instrucciones hechas por los ayuntamientos. La mayor parte de las peticiones se refieren al mejoramiento económico de la colonia:

> la liberalización del comercio, la obtención de mano de obra para los terratenientes, la eliminación del agrego y el fomento de la agricultura. El espíritu que animaba las instrucciones era dejar que los hacendados y los comerciantes hicieran lo que les fuera de provecho, y obligar a los otros a trabajar para ellos. [23]

Sin embargo, respecto a peticiones relacionadas con la política, las aspiraciones eran sumamente limitadas:

> Ni aun se atrevieron a pedir los ayuntamientos que se eliminase el cargo de teniente a guerra [24] tan aborrecido por todos, limitándose a pedir que fuese electivo. . . . Tampoco protestaron los ayuntamientos por la desigualdad representativa de las provincias americanas como hicieron las otras colonias, inclusive Cuba.
>
> El planteamiento del Ayuntamiento de San Germán juzgado como muy radical por el propio Power, [y no incluido, por tal motivo, en las peticiones] no entrañaba, en verdad, rebeldía alguna. [25]

Sin embargo, el sentimiento de puertorriqueñismo que ya había notado Fray Iñigo Abbad en la década de 1780 en la expresión de los isleños al denominar "hombres de la otra banda" a los peninsulares, toma fuerza en algunos ante el conocimiento de las guerras de independencia en el continente. [26] En febrero de 1810 Venezuela declara su independencia de España. En octubre de aquel año llegó a San Juan un emisario de la península para dirigir desde allí las operaciones en contra de los revolucionarios venezolanos y conseguir ayuda de la milicia insular. En la puerta de la casa del funcionario español apareció un pasquín que decía:

> Este pueblo, bastante dócil para obedecer a las autoriades que tiene conocidas, no sufrirá jamás que se saque de la isla un solo americano para llevarlo a pelear contra sus hermanos los caraqueños.[27]

La represión militar impide que este sentimiento nacionalista fructifique en una acción concreta. Mientras, los conservadores provenientes de Latinoamérica que se habían refugiado en Puerto Rico, advertían al pueblo desde las páginas de la *Gaceta* de los terribles males y de la barbarie que representaba cualquier intento revolucionario contra España. Sus artículos aparecían bajo pseudónimos como "*El Fiel Español*", "*El amante de España*", "*El Leal*".[28]

Atemorizados por las guerras de Independencia en América, en 1812 se creó una Junta de Censura que restringió aún más cualquier asomo de liberalismo que pudiera aparecer en las páginas de *La Gaceta.*

De este mismo año data el primer anuncio de una tienda de libros que ha encontrado Iris Zavala en su investigación sobre libros y libreros:

> Bartolomé Carreras ofrece surtido de libros en su tienda en la calle San Francisco, de San Juan. Este anuncio y otros que aparecerán en años posteriores permiten sospechar que los libros llegaban a almacenes de quincallería, a ultramarinos y a sastres. [29]

El siglo XIX en Puerto Rico se destaca por el empeño de la metrópoli en mejorarlo económicamente y reprimirlo políticamente. En los primeros años hay un gran impulso en la cosecha de productos agrícolas encaminados a la exportación antes que al consumo local. Se da preferencia a la siembra de frutos mayores: azúcar, café y tabaco, por sobre los menores, que habían sido hasta entonces alimentación básica del pueblo. Se introduce la caña de azúcar llamada de otaiti, de mayor rendimiento que la criolla.

> La difusión de la agricultura azucarera por el litoral puertorriqueño durante la primera mitad del siglo XIX alteró profundamente la estructura económica y social tradicional de la Isla. La agricultura esclavista de plantaciones sustituyó a la economía de pequeños agricultores de subsistencia que había prevalecido durante la mayor parte del período colonial.[30]

Sin embargo, para esta fecha aún:

> La riqueza forestal de la Isla, permanecía prácticamente intacta, ya que la expansión agrícola seguía las zonas del litoral, los destrozos causados para la preparación de tierras para el cultivo eran negligibles en relación con la densidad de los bosques del interior, y harto limitada la extracción para la fabricación local y la construcción de mástiles y arboladuras para la marina metropolitana.[31]

> La dependencia del campo al pueblo a principio de siglo era mínima. En este último no se presentaban servicios básicos que pudieran atar a la ruralía. Servicios de salud, instrucción y otros básicos eran inexistentes. [32]

Decía un viajero inglés que visitó la Isla en 1818:

> El interior y parte de las costas del norte de la Isla están todavía cubiertas con los bosques originales y en éstos sólo ambulan grandes manadas de perros salvajes.[33]

Sin embargo, a pesar del estado primitivo que describe este viajero, para esta época ya comenzaban los empresarios de la costa a contemplar las posibilidades de especulación que ofrecián las fértiles tierras de la zona montañosa, siempre que se construyeran caminos que permitieran la exportación de los frutos. La montaña comienza a explotarse principalmente con la idea de que provea mercancías necesitadas en la zona costera como productos alimenticios y madera.

En San Juan y en algunos pueblos de la costa, en donde ya comienza a sentirse el auge económico, la vida social y doméstica se refina. Aunque en comparación con la totalidad de la población, son muy pocos los que tienen acceso a estos lujos, en un número mayor de casas empiezan a verse pianos, camas de madera o de hierro, roperos, consolas y tocadores. "Igual renovación experimentó la vajilla, a cuyo acerbo tradicional, escaso y pobre, se incorporaron numerosos artículos de porcelana, loza, plata y oro."[34]

También se transforma el vestuario, y las casas de la gente acomodada, antes de una sola planta de madera, con techo y pisos de tabla, cambia a la de cal y canto de dos plantas con pisos de ladrillos y techo de tejas o azotea. Empiezan a aparecer los balcones y las quintas fuera de la ciudad para convalecer o ir de recreo.[35]

La Constitución promulgada en Cádiz en 1812 llena de esperanzas a los liberales puertorriqueños que reciben alborozados la noticia de su promulgación y de su institución en la isla. También llena de esperanzas a los esclavos quienes entienden, por noticias que les llegan mal interpretadas o que ellos mal interpretan en su afán de ser libres, que la Constitución ha abolido la esclavitud y que el gobierno de la isla les oculta la noticia. Esto provoca una serie de disturbios y de castigos en contra de los rebeldes. El gobernador Meléndez toma una serie de medidas represivas y concede autorización a todo hombre libre para constituirse en vigilante de los esclavos. [36]

Según la Constitución de 1812, los habitantes de las colonias de América tenían los mismos derechos que los de la Península, pero los mismos liberales españoles que abogaron por el sistema de representacion proporcional a la población y no por estamentos [37] como se hacía hasta entonces, se dieron cuenta de que de esta forma América tendría un número de representantes mayor que España, al tener más habitantes. Esto, por supuesto, no les convenía a los españoles, ni conservadores ni liberales: ninguno quería desprenderse de las colonias. Pero a la vez las élites latinoamericanas, asustadas como estaban siempre de las revueltas de los

negros y de los indígenas, no tenían interés tampoco en que se considerara a los esclavos como ciudadanos con todos los derechos. Este temor, desde el punto de vista de sus intereses, no era infundado. Ahí tenían el caso de Haití. En Puerto Rico, entre 1795 y 1873, año de la abolición de la esclavitud, Guillermo Baralt ha contado, entre "conspiraciones conocidas para apoderarse de los pueblos y de la isla, más los incidentes para asesinar a los blancos, y particularmente a los mayordomos," más de cuarenta intentos, [38] y estas investigaciones están en sus comienzos.

Esta realidad, que empezamos a conocer, contradice las afirmaciones de muchos de los libros de historia de Puerto Rico escritos antes de la década del sesenta que, al hablar de la injusticia de la represión gubernamental durante el coloniaje español, frecuentemente tratan de "defender" a los puertorriqueños explicando lo innecesario que era reprimir a este pueblo, puesto que su desarrollo histórico había sido distinto al de otros países latinoamericanos: los puertorriqueños eran mucho más pacíficos que el resto de sus vecinos y tendían a reclamar sus derechos y el mejoramiento de la isla mediante reformas antes que por revoluciones. Esta imagen del puertorriqueño dócil es desmentida, cada día con mayores evidencias, por las investigaciones históricas recientes.

En las Cortes españolas, los diputados americanos propusieron excluir a los esclavos. Pero los mulatos libres tampoco eran muy deseables. Numerosas veces participaron como cabecillas en las insurrecciones de los esclavos. Finalmente se acordó en la Constitución que "serían españoles todos los hombres libres nacidos y avecindados en los dominios de las Españas y los hijos de éstos."[39] Con el fin de excluir a los negros y a los mulatos libres, se decidió que "serían ciudadanos aquellos españoles que

por ambas líneas traían su origen de los dominios españoles de ambos hemisferios y que estuviesen avecindados en cualquier pueblo de esos dominios."[40] Era imposible excluir a los indígenas de ser ciudadanos, pero por estar excluidos ya de la cultura española, quedaban al margen del proceso.

Así, los americanos resultaron minoría. En este proceso hay que recordar que los liberales de España, con algunas excepciones, nunca fueron tan "liberales" como para querer la independencia de América, y la mayoría de los liberales americanos no lo eran tanto que estuvieran dispuestos a renunciar a sus privilegios, así como a no temer vivir en una nación mestiza.[41] Y en países como Cuba y Puerto Rico, en los que la importación de esclavos había aumentado en los años previos a la Revolución de Haití, el miedo era mayor aún.

Muy pocos son, en realidad los beneficios que se reciben de la gestión del Diputado a Cortes, pues ni a las instrucciones dadas por los Ayuntamientos se les presta atención. Sin embargo, hay algunos cambios: los que España considera más convenientes para ella. Puerto Rico se beneficia con ellos marginalmente, pero no es éste el objetivo primordial de las reformas. De cualquier manera, la escasa intelectualidad de la isla gana algo con el clima de liberalidad que se da en la península durante estos años.

Como parte del programa de mejoramiento económico, Don Alejandro Ramírez se hace cargo de la Intendencia de Hacienda en 1813 e inmediatamente promulga diversas medidas encaminadas a mejorar la economía. Una de ellas fue el fomento de "la colonización blanca, acomodando en el país a muchas familias canarias, que tocaban en el puerto

de San Juan, con destino a Cuba y Costa Firme." [42] Funda la Lotería de Puerto Rico y la Sociedad Económica de Amigos del País. Ese mismo año el Gobernador Meléndez dicta "una circular destinada a perseguir la vagancia como delito público."[43] El comisario regio don Antonio Ignacio de Cortabarría se opone a ella alegando que

> privaba de su libertad al individuo y que más que la represión de los vagos lo necesario era fomentar los intereses económicos a fin de que abundara el trabajo.[44]

Ante la oposición, el Consejo de Regencia dejó sin efecto la circular. Su derogación indica que todavía en este momento las condiciones económicas de la isla no hacían tan imperioso el control del trabajador. Veremos cómo a medida que el país se enfrasca con mayor fuerza en su proyecto de progreso económico las medidas se hacen más drásticas y abusivas, sin que nadie pueda detenerlas.

En 1814 Alejandro Ramírez comienza a publicar *El Diario Económico* para educar al público en materia de finanzas. *El Diario,* cuya política consistía en apoyar reformas económicas, publica trabajos que describen la pobreza de la isla y buscan soluciones, siempre desde la perspectiva de los propietarios. En sus páginas aparecen los artículos del primer periodista puertorriqueño de nombre conocido, don José de Andino y Amézquita, que aboga por la creación de un banco que recaude contribuciones y conceda préstamos. Este clamor de los agricultores por bancos que presten dinero lo vamos a encontrar a lo largo de todo el siglo XIX, sin obtener ningún resultado. [45] La necesidad de fomentar la agricultura es otro tema que aparece en el periódico, como el firmado "*El Sócrates rústico* " que hace

recomendaciones para mejorarla. El tema jíbaro aparece por primera vez. Un artículo firmado por "*El jíbaro paciente* " dice:

> a ver si quiere Dios que la sepa quien debe, y lo remedie quien pudiere; sin meterme en dibujos de Constitución ni de leyes que no entiendo, ni en la consecuencia de tales manejos para los pobres, y aún para los ricos, porque esto no nos toca a nosotros los del campo, que sólo sabemos trabajar cuanto podamos, y obedecer a nuestros superiores, y callar y sufrir la sinrazón e injusticias.

El editor del periódico afirma que rehizo casi completamente el artículo porque se encontraba lleno de errores gramaticales; hasta el momento no sabemos si esto era cierto o fue un recurso utilizado por el editor. Probablemente fue el trabajo de un hombre educado. Por lo menos quien lo escribió sabía escribir, que ya era un privilegio: "En la Isla apenas hay quien sepa leer," decía para aquella época el Gobernador Meléndez cuando buscaba fondos del Gobierno Supremo para fomentar la instrucción primaria.[46] De cualquier forma, esta voz expresaba las razones del pueblo, abogaba por cambios reales, que no quedaran al nivel de letra muerta. No compartía este artículo el entusiasmo de los liberales por la Constitución puesto que no se había visto provenir de ella ningún cambio concreto. Su autor, probablemente un propietario, denomina jíbaro al hombre del campo en general; ese hombre siente la vida política del país como ajena a su realidad, plagada de palabrería que no contribuye a beneficiarlo. El tema jíbaro nace bajo el signo del escepticismo.

Contraria a la posición de este artículo, que desde una perspectiva interna reclama los derechos del campesino, el *Diario* publica otros en los que ya aparece la imagen del jíbaro que predominará en la literatura culta del siglo XIX: vicioso y, sobre todo, haragán. Por ejemplo, un artículo firmado con las iniciales J.R. señala la haraganería y la afición a los juegos de azar como

vicios enraizados en el campesinado. [47] Esta imagen se perfila tan pronto comienza a consolidarse una clase propietaria criolla que necesita mano de obra disciplinada para sacar adelante su proyecto.

Con *El Diario* entra en la prensa puertorriqueña el romanticismo liberal. Por su parte, *La Gaceta* difunde obras de autores como Chateaubriand, Lamartine, Zorrilla: *Atala*, el *Espíritu del cristianismo*, siempre dentro de los principios del romanticismo monárquico.

Al regresar al trono Fernando VII, en 1814, la noticia es celebrada por el gobierno y sus representantes con tanto júbilo como habían celebrado la promulgación de la Constitución dos años atrás. La posición oficial del gobierno y de la iglesia era festejar cualquier cambio que se diera en la Península para no quedar mal con nadie. Fernando Picó reporta en *Libertad y servidumbre...* que

> En 1812 y 1813 el párroco [de Utuado] fue seleccionado como primer elector en las elecciones municipales de la Constitución de Cádiz. . . . En 1820 el párroco juró la Constitución de Cádiz. En 1823 su sucesor provisional, aunque inicialmente "indispuesto", cantó el *Te Deum* en acción de gracias por el retorno del gobierno absoluto del rey. En 1831, el entonces párroco celebró solemnemente el nacimiento de la heredera borbónica y, al parecer, en todas las sucesivas vicisitudes políticas hasta 1873, los párrocos de Utuado se plegaron a la línea oficial de aceptar el último giro político dictado por la gobernación, mímica fácil, a su vez, de los cambios de gobiernos en la península. [48]

En un país en donde el pueblo carecía, en absoluto, de participación en las decisiones gubernamentales y en el que tan pocas cosas agradables y tantas desagradables le llegaba de los medios oficiales, se daba la bienvenida a cualquier festejo, independientemente del motivo que lo ocasionara y se celebraba con entusiasmo.

Después de la ascensión de Fernando VII, la Constitución es abolida en España y, automáticamente, deja de tener vigencia en la colonia. La represión recrudece, aumentada por el temor de las revoluciones en América. Alejandro Ramírez es designado para la Intendencia de La Habana. Al dejar Puerto Rico, el *Diario Económico* desaparece.

Con el fin de fomentar lo que realmente convenía a sus intereses: la "población, el comercio, la industria y la agricultura,"[49] la metrópoli expide una Cédula de Gracias en 1815 [50] cuyos estatutos siguen en gran parte las recomendaciones que había dado O'Reilly para el mejoramiento de la Isla en 1765. Según Fernando Picó la Cédula debe entenderse dentro del siguiente contexto:

> Los peninsulares habían luchado durante seis años por los derechos de Fernando VII a la corona de España. Este regresó al trono en 1814, luego que las potencias aliadas forzaran la abdicación de Napoleón y su retirada a la isla de Elba. Fernando VII estaba poseído por la convicción de que la Constitución de Cádiz minaría su ejercicio del poder absoluto y por esa razón la abrogó. Instituyó a cambio una serie de reformas, algunas de viejo cuño, que garantizaban los intereses de aquellos sectores económicos que parecían haber consolidado su dominio sobre la España borbónica restaurada. [51]

Esta Cédula impulsa la ola inmigratoria que se viene produciendo desde finales del siglo XVIII, ya que disponía

> que se admitiesen libremente en la Isla extranjeros oriundos de naciones amigas, con sus caudales y esclavos siempre y cuando profesasen la religión católica, fuesen éstos blancos, negros o pardos libres, . . . Si bien se admitían negros y pardos libres, los blancos tenían más privilegios que los negros y los pardos. [52]

Ese año entran en la isla "656 ciudadanos extranjeros en los que se encuentran italianos, franceses, portugueses, norteamericanos y de otras nacionalidades. Con ellos entra un caudal estimado de 417,000 pesos y un

número de 436 esclavos." [53] Las relaciones comerciales con los Estados se consolidan.

Parece lógico pensar, como lo hace José Luis González, que entre los propósitos de estas leyes inmigratorias estaba el del blanqueamiento "cualitativo" de la sociedad puertorriqueña. La élite birracial que emergía a fines del siglo XVIII atemoriza al gobierno, especialmente después de los sucesos de Haití. El problema, desde el punto de vista de la corona y de la élite blanca de la isla, no era cuantitativo, sino cualitativo. En Puerto Rico, numéricamente, los negros y mulatos sobrepasan a los blancos por una gran mayoría para finales del siglo XVIII y gran parte del XIX, pero esta situación no preocupaba, al contrario: eran necesarios como fuerza de trabajo. Lo importante era garantizar que el poder social y económico estuviera en manos de los blancos. Recuérdese cómo alaba O'Reilly en su crónica la organización social de la isla de Santa Cruz, una factoría regida por la Compañía Dinamarquesa de las Indias Occidentales. O'Reilly pone a Santa Cruz como ejemplo a seguir por Puerto Rico si el Rey de España quiere obtener el máximo rendimiento de la colonia: allí hay 3,000 blancos que controlan una población negra de 30,000, "puesto que los más de los blancos tienen caudal, y algunos hay muy ricos, que es lo que da giro y empleo a todos."[54] Este blanqueamiento, que se consolida con la segunda oleada inmigratoria, a mediados del siglo XIX, pospuso

> la posibilidad de que en Puerto Rico cuajara una sociedad predominantemente afroantillana como las de las colonias inglesas y francesas. Frustró incluso la posibilidad de que en Puerto Rico se diera, como en Santo Domingo, una élite birracial en la que blancos y mulatos comparten los privilegios inherentes a toda clase dominante. [55]

En 1815 aparece *El Cigarrón*, periódico del que no se ha encontrado ningún ejemplar hasta el momento. Es de suponer que tuvo tendencias liberales, de acuerdo a las sostenidas por sus propietarios, Andrés Lire, fiscal de la Audiencia de Caracas, Francisco Santaella y Pedro de Córdoba. [56] Durante el período constitucional de 1820 a 1823 la actividad periodística aumenta, como era de esperarse, y el sector progresista utiliza el limitado incremento en la libertad que el país respira. De 1820 a 1822 la *Imprenta Nacional de Puerto Rico* publica *El Investigador*, de tendencias liberales, que en un principio pensó llamarse *El Espía* . Lo dirigía R. Ramírez de Arellano. En él aparece nuevamente el tema jíbaro, con la misma intención de crítica social. *El Investigador* aboga por la

> constitución, ley, justicia, pero también igualdad, libertades civiles, programa que defendían en España los liberales más progresistas que hacia esta misma fecha tomarían el nombre de "comuneros, cuyos órganos de expresión eran *El Zurriago* (1821-1823), y *El Diario Gaditano* (1821-1822), muy citados en las páginas de *El Investigador*. [57]

La polémica entra en la prensa puertorriqueña el 22 de junio de 1820 cuando en el segundo número del periódico *El Investigador* se publican unas coplas anónimas que critican la Constitución de 1812. Están escritas imitando el habla campesina. La presencia africana en esas coplas (tío Juan Congo) aparece como algo familiar en la vida del campo:

> Vamos siudadanos
> jasta ei pueblo hoy,
> poique tío Juan Congo
> tocará ei tamboi.
>
> Mire prima Sica,
> múdeme ei lichón
> que yo voy a vei
> la Costitusión.
> .....

Me han asegurao
con grande sijilio,
que no pagaremos
ya nengún susilio

Que toos los presos
se echarán a juera
y que ya ca uno
jará lo que quiera.

Pues está escribío
con letras de moide
que no hay estensión
de ricos ni pobres. [58]

Estos versos están obviamente escritos por un poeta culto que conoce en qué consiste la Constitución para poder hacerla objeto de ironía. Se burla de ella, como lo había hecho el autor de 1814, por considerarla letra muerta, venerada, pero sin resultados concretos capaces de mejorar las condiciones de vida del pueblo. Aquí observamos ya un cambio en la recepción que tienen estos versos, por parte de los lectores, si los comparamos con la carta aparecida en 1814 que trataba el mismo tema. Mientras aquella carta, aparentemente, no tuvo repercusión negativa, estas coplas son criticadas duramente desde las páginas del periódico. Se critica su lenguaje popular y el ataque a la Constitución. Aparecen otros versos, el 3 de julio, escritos en español culto, que atacaban la utilización de la ignorancia del campesino para burlarse de la Constitución:

Hasta que el jíbaro sepa
Lo que es la Constitución
Que no es mofongo, ni areipa,
Pavo, ternera, o lechón,
O cosa que en boca quepa;
No faltará ningún tunante
Que, engañando su candor,
O le tenga vacilante,
O le haga creer que es mejor,
Tener la vida que antes.[59]

Finalmente, acosado por los ataques, el autor de las "*Coplas del jíbaro*" se identifica como Miguel Cabrera, se declara liberal y afirma que sus versos habían sido mal entendidos. Unos días después de aclararse la identidad del autor, aparece en el periódico un comunicado de Cangrejos defendiendo las coplas y el lenguaje que se ha usado para escribirlas. El defensor de las *Coplas* afirma que las conoció antes de ser publicadas, cuando circularon manuscritas y que la forma en que están escritas no es una exageración, reflejan la vida del campo y realmente coinciden en la expresión con el habla campesina; dice que él vive en Cangrejos y que allí se habla de igual manera. Fuera real o simulada la afirmación de que él vivía en Cangrejos, es muy interesante que para verificar la fidelidad del lenguaje campesino de las *Coplas* acuda al de los habitantes de una población eminentemente negra y mulata. Cuando el defensor anónimo afirma que conoció las *Coplas* de boca de un jíbaro "que tiene el mismo dialecto" que el usado en los versos, está identificando el habla campesina con el habla del negro y al jíbaro que habla con un hombre de color. [60]

En 1820, al restaurarse la monarquía liberal y la Constitución de 1812, "Puerto Rico recobró su categoría de provincia del reino con todas las prerrogativas constitucionales correspondientes." [61] En 1823, nuevamente va un diputado a Cortes, esta vez don José María Quiñones, quien firma el estatuto Varela, del Padre Félix Varela, el diputado cubano. La petición, presentada en conjunto, aboga por un gobierno de tipo autonomista para ambas Antillas. El estatuto Varela-Quiñones

> Se funda en la diversidad existente dentro del todo armónico nacional. Reconoce la existencia, en proceso de forjación, de una

> personalidad nacional cultural en las dos Antillas. Sin romper los nexos con la Madre Patria y dentro de la soberanía española, esboza un gobierno . . . para la región que responda a sus necesidades y particulares condiciones internas. [62]

Las Cortes lo aprobaron, pero no llegó a ejecutarse porque el gobierno liberal fue derrocado y el absolutismo restaurado. Con el cese de la Constitución en España aquel año, se revoca en Puerto Rico la libertad de palabra y de prensa. A partir de esa fecha comienzan a desaparecer los pocos logros que se habían obtenido durante los tres años de liberalismo.

En ese mismo año el presidente de los Estados Unidos, James Monroe, anunciaba su doctrina de que los continentes americanos estaban cerrados a la colonización europea, que los Estados Unidos no intervendrían en los destinos de Europa y de que América era para los americanos. Algunos reciben estas declaraciones entusiasmados, como provenientes del país paladín de la libertad, otros, los más esclarecidos, como Bolívar, con suspicacia, previendo las ambiciones imperialistas de la nación del norte. Las aspiraciones de Estados Unidos de poseer a Cuba y Puerto Rico no eran nuevas. Habían sido manifestadas desde finales del siglo XVIII por John Adams y repetidas por subsiguientes funcionarios del gobierno norteamericano. [63]

En 1821 aparece *El Diario Liberal y de Variedades de Puerto Rico,* que cambió el nombre en 1822 a *El Eco : Diario Noticioso de Puerto Rico.* Duró hasta 1823 y lo publicaba la Imprenta Fraternidad que estaba a cargo de Julián Blanco. En 1823, apareció en la *Gaceta* un opúsculo titulado "Apuntamientos críticos, canónicos, teológico-legales sobre la cuestión de

dispensas matrimoniales, relativa a la Real Cédula de 30 de mayo de 1815 y concordantes posteriores (1823)". Esta obra, que Josefina Rivera de Alvarez considera uno de los ensayos pioneros en la isla es importante, además, por su tema. Su autor, Fray José Antonio de Bonilla y Torres (1770-1855), natural de Mayagüez o Añasco, estudia en la Universidad Pontificia de Santo Domingo. Después de haber sido misionero en Guatemala regresa a Puerto Rico. Allí es perseguido y deportado a España por combatir el cobro de las dispensas matrimoniales. Estas dispensas consistían en un permiso otorgado por la parroquia autorizando los matrimonio entre familiares. El requisito impedía muchos matrimonios, al carecer los novios de recursos económicos, en una sociedad donde las uniones entre parientes eran muy frecuentes en todas las clases sociales para esta época. [64] Fray Bonilla, al regresar de su destierro, publica el citado ensayo. Finalmente es desterrado a Santo Domingo por el resto de su vida. [65]

Para aquella época la tienda *Pujals y Castelló* en San Juan importaba textos de latinidad y devoción. La *Imprenta del Gobierno* también comerciaba en impresos para aquella época. Existe alguna venta de libros, pero el desarrollo cultural es muy lento. En la capital existen dos escuelas primarias públicas para niños y dos para niñas y en el "interior apenas había ninguna." [66] Había varias escuelas primarias particulares en San Juan para blancos y una, la de don José Valentín Sánchez, para "individuos de color." [67] En Ponce había una y en Mayagüez otra. Los planteles de segunda enseñanza y de enseñanza superior, profesional o técnica, eran prácticamente inexistentes.

Durante los tres años que dura el período liberal continúan saliendo en la prensa versos jíbaros. Desde el principio, el tema presenta dos aspectos

principales: de un lado, la voz campesina desde una perspectiva interna, expresada por medio de la lengua jíbara, que protesta en tono burlón ante las injusticias sociales y defiende sus intereses. Del otro, se analiza al campesino usando un lenguaje educado, desde una perspectiva externa. Se lamenta la miseria en que éstos viven, pero su desgracia es atribuida, en gran parte, a su propia falta de organización y se proponen soluciones en tono paternalista.

Además de estas dos tendencias aparecen otros trabajos en prosa y en verso firmados bajo seudónimos como "*el jíbaro de Utuado,*" "*la jíbara de Mayagüez,*" que corresponden a poetas cultos y tratan diversos temas. En general, "jíbaro" parece ser en este momento utilizado literariamente como sinónimo de "postura puertorriqueña", para criticar o alabar algún aspecto de la sociedad, por alguien que vive fuera de San Juan. No era necesario ser realmente isleño, también hay peninsulares que firman como "jíbaro." Un ejemplo de esta tendencia son las coplas aparecidas en abril de 1822 en el *Diario Liberal* , firmadas por el *Primo Goyo de Utuao.* Celebraban la separación de la Capitanía Militar de la Isla del Gobierno General del país, medida recién decretada por España que los liberales aplaudían.

De 1823 a 1839 la prensa quedó reducida a la *Gaceta.* El escaso público que podía comprarla y leerla sólo tenía acceso a las tendencias literarias, sociales y políticas de la época desde el ángulo que privilegiaba la administración del vocero oficial del gobierno.

La política de la isla se mueve de acuerdo a los vaivenes de lo que acontece en la península. En 1823 se hace cargo de la Capitanía General el mariscal Miguel de la Torre, que había sido vencido en Carabobo.

Inmediatamente toma medidas conducentes a reprimir la libertad de expresión, no sólo escrita:

> Las tertulias [decía una de sus disposiciones], las reuniones y aun las mismas conversaciones domésticas, se limitarán a los términos que dicta el decoro, y no se harán extensivas a materias, que controvertidas con acaloramiento, puedan producir el descontento público o de algún vecino. [68]

Creía que la mejor forma de gobernar al pueblo era dándole baile, botella y baraja en abundancia como pacificadores. Tradicionalmente se han conocido sus quince años de gobierno como la época de las tres B.

En 1824 , Miguel de la Torre emite un Bando de Policía y Buen Gobierno, prohibiendo "las reuniones nocturnas en las tiendas, almacenes y cafés; y el tránsito por las calles de las poblaciones después de las diez de la noche." [69] La represión iba unida al abandono tradicional de la educación: para aquel año había treinta y cuatro maestros de escuela en los cincuenta pueblos de la isla.[70]

Los separatistas de la isla, animados por los éxitos de la guerra de independencia en Venezuela, proponen al gobernador, como lo hicieran en 1810 los caraqueños, declararar la independencia de Puerto Rico. El mariscal se niega y recrudece la represión como respuesta. Arresta a un grupo de jóvenes separatistas en Mayagüez y los procesa por sedición. Ante la amenaza de lucha armada eleva el ejército a más de 10,000 hombres. Con el fin de neutralizar a los liberales pone en vigor el llamado *sistemas de las purificaciones.* El procedimiento consistía en ofrecer "a los liberales la ocasión de retractarse de sus convicciones políticas para entrar, así *purificados*, en las filas del absolutismo." [71] La mayoría de los liberales se mantuvieron firmes en sus ideas, pero algunos como el ex diputado a Cortes

José María Quiñones, que había presentado dos años atrás, junto al cubano Félix Varela el estatuto abogando por la autonomía de la isla, recibió en 1825 una resolución del Consejo de Indias declarándole *purificado* . Esto le permitió aspirar a prestigiosas posiciones gubernamentales que no siempre le fueron concedidas. [72]

En 1825 Fernando VII promulga el decreto de Facultades Extraordinarias para los gobernadores de Puerto Rico, que da peso legal al absolutismo férreo ya existente.

Para 1826, año en que nace Alejandro Tapia y Rivera, la calle San Francisco, en San Juan, "era la única en que había tiendas y eso en una mitad de la manzana...." [73]

> Entonces, ¡qué novedad era la llegada de algún barquichuelo de Saint Thomas cargado de mercancías! ¡Qué movimiento y animación!
>
> Las señoras iban de tienda en tienda, que no eran muchas, y todo el mundo hablaba de las novedades que habían llegado. Cada cual era una gacetilla o anuncio vivo, pues no había otros. [74]

Se mejora y amplía, muy lentamente, el programa oficial de enseñanza primaria, se crean "algunas cátedras de facultad mayor en la Capital - Medicina, Latín, Filosofía, Teología, Derecho" [75] a donde asisten los jóvenes de la élite isleña que, a veces, tienen la oportunidad de completar su educación en Europa. [76] En 1827 nace, en Cabo Rojo, Ramón Emeterio Betances, hijo de un inmigrado dominicano y de una criolla. En 1832 se funda el Seminario Conciliar de San Ildefonso, en San Juan, donde, además del sacerdocio, se cursan estudios secundarios y se enseñan algunas cátedras de educación superior. Ese mismo año es instalada por primera vez en Puerto Rico, después de reiteradas peticiones, la Real Audiencia

Territorial. Desde 1795 en que, después de la firma del tratado de Basilea la isla dejó de caer bajo la Audiencia de Santo Domingo, pertenecía a la de Puerto Príncipe, en Cuba. Para celebrar la instalación de la anhelada Audiencia aparece en la *Gaceta* la oda "La ninfa de Puerto Rico", escrita por María Bibiana Benítez (1783-1873). Fue ella la primera mujer poeta puertorriqueña conocida hasta ahora y tía de otra conocida poeta: Alejandrina Benítez quien, a su vez, fue la madre de José Gautier Benítez. El estilo de los versos de María Bibiana indica que estaba familiarizada con los poetas del Siglo de Oro. "La ninfa de Puerto Rico", poema que se conservó mucho tiempo en un cuadro de honor de la Real Audiencia, presenta un paisaje idílico de la isla con alusiones a la mitología grecolatina. [77]

Al ascender al trono Isabel II, en 1833, el mariscal de la Torre deroga la Constitución con tanto entusiasmo como había jurado defenderla y morir por ella poco antes. Acto seguido, reorganiza los antiguos Ayuntamientos absolutistas, disuelve las agrupaciones de francmasones y las sociedades políticas y ordena que "las conversaciones, aun las de carácter doméstico, se circunscribieran a dar gracias a Dios por la restauración del absolutismo." [78]

En 1834 se promulga un Real Decreto sobre la censura de libros. Sólo se permitía la entrada de libros de religión, artes mecánicas, ciencia, técnica y libros de política, filosofía y literatura, siempre que no contuvieran ideas revolucionarias. En 1836 un español acriollado, Santiago Dalmau inaugura una librería y gabinete de lectura que "se convirtió en el centro cultural durante más de una década."[79] De aquí en adelante, aunque muy deficiente, existe un comercio de libros. Después de Dalmau lanzar

> su catálogo en 1836, comenzaron a aparecer anuncios en la sección de avisos de *La Gaceta*. Desde 1837 la regularidad de estos avisos nos permitirá conocer las lecturas que ayudarán a configurar la literatura puertorriqueña posterior. El primero de junio de 1837 Dalmau publica el prospecto de la *Biblioteca Selecta, amena e instructiva,* de Mariano Torrente, compuesta de 9 volúmenes sobre distintas materias -desde economía hasta literatura, a seis reales el tomo. En adelante los prospectos se pupularizan; en julio Mr. Halse, que tenía una escuela de caligrafía en San Juan anuncia su *Sistema de caligrafía*; en 1838 Dalmau ofrece suscripción para una *Teoría mecánica de las construcciones,* del ingeniero francés, M. Navier; el primero de marzo llegan los volúmenes 5 al 7 de Torrente y con ellos, la novela *Eugenio y Virginia*, de Carlos Genaro Galo, publicada en La Habana. También abre suscripción para *La Revista de Madrid* (1838-45). [80]

En 1837 muere la madre de Betances, cuando él aún no ha cumplido 10 años y su padre lo envía a estudiar a Francia. [81] Este mismo año España propone que Puerto Rico y Cuba sean gobernadas por leyes especiales. Serán formuladas de acuerdo a las necesidades particulares de esas provincias y tomando en consideración las diferencias que existen entre ellas y la península. Estas leyes no se ejecutan. En cambio, se otorga al gobernador facultades omnímodas y, como lo anunciaron algunos pensadores bien intencionados de España que se opusieron a la implantación de estas Leyes, lo que sucede es que la represión aumenta. Disgustados con la falta de cumplimiento de España a sus peticiones, algunos militares criollos, miembros del Regimiento de Granada se unen a un grupo de hacendados, también puertorriqueños y traman una conspiración para tomar las fortalezas en San Juan, restablecer la Constitución de 1812 y proclamar la independencia de la república. [82] Delatada la conspiración, sus integrantes son capturados antes de que se produzca y los sargentos don Francisco Salinas y don Ezequiel Santillana son condenados a morir en el garrote; tres soldados son fusilados; don Florentino Gimbernat y don José Escuté son desterrados y Buenaventura Valentín Quiñones, hacendado de

Trujillo Alto, aparece ahorcado en una celda de El Morro, donde estaba detenido. Andrés y Juan Vizcarrondo Martínez, cuñados de Valentín Quiñones, lograron escapar a Venezuela. El Regimiento de Granada fue disuelto y numerosos Ayuntamientos enviaron felicitaciones al Gobernador por haber finalizado una conspiración con la "que se intentó turbar la tranquilidad de esta Isla contra los principios y sentimientos de inalterable fidelidad que anima a todos sus habitantes,..."[83]

En enero de ese año el gobernador López de Baños dicta un Bando de Policía y Buen Gobierno en el que prohibe "hasta volar chiringas." [84] La propia Junta Consultiva de Ultramar en Madrid declaró "que se caracterizaba por su tendencia excesivamente represiva." [85] En febrero, promulga otra circular que disponía que los jornaleros tenían "la obligación de trabajar personalmente en la reparación de los caminos de sus respectivos pueblos."[86] De esta forma se exoneraba de hacerlo a los terratenientes, a los propietarios y a los comerciantes, que eran quienes, mayormente, necesitaban y utilizaban estos caminos. En junio aparece otra circular por la que

> declaraba vago a todo individuo que careciera de renta o profesión; disponía que dicho individuo fuera condenado a trabajar en las obras públicas si en el término de veinte días no acreditaba por medio de papeleta, expedida por un propietario o cabeza de establecimiento estar aplicado al trabajo; prohibía toda reclamación en contrario, y prescribía la inhibición de la Audiencia y demás tribunales en los expedientes sobre vagancia, los que dejaba a la exclusiva competencia de los ayuntamientos. [87]

El principal objetivo de estas leyes contra la vagancia, aunque se racionalizara con la protección al trabajador era, como ya sabemos, proveer de mano de obra las haciendas de caña. La Audiencia Territorial protestó contra esta ley.

> En Madrid, el Tribunal Supremo ratificó el dictamen de la Audiencia en el sentido de que los requerimientos de la circular eran perjudiciales a los derechos de los individuos. Pero eso no impidió que las Juntas de Vagos siguieran coaccionando a los jornaleros para que se colocaran en haciendas. De no hacerlo asi, los enviaban a realizar trabajos forzados en la Puntilla. [88]

Esta vez, diferente a lo ocurrido en 1813, se hizo caso omiso de las protestas contra la circular, lo que indica el empuje del cambio en el país hacia una economía capitalista.

Ni Cuba ni Puerto Rico tendrán representación en las Cortes nuevamente hasta 1867. Sin embargo, la debilidad y las necesidades de España no le permiten impedir la formación de una élite criolla, liberal en su mayoría, constituida en gran parte por los descendientes de los inmigrantes de fines del siglo XVIII y principios del XIX, que se va adueñando de los medios de producción.

En 1839 nace Eugenio María de Hostos e Ignacio Guasp funda *El Boletín Instructivo y Económico de Puerto Rico*, órgano de la Junta de Comercio. Recibido con alborozo por quienes escriben, representa una oportunidad de publicar, aun con todas las limitaciones impuestas por la censura. A su alrededor se agruparon los primeros escritores. En 1841, publicó la primera novela que apareció en Puerto Rico: *Amor desgraciado. Novela original en prosa y verso,* de Martín J. Travieso. El editor afirma orgulloso poco tiempo después de iniciada la publicación que cuenta con trescientos suscriptores. [89]

El Boletín y *La gaceta* son los únicos órganos de publicación estables con que cuenta Puerto Rico hasta la década del sesenta. Según Iris Zavala, se parecen notablemente:

> . . . popularizan idénticos autores, difunden las mismas ideas y tienen el mismo público. La exclusiva diferencia radica en que mientras el primero dio paso a escritores extranjeros, *El Boletín* se nutrió del escritor insular, representante de la clase propietaria, que a menudo se identificaba con las instituciones sociales y políticas de la colonia española. [90]

El precio de ambas revistas, de 2 a 50 pesos, hace que sus lectores sean muy escasos.

En *El Boletín* aparecían por estos años narraciones románticas de ambiente exótico, desvinculadas de la realidad puertorriqueña, cuadros de costumbres de escritores cultos "como 'El bueno viejo' -Francisco Vasallo- que pintaba el folklore de las festividades navideñas, bailes, cantos" [91] y, algunas veces se encontraban aportaciones que expresaban la genuina voz del campo, exenta de pintoresquismos.

En esta época el tema jíbaro cobra impulso y comienza a prevalecer la vertiente que ocupará el lugar principal durante el resto del siglo XIX, especialmente después de 1880: el análisis del campesino por un escritor culto, con el propósito de reformarlo. Los escritores de *El Boletín* se quejan frecuentemente del robo, la criminalidad y otros defectos que, según ellos, padece el habitante del campo, sobre todo, la vagancia. La principal causa de estos males, de acuerdo a estos escritores, es la ignorancia. Se aboga por reformas, especialmente, asociaciones y por educación.

La otra vertiente del tema jíbaro, representada en este momento principalmente por Francisco Vasallo, *El Bueno Viejo* , sostiene que su tarea debe ser entretener. Sin embargo, es interesante observar las razones que da este escritor para estimar que se debe hablar de la vida campesina en una forma superficial y agradable. Dice desde las páginas de *El Boletín*:

> ni hay aquí para grandes acontecimientos que entretengan su curiosidad, ni puede permitirse traquear la política, ni conviene ni se tolera censurar, como en otras partes, las medidas gubernativas ni de administración. [92]

De lo dicho anteriormente se desprende que hay una conciencia en este escritor de que podría hablar de algo más relevante para la sociedad puertorriqueña; simplemente, no puede hacerlo y se refugia en un pintoresquismo sin consecuencias.

Es lógico que en una sociedad básicamente agraria como la de la isla el jíbaro sea tema recurrente en la literatura. El prototipo del puertorriqueño, el encargado de expresar la protesta colectiva ante las injusticias sociales tenía que ser, lógicamente, un campesino. Así comenzó a perfilarse en la década del veinte, cuando este tema comenzó a aparecer en *La Gaceta*. Pero, por otra parte, los primeros escritores de Puerto Rico viven en una sociedad tremendamente represiva y su popia identidad es ambigua y contradictoria. Como dice Edgardo Rodríguez Juliá en su libro sobre Campeche, no fueron los pintores puertorriqueños los primeros que se preocuparon por retratar al jíbaro. [93] Para aquella incipiente burguesía ansiosa de europeizarse, el campesino, tal como era, en toda su desnudez y miseria, carecía de atractivo. La estilización de lo campesino era otra cosa: ahí estaban las tradiciones, las fiestas, la música, la lengua, dignas de atención en su aspecto folklórico. Además, a medida que el siglo XIX avanza el campesino va siendo cada día más necesario como instrumento de trabajo. Visto desde este ángulo es analizado y criticado, no romantizado. Los propietarios, de donde provienen los escritores criollos, no van a tomar como expositor de los males de Puerto Rico, que ellos visualizaban como los males que afectaban a su clase social, a un representante de un sector de la población cuyos intereses eran

antagónicos a los suyos. Estos factores internos de la sociedad puertorriqueña, unidos a otros externos como el auge del romanticismo en Europa con su exaltación de ambientes exóticos y primitivos contribuyen a que, durante la década de los cuarenta y aún en 1850 las veladas y tenues alusiones en contra de España que aparecen en la prensa sean canalizadas a través de lo indígena. Además, no hay que olvidar la feroz represión del gobierno contra todo lo que ligeramente pareciera disidencia. Era menos arriesgado criticar los abusos de los conquistadores del siglo XVI en contra de los indios que los del gobierno colonial en contra de los puertorriqueños en el siglo XIX.

El tema indígena ya había hecho su aparición durante la breve etapa liberal que vivió el país de 1820 a 1823. En 1842 aparece en *El Boletín* el "Razonamiento de Colocolo," un poema en donde se denuncia el abuso y la codicia de los conquistadores españoles. Sin embargo, al final, termina abogando por la paz con el enemigo, mucho más fuerte.

En 1839 visitan la isla dos poetas españoles de ideas liberales cuya estancia repercutió en la literatura: Graciliano Alfonso y, sobre todo, Jacinto Salas y Quiroga, un romántico amante de una libertad condicionada y católica, que llegó a Puerto Rico casi desterrado, aunque su misión oficial era la de correos. [94] Sus colaboraciones aparecieron en *El Boletín* durante los cinco meses que duró su estancia. Aparentemente, fueron muy populares, especialmente los versos "Quince años," escritos en honor de una joven puertorriqueña y un opúsculo que no se ha encontrado hasta el momento titulado *Un entreacto de mi vida en Puerto Rico* . Tapia Rivera afirma en *Mis memorias* que la síntesis del opúsculo "resumía con estas palabras, todo el

pensamiento de aquel ilustrado pensador: "Puerto Rico es el cadáver de una sociedad que no ha nacido." De Salas y Quiroga dice Tapia que, al verlo:

> y oírle llamar poeta, contemplábale al pasar, como ser perteneciente a un mundo de sueños parecido al que habitaba en mi fantasía, pues podía disponer de hadas y silfos a su antojo. Imaginábame que él podía ver cosas que otros no veían como las que mi imaginación vislumbraba a través de los libros, que eran cielo y deleite.... [95]

En este momento ya existe una élite con claro sentido de puertorriqueñidad. Una puertorriqueñidad conflictuada, cuya base para definir la identidad nacional es geográfica. "Hombres de la otra banda" llamaban los isleños a los españoles a fines del siglo XVIII. En el siglo XIX los criollos se identificarán como secos, en oposición a los mojados peninsulares, que habían "cruzado el charco" para llegar a América. La percepción racial e intelectual que tiene esta élite de sí misma es la de descendientes directos de europeos y hacia Europa tienen vuelta su identidad intelectual. Es difícil, para ellos, admitir la aridez cultural de la isla, como puede apreciarse en el siguiente incidente. En 1841, aparece en *El Boletín* un artículo anónimo, escrito por un extranjero, que llamaba a Puerto Rico "incivil Antilla". Su autor decía preferir a Nueva York a la isla poco refinada e inculta. Un puertorriqueño, indignado por aquellas declaraciones le contesta:

> No, Sr. discípulo de Voltaire, Diderot y Rousseau. En Puerto Rico, como en todas partes, hay tres clases, una brillantemente educada, que es la del señorío, otra mediana, y la otra la hez del pueblo a la cual pertenecen los hombres groseros, como U. perfectamente lo sabe... [96]

Durante la década del cuarenta los productos sacarinos, que han pasado a ocupar una posición preminente en la economía de Puerto Rico, sufren una crisis que refleja

> un aumento en la competencia internacional por los mercados azucareros. Entre los problemas principales del azúcar se contaban el alza en los costos de producción debido a la mecanización, el avance del azúcar de remolacha en los mercados mundiales, las bajas en precios y la incompatibilidad de la esclavitud con un sistema de producción cada vez más industrializado. [97]

La crisis azucarera de los cuarentas se agudiza a causa de una sequía. La precaria situación que se presenta hace que muchos de los pequeños estancieros del sur se dirijan a pueblos de la montaña en busca de nuevas oportunidades. La necesidad de mano de obra vigoriza el rigor con que los gobernadores implantan las circulares contra la vagancia.

> La escasez de madera para la construcción y para combustible en la costa propició a la vez una alternativa para financiar el desarrollo de las fincas agrícolas.[98]

A su vez, la explotación agrícola requiere la apertura de caminos vecinales, a veces atravesando la propiedad de alguien para acortar camino. Esto provoca una serie de litigios y clarificación de derechos de tránsito. [99]

Para esta época, la élite ya ha echado a andar, consciente e inconscientemente, el proceso de ocultamiento de los elementos africanos en la formación del puertorriqueño, tanto biológicos como culturales. Las familias van creándose linajes mitológicos. Se cuenta a los hijos historias sobre el abuelo que vino de Asturias y la abuela de Cataluña y dejan de mencionarse los antepasados de piel oscura y pelo rizado. [100] Este no era un problema exclusivo de Puerto Rico. En Latinoamérica, ser blanco/a garantizaba (y garantiza aún hoy en día, en la mayoría de los países) una

vida más fácil. Esta premisa, basada en una situación objetiva, al transcurrir el tiempo se internaliza integrándose a la escala de valores del individuo y formando parte de su visión del mundo. Ahora, ser blanco/a y europeizado/a, no sólo es conveniente para alcanzar una posición social mejor, sino que significa la única posibilidad, al nivel ontológico, de "ser" verdaderamente humano. Como diría Franz Fanon muchos años más tarde, el negro o el mulato no vive para realizarse a sí mismo/a tal y como es, vive para la "blancura," para llegar a ser blanco en todos sus aspectos: piel clara e ideas y conducta asociadas con lo europeo. Del Caribe hispano puede decirse lo mismo que afirmaba Fanon para Martinica: por siglos se han hecho los ajustes mentales más incoherentes desde una lógica externa para tratar de acomodarse a la lógica interna dictada por una ideología que decía que los caribeños educados tenían los pies sumergidos en la orilla de una de las playas soleadas y las cabezas bajo la nieve de una gran ciudad europea. La blancura llegó por diferentes caminos. Recuérdese la costumbre, bastante común aparentemente en toda Latinoamérica, de alterar la raza en las partidas de bautismo. En una carta del 30 de marzo de 1879, Emeterio Betances, desde París, dice a su hermana Demetria:

> En cuanto a la partida de bautismo, yo creía que estabas al corriente, como lo demás, de lo que había pasado. Cuando se verificó el matrimonio de doña Ana con don Pepe, como había muchos padres envidiosos -¿de qué? ¡oh dioses!- sacáronle en cara a la familia la sangre africana -que ningún Betances, que haya tenido sentido común, ha negado jamás. Sin embargo, entonces parece que fue preciso negarla o que por estar en regla con la ley española, hubo de hacerse información de blancura de sangre y de probarse, a los ojos de todos, que nosotros, gente prieta, éramos tan blancos como cualquier Pelayo y hasta como cualquier irlandés, si era necesario, lo que quedó probado al fin según la ley, que pone a media noche las doce del día. [101]

Todavia para 1850 la composición racial de Puerto Rico era aproximadamente 50 por ciento de blancos y 50 por ciento de "gente de color". Ahora bien, al leer el Registro general de jornaleros de Utuado 102 de 1849 a 1850, podemos observar la imprecisión y ambivalencia que existían ya para esta época al anotar el color y las características físicas de los campesinos. Los anotadores registran: color bueno, blanco, pálido, trigueño, trigueño pálido, mulato, pardo, indio, aceitunado. Hay ocasiones en que el color aparece tachado y al lado se escribe algo distinto, lo que indica la imprecisión al anotar las características físicas observadas. Por ejemplo, el número 65 del Registro dice: " color (tachado: pardo) trigueño."[103] Si variadas son las denominaciones para el color de la piel, no menos lo son para el resto de los rasgos físicos, especialmente la nariz. Las hay afiladas, perfiladas, regulares, aguileñas, romas, aplastadas, aparrachadas, gruesas, aventadas, ventanudas. Además, color, nariz, pelo y boca se anotan en múltiples combinaciones. Una persona de color bueno puede tener la nariz ventanuda y una nariz regular puede corresponder a un color indio o pardo. Y este Registro proviene de un pueblo de la montaña, de los que se ha pregonado por muchos años que sus habitantes son descendientes de europeos porque los africanos se concentraron en las costas, lo que es verdad, pero no absoluta, ya que muchos subieron a la montaña. Por ejemplo, cuando estudiamos la composición racial de los fundadores del pueblo de Adjuntas en 1815, año en que se separó de Utuado, observamos que estaba formada por "713 habitantes, desglosados en 229 blancos, 326 mulatos libres, 72 negros libres, 60 agregados y 26 esclavos."[104] Como vemos, de los 713 habitantes la mayoría está constituida por descendientes de africanos, incluyendo negros y mestizos, y el número tiene que haber sido aún mayor ya que no se especifica la raza de los 60 agregados

Esta élite "puertorriqueña," para existir como tal, necesita diferenciarse de España ideológicamente (económica y políticamente el gobierno español se encargaba de establecer las diferencias). Su necesidad de demostrar a los europeos y de convencerse a sí misma de que se podía ser puertorriqueño y a la vez "culto" es la que aparece en el prólogo del *Aguinaldo puertorriqueño* de 1843. En aquella ocasión, un conjunto de jóvenes puertorriqueños y peninsulares que residía en España decide publicar una serie de composiciones en verso y en prosa para ofrecerlas de regalo de Navidad en lugar de "la botella de jerez," símbolo de lo español y las "vulgares coplas de Navidad," representantes de la expresión popular puertorriqueña. Se proponen

> componer y publicar un libro enteramente indíjena que por sus bellezas tipográficas y por la amenidad de sus materias pudiese dignamente al terminarse el año ponerse a los pies de una hermosa o en signo de reconocimiento y de cariño ofrecerse a un amigo, a un pariente, a un protector, reemplazando con ventajas a la antigua botella de Jerez, el mazapán y a las vulgares coplas de Navidad...[105]

En este *Aguinaldo* aparecen cinco narraciones en prosa. Ninguna excede de 10 páginas, todas tienen como tema central el amor y se desarrollan en Europa: *Pedro Duchateau*, de Travieso y *Muerta por amor*, de Mateo Cavailhon, en Sevilla durante el primer tercio del siglo XIX; *La infanticida,* del venezolano Juan Manuel Echevarría, en un lugar no especificado, probablemente España: *El astrólogo y la judía*, del español Eduardo González Pedroso, e *Historia de Don Alfonso de Córdoba y Doña Catalina Sandoval*, también de un español, Manuel Alcayde, en la Edad Media española. *Historia de Don Alfonso...* es la primera novela histórica escrita en Puerto Rico. Como se podrá apreciar, lo único de "indíjena" que tenían aquellas obras, era la intención de los editores del *Aguinaldo* de que lo

fueran. En el *Cancionero de Borinquen*, de 1846, aparece la novela *Amor y generosidad,* de Francisco Vasallo y Cabrera. A partir de esta década, la novela se populariza en la isla.

En el *Album puertorriqueño*, de 1844, aparece el soneto "El puertorriqueño", de Manuel Alonso, donde se describe el tipo criollo por primera vez en la literatura de la isla: blanco, tostado por el sol, de fina nariz, orgulloso. Esta descripción romántica corresponde a la visión física y espiritual que Alonso tiene de sí mismo y de su clase social:

> Color moreno, frente despejada,
> Mirar lánguido, altivo y penetrante,
> La barba negra, pálido el semblante,
> Rostro enjuto, nariz proporcionada,
>
> Mediana talla, marcha compasada;
> El alma de ilusiones anhelante,
> Agudo ingenio, libre y arrogante,
> Pensar inquieto, mente acalorada;
>
> Humano, afable, justo, dadivoso,
> En empresas de amor siempre variable,
> Tras la gloria y placer siempre afanoso,
>
> ¡Y en amor a su patria insuperable!
> Este es, a no dudarlo, fiel diseño
> Para copiar un buen Puertorriqueño.

El *Aguinaldo* y sus herederos: el *Album puertorriqueño* de 1844, el *Aguinaldo* de 1846 y el *Cancionero de Borinquen* de 1846 fueron un gran éxito. Llenaron un vacío cultural e, ideológicamente, los textos que componían aquellas publicaciones respondían a las necesidades de aquella élite en formación. Según José Luis González, este afán de los escritores isleños de que su literatura se pareciera a la europea, rechazando la poesía popular por "vulgar," "expresaba en realidad su voluntad de hombrearse con los escritores españoles en el terreno de la literatura culta."[106] Es cierto que

el grupo que compone los primeros escritores puertorriqueños formaban el sector más progresista de la sociedad, como dice el señor González. Aún así, es innegable que el colonialismo internalizado de la mayoría de aquella élite era el cristal a través del que percibían el mundo y la literatura.

En Arecibo, en 1845, "un reducido número de hacendados . . . controla más de la mitad de la riqueza agrícola de la jurisdicción."[107]

> Hay . . . quince haciendas de caña, una hacienda de café y 620 establecimientos de crianza y frutos menores. De un total de 1,716 cuerdas cultivadas de caña, el 97% pertenece a las haciendas que cultivan entre 30 y 250 cuerdas de ese fruto, mientras que el 3% restante se encuentra comprendido en fincas que cultivan entre 1 y 15 cuerdas clasificadas como estancias de crianza y frutos menores.[108]

Un alto número de los propietarios de estas haciendas cañeras "que representan el 58% del total de la riqueza agrícola y el 68% del producto agrícola total del municipio,"[109] son criollos. Muchos de ellos están unidos por lazos de sangre debidos a matrimonios realizados por varias generaciones entre las mismas familias. De las quince haciendas mencionadas anteriormente la más importante durante mucho tiempo en Arecibo, *Puente Bagazo*, la única de 250 cuerdas que aparece en el "Cuaderno de la riqueza agrícola formado por el Ayuntamiento para el reparto del subsidio de 1846," pertenece a los sucesores de Manuel A. Zeno.[110] La hacienda que ocupa el número once en el mismo cuadro, con 76 cuerdas, pertenece a Felipe Correa y la número catorce, con 45 cuerdas, a Bárbara Balseiro. En el mismo cuaderno figuran entre "Los propietarios con producto agícola mayor de 1,000 pesos que no son hacendados," Bernardo Zeno, con un capital de 18,262 pesos y Agustín Correa, con 12,905 pesos.[111] Todos

estos hacendados están vinculados por lazos familiares. El Capitán de Milicias de Infantería don Manuel Antonio Zeno, propietario de Puente Bagazo hasta 1842, año en que muere, era

> hijo del también Capitán de Milicias don Bernardo Zeno, teniente a guerra de Arecibo para fines del siglo XVIII. Don Manuel Antonio figura entre los grandes contribuyentes desde 1817, y entre los hacendados esclavistas en 1826. . . . Después de su muerte en 1842, sus herederos agrupados en la sociedad agrícola Zeno Hermanos continúan el manejo de la hacienda. . . .
>
> Don Felipe Correa, natural de Arecibo . . . adquiere en 1837 la hacienda San Gabriel de su padre don Nicolás Correa, cuando ésta sólo contaba con 35 cuerdas. En los años siguientes hasta 1874, don Felipe agranda la hacienda comprando terrenos a 23 propietarios colindantes. Esta llega a comprender 488 cuerdas de terrenos de vega y sobrevega. . . .
>
> La hacienda Santa Bárbara igualmente perteneció por mucho tiempo a una destacada familia arecibeña. En 1841 ya es propiedad de Doña Bárbara Balseiro viuda del Capitán Ramón Gandía.
>
> Don Manuel Antonio Zeno se casó con doña Micaela Correa. Su hermana doña María del Carmen Zeno se casó en primeras nupcias con el hermano de doña Bárbara Balseiro, y en segundas con el otro hermano de doña Bárbara. El hijo del mismo don Manuel Antonio, don Manuel de Jesús Zeno y Correa se casó con su prima doña Concepción Gandía Balseiro, hija de doña Bárbara Balseiro.[112]

Del matrimonio de Manuel de Jesús Correa y Concepción Gandía Balseiro nacerá Manuel Zeno Gandía.

En 1847 Alejandro Tapia publica, en Madrid, sus primeros trabajos en verso y prosa: la novela *El heliotropo* y el drama *Roberto D'Evreux* censurado en la isla por acusársele de humanizar los reyes. En 1848 se publican dos periódicos que incluyen folletín gratis: *El Imparcial Mayagüezano*, de Pablo Simó y *El Observador Ponceño*. *El Imparcial* fue clausurado después de sacar su séptimo número.[113]

En 1849 Manuel Alonso publica *El gíbaro*, una serie de estampas costumbristas en verso y en prosa, donde describe la vida de Puerto Rico en forma pintoresca y, a menudo, imitando la lengua campesina. Además, hay en el libro una serie de ensayos de tenue crítica social (a pesar de lo cual tuvo problemas con la censura) en los que se aboga por reformas, rechazando siempre la lucha armada que para él significa "la barbarie:" "¡Cuán lamentable es la historia de Santo Domingo!" afirma en el ensayo sobre Santiago Vidarte.[114] Habla de tradiciones y de costumbres de una manera ligera, sin mencionar la miseria, el analfabetismo, las enfermedades que diezmaban al campesinado ya para aquella época, producto de las condiciones sociales, pero al menos los temas de Alonso ya están tomados de la sociedad que lo rodea. Tampoco hubiera podido hacer una crítica severa de aquella sociedad con el tipo de repressión existente Puerto Rico. A pesar de que Alonso aboga por el progreso y considera que la importancia de sus cuadros reside en que servirán de memorias para un estilo de vida antiguo en vías de desaparecer, no se siente alejado de la realidad descrita, antes bien la celebra en el inventario minucioso que hace de hábitos y costumbres Su visión es romántica, no despectiva y en muchas de las escenas se percibe en el autor una cercanía a los hábitos y tradiciones populares y un gusto por las mismos, que entran en conflicto con su prédica de que son indeseables y anticuados. Esta ambivalencia refleja su identidad nacional insegura y conflictiva aún. En una escena como "La gallera" Alonso muestra un conocimiento a fondo de las peleas de gallos e, implícitamente, se trasluce su disfrute de las mismas; sin embargo, explícitamente las considera productos del atraso en que aún se encuentra Puerto Rico, costumbre que habrá de desaparecer con la modernización de aquella sociedad. En *"Aguinaldos,"* se trasluce la admiración del autor por

esa tradición, así como en otras donde apreciamos el cariño por una forma de vida en la que ha crecido. En *"El baile del garabato"* un joven de la ciudad, pretencioso y pedante se acobarda y se esconde debajo de una mesa al formarse una pelea en el baile. La imagen del atildado visitante no queda muy bien parada, en contraste con la de los toscos campesinos que actúan valientemente. En toda la obra hay un clamor por el mejoramiento de la educación y de la medicina en la Isla. En *El jíbaro* hay muy pocos negros y mestizos a pesar de que en la sociedad que Alonso estaba tratando de retratar, como bien ha apuntado José Luis González, uno de cada dos puertorriqueños era negro o mestizo. [115] Pero, aunque muy pocos, todavía se mencionan.

Sólo en la escena XVII, "El pájaro malo",[116] un mulato ocupa un lugar destacado: se trata de un esclavo. Esta historia es especialmente importante para nosotros. Un joven "de cabello y ojos muy negros y relucientes, tez morena y con aquel tinte amarillo tan general en los criollos descendientes de europeos sin mezcla de otra raza, montaba un hermoso caballo negro..." Junto a él cabalga un "mulato bronceado, de formas atléticas, y vestido con sombrero de paja y camisa y pantalón de tela blanca, iba sobre un alazán, que si no igualaba en la casta al caballo de su joven amo..." En esta descripción ya quedan nítidamente establecidaslas diferencias de raza y clase. La palabra "criollo" comienza a identificar al puertorriqueño descendiente de europeos, "sin mezcla de otra raza." [117] La superioridad del joven está expresada mediante la descripción que el autor hace del mismo y a través de su actitud "educada," moderna" en contraste con su compañero de viaje. El caballo del joven es superior al del esclavo y el muchacho trata los miedos supersticiosos del viejo en un tono de paternalista condescendencia.

El anciano es considerado en el texto como un hombre bueno, pero es bueno porque es el esclavo perfecto, sumiso, de una lealtad inquebrantable hacia sus amos. Es un ser de mente sencilla, arriesgado, impulsivo y crédulo, a quien dice el "joven amo," recriminándole sus temores infundados a las aves nocturnas:

> Y también lo parece [imposible] que un hombre como tú, que rinde a un toro por los cuernos, que se ha echado a un río crecido por salvar a quien no conocía, y que ha reñido con tres negros cimarrones a la vez, tenga temor por esos cuentos de viejas. [118]

Se diferencia entre este hombre mestizo, nacido en Puerto Rico, dócil y aquellos con quienes ha peleado: "negros cimarrones."

Veremos cómo en *La charca* un individuo de características muy semejantes a las atribuidas al mulato de esta historia: rústico, fuerte, arriesgado, pero sin la bondad del esclavo de la anécdota de Alonso, comete un acto de heroísmo similar al mencionado en este cuento: salva un niño desconocido de las aguas embravecidas de un río crecido. Hablaremos de esto en su momento, pero es importante recordar la historia de Alonso y las circunstancias en que se produce.

Para finales de la década de los cuarenta el comercio de libros ha mejorado notablemente. Los lectores puertorriqueños están al tanto de lo que ocurre en el mundo de la literatura en Europa; los libros que se distribuyen en la Isla son, con bastante frecuencia, los mismos que se leen en España y cuando no entran de manera oficial, debido a la censura, lo hacen por trasmano.

Notas

[1] Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico,* t. I, p. 138.

[2] Alejandro O'Reilly, *Crónicas de Puerto Rico,* p. 251.

[3] *Crónicas de Puerto Rico...*, p. 394.

[4] Guillermo A. Baralt, *Esclavos rebeldes, conspiraciones y sublevaciones de esclavos en Puerto Rico (1795-1873)* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1982), Tabla I, población esclava de Puerto Rico (1779-1802), p. 16.

[5] Citado por Tomás Blanco, *Prontuario histórico de Puerto Rico* (San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1970) p. 44.

[6] Para un estudio de los distintos grupos que contribuyeron a aumentar la población para principios del siglo XIX, véase: Estela Cifre de Loubriel, *La inmigración a Puerto Rico en el siglo XIX* (San Juan, Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1964). Hay un resumen de este proceso en Fernando Picó, *Historia general*, Capítulo 9, pp. 137-150. También Tomás Blanco en su *Prontuario histórico* habla sobre este tema en las páginas 44-45.

[7] Lidio Cruz Monclova, t.I., p. 69.

[8] Este proceso ha sido reportado en distintos pueblos de la isla. Para Arecibo, véase: Astrid T. Cubano Iguina, "Economía y sociedad en el siglo XIX: Los grandes productores y la inmigración de comerciantes," en *Inmigración y clases sociales,* Francisco A. Scarano editor (Río Piedras: Ediciones huracán,1981), pp. 118-122; para Lares, Laird A. Bergad, "Hacia el Grito de Lares: Café, estratificación social y conflictos de clase 1828-1868", en *Inmigración y clases sociales,* Francisco A. Scarano, editor. (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1981), p.147; para Utuado, Fernando Picó, *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX* , p. 154.

[9] Astrid T. Cubano Iguina, p.120.

[10] Ibid., pp. 120-121.

[11] Véase: Astrid T. Cubano Iguina, pp. 98-124.

[12] Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico*, t.I, p. 18; Alejandro Tapia y Rivera, *Mis memorias* (Río Piedras: Editorial Edil, Inc., 1971), p. 19.

[13] Iris Zavala, "Puerto Rico, siglo XIX: literatura y sociedad," en *Sin nombre* (San Juan: Vol. VII, No. 4, 1977), nota al pie de la página 8.

[14] Ibid., p. 9.

[15] Ver la nota 5 de Manrique Cabrera en *Historia de la literatura puertorriqueña*, p. 104.

[16] Josefina Rivera de Alvarez, p. 90.

[17] Iris Zavala, p. 8.

[18] Ibid.

[19] Ver: Lidio Cruz Monclova, t.1, p. 34.

[20] Lidio Cruz Monclova, t. 1, Apéndice número III, p. 524.

[21] Ibid., p. 526.

[22] Para el desarrollo del proceso desde que España decide considerar las colonias "parte integrante" de la monarquía española con representación en el seno de la Junta Suprema, hasta que Ramón Power Giralt es elegido como diputado a Cortes por Puerto Rico y llega a España, ver: Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico,* t. I, pp. 6-30. También ver: Loida Figueroa t. II (Río Piedras: Editorial Edil, 1970), pp. 26-28.

[23] Fernando Picó, *Historia general de Puerto Rico,* pp. 126-127.

[24] La plaza de teniente a guerra fue creada en 1692. Se trataba de delegados "de la Capitanía general o Teniente á Guerra, con carácter de alcalde, juez de paz y de policía, auxiliar de las alcaldías ordinarias de la Ciudad y la Villa en materia criminal, y con jurisdicción contenciosa, en demandas que no excediesen de cincuenta pesos. Eran además y principalmente, estos funcionarios, Sargentos de la Milicia Urbana, formada en cada partido por personas blancas y libres, de diez y seis á sesenta años de edad, regimentadas por compañías con sus capitanes, tenientes y cabos de escuadra; milicia obligada á turnar en la prestación de todas las cargas vecinales, apertura y arreglo de caminos, persecusión de malhechores, conducción de presos y correspondencia oficial y mantenimiento del orden público, amén de la defensa territorial en caso de guerra." "Creación de las Tenencias a Guerra, 1678-1692," en *Antología de lecturas de historia de Puerto Rico, (Siglos XV-XVIII),* Segunda edición, Aida R. Caro Costas, editora (San Juan: Editorial Universitaria, 1980), p. 441.

[25] Loida Figueroa, t.II, p. 28.

[26] El concepto de "puertorriqueño," en la literatura del siglo XIX en Puerto Rico, como "español puertorriqueño", refiriéndose a Puerto Rico como a una provincia de España, o de puertorriqueño como perteneciente a un país diferente, es muy ambivalente hasta finales de siglo. Ya en la década de los noventa Muñoz Rivera habla de "patria" refiriéndose a España. Claro que en los textos de los separatistas, "patria" significa Puerto Rico como nación independiente.

[27] Según Loida Figueroa, este sería "el primer pasquín contra el servicio militar obligatorio y ultramarino," Las primeras manifestaciones separatistas datan, según Lidio Cruz Monclova, de finales del siglo XVIII. Nota al pie de la p. 33.

[28] Iris Zavala, p.11.

[29] Ibid., p. 20.

[30] Laird W. Bergad, "Hacia el Grito de Lares: café, estratificación social y conflictos de clase 1828-1868," en *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX,* Francisco A. Scarano, editor. (Río Piedras: Ediciones Huracán,1981), p. 145.

[31] Lidio Cruz Monclova, t.I, p. 64.

[32] Wilhelm Hernández, *Adjuntas: notas para su historia* (San Juan: 1985), p. 37.

[33] Sir Richard Bonnycastle, *Spanish America or A Descriptive, Historial and Geographical Account of the Dominios of Spain in the Western Hemisphere Continental and Insular...* (London: 1818), p. 181. Coll y Toste, I, p. 170. Citado por Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico,* t. I, p. 64.

[34] Lidio Cruz Monclova, t.I, p. 70.

[35] Ibid., p. 70.

[36] Véase el Capítulo II: "La gran confusión en la capital de Puerto Rico, 1812" en, Gillermo A. Baralt, pp. 21-29.

[37] "División social previa a la Revolución francesa. Había tres estamentos: la nobleza, el clero y el estado llano. Como diputados a Cortes iban los jefes de las familias aristócratas; los titulares de la diócesis y diputados de las ciudades que tenían voto en Cortes. Los estamentos se reunían aparte y se hacía un voto conjunto por estamento. Por tener intereses comunes el clero y

la nobleza asumían posturas iguales, pudiendo así derrotar al estado llano." Loida Figueroa, nota al pie de la p. 29.

[38] Guillermo Baralt, p. 11.

[39] Ibid., p. 29.

[40] Véase: Loida Figueroa, pp. 28-30.

[41] No había que ser europeo para temer la "africanización" del país; en el siglo XIX, en Latinoamérica, y hasta hoy en la mayoría de los países, el mestizo que alcanzaba cierta posición social vivía para "blanquearse," y blanquear su descendencia biológica y culturalmente, o sea, europeizarla.

[42] Lidio Cruz Monclova, t. I, p. 54.

[43] Ibid., p. 71.

[44] Ibid., pp. 71-72.

[45] La carencia de bancos que concedieran préstamos provocaba que los comerciantes, en su mayoría, pero no en su totalidad, españoles, prestaran dinero a los agricultores en condiciones de extrema usura.

[46] Lidio Cruz Monclova, t. I, p. 60.

[47] Ibid., p. 71.

[48] Fernando Picó, *Libertad y servidumbre...*, pp. 124-25.

[49] Ibid., p. 39.

[50] "De "gracias" porque hacía excepciones al sistema económico general." Loida Figueroa, *Breve Historia de Puerto Rico*, nota al pie de la p. 39. Las principales disposiciones de la Cédula eran: la libre admisión de extranjeros, con sus caudales y esclavos: el libre comercio con España y sus colonias y con naciones extranjeras amigas (v.g. Estados Unidos) pagando un derecho de 6%; reducción de los derechos de importación sobre instrumentos de labranza, exención de diezmos y alcabalas por diez años, y el reparto de tierras, libre de contribuciones por diez años, a los nuevos colonos y labradores. Eugenio Fernández Méndez, *Crónicas de Puerto Rico,* nota al pie de la p. 375.

[51] Fernando Picó, *Historia general de Puerto Rico,* p. 132.

[52] Ibid., p. 39.

[53] Wilhem Hernández, *Adjuntas: notas para su historia,* p. 36.

[54] Eugenio Fernández Méndez, *Crónicas de Puerto Rico*, p. 246.

[55] José Luis González, "Literatura e identidad nacional en Puerto Rico", en *Puerto Rico: Identidad nacional y clases sociales* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1979), p. 52.

[56] Iris Zavala, p. 12.

[57] Iris Zavala, p. 13.

[58] Francisco Manrique Cabrera, pp. 71-72.

[59] Iris Zavala, p. 14.

[60] De acuerdo al censo de 1812 la población de negros libres de Cangrejos era de 460, "127 mulatos libres, 99 esclavos y solamente 123 blancos." Guillermo A. Baralt, *Esclavos rebeldes...* op. cit., p. 24.

[61] José A. Gautier Dapena, *Trayectoria del pensamiento liberal puertorriqueño en el siglo XIX* (San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1963), pp. 22-23.

[62] Ibid., p. 24.

[63] Ibid., pp.168-72.

[64] Véase: Fernando Picó, *Libertad y servidumbre...*, op. cit., pp. 99-101.

[65] Josefina Rivera de Alvarez, p. 119. La historia del Padre Bonilla aparece en Cayetano Coll y Toste, "Puertorriqueños ilustres: el Padre Bonilla", *Boletín Histórico de Puerto Rico*, Vol VIII (San Juan: 1921), pp. 66-68.

[66] Lidio Cruz Monclova, t. I, p. 161.

[67] Ibid.

[68] Lidio Cruz Monclova, t.I, p. 175.

[69] Ibid., p. 176.

[70] Iris Zavala, p. 7.

[71] Véase: Lidio Cruz Monclova, t.I, pp. 178-91.

[72] Ibid., Nota al pie de la página 181.

[73] Alejandro Tapia y Rivera, *Mis memorias* (Río Piedras: Editorial Edil, 1971), p. 16.

[74] Ibid., p. 17.

[75] Josefina Rivera de Alvarez, p. 89.

[76] Alejandro Tapia se lamenta del desperdicio de talento de los hermanos de José Julián Acosta que no tuvieron la oportunidad de continuar sus estudios por carecer de medios económicos para viajar al extranjero. *Mis memorias*, pp. 21-22.

[77] Ver: Josefina Rivera de Alvarez, pp. 114-116.

[78] Lidio Cruz Monclova, p. 175.

[79] Iris Zavala, p. 21.

[80] Ibid., p. 21.

[81] Véase: Ada Suárez Díaz, *El doctor Ramón Emeterio Betances: su vida y su obra* (San Juan, 1970).

[82] Lidio Cruz Monclova, pp. 234-38; Fernando Picó, *Historia general de Puerto Rico,* p. 170.

[83] Lidio Cruz Monclova, p. 235.

[84] Fernando Picó, *Historia, general de Puerto Rico,* p. 170.

[85] Lidio Cruz Monclova, p. 233.

[86] Ibid., p. 233

[87] Ibid., p. 233.

[88] Fernando Picó, *Historia, de Puerto Rico,* p. 171.

[89] Iris Zavala, p. 7.

[90] Iris Zavala, "Puerto Rico, siglo XIX: literatura y sociedad", *Sin nombre* (Vol. VIII, No. 1, 1977), p. 7.

[91] Ibid., p. 8.

[92] Ibid., p. 11.

[93] El primer retrato de un jíbaro fue pintado por un extranjero, Luis Paret y Alcázar, entre 1776 y 1779.

[94] Ver: Francisco Manrique Cabrera, *Historia de la literatura puertorriqueña,* pp. 75-77.

[95] Alejandro Tapia y Rivera, pp. 23-24.

[96] Iris Zavala, pp. 7-8.

[97] Laird A. Bergad, "Hacia el Grito de Lares...", en *Inmigración y clases sociales,* pp. 159-60.

[98] Véase: Fernando Picó, Libertad y servidumbre, p. 32.

[99] Ibid.

[100] Luis Bonafoux, *Betances* (San Juan de Puerto Rico: Instituto de cultura puertorriqueña), pp. VIII-XI; véase también el capítulo III: "Sociedad y forma de gobierno" de Stanley J. y Barbara H. Stein, *La herencia colonial de América Latina,* pp. 56-80

[101] Luis Bonafoux, *Betances,* (San Juan, Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970), Prólogo, pp. VIII-X.

[102] Fernando Picó, *Registro general de jornaleros de Utuado, Puerto Rico (1849-1850),* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1976).

[103] Ibid., p. 32.

[104] Wilhelm Hernández, *Adjuntas: Notas para su historia* (San Juan: 1985), p. 29.

[105] Francisco Manrique Cabrera, p. 78.

[106] Ibid.

[107] Astrid T. Cubano Iguina, *"Economía y sociedad en Arecibo en el siglo XIX: los grandes productores y la inmigración de comerciantes"* en *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX,* Editor Francisco A. Scarano (Puerto Rico: Ediciones Huracán, 1981), p. 73.

[108] Ibid., pp. 68-69.

[109] Ibid., p. 72.

[110] Cuadro 2: Arecibo 1845: Haciendas de caña, en Astrid T. Cubano Iguina, p. 70.

[111] Astrid T. Cubano Iguina, Cuadro 3: Arecibo 1845, p. 71.

[112] Ibid., pp. 74-75.

[113] Ver: Iris Zavala, Vol VII, Num. 4, p. 24. De la página 23 a la 25 aparece un recuento de los libros anunciados por los libreros en aquellos años.

[114] Manuel Alonso, *El jíbaro* (Barcelona: Editorial Vosgos, S.A., 1975), p. 82.

[115]José Luis González, "Literatura e identidad nacional..." p. 56.

[116] Manuel Alonso, pp. 139-145.

[117] Recordemos que hasta la década de 1820 la palabra criollo designaba al puertorriqueño de cualquier raza.

[118] Manuel Alonso, p. 141.

Capítulo III

Puerto Rico en la segunda mitad del siglo XIX

En el mismo año de la aparición de *El gíbaro*, 1849, el gobernador Juan de la Pezuela prohíbe,

> por ahora y para siempre las carreras de caballos en la Capital, tanto de día como de noche . . . mudar de domicilio, arrendar casas, transitar por la Isla y celebrar bailes, aun en casas particulares, sin previo permiso de la autoridad. Transportar bultos u otros efectos, dentro de poblado, después de las ocho de la noche. [1]

Dicta otras graves prohibiciones, entre ellas la del establecimiento del Colegio Central, institución de enseñanza superior largamente añorada por los criollos. Estimaba el Gobernador "que la instrucción había perdido las Américas y que, como ella era materia que debía manejarse con sumo tacto, convenía que los que quisieran estudiar fuesen a España."[2]

En junio de aquel mismo año aprueba la ley de jornaleros. Todo hombre mayor de dicieséis años que no tuviera la tierra necesaria para mantenerse cultivándola era considerado jornalero, condición que determinaban los jueces de los pueblos, y quedaba obligado a estar colocado constantemente. Debía portar una libreta (que le era entregada gratis y debía llevar consigo todo el tiempo) en la que se anotaría su trabajo y conducta. El no portarla podía conllevar ocho días de trabajo en cualquier obra pública con pago de medio jornal solamente. Esta ley, que reforzaba el Bando de López de Baños de 1838, incluía a las mujeres. La historiadora Olga Jiménez afirma que no

ha encontrado hasta ahora ninguna prueba de que hubiera mujeres trabajando a jornal en faenas agrícolas. [3] Sin embargo, parece que las había. En *La charca* , por ejemplo, se habla de mujeres que trabajaban a jornal en los cafetales. Se sabe que la mujer del siglo XIX formaba parte de la clase trabajadora, pero no hay evidencia "de lo que significaba su contribución." [4]

La Ley de jornaleros fue un paso más en el intento de resolver el clamor de falta de mano de obra que los hacendados azucareros afirmaban padecer y a la cual se achacaba, en gran parte, el estancamiento económico del país. En su afán de crear una fuerza de trabajo "libre", de desvincular al trabajador completamente de los medios de producción, uno de los principales artículos de la ley prohibía el agrego (sistema en que el campesino intercambiaba con el propietario su trabajo por una vivienda adentro de la hacienda y por el derecho a cultivar una pequeña parcela de tierra para él). Además, se obligaba a los campesinos a mudarse al pueblo más cercano a donde trabajaban. Así se les privaba del acceso a un pedazo de tierra en donde sembrar, por lo menos, aquellas cuatro matas de plátanos que, según los cronistas, bastaban a un jíbaro y su familia para mantenerse todo el año. De esta forma, por supuesto, eran mejor controlados y quedaban obligados a trabajar para los hacendados para subsistir. La medida se justifica apelando a las condiciones de vida semi salvajes del jíbaro en la sierra, alejado de la civilización, sin religión ni moral. La verdad es que estas mudadas no contribuyen a su educación; antes significan el hacinamiento en casas insalubres, lo que da por resultado que las epidemias de viruela y cólera morbo, de los años 1855 y 1856, hagan grandes estragos en los pueblos. "La

epidemia del cólera, que dejó un saldo de unas 30 mil muertes, hizo patente cuán inadecuados eran los asentamientos urbanos." [5]

En 1850, Alejandro Tapia Rivera, tildado de pendenciero por Pezuela, es desterrado a España a causa de un duelo que sostiene con un oficial de Artillería. En Madrid, va a residir a la casa en que vivían Ramón Baldorioty de Castro y José Julián Acosta, quienes estudian allí en aquellos momentos. Se unen a Segundo Ruiz Belvis, Lino Dámaso Saldaña, José Vargas, Ramón Emeterio Betances, José Cornelio Cintrón, Genaro Arizmendi, Juan Viñals y Federico González y juntos trabajan en la recopilación de documentos históricos sobre la historia de Puerto Rico del siglo XV al XVIII.[6] Este material es publicado por Tapia en 1854 bajo el título de la *Biblioteca histórica de Puerto Rico* . La obra es censurada por el gobierno colonial. En 1852 había publicado la leyenda *La palma del cacique,* en defensa de los indios de Borinquen.

Mientras Tapia publica su Biblioteca histórica en Madrid, en Puerto Rico un joven poeta, Daniel Rivera, de 23 años, comienza a colaborar en el semanario *El ponceño.* Dos años atrás había publicado un poema titulado "El Jardín de Agüeybana", y ahora quedaba a cargo de la sección del periódico "A mis lectoras." En aquella sección comenzó a publicar un canto épico en octavas: "Agüeybana el bravo". El poema, carente de grandes méritos literarios, relataba la conquista de Borinquen por los españoles y exaltaba la valentía del cacique que no se sometió a los invasores. Sin embargo, al final del canto, es reconocida la superioridad de los españoles e, inclusive, son exaltados. Estos versos motivaron que su autor, el editor y propietario del periódico, Felipe Conde y su hijo Avelino fueran sometidos a juicio, el primero por escribir el poema, considerado sedicioso, y los dos

últimos por publicarlo. Después de un complicado proceso, ya que el autor de "Agüeybana.." no tenía antecedentes subversivos y las autoridades no estaban seguras acerca de sus intenciones al escribir el poema, (intención revolucionaria o irresponsabilidad pueril) fueron condenados los tres el 3 de octubre de 1854. Daniel Rivera a pagar 2,000 pesos de multa o a cumplir dos años de prisión en San Juan y a pagar los gastos del proceso. A Felipe Conde y su hijo Avelino se les clausuró el periódico y fueron condenados a pagar 500 pesos de multa o a cumplir seis meses de prisión en Ponce. Ninguno de los tres pudo pagar la multa y, por lo tanto, fueron a la cárcel. A los cuatro meses quedaron en libertad cuando el 5 de febrero de 1855 la Audiencia vio en apelación la causa y la sentencia les fue revocada.

Ha quedado atrás la época en que decía O'Reilly: "los sugetos distinguidos de la Isla son pocos, la única diferencia entre los otros está en tener alguna cosilla más de caudal..." [7] Ha comenzado a llegar a Puerto Rico otra ola de extranjeros proveniente de Europa y América Latina. Primero se asientan en la costa, pero en poco tiempo la cordillera comienza a sentir el impacto. La migración a las montañas que venía produciéndo desde 1830 aumenta. Los nuevos moradores llegan por distintas razones. De un lado están los que han venido de Córcega, Irlanda, Mallorca, Cataluña, Santo Domingo, Venezuela, etc. y del otro, los puertorriqueños procedentes de la costa, empujados por el aumento demográfico y la falta de trabajo. Muchos de estos recién llegados cuentan con facilidades de crédito y conocimientos de los que carecen los habitantes de la montaña. Debido a diversas razones gran parte de la élite de la zona experimenta una movilidad social descendente. La tierra va quedándose en manos de los menos. Fernando

Pico sumariza los factores que contribuyeron a este hecho en Utuado:

Familias con numerosos hijos que

> llegaron a la edad adulta. La gran propiedad, inculta todavía, en su mayor porción, y la escasa tropa de esclavos, se diluyeron entre los numerosos herederos. Al mismo tiempo tiempo, factores como la monetización de las obligaciones al fisco, el peso de obligaciones de capellanías y censos, el mayor contacto con el comercio y el crédito, la creciente inmigración de personas con destrezas básicas de alfabetismo y contabilidad. [8]

Sin embargo, no todos los medianos y pequeños propietarios son desposeídos de sus tierras. Un número bastante crecido logra conservarlas. Con frecuencia, al terminar con su propia cosecha trabajan en la de alguna hacienda vecina. Los dueños de haciendas ven a estos pequeños propietarios con simpatía (siempre que sus terrenos no colinden con las de ellos y los necesiten para ampliar su propia hacienda) por varias razones: la mano de obra que representan y de la que siempre estaban necesitados y las ganancias que en muchos casos derivaban de la compra del café uva (el grano sin descascarar) que los medianos y pequeños propietarios producían. Muchas veces veces estos cosecheros carecían del equipo necesario para procesar el café. Después de la recogida, lo vendían a los hacendados que se encargaban de elaborarlo y obtenían pingües ganancias de este negocio.[9] Los pequeños propietarios representaron un factor importante en aquella sociedad, que no estaba dividida solamente entre jornaleros, hacendados y comerciantes. El partido liberal se nutrió, en gran parte, de este sector.

La crisis que la industria azucarera sufre a mediados del siglo hace que muchos vuelvan los ojos al cultivo del café, propio de la montaña, que para aquel momento ocupa ya el segundo lugar como producto de exportación. Este producto requería menos inversión y mano de obra que la

caña. Muchas veces el trabajo era compartido por los miembros de la familia. Aun así, para los criollos que comenzaban a explotar una hacienda de café la mayoría de las veces la tarea no era fácil. El montaje de la hacienda requería una inversión inicial: la compra del terreno, su preparación para el cultivo, la obtención de las semillas y de la maquinaria, por rústica que fuera, para la elaboración del grano. La colonia, como ya sabemos, no tenía bancos que prestaran dinero, por lo tanto, el nuevo empresario dependía del comerciante, frecuentemente español, que generalmente exigía el pago de la deuda en café y la propia hacienda como garantía por el dinero prestado. A esto hay que añadir que los árboles de café necesitan más de cinco años para comenzar a producir. Si la cosecha venía mala debido a plagas de insectos o desastres naturales como ciclones, el hacendado contemplaba un serio problema para pagar su deuda. En ocasiones, la solución momentánea era acudir a un segundo comerciante y pedir más dinero prestado para pagarle al primero, al menos parte de lo adeudado. De este círculo a veces el criollo lograba salir, a veces no, y entonces perdía cuanto poseía. Las dificultades económicas y la forma rudimentaria en que estaba la agricultura hacía imperiosa la obtención de mano de obra abundante, estable y barata para que la empresa del hacendado triunfara. Sin embargo, las desventajosas condiciones de los préstamos para los agricultores constituían alicientes para los comerciantes que prestaban e impulsan a muchos de ellos a establecerse en la altura.

Cada sector trata de sacar adelante sus intereses. A la monarquía española, por ejemplo, le interesa que la colonia no se le vaya de las manos. La necesita, entre otras cosas para que la ayude a pagar sus propias deudas y a subvencionar sus guerras, como hemos visto antes. En 1864 se destinan

2,959,380 de los fondos públicos a subvencionar la guerra que sostiene España contra Santo Domingo y en 1865 Cuba y Puerto Rico quedan encargadas de pagar la deuda pública de España. El erario público es minado hasta tal punto que "para cumplir las obligaciones que vencían en julio de 1865, el Gobernador le tomó prestado al Ayuntamiento de San Juan los 103,000 pesos que éste guardaba para la construcción de un acueducto en la ciudad," [10] y así continúa tomando préstamos sucesivos. Naturalmente, la Metrópoli necesita el progreso económico de la colonia. A su vez, las posiciones administrativas y las plazas de empleos gubernamentales de la isla son acaparadas por españoles, aún cuando haya criollos mejor capacitados que ellos para cubrirlas. Esto significa que muchas veces los grandes esfuerzos realizados para estudiar en el extranjero resultan baldíos: al regresar, las oportunidades de ocupar una buena posición están cerradas. Esta situación, además de los intereses personales, correspondió a una política oficial del gobierno español que consideraba peligroso que los puestos de cierta importancia fueran ocupados por puertorriqueños. Además, no estaba fuera de lo común que los funcionarios peninsulares vieran sus posiciones como medios de enriquecerse y de satisfacer sus ambiciones personales. En ocasiones tienen buenas intenciones de proveer ciertas reformas, como el mejoramiento de la educación o de efectuar saneamientos en la sempiterna corrupción administrativa pero los intereses creados, mayormente en España, son de tal fuerza que atan las manos del reformador, cuyo amor por las reformas estaba siempre supeditado a sus intereses personales.

La movilidad social descendente a que la nueva economía somete al campesino se va agudizando a medida que la agricultura de mercado se

consolida. La tala despiadada de los árboles y el acondicionamiento de los terrenos para la siembra por medio del fuego, por ejemplo, altera la ecología de la región y priva a los habitantes de la zona de un número de aves y de otros animales que implementaban su alimentación. Al sembrarse más café, hay menos terreno para sembrar arroz, maíz, habichuelas, viandas, los frutos menores en que se basaba la dieta del campo. Además, el propietario prefiere emplear al trabajador en la siembra del café, productor de mejores dividendos que los otros frutos. El terrateniente instala la tienda de raya de la que depende ahora el campesino para comer: compra lo que hay en ella con los vales que cobra en la hacienda. [11] La antigua dieta, causante de los robustos criollos descritos por los cronistas del siglo XVIII, va sustituyéndose por bacalao, tocino, arroz, todo de la peor calidad y a precios exorbitantes destinados a aumentar las ganancias del propietario. La salud del campesino se deteriora notablemente. Entre otras muchas enfermedades, la anemia comienza a causar grandes estragos; el trabajo bajo la lluvia hace que los campesinos contraigan fiebres que se consideraban, todavía en 1853, la principal causa de muertes. [12] Los lazos de parentesco se van desatando a medida que los tiempos van siendo más difíciles. El concubinato aumenta. Hacia 1860, los matrimonios en que los contrayentes pertenecían a distintas clases sociales, comunes aún a principios de siglo, disminuyen. Cada día más, los inmigrantes españoles se niegan a reconocer a sus hijos puertorriqueños, pero "es entre los propios criollos que la apatía por legitimar uniones es más marcada." [13] Los padrinos ya no tienen los mismos vínculos con los ahijados, se exige el pago en dinero para deudas que generalmente se amortizaban con artículos. La justicia interviene cada día con mayor ahinco en la vida del campesino, siempre para perjudicarlo. [14]

En este momento de profunda transformación para Puerto Rico nace Manuel Zeno Gandía, el 10 de enero de 1855, en Arecibo, en la casona de la hacienda Puente Bagazo en que vivía la familia desde 1827. Para el momento en que nace, la familia ya no disfrutaba de la privilegiada posición económica que había tenido años atrás. La crisis que sufre la industria azucarera para mediados del siglo XIX afecta la economía, eminentemente cañera, de la familia. Aún así continuarán gozando de una moderada prosperidad y conservando su gran prestigio social, pues reúnen las condiciones necesarias para acomodarse a los nuevos tiempos y las nuevas generaciones se van convirtiendo en profesionales, aunque nunca se desvinculan totalmente de la agricultura. Es muy interesante ver cómo los cambios de la sociedad puertorriqueña se reflejan en el micromundo formado por las familias Zeno-Correa-Gandía-Balseiro, apellidos con los que tropezamos constantemente en los libros de historia de Puerto Rico. Ya sea relacionados con el aspecto económico, político o cultural, estos apellidos aparecen una y otra vez ocupando posiciones relevantes en la sociedad puertorriqueña desde el siglo XVIII. Si de una familia puede afirmarse que pertenece a la más rancia élite criolla, ésta es la de Manuel Zeno Gandía. [15] Sus padres, Manuel de Jesús Zeno y Correa y María de la Concepción Gandía Balseiro, que eran primos, afirmaban descender de un linaje que se remontaba al Dux Reneiro Zeno de Venecia y a los Duques de Gandía de Valencia. [16]

El abuelo de Manuel Antonio, del mismo nombre, fue alcalde de Arecibo para 1840. En 1855 el alcalde del pueblo era un tío abuelo de Zeno Gandía, don Agustín Correa, y otro tío, don Severo Zeno y Correa fue Teniente Alcalde

de 1848 a 1857. Mientras, Bernardo Zeno, también tío de Zeno Gandía, era Capitán del Regimiento de Caballería de Milicias "y participante activo en el ayuntamiento de Arecibo; se le concede en 1858 el título honorífico de Comendador de la Real Orden de Isabel la Católica. [17] Ya hemos visto anteriormente cómo dos hermanos pertenecientes a esta familia: Felipe y Rafael de Rivera y Correa se encuentran entre los fundadores de Utuado. [18] Para 1793, Felipe de Rivera y Correa es Teniente a Guerra de este pueblo. De ahí en adelante, los descendientes de estas familias se destacan entre los Tenientes a Guerra y los Alcades de Utuado hasta 1853, el último año incluido por Fernando Picó en la lista que aparece en *Libertad y servidumbre...* [19] En *Esclavos rebeldes...* Guillermo A. Baralt habla de Cesáreo Zeno, capitán de las milicias disciplinadas del partido de Isabela, quien en 1841, mientras se dirigía a Arecibo, se encuentra en el camino con un grupo de esclavos sublevados que intentaban quejarse ante el alcalde del pueblo de los abusos que su amo cometía con ellos. [20]

Cuando el abuelo de Zeno Gandía, Manuel Antonio Zeno, dueño de Puente Bagazo, muere en 1842, una creciente deuda sobre la hacienda pone en crisis la situación de la familia. "Los hermanos Zeno y Correa . . . le hacen entrega al entonces socio administrador sustituto, don Manuel de Jesús Zeno, de un poder con derechos plenos."[21]

El matrimonio Zeno Gandía tiene seis hijos, dos varones, Manuel Antonio y Carlos, el más pequeño de todos, y cuatro hembras: Concepción, Micaela, Barbarita y Consuelo. El padre ocupa las posiciones más prestigiosas del pueblo. En diferentes momentos de su vida es, corregidor, teniente-alcalde, alcalde y juez. "...se dice de su madre . . . que escribía muy buenas poesías."[22] Dos de los primos más allegados a Zeno Gandía se

distinguieron por sus dotes literarias: José Julián Benigno Balseyro Zeno y Manuel Ruiz Gandía. El primero era propietario de Arecibo, síndico de los esclavos y poeta; el segundo, pedagogo y poeta. Además de Puente Bagazo, su familia posee otra gran hacienda, también principalmente de caña: Santa Bárbara, de su abuela materna, doña Bárbara Balseyro.

En 1856, Emeterio Betances regresa de Francia graduado de médico y se establece en Mayagüez. Ya trae ideas independentistas y el gobierno colonial lo sabe. Al llegar a la isla, Betances se enfrenta con la epidemia de cólera morbo que ya había asolado el país el año anterior y que terminó con un saldo de 25,820 muertos. Trabaja incansablemente. Atiende gratis a todo el que lo necesita. Al terminar la epidemia, el Capitan General envía a Madrid una larga lista de nombres de personas cuyos servicios se destacaron durante el combate de la enfermedad. El nombre de Betances no es propuesto para ser premiado.

El mismo año de su regreso Betances, Segundo Ruiz Belvis, José Francisco Basora y José Remigio Paradís, fundan una sociedad secreta abolicionista en Mayagüez y comienzan a hacer uso de la ley emitida por Pezuela que permitía la manumisión de los niños esclavos en la pila bautismal por 25 pesos. A pesar de que este acto era legal, su ejecución es mal vista por las autoridades que lo estiman propaganda, no sólo abolicionista, sino separatista. Años después, Betances escribía a Federico Degetau sobre esta sociedad secreta:

> en Puerto Rico desde 1856 se formó una sociedad secreta abolicionista, con riesgo para los socios, de la vida, y que le valió a

su fundador en 1858 su primera expulsión. Esta Sociedad libertó a unos cuantos niños antes del bautismo a veinticinco pesos. [23]

En 1859 Ramón Emeterio Betances publica en francés, en París, su novela *La vierge de Boriquen* . Basada en un triste episodio autobiográfico, [24] En la obra, Betances identifica con la patria a la amada que muere sin que él pueda salvarla . Al año siguiente, 1860, Betances regresa de su primer exilio y se radica en Mayagüez de nuevo. Este mismo año Manuel de Jesús Zeno, quien fue toda su vida fiel súbdito de la Corona, inicia una campaña de contribuciones para ayudar a la Madre Patria en las guerras de Marruecos y comienza aportando una cantidad personal para dar el ejemplo. Para esta época se sustraen 354,386 pesos del erario de Puerto Rico para subvencionar aquella guerra. [25]

En 1863 Eugenio María de Hostos publica en Madrid su novela simbólica, *La peregrinación de Bayoán,* escrita en forma de diario. Hostos, quien todavía para esta época no es independentista, hace una alabanza en su obra de los habitantes de las Antillas antes de la llegada de Colón. Lamenta el exterminio de los indios realizado por los españoles, celebra la naturaleza de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, denuncia la despótica situación imperante en las tres islas y aboga por su asimilación a España como solución. Diez años más tarde, al aparecer una segunda edición de *Bayoán*, Hostos dice en el prólogo que durante este tiempo se ha convencido de que España es incapaz de dar a las Antillas lo que ellas necesitan. [26]

Mientras tanto, Tapia Rivera, que había regresado de su exilio en Madrid, modifica su obra de teatro *Roberto D"Evreux* y consigue que se

represente en Puerto Rico. Su estreno constituye "la primera tentativa dramática de alguna importancia que se intentaba en la Isla." [27] Tapia se traslada a La Habana en 1857 por razones económicas. Allí se dedica al comercio, para sobrevivir, y publica en 1862 un libro en el que recoge numerosos trabajos en prosa y verso: *La antigua sirena* y *La palma del cacique*, los dramas *Bernardo de Palissy* o *El heroísmo del trabajo* y *Roberto D'Evreux,* el estudio biográfico *Vida del pintor puertorriqueño José Campeche* y varios fragmentos de su poema *La Sataniada.* Al libro en el que publicó estas obras puso por epígrafe *El bardo de Guamaní,* seudónimo que había usado al publicar sus poesías en la prensa. Regresa a Puerto Rico en 1866. Va a vivir a Ponce y trabaja como profesor en el plantel de enseñanza llamado Museo de la Juventud, que dirigía Ramón Marín. También organiza en aquella ciudad un gabinete de lectura en donde dicta varias conferencias, aclamadas por la intelectualidad de la época, y funda la revista literaria *La azucena.*

El Fomento de Puerto Rico publica en 1863 un artículo titulado "Brazos para el trabajo" en el que aboga por educación para las grandes masas de la población con la esperanza de resolver la inestabilidad de la asistencia al trabajo. La idea era crear mediante mayor instrucción escolar necesidades en los campesinos que los motivaran a trabajar regularmente por un jornal. El artículo de *El Fomento* insistía en que los trabajadores debían estar congregados en los pueblos para facilitar la asistencia de sus hijos a las escuelas. La educación, antes que para el beneficio del pueblo, era anhelada como un medio para conseguir que "reunidos los brazos en poblaciones, contraerían el trato que ilustrando obliga a conservar la armonía

de vecindad; facilitaría al hacendado la adquisición de los que necesitara para sus faenas campesinas." [28]

Las leyes encaminadas a controlar al campesino se tornan más rígidas. El cerco alrededor del trabajador se va estrechando.

A principios de la década del sesenta, el gobernador de la isla en aquel momento, Rafael de Echagüe

> dicta una Circular, por la que, bajo la prevención de severas correcciones, imponía a los jornaleros la obligación de concurrir a los pueblos, a las once de la mañana del primer domingo de cada mes, para que las autoridades revistaran sus libretas de trabajo. [29]

A medida que la agricultura de exportación crece y el comercio se liberaliza, el contrabando disminuye. La sociedad, en general, continúa en el mismo estado de atraso, ya que el aumento en los ingresos del fisco se dedica a sostener la creciente militarización y la burocracia colonial, cada vez mayor, no a mejorar las condiciones de los servicios públicos. [30]

> Para 1863, cerca del 43 por ciento del presupuesto de la isla estaba destinado a las fuerzas armadas. Dicha partida aumentó de unos 100,000 pesos en 1815, a más de 1.5 millones de pesos en 1865. [31]

En este mismo año el gobierno repartía 70,000 libretas de jornaleros.

En 1863 el gobernador Félix María Messina decide enviar refuerzos, material de guerra y dos batallones, uno de San Juan y otro de Ponce a Santo Domingo. La intención era apoyar a los españoles en su lucha contra los dominicanos que trataban de restaurar la independencia nacional después de que el general Pedro Santana entregó la República a España en 1861. Los conservadores y los liberales puertorriqueños fueron una sola voz, como siempre que se trataba de luchar contra los separatistas, para adherirse

a la posición del gobierno y felicitarlo por esta acción. [32] Mientras tanto, el grupo encabezado por Ramón Emeterio Betances, Segundo Ruiz Belvis, don José Paradis y los dominicanos el presbítero don Fernando Arturo Meriño y el general don Félix María del Monte, organizan un golpe revolucionario que el gobierno frustra. [33] A pesar de esto, en 1864 circula una proclama separatista. Entre otras cosas, decía:

> Por más de tres siglos hemos estado pagando inmensas contribuciones y todavía no tenemos caminos, ferrocarriles, telégrafos ni vapores.
>
> La morralla de España, compuesta de soldados y empleados, viene a la Isla sin una peseta, y después que nos saca el jugo, se vuelve a su tierra a gozar de los millones que nos pertenecen a nosotros, porque nosotros somos los que trabajamos.
>
> Los gíbaros son pobres e ignorantes por culpa del Gobierno que prohibe las escuelas, los periódicos y los libros, y, hace poco, acaba de negar que se funde una Universidad, para que los pobres, que no pueden mandar sus hijos fuera de Puerto Rico, no consigan nunca verlos con el título de médico, abogado, etcétera.
>
> El Gobierno está empeñado en que los gíbaros no sean más que jornaleros con libreta. Y últimamente, para explotarnos más, trata de hacernos odiar por nuestros hermanos, los hijos de Santo Domingo, obligándonos a tomar las armas para ir a pelear en contra de ellos, no satisfecho con haber destruído la república, valiéndose del pícaro Santana y sus compinches. [34]

Poco tiempo después, el gobernador Messina, convencido de que la proclama es obra de Betances, lo destierra de nuevo.

Aunque cada día están más ansiosos por resolver el problema de la mano de obra, no todos los propietarios están satisfechos con el sistema de la libreta para disciplinar al trabajador. Hay distintas opiniones respecto a cómo puede conseguirse ese objetivo. En 1866 el gobernador Marchesi ordena una encuesta encaminada a investigar si la libreta debe continuar vigente o no. Al final del proceso, es derogada, pero se crean otros mecanismos extra-

económicos para controlar al trabajador. Con libreta o sin ella, la aspiración de los propietarios queda resumida en las siguientes palabras del hacendado Eduardo Quiñones y Viscarrondo: "Constancia en el trabajo y moralidad en las costumbres." [35]

Continúa el proceso de aumento de cultivos de exportación y disminución del de frutos menores. "De las 68,000 cuerdas bajo cultivo entre 1830 y 1862, el 84 por ciento estaba destinado a cultivos comerciales para exportación y sólo un 14 por ciento se utilizaba para el cultivo de frutos menores." [36] Los sueldos que percibe el campesino no le permiten, ni remotamente, mantener una dieta balanceada, al depender de productos importados. Para la década del sesenta en Lares, por ejemplo, una libra de bacalao, producto básico en la nueva dieta impuesta al campesino, cuesta ocho centavos la libra, el arroz, diez centavos, el azúcar, cinco centavos, "tasajo de la Argentina, siete, manteca de los Estados Unidos, veinticuatro, chocolate, veinte centavos". [37] El salario promedio fluctúa entre dos reales diarios en la montaña y cuatro en las haciendas cañeras de la costa. Esto equivalía a entre diez y veinte centavos diarios.

> Por lo general, utilizaban sus escasos salarios para comprar aquellas prendas de vestir que no podían confeccionar en sus casas. De acuerdo con un jornalero de Vega Baja, la ropa de un trabajador consistía de dos mudas, la que llevaba puesta y la que estaba lavándose. Los que sólo tenían una, no iban a trabajar los sábados, para dar tiempo a que la esposa se la lavara y planchara, para ir limpios el domingo a la casa del patrón. [38]

A lo miserable del sueldo se unen otros factores que hacen perfectamente comprensibles la resistencia del jíbaro a trabajar como asalariado. Hubo ocasiones en que se le pagó con moneda falsa. Incapacidado para reclamar sus derechos, había trabajado de gratis. La falta

de moneda que había en Puerto Rico, situación que afectaba también a los propietarios, fue uno de los motivos para que comenzara a pagárseles en vales, redimibles en la tienda de raya. Debido a que el café y la caña son cultivos cíclicos, durante el tiempo muerto de la caña, por ejemplo, el trabajador no tenía empleo. Se veía obligado a comprar prometiendo pagar cuando llegara la próxima zafra. Al llegar la zafra, utilizaba su salario para pagar lo adeudado, y así continuaba año tras año, carente de una vía para salir de este círculo.

El "progreso" de Puerto Rico va convirtiendo la vida del campesino en un verdadero infierno. La comercialización de la agricultura plantea la necesidad de construir caminos para facilitar la comunicación entre la montaña y la costa. El gobierno demanda la ayuda monetaria de los propietarios para las obras, como contribución "voluntaria." Los propietarios, para evitar este desembolso, contribuyen enviando jornaleros. Finalmente, los menos beneficiados son los responsables de las construcciones. Esta situación queda "legalizada" con la Circular que obliga a los jornaleros a trabajar en las obras públicas y exonera a los propietarios de esta tarea.

En 1866 Manuel Antonio Zeno Gandía, que cuenta once años, entra en la escuela de Juan Massanet, a quien recuerda siempre con gran admiración. Ese mismo año su padre, que es para aquel momento el Presidente Corregidor de Arecibo, coloca en la plaza del pueblo la estatua de Isabel II.

En 1865, estando en el poder el gabinete de la Unión Liberal, presidido por Antonio Cánovas del Castillo, España decreta la apertura de una Información, en Madrid, destinada a discutir las leyes especiales que había prometido a Cuba y Puerto Rico desde 1837 y que nunca se habían

materializado. El anunció de que se elegirían Comisionados para representar a las colonias ante la Junta de Información fue recibido con gusto por los liberales y con disgusto por los conservadores. Separatistas y liberales se unieron en esta ocasión para derrocar a los conservadores en las elecciones. Betances, que estaba nuevamente en la isla de regreso de su último destierro, pensó que existirían mayores posibilidades de que el sector radical estuviera representado si su amigo Segundo Ruiz Belvis era el candidato y no él, debido a sus antecedentes. Tenía razón Betances, pues al ser elegido Ruiz Belvis por Mayagüez, los conservadores impugnaron la elección; el gobernador Marchesi rechazó la protesta, pero escribía a Cánovas del Castillo en el informe que envió sobre los comisionados electos:

> Las gentes sensatas de Mayagüez, los amantes del orden y de la legalidad, han recibido muy mal esta elección; pero, firme yo en mi propósito de observar una estricta imparcialidad con objeto de conocer y hacer conocer a V..E. la verdadera expresión de los pueblos de esta Isla, he aprobado su nombramiento, en vista del acta que el Ayuntamiento me envió, formada en toda regla, y en la que no aparece protesta alguna que dé lugar a su anulación como después han pretendido algunos.[39]

Por San Juan fue elegido José Julián Acosta, liberal moderado y reputado abolicionista y por San Germán, Francisco Mariano Quiñones, también liberal. Por el grupo conservador salieron electos Manuel Valdés Linares, considerado conservador templado y por Arecibo Manuel Zeno y Correa, de quien afirma el general Messina en el informe a Cánovas del Castillo sobre los comisionados:

> Natural de Arecibo, actualmente residente en Barcelona, es propietario de aquel distrito, elegido por el mismo, y persona de buena reputación. Aunque reformista sostendrá la esclavitud, para lo cual, se me ha asegurado le han dirigido instrucciones otros varios propietarios de esta Isla.[40]

Al verse en minoría, los conservadores trataron de anular las elecciones, pero también esta propuesta les fue negada. [41]

Antes de que se produjera la reunión de la Junta, cayó en España el gabinete de la Unión Liberal y lo sustituyó un ministerio moderado. El nuevo gobierno no veía con buenos ojos el éxito de la Junta. Así y todo las presiones le impidieron cancelar la actividad, pero se extendió nombramiento de Comisionados a los conservadores puertorriqueños. Sin embargo, éstos no comparecieron al evento. En 1866 Manuel de Jesús Zeno se encuentra residiendo en Barcelona con toda su familia. [42]

Los comisionados de Cuba y Puerto Rico presentan sus proyectos de reformas económicas y políticas en un informe de tendencia autonomista. Lo que piden, básicamente, es igualdad para los habitantes de las dos Antillas respecto a los españoles. Reclaman libertad de prensa, de palabra y libertad de movimiento. Insisten en las leyes especiales por tanto tiempo prometidas, ya que sus necesidades no son las mismas que las de España.

A pesar de los obstáculos que encuentran, debido a múltiples manipulaciones por parte de los elementos conservadores españoles y antillanos, los Comisionados liberales puertorriqueños logran presentar su esclarecido Proyecto para la abolición de la esclavitud en Puerto Rico. Comienzan su alegato con una hermosa cita del *Código de las siete partidas* de Alfonso X: "Servidumbre es la más vil e la más despreciada cosa que entre los homes pueda ser." Después pasan a explicar la ilegitimidad de la esclavitud como institución y la legitimidad que ampara la petición de su abolición, que redundará en bien de todos, principalmente del gobierno español y piden

> la abolición en su provincia de la funesta institución de la esclavitud, la abolición con indemnización o sin ella, si no fuese otra cosa posible; la abolición sin reglamentación del trabajo libre o con ella, si se estima de absoluta necesidad... [43]

Manuel de Jesús Zeno, junto a los conservadores peninsulares y cubanos se opone ardientemente a la abolición por considerarla nefasta, no sólo para la economía, sino para el bienestar social y hasta de los esclavos, quienes, según él, viven en la isla bajo un benigno protectorado por parte de sus propietarios. Estima Zeno Correa que el día en que "cese esa costumbre de respetar que la esclavitud impone al negro, y que se crea política y socialmente igual al blanco, sangrienta ha de ser la lucha de una raza frente a la otra..." [44] Igualmente, disiente el comisionado conservador de Puerto Rico "de las recomendaciones liberales sobre los problemas social y político, pero concurrió, en substancia, con las relativas a la cuestión económica." [45] También pide la institución de una universidad.

Los Comisionados cubanos liberales fueron menos radicales que los puertorriqueños en su proyecto anti esclavista, pidiendo para Cuba la abolición con indemnización, debido a las condiciones sociales de su isla y se concentraron en tratar de conseguir medidas que suavizaran las condiciones de vida de los esclavos.

El sector conservador de las dos Antillas, incluyendo a Zeno Correa, se opone a la eliminación de los castigos corporales propuesta por los liberales "fundándose en el supuesto estado de excitación en que estarían los negros como resultado de la propaganda abolicionista." [46]

Al dar por clausurada la Junta Informativa, después de 36 sesiones, el gobierno peninsular prometió que las reformas demandadas por los

Comisionados, así como las Leyes Especiales, serían concedidas. Contrario a lo aseverado por el Gabinete de Narváez, no se concedieron ni siquiera las reformas económicas por las que habían abogado los conservadores, incondicionales de España, tanto como los liberales. La respuesta real del gobierno español a la Junta fue gravar a Puerto Rico con nuevos impuestos y tarifas aduanales. Cuando los comisionados liberales impugnaron estas medidas, el Gabinete de Narváez les impidió protestar públicamente. El General Marchesi, tomando como pretexto un motín de los artilleros de la guardia de San Juan que se produce poco después y que nada tenía que ver con la política insular, dictó, en 1867, orden de destierro contra catorce personas, nueve de ellos puertorriqueños, entre los que se encontraban Ramón Emeterio Betances y Segundo Ruiz Belvis quienes, desobedeciendo la orden de presentarse ante el gobierno de Madrid, escapan de Puerto Rico y se reúnen con el doctor Basora en Nueva York tras muchos percances. [47] Los tres forman el Comité Revolucionario. El 16 de julio de 1867 lanzan una proclama cuyo último párrafo dice:

> ¡Cubanos y puertorriqueños! unid vuestros esfuerzos, trabajad de concierto, somos hermanos, somos uno en la desgracia; seamos uno también en la Revolución y en la Independencia de Cuba y Puerto Rico. ¡Así podremos formar mañana la Confederación de las Antillas!

Este mismo año Tapia Rivera publica su drama *La cuarterona*, que había escrito diez años antes. La trama, sobre el prejuicio racial, se desarrollaba en La Habana.

El fracaso de la Junta de Información demostró, una vez más, la inutilidad de la vía legal para obtener de España las mejoras que la Antilla necesitaba desesperadamente. "No empece ello los liberales continuarían

apegados a la vía reformista, incapacitados como estaban para ver que un sistema viciado en su raíz no era susceptible de reformas desde adentro." [48] Betances y Ruiz Belvis consideran que ha llegado el momento para una lucha armada que ahora consideran insoslayable y que, piensan, promete mayores posibilidades de éxito que antes. Al descontento político y económico de Puerto Rico se unen los planes de los revolucionarios cubanos para un levantamiento en aquella isla, lo que obligaría a España, desgastada ya por sus guerras internas y externas, a dividir aún más sus recursos. Desde el exilio, Betances y Ruiz Belvis laboran. Betances se dirige al Caribe para organizar los comités revolucionarios y Ruiz Belvis va para Chile en busca de ayuda. Llega a aquel país el 27 de octubre y el 3 de noviembre muere repentinamente en un hotel de Valparaíso. [49] Como canales para encauzar la conspiración, se organizan en la isla una serie de organizaciones secretas, cuya finalidad es reclutar y servir de enlace a través de la Isla. [50]

Durante la década del sesenta la situación económica de la isla, siempre precaria, es aún peor. A la crisis del azúcar se añaden un huracán en octubre de 1867 y los temblores de tierra que ocurrieron entre noviembre de aquel año y enero del próximo. El antagonismo entre hacendados, criollos en su mayoría y comerciantes, españoles en su mayoría, cuya raíz económica ha sido estudiada cuidadosamente por Laird Bergad, [51] se agudiza. Esta situación constituye la base para que un grupo constituido por un 93% de puertorriqueños y el 7% restante de extranjeros se levanten en armas en Lares el 23 de septiembre de 1868. [52] De acuerdo a Bergad, la organización social de Lares, para fines de 1860, presentaba el siguiente esquema de ocupaciones y nacionalidad:

Grandes comerciantes -exclusivamente inmigrantes
Grandes hacendados de café -algunos inmigrantes, mayoría de criollos. Pulperos -criollos
Agricultores medianos -criollos
Pequeños agricultores -criollos
Minifundistas -criollos
Agregados, arrendatarios, medianeros -criollos
Jornaleros -criollos
Esclavos -criollos [53]

El grupo de criollos que se alzó en armas en Lares tenía sobradas razones económicas para entender que sólo el derrocamiento del poder colonial solucionaría el problema de los puertorriqueños, pues por más que se esforzaran, siempre, de alguna forma, quedaban relegados ante los peninsulares debido al apoyo oficial que éstos últimos recibían. Los puertorriqueños eran, en definitiva, ciudadanos de segunda categoría. Miremos este ejemplo:

> Entre 1844 y 1863, por lo menos cuatro grandes establecimientos comerciales se habían entronizado en Lares. El primero, conocido como Casa Márquez, fue creado a mediados de 1840 por don Juan Márquez, poco después que éste llegó a Lares como empleado de doña María de Soto. Según un historiador, don Juan compró una pequeña tienda, desde la cual servía como prestamista a los hacendados del área. Como miembro de la élite colonial, don Juan sabía leer y escribir, y estos conocimientos pronto lo llevaron al puesto de alcalde interino del municipio. . . . En el término de dos décadas, don Juan había mandado a buscar a sus cuatro hermanos y, entre todos, fundaron la poderosa Casa Márquez y Compañía. [54]

El resultado de esta opresión económica fue que entre las primeras acciones tomadas por los rebeldes después de declarar la independencia de Puerto Rico en la finca de Manuel Rojas, se encuentran las de romper las libretas de jornaleros y destruir los pagarés que debían los hacendados a los comerciantes. En las horas que duró la revolución, fueron tomadas varias tiendas de comerciantes españoles y sus propietarios, encarcelados. Sin

embargo, como afirma Olga Jiménez, en una sociedad dividida por nacionalidad, raza y clase

> la insurrección de Lares no fue una acción espontánea motivada únicamente por razones económicas o políticas, sino más bien el resultado de todo un proceso que incluyó la concientización y la organización que llevaron a cabo los líderes revolucionarios durante varios meses. Los que se sublevaron pertenecían o respondían a personas que estaban de alguna forma ligadas a las células revolucionarias, cuyo fin no era otro que liberar a Puerto Rico de España. Las células, a su vez, eran guiadas por una ideología política, articulada por los líderes revolucionarios, que reconocía que la independencia política estaba intrínsecamente ligada a la independencia económica. Es decir, que la propaganda política, como la organización rebelde que aglutinó a los desafectos al régimen, fueron tan importantes en el proceso que culminó en el Grito de Lares, como lo fueron los antagonismos económicos y sociales que se dieron entre criollos y españoles. [55]

El 23 de septiembre los revolucionarios, reunidos en la hacienda de Manuel Rojas, jefe supremo de las fuerzas insurrectas, se dirigen a Lares. Después de tomar el pueblo , declaran la independencia de Puerto Rico y nombran a Francisco Ramírez Medina presidente del gobierno provisional que establecen. Doce horas más tarde son derrotados por las fuerzas españolas, cuando trataban de tomar el vecino pueblo de Pepino. Dispersos, sin posibilidades de huir por mar debido a que carecían de barcos, algunos tratan de refugiarse en las montañas, tal vez pensando en recuperarse y reanudar la lucha, dar tiempo a ver si llegaba Betances con los refuerzos esperados el 29 de septiembre, tal como se había planeado. Betances nunca llega porque el barco y las armas que traía habían sido incautadas en Saint Thomas. El gobierno español pone en acción inmediatamente un plan de contrainsurgencia que habían diseñado cuidadosamente algún tiempo atrás Sabino Gamir y Maladéñ, con el objetivo de ejecutarlo tan pronto ocurriera un levantamiento. La gran mayoría de los revolucionarios son capturados

durante los días siguientes. [56] El 30 de septiembre Matías Bruckman y Baldomero (Guayubín) Bauring, son asesinados en la hacienda de Eduardo Quiñones, en el barrio Guayo, adonde estaban escondidos, mientras dormían en el cafetal debajo de un árbol. El 2 de octubre arrestaron a diez de los rebeldes más importantes. Cuatro de ellos habían formado parte del gobierno que se estableció en Lares. Entre ellos estaba Manuel Rojas Luzardo.

> Apresado que fuera el cabecilla Rojas, fue, por su orden [del Coronel Martínez], colgado por las manos de una solera de la casa en que se hallaba y en aquella posición suspendido, en presencia de los soldados, lo abofeteó, le escupió el rostro, le ensangrentó la boca pegándole en ella con el revólver y finalmente le arrancó a puñadas las barbas en las cuales se venía pegada la carne. [57]

Entre los rebeldes había representación de las más diversas ocupaciones, desde hacendados, maestros, músicos y fotógrafos hasta esclavos, pero el grupo más nutrido era el de los jornalero (38.5 %).[58] Un alto por ciento de los hombres que se alzaron, en comparación con las cifras para la totalidad del pueblo de Puerto Rico, estaban alfabetizados. [59] También hubo mujeres involucradas en el levantamiento. De hecho, parece que "durante el siglo pasado la única lucha de emancipación en que participó un sector de las mujeres puertorriqueñas fue a favor de la causa de [la] independencia." [60] Un gran número de mujeres participaron en la conspiración apoyando a sus maridos y hermanos. "En los documentos municipales de Lares, San Sebastián y Camuy se encuentra sobrada evidencia de su colaboración." [61] Sin embargo, sólo tres de ellas fueron sumariadas: Mariana Bracetti, Eduviges Beauchamp y Francisca Brignoni. A Mariana se le acusó de haber cosido la bandera que enarbolarían los revolucionarios el día del levantamiento. Debido a su labor como costurera

de esta bandera se le ha conocido históricamente como "Brazo de oro." Estuvo encarcelada desde septiembre de 1868 hasta enero de 1869. Se cree que Mariana estaba embarazada y que perdió el embarazo debido a las deplorables condiciones de la cárcel, pero no se ha encontrado evidencia que corrobore este hecho. Eduviges Beauchamp no fue encarcelada, aunque su nombre aparece en la lista de los enjuiciados. No se conoce la razón por la que se libró de la cárcel, pero tal vez la gran fortuna de su familia tuvo alguna influencia. Francisca Brignoni era una mulata liberta, dulcera de oficio. El 23 de septiembre recorrió las calles de Ponce, como lo hacía habitualmente, vendiendo sus dulces. Se le acusó de que aquel día anduvo "incitando a los negros del pueblo a que 'se unieran a la pelea.' Por esas acusaciones se mantuvo a Brignoni presa hasta enero" del siguiente año. [62]

De las respuestas dadas por los rebeldes durante el proceso judicial a que se les sometió se infiere que las razones para integrarse a la lucha fueron tanto políticas como económicas. [63] Pero la realidad es que para que este levantamiento se diera, tuvo que unirse a la explotación que el pueblo sufría, la decisión de un grupo de patricios de ofrecer su liderato a la lucha armada.

En Cuba, el 10 de octubre de aquel mismo año, comienza la primera parte de la guerra de independencia que duraría diez años.

En 1868 Manuel Zeno Gandía, que tiene trece años, se encuentra en Barcelona y comienza a estudiar bachillerato. El recuerdo vívido que conservará siempre de una revolución ocurrida en septiembre de 1868 no corresponderá a la del grito de Lares, sino a la que derrocó a Isabel II en España. Cuenta Zeno en 1926:

> En la mayor parte de las provincias, Cataluña entre ellas, no se sabía qué hacer. Yo oí el primer grito en Barcelona. Paseaba tranquilamente con mi padre una tarde, precisamente en el momento en que (el) telegrama era entregado a Nouvilas; y precisamente, cuando una vez más, oyose la pregunta del pueblo: "General, ¿qué hacemos?" Y entonces vi volverse al general, quitarse el quepis y gritar " ¡Sublévense!... ¡Viva España!" Después de las cuales palabras hubo gran atropello en La Rambla, que estuvo a punto de arrollarnos. [64]

Sigue diciendo Zeno que, aunque Cataluña se sublevó, se mantenía el orden, por lo que salió, como lo hacía usualmente, para su escuela. Dice que cuando regresaba:

> fui sorprendido por una asonada de tiros. Tratando de escapar, en Canaletas, una bala de cañón pasó a quince o veinte pasos de mí. Una cosa así no se puede olvidar. ¿Verdad?

El ambiente de liberalismo en España y la seguridad de que, entre muertes y destierros, el liderato revolucionario puertorriqueño ha sido eliminado por el momento, hace que las sentencias que se imponen a los rebeldes capturados no sean demasiado drásticas. Todas las condenas a muerte quedan, finalmente, conmutadas.

La historia oficial que sigue al grito de Lares, al dar su versión, habla de los patriotas como filibusteros: un grupo de extranjeros mal agradecidos que decidieron levantarse en contra de España sin tener el apoyo del pueblo.[65] Trata de sepultarse el recuerdo de aquel día y no es hasta 1930 en que comienza a celebrarse, con manifestaciones a Lares, cuando los dirigentes del Partido Nacionalista reivindican la fecha proclamándola símbolo de la identidad nacional. Sin embargo, la tradición oral recuerda aún coplas en las que el pueblo ensalzaba la memoria del día y que son constancia de la simpatía por aquel intento de liberación nacional. Véanse estos dos ejemplos publicados por Germán Delgado Pasapera:

Marianita se encierra en su cuarto
y allí sola se pone a pensar...
¡Si el tirano la viera bordando
la bandera de la libertad!

El Grito de Lares
se ha de repetir,
y todos sabremos
vencer o morir [66]

Después del grito de Lares, Lola Rodríguez de Tio escribe una letra revolucionaria para la danza *La Borinqueña* , que hasta aquel momento se cantaba con los versos románticos del poeta sangermeño Paco Ramírez. La danza, con la nueva letra, comenzó a ser cantada en secreto y respetada como himno nacional. Nunca volvió a ser bailada. [67]

Para los reformistas, la experiencia de Lares significó la reafirmación en sus creencias de que la única vía para Puerto Rico era la de las súplicas al gobierno de España para que les concediera las mejoras necesitadas. Sin embargo, el legado de Lares a la nacionalidad puertorriqueña es innegable.

Notas

[1] Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico,* t. 1, pp. 288-291.

[2] Citado por Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico* , t. I, p. 287.

[3] "La mujer puertorriqueña durante el siglo XIX: esbozos para un estudio." Ponencia presentada ante la V jornada. Seminario de estudios de la mujer (Culturas de Iberoamérica), Universidad Autónoma, Madrid, abril de 1985, p. 6.

[4] Ibid.

[5] Fernando Picó, *Historia general,* p. 175.

[6] Véase: José A. Gautier Dapena, *Baldorioty, apóstol* (San Juan de Puerto Rico: Instituto de cultura puertorriqueña, 1970.) pp. 37-38.

[7] Alejandro O'Reilly, *Crónicas de Puerto Rico.*, p. 242.

[8] *Libertad y servidumbre...* pp. 50. Véase el capítulo II, pp. 37-74.

[9] Véase: Fernando Picó, *Amargo café*, pp. 21-34, 85-105.

[10] Olga Jiménez de Wagenheim, *El grito de Lares*, (Río Piedras: Ediciones huracán1985), p. 51.

[11] Una de las razones por las que los propietarios de haciendas dependen del crédito mercantil es la necesidad de abastecer sus tiendas. Véase: Astrid T. Cubano Iguina, p. 73. De acuerdo a Fernando Picó: "La dificultad de llegar al pueblo [del campesino] lo reducirá a cliente duradero de la tienda de raya del propietario, y contribuirá a prolongar su dependencia." *Libertad y servidumbre...* p. 101.

[12] Véase: Fernando Picó, *Libertad y servidumbre...* Capítulo IV: "Las condiciones de vida", pp. 95-106.

[13] Ibid., p. 100.

[14] Ibid., Cap. V, "Los jornaleros y el Estado", pp. 107-122.

[15] Sobre la posición socio económica que ocupaba la familia de Zeno Gandía a mediados del siglo XIX, véanse las páginas 40-41 del capítulo II de esta tesis.

[16] La mejor biografía de Zeno Gandía hasta el momento, aunque aún muy incompleta, es la de Margarita Gardón Franceschi, *Manuel Zeno Gandía, vida y poesía* (San Juan: Editorial Coquí, 1969). También es muy útil para conocer la vida de Zeno, el libro editado por su hija, Elena Zeno de Matos, con motivo del centenario de su nacimiento: *Zeno Gandía, vida y obra.*

[17] Véase: Margarita Gardón Franceschi, *Manuel Zeno Gandía, vida y poesía*, p. 8.

[18] Véase la página 37 del capítulo I de esta tesis.

[19] Fernando Picó, *Libertad y servidumbre...*, Apéndice II: Tenientes a Guerra y Alcaldes de Utuado hasta 1853 y fechas de incumbencia conocidas." pp. 170-72.

[20] Guillermo A. Baralt, *Esclavos rebeldes...*, p. 102.

[21] Margarita Gardón Franscechi, p. 22.

[22] Ibid., p. 9.

[23] Citado por Ada Suárez Díaz en *El doctor Ramón Emeterio Betances...* p. 9.

[24] La novia de Betances, María del Carmen Henry Betances, quien también era su sobrina, muere en Francia, en abril de1859, de fiebre tifoidea, pocos días antes de la boda. La muchacha es enterrada temporalmente en Mennecy, un pueblecito cercano a París donde vivía. En julio del mismo año Betances decide llevarla para Puerto Rico porque ella "no puede pasar el invierno aquí." Después de sortear una serie de dificultades con las autoridades de la isla, María del Carmen es sepultada. Véase Ada Suárez Díaz, *El doctor Ramón Emeterio Betances: su vida y su obra,* pp. 9-12.

[25] Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico,* t. I, p. 387.

[26] Eugenio María de Hostos, *La peregrinación de Bayoán* (San Juan de Puerto Rico: Editorial San Juan), notal al pie de la p. 44.

[27] Josefina Rivera de Alvarez, p. 156.

[28] *El Fomento de Puerto Rico* (agosto-diciembre, 1863), pp. 13-14. Citado por Gervasio L. García en *Historia crítica, historia sin coartadas: algunos*

problemas de la historia de Puerto Rico (Río Piedras: Ediciones huracán,1985), p. 24.

[29] Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico*, t.I, p. 363.

[30] Ibid., p. 36.

[31] Ibid., p. 50.

[32] Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico,* t.I, p. 366.

[33] Ibid., p. 367.

[34] Ibid., pp. 367-68.

[35] Carlos Buitrago Ortiz, *Haciendas cafetaleras y clases terratenientes en el Puerto Rico décimonónico* (Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1982), p.25.

[36] Olga Jiménez de Wagenheim, p. 34.

[37] Ibid., p. 62.

[38] Ibid.

[39] Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico*, t.I, p. 380.

[40] Ibid.

[41] Véase: Segundo Ruiz Belvis, José Julián Acosta, Francisco Mariano Quiñones, *Proyecto para la abolición de la esclavitud en Puerto Rico,* Indroducción de Luis M. Díaz Soler (Río Piedras: Editorial Edil, 1978), p. 17.

[42] No está claro si en el momento de la designación como Comisionado ya la familia residía en Barcelona o se van de Puerto Rico en aquel momento. De acuerdo al informe de Marchesi a Cánovas del Castillo, parece que Manuel de Jesús se encontraba ya en aquella ciudad.

[43] Segundo Ruiz Belvis et al., p. 20.

[44] Citado por Luis M. Díaz Soler en la Introducción del *Proyecto para la abolición de la esclavitud en Puerto Rico,* p. 22.

[45] Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico,* Tomo I, p. 427.

[46] Segundo Ruiz Belvis et al., p. 24.

[47] Véase: Lidio Cruz Monclova, *Historia de Puerto Rico,* Tomo I, pp. 429-30.

[48] Manuel Maldonado Denis, *Puerto Rico: una interpretación histórico-social* (México: Siglo veintiuno editores, S.A., 1969) , p. 34.

[49] La muerte de Ruiz Belvis quedó por muchos años envuelta en el misterio. Recientes investigaciones dan a entender que murió debido a un problema renal.

[50] La unión y la dinámica de los factores económicos y políticos que culminan en el Grito de Lares están explicados en el libro de Olga Jiménez de Wagenheim.

[51] Véase: "Hacia el Grito de Lares: café, estratrificación social y conflictos de clase 1828-1868", en *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX,* pp. 143-185; *Coffee and the Grouth of Agrarian Capitalism in Nineteenth Century Puerto Rico.*

[52] Olga Jiménez, p. 72.

[53] Laird W. Bergad, "Hacia el Grito de Lares...", p.175.

[54] Olga Jiménez de Wagenheim, pp. 102-103.

[55] Ibid., pp. 116-17.

[56] Ibid., p. 192.

[57] Citado por Olga Jiménez de Wagenheim, p.203.

[58] Olga Jiménez de Wagenheim, Tabla VII, p. 78.

[59] Ibid., pp. 79-80. Para considerar a una persona alfabetizada no era necesario que supiera leer y escribir. Bastaba con que supiera hacer una de las dos cosas.

[60] Olga Jiménez, Ponencia presentada ante la V jornada, pp. 11-12.

[61] Ibid., p. 13.

[62] Ibid., pp. 12-13

[63] Ibid., Capítulo II, "Los rebeldes y sus motivaciones: líderes y seguidores,"

[64] Bernal Díaz del Caney, "Entrevista con M. Zeno Gandía". En: E. Zeno de Matos, *Manuel Zeno Gandía* (San Juan, Puerto Rico: 1955), pp. 181-82.

[65] Véase: José Pérez Moris, *Historia de la insurrección de Lares* (Río Piedras: Editorial Edil, 1975). Dice Lidio Cruz Monclova en la introducción de la segunda edición de este libro, de 1975: "...a pesar de ser escrito por lo que hoy día llamaríamos un protofascista, es el mejor libro producido hasta este día sobre el tema revolucionario decimonónico boricua." p. 7.

[66] *Puerto Rico y sus luchas emancipadoras,* pp. 233-34.

[67] Ibid.

Capítulo IV

Primera parte: Puerto Rico de 1870 a 1887.

> En las décadas del 60 y 70, principalmente, se dio un tránsito considerable de familias de hacendados y medianos agricultores hacia las profesiones liberales. Este tránsito, con bases en la previa identificación de los hacendados con el liberalismo, afianzó a su vez dicha identificación.
>
> A. G. Quintero Rivera[1]

Después del Grito de Lares Betances, desde el exilio, junto a otros puertorriqueños convencidos de que el camino del reformismo está agotado, continúa su campaña para tratar de llevar la revolución a la isla. Cerca de 1870 Betances envía una carta a la Gran Logia Masónica de Puerto Príncipe, Haití, en la que aboga por apoyo a la guerra que se libraba en Cuba y por la unión de las Antillas. También advierte a los antillanos del peligro que se cierne sobre ellos debido a la política expansionista de los Estados Unidos:

> Ya no existen en la República de Cuba amos y esclavos, sólo hay ciudadanos; ya no existen ni privilegios ni distingos entre blancos y negros, sólo hay criollos.
>
> Hoy no nos está permitido separar ya nuestro presente. Lo repito, de un extremo a otro de las grandes islas del Mar Caribe, se trata del mismo asunto, la cuestión del futuro de las Antillas. ¿Quién será el combatimos por idénticos fines y tendremos que vivir idéntica vida en el futuro.

> . . . en vano España querrá aplastar la insurrección en Cuba para poder vendérsela a los Estados Unidos y así dar comienzo a la absorción de todas las Antillas por la raza anglo-americana. ¡Unámosnos! ¡Amémosnos!

Y termina su carta proclamando: "LAS ANTILLAS PARA LOS HIJOS DE LAS ANTILLAS." [2] Obsérvese que para Betances, en 1870, la palabra "criollo" tiene el mismo significado que tenía para los cronistas del siglo XVIII: nacido en Latinoamérica.

En Puerto Rico, para 1869, ya los conservadores se habían unido para constituir el Partido Incondicional Español, cuyo programa era: "Con España con razón o sin ella." Las principales familias españolas de la isla apoyaban este partido, que juzgaba la más ligera diferencia de opinión con el gobierno español como una amenaza a la "integridad nacional."[3]

En 1870 se organiza el Partido Liberal reformista formado, básicamente, por criollos. Este partido "incluyó también a los emergentes núcleos profesionales y a los artesanos."[4] Desde el momento de su formación existían profundas diferencias entre sus miembros cuyas aspiraciones políticas se dividían en tres tendencias: asimilistas, anexionistas y separatistas. Los primeros abogaban por reformas sin separarse del gobierno español; su meta era obtener la igualdad de derechos extendiendo a Puerto Rico la Constitución española de 1869. Los segundos querían lo mismo que los asimilistas, pero cambiando de metrópoli: perseguían la unión total con los Estados Unidos y los terceros aspiraban a hacer de Puerto Rico una nación libre y soberana.

> Para 1870, de una población de 650,000 habitantes, sólo participaban como electores unas 4,000 personas. Este aspecto será una característica fundamental de toda la vida política del Puerto Rico de la época. Las elecciones, los partidos políticos se

> agruparán a intereses íntimamente relacionados a intereses económicos de las clases propietarias: los criollos y los peninsulares. La gran masa popular se mantendrá alejada de una lucha que no les *afectaba* en nada. [5]

En este mismo año Tapia Rivera funda el semanario literario *La azucena,* que dirige él mismo. Manuel Zeno Gandía, que continúa en España, se traslada de Barcelona a Madrid e ingresa en el Colegio San Carlos, Facultad Central de Medicina de la Universidad de Madrid. Ya para entonces su aspecto debe haber correspondido a la descripción que de él hace su hija Elena en el libro que publicó en 1955 con motivo del centenario del nacimiento del escritor:

> porte distinguido, su tez muy blanca y ojos azules, su cabeza bien formada y cabello abundante. Nariz un poco aguileña. De rasgos finos y venerables que lo distinguían de la generalidad de las personas. Aunque de estatura mediana, su figura era esbelta y su andar pausado. [6]

Durante esos años, principios de la década de 1870, aparentemente, las principales preocupaciones de Zeno son sus estudios, la literatura y su vida social y sentimental. Entre los apuntes de su diario de esta época se encuentra la descripción de una amiga, Rosa Abreu, residente en Madrid. Muy interesante para nosotros es notar que la forma en que la describe está marcada por la misma estética europeizante que mostraría su hija Elena al describirlo a él cien años más tarde:

> Simpática muchacha. Con la sencillez de una pastora y con el alma de un ángel; es cubana, pero su tipo es inglés. No le conozco amorío ninguno debido sin duda a sus cortos años. [7]

Según Zeno, aunque cubana, parece inglesa por su físico, quiere decir que es distinta a la generalidad de los cubanos, de la misma forma que su hija pensaba que, debido a su físico y a su porte, Zeno se distinguía de los demás puertorriqueños.

En Madrid, Zeno es uno de los fundadores de la *Sociedad Literaria de Jóvenes.* En 1870 escribe el primer acto y parte del segundo de un "drama histórico de signo romántico": *Federico Trenk.* [8] Tal vez en aquel tiempo conoció a Alejandro Tapia y Rivera, que se encontraba en aquella ciudad.

Parece que Zeno participaba en algunas actividades políticas, pero más bien como espectador. Entre los papeles que conserva como recuerdos de aquella época en España y que han llegado hasta la actualidad se encuentra un billete personal de 1871 "que autoriza la entrada al Congreso de los Diputados en la Legislatura." [9] Margarita Gardón opina que, probablemente, asistió a aquel evento acompañando a su padre, pues el boleto dice "para los señores ex diputados." [10] En 1873 se celebran en Madrid las Cortes Constituyentes. Entre los papeles de Zeno que la familia ha conservado se encuentra una entrada para aquella actividad que dice: "a la Derecha en Tribuna de Orden (para Caballeros)." [11]

Además, según Margarita Gardón:

> Se tiene evidencia de su contacto espiritual con el creciente nacionalismo en las Antillas por su correspondencia poética con familiares en la Isla, por su activa participación en eventos de interés local y criollo y por sus relaciones sociales con amigos de Puerto Rico y de Cuba. [12]

Durante su estancia en Madrid tiene numerosos amigos cubanos; muchos han llegado a la ciudad como desterrados políticos. Entre ellos está José Marti, a quien Zeno conoce en 1871 y de quien se hace amigo. Sobre aquellos cubanos diría Zeno Gandía muchos años más tarde, en 1926:

> Madrid estaba lleno de deportados cubanos. La guerra los deportaba y el Gobierno de España les daba a Madrid por cárcel. Un bien para muchos, porque estudiaron y fueron después hombres de valer, como Santos Fernándéz, Braulio Yáñez, Francisco Solano, etc. [13]

Estas declaraciones muestran el pensamiento europeizado y ajeno al ideal revolucionario de Zeno. Jamás hubiera percibido un independentista puertorriqueño ni cubano el exilio en España como un "bien," aunque hubiera utilizado el tiempo de su permanencia forzoza en Madrid para estudiar.

Entre los amigos puertorriqueños de Zeno residentes en España se encuentran: Francisco Rendón y Camacho, "también poeta y más tarde médico en Ponce,"[14] quien parece haber sido el más allegado a Zeno, Antonio Cortón, Luis Bonafoux, José S. Belaval, José Gómez Brioso, José Cuchí Arnáu, Narciso González Font y Francisco del Valle Atiles. [15] Más tarde, casi todos ellos participarán activamente en la vida cultural y política de Puerto Rico.

En 1873 España declara su primera República y se decreta la abolición de la esclavitud en Puerto Rico. Martí, aún exilado en Madrid, y que tiene para aquel momento veinte años de edad, escribe un artículo titulado: *La república española ante la revolución cubana.* Ya ha llegado a la conclusión de que "la libertad de Cuba no procedería de España, sino de la misma Cuba."[16] De este hecho, respecto a Puerto Rico, estaba convencido Betances desde hacía tiempo, así como el resto de los independentistas antillanos. A esta conclusión no llegaron nunca los autonomistas y anexionistas, ni cubanos, ni puertorriqueños.

Ese mismo año parece que el padre de Zeno regresa a Puerto Rico. La familia pierde su finca de Puente Bagazo en circunstancias que están por aclarar. La explicación que da Margarita Gardón es confusa, porque ella tampoco sabe qué pasó. Citamos el párrafo de la señora Gardón:

> El padre de Zeno, antes de regresar a Puerto Rico -en 1873- había confiado sus intereses en manos de su apoderado en Madrid, un abogado chileno que se llamaba Carlos Llausás y Recasens. Este apoderado no sólo deja de cumplir su palabra, sino que embauca, por completo, al propietario arecibeño, que durante los próximos cuarenta años hará todo lo posible por recuperar su capital perdido. Exactamente en qué año y cómo es que los Zeno Correa pierden su finca de Puente Bagaso no aparece muy claro. Se dice que se debe a un embrollo efectuado por don Luis de Ealo que tiene acceso a los documentos de la propiedad de esta hacienda en el ayuntamiento. Este notario falsifica unos papeles y compromete el buen nombre de don Manuel de Jesús Zeno. Es por esta razón que Manuel Zeno Gandía tiene un duelo con don Luis de Ealo en 1878. [17]

Durante esta época Zeno fue socio fundador de una sociedad científica en Madrid y en 1873, cuando aún era estudiante, publica un trabajo de medicina: *Influencia del clima en las enfermedades del hombre* . Este mismo año escribe una obra de teatro que nunca publicó, en un acto y en verso, titulada: *Un matrimonio a oscuras o el Demonio son los celos.* A fines de 1873 emprende un viaje por el Mar Cantábrico. Debido a la Guerra Carlista las líneas férreas de la frontera estaban cortadas. Tiene que ir por barco desde Santander a Juan de Luz. Por esta época escribe numerosos poemas y pensamientos filosóficos. A bordo del vapor Correos Cuatro Amigos, anota sus impresiones de viaje en un lenguaje rebuscado que denota su preocupación, ya en este momento, por su estilo literario:

> . . .contemplaba los siempre melancólicos paisajes del mar, ora recreándome en el inquieto lampo salobre, ora siguiendo a lo lejos los festones de aquella costa peñascosa y bravía... [18]

El viaje se prolonga hasta los primeros meses de 1874. En su transcurso parece haber sido la vida emocional de Zeno la que ocupaba la mayor parte de su tiempo, si atendemos a las anotaciones íntimas del escritor que ha encontrado su biógrafa: notas amorosas, dibujos de corazones con iniciales al lado, flores secas entre las hojas del cuaderno, hebras de pelo

guardadas como recuerdo. Todo esto va acompañado de nombres de mujer.[19]

En 1874 cae la república española cuando el General Pavía da un golpe de estado. Las escasas libertades que se habían alcanzado en Puerto Rico, de 1870 hasta el momento en que ocurre el golpe de estado, desaparecen. Es nombrado Gobernador por segunda vez José Laureano Sanz, de triste recordación para los puertorriqueños por la represión que caracterizó su primer período de gobernación de 1868-69. Al tomar el poder, Sanz suspendió las garantías constitucionales, disolvió los ayuntamientos y la Diputación Provincial, restringió la ley electoral, revivió la reglamentación de la vagancia y el trabajo, abolió las leyes de imprenta, de asociación y de reunión y cerró el Instituto Civil de Segunda Enseñanza y el Gabinete de Lectura de Ponce. Ramón Baldorioty de Castro, temiendo la represión que sin duda iba a alcanzarlo, se muda para Santo Domingo. Allí es bienvenido. Funda el Colegio Antillano y el Presidente del país, Ignacio María González, establece "la Academia Náutica para los estudios de pilotaje bajo la dirección de Baldorioty." [20]

A pesar de la calurosa acogida que le brinda Santo Domingo, la pobreza de la sociedad hace que el sueldo que recibe sea tan escaso que no le alcanza para vivir. Le pagan 75 pesos por dirigir la Academia Náutica, que le valían en el mercado "15 pesos sonantes"; [21] además, trabaja como maestro de escuela, pero aun así no es suficiente. Se ve precisado a pedir ayuda económica a sus amigos de Puerto Rico, realiza trabajos que nunca hizo antes, como cultivar hortalizas en la cuerda de terreno en que estaba

enclavada la casa donde vivía. Todos en Santo Domingo, no importa el rango social, para sobrevivir económicamente, se ven precisados a tener más de una profesión. Estos trabajos adicionales muchas veces consisten en activades ilegales.

Es interesante que el pensamiento de Baldorioty no da nunca el salto del reformismo a la revolución, no obstante la felicidad espiritual que le produjo la experiencia de haber vivido en una nación libre que había obtenido su soberanía gracias a las guerras de independencia que sus habitantes sostuvieron para conseguirla.

En 1874 Betances publica en París, en la Revista Latinoamericana, un artículo titulado "Cuba", con el propósito de combatir las ideas anexionistas y explicar las causas de la Revolución Cubana:

> realizar la anexión es condenar a los expatriados. . . a no encontrar patria jamás . . . es insultar el valor y borrar las glorias de nuestros hermanos del campo de batalla; es faltar a la fe del patriota...es condenar la isla al odio de sus vecinos que deben ser sus hermanos, y a la execración de los de corazón antillano; es obligar un pueblo entero a la deserción; es faltar a su misión y profanar su destino; es abandonar su puesto del primer rango: es descubrir y vender la América Latina. . .[22]

A fines de aquel año, Zeno Gandía va para Francia, reside en Burdeos y "hace práctica de medicina en el Hospital de San Andrés."[23] A principios de 1875 se gradúa de médico, vuelve a Francia y de ahí regresa a Puerto Rico. Ha llevado una adolescencia de intensa actividad cultural. De París escribe: "¡Oh, París, París! No se puede olvidar que eres el "cerebro del mundo."[24] Es

lógico pensar que, para esta época, ya conoce a Emilio Zola, el movimiento naturalista y las polémicas alrededor del mismo.

Su familia continúa en Arecibo. El va a residir "principalmente, en Naguabo y en Guayanilla. Se desplazará también a otros puntos de la Isla."[25] Es muy probable que en estos años Zeno asistiera a las tertulias literarias que se celebraban en casa de su hermana Micaela, quien estaba casada con el doctor Rafael del Valle Rodríguez. De 1876 son dos obras de teatro que escribe. Una comedia de salón que recoge el ambiente del gran mundo social: *Entre las doce y las diez* , inédita y *La daga de dos filos*, drama en tres actos y en verso que no se ha hallado y que, aparentemente, escribió en Naguabo.

En 1876 Alejandro Tapia publica su novela histórica, *Cofresí.* Antes de ser publicada en forma de libro había aparecido como folletín episódico en el periódico de Tapia *La azucena*, entre 1875 y 1876. En la obra

> los dramas personales están bosquejados; el autor abandona los problemas de unos personajes, para seguir las peripecias de otros. Los personajes son arquetipos, el rostro de los malvados recuerda animales o alude a figuras históricas negativas: Rosa es la casta doncella; Caín, el monstruoso asesino; La Charrasca, su amante, parece un animal asustadizo y traicionero, cuya relación más profunda es con un gato celoso y acechante. [26]

La novela toma como base la vida del pirata puertorriqueño Cofresí para abogar por educación para el pueblo y leyes asociacionistas como remedio a los males del país. La educación es la solución para evitar la delincuencia. Según Iris Zavala, si comparamos *Cofresí* con la producción anterior de este autor, observaremos que aquí "comienza a plantear y proyectar la imagen

real de la sociedad de mediados de siglo." Aun así, "esta novela expresa con claridad [su] débil postura ideológica". [27]

> [Su] visión del problema [social] es simplista: Tapia no ve el núcleo de la tensión entre pueblo y dirigentes, y el elemento resolutorio de esta tensión vendrá por la fantasía. Cofresí es héroe romántico - juez y justiciero, benefactor y audaz, fuera de la ley. Pero, salva, castiga, destruye el poder siniestro de los malos, y les devuelve a los débiles e indefensos lo que les han robado. *Cofresí* representa, tomando prestado el término "literatura de consolación." [28]

En 1879 muere la madre de Zeno. Esta pérdida lo afecta profundamente ya que toda su vida fue muy apegado a la familia. En 1880 es médico titular de Guayanilla, donde también reside. El Padre José M. Nazario, presbítero de la iglesia del pueblo, y Zeno, van comenzar más tarde una investigación histórica sobre el lugar de la isla por el que desembarcó Colón. Después de una serie de debates, publican su trabajo en 1893.

Desde el momento de su fundación hasta 1884 el Partido Liberal puertorriqueño optó por el asimilismo. Sin embargo, ésta era una postura inadmisible para el ritmo de los nuevos tiempos. De 1875 a 1880 sufre una crisis durante la cual reina la apatía, hasta tal extremo que, según Celis Aguilera: "A fines del 75 no había señales de partido." [29] Los líderes más avanzados, como Baldorioty de Castro, saben que se necesita una renovación. En 1878 Baldorioty regresa a Puerto Rico de Santo Domingo y en 1880 se muda a Ponce. Es nombrado director del periódico de aquel pueblo, *La crónica* , y desde sus páginas postula su aspiración a "la autonomía política y administrativa dentro de la unidad nacional."[30] Para esta época, Manuel Zeno Gandía entra en contacto con él y comienza a participar

activamente en la política. Además, ya figura como un poeta conocido. José Pérez Moris, español ultra reaccionario conocido por su obra *Historia de la insurrección de Lares,* publicada en 1872, le escribe solicitando datos biográficos para incluirlo en el *Almanaque literario* que está preparando.

En 1881, Zeno va al Centenario de Calderón que se celebra en Madrid como representante de *La Crónica* . En este periódico aparece una nota para esta época anunciando que el joven doctor Zeno Gandía ha emprendido la propagación del virus vacuno. Se lo inocula a su hermano menor, Carlos, como vacuna contra la viruela, y el joven muere pocos minutos después de haberlo recibido. "Se dice que es por esta razón [afirma Margarita Gardón Franscechi] -la pérdida de su hermanos Carlos- que el joven médico de veintiséis años emprende de nuevo un segundo viaje al Viejo Mundo." [31] Sin embargo, una carta de José Manuel Zeno a Carlos Llausás, su apoderado en Madrid, de julio de 1879, anunciaba el viaje a Francia de su hijo, lo que quiere decir que este viaje ya estaba planeado cuando Carlos murió.

En mayo de 1881 llega a Bruselas. "...escribe en su diario que allí se celebra un gran congreso cuyo interés se desenvuelve en torno a la libertad de pensamiento, de culto, de enseñanza y de prensa." [32] De allí va para Madrid, en donde representará *La crónica* en el Centenario de Calderón de la Barca.

> Su llegada a la capital ibérica se desenvuelve en una actividad tras otra: el 26 de mayo recibe una invitación de la Sociedad Abolicionista Española para asistir a una reunión; tres días más tarde, presencia un certamen dado por el Comisionado de la Exposición de la Sociedad Madrileña Protectora de los Animales y de las Plantas; y el primero de junio va al almuerzo en el Café Inglés en obsequio de la prensa extranjera que da el comité a cargo del Centenario de Calderón de la Barca." [33]

Después, visita Francia, Suiza, Italia y Mónaco. Zeno es un admirador de Julio Verne y trata de aprovechar la oportunidad que le brinda este viaje para entrevistarse con él, para quien trae una carta de presentación de su amigo Alfonso Girart. La entrevista no se produce porque Julio Verne sale de Francia en aquellos momentos.

En octubre del mismo año regresa a Madrid en donde es nombrado Secretario Primero de la Sección de Ciencias Físico Naturales del *Círculo Nacional de Juventud* y en noviembre colabora, con Antonio Cortón y Julio Nombela, en la formación de la *Unión Literaria Hispanoamericana.* Después, regresa a Puerto Rico. Antes de emprender la travesía de vuelta a la Isla visita, en el vapor que lo trae, el norte de España.

A su regreso, en 1882, se establece en Ponce, ciudad cuyo ambiente cultural y político es de los más avanzados de la isla en aquellos años. En 1883 se casa, en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario, en Yauco, con María Ana Pascuala Antongiorgi Franscechi, oriunda de Yauco. María Ana provenía por ambas ramas de corsos [34] que se dedicaban al comercio y al cultivo del café. Guillermo Baralt, en su estudio sobre el café en Yauco, menciona a Juan M. Antongiorgi entre los empresarios cafetaleros de la década de los ochentas. [35] Zeno Gandía afirmó muchos años más tarde que en una época el había sido cafetero. Probablemente fue por estos años.

En Ponce, Zeno ocupa el puesto de médico de Sanidad Marítima. Se distingue como pediatra y especialista en enfermades del oído y, además, por haber introducido, junto a su antiguo compañero de estudios, Francisco Rendón y Camacho, en el Hospital Tricoche, "las inoculaciones tuberculosas,

conocidas como la "linfa de Koch" que demuestran ser un éxito en el tratamiento de la temida enfermedad durante esta época." [36]

Para la década del ochenta, el cambio que se venía operando en la sociedad de Puerto Rico desde finales del siglo XVIII, al pasar la agricultura de subsistencia a una de mercado, ya se siente en la zona montañosa con todo el ímpetu que le imprime la ambición de algunos por hacer dinero y la lucha por la sobrevivencia de los más ante la situación avasallante. El café ha pasado a ocupar el primer lugar como producto de exportación del país. La fiebre por aumentar su cultivo y la depauperación del campesino corren paralelas. Para aumentar su desgracia, en algunas zonas el monocultivo empobrece los terrenos, que no son tan fértiles como en el pasado. [37]

La deficiencia de la dieta y el empeoramiento de las condiciones de vida han dado por resultado un campesino pálido, de figura escuálida, aislado, ajeno al "progreso" alcanzado por el país del que alardean las élites. Al contrario, su participación en la vida social se reduce notablemente. Todas las actividades relacionadas con la iglesia: bautismo, extrema unción, etc., son cada vez menos frecuentes. Esto se debió a complejos y diversos motivos: la escasez de sacerdotes, la inestabilidad de sus posiciones, la dificultad para atender una feligresía diseminada por las montañas, donde frecuentemente los caminos eran muy rudimentarios. Además, la iglesia católica y sus representantes eran percibidos, justificadamente, como un elemento opresivo del que era mejor mantenerse alejado por estar aliado al gobierno oficial. Por ejemplo, el cura del pueblo era miembro de la Junta de Vagos, fiscalizadora de la conducta del campesino. Para entender la actitud

negativa creciente del jíbaro hacia la iglesia oficial bastaría esta cita: "Una generación completa de jornaleros utuadeños nació, creció, y buena parte murió, sin conocer otro párroco que [Don Calixto Vélez Borrero, criollo, natural de Isabela] . . . hábil acaparador de tierras y esclavos." [38] Las hostilidades contra el clero eran tan fuertes que se reportaron casos en que un moribundo se negó a recibir la extrema unción.

El matrimonio "era el más caro y más traumático de los sacramentos. . . . El costo de la ceremonia podía ser el equivalente a un mes de jornal. Había casos que tenían que bajar a la zafra de la costa para conseguir la suma necesaria." [39] Además de este impedimento, que por sí solo era suficiente para reducir enormemente el número de uniones legales, había otra serie de complicaciones. Los matrimonios entre familiares eran frecuentes; para realizarlos se necesitaba una dispensa de impedimento de consanguinidad; se obtenía mediante un proceso lento y caro. El cobro de estas dispensas había sido combatido por algunos sacerdotes desde principios de siglo. Recuérdese que Fray José Antonio de Bonilla y Torres fue desterrado de la isla en varias ocasiones por haberlas atacado públicamente. [40] Los milicianos y los inmigrantes también confrontaban problemas para obtener los documentos necesarios para casarse: los primeros porque a veces no era fácil conseguir el permiso de sus superiores militares y los segundos porque necesitaban documentos de su pueblo de origen que no siempre sabían donde localizar. A estos obstáculos objetivos hay que añadir los subjetivos, que no eran menores:

> prejuicios raciales del pretendiente o de sus parientes -de los cuales no estaban menos exentas las familias de los jornaleros; prejuicios de casta; concepción de la mujer como pertenencia desechable; renuencia a aceptar responsabilidades para con los hijos naturales. [41]

Las mujeres sufrían las mayores desventajas. Aparentemente, su terrible situación las llevaba a buscar soluciones drásticas como escaparse de sus casas en los pueblos "para irse a vivir solas al interior de la isla" [42] y/o dedicarse a la prostitución. Desde 1820 las autoridades comenzaron a fijar avisos dedicados a indagar el paradero de aquellas mujeres y a tomar medidas correctivas en contra de las prostitutas.

La religiosidad del campesino se mantiene viva, simplemente se encauza con más fuerza en el camino que había seguido desde el siglo XVI: un catolicismo popular independiente de la iglesia. A finales del siglo XIX, cada día más, el campesino cumple con sus devociones en casa en vez de acudir a la iglesia y por supuesto, su catolicismo se alía con una serie de supersticiones. [43]

La nueva aconomía trata, con más fuerza que nunca, de imponer al jíbaro el sentido del tiempo y del trabajo del propietario, muy distintos a los suyos; por lo tanto, entran en contradicción. La recogida del café, por ejemplo, la época más activa del cultivo, cuando los propietarios necesitan más constancia en la asistencia al trabajo, conflinge con las fiestas de Reyes que el campesino ha celebrado tradicionalmente. Si a esto añadimos que el salario devengado era insuficiente para cubrir sus necesidades básicas y las de su familia, entenderemos por qué muchas veces prefiere quedarse en casa o ir a "reyar", antes que a trabajar, provocando la ira y desesperación del patrón.

Mientras tanto, el gusto literario se va refinando, entre los que leen, y modernizándose. Va pasando de moda "una serie de novelistas franceses -la

condesa de Genlis, Madame de Staël, Chateaubriand, Lamartine." [44] Comienzan a ser preferidos franceses y españoles afiliados al realismo y al naturalismo: Balzac, Hugo, Dumas (padre), Gautier, Daudet, Zola, Fernán Caballero, Pérez Galdós, Valera, Pereda, la Pardo Bazán. Junto a éstos aparece Alarcón, escritor romántico. Según Fernández Juncos, se lee esta literatura "con menosprecio de la novela bastarda y de pacotilla, tan en boga en estos años pasados." [45]

En 1882 muere Alejandro Tapia Rivera dejando una extensa producción literaria que incluía teatro, ensayos, leyendas y novelas. Muy pocas de sus obras están enclavadas temáticamente en la realidad antillana: *La cuarterona* ,*Cofresí* y *La palma del cacique,* leyenda en defensa del indio. Su ideología fue reformista y al no visualizar soluciones reales para los problemas sociales acudió en muchas ocasiones a la solución por medio de la fantasía. Para la crítica moderna el fundador de la literatura puertorriqueña es Manuel Alonso con *El gíbaro* ; sin embargo, los intelectuales del siglo XIX, entre ellos Manuel Zeno Gandía, por ejemplo, consideraban que Alejandro Tapia había sido el primer escritor puertorriqueño de verdadero renombre. Para nosotros, desde nuestra visión actual, la literatura puertorriqueña debe estar relacionada temáticamente, de alguna manera, con Puerto Rico y/o con los puertorriqueños, pero la intelectualidad de la isla del siglo XIX definía lo puertorriqueño partiendo de la nacionalidad de su autor. Sus temas europeos le daban ante los ojos de sus compatriotas, el prestigio de ser cosmopolita, de poseer una cultura universal.

En 1884 Francisco del Valle Atiles (1852-1928), médico, liberal, amigo de Zeno Gandía desde los tiempos de sus estudios en España, publica la primera novela realista que se escribe en la isla: *Inocencia* . La trama se

desarrolla en Puerto Rico. Puede apreciarse en ella el interés de su autor por llevar a su obra literaria sus conocimientos de medicina y de esta manera ubicarla en la corriente del determinismo científico del siglo XIX. Inocencia es una joven enferma de anemia cerebral y de tuberculosis, que se convierte en infanticida empujada por su debilidad física y las presiones del medio social.

Desde principios de la década de los ochenta hasta 1894 en que se publica *La charca*, el campesino y la campesina son imágenes constantes en la literatura, tanto en la de ficción como en ensayos socio-económicos. Antonio Pedreira en 1935, ante el resurgimiento del tema que ocurre durante la década del treinta, escribe *La actualidad del jíbaro* . Estima Pedreira que hasta aquel momento ha habido dos ciclos sobre el tema: el primero en el siglo XIX, durante las décadas de 1880 y 1890 y el segundo, ya en el siglo XX, durante la década del treinta. Al hablar del primer ciclo dice:

> en esta década del siglo XIX, el tema jíbaro se hizo por primera vez preocupación científica y literaria, y aunque no cuajó en la novela hasta la aparición de *La charca* (1894), de Manuel Zeno Gandía puede decirse que se cultivó tan ampliamente que ninguna otra época posterior ha podido aventajar la variedad de su desarrollo. [46]

Según Pedreira existen dos corrientes en el tratamiento del tópico: las interpretaciones estéticas y los análisis científicos. Estas dos corrientes, como hemos visto anteriormente, han estado presentes en la literatura de Puerto Rico desde que el tema jíbaro hace su aparición en la década de 1820 y cobran fuerza en la década de 1840. Entre las interpretaciones estéticas Pedreira sitúa la obra de Ramón Méndez Quiñones y los artículos que escribió Manuel Fernández Juncos. Los análisis científicos más relevantes corresponden a Salvador Brau y Francisco del Valle Atiles. Manuel Zeno

Gandía es un caso especial. Al utilizar la novela como canal de expresión, está situado entre los escritores de interpretación estética, pero su visión del campesino no corresponde a la expresada por los principales autores que trataron el tema jíbaro dentro de la ficción. La forma en que presenta el problema, desde una perspectiva carente de pintoresquismo y el análisis que hace de la situación lo sitúa junto a los ensayistas. Recuérdese que *La charca*, de acuerdo al juicio de la época en que se publica y aún al del momento en que Pedreira escribe *La actualidad del jíbaro,* es una obra "tomada del natural."

Desde que el jíbaro hace su aparición en la literatura, en la segunda década del siglo, su imagen es proyectada desde tres tendencias, pero a medida que la sociedad puertorriqueña fue cambiando durante el transcurso del siglo XIX, el énfasis varió de una a otra de las corrientes: en la década de 1820 prevaleció el campesino como voz de protesta ante los problemas de la colonia; en la década de los cuarenta, cobró mayor importancia el campesino como "entretenimiento." En los ochenta tendremos al campesino como objeto de análisis.

En la década del ochenta, la imagen proyectada por aquellos campesinos de la *Gaceta* que comienzan a aparecer para los 1820, cuando la voz "jíbaro," significaba persona que no vive en San Juan, portavoz de los problemas del puertorriqueño, de cualquier color y hasta de diferentes nacionalidades, languidece notablemente, aunque no desaparece por completo. La que privilegian los intelectuales criollos, la de los análisis sociológicos, lo muestra como un ser degenerado biológicamente, haragán, vicioso, al que se analiza desde una perspectiva externa y seudo científica. Junto a esta figura emaciada, objeto de amargas reflexiones, tendremos otra,

diferente en la forma, pero similar en el contenido ideológico: se trata de un campesino folclórico, por medio del cual se expresa el lenguaje popular, las costumbres y las tradiciones consideradas típicas del país. Esta figura pintoresca se presenta a menudo en textos narrados en primera persona. Dan la apariencia de que es el propio campesino el que se expresa; otras veces se describen situaciones en tercera persona imitando la lengua campesina, lo que también hace lucir al texto como la expresión del habitante del campo, desde adentro. En realidad, expresan de una manera popular y simpática la misma ideología de los escritores que enfocan el tema con gesto adusto. [47] Esta literatura, que muestra un jíbaro pintoresco, tiene un sentido didáctico. Trata de persuadir al campesino (nunca retrata al jíbaro "desacomodado" sino más bien al pequeño propietario) de las ventajas del progreso. Va dirigida a los propietarios con cierto nivel intelectual y a los intelectuales profesionales, puesto que el pequeño (en verdad pequeñísimo) propietario protagonista de estas obras de teatro no sabía leer la mayoría de las veces. Ni mencionar aljornalero y al agregado, quienes además de ser analfabetos no podían comprar libros, ni tenían acceso al teatro.

Un ejemplo de este tipo de literatura es la obra de teatro de Ramón Méndez Quiñones, *Los jíbaros progresistas* de 1882. Escrita imitando el habla campesina, muestra cómo una familia de jíbaros acomodados son informados por el futuro yerno de lo que es el "progreso;" a la familia le parece bueno y lo acepta. El progreso son los objetos materiales modernos que facilitan la vida, como el vapor como medio de transportación contrapuesto al caballo, por ejemplo, la modernización de la agricultura para alcanzar una mayor productividad o los objetos manufacturados de buena calidad. La Feria de Ponce de 1882, actividad que tuvo gran resonancia en la

isla, sirve de eje a la trama de la obra. Este evento seguía la pauta de las ferias, que tan populares fueron en el siglo XIX, de los países industrializados en donde se mostraban los adelantos de la época. Además de los adelantos materiales, en *Los jíbaros progresistas* el progreso consiste también en mayores libertades civiles, en términos de igualdad con los ciudadadanos de España, de acuerdo a la posición política liberal asimilista del autor de la obra:

> Er progreso Siño Cleto
> es tóo lo que bá palante,
> y el orbío é lo endenante
> y er no quealse uno quieto;
> es bel lo que nos combiene
> y no ejalse enjaquimal
> y jablaye ar General
> clarito, cuando aquí biene;
> é isiye: Sepa Señol,
> (sin mieo denguno y sin pena)
> esta cosa es mala ó güena,
> ésta es mijol ó piol.
> Es jasel dil á la escuela
> los chiquitos y los grandes
> y no ejal que se nos mande
> con er bando é la Pesuela,
> qués güeno pa mandal monos
> ó arguna tierra de brutos,
> pues sigún dise Don Frutos
> "ya ejamos é sel colonos;
> que Puelto-Rico es España,
> y aquí lo mesmo que ayá
> sólo una ley haberá
> pues semos de iguar calaña: [48]

Otras obras de teatro, en verso, escritas por Méndez Quiñones fueron: *Un jíbaro* o *Un jíbaro como hay pocos* (1881), *Una jíbara* (2a parte de la anterior, 1881), *La vuelta de la feria*, 1882 (2a parte de *Los jíbaros progresistas*), *Un comisario de barrio*, *La triquina* y el drama inédito *¡Pobre Sinda!* También escribio poesía utilizando el mismo tema y estilo: *Cuentos de un casamiento jíbaro* y *El proscrito*.

Los artículos de Fernández Juncos también se acercan al tema desde un enfoque costumbrista. Critican problemas sociales, siempre dejando clara su posición política de apoyo a la nación española. Sin embargo, es interesante su visión del ansia de europeización de los sanjuaneros. En su "Carta de Perico a Juan. Sobre las "inconveniencias de la Capital," dice:

> Por de contado tenemos aquí una población abigarrada y confusa, que habla y duerme la siesta a la española; viste, come y se engaña a la francesa; toca el violín y canta a la italiana; se aburre a la inglesa, y se acuesta a la turca o a la bartola.
>
> Aquí nadie es puertorriqueño, o por lo menos nadie lo parece. [49]

En 1882 aparece el segundo tomo de *El gíbaro*, de Manuel Alonso. Igual que lo hizo en el primer tomo de 1849, aboga por el progreso y critica a los conservadores. Alaba la paciencia del puertorriqueño, pueblo perteneciente a "la altiva raza española", [50] para esperar pacíficamente por los cambios que mejoren su vida. En una sola de las estampas aparece una persona de la raza negra. "La negrita y la vaquita," [51] estampa número seis, aun cuando se publica después de la abolición de la esclavitud en Puerto Rico, sitúa la acción del relato en tiempos de la esclavitud. La mujer negra y la vaca tienen el mismo valor. Ambas son apreciadas por su funcionalidad como productoras de leche para alimentar al hijo recién nacido del gobernador de Puerto Rico. Si se enferman o mueren pueden ser fácilmente sustituidas.

Los textos fundamentales que analizan al campesino son: *Las clases jornaleras de Puerto Rico* (1882) y *La campesina* (1886), de Salvador Brau; *El campesino puertorriqueño*, de Francisco del Valle Atiles (1887) y *La charca* (1894), de Manuel Zeno Gandía. En estas cuatro obras, en forma progresiva, a partir de *Las clases jornaleras...* hasta su culminación en *La charca,* la clase

socialmente hegemónica a finales del siglo XIX en Puerto Rico, los hacendados criollos, construyen formalmente en la literatura el mito de la inferioridad del campesino. Esto no quiere decir que los autores de las obras citadas se sentaron a escribir con la idea preconcebida de formar y divulgar una imagen distorsionada del campesino y la campesina reales con el propósito de denigrarlos. Ellos pensaron, creemos que honestamente, a nivel conciente, que estaban siendo objetivos. Realmente respondieron a su ideología, a las expectativas de su clase. [52]

Las clases jornaleras de Puerto Rico aparece en 1882 y es premiado en el Certamen del Ateneo Puertorriqueño de aquel año. El jurado calificador había sido designado por el Ateneo de Madrid y entre sus miembros estaba Rafael María de Labra. Fue publicado en la Imprenta del Boletín Mercantil.

El ensayo está dividido en tres partes. La primera es un resumen histórico de la constitución étnica, social y económica de la clase obrera de Puerto Rico, haciendo énfasis en los habitantes del campo, que constituyen el grueso de la población de la isla. En 1886, según el mismo Brau, de las 773,300 personas que componen la población, 625, 300 viven en la zona rural.[53] En la segunda parte se analiza la forma de vida, conducta y carácter del campesino. La tercera está dedicada a ofrecer soluciones.

El ensayo comienza con un tono de vacilación respecto al tema que se va a tratar. Dice el autor que antes de entender cómo está constituida cualquier sociedad, "fuerza es, en nuestro humilde sentir, examinar antes los gérmenes de donde arranca su desarrollo." [54] Por lo tanto, para poder "desentrañar las causas" que sostienen el estado de las clases jornaleras de Puerto Rico,

> indispensable ha de sernos retroceder, en alas del espíritu, hacia el pasado, midiendo hasta donde nuestras fuerzas, harto débiles, nos lo permitan, la marcha asaz lenta, pero progresiva siempre, de la colonización de esta provincia. [55]

Aparte de la retórica propia de la época: "nuestras fuerzas, harto débiles," por ejemplo, el rodeo que da Brau antes de entrar en la materia que va a tratar expresa su temor de ofender susceptibilidades gubernamentales. Obsérvese cómo al mencionar el estancamiento de la sociedad puertorriqueña dice de manera eufemista: "la marcha, asaz lenta, pero progresiva siempre, de la colonización de esta provincia." Se justifica por la manera "poco lisonjera" "desagradable o adusta" en que se verá precisado a hablar sobre la clase jornalera. Aclara que su juicio es objetivo, científico; responde a su amor por la verdad y por el pueblo:

> Que no se atribuya a nuestras palabras una intención de que carecen. El anatómico no obedece, ante la mesa de disección, al torpe propósito de insultar el cadáver que analiza. Desmenuzará con el escalpelo la materia, arrollará con indagadora mirada el velo de impenetrables secretos, acumulará datos, sorprenderá vicios, acusará descarnadamente sus efectos, pero en el fondo de aquella conducta, como móvil supremo, sólo podrá encontrarse el culto a la Ciencia, el amor a la Humanidad. [56]

Después, comienza a buscar los orígenes del mal y dice que el pueblo de Puerto Rico desciende de tres razas: la indígena, la europea y la africana. Aclara que no todos comparten este origen, pero sí la mayoría. El carácter del puertorriqueño es el producto de esta mezcla:

> del indio que quedó la indolencia, la taciturnidad, el desinterés y los hospitalarios sentimientos: el africano le trajo su resistencia, su vigorosa sensualidad, la superstición y el fatalismo: el español le inoculó su gravedad caballeresca, su altivez característica, sus gustos festivos, su austera devoción, la constancia en la adversidad y el amor a la patria y a la independencia. [57]

De acuerdo a este análisis, las virtudes y defectos del pueblo puertorriqueño proceden de los de sus fundadores. Ahora bien, las virtudes están distribuidas entre las tres razas; los defectos corresponden, casi en su totalidad, a los indios y a los africanos: indolencia, taciturnidad, vigorosa sensualidad (que en esta apreciación decimonónica no constituye una buena cualidad), superstición y fatalismo. Y si se desglosa aún más la distribución de cualidades positivas y negativas, les corresponde a los africanos el mayor número de las negativas. Los europeos trajeron numerosas virtudes y un solo defecto: "sus gustos festivos." Ya de aquí se desprende que el que desciende de europeos, sin mezcla de sangre, es más virtuoso que el resto de sus compatriotas mezclados racialmente.

Brau está en contra de la esclavitud y en contra del exterminio de los indios cometido por los conquistadores, pero en todo momento tiene especial cuidado de no herir la susceptibilidad española. Por ejemplo, al hablar de las drásticas medidas tomadas por el gobernador Lando en 1530 para impedir la fuga de los habitantes de la isla al Perú recién descubierto, que incluían cortarle los pies los prófugos capturados, dice Brau:

> Como se ve, el bueno del Gobernador no se paraba en pelillos cuando trataba de hacerse obedecer; sin embargo, como sus medidas eran igualmente enérgicas así contra los que intentaban marcharse al Perú, en busca de fortuna, como contra aquellos que, en la Isla, procuraban obtenerla por medio del préstamo y la usura, fuerza es reconocer en el fondo de su conducta una dosis no escasa de buena voluntad. [58]

Termina la primera parte del ensayo al llegar a 1837, año de la publicación del Bando de Policía y Buen Gobierno del Gobernador López de Baño. Antes de esta circular, de acuerdo a Brau,

> las clases eran dos: libres y esclavos. Pero con el Bando del general López Baños, aparece organizada una nueva subdivisión,

> trazándose visible línea entre el propietario capitalista y el obrero o labrador, de condición libre como aquél.

La segunda parte comienza aludiendo a la opinión "casi general, entre los propietarios de nuestro país, [de] atribuir a las clases proletarias y con *especialidad a las campesinas*, una carencia poco menos que absoluta, de condiciones morales."[59] Ahora Brau está atrapado no solamente por el elemento colonial sino por los propietarios a los que tampoco quiere ofender. Afirma que los propietarios acusan a "nuestros jornaleros" de "apáticos, perezosos, indolentes, solapados, jugadores, vagos, concubinarios y corrompidos" [60] y quienes nunca han estado en contacto con ellos al oír la opinión de los que se supone los conocen bien, los juzgan de acuerdo a estos juicios. Acto seguido dice que él no pretende "cohonestar los vicios, ni santificar las costumbres de nuestras clases obreras," [61] pero, ellos también tienen virtudes, no todos son defectos. Acude a la crónica de O'Reylly y cita el pasaje en donde se habla de "la organización delicada de su cuerpo." Esta característica "auxilia la viveza de su imaginación que los arrebata a los extremos; la misma delicadeza de órganos que los hace tímidos, los hace mirar con desprecio todos los peligros y aún la misma muerte. [62] A lo largo de todo el ensayo, Brau apoya sus juicios en opiniones de autoridades respetadas sobre la materia. En el caso de las virtudes del campesino, acude a O'Reylly y a Fray Iñigo Abad. Entre las mejores cualidades sobresalen la valentía, que les viene de los españoles: "Valientes por lo demás, no desmienten nunca la generosa sangre de que corre por sus venas." [63] Además, poseen "la sobriedad, el desinterés, el valor, los sentimientos hospitalarios, el espíritu observador y la viveza de imaginación." [64] Si tantas virtudes en germen han quedado estancadas hay que buscar las razones. Una, según Brau son las condiciones climatológicas: el calor

contribuye a la inercia, pero la razón principal para el estancamiento intelectual del campesino es la falta de educación: "por mucha fuerza enervante que encierren las condiciones climatológicas de un país, existe otra fuerza ante la cual el clima, el carácter y las costumbres tienen que confesarse impotentes; esa fuerza es la educación." [65] A la carencia de educación pueden atribuirse los tres grandes defectos del campesino: "el concubinato, el juego y la vagancia." [66] Es importante mencionar que el autor denomina a los campesinos en general, "criollos": "Si nada estimula su actividad y sus esfuerzos, las riquezas del clima le echarán en brazos de la ociosidad, como sucede aquí con los criollos." [67]

Al examinar el concubinato, Brau acude a la opinión del gobernador Despujol en 1880, cuando dijo desde las páginas de la *Gaceta*: "la familia en los campos de Puerto Rico no está moralmente constituida," [68] y señala la aclaración hecha por el gobernador en aquella ocasión de que "el ejemplo partía de arriba," [69] lo que quiere decir que el concubinato era práctica común en todas las clases sociales, y en forma relevante entre los militares. Sin embargo Brau, para no ofender a sus lectores, desvía el comentario del gobernador hacia el pasado, diciendo lo terrible que debería haber sido esta situación cuando en Puerto Rico existía la esclavitud, institución degradante, no sólo para el que la sufría sino para la moral de la totalidad del pueblo que la sustenta.

El concubinato se debe a dos causas principales: el aislamiento en que vive el jíbaro y el ejemplo recibido de los esclavos que no se casaban debido a su condición:

> Y que las influencias perniciosas de ese ejemplo se remontaban hasta las capas superiores sociales, no habría de costarnos

> ímprobo afán si quisiéramos demostrarlo. Una era la causa, unos debían ser sus efectos. [70]

Brau critica al clero por no actuar siempre en la forma recta, caritativa y moral que le corresponde. Para esta crítica se apoya nada menos que el archireaccionario José Pérez Moris, quien había dicho: "en esta Isla son muchos los curas que viven una vida poco moral y que frecuentan las casas de juego." [71] Acto seguido Brau cubre su espalda. Dice:

> Al hacernos eco de esas palabras . . . conviene declarar que no nos anima prevención de ninguna especie contra los ministros de una religión, cuyas sacrosantas máximas nos inculcaron los amorosos labios maternos, y cuyos principios, intactos pretendemos trasmitir, como piadosa herencia, a nuestros hijos. [72]

Brau juzga a la mujer del campo desde una perspectiva patriarcal benévola. Son casi como niños inconscientes de lo que hacen, aún más ignorantes que los hombres. La falta de educación intelectual y religiosa no les permite valorarse dignamente:

> en un aislamiento embrutecedor, sin estímulo, sin ambición, y sin verdadera influencia sobre el hombre, que está llamada a dulcificar, a contener y a dirigir; el concubinato, tan decantado y tan execrado en Puerto Rico, no habrá sufrido golpe demoledor en sus seculares cimientos. [73]

El vicio del juego es compartido por toda la población, explica Brau y critica a los gobiernos de épocas pasadas por la implantación de las galleras; mucho más por haberles dedicado mayor atención y dinero que a la educación, aunque comprende que han sido necesarias como fuente de ingresos. La crítica que se hace a los obreros por su afición al juego es injusta, puesto que la mayoría de las veces quienes auspician esta actividad no son ellos, sino personas solventes que explotan la debilidad del pobre.

Un pasaje especialmente interesante para nosotros es aquel en el que describe las condiciones propicias para los juegos prohibidos:

> divagad por las inmediaciones de un ingenio los sábados al caer la tarde; examinad allí el barranco oculto del río, la proyección de la sombra del árbol frondoso o el hueco simulado del antiguo puente; husmead también entre la hojarasca del platanar contiguo a ciertas casas campestres, o en el fondo de las habitaciones interiores de esas mismas casas, en el acto de celebrarse algún *velorio*, rosario u otra fiesta nocturna; en cualquiera de esos sitios, en todos esos parajes podréis encontrar grupos de jugadores; nunca será jornalero el que talle; nunca podréis asignarle el papel de explotador; su carácter genérico es el de víctima. [74]

Brau juzga la vagancia desde una perspectiva ética: es un vicio, *per se*, no importa si el que no trabaja tiene los medios para vivir sin trabajar. Critica las circulares que llaman vago al que no tiene "oficio, profesión, renta, sueldo, ocupación o medio lícito con que vivir." [75] Exonera a los obreros de la acusación de ser responsables del mal estado de la economía del país. Cita a tres propietarios, quienes redactaron un informe señalando como las principales causas para el deterioro económico: 1: "la escasa parte de las rentas públicas que se destinan a los ramos del fomento, y 2:"la periódica exportación de capitales privados." [76] Después acude de nuevo al Gobernador Despujol para citarlo diciendo: "en Puerto Rico no faltan brazos para el trabajo . . . los jornaleros acuden a trabajar cuando se les paga bien," [77] lo que quiere decir que la llamada vagancia es un problema de falta de estímulo económico. Afirma Brau que "una de las condiciones más notables del carácter puertorriqueño es la docilidad," y que la actitud huraña del campesinado se debía muchas veces a que

> la autoridad solía llamar únicamente al labriego puertorriqueño para registrarle la libreta, para cobrarle las prestaciones, para imponerle alguna multa, para castigarle por vago. Nadie concurre voluntariamente a un lugar donde sólo le brindan reprensiones agrias y castigos. [78]

El campesino tiene una gran sensibilidad para la música, dice Brau. Alaba los cantares que, o provienen de España, o son oriundos de Puerto Rico. No se menciona ninguna influencia indígena ni africana. Respecto a sus hábitos alimenticios, son

> sobrios, más bien por necesidad que por virtud, satisfacen su apetito con bien escaso alimento; un pedazo de abadejo seco, un bollo o torta de harina de maíz cocida o asada, tres o cuatro malangas y una taza, más comúnmente un coco, de café endulzado con miel, constituyen, por regla general, el cotidiano sustento de nuestros labriegos pobres. [79]

La mezquina alimentación es la causante de "ese aspecto macilento y enfermizo que tanto llama la atención de los europeos al llegar a estas playas." [80] Aunque el campesino desconoce los principios de una dieta más nutritiva, de acuerdo a este autor, inútil sería que los conociera ya que el salario que devenga no le permite alimentarse mejor. Sin embargo, la prueba de que el jornalero se alimentaría mejor, de permitírselo sus recursos económicos, es que "cada vez que el aumento de recursos se lo permite, enriquece su pobre marmita con abundante ración de carne, y no cabe negar que en esos días solemnes . . . su mesa se cubre de abundantes manjares. [81]

Esta segunda parte termina hablando del robo, común en la isla, pero no practicado únicamente por la clase jornalera y la falta de asiduidad al trabajo de la que los propietarios acusan al trabajador. Esto se remediaría si el jornalero estuviera mejor educado.

En la tercera parte, la más extensa del ensayo, Brau brinda soluciones. Son, realmente, los mismos consejos y la misma posición reformista que venía apareciendo en el *Boletín* desde 1840. Su actitud es la de estimular al trabajador antes que castigarlo si el propietario quiere obtener mayor

rendimiento y disciplina. Critica duramente la libreta de jornaleros que estuvo en vigor desde 1849 hasta 1866 y hace un recuento de las leyes de regimentación del trabajo libre en Puerto Rico, desde 1838 hasta 1874. En 1838, el Bando del general López de Baños; 1849, el Reglamento especial de jornaleros, del general Pezuela. Brau pone especial atención en explicar lo injustas que eran muchas de las disposiciones de aquel Reglamento. Explica, detalladamente, cómo se engañaba al obrero frecuentemente anotando en la libreta datos falsos, aprovechando el patrón su analfabetismo. En apoyo de su opinión de las injusticias cometidas y de la inutilidad de la libreta para crear una fuerza de trabajo eficiente, Brau cita numerosas ocasiones en que los mismos gobernadores comentaron esta situación:

> En 3 de octubre del 1857, el general Cotoner hubo de hacer constar que las Autoridades locales, dando perjudicial inteligencia a las disposiciones superiores, servían de instrumento a algunos propietarios que querían utilizar en beneficio propio hasta una parte de la subsistencia del infeliz jornalero.
>
> En 2 de diciembre del mismo año debió prohibir el Gobernador que se abonase a los jornaleros su salario en especies o papeletas de endoso a tercera persona, compeliendo a las Autoridades municipales a que no permitiesen que, bajo ningún pretexto, se retardase el pago de su jornal a los braceros.
>
> En 25 de enero de 1865, declaró el Capitan General hallarse convencido, por recientes consultas, de que si los jornaleros no cumplían con las prescripciones reglamentarias era por culpa de los propietarios que, excusándose con otras atenciones, no remitían a la Autoridad las libretas con sus correspondientes notas.
>
> En 26 del mismo mes debió esclarecer el propio Jefe Superior que era errónea la creencia de que el jornalero deudor, aun cuando no hubiese terminado el tiempo de su contrato, no podía separarse del propietario que lo ocupaba.
>
> Por circular del 31 de julio del citado año, hubo de censurarse de nuevo la falta de cumplimiento, por parte de los propietarios, a las prescripciones vigentes en materia de trabajo, evidenciándose de paso el abuso que se cometía reteniendo el salario de los

> braceros u obligándoles a concurrir a las fincas los domingos y días festivos para cobrarlo. [82]

Todas estas disposiciones, como puede verse, son de antes de 1868. No es de extrañar que una de las primeras acciones tomadas por los revolucionarios de Lares fuera la destrucción de las libretas de jornaleros. Por último, Brau menciona la disposición del gobernador José Laureano Sanz de 1874 tratando de regular nuevamente el trabajo.

El país, dice el autor de *Las clases jornaleras,* debe encontrar una forma mejor de integrar al obrero al trabajo. Los tiempos han cambiado. Cada vez que Brau agudiza su crítica al gobierno, inmediatamente la atenúa diciendo que eran errores del pasado, aunque sean problemas que estaban vigentes en el momento en que escribió el ensayo. Finalmente, la solución para Brau reside en la iniciativa individual, no en el gobierno. Los propietarios, que son quienes necesitan el trabajo de los obreros, deben ser los encargados de solucionar el problema. No puede dejarse todo en manos del gobierno. Brau aboga por la armonía entre las clases sociales. Obreros y propietarios no pueden ser enemigos porque ambos se necesitan mutuamente. Apela a un humanitarismo cristiano y Cita al Padre Gratry, autor de *La moral y la ley de la historia,* quien dice:

> individuos, familias, ciudades, sociedades libres, patria, especie humana, todo cuanto es humano, todo debe amarse mutuamente, apoyarse, vivir unido, trabajar armónicamente, como los órganos de un solo cuerpo. [83]

Propone mayor instrucción para los trabajadores. Su falta de educación es motivo de la mayoría de sus faltas morales y de la ineficacia con que realizan sus faenas. A continuación, Brau explica los problemas que causan al desarrollo agrícola del país la ignorancia del campesino:

> Ni conocen la necesidad de los abonos, ni la clasificación de los terrenos, ni la utilidad del arbolado, ni la influencia mortal de los pantanos, ni la conveniencia del riego, ni la manera de centuplicar las fuerzas por medio de la mecánica, ni la aplicación de ciertas plantas a las necesidades industriales, científicas o simplemente higiénicas, ni el perfeccionamiento del producto por medio de la selección y la mezcla de las especies productoras, ni nada, en fin que no sea rutinario y empírico y deficiente. [84]

El campesino es rutinario y reacio a las innovaciones, pero todo esto se debe a la falta de educación. Todas las disposiciones para crear escuelas para los agricultores han quedado sin concretarse. Luego entonces, no es culpa del campesino si es ignorante.

La parte final del ensayo está dedicada a abogar por la creación de cooperativas al estilo de las ya existentes en Europa y en los Estados Unidos. Este, para Brau, es el camino del progreso por el que los propietarios de Puerto Rico deben encaminar sus pasos. Da varios ejemplos, entre ellos el de la "Obrera mataronense, sociedad cooperativa de producción para tejidos de algodón, y al mismo tiempo de consumo," [85] fundada en Cataluña en 1865. Explica como el esfuerzo perseverante de los trabajadores ha logrado que en la actualidad (1882) esté

> en construcción una gran fábrica y un gran barrio de casas aisladas para trabajadores, sostiene un casino, escuelas de niños de ambos sexos y nocturna de adultos, biblioteca para los socios, etc.
>
> Los socios son los mismos trabajadores de ambos sexos de la fábrica. Para ser socio se necesita saber leer y escribir. [86]

Brau exhorta a los propietarios a que sigan el ejemplo de estas cooperativas, aunque comprende que las que se creen en Puerto Rico no pueden ser exactamente iguales a las que están funcionando en los Estados Unidos o en Cataluña. El ensayo termina diciendo que, al escribirlo cree

"haber cumplido con un deber de patriotismo." [87] La aspiración de Brau es "el sentimiento distributivo de la justicia basado en la más perfecta equidad." [88] La responsabilidad principal para lograr esto recaía sobre los propietarios que debían educar a los obreros para que éstos a su vez entendieran la necesidad de que las distintas clases sociales trabajaran en armonía.

En 1886, Brau, a petición de González Font director del *Almanaque de las damas* publica *La campesina.* Este artículo es una continuación de *Las clases jornaleras.* En él analiza la condición de la mujer del campo. En el mismo tono paternalista que había utilizado en su artículo anterior al tratar de la mujer, Brau trata de disculparla de los defectos de que se la acusa, sobre todo de ser inmoral. La carencia de educación y la promiscuidad en que se crían y viven ambos sexos son responsables de la facilidad con que acceden a los requiebros amorosos de cualquier galán. Es importante prestar atención a la comparación que hace Brau entre la insensibilidad de los niños del campo y la de la vegetación:

> Así crece la infancia en nuestros campos: en igual confusión que crecen, en el matorral inculto, la *cambustera* y el cardo, la *pringamoza* y la sensitiva, indiferentes al beso del sol que nutre la palma real y la caricia del rocío que fecundiza el pródigo bananero. [89]

Esta insensibilidad será amplificada por Zeno Gandía en *La charca* . Brau critica extensamente el abandono en que se encuentra la educación de la mujer, mucho peor que el del hombre, que también era terrible. Las mujeres representaban el 36% de la población campesina. En Puerto Rico existían, según la *Reseña general* de la isla presentada en la Exposición colonial de Amsterdam, 259 escuelas rurales; sólo dos de esas escuelas

estaban destinadas a la mujer y ambas correspondían a la isla de Vieques. No existía ni una escuela pública en Puerto Rico adonde las niñas pudieran asistir.[90] El gobierno colonial, renuente a educar al pueblo en general, era aún más reacio a ningún cambio cuando se trataba de la educación de las mujeres. Cree Brau que ésta es la causa de todos los males de los que, irónicamente, se acusaba a las víctimas. Para apoyar su opinión Brau, como lo hizo en *Las clases jornaleras,* acude al General Despujol, Gobernador de la isla, quien dijo en la Gaceta Oficial el 14 de diciembre de 1880:

> Me hallo de todo punto conforme, en tesis general, con *la conveniencia de establecer escuelas rurales para niñas.* Completamente diseminada la población rural en chozas aisladas, falta de toda instrucción religiosa y de freno moral, sin que ni la eficacia del Sacramento ni la sanción de la Ley vengan a legitimar muchas uniones, más o menos duraderas, creadas sobre la sola y deleznable base del apetito sensual, puede decirse, en verdad que la *familia*, en los campos de Puerto Rico, *no está moralmente constituida,* siendo éste quizás el principal obstáculo para su futuro progreso. Fácil es, pues comprender *cuánto importaría inculcar a la mujer, con los conocimientos primarios de la lectura y escritura, que ensancharían el limitado campo de sus ideas, las nociones de religión y de moral que le darían el sentimiento de su dignidad y el instinto del pudor, doble pedestal de su influencia en la familia.* [91]

La principal función social de la mujer es la de madre, por lo tanto, debe ser educada ya que a ella corresponde el papel de formadora de las nuevas generaciones. Brau aclara que se refiere solamente a la proletaria. Los propietarios educan a sus hijas en los pueblos o les traen maestros a la casa. También afirma Brau que las declaraciones de Despujol de que la familia no estaba moralmente constituida en los campos de Puerto Rico no se referían a las familias de los propietarios.

Brau, contradiciendo la opinión difundida por Fray Iñigo Abad y repetida tradicionalmente que afirmaba que el campesinado era sobrio por naturaleza,

declara que la alabada sobriedad de la campesina se debe a una imposición de la miseria, no a su elección. "Si no hay pasto a la gula, la sobriedad se impone forzosamente." [92] Se compara la alimentación de los campesinos puertorriqueños con la de la "civilización bracmánica." De acuerdo a Pelletan, autor de *Profesión de fe del siglo XIX,* el atraso de los indios se debe, en gran parte, a no comer carne: "el imperio del mundo pertenece [dice Pelletan] a quien come carne y respira oxígeno a satisfacción de los pulmones." [93] Los campesinos puertorriqueños confrontan un problema similar al de los indios, pero no por religión sino por necesidad económica. La falta de carne, que no pueden comprar, unida al

> calor de los trópicos vierte sobre ellos igual filtro de languidez que sobre las razas indostánicas. Agréguese a esa alimentación vegetal, que afloja los músculos, el abuso del café que excita los nervios, y forzoso será reconocer, al cabo, que la indolencia y el sensualismo de que se acusa a nuestras proletarias, no son más que síntomas de la afección morbosa que predomina en su temperamento, y en la que entra, por mucho, una sobriedad que tan pomposamente se decanta.[94]

Después analiza Brau la religiosidad de la campesina. Utilizando una prosa muy amena explica ingeniosamente en qué consisten estas creencias. Es una especie de animismo lleno de supersticiones. Para ellas,

> Dios es un señor que vive encima de ese cielo-raso azul que se llama cielo, por donde se pasean el sol y la luna, y al que está adherida una especie de cucubanos, que sólo vierten luz por la noche. . . . si se pierde una gallina el encargado de hacerla aparecer es San Antonio; si se sufre afección oftálmica, no se necesitan colirios para curarla, basta ofrecer unos ojos de plata a Santa Lucía; si se trata de algún alumbramiento, cursa el expediente San Ramón Non-nato. [95]

Brau dedica largas páginas del ensayo a abogar por la educación de la campesina. El argumento principal para justificar su reclamo es, en primer lugar, como ya hemos mencionado, el hecho de que la mujer es la educadora

por excelencia de las generaciones futuras. Después, siempre acudiendo a autoridades en la materia, cita a Aimé Martin autor de la *Educación de las madres de familia*, obra premiada por la Academia Francesa, para decir que "*el hombre no puede degradar a las mujeres sin degradarse a sí mismo*, ni realzarlas sin mejorarse a sí propio. No hay término medio: *o los pueblos se embrutecen en sus brazos o se civilizan a sus pies* ." [96] Continúa Brau afirmando: "Parece que la naturaleza une nuestra inteligencia a su dignidad, como nosotros unimos nuestra felicidad a su virtud." [97] Quiere decir que a las mujeres correspondía ser dignas y virtuosas; a los hombres, inteligentes y felices. Y la dignidad de la mujer estaba basada totalmente en su virtuosidad y su virtuosidad en el tener relaciones sexuales con un solo hombre. Finalmente, la mujer queda reducida a su función sexual.

Al referirse al concubinato, el ensayo acusa como propiciador de este "vicio" a la falta de dinero. Muchos de los matrimonios en Puerto Rico se realizaban entre parientes. Una dispensa canónica era necesaria para celebrarlos y el costo de este trámite era alto. Además, los gastos de la boda en sí dificultaban aún más su celebración.

Finalmente Brau, después de insistir en la condición "humana" de las mujeres quienes, de acuerdo a Fenelón "son la mitad del linaje humano, redimidas con la sangre de Jesucristo y destinadas como nosotros a la gloria eterna," [98] aboga por escuelas mixtas donde las maestras fueran mujeres. Ya que uno de los puntos básicos para oponerse a la educación de las mujeres era que "la situación económica del país no [permitiría} a los municipios nuevo aumento de escuelas, y la promiscuidad sexual, en las de varones, sería nociva," lo correcto era que, en el futuro, las escuelas estuvieran dirigidas por mujeres. [99] Los maestros "jóvenes y solteros" podrían constituir

un problema para la sanidad moral de las escuelas donde asistieran niñas. "En una nación práctica por excelencia, [dice Brau] y cuyo progreso causa la admiración de propios y extraños, los Estados Unidos, las escuelas elementales se encuentran confiadas a la mujer." [100] Ante las posibles críticas que habrían podido surgir en contra de esta sugerencia debido a que Puerto Rico era un país muy distinto a los Estados Unidos en clima, raza y temperamento, Brau afirma que ya en la isla había habido muchas escuelas dirigidas por mujeres, "algunas oriundas de raza africana," [101] que habían trabajado de gratis. [102] Acto seguido, el autor hace un llamado a cuantos debían el conocimiento de sus primeras letras a una de aquellas mujeres negras, hombres y mujeres, para que apoyen la idea de tener maestras en lugar de maestros:

> ¡Vosotros, los que, como el que traza estas líneas, podéis testificar que la promiscuidad de sexos ha podido existir, sin consecuencias desmoralizadoras, en las primitivas escuelas de nuestra provincia! ¡Vosotros, los que a una oscura mujer, anciana y pobre y escasa de ilustración, pero rica, opulenta en sentimientos generosos, debisteis el primer reflejo de la aurora que irradió en la tenebrosa noche de vuestra inteligencia¡Vosotras también, madres tiernas y virtuosas, que en aquellas embrionarias escuelas aprendisteis a creer en Dios, sintiendo palpitar por primera vez su espíritu en la actividad de vuestro cerebro; venid a demostrar que la armonía sexual, en la escuela, es por sí sola una enseñanza! [103]

El ensayo termina con la sugerencia de que el cambio de las escuelas sea paulatino. Cada vez que surja una vacante, se cubrirá la posición con una mujer, en vez de un hombre. La indiferencia que cunde en Puerto Rico (se refiere a los propietarios) debe ser abandonada. La mujer-madre, debe ser educada. El párrafo final dice:

> dignifiquemos a esa madre [campesina] por medio de la enseñanza, y entonces, regenerada nuestra sociedad desde sus más profundos cimientos, veremos transfigurarse la silueta indecisa

> de la melancólica Agar en el torso severo y vigoroso de la sublime madre de los Gracos. [104]

Además de *Las clases jornaleras* y *La campesina*, Salvador Brau escribió otro texto muy importante para apreciar los distintos matices que presenta el tema campesino dentro de esta vertiente de indagación por parte de los intelectuales en las dos últimas décadas del siglo XIX. En 1887 publicó en varios números de la *Revista puertorriqueña* , de Fernández Juncos, *La pecadora* . Su autor la calificó de "narración puertorriqueña." [105] En 1890 apareció en forma de libro y comenzó a hablarse de la historia, alrededor de sesenta páginas divididas en cinco partes y un epílogo, como novela.

La pecadora reclamaba para sí, igual que lo haría *La charca* siete años más tarde, el haber sido "tomada del natural." Sin embargo, nunca la intelectualidad del país, ni la crítica posteriormente, concedió a este texto la importancia que le dio a la novela de Zeno como literatura referencial, a pesar de que Brau era sociólogo y autor, como hemos visto, de reputados ensayos sobre el tema campesino.

Un factor que influyó para que no fuera tomada como "copia de la realidad" al extremo que lo fue *La charca* es, irónicamente, el hecho de que el texto no logra desprenderse de la "realidad" para formar un mundo con existencia propia. La técnica narrativa utilizada por Brau resulta ya anticuada para la novela que circulaba en Puerto Rico a fines de los ochenta. El narrador, explícitamente, hace un llamamiento al lector, desde el principio, para que lo "acompañe" a lo largo del relato. Al principio de la obra, después de describir una noche de tormenta: "cualquiera de mis lectores que hubiese querido acompañarme al barrio de Palma Seca, en el distrito municipal de

**** [106] Después de introducir al protagonista, interviene el narrador nuevamente para decir: "Si mis lectores desean conocerle, sigamos tras él."[107] No dar el nombre del lugar geográfico donde la acción tiene lugar y poner en su lugar asteriscos impide al que lee con la intención de "trasladarse" a ese mundo imaginario ubicarse adentro de él. Esos asteriscos son una marca del acto de escribir, un recordatorio de que el lector está enfrente de "letras," no de "hechos reales" transmitidos por palabras formadas por letras. Además, las divisiones del relato cortan la trama abruptamente restándole fluidez. Al final tenemos la impresión de una serie de escenas sobre el mismo tema, pero que no logran armar un universo con vida propia.

La trama gira alrededor de una desgraciada campesina que primero queda huérfana, después es seducida por el hijo de la patrona de la casa en donde sirve y más tarde le es negada la dispensa matrimonial que necesita para casarse con su primo, quien la ama sinceramente. Finalmente, ya madre de dos niñas, una del seductor y otra del primo, muere tuberculosa en la más abyecta miseria. Pero su desgracia no acaba aquí, pues el mismo cura que le había negado el permiso para el matrimonio y quien vive amancebado con una mujer y es padre de varios niños, le niega, después de muerta, el ser enterrada "en sagrado" por haber vivido ella en concubinato. En la obra están representados todos los grupos sociales de Puerto Rico: hay un hacendado criollo, buen mozo y elegante aún cuando monta a caballo en medio de la peor tormenta que, además es médico, amante de la ciencia moderna y enemigo de las supersticiones y de las injusticias sociales. El otro portavoz de la crítica social es un joven del pueblo de "cetrino y anguloso semblante," deslenguado y de mala catadura. Esta es la única ocasión en toda esta literatura en que un campesino pobre y feo es valiente e inteligente

en sus exposiciones. En las obras de este período (ensayo y ficción) la defensa del pueblo proviene siempre de arriba, en forma paternalista. Este personaje de Brau es una excepción. En cambio, el sacerdote, representante del clero, es repulsivo física y espiritualmente.

La denuncia socio política y religiosa de la colonia es mucho más fuerte, en este texto, que la que aparece en *Las clases jornaleras* y en *La campesina*. La razón para esto fue, probablemente, que Brau se sentía más protegido para decir lo que quería desde una obra de ficción, aunque proclamara que había sido tomada del natural. Además, Brau utiliza un recurso para evitarse problemas con el gobierno que ya había usado en sus ensayos: habla de las injusticias como "cosa del pasado", ya superada en el presente .

De acuerdo a lo que sabemos ahora de la historia de Puerto Rico en la época en que Brau escribe la novela, las situaciones que describe en esta obra y las razones que los campesinos tienen para actuar en la forma en que lo hacen concuerdan más con la realidad social que las explicaciones y justificaciones dadas en sus dos ensayos sociológicos y en los análisis de Francisco del Valle Atiles y de Zeno Gandía. Cuando Brau describe lo que observa y apela a sus propias explicaciones, sin acudir a sacerdotes famosos ni a científicos sociales europeos, se acerca mucho más a la realidad social puertorriqueña: los problemas, desventuras y miserias de los campesinos de *La pecadora* no provienen de su falta de educación, mucho menos de sus deficiencias biológicas. Son causados por el sistema de injusticia social en que viven. Es probable que la falta de vínculos de Brau con los intereses de la élite hacendada le permitiera expresar en su literatura un acercamiento a las necesidades verdaderas del pueblo del que carecieron otros autores.

Contrario a las explicaciones dadas por Brau en sus ensayos como causa para la promiscuidad sexual de la campesina, la joven de la novela es engañada por el "señorito" de la casa en circunstancias de terrible desventaja para ella. Muy interesante es la descripción que da el narrador de la hamaca que hay en el miserable bohío en donde vive la campesina con su primo. Contradice a cuantos hablaron de este artefacto, desde Fray Iñigo hasta Zeno Gandía, quienes la consideraron un aliciente a la pereza entre los jíbaros. Dice el narrador de *La pecadora* :

> Otro madero central servía para sostener el caballete del cobertizo, pendiendo de él y de uno de los ángulos exigua y pringosa hamaca.
>
> Al hablar de hamaca no se imagine algún lector, poco avisado en las cosas de nuestra tierra, que se trata de una de esas redes de flexibles y delicadas mallas, entretejidas con la fibra del útil agave americano, conocido vulgarmente, con el nombre de maguey, y las que más de un adusto moralista execra como generadoras del ocio, sin duda porque no ha gustado sus deleites. La hamaca, que constituía el mueble principal de aquel bohío, se hallaba formada por groseras cabullas, trenzadas con la paja que envuelve las mazorcas del maíz, anudadas entre sí con cortezas de majagua, y a fe, que, ni por su enana extensión ni por su negativa suavidad, podía prestar aquel utensilio alienzo a la holganza.
>
> Grande debía ser el cansancio del que, plegado sobre aquellas cuerdas, lograba dar descanso a sus fatigados miembros. [108]

Tanto en los ensayos de Brau como en *La pecadora,* se advierte una preocupación por el hecho de que el campesino es juzgado desde afuera, sin conocer realmente cómo vive ni cuáles son sus problemas. Dice el narrador de la novela:

> Describamos el local, ya que hemos dibujado el personaje. Inútil descripción -puede que murmure alguno-. ¿Quién no ha visto un rancho de Puerto Rico?
>
> Verdad que sí; mas es fácil que algunos que creen haberlos visto, no sepan lo que en su interior encierran. [109]

También se preocupó Brau siempre de señalar, justo es decirlo, que si el campesino no comía bien era por falta de comida y si carecía de comodidades era porque eran inaccesibles a él, no porque las rechazara aunque las tuviera a su alcance. En *La pecadora*, el narrador, después de describir la mísera e incómoda hamaca que colgaba del techo del bohío, dice: "Y sin embargo, esa grosera hamaca era el único signo que revelaba en aquella morada ese instinto de comodidad innato en el hombre así salvaje como civilizado." [110]

Notas

[1] A.G. Quintero Rivera, *Conflictos de clase y política en Puerto Rico.* Cerep, cuaderno 2 (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1976), p. 18.

[2] Borrador de traducción por Luis C. Bothwell Travieso, Herbert H. Lehman College, CUNY.

[3] Véase: Pilar Barbosa de Rosario, *Historia del autonomismo puertorriqueño: El ensayo de la autonomía.* Vol. VII (San Juan: 1975), p. 9.

[4] A.G. Quintero Rivera, p. 18.

[5] Juan Angel Silén, *Hacia una visión positiva del puertorriqueño* (Río Piedras: Editorial Edil, Inc. 1970), p. 47. La cursiva es del autor del libro.

[6] Elena Zeno de Matos, *Manuel Zeno Gandía, documentos biográficos y críticos* (San Juan: 1955), pp. 41-42. Esta descripción, marcada por un juicio estético elitista y europeizante es la clásica de lo que aún hoy constituye para algunos latinoamericanos una persona de "tipo fino": piel blanca, ojos azules, nariz delgada. En el caso de Zeno, lo único que le faltaba para ser perfecto, según su hija, era un poco más de estatura (rasgo también asociado con la raza blanca): "aunque de estatura mediana;" pero compensa esta deficiencia con una "figura esbelta y su andar pausado." No está claro lo que quiere decir "cabeza bien formada," pero pensamos que será más bien pequeña y sin ningún rasgo demasiado sobresaliente. Estas características, según su hija, lo hacían diferente de la mayoría de las personas. Lo que quiere decir realmente es, diferente de la mayoría de los puertorriqueños. En una sociedad cuyos componentes raciales hubieran sido distintos a los de la puertorriqueña: Francia o Alemania, por ejemplo, Zeno hubiera sido muy semejante al resto de sus compatriotas.

[7] Margarita Gardon Franceschi, p. 18.

[8] Inédito, propiedad de sus familiares. Véase: Francisco Manrique Cabrera, "Manuel Zeno Gandía: poeta del novelar isleño", en Elena Zeno de Matos, *Manuel Zeno Gandia*, p. 10.

[9] Ibid., p. 17.

[10] Ibid.

[11] Ibid., p. 18.

[12] Margarita Gardón Franscechi, p. 16.

[13] Bernal Díaz del Caney, *Entrevista con M. Zeno Gandía,* en: Elena Zeno de Matos, *Manuel Zeno Gandía, documentos biográficos y críticos* (San Juan, Puerto Rico: 1955) pp. 181-82.

[14] Margarita Gardón Franscechi, p. 17.

[15] Ibid.

[16] Paul Estrade, *José Martí, militante y estratega* (La Habana: Centro de estudios martianos, Editorial de Ciencias Sociales, 1983), p. 135.

[17] Ibid., p.22.

[18] Ibid., p. 19.

[19] Ibid.

[20] José A. Gautier Dapena, *Baldorioty, apóstol* (San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1970), p. 120.

[21] Ibid., p. 121.

[22] *Ramón Emeterio Betances,* Selección y prólogo: Haroldo Dilla y Emilio Godínez, Colección Pensamiento de Nuestra América (La Habana: Casa de las Américas, 1983), p. 34.

[23] Margarita Gardón Franscechi, p. 20.

[24] Ibid.

[25] Ibid., p. 21.

[26] Iris Zavala, "Puerto Rico, siglo XIX: literatura y sociedad," *Sin nombre,* Vol. VIII, Num. 1, p. 17.

[27] Ibid., p. 17

[28] Ibid., pp. 17-18.

[29] José A. Gautier Dapena, *Trayectoria del pensamiento liberal puertorriqueño en el siglo XIX,* p. 52.

[30] Ibid.

[31] Margarita Gardón Franceschi, p. 25.

[32] Ibid., p. 26.

[33] Ibid.

[34] Véanse los expedientes no. 37, 37, 472 y 473 de los extranjeros residentes en Puerto Rico provenientes de Córcega en, Estela Cifre de Loubriel, Catálogo de extranjeros residentes en Puerto Rico en el siglo XIX (Río Piedras: Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1962).

[35] Véase: Guillermo A. Baralt, *Yauco antes de las minas de oro cafetaleras* (1840-1870), Conference on New Approaches to Puerto Rican History, Lehman College, p. 10

[36] Ibid., p. 28.

[37] Véase: Fernando Picó: "Deshumanización del trabajo, cosificación de la naturaleza; Los comienzos del café en el Utuado del siglo XIX," en *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX*, pp. 193-194.

[38] Fernando Picó, *Libertad y servidumbre...*, p. 126.

[39] Véase: Fernando Picó, *Libertad y servidumbre,* pp. 128-129.

[40] Véase el capítulo II de esta tesis, p. 86.

[41] Fernando Picó, *Libertad y servidumbre...*, p. 130.

[42] Olga Jiménez de Wagenheim, "La mujer puertorriqueña durante el siglo XIX: esbozos para un estudio," ponencia presentada ante la *V Jornada. Seminario de Estudios de la Mujer (Culturas de Iberoamérica)* (Madrid: Universidad Autónoma, abril 1 de 1985), pp. 4-5.

[43] Véase: Fernando Picó, *Libertad y servidumbre,* Cap. VI.

[44] Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de literatura puertorriqueña,* t.I, p. 339.

[45] Ibid.

[46] Antonio S. Pedreira, *La actualidad del jíbaro* (Boletín de la Universidad de Puerto Rico, Serie VI, Num. 1, Septiembre, 1935), p. 7.

[47] Esta perspectiva del pueblo de los autores puertorriqueños es común en los escritores del resto de América Latina para esta época y corresponde a la ideología burguesa liberal.

[48] Ramón Méndez Quiñones, *Los jíbaros progresistas*, en Edgar Martínez Masdeu y Esther M. Melón, *Literatura puertorriqueña, antología general* T.I, siglo XIX (Río Piedras: Editorial Edil, Inc., 1970), pp. 233-73.

[49] Manuel Fernández Juncos, *Galería puertorriqueña de Manuel Fernández Juncos* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1958), p. 236.

[50] "Partidos políticos", p. 211.

[51] Manuel Alonso, pp.195-199.

[52] En casi todos los países de Latinoamérica hubo escritores que atribuyeron el atraso de sus pueblos a las llamadas razas inferiores. La solución que proponían era, la mayoría de las veces, el blanqueamiento y educación del pueblo. Para un excelente resumen de estas posiciones y de sus más prominentes representantes, véase: Jean Franco, *The Modern Culture of Latin America: Society and Artist,* (England: Penguin Books Ltd., 1970). Son especialmente importantes la Introducción y el capítulo 2: "The Select Minority: Arielism and Criollismo, 1900-1918".

[53] "La campesina," en *Ensayos*, p. 104.

[54] Salvador Brau, "Las clases jornaleras de Puerto Rico", en *Ensayos (disquisiciones sociológicas)*, (Río Piedras: Editorial Edil, Inc., 1972), p. 13.

[55] Ibid.

[56] Ibid.

[57] Ibid., p. 14.

[58] Ibid., pp. 17-18.

[59]Ibid., p. 26. La cursiva es mía.

[60] Ibid., p. 27.

[61] Ibid.

[62] Ibid.

[63] Ibid., p. 28.

[64] Ibid.

[65]Ibid.

[66] Ibid.

[67] Ibid., p. 29.

[68]Ibid., p. 31.

[69] Ibid.

[70] Ibid., p. 30.

[71] Ibid., p. 31.

[72] Ibid., pp. 31-32.

[73] Ibid., p.33

[74] Ibid., p. 38.

[75] Ibid., p. 39.

[76] Ibid., p. 43.

[77] Ibid., p. 44

[78] Ibid., p. 45.

[79] Ibid., pp. 45-46.

[80] Ibid., p. 46.

[81] Ibid., p. 46.

[82] Ibid., pp.49-50.

[83] Ibid., p.62.

[84] Ibid., p. 63.

[85] Ibid., p. 69.

[86] Ibid.

[87] Ibid., p. 72

[88] Ibid., p. 73.

[89] "La campesina," en Salvador Brau, *Ensayos* (Río Piedras: Editorial Edil,1971), p. 106.

[90] Brau afirma que no existían escuelas públicas en Puerto Rico, pero Olga Jiménez dice en su ponencia sobre la mujer puertorriqueña en el siglo XIX que "Entre los documentos municipales de Camuy de 1859 aparecen noticias

de la enseñanza que se le impartía a niños tanto como a niñas. Las dos escuelas del pueblo informaron que seguían el mismo currículo, excepto que la de los varones enseñaba también aritmética." El número de alumnos y alumnas de estas dos escuelas era muy reducido: 13 pudientes y 14 pobres en la de varones y 3 pudientes y 19 pobres en la de niñas. pp. 8-9.

[91] Ibid., pp. 105-106. La cursiva pertenece a Brau.

[92] Ibid., p. 109.

[93] Ibid.

90 Ibid.

[95] Ibid., pp. 109-110.

[96] Ibid., p. 113. La cursiva pertenece a Brau.

[97] Ibid., p. 112.

[98] Ibid., p. 116.

[99] El magisterio era uno de los pocos empleos remunerados para las mujeres de la clase media. Véase: Olga Jiménez, p. 8.

[100] Ibid., p. 119.

[101] Ibid.

[102] Las maestras que enseñaban en escuelas particulares cobraban a las alumnas de acuerdo a la posición económica de las familias de las educandas. Para las mujeres que enseñaban en escuelas públicas, la ley disponía que se les pagaran 2/3 partes del sueldo que devengaban los maestros. En la realidad, frecuentemente las mujeres cobraban mucho menos. En 1865 doña Efigenia Burgos, de Mayagüez, se quejaba de que ella devengaba un sueldo de 33 pesos mensuales por enseñar 80 niñas mientras que al maestro del pueblo le pagaban 125 pesos por enseñar 50 alumnos. El ayuntamiento falló a favor de doña Efigenia y "recomendó que se le pagaran 83 pesos mensuales." Véase: Olga Jiménez, p. 9.

[103] Ibid., p. 120.

[104] Ibid., p. 122.

[105] Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de literatura puertorriqueña,* t. I (San Juan de Puerto Rico: Instituto de cultura puertorriqueña, 1970), p. 341.

[106] Salvador Brau, *¿Pecadora?* (Río Piedras: Editorial Edil, Inc., 1975), p. 179.

[107] Ibid., p. 181.

[108] Ibid., p. 185.

[109] Ibid., p. 184.

[110] Ibid., p.185.

Capítulo IV

Segunda parte: Puerto Rico de1887 a 1897.

En 1887 el premio del Ateneo Puertorriqueño recae nuevamente en un ensayo sobre el campo: *El campesino puertorriqueño,* de Francisco del Valle Atiles. Valle Atiles había sido educado en los Estados Unidos, era médico, viejo amigo de Zeno Gandía y pertenecía al Partido Autonomista. La sección del ensayo en que analiza las "condiciones intelectuales y morales," comienza diciendo que el desarrollo intelectual del campesino puertorriqueño es un mal "de una evidencia desconsoladora," [1] pero este atraso es "el resultado lógico de la lentitud con que se realiza el progreso general del país." [2] Acto seguido, Valle Atiles cita la "Memoria acerca de la Feria exposición de Ponce", de José R. Abad, que dice: "el progreso de la agricultura es el progreso de la sociedad en general, puesto que "la historia de la agricultura es la historia de la civilización". [3] Hasta aquí el ensayo sigue un razonamiento lógico: el campesino está "atrasado" porque el país lo está. Pero inmediatamente después el autor dice:

> Más (sic) el atraso del arte de cultivar la tierra no es sino una secuencia de la deficiencia intelectual de los agricultores, por lo cual no es un absurdo deducir de aquél el poco camino que en la senda de su ilustración ha recorrido el grupo que venimos estudiando. [4]

De aquí en adelante, después de alabar la Cédula de Gracias que "favoreció la inmigración en el país de gente entendida en las prácticas agrícolas," [5] el ensayo se convierte en una búsqueda de quién vino primero,

el huevo o la gallina, para explicar el poco adelanto agrícola de la isla. Antes que analizar, el autor trata de persuadir al lector, apelando a todos los argumentos con que cuenta su arsenal intelectual, muy al día en teorías antropológicas y sociológicas, de que en última instancia, el responsable del atraso de Puerto Rico es el jíbaro. Las principales víctimas de su deficiencia no son ellos mismos, aunque también se perjudican, innegablemente, sino el hombre civilizado, los agrónomos y los propietarios que ven estrellarse todo su esfuerzo contra la impericia del encargado de trabajar la tierra:

> es innegable que el esfuerzo del hombre de mejor voluntad y más versado en los conocimientos agronómicos fracasa si al llevarlos a la práctica se encuentra con brazos inútiles por su impericia, o, lo que es peor, rebeldes a todo lo que no sea rutinario.[6]

Obsérvese que, según este autor, la indiferencia del campesino por la innovación no es consecuencia de su falta de educación, sino una característica idiosincrática. Las técnicas modernas fracasaban debido a dos razones 1) la falta de educación agrícola *o* 2) la renuencia a poner en práctica nuevos métodos. Afirma que "estas apreciaciones no son personales," [7] y después dice:

> Nos pesa tener que insistir tanto en señalar el atraso de nuestro campesino, precisamente en lo que le incumbe más de cerca: pero es cumplir con deber hacerlo y lo cumplimos, corroborando lo que, cuantos escritores han tratado este asunto en Puerto Rico, han dicho antes que nosotros. [8]

Examina Valle Atiles la forma de sembrar del campesino puertorriqueño. Toma como base las observaciones que hizo Fray Iñigo Abad, en el siglo XVIII, sobre el campo de Puerto Rico y las compara con los estudios del antropólogo inglés Edward Burnett Tylor, en el siglo XIX, sobre los "salvajes errantes australianos." En el siglo XVIII, en Puerto Rico no se utilizaba el

arado: se sembraba plantando las semillas en un hoyo que se abría en la tierra con la punta de un palo puntiagudo. Igual lo hacían los salvajes australianos, según Tylor. Entonces, comenta Valle Atiles:

> Desconocer el arado en el siglo diez y ocho es casi inconcebible en un pueblo civilizado; siendo así, que en el valle del Nilo fué ya conocido, siquiera fuese rudimentario, ese beneficio útil de labranza... [9]

La conclusión que se desprende del razonamiento de Valle Atiles es que el campesino puertorriqueño está en el mismo grado de desarrollo intelectual que el "salvaje errante australiano." No menciona en ningún momento lo que era conocido por todos y que menciona Salvador Brau en *Las clases jornaleras...* : la carencia de instrumentos agrícolas obedecía a las mismas razones que obedecía la falta de todo producto de importación: la política comercial monopolista de España.[10] Después compara al jíbaro de nuevo, ahora con el campesino "yankee". La comparación con el salvaje australiano sirvió para demostrar lo parecidos que son uno y otro, la comparación con el norteamericano demuestra las enormes diferencias que existen entre las prácticas de trabajo de los dos grupos, y esto se debe a la incapacidad del puertorriqueño para asimilar el progreso:

> Tal deficiencia resalta evidentemente cuando comparamos los elementos de que se vale para verificar su labor el campesino puertorriqueño, con los que tiene a su disposición el labriego norteamericano, por ejemplo. Mientras que el *yankee* tala, ara, siembra y recolecta, utilizando para ejecutar todas estas operaciones instrumentos perfeccionados, a beneficio de los cuales realiza su trabajo, hasta con cierta comodidad, el jíbaro rutinero en sus prácticas y desconocedor de otros aperos que los primitivos, se fatiga en faenas que a aquél le son fáciles. [11]

Obsérvese que si este párrafo dijera solamente que el campesino se fatiga innecesariamente debido a que es"desconocedor de otros aperos que

los primitivos", esta afirmación implicaría falta de educación. En cambio, al afirmar, además, que el jíbaro es "rutinero en sus prácticas" se está emitiendo un juicio sobre su carácter. Recordemos que Salvador Brau hace lo contrario de Valle Atiles al referirse al campesinado de países más desarrollados que Puerto Rico: afirma que no es posible comparar al jíbaro con el hombre de campo de aquellos países. A lo largo de todo el ensayo, lo importante para Valle Atiles es que la agricultura prospere, no el bienestar del jíbaro, aunque por supuesto, del jíbaro dependía el estado de la agricultura. Al comparar el trabajo del campesino norteamericano con el del puertorriqueño, dice Valle Atiles:

> y no es sólo que el labrador de Puerto Rico necesite producir mayor cantidad de trabajo muscular y que gaste más tiempo en sus faenas, sino que *a la postre los productos con que la tierra corresponde a sus afanes, acaso no resistan la competencia de la producción norteamericana, obtenida -gracias al empleo hábil de máquinas y de buenos instrumentos de mano- con menos costo.* Así se explica que nuestra isla pague tributo a otros países comprándoles frutos como maíz, arroz, patatas y otros que la tierra borinqueña puede producir en cantidad suficiente para anularlos de la importación, y que al labrador le sería dado a cosechar con beneficio positivo de sus intereses, *decidiéndose a pisar nuevas sendas en el cultivo de sus campos.* [12]

Hoy sabemos que la agricultura de mercado, necesaria para "modernizar" la isla, se implantó a costa de dedicar gran parte de la tierra y los brazos que se utilizaban en el cultivo de los frutos menores a la siembra de productos de exportación. Sin embargo, también de esta deficiencia culpa Valle Atiles al campesino. Su discurso, incoherente desde el punto de vista lógico, es coherente al nivel de la ideología: su ensayo expresa el interés de los hacendados que necesitaban explotar al jíbaro, pero a la vez su condición de patricio criollo, imbuido de un paternalismo tradicional, lo obliga a sentirse responsable por esa parte de la sociedad. Son "nuestros campesinos," de

quienes está hablando. El juicio adverso se justifica, ante los demás y ante sí mismo, "demostrando" que su opinión proviene del análisis objetivo e impersonal. El estilo del ensayo muestra una escisión entre "nosotros," los hacendados que estamos haciendo grandes esfuerzos por sacar adelante este país y "ellos," los campesinos reaccionarios al progreso, pero con los que nosotros como patricios, tenemos una responsabilidad:

> la temperatura habitual de nuestro suelo no permite un desarrollo considerable de fuerzas, continuado por muchas horas, sin perjuicio para la salud, de modo que, instintivamente, el hombre siente aquí repugnancia por los trabajos muy fuertes. Añádase a esto la miseria orgánica del jíbaro, ya indicada, y desde luego apreciamos la importancia que tiene para la riqueza agrícola el que *sus brazos* utilicen los ventajosos sistemas o instrumentos que la civilización *nos ha proporcionado.* [13]

El pronombre "nosotros", de la oración "los ventajosos sistemas o instrumentos que la civilización nos ha proporcionado", no incluye al campesino, por supuesto, dado que éste ignora hasta los rudimentos más elementales de la vida moderna. Más adelante dice:

> Si pasamos a examinar las manifestaciones de la industria, no seremos más afortunados en el descubrimiento de los progresos que anhelamos para nuestra clase rural. *Refractario el campesino a toda innovación,* mira con desconfianza los pocos adelantos que la industria azucarera ha adoptado en el país y hay que verle menospreciarlos y sonreir maliciosamente, dándose aire de perspicaz, cuando por desgracia es testigo de algún fracaso de las empresas progresistas; entonces atribuye el mal éxito a los inventos nuevos, y ni siquiera se le ocurre, si puede comprender, que en muchas de estas ruinas intervienen como factores, ya una ilustración profesional incompleta, ya falta de aptitudes agrícolas y de crédito, con frecuencia los excesos de la usura y acaso la misma ignorancia de los brazos que ha sido preciso utilizar. [14]

En este párrafo se transparenta la posición de Valle Atiles de portavoz de su clase. El hacendado criollo se visualiza atrapado de un lado por las condiciones impuestas por el coloniaje español: la educación deficiente que recibe él mismo: "ilustración profesional incompleta," de la que ya se

lamentaba Alonso en *El gíbaro* y la falta de crédito o, cuando lo consigue, las condiciones de usura que le son impuestas. Del otro lado está la falta de cooperación del jíbaro que se resiste a ofrecer su apoyo incondicional al llamado "progreso". Atrapado entre el sistema colonial y la poca asiduidad al trabajo del jíbaro y teniendo como valor primordial de su escala su mejoramiento económico, el único camino que le queda al criollo es buscar la manera de explotar al campesino, ya que contra el gobierno colonial puede hacer muy poco utilizando los canales legales y nunca va a enfrascarse en una lucha frontal. En el ensayo se critica repetidamente el régimen colonial, pero en forma muy sutil y dejando claro que la crítica a ciertas prácticas gubernamentales no implica en ningún momento el deseo de separación (de la isla) de España. España es, en todo momento, "la patria" y Puerto Rico, una provincia de ella. La imperiosa necesidad que la clase hacendada tiene en aquellos años de mano de obra disciplinada y barata hace que su posición respecto al jíbaro no sea antagónica con la del gobierno español. Por ejemplo, Valle Atiles estima que el hecho de que el campesino no viva en poblado contribuye a su incivilización, posición que está de acuerdo con los esfuerzos gubernamentales realizados para que los jíbaros se mudaran al pueblo más cercano a donde trabajaban .

Durante el resto del ensayo, el autor analiza la vida del campesino, desde la vivienda hasta la música y religión. En cada una de las etapas que investiga, llega a la conclusión de que el campesino está subdesarrollado intelectualmente.

Las mujeres son juzgadas con benevolencia patriarcal nuevamente: son criaturas que se entregan al amor impensadamente. De ahí que el concubinato sea tan frecuente. Sin embargo, no se prostituyen, son fieles al

hombre que han escogido, o mejor, que las ha escogido a ellas y son buenas madres pues no abandonan a sus hijos. La diferencia entre los ensayos de Brau y éste es nuevamente que mientras Brau pone la mayor parte de la responsabilidad de los males en la sociedad: carestía de las dispensas matrimoniales, de las bodas, etc. Valle Atiles la pone en la propia mujer: no se casa debido a su deficiencia intelectual. El análisis de la vivienda concluye que el campesino está más atrasado que los indios taínos en el momento en que llegó Colón. Regresa al pensamiento de Fray Iñigo Abad, que había sido superado por Brau a favor de una explicación fundada en problemas socioeconómicos, y afirma que los jíbaros son frugales por "naturaleza": no les gusta comer, por eso están anémicos. De acuerdo también con el sacerdote español, dice que son hospitalarios y valientes.

Afirma Valle Atiles que el campesino no siente gran respeto por lo ajeno, pero este defecto es compartido por todas las clases sociales puertorriqueñas, afirmación que alude, indiscutiblemente, a la malversación gubernamental que sufría la colonia desde su fundación. Respecto a la crianza, piensa que la campesina prodiga un exagerado consentimiento a sus hijos. Este defecto, aunque en las mujeres del campo está más acentuado, abunda en la puertorriqueña en general.

Valle Atiles analiza la lengua del campo y hace observaciones acertadas que demuestran una observación minuciosa del habla del pueblo. Sin embargo, atribuye al campesino solamente las características propias de la lengua de todos los puertorriqueños y en ocasiones, de todos los latinoamericanos, como es el caso del seseo. Estas características son juzgadas como defectos al hablar, malos hábitos: "El alfabeto fonético del campesino carece de la c suave, así como de la ll, v, x, y z. . La c, al unirla

con las e é i, y la z, casi siempre las transforma en s, v.gr. serro, simarrón, sanja, sumo." [15] Nosotros nos preguntamos: ¿Pronunciaría Valle Atiles, cuando hablaba normalmente, *c*erro, *c*imarrón, *z*anja y *z*umo?

Sobre la música, estima que los instrumentos musicales de cuerda utilizados en Puerto Rico son versiones deficientes y degeneradas de los españoles: "Ninguno de estos instrumentos obedece en su construcción a una idea artística racional." [16] Aún así, dice que muchas veces de ellos salen agradables melodías. Alaba la imaginación y viveza de fantasía de muchos de los "cantares jíbaros," cualidades que, según Valle Atiles, obedecen a que los campesinos puertorriqueños son "meridionales descendientes de españoles, quienen poseen como pocos aquellas preciosas dotes." [17] No obstante esta afirmación respecto al origen español del campesino, admite que existen campesinos que no son blancos. Esos son los peores, pues "*existen algunas buenas disposiciones naturales, sobre todo en el jíbaro descendiente de la raza blanca, de cerebro bastante bien organizado,*" [18]

Critica los cuentos populares como productos de una fantasía descabellada: "no se encuentra en ellos cosa que llame la atención". [19] De la poesía popular piensa que está repleta de obscenidades. Sin embargo, cree que los temas amorosos a menudo son expresados con sensibilidad y hasta delicadeza. A pesar de su crítica, se percibe su gusto por mucha de esta poesía cuando cita numerosas coplas que le fueron facilitadas por Luis Muñoz Rivera, como las que siguen, que copia tratando de imitar el habla popular:

Nunca me digaj adioj
Cuando pol la caye baj,
Que parese que me disej
Adiój para nunca maj.

> Si doblasen laj campanaj,
> No preguntej quién murió:
> Ausente de tí, mi bia,
> ¿Quién pué sel si no yó? [20]

Todos los males de la sociedad puertorriqueña, desde la necesidad de importar aun lo que el país es capaz de producir en abundancia hasta el desastre ecológico que se produce en el campo para finales del siglo XIX, son achacados a la deficiencia del campesino, quien es descrito en forma similar a la que utilizará Zeno Gandía pocos años más tarde en *La charca.* Dice Valle Atiles: "este infeliz anémico." [21] Las talas despiadadas de los bosques se atribuyen a la ignoracia del carbonero que corta árboles valiosos para hacer carbón, no a la iniciativa de los propietarios:

> El carbonero, sobre contribuir a la destrucción inconveniente de los montes y quemar sin consideración maderas útiles, si llega el caso, persiste en hacer sus viejos hornos en los cuales el producto de su explotación disminuye. [22]

La solución sería, desde el punto de vista del ensayo, educar al jíbaro. Valle Atiles se afilia a la corriente reformista conservadora decimonónica de la que también participa Brau, pero el énfasis de Valle Atiles, a diferencia de Brau, recae en las deficiencias del campesino, antes que en las soluciones. El objetivo principal para educar al campesino no es su propio beneficio, sino hacerlo entender que debe trabajar con asiduidad para el hacendado criollo, pero mientras no se eduque, tarea de la que el gobierno es responsable, es una criatura tan ignorante e inferior que difícilmente cualifica como ser humano. Recuérdese el hincapié que hace Brau en la responsabilidad de los propietarios en el mejoramiento del jíbaro. Este paternalismo desaparece en el ensayo de Valle Atiles que muestra mucha mayor distancia entre las necesidades "del país", o sea, las de la clase hacendada, y las del campesino. Su visión del problema es más práctica y "científica," más acorde

con la modernidad del determinismo científico: él no alude a la Biblia, ni a la misericordia cristiana. A falta de la educación requerida, la única solución es poner leyes para someter al campesino.

La diferencia entre los ensayos de Brau y el de Valle Atiles es cuantitativa, no cualitativa: radica, antes que en la calidad del análisis, en el peso que cada uno atribuye a los distintos factores. Brau pone la mayor parte de la responsabilidad de los males del campesino en la sociedad y Valle Atiles en el propio campesino, aunque reconoce el abandono en que éste ha vivido siempre. Es cuestión de grados. Brau dedica largas páginas a justificar al campesino, a ofrecer soluciones y a abogar por su educación. Valle Atiles se dedica a analizar minuciosamente la conducta, los hábitos y las tradiciones campesinas para demostrar su atraso. El objetivo de Valle Atiles es que el campesino coopere con la nueva economía de cualquier manera. No estima que el propietario tiene la responsabilidad de educar al campesinado. La posición del autor de *El campesino puertorriqueño* es la del propietario interesado en defender sus intereses. La exposición de Brau es más coherente y su razonamiento no es contradictorio como el de Valle Atiles. Este último, aunque hace alarde de modernidad científica y acude a todos los científicos europeos y norteamericanos del momento para apoyarse, regresa a posiciones ya superadas por Salvador Brau, como las opiniones de Fray Iñigo Abad sobre la sobriedad del campesino. La razón para recurrir al sacerdote del siglo XVIII es, naturalmente, que la opinión del fraile refuerza la hipótesis de la deficiencia biológica.

Para la época en que escribe Valle Atiles el café ha alcanzado pleno auge. Los últimos quince años del siglo son,

> para la clase dirigente . . . una época brillante en que las ganancias rápidas se gastan rápidamente en esas hermosas casas que Ciales todavía conserva, en viajes de vacaciones en los que se deslumbra a los parientes payeses en Mallorca, en enviar a los hijos a estudiar leyes a Barcelona o medicina a los Estados Unidos, en exquisitos muebles de caoba y mimbre, y en espejos de cuerpo entero para reflejar los destellos de las lámparas de Baccarat. [23]

En la sociedad de esta época coexisten varias culturas: la del negro, la del campesino, la de la élite criolla. [24] Por supuesto, no son mundos totalmente aparte y existe un proceso de interpenetración cultural de los distintos grupos. La división cultural más tajante era entre la élite y la clase trabajadora. El siguiente texto, en el que se describe una tertulia en una hacienda puertorriqueña de la segunda mitad del siglo XIX, es un magnífico ejemplo:

> Terminada la faena de sol a sol, en la casa de don Pablo, la tertulia de comensales que, habiendo saboreado una cena opípara, charlan, ríen, cuéntanse chascarrillos, comentan, discuten; y en el batey de la tienducha al borde del camino vecinal, la tertulia de la peonada sudorosa y cansada, mataba su hambre engulléndose almojábanas, bacalao frito o mampostiales. Dos grupos étnicos totalmente diferentes; el blanco en la casa, y el negro en el camino. Aquél, acomodado en sillones y mecedoras suaves; éste, puesto en cuclillas, *ñangotao* como si quisiera dar un salto de fiera acorralada. En la casa, puros y cigarrillos. En el camino, cachimbos y mascaduras de tabaco. Champagne, cerveza y vinos, arriba. Guarapo, mabí y ron abajo. Por ambos sitios, cesasión (sic) del trabajo, pero con deleite arriba y con saudades abajo... En la tertulia de arriba se discutían temas avulsos, pero los más candentes eran los que envolvían la selva misteriosa de los hechos históricos... En la de abajo, nada lúcido surgía de aquel bosque de contorsiones negroides apretujado por el inextricable malezal hecho de pelos crespos y ensortijados. [25]

Mientras el pueblo, particularmente el campesinado, resulta cada día más degradado en los análisis que hacen de él los intelectuales criollos, la élite se encumbra a sí misma elaborando una genealogía mítica preponderantemente europea, racial y culturalmente. Pero para encumbrarse no basta con que ellos y sus familias, individualmente, provengan de ramas de familias prestigiosas de Europa, necesitan realzar el medio que los rodea, el origen de su cultura. Aunque todavía en el texto citado arriba el elemento negro aparece como básico en la constitución racial del trabajador, la intelectualidad de este período va relegando al olvido, en los textos, el mestizaje que fundó la sociedad puertorriqueña, no sólo en lo que respecta a la sangre, sino también en la historia y en la formación de la cultura. [26]

Si en un terreno tan concreto y visible como el racial se hicieron actos de malabarismo para desvincular en el mayor grado posible, aunque fue imposible hacerlo completamente, la formación del pueblo puertorriqueño de Africa, no menos se hicieron en el aspecto cultural. Veamos el caso siguiente: Utuado se constituye como pueblo en 1739. En 1746, su parroquia "se erige canónicamente, bajo la advocación de San Miguel."[27] Para trazar los orígenes de la devoción de los utuadeños a este santo y explicar por qué lo escogieron para patrón del pueblo, Manuel Alvarez Nazario ha recurrido a la inmigración canaria a Puerto Rico, (San Miguel era un santo popular en Islas Canarias) a pesar de que Utuado fue fundado por criollos, en su gran mayoría oriundos de Arecibo y "aunque algunos de los fundadores . . . puedan ser descendientes de canarios, no ha sido posible constatar la presencia de un solo natural de Canarias entre ellos.[28] Sin embargo, afirma Fernando Picó, la explicación más lógica parece ser la gran devoción al

santo que existía entre los morenos arecibeños, que llamó la atención al Obispo Pizarro en 1729, al visitar Arecibo:

> Hemos encontrado en la Visita la Cofradía del Archangel San Miguel . . . unos bancos que son unas juntas que hazen los morenos, en el día que es del arbitrio de su mayordomo, de hombres y mujeres, poniendo unaltar, y los que entran ban ofreciendo, y se reduce todo a saraos y bayles. [29]

Para aquella élite europeizada era inconcebible la posibilidad de que el santo patrón al que rezaban elegantemente vestidos los domingos hubiera sido escogido por africanos y sus descendientes. Por otra parte, Adolfo de Hostos atribuye la fundación de Utuado a catalanes y mallorquines, aun cuando los catalanes no aparecen en documentos utuadeños hasta las primeras décadas del siglo XIX, y el primer mallorquín que se ha podido encontrar residiendo en Utuado es Don Miguel Maestre, en la década de 1830, un siglo después de la fundación. [30]

> Para Morel Campos [historiador de Utuado que escribió a fines del siglo XIX] y sus informantes, la década del 1850 representaba el verdadero nacimiento de la economía cafetalera utuadeña, y por ende, del elegante y culto Utuado hispanizado de fines de siglo. Irónicamente, en nuestra época, los descendientes de los fundadores del partido sólo parecen conocer la historia de Utuado a través de la versión de los inmigrantes de la segunda mitad del siglo 19. Estos se adjudicaron los méritos de fundar escuelas y hospitales, de construir una nueva iglesia, de fundar asociaciones cultas y piadosas y de establecer un teatro y periódicos. Pero la obra fundamental de poblar la tierra correspondió a los vecinos de Utuado en el primer siglo y cuarto de su historia municipal. [31]

En el terreno político, a partir de 1880, el Partido Liberal va evolucionando hacia el autonomismo. A medida que los hacendados criollos van adueñándose de los medios de producción sus aspiraciones de alcanzar mayor control comercial y político aumentan. La situación se hace

particularmente tensa durante los años 1886-87 debido a que en aquellos años ocurre una contracción económica .[32] El sentimiento en contra de los comerciantes españoles llega a su máximo de tensión con la creación de sociedades secretas como *La torre del viejo*, destinadas a boicotear los comercios de peninsulares. En medio de este clima el Partido Liberal celebró en Ponce una asamblea magna. Fue una actividad sumamente difícil de organizar y de conducir por dos razones principalmente: la represión del gobierno amedrentó a muchos de los participantes, que se abstuvieron de asistir por miedo a las represalias y las divisiones internas del Partido obstaculizaba la toma de decisiones. Zeno, quien no fue molestado durante este período extremadamente represivo, [33] asiste a la asamblea de Ponce como representante de cuatro pueblos: Dorado, Humacao, Lares y Vega Baja.

Al clausurarse la actividad, bajo el liderato de Román Baldorioty de Castro, el evento había logrado su propósito de fortalecer el liberalismo, que salió unificado bajo el nombre de Partido Autonomista Puertorriqueño. El artículo 7 de la Constitución del Partido decía que "Habría de ser un partido regional sin nexo alguno a los partidos nacionales [de España]." [34] y con el programa Autonomista Cubano de 1882. La mayoría de los miembros aceptó esta postura, pero hubo disidentes entre los líderes más prominentes del asimilismo que, a partir de aquel momento, se alejaron del Partido, entre ellos, Pedro Gerónimo Goico, José de Celis Aguilera, José Julián Acosta, Pablo Morales Martínez y Eurípides Escoriaza. El punto de unión de todos los liberales puertorriqueños era la petición de reformas.

> Sin embargo, no dejaban de simpatizar . . . unos con la monarquía española bajo Sagasta o Cánovas, otros eran republicanos seguidores del federalismo de Pi y Margall, o del posibilismo de

Emilio Castelar, o del centralismo de Nicolás Salmerón o del izquierdismo de Ruiz Zorrilla. [35]

Debido a que la representación de Puerto Rico tenía en aquel momento voz y voto en las Cortes españolas, a los partidos de la península les interesaba sobremanera que los partidos de la isla estuvieran unidos a ellos y que no funcionaran independientemente. Pero desde 1876 los partidos de España no tenían programa colonial, por consiguiente, el Partido Liberal de Puerto Rico abogaba por organizarse como partido regional. De la Asamblea de Ponce salieron unidos los liberales bajo el plan de Rafael María de Labra. Como partido regional el Partido Autonomista puertorriqueño lucharía por la descentralización o autonomía colonial.

Después de la Asamblea de Ponce el gobernador de turno en Puerto Rico, Romualdo Palacios, desplegó una ferocidad represiva tan grande en contra de todo lo que no fuera incondicionalismo, [36] que dejó marcado históricamente el 1887 como "El año terrible".

Para esta época, ya Zeno Gandía es una figura muy conocida y respetada en el ambiente político, cultural y científico de la isla. Entre los muchos textos que ha escrito se encuentra una *Higiene de la infancia* por la que ganó un puesto entre los miembros de la Sociedad pediátrica de Moscú. Igual que un gran número de intelectuales latinoamericanos de su época, rechaza la religión católica, percibida como retrógrada. Sin embargo, es un hombre muy religioso, creyente en un Dios dinámico, trabajador, "arquitecto del universo." Se convierte en masón y de 1885 a 1887 es venerable de la Logia Aurora de Ponce. Es, además, gran admirador de los Estados Unidos y

de los valores de sus instituciones, desde las más importantes hasta las pequeñas. Un ejemplo es el elogio que hace del *Ejército de salvación,* en su cuento, "La dicha en el pecado". En uno de los pasajes, dice el narrador sobre los Estados Unidos: "Una tierra hermosa, bañada en sol, terma de aire tibio, seno dehiscente y materno en donde si hay pobreza no hay hambre." [37]

Participa en las tertulias políticas que se celebran en el pueblo, "en casa de Rafael del Valle, de Vidal, de Francisco J. Amy, y aquellas que se celebran en la botica de Atocha." [38] Sin embargo, parece que la participación de Zeno no era muy activa pues Juan Arrillaga Roque en su libro *Memorias de antaño* afirma que en estas tertulias participaba "Zeno Gandia, que, sin ser muy entusiasta, no le negaba su concurso a todas las grandes ideas." [39] El Ateneo, institución de la cual es miembro activo, posiblemente, desde su fundación en 1876, lo invita "a participar en el homenaje póstumo de Manuel Corchado el 30 de mayo de 1886", [40] lo que demuestra su relevancia intelectual en aquellos tiempos.

En 1886 llega a Puerto Rico Francisco Cepeda, español asturiano, periodista que para aquella fecha ya había abogado, en España y en Cuba, por una autonomía moderada para las Antillas. El mismo año de su llegada funda la *Revista de Puerto Rico* en San Juan y la traslada a Ponce, centro del autonomismo en aquellos momentos, en 1887. Cepeda, de acuerdo a sus contemporáneos, revolucionó el periodismo en la Isla. Zeno Gandía admiraba su estilo, "ágil y combativo" y se hicieron muy amigos, tanto, que Zeno le sirvió de padrino en un duelo que sostuvo Cepeda con el doctor Goenaga en 1889.

Entre Baldorioty de Castro, que abogaba por un autonomismo radical, y Cepeda, que proponía junto a Rafael María de Labra una fórmula más moderada para el Partido Autonomista Puertorriqueño, se desarrolló una fuerte rivalidad. En aquellos momentos Luis Muñoz Rivera comenzaba a descollar en el periodismo y apoyó a Baldorioty. Se desató una furibunda lucha en la prensa entre las dos facciones que culminó con una proposición de duelo por parte de Muñoz Rivera. El duelo nunca llegó a realizarse porque Cepeda no lo aceptó. Finalmente, el asturiano se marchó de la Isla en 1892 y Muñoz lo despidió con su editorial "Buen viaje."

En 1889 muere Baldorioty de Castro. Después de su muerte se inicia una nueva etapa para el liberalismo puertorriqueño.

El 2 de noviembre de aquel año Martí publica un artículo en *La nación* de Buenos Aires en el que comenta el Congreso Internacional que se celebra en Washington. Martí alerta sobre el peligro que representa para Latino América la ambición expansionista de los Estados Unidos:

> Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede liberar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

El discurso de Martí, tajante y definitivo, añade:

> No fue nunca la de Norteamérica, ni aun en los descuidos generosos de la juventud, aquella libertad humana y comunicativa que echa a los pueblos, por sobre montes de nieve, a redimir un pueblo hermano, o los induce a morir en haces, sonriendo bajo la cuchilla, hasta que la especie se pueda guiar por los caminos de la redención con la luz de la hecatombe. Del holandés mercader, del alemán egoísta, y del inglés dominador se amasó con la levadura del ayuntamiento señorial, el pueblo que no vio crimen en dejar a una masa de hombres, so pretexto de la ignorancia en que la mantenían, bajo la esclavitud de los que se resistían a ser esclavos. [41]

Parece que Zeno escribe *La charca* en el período que va de 1888 a 1890. [42] En 1889 publica un cuento, *Rosa de Mármol*, y al año siguiente otro, *Piccola* que son muy bien acogidos por la crítica literaria.

En 1889 Zeno viaja a La Habana y a Nueva York, más bien por razones de salud. En Cuba participa en una tertulia en casa de doña Lola Rodríguez de Tió. El Conde Kostia, famoso recitador cubano que había contribuido con sus interpretaciones a popularizar los poemas de Zeno, especialmente "Abismos" y "La palmada", está también presente. Zeno recita "Abismos". En los periódicos de la Habana se habla de este viaje informando que el visitante es el autor del poema "La palmada", y que sufría de dispepsia. Al llegar a Nueva York, José Martí organiza una velada en su honor. En aquella ocasión Zeno vuelve a recitar "Abismos." Durante su visita a la ciudad se reúne frecuentemente con el escritor cubano Francisco Sellén y escribe varios artículos, entre ellos, "Cosas de Nueva York", un cuadro plástico de la urbe neoyorquina, y "Conflicto angloamericano", un estudio de las costumbres de la ciudad a la luz de su historia. En esta época también escribe un juicio crítico sobre la poesía de Sellén. [43]

En junio de este mismo año, Luis Muñoz Rivera funda el periódico *La democracia* . Según José Gautier Dapena, Muñoz era "un jíbaro recio que . . . resuelve instalarse en Ponce para fundar un periódico. . . . Es joven, inteligente, combativo, valiente -sobre todo valiente-." [44] Sin embargo, si leemos la interpretación que de este período histórico hace Pilar Barbosa de Rosario, concluiremos que la taimada actuación de Muñoz lo condujo a imponer al liberalismo puertorriqueño su política "practicista" u "oportunista," como él mismo la designaba. [45] Para Maldonado Denis, Muñoz fue "el más sagaz y oportunista de los políticos autonomistas." [46]

Desde las páginas de *La democracia* Muñoz, quien afirmaba en fecha tan tardía como 1890: "Hemos nacido en tierras de Borinquen, que son tierras de España como las de Cádiz y Cantabria," [47] comienza una campaña abogando por la "nacionalización" del Partido Autonomista Puertorriqueño, posición que habían rechazado los liberales desde la fundación del Partido Liberal Reformista en 1870. Decía Muñoz Rivera que las probabilidades de que Puerto Rico consiguiera la autonomía aumentarían considerablemente con la unión del Partido Autonomista a uno de la península que favoreciera este status para la isla. A esta proposición se opuso un grupo de liberales encabezados por José Celso Barbosa y Manuel Fernández Juncos, quien desde su periódico, *El buscapié,* combatió la postura de Muñoz Rivera. Para este sector, la renuncia del Partido Autonomista a ser una institución regional independiente, equivalía a traicionar el ideal autonómico y pensaban que antes que ayudar, esta fusión entorpecería el proyecto. Pensaban también, quienes se oponían a Muñoz, que la motivación principal de éste eran sus ambiciones personales, antes que los mejores intereses de Puerto Rico.

En 1891 la *Revista de Puerto Rico* publica un artículo titulado "Los fariseos" en contra de Luis Muñoz Rivera. Desde *La democracia,* Muñoz contesta a Francisco Cepeda, director de la Revista y acusa a Manuel Zeno Gandía de ser el autor del artículo. Muñoz reta a Cepeda a un duelo que el asturiano no acepta y por su parte Zeno Gandía reta a Muñoz. Este se niega al duelo debido a que, según dijo, había sido mal informado y ahora estaba convencido de que Zeno no había sido el autor del artículo causante de los problemas.

> Hidalgamente [dice Margarita Gardón Franscechi] Muñoz Rivera retira las frases ofensivas que por información equivocada había dirigido al Dr. Zeno Gandía y así consta en el acta y en el artículo Paréntesis que apareció en *La Democracia* el 5 de noviembre de 1891. [48]

Muñoz Rivera trata, mediante su campaña en el periódico, de ganar adeptos para la causa fusionista. Desespera de no encontrar en el pueblo el entusiasmo y la esperanza en las soluciones políticas que él necesita para el éxito de su proyecto. Muñoz afirma:

> las viejas energías...decaen los ánimos viriles... [y] el país... [va] descendiendo... en marcha lenta y segura por la pendiente fácil de una atonía...de una laxitud, de un relajamiento sin nombre y sin precedente en la historia. [49]

> Aquí las muchedumbres son indiferentes al movimiento de los partidos. En una hora dada, seducido por el acento de un orador elocuente, arderá en ellas... la llama de un efímero entusiasmo; pero caerá más tarde en su indolencia habitual, sin que la propaganda ejerza una acción durable y tónica. [50]

Al celebrarse aquel año la segunda asamblea del Partido Autonomista, en Mayagüez, Muñoz lanza oficialmente su propuesta de alianza con el Partido Liberal Fusionista de Práxedes Amadeo Sagasta. Después de una acalorada discusión con José de Diego, en la que éste último llamó al pacto

propuesto por Muñoz "pacto vil," de Diego enmendó la propuesta de Muñoz opinando que el pacto se debía hacer con los "posibilistas" [51] de Emilio Castelar, que era una facción republicana. Finalmente, la asamblea acordó:

> Desestimar la moción presentada por los señores Luis Muñoz Rivera y José de Diego, en que proponen que el Partido Autonomista concrete alianzas con el Fusionista acaudillado por el señor Sagasta, que es el más liberal dentro de la Monarquía o con el Republicano posibilista, acaudillado por el señor Castelar, que es el más conservador dentro de la República, prefiriendo al que en iguales condiciones ofreciera mayores garantías a la rápida consecución de los fines que perseguimos. [52]

En lugar de esta moción, Fernández Juncos presentó una enmienda al Artículo 7 de la Constitución del Partido de 1887 que decía lo siguiente:

> La Delegación, de acuerdo con el Léader del Partido [Labra] y por medio de los comisionados que designe y que éste presidirá, quedan facultados para acordar y realizar inteligencias o alianzas del Partido Autonomista Puertorriqueño con los demócratas peninsulares que acepten o defiendan el sistema autonómico-administrativo de las Antillas. [53]

Este nuevo Artículo 7 aprobaba la búsqueda de pactos con partidos democráticos de la península, pero no la fusión que perseguía Muñoz Rivera. Después de esta asamblea, Muñoz reanudó su campaña a favor de la fusión desde *La Democracia* . Una serie de polémicas alrededor de este tema concluyeron con su retirada del Directorio. Más tarde propuso la disolución del Partido, que no fue aceptada, se separó del Partido Autonomista y declaró *La Democracia* órgano independiente.

Entre los principales oponentes al pacto se encontraba José Celso Barbosa, admirador incondicional de los Estados Unidos y, por lo tanto, acérrimo opositor de la idea de un pacto con cualquier partido español. [54] Las simpatías de Barbosa por los Estados Unidos partían, en primer lugar, de sus

ideas liberales que lo hacían ver a aquel país como la meta de la democracia y el progreso. Eran ideas compartidas por todo el grupo de liberales puertorriqueños, principalmente los profesionales, que veían la solución del problema social en la "modernización". Pero además, en segundo lugar, las simpatías de Barbosa obedecen a un juicio subjetivo motivado por su experiencia personal en aquel país. Así, exonera al gobierno norteamericano, por ejemplo, del racismo existente en aquella nación. Estimaba que eran problemas provocados por individuos, no por una política oficial.

Barbosa, ante la campaña de Muñoz Rivera para impulsar el pacto con Sagasta, publica un artículo en que expone una lista de razones por las que se opone. Entre otras cosas, decía:

> Siendo Sagasta gobierno, tuvo que soportar el elemento liberal los atropellos y vejámenes del general Sanz...
>
> Siendo Sagasta gobierno, tuvimos que soportar al general Palacio y los atropellos del 87...
>
> Siendo Sagasta gobierno se reformó la municipal y provincial, para la Península, pero no se hizo extensiva la reforma a Puerto Rico. [55]

Mientras Eugenio María de Hostos, Emeterio Betances, Sotero Figueroa, Rius Rivera, Pachín Marín y el resto de los independentistas puertorriqueños pensaban con Martí que

> Unas son en el porvenir, como han sido unas en el pasado, el alma de Lares y el alma de Yara. Unos son hoy en la preparación, como fueron ayer en la cárcel y el destierro, los cubanos y los puertorriqueños. Unos han de ser en la acción, para acelerar, con el esfuerzo doble, la libertad común. [56]

el cubano Rafael María de Labra, paladín del autonomismo, era elegido por séptima vez Diputado a Cortes por los distritos de Sabana Grande, Yauco

y Cabo Rojo. Su política en aquel momento era llevar a cabo "una intensa campaña en la prensa española para crear opinión favorable a las ideas autonomistas, separando los intereses puertorriqueños de los cubanos." [57]

Muñoz continuaba enfrascado en su disputa por conseguir el fusionismo con el partido de Sagasta y los liberales que se le oponían continuaban empeñados en conseguir de España el autonomismo, sin pactar. A Muñoz lo preocupaba el sector liberal que deseaba la anexión a los Estados Unidos. En marzo de 1891 afirmaba en el artículo "Los remedios del mal", desde *La Democracia:*

> La anexión a los Estados Unidos es rechazada por todos los progresistas que se sienten orgullosos de su sangre latina. La rebelión separatista que ni uno solo entre nosotros defiende y que dadas las condiciones de este pueblo, es una utopía irrealizable. La autonomía neta que no encaja en el sistema colonial español, que jamás nos concederán los gobiernos de Madrid.

Mientras, José Martí fundaba, en febrero de 1892 el Partido Revolucionario Cubano, en Tampa. "El Partido Revolucionario Cubano [afirmaba Martí] es la unión de pensamiento y voluntad de todas las organizaciones cubanas y puertorriqueñas del destierro." [58] Y el artículo primero de los estatutos del Partido decía:

> El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico. [59]

Respecto al proyecto autonómico, decía Martí el 26 de marzo de 1892, desde el periódico *Patria,* [60] de Nueva York, órgano del Partido:

> La autonomía sería una palabra grata al cubano, al puertorriqueño, *puesto que autonomía sólo quiere decir gobierno propio,* si el autonomismo no hubiese descompuesto los elementos necesarios para el gobierno propio. . . . La independencia, que se anhela para

> fundir en el trabajo victorioso de la creación del pueblo nuevo los factores que pueden debilitarlo o rendirlo al extraño si se aflojan o divorcian, jamás podrá ser la continuación de la obra tortuosa, indecisa, descorazonada, parcial de la autonomía.

Y consciente de que los autonomistas, antes que a su patriotismo están respondiendo a sus intereses económicos, afirma Martí en el mismo discurso:

> No es la caja sólo lo que hay que defender, ni es la patria una cuenta corriente, ni con poner en paz el débito y el crédito, o con capitanes de palaciegos unas cuantas docenas de criollos, se acalla el ansia de conquistar un régimen de dignidad, de justicia, en que el palacio del derecho sin empujar de atrás ni de adelante, sean capitanes todos.

A pesar del repudio que sentía Martí hacia el movimiento autonomista, el 14 de mayo de aquel año publica un artículo en *Patria* en honor de Baldorioty de Castro. El artículo aboga repetidamente por la unidad antillana. Recuerda, en tono y contenido, la carta que Betances dirigiera a la Logia Masónica de Puerto Príncipe alrededor de 1870. Dice Martí:

> las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir se tienden los brazos por sobre los mares, y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas. [61]

Siempre en busca de esta unidad, Martí dedica su homenaje, no al "contemporizador forzado, al nacionalista flojo, al político de compromiso, al mero liberal reformista" que algunos habían visto en Baldorioty, sino al hombre para quien la autonomía fue

> el modo de congregar, en acuerdo con su geografía e historia, las fuerzas irreductibles del país, que en todo sistema de gobierno han de estar congregadas, a fin de que pudiesen buscar sin peligro ni desorden una forma más feliz el día que se comprobara la insuficiencia y falsedad de la autonomía, como se hubiese comprobado a poco de su establecimiento, o la imposibilidad de conseguirla.

> Los tres pueblos hermanos, las tres islas que se han de salvar juntas, o juntas han de perecer, han hecho bien en coronar de flores en la fiesta de Azua [República Dominicana] al bueno, al puro, al sagaz, al rebelde, al fundador, al americano Román Baldorioty Castro. [62]

Por esa misma época recibe Betances una carta en la que un grupo de patriotas, entre ellos Martí, le piden su contribución para la fabricación de un monumento a Baldorioty. Betances responde que le parece un proyecto "digno de elogios." Le piden, también, que escriba un artículo sobre Baldorioty para un libro que se proponen publicar en homenaje al líder autonomista. Betances, demasiado dolido por la actitud de todos los autonomistas, dice con la honestidad que lo caracterizaba:

> la presencia de un artículo firmado con mi nombre en el libro que ustedes se proponen publicar no serviría sino para impedir su venta en Puerto Rico. Usted sabe que en nuestro país los separatistas están anatemizados hace tiempo; y yo no me siento capaz de hacer un trabajo que les dé razón a los autonomistas de hoy ni a los de ayer. [63]

En 1893, Sagasta, el líder del partido español con quien quería Muñoz Rivera fusionar el Partido Autonomista Puertorriqueño, fija "una cuota electoral de diez pesos para la pacífica y leal isla de Puerto Rico, mientras en la rebelde Cuba mantenía cuota contributiva mínima de cinco pesos." [64] Muñoz Rivera escribe un artículo titulado "El insulto", donde señalaba que

> mientras a los cubanos, que piden con el trabuco en la diestra, se les arroja un mendrugo de justicia, a los puertorriqueños, que acuden a la súplica en vez de acudir a la manigua, se les deprime y se les abofetea rebajándolos a ciudadanos de tercera categoría dentro de la familia española.[65]

En 1892 Matías González García publica su cuento *La primera cría* , antecedente del naturalismo que practicaría más tarde. En este cuento se censuran los abusos cometidos contra los pequeños propietarios campesinos. En 1893 aparece su novela *Cosas,* la primera obra naturalista que se publica en Puerto Rico. En 1894 Zeno Gandía publica *La charca* y anuncia que ésta es la primera de once novelas que ha planeado sobre la sociedad puertorriqueña y que llevarán por título: *Crónicas de un mundo enfermo.*

Durante la década del noventa, muchos ven claramente el interés creciente de los Estados Unidos por las Antillas. Cada día más, el mercado de Cuba y Puerto Rico depende del vecino del norte para la venta de sus azúcares y la adquisición de manufacturas y productos agrícolas. El sector anexionista no ve el interés de los Estados Unidos por las dos islas con preocupación, sino con beneplácito. Las tensiones entre Estados Unidos y España, debido al conflicto de intereses económicos respecto a las Antillas, aumentan. En 1895 ambos países subieron sus impuestos. Esta circunstancia encareció las mercancías de los Estados Unidos e hizo más difícil vender el azúcar de Puerto Rico. Esta situación provocó una crisis en la isla que produjo numerosas quiebras comerciales y protestas obreras.

El 24 de febrero de 1895 estalla nuevamente la guerra en Cuba.

> Tan pronto se recibió la noticia, [en Puerto Rico] el Directorio Autonomista se presentó ante el Gobernador para manifestarle su adhesión al gobierno y dejar constancia de su protesta formal por la acción revolucionaria. El Gobierno de Madrid recibió con suma satisfacción el mensaje de los autonomistas puertorriqueños. [66]

Muñoz Rivera inmediatamente declaró que Cuba, como Puerto Rico, no estaba preparada para una revolución y que era imposible que José Martí, el

gran escritor residente en Nueva York, estuviera involucrado en una "revuelta de bandidos," como él llamaba a la guerra recomenzada: "No se dejen arrastrar los hombres de buena voluntad por semejantes propagandas. Los bandidos no pueden ser más que bandidos." [67] Y continúa diciendo en esos mismos días en *La Democracia* (7 de marzo) en una recia campaña porque el ejemplo de Cuba no contagiara a los puertorriqueños: "Partidas de bandidos de diez hombres no hacen la independencia de ningún pueblo." Pero en aquel momento ya había noticias de que Martí y Máximo Gómez se encontraban, efectivamente, peleando en Cuba, por lo tanto, Muñoz tiene que admitir esta posibilidad. Entonces cambia el tono y dice: "Gómez y Martí en los campos de Cuba significan la resurrección de Yara, reivindicando el Zanjón, guerra terrible y sin tregua que habrá de ser por mucho tiempo una sangrienta cuchillada en el costado de la patria." Sin duda, la patria a que se refería era España. Cuando va a Madrid ese mismo año para gestionar el pacto con un partido español, envía numerosas crónicas hablando de la fiereza de la pelea por parte de los dos bandos de la "patria."

Muy consciente de las intenciones expansionistas de los Estados Unidos y temeroso de que sus planes autonomistas con España sean interrumpidos, escribe, también en marzo de 1895:

> El pueblo anglo-americano es vecino peligroso, especialmente para Cuba, Haití, La República Dominicana y Puerto Rico. Es necesario fiarse poco de sus declaraciones. Precisa no dormirse y tener los ojos muy abiertos por el canal de La Florida. No son a ese respecto, de las más tranquilizadoras las tradiciones angloamericanas.
>
> Ahí está México, invadido y desmembrado por la ambición del coloso. Ahí está Nicaragua, a donde fue un día suscitando incovenientes y dificultades.

> Es la República Norteamericana excesivamente poderosa para que deje de ejercer presión sobre las débiles Repúblicas latinas. Alerta, pues. [68]

Es interesante comparar el parecido que existe entre este artículo de Muñoz, respecto a las intenciones de los Estados Unidos hacia Latinoamérica, con el de Martí que había aparecido en *La Nación* casi seis años antes. Sin duda, los líderes del autonomismo entendían muy bien cuáles eran las intenciones de los Estados Unidos. En lo que difieren radicalmente los autonomistas, los anexionistas y los independentistas es en el juicio que hacen de las intenciones de los Estados Unidos. Mientras los anexionistas esperan con ansia el desprendimiento de Puerto Rico de España para unirse a la nación del Norte, los autonomistas recelan de sus intenciones porque no estiman conveniente separarse de España, pero no proponen ninguna acción para evitar el peligro. Los independentistas, como Martí y Betances, insisten en tomar acción para impedir la intervención de Estados Unidos.

Mientras Muñoz abogaba por soluciones diplomáticas, Betances, ya viejo y enfermo, recolectaba dinero en París para la revolución cubana, esperanzado con que la independencia de Cuba sería el primer paso para la independencia de Puerto Rico. Rius Rivera y Pachín, entre otros, marchaban a Cuba a pelear y José Martí el ocho de mayo de aquel año, 1895, pocos días antes de morir, escribía desde Dos Ríos, Cuba, a Manuel Mercado:

> Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber -puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo -de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas y los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. [69]

El 19 de mayo, once días después de haber escrito esta carta, muere Martí. Lo sucedió como Delegado del Partido Revolucionario Cubano Tomás Estrada Palma, quien no poseía ni el patriotismo ni la visión de futuro de Martí.

De acuerdo al análisis del autonomismo, la guerra de Cuba era un arma de doble filo para el futuro inmediato de Puerto Rico. Podía resultar fatal para su política "posibilista" si el pueblo, contagiado por el ardor de los cubanos decidía seguir el ejemplo y lanzarse a las armas. Matienzo Cintrón escribía a Barbosa en junio de 1896:

> El estrépito de las armas en Cuba, los vítores de Cayo Hueso y Nueva York, aumentados al atravesar la atmósfera de injusticia que nos rodea, empiezan por ensordecer primero, por fijar la atención después, y concluyen por penetrar en lo más hondo de la conciencia insular, empeñada en llamar a las puertas de la nacionalidad cerradas para siempre. [70]

Pero si se lograba evitar la conflagración la revolución cubana beneficiaría a los autonomistas: alegando fidelidades y presionando al asustado y débil gobierno de España conseguirían concesiones a fin de evitar un desastre parecido al cubano: "A nadie escabapa [decía Matienzo Cintrón en 1896] que la situación de Cuba traería reformas a Puerto Rico." [71]

Debido en gran parte al temor ante la guerra de Cuba, Matienzo se alía con Muñoz en la campaña para unirse al Partido Monárquico de Mateo Sagasta, pensando que había llegado la hora de "españolizar a Puerto Rico."

En 1896 Muñoz inició "una vigorosa campaña de prensa popularizando la idea de un pacto con Sagasta." Después de muchas discusiones, el partido decide enviar una comisión a Madrid a tantear la opinión de los partidos españoles. Son nombrados como comisionados: Muñoz Rivera,

Matienzo Cintrón, José Gómez Brioso y Federico Degetau y González. Antes de partir, Muñoz envió a Pedro J. Fournier a Nueva York, con instrucciones de entrevistarse con el Dr. Julio Henna, presidente de la Sección Puerto Rico de la Junta Revolucionaria Cubana, para informarle sobre los acuerdos tomados y pedirle una carta firmada por él, en que extendiera una invitación a la Comisión para ir a Nueva York. A Julio Henna, que quería la independencia como puente para conseguir la anexión a los Estados Unidos, no le interesaba conseguir la autonomía con España. Fournier llegó a Nueva York en agosto de 1896. Solicitó la carta y, además, la promesa de aplazar todo plan revolucionario hasta que se conocieran los resultados de las gestiones que habrían de realizarse en Madrid. Si la Madre Patria no atendía al justo lamento de los autonomistas, los comisionados "amenazarían con regresar por Nueva York, uniéndose al movimiento revolucionario." Obsérvese que no dicen los mensajeros de los autonomistas que se unirían al movimiento revolucionario, sino que amenazarían con unirse. La carta les fue negada, así como la promesa de ordenar la suspensión de las actividades revolucionarias, limitándose Henna a asegurar que los Comisionados serían cordialmente recibidos si regresaban por aquella ciudad. [72]

Al llegar a España, la comisión comprueba inmediatamente que la situación es sumamente difícil. Según les dice Rafael María de Labra, en la primera entrevista que sostienen:

> El gobierno [de España] no tiene rumbo fijo, no sabe qué hacer y lucha con tenacidad con la fortuna adversa. Aquí nadie habla de política. Todo el mundo está absorto y con la mirada fija en Cuba y en Filipinas. La atención peninsular no tiene otra dirección que esperar con angustia el resultado del supremo esfuerzo -el último que hace la nación al enviar el refuerzo de los 40 mil hombres. De esto depende todo. ¿Habrá éxito? Nadie lo sabe. Si lo hay, y esto tiene que saberse en un plazo muy breve, lo que aquí ha de suceder nadie puede preverlo. La crisis es profunda. El gobierno

> no resistirá. ¿Quién lo sustituye? Los liberales están profundamente destrozados. . . . Hay que descartar, pues, al partido liberal. Los republicanos no se entienden. [73]

Labra dice que no cree posible el éxito de la misión con Sagasta y menos con los republicanos. Por lo tanto, si Sagasta aceptara "hacer suyo el programa del partido autonomista," [74] debía aceptarse la proposición inmediatamente, "aunque hubiera que hacer algunas modificaciones" [75] al plan de los puertorriqueños.

José Gómez Brioso afirmaba en una de sus cartas desde Madrid: "Hay aquí para todos una perfecta indiferencia para conocer los asuntos de Puerto Rico; no suena, ni se le conoce, ni se le quiere conocer." [76] La preocupación en España era la guerra de Cuba y la de Filipinas:

> Los informes de Filipinas cada vez de tonos más sombríos, porque acusan una extensión grande, que no se temía, en aquel movimiento insurreccional. Las noticias de Cuba que no satisfacen completamente la expectación pública, toda vez que se había ofrecido, casi solemnemente, al pueblo español, que al comenzar la seca comenzarían los grandes ataques contra Maceo y hasta la hora presente, no hay anuncios de sensación. [77]

Gómez Brioso lamenta los problemas de España, una "nación tan grande como desventurada." [78] de cuyo lado está en la contienda contra Cuba y Filipinas. "La pacificación de Cuba" era clave para el giro que tomarían los acontecimientos. El 7 de diciembre de 1896 muere Antonio Maceo. Con él muere también Panchito Gómez Toro, hijo del General Máximo Gómez, pero la guerra de Cuba continúa.

Este año publica Zeno Gandía, *Garduña*, la segunda obra de su serie *Crónicas de un mundo enfermo.* Esta obra, cuya trama se desarrolla en el cañaveral, fue escrita antes que *La charca.* [79] Además, escribe varios

memorandums pidiendo al gobierno de los Estados Unidos protección para el azúcar y el café de Puerto Rico.

La Comisión autonomista permanece en España hasta principios de febrero de 1897. Durante esos meses, sus miembros visitan a la familia, asisten a obras de teatro y a conferencias y sostienen numerosas entrevistas con los jefes de los principales partidos políticos de la península. Muñoz, empeñado a todo trance en sellar un pacto con quien tuviera mejores oportunidades de llegar al gobierno, manipula la situación a favor de su tendencia, la impulsa y al fin la impone. Inclusive logra que Gómez Brioso lo apoye y firme el compromiso, "aunque individualmente se dice republicano." [80] Federico Degetau, el único integrante que disiente de las opiniones de Muñoz, escribe a Manuel Rossy: "Yo no entiendo ese dualismo. [de Gómez Brioso] Lo que resulta claro es la sugestión completa que sobre él ejerce Muñoz."[81]

A principios de 1897 la Comisión regresa de España. Muñoz Rivera trae la aprobación de Sagasta para fusionar el partido autonomista puertorriqueño con el liberal monárquico. La fusión representaba, por supuesto, la desaparición del Partido Autonomista puertorriqueño. En lo adelante, el partido, fusionado, apoyaría completamente la política del partido de Sagasta, tanto en la isla como en la península. El acuerdo de la comisión provoca grandes disgustos en el ala comandada por Barbosa que ve en el acuerdo una traición a sus ideas republicanas. En una asamblea celebrada en San Juan, en febrero de ese mismo año, el partido autonomisma queda dividido en Partido Liberal Fusionista, con Muñoz Rivera al frente y Partido Autonomista Historíco o Puro, comandado por Barbosa.

Este grupo de "patricios incompletos," como los llamó Martí en 1892, cuando advertía que el pueblo puertorriqueño debía desconfiar de ellos porque "el amor a su pueblo cede antes a la seguridad personal que al honor del sacrificio," [82] pone toda su energía en este momento en propagar la idea de la autonomía y en tratar, sobre todo, de pacificar al pueblo. Matienzo Cintrón, quien cifraba sus esperanzas para el bienestar de la isla en el esfuerzo individual antes que colectivo, en el amor a la familia (lo que significaba, según él, desechar la idea de la revolución) y en el ahorro, aunque pocos tenían qué ahorrar, se preocupaba hondamente en 1897 ante la decisión de su amigo Mattei Lluveras de levantarse en armas en el pueblo de Yauco:

> Matienzo era un convencido de la inutilidad de la lucha revolucionaria en suelo puertorriqueño. En ocasión en que las circunstancias lo llevaron a vivir en casa de su amigo de Yauco, don Antonio Mattei Lluveras, tuvo oportunidad de oir de labios de su anfitrión los argumentos favorables a la idea y proyectos que delineaba la Sección de Puerto Rico del Comité Revolucionario Cubano, que operaba desde Nueva York. Mattei presumía de ser uno de los pocos puertorriqueños que creían en el uso de la fuerza para llegar a la independencia de Puerto Rico. Matienzo le oía meditabundo, reflexivo, y en charlas de sobremesa calificaba de ensueños aquellos planes. Opinaba que la revolución era inaccesible e inconveniente, destinada a degenerar en pueril asonada, luego de ocasionar gravísimos males a la patria puertorriqueña. También le preocupaba la tenacidad de Mattei, a quien no lograba disuadirle, y menos convencerle. Habiéndose recrudecido la lucha en Cuba, Matienzo observaba y temía a las simpatías que demostraba el país hacia la revolución cubana. El pacto le parecía adecuada panacea para fulminar la fiebre separatista y tal podría sacar al partido airosamente del fracasado retraímiento para convertirlo en colaborador de España. [83]

Obsérvese que en este pasaje se dice que Mattei Lluveras era "uno de los pocos puertorriqueños" que creían en la revolución y más adelante se afirma que Matienzo temía a "las simpatías que demostraba el país hacia la revolución cubana." Estas afirmaciones, aparentemente contradictorias, lo

son sólo en apariencia, puesto que se está hablando de dos grupos sociales diferentes. Entre los únicos habitantes de Puerto Rico que ellos consideran "puertorriqueños", la élite criolla, los revolucionarios eran muy pocos, era verdad; entre el pueblo, la causa revolucionaria, aparentemente, gozaba de grandes simpatías.

En marzo de aquel mismo año ocurre lo que tanto temían los autonomistas: hay un levantamiento en el pueblo de Yauco. La rebelión es sofocada rápidamente por las autoridades. Una vez más, los autonomistas se apresuran a mostrar su rechazo a todo intento de revolución y su adhesión al gobierno colonial. Muñoz Rivera escribía un artículo el 29 de marzo de 1897 titulado "Ante todo la paz":

> ...ya no existe ni el motivo más remoto de inquietud. Hay en las cárceles unas decenas de campesinos presos. Hay en los campos unos centenares de soldados españoles. Reina en todas partes, no sólo la paz, nunca puesta en litigio, sino la calma serena de los pueblos que buscan en el trabajo su bienestar y su vida.

Al día siguiente de este artículo, Muñoz escribe otro, "Calma perfecta," en el que elogia entusiasmadamente al gobernador Sabás Marín por su capacidad para haber exterminado al nacer el levantamiento armado.

El gobernador Sabás Marín informaba al gobierno de España el 3 de abril de 1897:

> Los partidos políticos me han prestado desde el primer momento todo su apoyo moral significado en leales protestas de adhesión, si valiosas en lo que se refieren al partido incondicional como tradicionales en él, inapreciables en cuanto al partido fusionista por emanar de quienes en la protesta eterna jamás las hicieron tan expresivas y concretas respecto a la nacionalidad y las instituciones. [84]

Matienzo coopera con la pacificación recorriendo la isla para pronunciar discursos sobre la inutilidad de la lucha armada y las bondades y ventajas de dominar las propias pasiones. El 4 de abril de 1897, en Adjuntas, con pomposa retórica exhortaba al campesinado:

> Yo sé que allá, en vuestras agrestes soledades, cuando al caer meláncolico de la tarde os refugiáis en el interior de vuestros bohíos para descansar de las rudas faenas... entre los vaivenes de vuestra hamaca oís dos voces vagas y misteriosas que con igual fuerza solicitan vuestra atención.
>
> Una de ellas desliza a vuestro oído tentadoras insinuaciones y os dice con timbre enérgico y belicoso "Sí". La otra, más razonable y prudente repite con acento tranquilo y firma "No". Esta última es la que debe abrirse paso en vuestra conciencia; porque ella os muestra la senda que ha de conduciros al bienestar, al orden, a la paz, a la regeneración social y política.
>
> Cuando alguien os diga que es necesario combatir, que es preciso que demostréis que por vuestras venas circula sangre generosa y ardiente, que urge romper lazos que nos unen a la patria común, decidle: mientes. Y cuando por otra parte alguien os diga que ellos... sólo son dueños de esta tierra desventurada, que vosotros sois esclavos y que tenéis que someteros servilmente a sus predominios egoístas, a sus consupiscencias escandalosas, levantad la frente con orgullo y decidle así mismo: mientes. También se os dirá que es un deber amar a la patria; y el que esto os dice, mientras concita vuestros ánimos y trata de empujaros por senderos descarriados y peligrosos, contempla con el rabo del ojo la nave que conduce a puerto de salvación dejándonos abandonados a vuestra suerte tristísima.
>
> Para demostrar nuestro amor al terruño no es preciso el sacrificio de nuestra sangre...basta que luchemos dentro de nosotros mismos tratando de dominar y vencer nuestras pasiones, nuestros vicios, en cien pequeñas batallas diarias.
>
> Para amar la patria hay que empezar por amar a la familia, y para amar a la familia, hay que amar la economía, la sobriedad, el orden y la sencillez de las sanas costumbres que hacen a los hombres fuertes e independientes. El alcohol, el juego, la disolución, el amancebamiento, he ahí vuestros verdaderos enemigos...que os envenenan la sangre, obscurecen vuestra inteligencia, destruyen vuestra voluntad y os precipitan por la pendiente fatal de la miseria y quizás del crimen. [85]

Para esta época, la política de Puerto Rico responde a la intrincada madeja de intereses que sustentaban los participantes activos en la vida pública. La oposición que tradicionalmente se describe en términos de productores-criollos versus comerciantes-peninsulares y la división dentro del autonomismo en términos de hacendados de una parte y profesionales de la otra, es sumamente compleja. Numerosos peninsulares comerciantes se han hecho hacendados, entonces sus intereses como hacendados conflingen con la administración colonial. Muchos hacendados se han convertido en comerciantes para poder sobrevivir, subvencionando ellos mismos sus haciendas. Hay hacendados profesionales y profesionales hacendados, comerciantes criollos y hacendados peninsulares. Aparentemente, aquellos cuyos intereses económicos están vinculados, principalmente, al café, preferían la autonomía, ya que España, otros países de Europa y Cuba eran sus principales mercados. Aparentemente, quienes estaban enfrascados en la producción de azúcar y los profesionales que no estaban vinculados directamente a la agricultura, preferían la anexión con Estados Unidos, los primeros porque este país era el primer comprador del azúcar de Puerto Rico y los segundos porque veían en la unión con Estados Unidos el camino para la "modernización de la isla. [86] No obstante esas discrepacias de opinión, el hilo que los une a todos es su miedo a la ruina económica. Por evitarla, se oponen ferozmente a cualquier sugerencia de lucha armada. La mayoría de los criollos simpatizaban con "el ideal" de la independencia, pero no estaban dispuestos a pagar el precio que costaba. Esto sucedía con los autonomistas en general, tanto puertorriqueños como cubanos. Una gran parte de estos

últimos salieron de Cuba después que estalló la guerra del 95. Algunos fueron a vivir a París de las rentas de sus ingenios de azúcar o de sus haciendas de café. Sobre ellos escribía Luis Bonafoux años más tarde, en una crónica del Heraldo:

> La mayor parte de estas familias no estaban conformes con la marcha de la política del gobierno en Cuba, pero tampoco estaban conformes con la guerra; y en este trance iban tirando con el gobierno, como la mujer de la guaracha:
>
> -Dime tú, linda mujel,
> ¿Cómo te va con tu esposo?
> -El es un poco celoso
> !Pero me da de comer! [87]

Esta situación es la que provoca en Betances, que nunca dejó de luchar por lo que creía, un epistolario de amarga ironía al mencionar a los autonomistas. Un ejemplo es la carta que dirige a Justo Barros, en la que habla sobre Julián Blanco. Betances toma algunos párrafos de una carta que Julián Blanco le había enviado a él en 1867 y, a base de esto, escribe una carta él mismo como si fuera Julián Blanco. Con humor amargo, satiriza la falta de dignidad patriótica del autonomista:

> *El país necesita de reposo ante todo y yo también, y luego el gobierno de Madrid me ha hecho justicia en cuanto era compatible con sus tendencias* porque es preciso saber que hay justicia compatible y justicia incompatible y sólo los ignorantes no saben eso. Y no vaya nadie a *interpretar mal mis sentimientos ni a creer que mis ideas hayan variado en el fondo;* que en el fondo están para que allí se queden y no varíen. *Soy siempre el mismo* en la superficie *ansioso de que luzca en nuestro país la libertad y todos los bienes que de ella se derivan.* Eso sí; yo quiero la libertad bien mascada y que pueda tragarse sin causar ninguna irritación. Con esto roguémosle a Dios que nos dé larga y que gocemos echados al fresco patas arriba y sobándonos el estómago en el fango. Amén.

P.D. Si Segundo resucitara, no se volvería a morir; porque él como yo esperaba eso y mucho más de unos cuantos Blanquitos que conocemos. [88]

En noviembre de 1897 España concede la autonomía a Cuba y a Puerto Rico.

Notas

[1] "El campesino puertorriqueño: condiciones intelectuales y morales". Selección de la memoria sobre *El campesino puertorriqueño* por el Dr. Francisco del Valle Atiles, año 1887, en Eugenio Fernández Méndez, Crónicas de Puerto Rico, p. 507.

[2] Ibid.

[3] Ibid.

[4] Ibid.

[5] Ibid., p. 509.

[6] Ibid.

[7] Ibid., p. 513.

[8] Ibid., p. 511.

[9] Ibid., p. 508.

[10] Aparentemente, Valle Atiles culpa al campesino puertorriqueño de no haber inventado el arado, ya que ésta hubiera sido la única forma de tenerlo.

[11] Ibid., pp. 509-510. La cursiva es de Valle Atiles.

[12] Ibid. p. 510-511. La cursiva es mía.

[13] Ibid., p. 511. La cursiva es mía.

[14] Ibid., p. 511. La cursiva es mía.

[15] Ibid., p. 517.

[16] Ibid., p. 522.

[17] Ibid., p. 518.

[18] Ibid., p. 524. La cursiva es mía.

[19] Ibid., p. 521.

[20] Ibid., p. 519.

[21] Ibid.

[22] Ibid., p. 513.

[23] Fernando Picó, *Amargo café* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1981), p. 32.

[24] Véase: José Luis González, *El país de los cuatro pisos* y otros ensayos (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1988).

[25] Rafael Mártinez Alvarez, *El último alcalde español en las Américas* (México: Imp. Manuel León Sánchez, 1947). Este libro es la biografía de D. Fermín Martínez y Villamil, alcalde de San Juan en el momento en que llegaron los norteamericanos en 1898. Citado por José Luis González, "Literatura e identidad nacional en Puerto Rico", en *Puerto Rico: Identidad nacional y clases sociales* (Río Piedras: Ediciones Huracán,1979), pp. 57-58.

[26] La reciente novela de Rosario Ferrer, *Maldito amor* (México: Joaquín Mortiz, 1986), habla de este proceso.

[27] Fernando Picó, *Libertad y servidumbre* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1979), p. 19.

[28] Ibid.

[29] "Primera visita pastoral del obispo Pizarro al pueblo e iglesia de la Ribera del Arecibo", publicada por Generoso Morales Muñoz, *Boletín de Historia Puertorriqueña* I (1948-1949), 215. Citado por Fernando Picó, *Libertad y Servidumbre,* p. 20.

[30] Fernando Picó, *Libertad y servidumbre, p. 19.*

[31] Ibid., p. 16.

[32] Fernando Picó, *Historia general de Puerto Rico* (Río Piedras: Ediciones Huracán,1986), p. 212.

[33] Margarita Gardón Franceschi opina que tal vez Zeno, a pesar de su posición liberal, no confrontó problemas durante la campaña política liberal debido a la fama de conservador que aún tenía su padre. De acuerdo a testimonios orales de los familiares, él protegió a muchos de sus amigos y familiares que fueron perseguidos y exilados en aquella ocasión. *Manuel Zeno Gandía: Vida y poesía,* p. 29.

Aparentemente, el mismo Zeno, aparte de la posición política de su padre, mantenía buenas relaciones con algunos elementos conservadores.

Recuérdese que Pérez Moris, ultra reaccionario, lo invita a participar en el *Almanaque literario* que redacta.

[34] Pilar Barbosa, p. 11.

[35] Ibid.

[36] Véase: Lidio Cruz Monclova, *Historia del año de 1887,* 3ra. edición (Río Piedras: n.p., 1970); Antonio S. Pedreira, *El año terrible del 87* (San Juan: n.p., 1948).

[37] *Cuentos* (New York: Las Américas Publishing Company, 1958), p. 109.

[38] Margarita Gardón Franceschi, p. 28.

[39] (Ponce: 1910), p. 21. Citado por Margarita Gardón Franceschi. Nota al pie de la p. 29.

[40] Ibid.

[41] José Martí, *Antología Mínima*, t. 1, Selección y notas de Pedro Alvarez Tabío (Vedado, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1972), pp. 272-73.

[42] Elena Zeno de Matos, p. 173.

[43] Ibid., p. 31.

[44] José A. Gautier Dapena, *Trayectoria del pensamiento liberal puertorriqueño en el siglo XIX* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1963), p. 66.

[45] Pilar Barbosa de Rosario, *Historia del autonomismo puertorriqueño: El ensayo de la autonomía,* Vol. VII, pp. 19-40. Véase también el Vol. II de la misma serie, *Historia del pacto sagastino a través de un epistolario inédito*, Paréntesis preliminar, p. XVII.

[46] José Maldonado Denis, *Puerto Rico: una interpretación histórico-social* (México: Siglo veintiuno editores, S.A., 1969), p. 46.

[47] Luis Muñoz Rivera, *Obras completas*, t. 6, p. 54.

[48] *Manuel Zeno Gandía, vida y poesía*, p. 31.

[49] Luis M. Díaz Soler, p. 63.

50 Luis Muñoz Rivera, "Las causas del mal," *La Democracia,* 17 de febrero de 1891.

51 El "posibilismo," que marcó la pauta a seguir del autonomismo, consistía en trabajar concretamente por lo que se consideraba posible obtener, desde un un punto de vista práctico, renunciando a luchar por lo que se consideraba mejor idealmente.

52 Pilar Barbosa de Rosario, *Historia del autonomismo puertorriqueño...* Vol. VII, p. 21.

53 Ibid.

54 Véase: Antonio S. Pedreira, *Un hombre del pueblo, José Celso Barbosa* (San Juan de Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1965).

De origen humilde, provenía Barbosa de una familia de origen africano que había logrado situarse en una posición social acomodada. Según Antonio Pedreira, biógrafo de José Celso Barbosa, la familia se enorgullecía grandemente de que uno de sus miembros, abuelo de Celso, luchó bravamente en contra de una sublevación de esclavos. Dice Pedreira al relatar el episodio:

> Allá por los años que iniciaban el segundo tercio del siglo XIX, José María Barbosa desempeñaba en el pueblo de Bayamón la modesta plaza de colector del ayuntamiento. Era uno de esos puestos incómodos que fácilmente enajenaba la amistad de los deudores públicos contra el que lo desempeñaba. Pero ocurrió una vez que, en una gran hacienda en Toa Baja, se sublevaron los esclavos, y allá se fue José María con su valor por delante y consiguió sofocar el levantamiento. El gobierno premió su hazaña otorgándole una Cruz de Mérito, y el pueblo arropó en un cariñoso recuerdo a toda su familia. (p. 8).

La prosa eufemista y melosa de este pasaje dice, si lo despojamos de los eufemismos, que el abuelo de Celso estaba dispuesto a ascender socialmente a toda costa. Primero, tenía un puesto de cobrador en el ayuntamiento. Tenía que ser mal visto por la mayoría de unos contribuyentes que siempre tenían muy poco que contribuir y a los que, de una forma u otra, se forzaba a hacerlo. Mayor aún sería el resentimiento de sus compatriotas si el encargado de aquella tarea era un puertorriqueño. Respecto al episodio de la lucha contra los esclavos, no necesita comentarios. José María gana una condecoración de España por combatir a su propia gente.

Para principios de la década del noventa, José Celso Barbosa había estudiado medicina en Ann Arbor, Michigan, gracias a la ayuda del dueño del

ingenio San Antonio, de Bayamón. Antonio Pedreira explica el amor de Barbosa a la nación norteamericana:

> Fue el primer puertorriqueño que ingresó en aquella institución, donde eran escasísimos los estudiantes latinos. Recibió, como todos los alumnos extranjeros, aquella cordialidad hospitalaria que otorgaban sin miramiento alguno a los que allí llegaban de países lejanos.
>
> La ola negra del Sud no había subido por completo a los Estados del Norte y por lo tanto en dichas aulas no habían surgido todavías los ásperos problemas de las castas. (p. 29).

Según Pedreira, no había problemas porque no había negros, no porque no hubiera racismo. Si los negros nunca hubieran llegado a Ann Arbor, obviamente, no habrían existido los conflictos raciales. Continúa Pedreira:

> José Celso Barbosa no encontró allí aquella nube de prejuicios raciales que había dejado atrás y se dispuso a no ser un "licensiado de presidio," como le oyó decir al torpe oráculo del seminario. Ayer como hoy, en todas las universidades del Estado, existía la igualdad civil y en la de Michigan no se conocieron extraoficialmente las rivalidades de raza hasta muchos años más tarde en que la fomentaron el desarrollo de las fraternidades y la afluencia de estudiantes prejuiciados.
>
> Esa diferencia de ambiente, motivada mejor por el derecho que por la tolerancia, caló hasta los huesos al futuro médico y abrió su corazón para expresar sus simpatías por las instituciones americanas. (p. 29).

[55] Ibid., p. 133.

[56] José Martí, *Sobre las Antillas*, p. 99.

[57] Luis M. Díaz Soler, p. 65.

[58] "Persona y patria," en *Patria* (Nueva York: 1 de abril de 1893).

[59] Véase: "Bases del Partido Revolucionario Cubano", en *José Martí, Obras completas*, Vol I, pt.2 (Caracas: Talleres de Litho-Tip C.A., 1964), pp. 299-300..

[60] Junto a Martí trabajaban en el periódico Gonzalo de Quesada, Benjamín Guerra y Sotero Figueroa. Sotero Figueroa, puertorriqueño, además de

escritor "era el dueño de la imprenta donde se editaba y la puso a disposición de Martí." Joaquín Freire, *Presencia de Puerto Rico en la historia de Cuba* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975), p. 107.

[61] José Martí, "Las Antillas y Baldorioty de Castro", *Sobre las Antillas*, Selección, prólogo y notas, Salvador Morales (La Habana: Casa de las Américas, 1981), pp. 109-10.

[62] Ibid., p. 114.

[63] Carta a don Antonio V. Alvarado. 6 de febrebro de 1892. En Luis Bonafoux, *Betances,* pp. 282-83.

[64] Luis M. Díaz Soler, pp. 73-74.

[65] Luis Muñoz Rivera, *Campañas políticas,* t. I, pp. 84-87. Citado por Luis M. Díaz Soler, p. 74.

[66] Luis M. Díaz Soler, p. 90.

[67] Luis Muñoz Rivera, *Obras completas,* t. 6, p. 84.

[68] Ibid., p. 108.

[69] José Martí, "Carta a Manuel Mercado," en *José Martí: antología mínima,* t.1, pp. 263-264.

[70] Luis M. Díaz Soler, p. 97.

[71] Ibid.

[72] Luis M. Díaz Soler, p. 104.

[73] Pilar Barbosa de Rosario, *Historia del pacto sagastino a través de un epistolario inédito*, p.13.

[74] Ibid., p.15.

[75] Ibid.

[76] Ibid., p. 16.

[77] Ibid., p. 20.

[78] Ibid.

[79] Elena Zeno de Matos, p. 43.

[80] Pilar Barbosa de Rosario, p. 112.

[81] Ibid.

[82] *Patria*, Nueva York, 14 de marzo de 1892.

[83] Luis M. Díaz Soler, p. 98-99.

[84] Carmelo Rosario Natal, *Puerto Rico y la crisis de la guerra hispanoamericana (1895-1898)* (San Juan: Ramallo Brothers Printing Co., 1975), p. 320

[85] Luis M. Díaz Soler, pp. 124-25.

[86] Véase: A. G. Quintero Rivera, "La lucha por la hegemonía en la política colonial", en *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*, pp. 13-51.

[87] Luis Bonafoux, Betances, Prólogo, pp. LXIII-LXIV.

[88] Ramón Emeterio *Betances* , Selección y prólogo, Haroldo Dilla y Emilio Godínez (La Habana: Casa de las Américas, 1983), pp. 76-77.

Capítulo V

De la Carta autonómica a la Comisión a Washington: 1897-1899.

> [En el siglo XIX] la visión de pensadores y de la minoría dirigente no prevé . . . que ha de llegar una época en que no se calibre nuestro nivel cultural y social porque contemos con algunos centenares de profesionales y con un grupito de intelectuales que contemplan al jíbaro desde la altura de su *turris eburneas*, con a engolada gravedad de su saber.
>
> Miguel Meléndez Muñoz[1]
>
> Nuestro vino, de plátanos. Y si sale agrio, es nuestro vino.
>
> José Martí

Los autonomistas puertorriqueños y cubanos recibieron sumamente complacidos la Carta Autonómica. Los revolucionarios, de uno y otro país, no la aceptaron. El general Máximo Gómez advirtió al Partido Autonomista cubano que fusilaría a cualquier emisario que enviara a hablarle. El general Gómez pensaba que España estaba concediendo la autonomía porque tenía perdida la guerra. Muñoz Rivera, sin embargo, afirmaba que la autonomía no había sido concedida

> por imposición de nadie, no por amenaza, no por la fuerza, sino por la generosidad del pueblo español.

> Quien os diga que la intervención de la gran república del Norte de América, su fuerza portentosa, su poderío innegable, los cañones de sus buques, sus millones de hombres prestos a ser soldados, han podido intervenir por lo más mínimo en la concesión que os hace España, miente. . . . la autonomía es obra de vosotros, es obra nuestra: es obra del Partido Liberal a que pertenecéis todos, lo mismo que Moret, lo mismo que Sagasta, lo mismo que los liberales de todas y cada una de las provincias de la España peninsular, heroica toda; y esa autonomía porque es obra vuestra; esa gloria os pertenece. [2]

El 10 de diciembre, desde París, Betances escribía a un amigo: "El día 7, aniversario de la muerte de Maceo, hemos tenido un meeting lucido. . . . Todo fue protesta contra la autonomía, delirio incondicional por la independencia." Y terminaba diciendo: "Será lo que sea; pero no dejaremos de seguir *laborando*." [3]

El 9 de febrero de 1898 se implantó el nuevo régimen en Puerto Rico. Luis Muñoz Rivera fue nombrado secretario de Gracia, Justicia y Gobernación. El 15 de aquel mes explotó el acorazado Maine en la bahía de La Habana. Los Estados Unidos consideraron el acontecimiento como un acto de provocación de España. No obstante, el gobierno de este último país trató de solucionar el incidente por la vía diplomática.

En este momento Zeno Gandía tiene una vida muy activa. Además de su trabajo como médico, periodista y escritor, participa en numerosas actividades de la comunidad. Pertenece a la Real Sociedad de Amigos del País, a la Liga Obrera de Ponce, a La Aurora del Trabajo, una sociedad de gremios albañiles de Ponce y a La Fidelidad, un centro instructivo y caritativo de Yabucoa.

En Puerto Rico, después de establecida oficialmente la autonomía, el antagonismo entre los líderes de los partidos Liberal Fusionista y Autonomista Histórico continuó. Presionados por España para que llegaran a un acuerdo y siguiendo la sugerencia de Matienzo Cintrón, se unieron en un solo partido: Unión Autonomista Liberal. La junta central estaba formada por miembros de los dos partidos anteriores. Manuel Zeno Gandía era uno de los miembros, habiendo sido propuesto por los autonomistas históricos o puros. Fue una etapa difícil para este grupo. Después de una tormentosa campaña electoral en la que, aparentemente, Muñoz Rivera utilizó sus amplios recursos como secretario de Justicia y Gobernación para conseguir la victoria, el Partido Liberal Fusionista ganó las elecciones el 27 de marzo.

> Comenta Edward S. Wilson, que de acuerdo con los votos emitidos, o los puros tenían ideas exageradas de las fuerzas que creían tener o los liberales hincharon a gusto la votación. Afirma también que un candidato alcanzó más votos que el número de votantes con que contaba el precinto. [4]

> Don Julián Blanco, que se había retirado de las luchas políticas declaró ante el comisionado Henry K. Carrol, que en las elecciones había habido fraude. [5]

> En cambio, los liberales sostenían que las elecciones fueron perfectamente legales, siendo el número de votantes proporcionalmente igual al de los delegados en la Asamblea del 12 de febrero de 1897 en que votaron 79 fusionistas contra 17 no pactistas. Lo cierto es que la Unión Autonomista Liberal cesó inmediatamente, y los esfuerzos de Matienzo Cintrón por reorganizarla resultaron baldíos. [6]

Los incondicionales obtuvieron una votación insignificante. Los autonomistas se dispusieron a ejercer el gobierno, pero

> abril entró de mala manera con el establecimiento de la censura previa, el control de precios, la suspensión de las garantías constitucionales y el éxodo al campo de los asustados y acomodados sanjuaneros: eran las primeras ráfagas de la guerra hispano-americana. [7]

El 25 de aquel mes el Congreso de los Estados Unidos declaró la guerra a España. Es interesante recordar, en este momento, el análisis de Rafael María de Labra sobre la posición de España y Estados Unidos respecto a la situación política de Puerto Rico, después del regreso de la comisión autonomista a la isla en 1897. Al comentar la actuación de la comisión, decía en carta a Manuel Rossy:

> Tengo por cierto que los Estados Unidos (es decir, su Gobierno y sus elementos directores) temen la guerra con España, por lo mucho que aquel país tiene que perder y porque nadie sabe como concluyen las guerras. El Gobierno español discretamente también escusa [sic] la guerra y los Gabinetes europeos ya han comprendido que no pueden consentir, con su absoluta pasividad, que el problema se desarrolle en los términos planteados por la oposición radical de los Estados y de España. Además, yo no he creído nunca que los Estados llegarán conscientemente a la guerra por causa de Cuba. . . . Por supuesto que mi opinión deja fuera la eventualidad de un atropello ó una provocación americana ó española no prevista hasta el momento. [8]

Este comentario de Labra, paladín del autonomismo antillano, demuestra que el concepto de "realismo" como opuesto a "idealismo" era tan complejo y escurridizo en la praxis histórica de Cuba y Puerto Rico en el siglo XIX como lo es ahora. Los autonomistas siempre autodenominaron su pensamiento y su actuación como "realistas," "prácticos," en oposición a las "idealistas" y "utópicas" ideas y conducta de los separatistas. Sin embargo, para la década del noventa, ya hacía mucho tiempo que Martí y Betances veían como inminente el intento expansionista de los Estados Unidos sobre Cuba y Puerto Rico. Recuérdese la carta de Martí a Manuel Mercado, en la que decía que únicamente el reanudar la guerra conseguiría contener la acción avasalladora del Norte sobre Cuba y el resto de las Antillas. [9] La única posibilidad inquietante para Labra y que estima remota, es la que se convierte en realidad: un acto de provocación que fue, posiblemente,

directamente motivado por la decisión de los Estados Unidos de intervenir en Cuba y Puerto Rico. Este hecho muestra, una vez más, la grieta que siempre estuvo presente en la lógica autonomista.

El 24 de julio, ante la inminencia de la intervención norteamericana en Puerto Rico, Betances escribe a Julio Henna:

> ¿Qué hacen los puertorriqueños? ¿Cómo no aprovechan la oportunidad del bloqueo para levantarse en masa? Urge que al llegar las vanguardias del Ejército americano sean recibidas por fuerzas puertorriqueñas, enarbolando la bandera de la independencia, y que sean éstas quienes les den la bienvenida.
>
> Cooperen los norteamericanos, en buena hora, a nuestra libertad; pero no ayude el país a la anexión. Si Puerto Rico no actúa rápidamente, será para toda la vida una colonia norteamericana. [10]

Al día siguiente de haber escrito Betances esta carta, el ejército norteamericano desembarca en Guánica. Inmediatamente es clausurado el parlamento autonomista que se había inaugurado ocho días antes. Los independentistas anexionistas ven con beneplácito la invasión. La consideran el primer paso para convertir la isla en estado. Julio Henna había ofrecido su ayuda personal al ejército norteamericano para desembarcar con ellos como Comisionado Civil, pero el ejército no mostró gran interés en el ofrecimiento. [11] El general Miles desembarcó con un discurso en el que aseguraba al pueblo que la guerra no estaba dirigida contra él y prometía libertades y bienaventuranzas. Contrario al refrán que dice: "Más vale malo conocido que bueno por conocer" la mayoría del pueblo recibe complacida a los invasores. Seguramente pensaron que lo conocido era tan malo, que difícilmente podía llegarles algo peor: hasta arcos de flores pusieron en algunos pueblos para recibir las tropas norteamericanas. [12]

> La prensa -siempre tan diligente- dio la tónica y el 13 de agosto publicó artículos ensalzando la bandera americana; nueve días después se publicó en Ponce el primer periódico en inglés -*The Porto Rico Mail* - y pronto fue un best seller el librito Idioma Inglés en siete lecciones. El 30 de agosto Luis Muñoz Rivera exclamó al corresponsal del New York Tribune que Puerto Rico debía ser un Estado norteamericano.[13]

Se impone un gobierno militar en la isla. Muñoz Rivera, con la agilidad de mente, pluma y acción que lo caracterizaba cuando se trataba de beneficiar sus intereses, se dispuso inmediatamente a buscarle el lado bueno a la situación y aceptar el status de "territorio" que Estados Unidos otorgó a la isla en vez de la estadidad:

> El país estaría satisfecho con este sistema [de gobierno territorial] y bajo su protección se prepararía gradualmente para la estadidad, la máxima aspiración de los naturales de este país, que llegará en un corto plazo de tiempo si la cultura y la riqueza de la Isla son tomados en cuenta, pues equivalen a las de los pequeños estados de la Unión.[14]

Esta actitud de Muñoz Rivera, como la de todos los líderes autonomistas es perfectamente coherente con su trayectoria política anterior, práctica y oportunista. Para ellos, el problema de Puerto Rico era, básicamente, un problema económico. Cualquier nación que ayudara a resolver este problema era bienvenida y los Estados Unidos eran un país muy rico.

Poco después de la invasión norteamericana comenzaron a producirse graves actos de represalias contra algunos propietarios, comerciantes y funcionarios públicos. Una de las personas atacadas fue el propio Muñoz Rivera. Estos actos fueron cometidos por unos grupos que se conocen como las partidas de "tiznados." Falta mucho por investigar sobre estas partidas. No se sabe con certeza por quienes estaban formadas ni, exactamente, el criterio que condujo sus ataques. Fueron encaminados, mayormente, contra

españoles, pero también atacaron a puertorriqueños. El Partido liberal acusó a los autonomistas "puros" de haber alentado a aquellas "turbas". Lo que resultó evidente fue que había un gran disgusto general contra los españoles en posiciones de poder y fuertes divisiones dentro de "la gran familia puertorriqueña".

Betances murió en París en septiembre de aquel año; en diciembre terminó la guerra con la firma, en París, de un tratado por medio del cual España cedía a los Estados Unidos "la isla de Puerto Rico y las otras islas ahora bajo la soberanía española en las Indias Occidentales".[15] Entre tanto, Eugenio María de Hostos, quien residía en Santo Domingo, pensaba que aún era posible un plesbicito para alcanzar la independencia.

Después de la firma del tratado de París se impone a Puerto Rico un gobierno militar que duró hasta mediados de 1900.

> Este período resultó particularmente duro. La industria azucarera quedó en vilo, ante la incertidumbre sobre las decisiones que tomaría el Congreso norteamericano con relación a Puerto Rico. [16]

Los precios del café bajaron mundialmente, y para empeorar la situación, el 8 de agosto de 1899 un devastador huracán, conocido como San Ciriaco, pasó por la isla y destruyó los cafetales. Así llega a su fin el auge que el café había tenido durante los últimos quince años del siglo XIX.

El grupo de políticos criollos afiliados a los autonomistas puros decide elegir una comisión para ir a Washington a exponer al gobierno los problemas de Puerto Rico y pedir su solución. Son designados comisionados Eugenio María de Hostos, Julio Henna y Manuel Zeno Gandía.

Al llegar a Washington, la comisión presenta al Secretario de Estado, Mr. Hay, una lista de los documentos que llevan:

1- Manifiesto al Presidente e índice de asuntos.

2- Informe sobre el problema monetario.

3- Informe sobre Catastro.

4- Informe acerca de la extensión a Puerto Rico de la ley federal de Bancos americana.

5- Informe sobre Instrucción pública.

6- Informe sobre Cabotaje.

7- Informe sobre Consejo Electivo.

8- Informe sobre Autonomía Municipal.

9- Informe acerca de impuesto sobre licores en aduanas y expendio público. El producto en favor de la Instrucción pública.

10- Informe sobre formación de Milicias puertorriqueñas.

11- Informe acerca de la fundación de un Archivo en la Isla. [17]

En el aspecto socio-económico, los tres comisionados aspiran a conseguir mejoras en un futuro cercano. Su objetivo inmediato es el libre comercio con los Estados Unidos. Además, esperan discutir con el presidente el status político de la isla. Desean que el gobierno militar cese a la mayor brevedad posible y que se le permita a Puerto Rico tener un gobierno propio. Hostos sueña con formar una Confederación Antillana. Deseaba la independencia para Puerto Rico, si no inmediatamente, después de un período bajo un protectorado norteamericano. Henna deseaba la anexión, a la que aspiraba desde hacía años, y Zeno Gandía deseaba lo mismo, pero sus medios eran más moderados que los de Henna.

Durante la estadía de la comisión en los Estados Unidos, Zeno envía numerosas cartas y artículos de periódico a Puerto Rico contando sus impresiones y relatando las gestiones de la comisión. Tanto en las cartas como en los artículos Zeno expresa su gran admiración por el presidente, su gobierno y por los Estados Unidos en general. De la primera visita a la Casa Blanca dice:

> Todo allí es sencillo, pero elegante. Desde las anchas vidrieras se divisa allí un hermoso paisaje del río Potomac. . . . A los pocos minutos abrióse una puerta a la derecha. Apareció un ujier y dijo: "The Portorican commissioners." Entramos a un espacioso despacho, y allí de pie junto a una mesa llena de libros, estaba William Mc. Kinley. Se adelantó, estrechó nuestras manos y nos dirigió un cumplido y unas cuantas frases cariñosas dirigidas al pueblo puertorriqueño.
>
> Mc. Kinley es hombre de regular estatura, de apariencia robusta, semblante terso, ojos pequeños vivísimos, boca y nariz rectas. Su fisonomía se recuerda siempre, así como su acento suave, su dicción serena y su sonrisa plácida. [18]

Los comisionados leen un manifiesto al presidente. Al finalizar, Mc. Kinley dice:

> Muy bien *gentlemen*. Puerto Rico tiene derecho a pedir todo aquello que crea conducente a su felicidad: yo pienso constantemente en vuestra patria y de mi mano no saldrá nada que la disguste. [19]

Después de aclarar que no existe ninguna queja personal contra el General Henry, a cargo del gobierno de la isla en aquellos momentos, Zeno afirma que Puerto Rico no merece un gobierno militar:

> The people of the island are a sober, intelligent class, and feel that they are being punished by having inflicted on them a military autocracy. They have never taught against the United States, having been since the Spanish war broke out clamoring for annexation. They think, therefore, that, if only as a reward for their course, they should be given a trial, at least a chance to show whether they are capable of self-government. [20]

Zeno continúa: "Los puertorriqueños no quieren ser tratados sino como una parte de los Estados Unidos y tener de hecho un Gobierno territorial." [21] Mc. Kinley le responde en un alarde de demagogia: "El más modesto de los puertorriqueños será tan libre como el más elevado ciudadano americano. No tendrá Puerto Rico queja alguna de mi gobierno." [22]

> Se manifestó optimista [dice Zeno] en lo que se refiere al movimiento de opinión antiexpansionista, y nos dijo que él consideraba que las Cámaras votarían por la unión de la suerte de Puerto Rico a la de la nación americana. [23]

Zeno sale sumamente satisfecho de esta primera reunión. Lo complace el cambio de la moneda prometido por Mc. Kinley, a 60 centavos de dólar por cada peso provincial, a pesar de que no era beneficioso para el capital criollo. Continúa diciendo Zeno en otra carta, de fecha 24 de enero de 1899, publicada en *El correo de Puerto Rico* el 7 de febrero del mismo año: "La visita del general Miles fue cordialísima; recuerda mucho a Puerto Rico. Nos dijo que estaba dispuesto a ayudarnos en lo que fuera posible." Y termina la carta diciendo: "Es indudable que estos hombres son superiores e inspiran sincera admiración." [24] Zeno estimaba que

> a cualquier otro pueblo del mundo hubiera bastado aceptar los hechos consumados y disponer a su antojo de las colonias por derecho de conquista; derecho inmoral si bien se examina, pero sancionado por añejas tradiciones y costumbres. Pero este pueblo pensador y enamorado de la libertad y del derecho en su verdadera acepción no puede prescindir de su propio origen y de sus leyes prácticas." [25]

Y continuaba diciendo: En Estados Unidos "todas las ideas encuentran siempre acceso fácil y cooperación decidida." [26] Más adelante, escribe Zeno a Eugenio Deschamps. Le envía la fórmula del mensaje que la comisión ha hecho llegar a Mc. Kinley sobre el status político de la isla:

> Pending the decision of Congress as to the ultimate form of government which will be applied to our island, a question in which our people expect to be consulted, we come to lay before your Excellency a plan of reforms which has become of such imperative necessity, that without its immediate establishment, we are prone to fall into irretrievable ruin. [27]

A los 5 días de su llegada escribe Zeno que en aquel momento es cuando empieza el verdadero trabajo de la comisión para conseguir que las promesas se cumplan. En aquel momento está contento con la recepción que la prensa ha dado a la comisión. Al poco tiempo, a pesar de las promesas de Mc. Kinley en la primera entrevista, las esperanzas de anexión rápida que llevaban Henna y Zeno, se desvanecen. El Senado de los Estados Unidos no está a favor de la medida y se aclara que la firma del tratado de París no implicaba la anhelada anexión.

Hostos y Henna comienzan a tener graves conflictos entre ellos respecto a sus aspiraciones para el futuro de la isla. Según dice Zeno más tarde, él sirvió de intermediario, y añade Zeno que aunque admiraba los ideales de Hostos, consideraba que la Confederación antillana que él proponía, "era un sueño utópico." En 1901 Zeno escribe a Manuel Guzmán Rodríguez contándole aquel episodio. Afirma que ante la discusión de Hostos y Henna, él intervino diciendo:

> Yo amo a mi patria y la quisiera independiente para su felicidad; conozco a mis compatriotas y los veo con tristeza incapaces para esa independencia. Conozco la realidad política de los Estados Unidos y creo en absoluto imposible un gobierno temporal para granjear después la independencia de este país. [28]

Esto dijo Zeno en 1901, en una carta que se publicó en 1930, después de su muerte. Cuando estaba en los Estados Unidos en 1899, trabajando con la comisión, estimaba que Puerto Rico no tenía derecho a aspirar a la independencia porque en el momento de la invasión por los Estados Unidos

no estaba peleando por su soberanía. Sumamente razonador y calmado, como siempre, dice:

> Una cuestión de derecho se formula de este modo: cuando los americanos ocuparon a Cuba y Filipinas encontraron allí dos pueblos riñendo bravamente por su independencia; cuando ocuparon a Puerto Rico encontraron, al parecer, un pueblo conforme con la soberanía de España. Los esfuerzos realizados en el extranjero por algunos puertorriqueños que, conociendo las mentiras de aquel estado de opinión quisieron llevar allí la protesta armada, fueron inútiles. Las fuerzas directrices no secundaron el movimiento. Pudieron ser aprovechadas multitud de ocasiones, y mientras en las ciudades americanas conspiraban algunos valerosos compatriotas, otros, en la isla, se retraían de toda gestión, y otros acudieron a la corte de España en busca de nacionalización y con ánimo de traer a la isla la oligarquía reinante en aquella nación. Así, pues, Puerto Rico no reñía por su independencia cuando la ocuparon los americanos: no tiene, pues, derecho Puerto Rico a solicitar su independencia. Tal es la cuestión de derecho que sirve aquí de comentario a la opinión. [29]

Estas declaraciones, igual que la carta de 1901, aparentemente muy sensatas y objetivas, contienen, una gran dosis de demagogia y hasta de cinismo. Los autonomistas, en general, rechazaron siempre la lucha armada. Recuérdense las campañas de pacificación en las que Matienzo Cintrón exhortaba al pueblo a controlar las propias pasiones como la forma más alta de patriotismo y la gran preocupación con que el ejemplo de Cuba alentara la revolución en Puerto Rico. Sin embargo, cada vez que se trataba de explicar las razones por las que Puerto Rico no peleaba en contra de España, se culpaba al pueblo. En este sentido es muy ilustrativo el episodio en que Diego Vicente Tejera paseaba a caballo con Zeno, en 1894, y al contemplar a los campesinos anémicos le dice a Zeno que ya entendía por qué usaban el machete solamente como instrumento de trabajo: se alimentaban, casi exclusivamente, de plátanos y bacalao. [30] En sus declaraciones de 1899 Zeno se excluye a sí mismo de toda responsabilidad respecto al hecho de

que en Puerto Rico no se estuviera peleando en contra de España en el momento de la invasión americana, pero no existe la más ligera indicación de que él apoyara la revolución, al contrario, siempre abogó por soluciones reformistas. Si critica la comisión autonomista que fue a Madrid en 1896, es porque él era un apasionado admirador de los Estados Unidos y aspiraba a la anexión con ese país antes que a la autonomía con España, no porque persiguió jamás la independencia, que consideraba inalcanzable debido a la falta de fe que tenía en el pueblo.

Continúa diciendo Zeno, desde Washington:

> Para los que tenemos opiniones anexionistas, parece este argumento favorable; [que Puerto Rico no tenga derecho a reclamar su independencia por no haber estado luchando contra España] pero yo le declaro buenamente discutible, porque creo que los actos de los pueblos, como los de los hombres, deben resultar de la convicción y nunca de la imposición de preceptos más o menos escolásticos y deleznables, porque creo que la felicidad de un pueblo es compatible con su dignidad, porque creo que la mayoría del pueblo puertorriqueño no tuvo nunca sentimientos españoles, y porque me parece que es una nobilísima manera de empezar la vida de la libertad el expresar un pueblo su deseo, concurriendo como factor al concurso de su propia redención.
>
> Ni los que aspiren a soluciones tan radicales como las que en Cuba y Filipinas se preparan deben vivir de ilusiones, volviendo la cara ante las tristezas que ofrece la observación del cuerpo social puertorriqueño, ni los partidarios de la anexión deben dar la espalda a posibles soluciones, entregándose a un clamoreo irreflexivo que no permita observar con prudencia y meditación el estado de las cosas. Yo ruego a mis paisanos que sean razonadores. La política de sentimientos no es la más convincente, y nada tan más hermoso que el respeto a las opiniones y la libre emisión del pensamiento.
>
> Puedo asegurar a Ud. que todo cuanto allá expresa la opinión es aquí considerado y estudiado por estos hombres de gobierno. Nuestro estado económico, social, político, agrícola; todo les interesa. A nosotros, los puertorriqueños que aquí vinimos, se nos escucha y se nos distingue. La Comisión puertorriqueña que mereció el desafecto de algunos de mis compatriotas, no ha encontrado aquí más que manos amigos y puertas abiertas.

Y dice al final de la carta:

> Yo espero que las opiniones anexionistas encontrarán franco acceso en la nacionalidad americana con una anexión digna de este pueblo y de nosotros, y espero también que, en caso de que así no sea, nunca esta nación nos abandonaría a nuestra suerte sin comunicarnos las tendencias y sanos conceptos de libertad y de patria que a ella la hicieron tan grande. [31]

Los comisionados presentan varios informes al gobierno norteamericano. El primero de ellos, fechado en enero, está firmado por los tres. El segundo, con fecha de abril, no tiene la firma de Hostos que para aquel momento ya ha abandonado la comisión. Zeno continúa sus gestiones, tratando de convencer al gobierno norteamericano de lo mucho que ganarían con incorporar a Puerto Rico como estado. Entre las razones que da se encuentran que "las cuatro quintas partes del millón de habitantes de la isla son blancos y el veinticinco por ciento sabe leer y escribir." [32] Sin embargo, ni el gobierno ni la opinión pública norteamericana parecen estar convencidos de la conveniencia de que Puerto Rico se convierta en estado, ni siquiera de la legitimidad de la Comisión. Un artículo del *Washington Evening Star* del 8 de mayo de 1899 cuestiona la popularidad de la elección de los comisionados. Zeno y Henna responden al artículo. Es interesante que, al responder, ponen el énfasis en la elección popular de Hostos, que era el independentista. Afirman que Hostos fue electo en un mitin de masas, en San Juan, que tuvo gran impacto y, además, en Ponce y en Juana Díaz. Dicen que Zeno fue electo en Adjuntas y en Sabana Grande, pero no mencionan la masividad y de Henna dicen, lacónicamente, que fue elegido con Hostos. [33]

Según pasan los días, Zeno y Henna comprenden, cada vez mejor, que el destino de Puerto Rico será el que convenga a los intereses de los Estados

Unidos, no a los de Puerto Rico. Las peticiones para implantar un gobierno civil no encuentran la respuesta calurosa que ellos esperaban. En julio, Henna y Zeno publican un informe titulado *El caso de Puerto Rico* en el que exponen sus razones detalladamente: "The island is not an state to be passed over as a trophy of war to the conqueror, but a people having rights which, in the name of humanity, justice, and liberty, will be recognized."[34] El tono del informe es diferente al de las cartas que Zeno enviaba a la isla durante su estancia en los Estados Unidos. Los juicios son menos condescendientes hacia la actuación del gobierno norteamericano:

> Of Liberty and self-government the Puerto Rican people have not had as yet any taste. They are subjects in all things to the supreme will of a military governor...

Y continúa diciendo:

> They are treated as an inferior, dependent people, needing to be educated and christianized and civilized and in the procession of the Peace Jubilee celebrated with great pomp at Washington, which the President reviewed surrounded by his Cabinet and the diplomatic body and the elite of the Washington society, no other symbol was made to appear to represent Puerto Rico and Puerto Rican civilization than a dilapidated little pony, with the announcement, which excited the joyous shouts of the multitude, of "Puerto Rican Express."
>
> This is the recognition which Puerto Rico has secured for having opened its arms and offered no resistance to the American invaders! [35]

Sin embargo, a pesar de su disgusto Zeno y Henna aclaran que no tienen ningún deseo de molestar a los Estados Unidos. Finalmente, adoptan la posición suplicante tradicional de los autonomistas cuando sus peticiones no tenían el éxito esperado. Zeno y Henna se lamentan como lo habían hecho los liberales repetidamente en el pasado cada vez que Puerto Rico no recibía de España las mejoras que ellos esperaban. El argumento de

entonces era el mismo que el de 1899: su fidelidad a la Madre Patria era ignorada; la única diferencia es que ahora el amo es los Estados Unidos.

El 8 de agosto, enterado del desastre producido por el ciclón San Ciriaco en la isla, Zeno escribe una carta al presidente de los Estados Unidos en que pide una prórroga de 3 años para la deuda de Puerto Rico. Comienza afirmando que será buena para los más pobres: "the results of charity will be felt by the most needy ones, who remain without food and shelter," pero inmediatamente después de esta introducción aboga por quienes constituyen su mayor preocupación: los agricultores. Dice:

> But, sir, there is another kind of poverty, the misery shut up and hidden in homes and families. I beg that you will seek to relieve it by favouring the establishment of rural banks which will lend money to the owners of smaller farms cheaply and on long terms, so that they may be enabled to repair their states. They will never be able to do so, sir, if not thus aided. [36]

Y aprovecha la oportunidad para insistir, una vez más, en su propósito del comercio libre: "Never was there a time more opportune than this for the inauguration of free trade between the United States and the island." [37]

Después de muchas súplicas y elogios al gobierno norteamericano, que se van enfriando según las gestiones de la Comisión fracasan, Zeno regresa a Puerto Rico desencantado, con algunas promesas respecto a las peticiones de carácter socio-económico y ninguna solución sobre el estatus político de la isla.

Dos años después de la Comisión Zeno declaraba, en una carta a Manuel Guzmán Rodríguez, que la comisión fue a Washington buscando

"justicia o independencia". [38] Justicia significa aquí anexión y de independencia no hay noticias de que se hablara en las gestiones de la comisión, como hemos visto. En la misma carta habla de la llegada a Puerto Rico de Eugenio María de Hostos en 1898. Llegó de Venezuela "lleno de entusiasmos, pero envuelto en humareda de ilusiones." [39] Según dice Zeno, él le dijo a Hostos que no se hiciera ilusiones porque nadie iba a seguirlo:

> Desembarcó, y bien pronto se vio, como el Nazareno, y con excepción de muy pocos hombres de algún viso, sólo rodeado de pueblo, de pueblo descalzo que le aclamaba, mientras los señoritos, reunidos con los serviles, exclamaban: '¿Qué ha hecho Hostos por Puerto Rico?' Esta es toda una historia. Hostos se confinó en Juana Díaz. Gracias a mi tesón y al *pueblo*, a las *turbas*, como los federales le llaman, se salvó la Comisión a Washington. [40]

Contaba Zeno que él le dijo a Hostos: "Esa patria nuestra que amamos no le comprenderá porque la educación odiosa que sus hijos recibieron les ha colocado por debajo del nivel que los problemas de la guerra plantean", y al "afán redentor" de Hostos Zeno responde:

> Usted será víctima de su propia tesis...; no será usted seguido más que por muy pocos compatriotas. . . usted verá como mis tristes pronósticos se cumplirán en la práctica...; del mismo modo que el alcoholismo no puede curarse cortando de pronto el tósigo alcohólico y dar metódicas dosis del veneno es necesario hasta disponer el organismo del enfermo a vivir sin la saturación mortífera, asimismo, en este desdichado cuerpo social no podrá una absoluta curación obtenerse si no se transige metódica y gradualmente con el enfermizo sistema, aparentando seguirle para arrancar al cabo de raíz la viciosa educación que satura nuestro pueblo. [41]

La decepción de Zeno con los Estados Unidos es producto del choque entre sus expectativas de lo que él pensaba que los Estados Unidos (paladines de la democracia y la libertad) ofrecerían a Puerto Rico y la realidad que confronta como comisionado en Washington. Cuando el ejército

norteamericano invadió la isla, los profesionales que se habían agrupado, en su mayoría, alrededor del Partido autonomista puro, recibieron la intervención esperanzados de que había llegado la hora de participar en la democracia y el progreso de los Estados Unidos. La élite intelectual, entre ellos Zeno Gandía, se percibía a sí misma como un pueblo altamente educado, blanco, descendiente de la cultura europea. Como dice Zeno en su informe a Mc. Kinley: "The people of the island are a sober, intelligent class". Esa clase soberbia e inteligente a la que se refiere Zeno es, por supuesto, su propia clase. Ellos son los representantes del pueblo de Puerto Rico y por ellos se ha de juzgar al país. Sin embargo, cuando los americanos comienzan a rendir informes sobre la isla, aquel pueblo famélico y analfabeto que vivía en condiciones infrahumanas es lo que se destaca. Aquel era el pueblo, no la exigua minoría altamente educada de la que formaba parte Zeno Gandía. El ojo externo y preocupado por sus propios intereses del invasor matiza muy poco. Describe un pueblo en donde: "Houses are closely packed together, and largely inhabited by a class of people that is absolutely ignorant of cleanliness or decency." Y como aquel pueblo oscuro, carente de las más elementales condiciones sanitarias era la gran mayoría de la población, en el Peace Jubilee de Washington, Puerto Rico y la civilización puertorriqueña, ante el asombro y la indignación de Zeno Gandía, fueron representados como un negrito harapiento montado en un dilapidado burrito. En definitiva los norteamericanos no habían hecho sino tomar en serio (porque convenía a sus intereses, naturalmente) lo que la intelectualidad puertorriqueña había dicho sobre los puertorriqueños. La diferencia entre la opinión del gobierno de Washington (de nuevo, porque le convenía) y la élite educada puertorriqueña fue que para los norteamericanos el pueblo de Puerto Rico era aquella turba de anémicos ignorantes que para Zeno y los de su clase no

constituían el pueblo aunque fuera la inmensa mayoría, porque el pueblo eran ellos, los integrantes de la élite.

Después de regresar de Washington, Zeno comienza inmediatamente a defender el uso del idioma español. En *El caso de Puerto Rico*, por ejemplo, se opone a que el nombre de la isla sea cambiado a "Porto Rico". En los próximos años participará activamente en la política del país y ocupará importantes posiciones dentro del Gobierno. En 1912, ante el reiterado fracaso de las gestiones anexionistas, colaboró en la formación del Partido independentista. A pesar de todo, su admiración por los Estados Unidos nunca cesó y hasta el final de su vida estuvo enamorado del "modernismo" y de la "cultura occidental." Cuatro años antes de morir, en 1926, Zeno responde a un periodista que le pregunta cuál había sido, en su opinión, el día más importante de la historia de Puerto Rico:

> El día más importante de Puerto Rico es el día de su descubrimiento, aun a despecho de los inacabables sufrimientos del pueblo de Puerto Rico. El [día] más glorioso para la historia de Puerto Rico, a mi juicio: el de su descubrimiento en el segundo viaje de Colón.
>
> -¿A pesar de la destrucción de los pueblos indios por la conquista, doctor?
>
> -A pesar de eso. Cierto es que los pueblos indios fueron destruidos por la conquista; pero aun no habiéndolo sido seculares olas migratorias de otros continentes hubieran disuelto siempre en nuevos pueblos la estirpe de aquellas razas.
>
> -¡Gran día aquel! A su influencia debió Puerto Rico ser país civilizado coetáneo de la Enciclopedia, y en las grandezas [43]

Manuel Zeno Gandía fue uno de los hombres más cultos de Puerto Rico en el siglo XIX, intelectual de actividad incansable y uno de los mejores escritores que dio Latinoamérica en aquella época. Al morir, en 1930, había

concluido cuatro de las once novelas que se propuso escribir para las *Crónicas de un mundo enfermo* . Quiso lo mejor para su país desde su posición ideológica liberal burguesa. Los intereses del pueblo y los de Zeno, como representante de su clase social, resultaron antagónicos la mayoría de las veces, aunque ese antagonismo estuviera cubierto por un manto de paternalismo. Su preocupación principal fueron los agricultores propietarios, para su bienestar trabajó hasta el final de su vida. Intelectualmente, siempre sostuvo una postura europeizada y europeizante. Fue un admirador de los buenos vinos. El de plátanos nunca fue su favorito.

Notas

[1] *El jíbaro en el siglo XIX: ensayo mínimo sobre una realidad máxima* (Barcelona: Ediciones Rumbo, 1963), p. 14.

[2] Pilar Barbosa, Vol VII, pp. 72-73.

[3] Carta a Enrique Trujillo en, *Ramón Emeterio Betances* (Selección y prólogo: Haroldo Dilla y Emilio Godínez (La Habana: Casa de las Américas, 1983), p. 356. La cursiva pertenece a Betances.

[4] *Political Development of Porto Rico*, (Ohio: 1905), p. 50. Citado por Antonio S. Pedreira, *Un hombre del pueblo, José Celso Barbosa,* p. 164.

[5] Antonio S. Pedreira, nota al pie de la p. 164.

[6] Antonio S. Pedreira, p. 164.

[7] Gervasio L. García, *Historia crítica, historia sin coartadas* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1985), p. 119.

[8] Pilar Barbosa de Rosario, *Historia del pacto sagastino*, p. 129.

[9] Véase la página 216 de este trabajo.

[10] *Ramón Emeterio Betances,* p. 371.

[11] Véase: Robert H. Todd, *José Julio Henna: 1848-1924* (San Juan: Cantero, Fernández & Co., Ind., 1930), pp. 20-27.

[12] Angel Rivero; Robert H. Todd, p. 37.

[13] Gervasio L. García, p. 120.

[14] Henry K. Carrol, *Report on the Island of Porto Rico* (Washington: Government Printing Office, 1899), p. 234. Citado por Gervasio L. García, p. 123.

[15] Fernando Picó, *Historia general de Puerto Rico*, p. 227.

[16] Ibid., 228.

[17] Elena Zeno de Matos, p. 53.

[18] Ibid., p. 52.

[19] Ibid.

[20] Ibid., p.

[21] Ibid., p.

[22] Elena Zeno de Matos, p. 52.

[23] Ibid., p. 53.

[24] Ibid., p. 54.

[25] Ibid., p. 108.

[26] Ibid., p. 108.

[27] Ibid., p. 56.

[28] Ibid., p. 156.

[29] Ibid., pp. 58-59.

[30] El episodio aparece relatado en las páginas 309 y 310 de este trabajo.

[31] Ibid., p. 105.

[32] Elena Zeno de Matos, p. 106.

[33] Julio J. Henna y Manuel Zeno Gandía, *The Case of Puerto Rico* (Washington, D. C.: Press of W. F., 1899) pp. 36-37.

[34] Elena Zeno de Matos, p. 112.

[35] Julio J. Henna y Manuel Zeno Gandía, *The Case of Puerto Rico* (Washington, D.C.: Press of W. F. Roberts, 1899), pp. 5-6.

[36] Elena Zeno de Matos, p. 113.

[37] Ibid.

[38] Elena Zeno de Matos, p. 152.

[39] Ibid., p. 150.

[40] Ibid., p. 152.

[41] Ibid., p. 151.

[42] Bernal Díaz del Caney, "Entrevista con Manuel Zeno Gandía", en Elena Zeno de Matos, pp. 187-88.

Segunda parte

Capítulo I

El método naturalista y Manuel Zeno Gandía

Desde su publicación en 1894 hasta el presente, el naturalismo es uno de los aspectos de *La charca* al que se ha prestado mayor atención y que más discusiones ha provocado entre los estudiosos.

Cuando la novela aparece los críticos, unánimemente, la consideraron afiliada a aquel movimiento. Sin embargo, desde aquella fecha hasta hoy, se han dado muchas interpretaciones a la obra. Algunos la han considerado representativa del naturalismo francés (enfoque predominante entre los críticos contemporáneos a la publicación de la obra), otros, más cercana al español dirigido por Emilia Pardo Bazán. Hay quienes han visto en *La charca* las características típicas que tomó el movimiento en Latinoamérica ; otras veces se ha ubicado adentro del realismo, admitiendo siempre que aparecen en ella descripciones de tono y estilo naturalista, especialmente las que se refieren a aspectos de la medicina.

Las discusiones generalmente han enfocado el mayor o menor grado de naturalismo de la novela comparando los temas, la técnica y el estilo con las obras de Zola, en primer lugar, y en segundo con las de Emilia Pardo Bazán;

es decir, se ha buscado la conexión entre *La charca* y el naturalismo partiendo de la mayor o menor similitud entre la obra del autor puertorriqueño y las del francés o las de la española. Siguiendo este criterio se ha ubicado *La charca* dentro de uno u otro naturalismo, o del realismo. Con excepción de María Julia Guzmán,[1] el lazo entre la teoría de Zola sobre la novela naturalista y la novela de Zeno ha sido ignorado.

La visión devastadoramente negativa del campesino que da Zeno ha sido atribuida, la mayoría de las veces, a su intención de afiliar la novela al naturalismo. Este movimiento, por definición, se ha dicho, da una visión pesimista del hombre; si Zeno Gandía intenta afiliar a él la novela, debe tomar esta posición. Sin embargo, si pensamos que en Latinoamérica la norma ha sido "que una nueva situación social defina la posición del artista, quien entonces improvisa o pide prestada una técnica que se acomode a su propósito," [2] convendremos en que bien podría ser lo opuesto: la visión pesimista de Zeno del campesino puertorriqueño lo lleva a aliarse a una doctrina estética que legitime su opinión en el campo de la literatura. Debemos recordar que en el prólogo que escribió para la novela *La muñeca* , de Carmela Eulate Sanjurjo Zeno, en 1895, afirma que siempre lo atrajo "esa admirable capacidad que permite al artista *hacer realidad.* " [3]

También se ha sugerido que el pesimismo de Zeno puede atribuirse tal vez en parte, a una pose literaria de moda en aquel momento (relacionada con el naturalismo) más que a convicciones propias.[4] Esta opinión ha sido motivada por la dificultad de explicar coherentemente por qué uno de los intelectuales liberales más prominentes de fines del siglo pasado en Puerto Rico, favorecedor de reformas políticas y socio- económicas, se expresa tan

despectivamente del campesino. Sin embargo, afirmar que a Zeno no lo movía una sincera convicción de que su novela era fiel reflejo de la realidad equivale a hacer caso omiso de sus afirmaciones respecto a las razones que lo motivaron a escribir *La charca* . Igualmente, habría que ignorar la opinión de los críticos contemporáneos a la publicación de la obra que, además, en muchos casos eran amigos personales de Zeno, como Diego Vicente de la Tejera y Francisco Sellén, entre otros.

A pesar de lo mucho que se ha hablado sobre el naturalismo de *La charca,* se ha estudiado sólo muy superficialmente la interrelación entre el naturalismo literario como ideología estética de la obra, la ideología del texto y la del autor. Creemos que es en la articulación de estos niveles del discurso donde ha de buscarse la respuesta al por qué de la visión degradante y despectiva del campesino en la novela.

El naturalismo literario ha sido un movimiento marcado, desde el principio, por la polémica. El primer problema que se presenta al estudiarlo reside en la definición del nombre, que ha resultado desesperadamente elusiva por más de cien años. Por lo tanto, en esta sección, primero trataremos de definir el término. Revisaremos brevemente el origen del movimiento y de la polémica que se produce, desde el principio, a su alrededor. En segundo lugar analizaremos el problema de la ubicación de *La charca* en el naturalismo.

La definición de naturalismo.

Tantas han sido las definiciones para naturalismo que algunos críticos, Haskell M. Block, por ejemplo, piensan que "tal vez sería más preciso hablar de "naturalismos" que de naturalismo para indicar la multiplicidad de significados expresados en un solo término." [5]

La imprecisión de la definición a lo largo de los años ha provocado que se hayan ofrecido numerosas descripciones para el naturalismo. Entre las más comunes se encuentran: "un grupo o una escuela literaria, un movimiento o un período literario, una manera de mirar la literatura y la vida, un método para la creación de obras literarias o una técnica y un estilo literario." [6] Tampoco es raro oír hablar del naturalismo como de una forma de realismo exagerado o aun de romanticismo, o de "romanticismo invertido." [7]

Es ésta una situación paradójica. "El concepto de naturalismo adoptado como término literario fue el resultado directo del esfuerzo, como teórico y como novelista," [8] de Emilio Zola. Esto es innegable. A su vez, el escritor no desperdició oportunidad para tratar, por todos los medios a su alcance, de definir con precisión matemática su concepción del término. Tan unido ha quedado su nombre al movimiento que, hasta la actualidad, Zola y naturalismo literario forman un binomio inseparable. No importa si se habla de naturalismo francés o español o latinoamericano, siempre el punto de comparación va a ser Zola. Sin embargo, su tenacidad no pudo evitar que aun en la época de mayor popularidad de sus obras, naturalismo y realismo fueran palabras intercambiables en Francia y en el extranjero para referirse a la misma literatura.

Las polémicas alrededor del naturalismo literario surgieron desde muy temprano. Esta ambigüedad se debió, en gran parte, al hecho de que los cuentos, novelas, ensayos y artículos de periódicos de Zola se popularizon antes de que él formalizara su teoría sobre la novela que él llama, en 1880, "experimental." Sus obras son percibidas como parte de la nueva corriente nacida después de 1850 y que se auto denomina Realismo. Esta tendencia fue definida por un joven escritor, Duranty, en su periódico *Le Réalisme*. Se trataba de

> la reproducción meticulosa de la realidad contemporánea sin punto de vista, opinión personal, o parcialización moral. . . . era la verdadera negación del arte porque ellos mantenían que cualquier intento de selección, arreglo, estilo y artificio literario sería una falsificación de la verdad científica. [9]

Este realismo, como puede verse en las tres últimas líneas del párrafo citado arriba, ya exhibe pretensiones cientificistas y lucha por alcanzar la primacía del momento en literatura. De él forman parte obras anteriores a las de Zola, muy populares en aquel momento, como las de Balzac, Flaubert y los hermanos Goncourt, entre otras. Aun cuando las obras de Zola presentan, desde el principio, características que las distinguen de las de los otros escritores mencionados, no son tan obvias estas diferencias como para clasificarlas en una categoría distinta. Todas ellas son tratadas por los críticos como novelas realistas.

Cuando Zola reclama el título de "experimentales" para sus novelas y rechaza el de realistas, afirmando que su forma de novelar es diferente, propia de los escritores "naturalistas," comienza a dar a la palabra "naturalismo" un significado muy específico. Esto, sin duda, se prestaba a confusión lingüística. El término no era nuevo al ser aplicado ahora, por Zola,

a su nuevo realismo literario basado en un rígido método científico. Mucho antes de que esto sucediera, en Europa

> Generalmente se había usado para indicar cualquier actitud materialista, secular o científica hacia la experiencia humana. A mediados del siglo XIX en Francia, "naturalista" era sinónimo de natural, pero también se usaba para describir escritores cuyos procedimientos recordaban a los de los científicos. [10]

En España, también era conocido el vocablo

> cuando se aplicó por primera vez al movimiento literario capitaneado por Emilio Zola. Se empleaba desde hacía siglos para designar una escuela filosófica medieval, pero en el siglo XIX la palabra indicaba con más frecuencia (1) una actitud religiosa hacia la naturaleza, es decir, la adoración de la naturaleza por las gentes primitivas, o (2) la imitación íntima que el Arte hace de la Naturaleza, o (3) el estudio de la Naturaleza, y más específicamente, la ciencia experimental. [11]

Al llegar las novelas y ensayos de Zola a España y a Latinoamérica, en cada país su obra motiva acaloradas polémicas cuyo origen es aparentemente, nominal. Cada cual defiende o ataca al naturalismo según lo defina. No era difícil, por las razones expuestas anteriormente, justificar la discusión de esta manera, sin embargo, la mayoría de las veces, el fundamento para apoyar o rechazar el naturalismo no estaba al nivel del lenguaje, sino al de las ideas políticas: los liberales lo apoyan, los conservadores lo rechazan. Frecuentemente, tanto unos como otros, hablan de él sin prestar mayor atención a la teoría estética de Zola. Partiendo de la posición política del crítico son juzgados los temas, la técnica y el estilo de sus novelas.

De acuerdo a esta interpretación, lo definen de la forma que mejor se aviene con sus prejuicios: observación del natural, representación exacta y

objetiva de la realidad, realismo exagerado cuya crudeza de lenguaje alardea de una vulgaridad innecesaria, etc. En muy pocos casos, se trató de dar a la palabra la intención dada a la misma por Zola. Por una parte no se mencionaba el naturalismo sin mencionar a Zola; por otra parte, se ignoraban frecuentemente sus opiniones teóricas sobre la novela. La queja fundamental de Zola era que el desconocimiento de sus preceptos estéticos, o el haber escogido, aun conociéndolos, pasarlos por alto, impedía buscar y, por consiguiente, encontrar en esas obras de ficción el método usado por él para escribirlas; ese método constituia el hilo conductor que las unía, la única razón legítima para poder aplicarles la denominación de "naturalistas."

Emilio Zola y su búsqueda del "realismo total."

A la edad de veinte años Zola vive en París pobremente. Recién llegado de Provenza, en donde ha crecido, lleva una vida bohemia tras una niñez probablemente feliz y una adolescencia triste y conflictiva. Huérfano de padre desde los siete años, ha crecido atrapado entre una realidad de pobreza económica y unos valores burgueses que han traído a él y a su familia materna no pocas humillaciones. Conoce poca gente en París; lo sostiene y anima la certeza interior de que está llamado a ser famoso y rico. Aunque por un corto período lo paraliza emocional y físicamente la depresión y el hambre, posee una gran capacidad de trabajo, como va a demostrar después, durante toda su vida, una voluntad inquebrantable y está dispuesto a salir al encuentro del éxito, sin esperar a que le toque a la puerta. [12] Escribe mayormente poesía y largas cartas a sus amigos que todavía viven en Aix con las que alivia su soledad. También discute en ellas sobre

literatura. Aboga por un idealismo romántico. En 1860 dice a Baille, quien defendía el realismo:

> La realidad es triste, la realidad es espantosa; debemos esconderla debajo de flores; no tratemos con ella nada más que en lo que lo ordena nuestra miserable condición humana; comamos, bebamos, vamos a satisfacer nuestros brutales apetitos, pero demos a nuestras almas lo que merecen, dejemos los sueños embellecer nuestras horas de descanso.[13]

Este período dura poco. En 1865, después de haber publicado su primera obra, un libro de cuentos titulado *Cuentos a Ninón*, ya ha elaborado su teoría de lo que él llama la "Malla realista." Por aquel entonces escribe a otro amigo, Antony Valabrègue:

> En una obra literaria vemos el universo a través de un hombre, a través de un temperamento, de una personalidad. El cuadro que aparece sobre esta nueva clase de Malla es la reproducción de las cosas y de la gente parada del otro lado, y esta reproducción, que no puede ser fiel, cambiará tantas veces como una nueva Malla se interponga entre nuestros ojos y el universo. Por lo tanto, lentes de diferentes colores dan diferentes colores a los mismos objetos; por lo tanto, lentes cóncavos o convexos cambian la forma de los objetos, cada uno de una forma diferente. Cada escuela conlleva deformación, lo que es monstruoso: fuerza a la naturaleza a mentir de acuerdo a ciertas reglas.[14]

Desde nuestro punto de vista actual de la relación entre arte y realidad, esta teoría, formulada a los veinticinco años fue, probablemente,la más coherente que elaboró Zola. Un artista con su sensibilidad e inteligencia no podía dejar de comprender la imposibilidad de transferir a la literatura la realidad objetiva sin que el artista "recreara" esa realidad. Sin embargo, dice él, entre las posibilidades que existen, a pesar de las objeciones que hace al realismo, lo prefiere a las otras tendencias existentes por ser la "malla" más transparente, la que menos deforma, aun cuando en algún grado lo hace. Continúa diciendo a Velabrègue:

> La Malla realista es un mero pedazo de cristal de ventana, muy delgada, muy clara; la imagino tan perfectamente transparente que las imágenes la traspasan y son reproducidas en toda su realidad. Por lo tanto, no hay cambios en las líneas ni en los colores: es una reproducción exacta, franca e ingenua. La Malla realista niega su propia existencia. Ciertamente, esta es una afirmación demasiado orgullosa. No importa lo que se diga, esa Malla existe. Debido a ella no puede alardearse de reproducir el universo en toda la verdad de su espléndida belleza. Por muy clara y muy delgada que sea, siempre tiene su propio color y un cierto espesor; colorea los objetos y los refracta tanto como cualquiera otra. Sin embargo, admito sin vacilaciones que los cuadros que presenta son los más reales; a menudo alcanzan un alto grado de exactitud. Realmente es difícil definir una Malla cuya principal cualidad es la de casi no existir; creo, sin embargo, que es exacto decir que un fino polvo gris empaña su claridad. Cualquier objeto que pase a través de ella pierde algo de su brillantez o, mejor dicho, se vuelve ligeramente más oscuro. Por otro lado, las líneas se vuelven mas gruesas, exageradas, por decirlo de alguna manera, en su ancho. La vida se expande ampliamente sobre la Malla; es una vida densa y un poco pesada.
>
> Si debo decirlo, la Malla realista tiene toda mi simpatía; satisface mi razón y siento en ella inmensas bellezas de fortaleza y de verdad. Sin embargo, repito que no puedo aceptarla en la forma en que insistentemente se me presenta; no puedo admitir que nos ofrece cuadros verdaderos; y sostengo que debe haber en ella algunas propiedades peculiares que deforman los cuadros y que, consecuentemente, hacen obras de arte de ellos. Acepto completamente el método que consiste en cuadrarse en frente de la naturaleza y reproducirla entera, sin omisión. [15]

El deseo de Zola de reproducir la naturaleza sin omisión, unido a su certeza de que en el proceso de transferencia de la realidad a la literatura existen "algunas propiedades peculiares que deforman los cuadros" y de que, a la vez, son esas "deformaciones" las que forman las obras de arte, le plantean una contradicción. La conciliación sería encontrar ese "nuevo camino" tan anhelado desde el principio que llenaría dos grandes necesidades: una artística y otra sicológica. La búsqueda de una solución a este dilema en el momento histórico que vive va a llevarlo a su teoría de la novela experimental. [16]

Emilio Zola y el naturalismo.

La revolución industrial desplaza a grandes masas de la población del campo hacia las ciudades. Allí, la mayoría de las veces, viven hacinados trabajando horarios inhumanos por salarios miserables. La nueva situación provoca que se enseñe a leer a grandes sectores de esa población. Los fines que se persiguen con la alfabetización son múltiples. Entre los principales se encuentran: la necesidad de proveerse de obreros eficientes para manejar las maquinarias, la formación de un público consumidor mediante la creación de "necesidades" asociadas con la vida urbana e inexistentes en el campo y la idea de que por medio de la educación se "civilizaría" a los campesinos y se evitarían los problemas ocasionados por el brusco cambio de vida. Se pensaba que la inculcación de normas de convivencia social reduciría la delincuencia, tan temida por las clases altas.

Mientras la ciencia avanzaba en forma nunca vista antes y se creaba la bacteriología, la física atómica, la genética, la sicología, la antropología y la sociología, más y más obreros se van radicando en las ciudades, sin recibir ningún beneficio de los nuevos adelantos. La explosión de la tecnología trae, a quienes pueden pagarlo, refinamientos y placeres que van desde el uso de nuevos colores, como el magenta, hasta viajes frecuentes al campo en uno de los más modernos sistemas ferroviarios de Europa. La ciudad de París es capaz de satisfacer los gustos más exigentes.

Entre la clase trabajadora, el hacinamiento incuba la delincuencia, pero a la vez la comunidad cotidiana promueve lo que podía resultar para la burguesía aún más peligroso que la delincuencia: la comunicación, el intercambio de ideas y la solidaridad.

Según pasa el tiempo el hacinamiento y la miseria son mayores; la situación de los trabajadores se agrava. Finalmente, el sufrimiento cuaja en protesta. Unida al desencanto que trajo la derrota del segundo Imperio tras la breve guerra franco-prusiana, la situación llega a su clímax con la toma de París por el pueblo durante dos meses. La breve vida de la Comuna de París terminó con un saldo de alrededor de 25.000 muertos y el derecho de los panaderos a no trabajar de noche. La Comuna fue aniquilada materialmente, pero sobrevivió como símbolo, idealizada y enaltecida, en la memoria del pueblo. Para esta época Marx había publicado, recientemente, *El capital* y las ideas anarquistas preconizaban la revolución y denunciaban el esplendor alcanzado por unos cuantos como el resultado de la explotación de la inmensa mayoría. En Italia, Enrique Malatesta declaraba:

> ¿Sabéis que cada bocado del pan que ellos comen es porque se lo han quitado de la boca a vuestros hijos, que cada uno de los magníficos regalos que hacen a sus esposas significa pobreza, hambre, frío e incluso prostitución para vosotros?[17]

Era una situación peligrosa, una especie de bomba de tiempo a la que la clase media y la burguesía temen durante el resto del siglo: el surgimiento de una nueva Comuna, mejor organizada después de la experiencia de la primera.

Leer es uno de los pocos entretenimientos accesibles para una gran población recién alfabetizada que vivía en espacios sumamente reducidos y sin los medios para viajar fuera de la ciudad ni asistir al teatro ni a ningún otro espectáculo. Se popularizan novelas que aparecen, generalmente, primero en los periódicos como seriales y después son publicadas en forma de libro. Se produce un aumento considerable en la venta de libros y periódicos, sumamente beneficioso para los dueños de los rotativos y para quienes

escriben en ellos. Las casas editoras y los escritores pueden, por primera vez, permitirse el lujo de prescindir de los mecenas y vivir de su arte. [18]

Las novelas publicadas son de fácil lectura: se desarrollan en un ambiente urbano y, generalmente, los temas son populares: héroes humildes que luchan contra malvados ricos, haciendo énfasis en los valores "eternos" y "universales" como el amor, la virtud, la familia, antes que en problemas concretos anclados en la realidad social.

Esta nueva literatura, que por un lado es progresista, puesto que al menos da entrada en ella a la gente del pueblo, funciona, a su vez, como una forma de control ideológico. Como toda ideología exitosa trabaja "por imágenes, símbolos, hábitos, rituales y mitología." [19] antes que por teorías y conceptos. Sirve de pacificador social, como las telenovelas de hoy en día. Al principio, a través de obras como las de Eugene Sue, los lectores sienten vengada su opresión real con la fantasía del castigo de los opresores de ficción, y se consuelan de sus propios problemas sumergiéndose en la narración de los ajenos. [20]

Sin embargo, las leyes de evolución de Darwin y las de genética recién descubiertas, los nuevos descubrimientos biológicos, el nacimiento de las ciencias sociales y de la sicología proporcionan a la literatura un modo mucho más refinado de control ideológico que las novelas de malvados ricos y héroes pobres. Por medio de la presentación de la realidad, basada en la verdad "científica" del momento, la nueva tendencia naturalista crea novelas que les dicen a los pobres que cada cual es producto de su herencia biológica: no hay revolución ni protesta que redima al que nació condenado por las taras de sus mayores. La única solución se encuentra en una vida

ordenada, regida por el trabajo. El ahorro para asegurarse una vejez, si no dichosa, que al menos permita morir en una cama, como la ascética madre del herrero en *La taberna*, de Zola, quien muere en olor de santidad. Después de morir:

> La primera habitación, que había sido el dormitorio de Madame Goujet, estaba conservada piadosamente, en el mismo estado en que la difunta la había dejado. Cerca de la ventana, sobre una silla, descansaba el bastidor, al lado del gran sillón, que parecía esperar a la anciana encajera. La cama estaba hecha, y en ella habría podido dormir tranquilamente la difunta, si en aquel momento hubiera dejado el cementerio para pasar la noche con su hijo. La habitación conservaba un perfume de honestidad y de bondad. [21]

Esta descripción podría muy bien haber sido la de la celda de una monja de una orden religiosa llamada de "el encaje," puesto que su cualidad de trabajadora encajera fue, en gran parte, lo que la santificó. En cambio Gervaise, exuberante, quien disfruta hacer el amor, la buena mesa, el baile y el teatro, finaliza su vida en un hueco debajo de una escalera, donde los vecinos la encuentran después de dos días, "ya verde." [22]

Realmente esta literatura explotaba la curiosidad humana de siempre por conocer las intimidades oscuras de los otros, la que hizo populares los romances antiguos, los cantares de ciego y la literatura de cordel. Era la crónica roja revestida con el prestigio de la ciencia, lo que contribuía a afianzar en los lectores pobres la internalización del mito del determinismo biológico.

Zola, cuya mentalidad práctica de periodista siempre lo acompañó, estaba seguro de haber encontrado, en el método experimental científico, la fórmula correcta de novelar al incorporar a sus novelas las leyes deterministas de herencia y medio ambiente. Añadió a la utilización del

método experimental la conjunción de un lenguaje referencial y temas populares (muchas veces tomados de casos reales aparecidos en los periódicos) y armó sus obras usando estos elementos con una técnica altamente sofisticada. Perfeccionó el sistema hasta culminar en *L'Assommoir*

.

En 1868 publica *Thérèse Raquin.* Se siente satisfecho de su trabajo; la considera su "gran estudio sicológico y fisiológico." La escritura de esta obra, cuyo tema se basa en un caso real, lo compensa intelectualmente de otras que produce, en gran parte, para sobrevivir económicamente: *Los misterios de Marsella,* por ejemplo (título muy parecido al de otro gran éxito de popularidad del momento: *Los misterios de París*, de Eugene Sue), y cientos de artículos de periódico.

En el prólogo de *Thérèse Raquin* Zola se defiende de los ataques que se le han hecho de que su literatura es pornográfica. Aclara que, dados los temperamentos (no caracteres) escogidos para llevar a cabo la trama, simples "animales humanos", [23] el desarrollo de su conducta es completamente lógico. Por primera vez se autodesigna escritor naturalista: "El grupo de escritores naturalistas, al cual tengo el honor de pertenecer ha tenido el coraje y la energía para producir poderosos trabajos en su propia defensa." [24]

Pero es con *La fortuna de los Rougon,* primer volumen de su serie *Los Rougon Macquart...* que el método de novelar que practicará y defenderá el resto de su vida queda establecido definitivamente. Pasa largas horas en la *Biblioteca nacional de París* planeando la serie. Estudia las teorías científicas del momento sobre la influencia que ejercen la herencia y el medio

ambiente en la conducta humana. Entre sus lecturas se encuentran: *Physiologie des passions,* de Letourneau; el *Traité d'Histoire naturelle,* de Próspero Lucas; la introducción a la *Histoire de la Litterature anglaise,* de Hyppolite Taine, y la *Introduction à L'Etude de la Médecine Expérimentale*, de Claude Bernard. [25]

De acuerdo a estas hipótesis y a la utilización de Compte y a Taine como basamento filosófico, concibe y organiza minuciosamente el árbol genealógico de los protagonistas de *Los Rougon Macquart: historia natural y social de una familia bajo el segundo Imperio.* [26]

En el prólogo del primer libro de la serie explica lo que intenta hacer:
1) sus personajes se desarrollarán de acuerdo a las teorías deterministas científicas del momento.
2) el ambiente socio-histórico en que se desenvolverán será "real:" Francia, de 1852 a 1871.
3) Aunque el espacio y el momento histórico de la novela estarán tomados de la realidad objetiva, el artista es libre para escoger la trama en que moverá a sus personajes. En su maestría para desarrollar esta trama demostrará su talento y creatividad.

En su opinión, Zola ha encontrado la clave para conciliar las contradicciones entre el "realismo total" (reproducción fiel de la realidad) y el papel que juega el artista en esa reproducción. En sus futuras exposiciones teóricas, Zola mantendrá las líneas directrices expuestas en este prólogo.

Para Zola, este nuevo realismo que ha concebido es mucho más refinado que el practicado hasta entonces, más exigente y preciso; elevará la

literatura al rango de las ciencias, la redimirá de ser un simple entretenimiento. Su decisión de adoptar, tanto el método como los temas y el estilo que lo ha caracterizado hasta hoy, satisface su anhelo de encontrar un camino diferente, único; anhelo que obedecía en parte, es verdad, a su necesidad de distinguirse y de alcanzarlo "todo," como dijera a Baille, pero también responde a una inconformidad legítima con la literatura de su época y a la corriente de fe en la ciencia que marca aquel momento. Además, en esta toma de posición respecto a la literatura, como en cualquier otra asumida por un ser humano, hay que considerar el factor ideológico. En el caso de Zola, siempre estuvo atrapado entre los valores de la burguesía a la que aspira a pertenecer y a la vez rechaza por los desprecios que ha recibido de ella y su simpatía por la clase obrera a la que, sin embargo, desprecia físicamente. Estas contradicciones vitales, que encontramos en cualquiera de las biografías de Zola, se reflejan en la ambigüedad en el tratamiento de sus personajes ficticios. Tomemos, por ejemplo, *La taberna* . La cuñada de Gervaise y su marido son descritos como unos miserables, egoístas, ruines que viven casi al nivel de las bestias escondidos en un apartamento que más parece una cueva que una habitación de seres humanos. Sin embargo, al final de la obra, aparentemente, ese estilo de vida va a permitirles, por lo menos, sobrevivir en la vejez. En cambio, a Gervaise, generosa y desinteresada, víctima de la explotación y de la opresión debidas a su clase social y a su sexo, el narrador la culpa al final de su propia desgracia: "La muerte quería llevársela poco a poco, pedazo a pedazo, arrastrándola así hasta el fin de la maldita existencia que ella misma se había hecho." [27]

Debido a su propia experiencia, a Zola debe haberle resultado fácil convencerse a sí mismo de que las teorías del determinismo biológico de

moda tenían un fuerte fundamento científico. Si él, con todas las dificultades que había tenido siempre estuvo convencido de triunfar y finalmente lo había logrado ¿por qué no iban a hacerlo otros? El triunfo o el fracaso dependen de uno mismo más que de las circunstancias que nos rodean.

El auge científico de la época le proporciona una sincera y sólida convicción en el progreso, benefactor del futuro de la humanidad, y la base de este progreso es la ciencia. En primer lugar, la conjunción de ciencia y literatura le parece perfectamente coherente. Por otra parte, no menos importante que la primera, desea que sus libros sean éxitos de venta. Quiere vivir de su pluma, pero vivir bien.

Los Rougon... comienzan a aparecer en 1871. Zola, como hemos visto, ha planeado y propuesto a su editor escribir diez novelas en total, dos cada año. Toma como base la experiencia que ha tenido con sus anteriores publicaciones y no anticipa un éxito de venta muy grande. Sin embargo, las primeras obras de la serie son mucho mejor recibidas de lo que él pronosticó a sus editores.

Finalmente, en 1877, su impaciencia por alcanzar la fama es satisfecha con la publicación de *L'Assommoir*. La novela es un gran éxito, y un escándalo mayor que las anteriores. Su autor explica en el prólogo que desde 1869 estaba trazado el plan para la serie, aclara su intención literaria y aprovecha la oportunidad para defenderse de las acusaciones que se le hacen, entre otras cosas, nuevamente, de que sus obras son pornográficas:

> Cuando apareció *La taberna* en un periódico, fue atacada con una brutalidad sin precedentes, siendo denunciada y acusada de todos los crimenes imaginables. . . .
>
> La taberna es, con seguridad, el más casto de mis libros. . . .
>
> Nadie ha sabido ver que mi deseo era hacer un trabajo puramente filológico, que considero de un vivo interés histórico y social. . . .
>
> Tan sólo sería necesario leer correctamente mis novelas, comprenderlas y abarcar con claridad su conjunto, antes de emitir los grotescos y odiosos juicios que circulan por ahí sobre mi persona y mis obras. [28]

El naturalismo en España.

Para la época en que comienza a aparecer en Francia la serie de *Los Rougon...,* ha entrado en España, recientemente, la filosofía moderna a través de Sanz del Río, importador del krausismo. La nueva doctrina, que llegó a ejercer una gran influencia, fue bien recibida por los jóvenes entusiasmados con el apogeo del progreso y de la ciencia del siglo XIX. Vieron en el krausismo la apertura de pensamiento propia de los nuevos tiempos. Al contrario, los tradicionalistas la recibieron como la amenaza al sistema establecido.

> Los krausistas creían que todas las religiones tienen algo de bueno y de verdad. El hombre debe hacer uso de su razón para escoger lo bueno y verdadero, apelando, en casos dudosos a su conciencia como último juez. Así no hay dogma ni rito que no deba someterse al espíritu crítico. El principio de libre examen es fundamental en el sistema krausista, y, naturalmente, provoca un antagonismo absoluto por parte de los conservadores. Y el libre examen no se limita tan sólo a la religión, sino que se extiende a la filosofía, la política y todas las manifestaciones de la vida. Implica una tolerancia hacia otras religiones, otras maneras de pensar y otras formas de organizacion de la vida colectiva.[29]

El krausismo fomentaba el conocimiento de otros sistemas filosóficos. Sus partidarios comienzan a interesarse por el positivismo de Herbert Spencer hacia 1875-76. Entre las nuevas ideas entran también las de Darwin, ampliadas "a fin de incluirlo todo, el hombre físico, la sociedad, las instituciones. Para los jóvenes españoles librepensadores el spencerismo es la filosofía natural y del progreso." [30]

El krausismo contribuyó a crear un clima propicio para que los españoles liberales aceptaran las ideas del naturalismo con beneplácito cuando lo conocieron.

En 1876 Charles Bigot, que escribía la "Correspondencia de París" en la *Revista contemporánea* de Madrid reseña *Son Excellence Eugene Rougon* , el sexto volumen de la serie de *Los Rougon...* y habla de Zola suponiendo que nadie lo conoce en España. En aquella ocasión no se menciona la palabra naturalismo. Es Pico de la Mirándola (pseudónimo de Angel Vallejo Miranda) quien, aparentemente, utiliza el término naturalista en el sentido literario por primera vez en 1877:

> Los escritores que se apellidan a sí propios "naturalistas" y cuyas flamantes producciones en prosa y en verso se complacen en la fotografía de todas las podredumbres carnales, son la última manifestación de este desenfrenado desgajamiento literario," (es decir, el realismo). [31]

Para Pico de la Mirándola, en este pasaje, el naturalismo es un realismo exagerado; también como realismo lo entiende Felipe Benicio Navarro quien parece ser el primer crítico español que se afilia al naturalismo. Dice en febrero de 1879: ". . . las corrientes realistas, o si se quiere naturalistas. . . . hoy están en boga. . . ." [32]

Entre 1876 y 1879, los pocos críticos que se ocupan del naturalismo en España lo hacen casi siempre en forma negativa, escandalizados "ante la crudeza del lenguaje," pero en general, aparentemente, era casi desconocido. Prueba de esto es que Emilia Pardo Bazán, quien durante toda su vida tuvo una preocupación especial por mantenerse al día en literatura, no lo menciona en el prólogo de su primera novela *Pascual López,* en 1879. Hubiera sido una excelente oportunidad para opinar sobre el tema, ya que allí habla sobre el arte docente y el arte desinteresado.

Zola y *La novela experimental.*

En 1880, cuando ya han aparecido nueve novelas de la serie de *Los Rougon...* , Zola publica *La novela experimental,* el principal documento teórico del naturalismo. Debido a su importancia para nuestro trabajo consideramos importante resumirlo y comentarlo detalladamente. Zola piensa que

> La novela experimental es una consecuencia de la evolución científica del siglo; continúa y completa la fisiología, que a su vez se apoya en la química y en la física; substituye el estudio del hombre abstracto, del hombre metafísico, por el estudio del hombre natural, sometido a las leyes físico-químicas y determinado por las influencias del medio ambiente; es, en una palabra, la literatura de nuestra era científica, al igual que la literatura clásica y romántica ha correspondido a una era escolástica y teológica. . . . [33]

La adopción de *La introducción al estudio de la medicina experimental* , de Claude Bernard, documento en que apoya Zola su teoría literaria, le facilita el trabajo de divulgación de su método de novelar, que él considera la forma apropiada para el escritor moderno y que ya para aquel momento ha sido atacado con saña. Apelar al pretigio de un renombrado científico le

parece una forma de defensa infalible contra los agresiones constantes: era la edad del progreso y el motor del progreso era la ciencia; las afirmaciones de un sabio como Claude Bernard tenían, ante aquella sociedad el peso y el respeto más alto a que se podía aspirar. En definitiva, si el método de Bernard era tan respetado en el campo de las ciencias, ¿por qué no iba a serlo en el de la literatura? Este razonamiento conduce a Zola a afirmar que para escribir la novela experimental el escritor deberá seguir tan de cerca el método propuesto por el doctor Bernard para las ciencias que él [Zola] sólo tendrá que hacer un trabajo de adaptación, ya que el metodo experimental ha sido establecido con una fuerza y una claridad maravillosa por el científico: "A menudo me bastará con reemplazar la palabra "médico" por la palabra "novelista" para hacer claro mi pensamiento y darle el rigor de una verdad científica." [34]

Zola hace un resumen detallado de *La Introducción...* y explica que Bernard

> establece de entrada las diferencias que existen entre las ciencias de la observación y las ciencias de la experimentación. Y llega a concluir que la experiencia en el fondo no es más que una observación provocada. . . . Todo el razonamiento experimental está basado en la duda, ya que el experimentador no debe tener ninguna idea preconcebida frente a la naturaleza y tiene que guardar siempre su libertad de espíritu. Acepta simplemente los fenómenos que se producen cuando están probados.
>
> Acto seguido, en la segunda parte, aborda su auténtico tema al demostrar que la espontaneidad de los cuerpos vivos no se opone al empleo de la experimentación. La diferencia proviene únicamente de que un cuerpo bruto se encuentra en el medio exterior y común, mientras que los elementos de los organismos superiores se hallan en un medio interior y perfeccionado, pero dotado de propiedades fisioquímicas constantes, al igual que el medio exterior. A partir de ello, existe un determinismo absoluto en las condiciones de existencia de los fenómenos naturales, tanto para los cuerpos vivos como para los cuerpos brutos. Bernard llama "determinismo" a la causa que determina la aparición de los

> fenómenos. Esta causa próxima, como la llama, no es otra cosa que la condición física y material de la existencia o de la manifestación de los fenómenos. El principio de la medicina experimental, el término de cualquier investigación científica es, pues, idéntico, tanto para los cuerpos vivos como para los cuerpos brutos: consiste en encontrar las relaciones que vinculan un fenómeno cualquiera con su causa próxima, o, dicho de otra manera, en determinar las condiciones necesarias para la manifestación de dicho fenómeno. La ciencia experimental no debe inquietarse por el porqué de las cosas; sólo explica el cómo. [35]

Después de esta explicación Zola se pregunta: "en literatura, en la que hasta hoy la observación parece haber sido empleada en exclusiva, ¿es posible la experiencia?." [36] Según Claude Bernard:

> se da el nombre de observador a quien aplica los procedimientos de investigaciones simples o complejas al estudio de fenómenos que no hace variar y que recoge en consecuencia, tal como la naturaleza se los ofrece; se da el nombre de experimentador a quien emplea los procedimientos de investigaciones simples o complejas para hacer variar o modificar, con un fin cualquiera, los fenómenos naturales y los hace aparecer en circunstancias o en condiciones en las que la naturaleza no los presentaba. [37]

Después de esta cita del científico, continúa diciendo Zola:

> Por ejemplo, la astronomía es una ciencia de observación porque no se concibe a un astrónomo que actúe sobre los astros; mientras que la química es una ciencia de experimentación, pues el químico actúa sobre la naturaleza y la modifica. Tal es, según Claude Bernard, la única distinción verdaderamente importante que separa a un observador de un experimentador. [38]

Y Zola cita a Bernard nuevamente:

> En el método experimental, el examen de los hechos, es decir,la investigación, se acompaña siempre con un razonamiento de manera que, ordinariamente, el experimentador hace un experimento para controlar o verificar el valor de una idea experimental. Entonces se puede decir que la experiencia es una observación provocada con un propósito de control.[39]

Para determinar lo que puede haber de observación y de experimentación en la novela naturalista, Zola cita una serie de pasajes de la

Introducción... que considera muy importantes, pues se trata, específicamente, de los pasos a seguir, uno tras otro, por el científico experimental y por el novelista naturalista:

> El observador constata pura y simplemente los fenómenos que tiene ante sus ojos... tiene que ser el fotógrafo de los fenómenos; su observación debe representar exactamente a la naturaleza... escucha a la naturaleza y escribe bajo su dictado. Pero una vez constatado y observado el fenómeno, llega la idea, interviene el razonamiento y aparece el experimentador para interpretarlo. El experimentador es quien, en virtud de una interpretación más o menos probable, pero anticipada, de los fenómenos observados, instituye la experiencia de manera que, en el orden lógico de las previsiones, dicha experiencia ofrezca un resultado que sirva de control a la hipótesis o a la idea preconcebida. . . . A partir del momento en el que el resultado de la experiencia se manifiesta, el experimentador se enfrenta a una auténtica observación que ha provocado y que hay que constatar, como cualquier observación, sin idea preconcebida. El experimentador debe entonces desaparecer o más bien transformarse inmediatamente en observador; y sólo después de haber constatado los resultados de la experiencia igual que si se tratara de los de una observación ordinaria, volverá su espíritu para razonar, comparar y juzgar si la hipótesis experimental está verificada o invalidada por los mismos resultados. [40]

En resumen, el experimento en sí, presenta cinco pasos a seguir:

1) El investigador observa un determinado fenómeno, ya instituido antes de su intervención.

2) Mediante la observación y teniendo como guía para sus deducciones el determinismo científico el observador infiere a priori el proceso que seguirá dicho fenómeno y expresa su hipótesis.

3) El observador, convertido en experimentador, prepara el experimento adecuando las condiciones externas de forma tal que los acontecimientos se produzcan en el orden previsto.

4) El experimentador se retira y observa como se desarrollan los acontecimientos que él ha acondicionado, pero en los cuales no interviene.

5) Terminado el experimento, regresa el experimentador para verificar su hipótesis o negar la validez del experimento.

A continuación, Zola explica cómo concibe la aplicación del sistema a la novela:

> el novelista es, a la vez, observador y experimentador. En él, el observador ofrece los hechos tal como los ha observado, marca el punto de partida, establece el terreno sólido sobre el que van a moverse los personajes y a desarrollarse los fenómenos. Despúes, aparece el experimentador e instituye la experiencia, quiero decir, hacer mover a los personajes de una historia particular para mostrar en ella que la sucesión de hechos será la que exige el determinismo de los fenómenos a estudiar. Se trata casi siempre de una experiencia "por ver," como la llama Claude Bernard. El novelista sale a la búsqueda de una verdad. [41]

Zola se da cuenta de la distancia que existe entre la química o la fisiología y la literatura. Consciente de esta dificultad, afirma que no pretende "constatar los resultados conseguidos, sino que [desea] simplemente exponer con claridad un método." Estima que la novela naturalista, "tal como la comprendemos en este momento, es una experiencia auténtica que el novelista hace sobre el hombre, ayudándose con la observación." [42] Justifica que el novelista haga moverse a sus personajes en la forma en que él lo disponga acudiendo de nuevo a Claude Bernard, quien había dicho: "En la práctica de la vida, los hombres no dejan de experimentar unos sobre otros." [43] Y lo que es más concluyente, dice Zola, he aquí toda la teoría de la novela experimental, y cita a Bernard:

> Cuando razonamos sobre nuestros propios actos, tenemos un guía cierto, puesto que tenemos conciencia de lo que pensamos y de lo que sentimos. Pero si queremos juzgar los actos de otro hombre y

saber los móviles que le hacen actuar es completamente distinto. Sin duda, tenemos ante nuestros ojos los movimientos de este hombre y sus manifestaciones que son, estamos seguros de ello, los modos de expresión de su sensibilidad y de su voluntad. Además, admitimos todavía que hay una relación necesaria entre los actos y su causa; pero ¿cuál es esta causa? No la sentimos en nosotros, no tenemos conciencia de ella como cuando se trata de nosotros mismos; nos vemos, pues obligados a interpretarla, a suponerla, según los movimientos que veamos y las palabras que oigamos. Entonces debemos controlar y contrastar los actos de este hombre; consideramos cómo actúa en tal circunstancia y, en una palabra, recurrimos al método experimental. [44]

Después de esta cita de Bernard, continúa Zola:

> Ved que primera claridad brota cuando nos colocamos en el punto de vista del método experimental aplicado a la novela con todo el rigor cientifico que la materia soporta en la actualidad. A nosotros, escritores naturalistas se nos hace el estúpido reproche de querer ser únicamente fotógrafos. Tenemos a bien declarar que aceptamos el temperamento, la expresión personal, pero, a pesar de ello, siguen respondiéndonos con argumentos imbéciles sobre la imposibilidad de ser estrictamente veraces, sobre la necesidad de arreglar los hechos para constituir una obra de arte cualquiera. ¡Pues bien!, con la aplicación del método experimental en la novela, termina toda querella. La idea de experiencia lleva consigo la idea de modificación. Partimos de hechos verdaderos que son nuestra base indestructible; pero, para mostrar el mecanismo de los hechos es necesario que producazmos y dirijamos los fenómenos, ésta es nuestra parte de invención, de genio en la obra. [45]

Para Emile Zola el novelista:

> Ha partido de la duda para llegar al conocimiento absoluto; y sólo deja de dudar cuando el mecanismo de la pasión, desmontado y montado por él de nuevo, funciona según las leyes fijadas por la naturaleza. [46]

Zola pone gran cuidado en distinguir fatalismo de determinismo:

> El fatalismo supone la manifestación necesaria de un fenómeno, independientemente de sus condiciones, mientras que el determinismo es la condición necesaria de un fenómeno, cuya manifestación no es obligada. . . . Una vez que la búsqueda del determinismo de los fenómenos está puesta como el principio fundamental del método experimental, ya no existe ni materialismo, ni espiritualismo, ni materia bruta ni materia viva; no hay más que

> fenómenos cuyas condiciones hay que determinar, es decir, las circunstancias que desempeñan el papel de causas próximas en relación a dichos fenómenos.[47]

Y agrega citando nuevamente a Claude Bernard:

> desde el momento en que podemos actuar y actuamos sobre el determinismo de los fenómenos, por ejemplo modificando los medios, no somos fatalistas. [48]

El papel de "moralistas experimentadores" de los novelistas naturalistas queda resumido como sigue:

> Enseñamos el mecanismo de lo útil y de lo nocivo, desligamos el determinismo de los fenómenos humanos y sociales a fin de que un día se pueda dominar y dirigir estos fenómenos. En una palabra, trabajamos con todo el siglo en la gran obra de la conquista de la naturaleza y el poder multiplicado del hombre. Véase, al lado de la nuestra, la tarea de los escritores idealistas, que se apoyan en lo irracional y en lo sobrenatural y cuyos impulsos van seguidos de una profunda caída en el caos metafísico. Nosotros tenemos la fuerza, nosotros tenemos la moral. [49]

En la quinta y última parte de su ensayo el escritor francés insiste en "el carácter impersonal de su método" y en que:

> el naturalismo no es una escuela, por ejemplo, no se encarna en el genio de un hombre ni en las locuras de un grupo, como lo hace el romanticismo, sino que consiste simplemente en la aplicación del método experimental al estudio de la naturaleza y del hombre. [50]

Sobre el aspecto formal de la novela naturalista, dice Zola:

> Hasta el momento he descuidado la cuestión de la forma del escritor naturalismo porque es precisamente la forma la que especializa la literatura. Para el escritor, el genio no se encuentra solamente en el sentimiento, en la idea a priori, sino también en la forma, en el estilo. Unicamente la cuestión de método y la cuestión de retórica son distintas. Y el naturalismo, lo repito, sólo consiste en el método experimental, en la observación y la experiencia aplicadas a la literatura. Por el momento, la retórica no tiene nada que ver aquí. Fijemos el método, que debe ser común, y después aceptemos en las letras todas las retóricas que se produzcan; consideremoslas como las expresiones de los temperamentos literarios de los escritores. [51]

Para terminar, Zola refuta la opinión del propio Claude Bernard quien ha puesto en duda la legitimidad de la aplicación del método experimental a la literatura. Bernard ha afirmado:

> En las artes y en las letras la personalidad lo domina todo. Se trata de una creación espontánea del espíritu, y esto no tiene nada en común con la constatación de los fenómenos naturales, en los cuales nuestro espíritu no tiene que crear nada. [52]

Zola defiende la validez de la novela naturalista diciendo:

> No puedo más que repetir lo que ya he dicho: si dejamos aparte la forma y el estilo, el novelista experimentador no es más que un sabio que utiliza los instrumentos de otros sabios, la observación y el análisis. Nuestro terreno es el mismo que el de los fisiólogos, si no más vasto. Como él, operamos sobre el hombre, pues todo induce a creer, y el propio Claude Bernard lo reconoce, que los fenómenos cerebrales pueden ser determinados como los otros fenómenos. Es cierto que Claude Bernard puede decirnos que flotamos en puras hipótesis; pero haría mal en concluir que no llegaremos nunca hasta la verdad, pues él mismo ha luchado toda su vida para hacer una ciencia de la medicina, a la que la mayoría de sus colegas consideran como un arte.[53]

Para Zola

> el artista parte desde el mismo punto que el sabio; se coloca frente a la naturaleza, tiene una idea a priori y trabaja según esta idea. Solamente se aparta del sabio si lleva su idea hasta el final, sin verificar su exactitud por medio de la observación y la experiencia. [54]

"La verdad" queda fijada únicamente por los sabios. Aunque los poetas han expresado sus sentimientos respecto a algunas explicaciones de los fenómenos que el hombre ha empezado, únicamente los científicos han sido capaces de controlar las hipótesis. Los escritores seguirán las verdades de los sabios; deben

> aceptar estrictamente los hechos determinados, no aventurar sobre ellos unos sentimientos personales que resultarían ridículos, apoyarnos totalmente en el terreno conquistado por la ciencia; y ejercer nuestra intuición únicamente frente a lo desconocido,

> preceder a la ciencia, arriesgándonos a equivocarnos y considerarnos felices si aportamos documentos para la solución de los problemas. Por otra parte, sigo fiel al programa práctico de Claude Bernard, que se ha visto obligado a aceptar el empirismo como un tanteamiento necesario. Así, en nuestra novela experimental, podemos perfectamente arriesgar hipótesis sobre las cuestiones de la herencia y sobre la influenciaq de los medios, después de haber respetado todo lo que hoy sabe la ciencia sobre la materia. Nosotros prepararemos las vías, proporcionaremos hechos de observación, documentos humanos que podrán ser muy útiles. [55]

De acuerdo a lo expresado en este ensayo, para Zola el naturalismo, ya totalmente delineado en este momento es:

1- Un método derivado de la ciencia, basado en la observación y la experiencia y aplicado a la literatura. Está calcado de la *Introducción al estudio de la medicina experimental* de Claude Bernard (1865).

2- El determinismo científico es la condición *sine qua non* del método, cuyo sostén filosófico es el positivismo. Zola aclara y repite consistentemente que el naturalismo es "positivista y determinista." Sin determinismo no existe novela naturalista. Determinismo es, según Claude Bernard, "la causa que determina la aparición de los fenómenos." El escritor naturalista es determinista, no fatalista, términos de significados muy diferentes. El determinista aspira a cambiar las causas que determinan un fenómeno; el fatalista se resigna ante el destino cuya causa desconoce.

3- El escritor naturalista no propone sus propias hipótesis. Se basa en las verdades descubiertas por los sabios. Debe estar al día en los descubrimientos de la ciencia para cambiar sus afirmaciones de acuerdo a lo más nuevo en el campo científico. Ahora bien, en aquellas áreas que aún la ciencia desconoce, el novelista puede aventurar sus hipótesis.

4- El escritor naturalista no inventa: parte de una idea a priori, observa la realidad y la transfiere a su obra en forma objetiva e impersonal. Esta transferencia no es automática porque el escritor naturalista no sólo observa, sino que experimenta. Según Claude Bernard "la experiencia, en el fondo, no es más que una observación provocada." De esta manera, el novelista parte de su observación para crear unos personajes con los que experimenta hasta probar una verdad científica. Estos personajes se moverán y reaccionarán a las situaciones en que los coloca su creador en la forma determinada por leyes de herencia y medio ambiente estipuladas por la ciencia de antemano. Al final, su destino estará dirigido por esas leyes.

5- El novelista naturalista no es un simple "traductor" de la realidad, es un artista. La expresion de sus emociones se manifiesta en la idea a priori de la que parte para escribir sus novelas. Su talento se muestra en la forma que da a su obra: la creación de los personajes, las situaciones por medio de las cuales llegan a su destino; todo eso es creación personal.

6- El naturalismo no es una escuela, ni una técnica ni un estilo: Es un método que puede volcarse en cualquier molde retórico y aplicarse a cualquier medio social.

7- El escritor naturalista es un moralista que aspira a cambiar la sociedad, a mejorarla.

Zola no encuentra, ni encontrará en el porvenir, a pesar de que mucho se lo dijeron, ninguna contradicción entre su propia opinión anterior de que "una obra literaria es el universo visto a través de un temperamento, una personalidad" y sus afirmaciones actuales de que en la novela experimental la realidad se mantiene intacta.

La afirmación de Claude Bernard de que los mismos experimentos que se aplicaban a los seres brutos podían aplicarse a los seres vivos, con algunas variantes, (era necesario tomar en consideración el mecanismo interno de los segundos) hace afirmar a Zola que la novela experimental se apoyaba firmemente en la ciencia porque experimentaba con "seres vivos." Los seres vivos a que se refería Zola eran los de la realidad histórica que servían de inspiración a los personajes ficticios de la obra literaria. Que esos "seres" de la novela estuvieran hechos de palabras y que "vivieran" sólo en la imaginación del escritor y en la de los lectores no fue obstáculo para que Zola reclamara para ellos los mismos derechos que para los de carne y huesos. Por supuesto, nunca logró conciliar lo irreconciliable; ése es el problema de fondo de su teoría, pero él estaba convencido de que lo había conseguido, o aparentó estarlo.

El ensayo sobre *La novela experimental* es conocido en España en el mismo año de su publicación en Francia. También en 1880 "se publica en Madrid, por Alfredo C. de Hierro, *Naná,* que según el prólogo, Tomo I, página XIV, es la primera versión española de una obra de Zola."[56] A partir de este momento la obra de Zola, tanto la literaria como la teórica, fue muy popular, aunque de distinta manera. De acuerdo al artículo "Zola en España", que apareció en *La gaceta literaria* en noviembre de 1927 las novelas del autor francés eran muy populares:

> Zola fue el autor extranjero más leído. . . se tradujeron todas sus novelas y aun sus libros de crítica y polémica. . . se llegaron a hacer tiradas de 100,000 ejemplares. Se traducía sobre las galeras de la edición francesa para que apareciera al mismo tiempo que ésta la versión española y pudiese enviarse a América. [57]

Como se ha observado anteriormente en este trabajo, al leer sus novelas, la gran mayoría de los lectores de Zola (en Francia y en España), no percibían el método que regía el engranaje de la trama, lo que de acuerdo a su autor, las definía como "experimentales." Esta fue siempre la queja del escritor. Para el público general era una literatura que se ocubapa de "la realidad" social y humana en sus aspectos más negativos. Al llegar a España las novelas, ni los temas ni el estilo resultaron ajenos. Al contrario, estas obras fueron fácilmente asociadas con formas literarias existentes allí desde hacía siglos. La literatura española, desde sus comienzos, ha tenido una fuerte tendencia a intentar transferir la realidad histórica al texto en forma versímil. Este "realismo" ha sido a veces bastante descarnado en tema y lenguaje. Basta mencionar *La Celestina* (1499) o *La lozana andaluza* (1525). La utilización del lenguaje coloquial y de personajes y ambientes extraídos del pueblo habían sido populares desde tiempos tan remotos como los de el *Libro de buen amor* (1330) y *El Lazarillo* (1554). Además, el auge del costumbrismo, desde comienzos del siglo XIX, familiariza al público con obras en las que ocupa gran importancia la descripción detallada de tipos y costumbres del pueblo.[58] Aunque el enfoque de la realidad histórica sea distinto, podría decirse opuesto, entre los costumbristas y los naturalistas, la vida diaria del pueblo, su lenguaje y sus hábitos son objetos de dedicada atención en ambas corrientes.

Todos estos factores contribuyen al éxito de venta de las novelas de Zola: resultan familiares al gusto literario español existente. Además, traen el toque de modernidad que muchos ansiaban en aquel momento, por ejemplo, la crítica social y un tratamiento más franco de la sexualidad. Aunque el sexo estuvo presente en forma bastante abierta en muchas de las obras cumbres

de España de siglos anteriores al XVIII, durante este siglo y casi tres cuartas partes del XIX, su presencia es bastante reprimida.

Sin embargo, los mismos elementos que contribuyeron a la fácil aceptación del naturalismo francés fueron motivo de confusión en el momento de determinar las características constituyentes de una obra "naturalista," en el sentido dado a la palabra ahora, refiriéndose a la novela experimental que Zola propone. La confusión se produce tanto entre los detractores del movimiento como entre sus defensores. Tan es así que Clarín afirma en 1891, en el prólogo a *La cuestión palpitante* de Emilia Pardo Bazán: "No es lo peor que el naturalismo no sea como sus enemigos se lo figuran sino que se parezca muy poco a la idea que de él tienen muchos de sus partidarios."[59]

Al juzgar el naturalismo en España, como antes en Francia, las consideraciones literarias, en el fondo, son las que menos cuentan, aunque aparentemente se les presta gran atención. La realidad es que los liberales lo defienden y los tradicionalistas lo atacan. No es una situación sencilla ni se da en blanco y negro, tiene muchos matices y hay quienes tratan de conciliar su tradicionalismo político con una posición avanzada en las artes: Emilia Pardo Bazán, por ejemplo. Una marcada preferencia por el progreso en diferentes aspectos, incluyendo el feminismo, y una alta dosis de sincera inquietud intelectual, la conducen a intentar situarse a la vanguardia en las artes. Sin embargo, sus preferencias políticas, situadas en la retaguardia, la limitan. Su identificación ideológica con la clase aristocrática a que pertenece, o pretende pertenecer [60] no le permite ser progresista políticamente, condición imprescindible en aquel momento histórico en España para afiliarse al anticlerical naturalismo zolaico. A pesar de todo,la

Pardo Bazán encuentra atrayente, hasta cierto punto, el naturalismo francés, representante de la modernidad en literatura en aquel momento. Sus simpatías terminan en el punto en que la nueva escuela entra en conflicto con unos valores que acepta con grandes limitaciones en su vida privada, pero los defiende públicamente.[61]

En 1892 doña Emilia publica *La cuestión palpitante* , donde expone su opinión sobre el movimiento francés. En este largo ensayo, que marcó la pauta del naturalismo español, trata de reconciliar su tradicionalismo con el naturalismo. Acepta los postulados formales y técnicos del movimiento: observación del natural, temas sacados de la sociedad que rodea al escritor, uso del lenguaje hablado (aunque rechaza una crudeza que considera innecesaria). Rechaza el determinismo de las novelas de Zola por considerarlo sinónimo de fatalismo, opuesto al libre albedrío católico. Propone un naturalismo como el que, según ella y muchos otros españoles, ha existido siempre en España. En definitiva, no es otra cosa sino el realismo tradicional español con la incorporación de la jerga y algunos conceptos científicos del siglo XIX. Respecto del naturalismo de doña Emilia, Zola dijo:

> Lo que no puedo ocultar es mi extrañeza de que la señora Pardo Bazán sea católica ferviente, militante, y a la vez naturalista; y me lo explico sólo por lo que oigo decir de que el naturalismo de esa señora es puramente formal, artístico y literario. [62]

La diferencia de opiniones al definir el naturalismo hace que se excluya del movimiento a algunos escritores que se han visto a sí mismos como naturalistas y que se clasifique de naturalistas a otros, aun en contra de su voluntad, como es el caso de Pereda, quien se rebeló sin éxito repetidas veces ante esta calificación. [63] Otro buen ejemplo de la arbitrariedad en el uso del término es el caso de *La papallona* de Narcís Oller. Cuando la obra

es publicada en español por primera vez, Juan Valera afirma en una carta dirigida a Narcís Oller:

> Todas las obritas que contiene el tomo me parecen preciosas, aunque conozco que con la traducción, por esmerada que sea, deben de perder no poco. Hallo que en el buen sentido y como yo gustaría del naturalismo, es Ud. naturalista. ¿Quién, en dicho sentido, no lo es, en teoría? El que no lo es, en la práctica, es porque no puede; o bien por falta de ojos para ver, o bien por falta de corazón para hacer suyo lo que ha visto y por falta de lengua para expresarlo con claridad y limpieza.[64]

Partiendo de su propia definición del término, muy distinta a la de Valera, Zola opinó lo siguiente sobre *La papallona* , en una carta dirigida a Albert Savine, el traductor de la obra al francés:

> Nosotros (los naturalistas) somos positivistas y deterministas, o por lo menos tratamos de no hacer con el hombre más que experimentos, y él, Oller, es ante todo un narrador a quien su propia narración conmueve, y que lleva hasta el último extremo la emoción, aunque sea a expensas de la verdad.[65]

Después de muchas discusiones de este tipo surge la voz de Marcelino Menéndez Pelayo en 1884, para expresar una opinión sensata en el prólogo a las *Obras Completas de Pereda* . Afirma que el naturalismo no es lo mismo que el realismo. Casi todos los autores llamados naturalistas son en efecto realistas. El realismo es más abarcador que el naturalismo, de manera que "todo naturalista es realista. . . . pero no todo realista es naturalista." [66]

Notas

[1] María Julia Guzmán, *Realismo y naturalismo en Puerto Rico* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1960), pp. 23-24.

[2] Jean Franco, *The Modern Culture of Latin America* (London: Pall Mall Press, 1967), p. 2.

[3] Carmela Eulate Sanjurjo, *La muñeca,* prólogo por Manuel Zeno Gandía (Ponce: Tipografía El Vapor, 1895), p. XI. La cursiva pertenece a Zeno Gandía. En el capítulo II de esta sección, "El naturalismo y *La charca*" aparece una discusión detallada de este prólogo.

[4] Francisco Manrique Cabrera, "Manuel Zeno Gandía: poeta del novelar isleño" en *Asomante,* No. 4 (1955), p. 38.

[5] Haskell M. Block, *Naturalistic Triptych: The Fictive and the Real in Zola, Mann and Dreiser* (New York: Random House, 1970), p. 3. La traducción es mía.

[6] Ibid., p. 4. La traducción es mía.

[7] Guillermo Ara, en *La novela naturalista hispanoamericana* (Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1965), p. 246, afirma que *La charca* es "romántica al revés, ergo naturalista.".

[8] Haskell M. Block, p. 5. La traducción es mía.

[9] Emile Zola, *Thérèse Raquin,* Translated and with an Introduction by Leonard Tancock (New York: Penguin Books Ltd., 1962), Introducción, p. 12. La traducción es mía.

[10] Haskell M. Block, p. 5.

[11] Walter Pattison, *El naturalismo español* (Madrid: Editorial Gredos, 1969), p. 9.

[12] Véase: F.W. Hemmings, *The Life and Times of Emile Zola* (New York: Charles Scribner's Sons), del mismo autor, *Emile Zola,* Second Edition (London: Oxford University Press, 1966); Angus Wilson, *Emile Zola* ; Marc Bernard,*Zola par lui-même* (France: Editions du Seuil, 1952). Este último libro, escrito a base de cartas escritas por Zola, es excelente para entender su

visión de sí mismo. Véase tambíen: Bettina L. Knapp, *Emile Zola* (New York: Frederick Ungar Publishing Co.)

[13] Marc Bernard, p. 15. La traducción es mía.

[14] Ibid., p. 21. La traducción es mía. La mayúscula de la palabra "malla" pertenece a Zola.

[15]Ibid., pp. 21-22.

[16] En 1860 escribe a Baille: "...si, definitivamente, sigo la carrera literaria, quiero seguir mi lema: ¡Todo o nada! Consecuentemente, no deseo seguir los pasos de nadie; no porque codicie el título de maestro de una escuela (usualmente esa clase de hombre es consistentemente sistemático), sino porque me gustaría encontrar un camino inexplorado, y abrirme paso entre la muchedumbre actual de malos escritores." Marc Bernard,*Zola,* p. 14. La traducción es mía. En este pasaje Zola niega ser (pensemos que subconscientemente) "consistentemente sistemático." Sin embargo esta cualidad, que ostentaba en alto grado, contribuyó grandemente a que ocupara la posición por la que se le ha conocido a lo largo de los años de Maestro de la escuela de Medán.

[17] Citado en: S.C. Burchel, "La causa fracasada" cap. 6 de *La edad del progreso,* en *Grandes épocas de la humanidad* (Nederland: TIME, Inc., 1970), pp. 118-137.

[18] Véase el artículo de Emilio Zola "El naturalismo en la literatura", en *El naturalismo,* Selección y notas de Laureano Bonet (Barcelona: Ediciones Península, 1972), pp. 147-180.

[19] Terry Eagleton, *Literary Theory* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983), p. 23.

[20] Véase cómo el desarrollo de los estudios de literatura inglesa, en Inglaterra, comienzan como una forma de lograr "cohesión" entre las distintas clases sociales. Terry Eagleton, *Literary Theory,* Capítulo I, "The Rise of English."

[21] Emile Zola, *L'Assommoir,* (France: Fasquelle Editeurs, 1960), p. 454. La traducción es mía.

[22] Ibid., p. 478. La traducción es mía.

[23] Emile Zola, *Thérèse Raquin,* Translation and introduction by Leonard Tancock. Introducción, p. 22. La traducción es mía.

[24] Ibid., Introducción, p. 27.

[25] Matthew Josephson, *Zola and His Time* (New York: Garden City Publishing Company, Inc., 1928), p. 139.

[26] Véase: "Crêation des Rougon-Macquart," Marc Bernard, pp. 35-45.

[27] *L' Assommoir,* p. 478.

[28] Emile Zola, prólogo de *L'Assommoir*, pp. 5-6. La traducción es mía.

[29] Walter T. Pattison, pp. 21-22.

[30] Ibid., p. 23.

[31] Ibid., p. 14.

[32] Ibid., p. 15.

[33] Emile Zola, *El naturalismo,* Selección, introducción y notas de Laureano Bonet (Barcelona: Ediciones Pnínsula, 1972), p. 45.

[34] Ibid., p. 29.

[35] Ibid., p. 30.

[36] Ibid., 32.

[37] Ibid.

[38] Ibid.

[39] Ibid., pp. 32-33.

[40] Ibid. p.33

[41] Ibid., p. 34.

[42] Ibid., p. 35.

[43] Ibid.

[44] Ibid., pp. 35-36.

[45] Ibid., p. 36.

[46] Ibid., p. 37.

[47] Ibid., p. 50.

[48] Ibid.

[49] Ibid., p. 51.

[50] Ibid., p. 61.

[51] Ibid., pp. 63-64.

[52] Ibid., p. 65.

[53] Ibid., pp. 65-66.

[54] Ibid., p. 66.

[55] Ibid., p. 67.

[56] María Julia Guzmán, p. 7.

[57] Ibid., p. 8.

[58] Véase: Margarita Ucelay da Cal, *Los españoles pintados por sí mismos: estudio de un género costumbrista* (México: El Colegio de México,1951); José F. Montesinos, *Costumbrismo y novela: ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española* (Valencia: Editorial Castalia,1960).

[59] Citado por Laureano Bonet en: Emilio Zola, *El naturalismo*, p. 9.

[60] En el momento en que nace doña Emilia, su familia no poseía los títulos nobiliarios que había ostentado en el pasado, hecho al que ella nunca se resigna. Lucha toda su vida por reconquistarlos. Véase: Carmen Bravo Villasante, *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán* (Madrid: Revista de Occidente, 1962).

[61] Véase: Emilia Pardo Bazán, *Cartas a Galdós,* prólogo y edición, Carmen Bravo Villasante (Madrid: Ediciones Turner, 1975).

[62] Carmen Bravo Villasante, *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán,* p. 64.

[63] Véase: Walter T. Pattison, capítulo V: "Pereda ¿naturalista a pesar suyo?."

[64] Emile Zola, *El naturalismo,* p. 11-12. La cursiva es mía.

[65] Ibid., p. 12

[66] Walter T. Pattison, *El naturalismo español*, p. 121.

Capítulo II

Los intelectuales latinoamericanos y el naturalismo

> [In nineteenth century] Latin-American reality was too bold and strange to be grasped by writers accustomed to the narrow refinements of Paris or London.
>
> Jean Franco [1]

> sin Zola, bajo la acción de los hechos, el naturalismo habría surgido inevitablemente. . . Si el naturalismo creció entre nosotros después de 1870, se debió más que a Zola, a las circunstancias que nos envolvían. Las mismas determinantes del auge naturalista europeo: motines, asonadas, guerras, revoluciones. . . . [2]

Sin embargo, en el caso de Puerto Rico, no hubo nunca una guerra o revolución que durara más de cuarenta y ocho horas. Fueron otras las circunstancias comunes que provocaron la contemporaneidad del auge del naturalismo en los países independientes de Latinoamérica y en Puerto Rico, que aún no había alcanzado constituirse en estado nacional. Aunque la isla no compartía con el resto de la América Latina la experiencia de la guerra, sí había sufrido, igual que las otras naciones del continente, la explotación perpetua del pueblo. Este hecho, aunque no es el único, bastaría por sí solo para unificar la historia de nuestros países.

Desde el principio de la colonización hasta fecha reciente, han existido dos factores constantes utilizados para facilitar la explotación del pueblo latinoamericano: primero, España trasladó a América el sistema de castas establecido allí entre cristianos, árabes y judíos en que el fenotipo, o sea el color y los rasgos físicos, determinaban la posición social. La imposición del sistema en América, entre indios, negros, mestizos y blancos la ayudó, desde el comienzo, a dividir las sociedades coloniales en estratos donde los españoles ocupaban el escalón más alto. Ser blanco o casi blanco implicaba, al menos, la posibilidad de alcanzar una posición social alta.[3] Segundo, las alianzas, explícitas o implícitas, de las clases dirigentes de los países que han dominado política y económicamente a Latinoamérica con las minorías privilegiadas de los países latinoamericanos han sido fundamentales para asegurar la hegemonía de la Metrópoli de turno. [4]

Muy pronto después de la conquista los españoles comenzaron a contraer matrimonio con las hijas de la nobleza nativa. Estas uniones facilitaban el control de la sociedad conquistada. Las mujeres, a la vez, descubrieron que sus hijos tenían más probabilidades de sobrevivir si no eran tratados como indios. Estos mestizos, así como los que fueron naciendo de otro componente racial, el africano, se convirtieron muchas veces en excelentes colaboradores de los colonizadores. Su posición en la sociedad los hacía sentirse más cerca de los que ostentaban el poder que de sus compatriotas indios o negros. Objetivamente, recibían consideraciones especiales y sicológicamente se identificaban con el conquistador. Pero no todos los mestizos eran captados ideológicamente por los colonizadores. Cuando esto sucedía, sobre todo en el caso de los mestizos de indios, que no estaban sujetos a las leyes esclavizadoras y tenían cierto acceso a la educación,

podían constituir un gran problema para la colonia y de hecho lo constituyeron muchas veces. Un ejemplo es Tupac Amaru. [5]

En el terreno intelectual, la problematizada identidad que surge de llevar dos mundos adentro, de vivir entre dos culturas, esta ambigua posición de colonizado- colonizador que ostentaron y ostentan las minorías privilegiadas de la gran mayoría de los países latinoamericanos hasta hoy, podemos verla reflejada ya en la obra del Inca Garcilaso de la Vega.

Al comenzar a formarse los primeros grupos de "criollos", americanos descendientes de españoles o mestizos, corresponde a ellos principalmente la función de colaborar con las clases hegemónicas extranjeras. Esta minoría criolla pudiente es educada "a la europea" y muchas veces va a estudiar a Europa. Sin embargo, no puede escapar por completo a la influencia de la cultura de la mayoría del pueblo de su país de origen, [6] por lo tanto su personalidad y actuación serán el producto de su formación conflictuada. A medida que pasan los años, estos criollos van diferenciándose de los europeos, considerándose americanos, con una identidad muy débil y compleja. Este incipiente sentido patriótico se fortalece a medida que van ejerciendo un mayor grado de control socio-económico en sus respectivas sociedades. Sus intereses económicos entran en conflicto con los de España, interesada en mantener la hegemonía del comercio, en conservar un orden económico y político inalterable, beneficioso para su aristocracia y sus comerciantes monopolistas.

Las ideas de la Ilustración, la influencia de la Revolución francesa y más concretamente la guerra de Estados Unidos contra Inglaterra va animando a estos criollos en sus aspiraciones independentistas: ejercer el control político

les permitiría controlar la economía. Finalmente, el patriciado latinoamericano decide lanzarse a la guerra contra España. Sin este liderazgo, la revolución no habría sido posible. Este proyecto independentista realmente pertenece a las élites criollas, pero su consecución precisó la integración de grandes grupos de la población. Por lo tanto, es presentado como proyecto nacional por el que todos habrían de sacrificarse en el presente para beneficiarse en el futuro. Sin embargo, siempre se practicó un tratamiento cauteloso de las masas indias para controlarlas.

No fue un plan malévolo para engañar al pueblo, sino que la ideología de los líderes independentistas los hace percibir su proyecto como el de todos. Hernán Vidal ofrece una buena explicación de este proceso

> mayormente inconsciente que cierra las opciones de captación del mundo, de modo que sus límites parezcan corresponder con esos intereses hegemónicos. La percepción de los elementos que constituyen la realidad social son automáticamente dispuestos y vertebrados dentro de parámetros psíquicos que refuerzan ese orden y reprimen, suprimen y relegan a la inconsciencia aquello que no concuerde con él.[7]

Y en los primeros años del mil ochocientos Latinoamérica, con la excepción de Cuba y Puerto Rico, alcanza su independencia política. Al hablar de este proceso hay que tener presente que si los dirigentes de aquellas luchas no hubieran creído honestamente que estaban realizando una labor patriótica, probablemente no habrían podido llevarla a cabo. Que no todos, ni todas, pueden calificarse de la misma manera y que, aparte de los intereses económicos, hubo mucha heroicidad y, con toda seguridad, muchos sueños de que todos se beneficiarían de alguna forma.

Para la mayoría del pueblo la independencia, en términos concretos, trae unas libertades legales que no pasan de ser un papel escrito que ellos no saben leer. Pero también trae la esperanza en un mañana mejor, una bandera y un himno nacional, que parece poco y es poquísimo para compensar tanto sacrificio humano, pero a la vez es mucho, no por romanticismo idealista, sino porque esos símbolos funcionan como herramientas sicológicas para crear un sentido de identidad nacional y de confianza en las propias fuerzas, la certeza interna de que si se ganó una batalla, podrán ganarse otras en el futuro. Y aunque el pueblo continuó oprimido y explotado, algunas reivindicaciones se lograron y la memoria colectiva conservó y transmitió orgullosamente el recuerdo de una victoria que no hubiera sido posible sin ellos, aunque se les escamoteara su participación después del triunfo.

Latinoamérica, que continuó siendo económicamente dependiente, ahora mayormente de Inglaterra, pasó de una economía mercantilista a una de librecambio. La burguesía liberal sí salió efectivamente beneficiada, con un mayor control del país; aunque no tan grande como el que ellos planearon. Esa burguesía concibe el bienestar nacional partiendo de un interés clasista, basado en el librecambio. Latinoamérica exportaría lo que podía ofrecer: materias primas, e importaría de los países desarrollados, con los que habría de comerciar libremente en el mercado internacional, maquinarias y productos tecnólogicos en general que permitirían industrializar el pais. Esto, unido a la importación de la cultura europea, incluyendo el blanqueamiento de la raza, traería la prosperidad y felicidad. Entonces podrían contarse entre las naciones civilizadas. En la realidad esta política llevó al subdesarrollo; las materias primas se vendían siempre más baratas que los productos

comprados a los países desarrollados; lo vendido nunca alcanzaba para pagar lo comprado. Nunca, tampoco, el mercado fue tan libre como lo imaginaron los diseñadores de esta política, ni fue la intención de Inglaterra, ni de Estados Unidos ayudar a Latinoamérica a desarrollarse y a alcanzar su independencia económica. Al contrario, este sistema endeudó a las naciones latinoamericanas cada vez más, llegando a tener necesidad de solicitar préstamos a los países de los que dependían sus economías hasta para comprar productos abundantes en el pasado en su propio suelo. No obstante, aunque jamás se industrializaron los países, nuestras burguesías, por medio de alianzas con las burguesías de los países industrializados y con la necesaria explotación del pueblo consiguieron vivir suntuosamente y disfrutar de abundantes productos culturales europeos.

Los intelectuales que se van formando en Latinoamérica, donde la gran mayoría de la población es analfabeta, proceden principalmente de esta burguesía, cuya identidad nacional está en formación, conflictuada, atrapada entre sus intereses de clase y una escisión interna entre los valores de su país americano, al que aman, pero en muchos aspectos desprecian y los valores de la metrópolis europea, que odian, pero necesitan económicamente y admiran intelectualmente; a la que se sienten atados sicológicamente en ese vínculo simbiótico que se forma entre colonizado y colonizador.[8] Sienten por su pueblo compasión y desprecio. [9]

La producción cultural de América Latina del siglo XIX va a reflejar las aspiraciones de esta clase. Fue una literatura escrita en condiciones sociales extremadamente difíciles. El artista, como el resto de los habitantes de aquellas sociedades, vivía sumergido en el ambiente de inestabilidad política, caciquismo y constantes revueltas que caracterizaron el siglo XIX

latinoamericano. Además, los lectores eran pocos; primero porque la mayor parte de la población era analfabeta y no carecía de poder adquisitiv para la compra de libros; segundo, porque los temas y el estilo de los textos producidos por aquellos artistas no apelaban a la sensibilidad cultural de la gran mayoría de la población. Una excepción fue *Martín Fierro,* publicado en 1872. Fue tan popular que se pagaba para que lo leyeran. Varias razones aseguraron su popularidad: primero, su tema, las vicisitudes del gaucho causadas por el europeizado gobierno de Buenos Aires, era una causa con la que un alto por ciento de los argentinos se identificaban. Segundo, fue escrito en sextillas octosílabas, estrofa de fuerte raigambre folclórica y la sabiduría popular que caracteriza el poema está expresada por medio de refranes y el uso de imágenes de la vida del campo. Sin embargo, a pesar de su éxito a nivel de masas fue un libro menospreciado por la intelectualidad de su época. [10]

Las primeras manifestaciones literarias latinoamericanas surgen bajo el signo romántico. Hernán Vidal estima que el romanticismo hispanoamericano representa la manifestación literaria del proyecto liberal después de las guerras de independencia. [11] Es un discurso bivalente, formado por un primer nivel expresado en forma racional y otro a nivel subliminal, un discurso secreto que es necesario desvelar para entender. A este nivel aparecen tres mitos recurrentes que representan la visión del mundo y las aspiraciones liberales: el mito utópico, el mito adánico y el mito demoníaco. El mito utópico dice que Latinoamérica, habrá de ser feliz en un futuro siguiendo las pautas económicas y culturales dictadas por la burguesía latinoamericana. El mito adánico consiste en que el hombre latinoamericano está aún por hacerse, existe solamente en potencia, su concretización

depende de su blanqueamiento, colaboración en el proyecto liberal y europeización. En el mito demoníaco cuantos se oponen al proyecto liberal son visualizados como degradados, inferiores y corruptos.

Las ambiciones del proyecto liberal entran en conflicto con las de otros grupos que luchan por controlar la hegemonía de sus países. Para fines del siglo XIX Latinoamérica ha tenido desde monarquías aliadas a metropólis europeas hasta gobiernos que han cerrado sus fronteras a todo contacto con el extranjero. El proyecto liberal sale triunfante de las pugnas entre los distintos sectores porque es el que mejor sabe manipular las situaciones en las circunstancias históricas que se presentan y aprovecharlas en beneficio de sus intereses. Sin embargo, lejos de haber traído prosperidad, la política seguida ha fomentado el subdesarrollo y la despoblación debida al exterminio de los indios y la alta tasa de mortalidad entre los africanos y otros grupos inmigrantes. El fracaso se racionaliza achacando al pueblo gran parte de responsabilidad. Esta racionalización es apoyada por las teorías deterministas científicas europeas de moda. Estas teorías, que sirven a los gobiernos europeos para justificar el colonialismo en Africa y Asia revistiéndolo de deber moral civilizador y a los Estados Unidos para justificar el exterminio de los indios norteamericanos y la esclavitud de los negros, les caen a los problematizados intelectuales latinoamericanos como anillo al dedo. La manifestación literaria de este seudo cientificismo, el naturalismo, es el discurso retórico que expresa esta posición. Correspondería, si tomamos la terminología utilizada por Hernán Vidal, al mito demoníaco. No quiere decir esto que es adoptado conscientemente, con el propósito de denigrar al pueblo, pero sí es cierto que encuentran en él (no importa si es

subconscientemente) el canal intelectual más adecuado para su ideología. Tendremos en las obras que se producen afiliadas a este movimiento una imagen mitificada del pueblo: indolente, apático y, sobre todo, perezoso, pero será un mito sancionado como verdad científica y la denigración del pueblo quedará oculta tras las declaraciones del autor de fidelidad a la realidad y deseos patrióticos de mejorar la patria con su bien intencionada crítica.

El naturalismo en Puerto Rico.

Por lo que se sabe hasta hoy, el naturalismo comienza a conocerse en Puerto Rico en1882 cuando *El buscapié*, de Fernández Juncos publica la *Introducción a la biografía de Zola*, por Paul Alexis y anuncia un volumen de sus poesías. Este año ya la librería Fournagueras, de San Juan, ofrecía a la venta*Teresa Raquin*, *Naná* y *La taberna*.

Para esta época ya había quienes compartían las ideas de Zola, a pesar de que no es hasta 1884 que los intelectuales de la isla comienzan a ocuparse del movimiento.

En1884 se publica la novela *Inocencia* de Francisco del Valle Atiles, como hemos visto anteriormente. Según María Julia Guzmán, "hay en ella detalles que indican que su autor conocía la novela de tendencia científica francesa."[12] El mismo año, Fernández Juncos, en su artículo *Carta literaria* , menciona los autores franceses que se leían en Puerto Rico y afirma sobre Zola: ". . . si bien las novelas de este último, notables como estudios del natural y como análisis de una sociedad enferma, carecen a menudo de

pulcritud y decoro." [13] Aunque no menciona la teoría de Zola sobre la novela, es muy posible que para esta fecha se conocieran en Puerto Rico los ensayos del escritor francés, puesto que ya circulaban en España, y la controversia sobre el naturalismo en aquel país se encontraba en su punto más candente.

En 1889 José Arnau Igaravídez comienza a publicar en *El Boletín Mercantil* de Puerto Rico una serie de artículos intitulados *El Naturalismo en el Arte.*

> En los tres primeros artículos, de diciembre de 1889 a enero de 1890, hace la historia de los dos aspectos del arte literario en conflicto y protesta contra el romanticismo, llamándolo "organismo en descomposición". Habla también de "análisis," de "razón," pero objeta con vehemencia el naturalismo de Zola. En el cuarto artículo, aunque expresa su admiración por el genio de Zola, protesta en nombre de la moral contra "los efectos nefastos" de su obra en la sociedad contemporánea. Admira del naturalismo la riqueza del análisis, la pintura de la realidad, pero detesta los excesos que observa, sobre todo en el escritor francés M. Emilio Zola," que "hase apropiado una forma grosera y rebajada, que eclipsa casi en absoluto el mérito de sus producciones." Aceptaría el naturalismo en el arte, ya que reconoce que el tiempo de pintar quimeras ha pasado, y la época moderna exige que se muestren a la sociedad sus graves defectos y vicios, para que se avergüencen de ellos y los corrijan, siempre que viniera desprovisto de la forma grosera y corrompida que cultiva Zola.[14]

Podemos observar que tanto Fernández Juncos en 1884 como Arnau en 1889 objetan los mismos aspectos de las novelas de Zola: la crudeza en la presentación del tema, no el tema en sí. Igual que en España, los críticos de la isla están a favor de la observación de la realidad siempre que su transferencia al arte no se haga crudamente, sobre todo, en lo que a lenguaje se refiere.

En este mismo año, 1889, en que se discutía y criticaba en Puerto Rico el naturalismo y en el que las obras de Zola eran sumamente populares (entre los pocos que sabían leer y podían pagarlas) Zeno Gandía, quien aparentemente no participa en la disputa naturalista, publica *Rosa de mármol* y al año siguiente, 1890, publicará *Piccola* . Afirma que había escrito los dos cuentos alrededor de ocho o nueve años atrás, durante un viaje por Europa, *Píccola* antes que *Rosa de mármol*, que era continuación del primero. Estos dos cuentos, escritos en primera persona, cuyo tema central es el amor traicionado, tienen un estilo romántico y un tono moralizador. Ambos se desarrollan en Europa y siguen la misma técnica para la construcción del relato: el narrador se encuentra por casualidad con la amante o el amante engañado (en *Rosa de mármol* , la mujer, en *Píccola* , el hombre) y escucha de sus labios la triste historia. Las dos protagonistas son muy jóvenes, de belleza deslumbrante, características románticas que acompañarán las imágenes femeninas de la obra de Zeno hasta el final. Zeno ya muestra para esta época dominio del lenguaje y preocupación por el estilo. A pesar del romanticismo que marca estas dos historias (la exageración de los sentimientos, el amor pasional como eje de la felicidad o desgracia de los personajes, el deslumbramiento ante la belleza física) el lenguaje es menos rebuscado que el utilizado en algunos pasajes de *La charca* . En ambos cuentos, aunque en forma muy breve, hay descripciones de enfermedades que revelan el conocimiento de medicina de su autor. En *Rosa de mármol,* al describir el proceso que lleva a la protagonista a la ceguera, dice: "Después de la herida vino la úlcera, y una violenta inflamación se propagó al ojo sano." [15] En *Píccola,* el enamorado describe el estado de miseria y abandono en que se encontraba la niña en el momento en que la conoce diciendo: "Su vestido, girones; su cara, blancura de anemia; y manos y pies al

descubierto estaban deformados por la inflamación y, a trechos, ulcerados." La incorporación de sus conocimientos de medicina a estas descripciones ya presagian la admiración por el naturalismo que mostraría Zeno años más tarde, pero más interesante aún es el determinismo que rige el destino de *Piccola.* La joven es recogida de un hospicio por una mujer que la maltrata y la obliga a pedir limosnas. Sin embargo, tiene la oportunidad, mediante el amor del protagonista de la historia que quiere hacerla su esposa, de llevar una vida de bienestar económico, "decente." Esto es imposible para ella debido a su origen; abandona al novio redentor y al cabo de unos años él la encuentra convertida en prostituta. El adolorido galán abandonado dice al narrador: "Algo que alcé del lodo y al lodo volvió influido por invencible determinismo." [16] Y continúa contando el momento en que descubrió que Píccola se había convertido en prostituta: "su carne de voluptuosidad, de orgasmo, de fatalidad." [17] Este determinismo deja ver que ya Zeno para esta época conocía la teoría de Zola y le era grata, puesto que la utiliza.

Mientras los comentarios publicados en la isla sobre el naturalismo se limitan a recriminar a Zola por su vulgaridad y estilo grosero no se desarrolla polémica alguna. La controversia comienza cuando Matías González García publica, en 1893, *Cosas.* González García se declara naturalista ortodoxo y afirma en el prólogo del libro que esta obra, así como otras que piensa escribir: ". . . son novelas naturalistas, y como tales tienen las condiciones propias del género, incluso la sinceridad en los pasajes escabrosos."[18] De acuerdo al autor de *Cosas* :

> La novela naturalista no ejercerá en el ánimo del lector el efecto nefasto que allí dejan las obras románticas; sus situaciones y sus

> personajes son iguales a los que vemos todos los días, por eso "este género de novela servirá para despertar la atención, y con ella, el interés por la lectura."[19]

Mariano Abril contesta a González García dos meses más tarde desde las páginas de *La Democracia* en una serie de artículos intitulados *Conversación literaria*, a partir del 23 de mayo de 1894. Abril no acepta para el término la definición de Zola y opina que el naturalismo no excluye otras tendencias y no es nada nuevo, "puesto que se encuentra, sin la crudeza y la grosería de Zola, en los clásicos españoles."[20] Su conclusión, en el último de los cuatro artículos que publica sobre el tema, es que González García está equivocado "al no comprender el naturalismo, ya que para él no existen *los verdaderos naturalistas* : Balzac, Flaubert, Galdós, Dickens."[21] Como vemos, se repite el tipo de discusión nominal con el que estamos familiarizados.

En julio de 1894 Diego Vicente Tejeras escribe un artículo titulado *A propósito de Cosas* en el que muestra conocer la teoría acerca del naturalismo. Hace

> un breve examen de la situación de la novela puertorriqueña; precisa su nueva orientación hacia el regionalismo, por la vía naturalista. Hace hincapié en que el libro en cuestión no es en sí de gran importancia, por el contrario la polémica que ha provocado ha llamado la atención hacia el movimiento naturalista, factor de consideración en el eventual desarrollo de la novela puertorriqueña. Afirma que para que haya novela puertorriqueña verdaderamente regionalista, tiene que ser naturalista, de estricta observación, que reproduzca nuestra vida peculiar y limitada. Analiza el naturalismo, que según él es en el arte lo que el positivismo en la ciencia: responde a la necesidad que siente el espíritu moderno de actuar dentro de los límites de la verdad y bajo la autoridad de la razón, de ser impersonal, analítico, científico. Por serlo no excluye el arte naturalista la manifestación personal del autor. El escritor naturalista tiene personalidad, gustos, ideales, pero es su deber no manifestarlos ni manifestarse en su obra sino a través de la pintura real de la vida.[22]

La labor de Vicente Tejera consiste en este artículo, en gran parte, en parafrasear *La novela experimental* , pero el hecho de que hubiera leído el ensayo y lo tomara como punto de referencia al analizar el naturalismo en Puerto Rico constituye una excepción dentro de aquella polémica, como lo fue la opinión de Menéndez Pelayo en España al referirse al mismo tema en 1884.

Después de *Cosas* , González García publica *El escándalo*, novela mejor escrita que la primera, siguiendo la misma tendencia naturalista.

Zeno Gandía y el naturalismo

En 1894 Zeno Gandía publica *La charca.* El ejemplar costaba $0.75. Es un éxito de venta inmediato, hasta el punto que podía ser un éxito de venta un libro cuyo precio era equivalente al salario de un día de trabajo de un obrero. También hay que pensar que alrededor del 80% del pueblo era analfabeto. Con todo, los últimos ejemplares de la primera edición subieron a $5.00 y la casa Brentano de Nueva York compró parte de aquella tirada. [23]

La novela venía precedida del prestigio de su autor y habia sido anunciada por conocidos críticos literarios y escritores como Francisco Sellén, quien aun antes de haberla leído, la recomendaba calurosamente desde *La Gaceta Ilustrada,* de Nueva York, el primero de noviembre de 1894.

> Zeno Gandía [afirmaba Sellén elogioso] es un perfecto caballero, a true gentleman. . . . Novela de tendencias cuyo tema es la regeneración de un pueblo, en todos sentidos, merced a una previa

> regeneración física en que predominan los glóbulos rojos de la sangre. [24]

En diferentes países de Latinoamérica aparecen artículos sobre *La charca.* En septiembre de aquel mismo año, Diego Vicente Tejera escribió extensamente sobre la obra en *El Fígaro* , de La Habana. Cuenta Tejera que un día paseaba con Zeno Gandía por el campo de Puerto Rico, de Ponce a Adjuntas y al observar que "los jíbaros son todos flacos, las casas miserables," le preguntó al autor de *La charca* cuál era la alimentación de aquella gente, a lo que le respondió Zeno: "plátanos y bacalao." Tejera le preguntó si comían carne y Zeno respondió que casi nunca. El escritor cubano entiende entonces [dice él] la razón por la que aquel pueblo "no entrevé que el machete pueda tener más uso que como instrumento agrícola." [25] Quiere decir, que en Puerto Rico no hay una guerra de independencia porque el pueblo es incapaz de pelear.

Zeno, Tejera y otros amigos pasaron el día juntos. En una larga sesión de lectura ininterrumpida, el autor de *La charca* leyó la obra al grupo en voz alta. Tejera comentaba más tarde sobre la obra, en su artículo:

> *La charca* es un estudio a lo Zola de honrada observación y ruda sinceridad, en que se analiza la capa más profunda, la primera sobre la que descansan las sociedades, el hombre campesino, sustentador y regenerador del hombre de la ciudad. Sabido es que las virtudes o los vicios de los pueblos se crían en los campos.
>
> El patriotismo general suele irritarse en el primer instante de la atrevida exhibición.
>
> Hay en la colonia hermana vicios que se han extendido por el cuerpo social entero; la vida tranquila y el bienestar general de que allí goza, al parecer, no son explicables sino por el indiferentismo, por el estado de indolencia a que se ha llegado; en realidad es una sociedad enferma aunque insensible, y esa insensibilidad es lo que agrava la desgracia.

> *Zeno Gandía . . . ha ido a estudiar el mal en su origen;* lo sorprende allí donde nace, en el campo, en la primera capa social, lo ve desenvolverse, transformarse, ramificarse y extender brazos de pulpo sobre la aldea y la ciudad, sobre las clases todas, sobre las instituciones, hasta que se apodera del país. . . .
>
> Estas disecciones pueden ser dolorosas para el que las practica, cuando las hacemos sobre nuestra propia raza y no hallamos sino úlceras que sacar a luz. [26]

La nueva literatura, de San José de Costa Rica, dice el primero de diciembre de 1897: "Novela y estudio social: tal es el libro," y añade:

> ...su autor hace un detenido estudio del estado social de su paía, guiándose por la máxima del gran novelista francés Emilio Zola en *El Doctor Pascale :* "decirlo todo para curarlo todo."
>
> Estudia el autor un ruinoso estado de decadencia moral y degeneración física . . . La vida palpita en sus cuadros. En plena realidad se mueven los personajes.
>
> El doctor Zeno Gandía analiza los orígenes del mal que late en aquel organismo social depauperado por un morbosismo cuyo remedio indica y, al hacerlo inspírase en un acendrado patriotismo, y demostrando que no es de aquellos que creen lo de su país superior a los de los demás. [27]

Y añade que Zeno no trata de "halagar a las masas" [28] No sabemos a que "masas" se refería este crítico, puesto que las de Puerto Rico no sabían leer, en su gran mayoría.

Lucas Amadeo dice por la misma época: "*La charca,* en que se agita un mundo enfermo, resultado del crimen de muchas generaciones, mundo descrito en admirables pinceladas." [29]

La charca fue tomada por la mayoría de la crítica de fines del siglo XIX como un documento que reflejaba fielmente la realidad histórica. Ese fue uno de los principales motivos de su éxito. Los críticos, unánimemente, al evaluar la obra hablan sobre el tema y las intenciones de su autor. En estos primeros

años, no se dudó jamás de que la novela pertenecía al movimiento naturalista y de que las intenciones de su autor eran reformistas: su actitud decepcionada y amarga provenía de la realidad que describía con absoluta objetividad. Se trata de un pueblo degenerado biológicamente, incapaz de tomar decisiones, inepto para el trabajo productivo y para la lucha armada. Si Zeno no dice nada positivo sobre el campesino puertorriqueño, es porque no puede hacerlo sin mentir.

Sin embargo, han llegado hasta nosotros indicaciones de que hubo quienes dudaron de las intenciones de Zeno. Cuando la revista *Gráfico,* de Nueva York, decide publicar la obra en 1928, aparecen varios fragmentos de críticas. Al explicar la recepción que había tenido la novela entre los críticos a fines del siglo XIX, explica en cierto momento el escritor de *Gráfico* :

> Algunos vieron en el libro desnudeces e infidentes partidismos, mientras otros como César Zumeta, el gran crítico colombiano, afirmaban que "se conocía que el autor estaba leyéndole la Guardia Civil por encima del hombro las cuartillas." [30]

Desafortunadamente, el acceso a estos textos es muy difícil por haber aparecido muchas veces en periódicos de países latinoamericanos, o por otras razones. [31] Las críticas de aquella época más accesibles a nosotros, en la actualidad, son siempre elogiosas de la actitud de Zeno hacia el pueblo.

Si pensamos en las características personales requeridas para que un escritor latinoamericano del siglo XIX encontrara en el naturalismo el medio más idóneo a su expresión literaria, convendremos sin dificultad en que Zeno Gandía, aparentemente, las reunía todas. Además, debemos recordar que en1881, época de apogeo del naturalismo en Europa, Zeno viaja por Francia y España. Dado que era un hombre que siempre se mantuvo al tanto de los

últimos avances de la ciencia y de la literatura, es lógico pensar que estuviera familiarizado para esta época con el movimiento. Sin embargo, existe un gran lapso entre el comienzo y el auge del naturalismo, tanto en Europa como en Puerto Rico, y el momento en que aparece la primera de las once novelas que Zeno había anunciado formarían las *Crónicas de un mundo enfermo* .[32] Es posible que, aunque reunía desde muy joven las condiciones de médico y escritor, le faltara la maduración política necesaria para afiliarse al movimiento Recuérdese el comentario de Juan Arrillaga Roque de que, ya a finales de los ochentas, Zeno acudía a las tertulias en casa de Rafael del Valle, de Vidal, de Francisco J. Amy y "sin ser muy entusiasta, no le negaba su concurso a todas las grandes ideas." [33]

Para la época en que aparecen *Garduña* y *La charca* , Zeno reúne características óptimas para aliarse al naturalismo: médico, admirador ferviente y creyente incondicional en las teorías científicas decimonónicas, liberal convencido de que el futuro de la humanidad reside en el progreso, basado en la cultura occidental y concebido en forma lineal y pacífica y, además, moralista: Zeno concibe la felicidad de los pueblos cimentada en la ética del trabajo. En su literatura anterior a las *Crónicas de un mundo enfermo* ya puede apreciarse el tono moralizador en sus poemas más populares. "La palmada,"(1885) "Abismos,"(1885) "La señora duquesa," (1887) y "Baraja," son alegatos contra las malas costumbres y abogan por una vida disciplinada. Mariano Abril, en 1930, dice sobre la poesía de Zeno: "sus poemas son protestas elocuentes de los vicios sociales."[34]

Zeno, desde adolescente y durante todo el resto de su vida, fue científico y escritor, profesional en ambos campos. No tiene necesidad de estudiar, como lo tuvo que hacer Zola, las teorías científicas de la época con el

propósito específico de integrarlas a sus novelas; esas teorías estaban vinculadas a su labor intelectual desde mucho antes de hacerse novelista, debido a su profesión de médico y a su constante interés y participación en otros campos de la ciencia. En 1873 había publicado en New York un trabajo titulado *La influencia del clima en las enfermedades del hombre* , y en 1887 la casa Brentano, también de New York le publicó una *Higiene de la infancia* . Aparte de estos trabajos de medicina, su poema, "Al microscopio," de 1879, ya integra en su obra literaria su admiración por la ciencia moderna.

Para la época en que Zeno escribe y publica *La charca* es un apasionado admirador del naturalismo. El título y el epígrafe que escoge para la obra ya muestran una relación obvia con el movimiento. *La charca* es signo de estancamiento, putrefacción y el epígrafe está tomado de *El doctor Pascal,* última novela de la serie de *Los Rougon....* En segundo lugar, el modelo inmediato para la serie de obras en las que relatará la vida de Puerto Rico en el siglo XIX y que subtitulará *Crónicas de un mundo enfermo* es, por supuesto, *Los Rougon Macquart....* Un poco más lejano está el autor y las obras que también sirvieron de inspiración a Zola: Balzac y su *Comedia humana.* En *La charca* , uno de los personajes expositores de la tesis de Zeno Gandía sobre la degeneración del campesinado puertorriqueño, el médico, se declara "convencido positivista" cuyo único Dios es "Claudio Bernard;"[35] además, se menciona, siempre como referencias para apoyar los pensamientos de los personajes que exponen la hipótesis sobre los campesinos, a "Voltaire"[36] y ". . . la piel de zapa de Balzac. . . ." [37]

Creo que María Julia Guzmán tiene razón cuando afirma:

> Si hemos de juzgar el naturalismo de Zeno Gandía, es necesario hacerlo con el prólogo de *La muñeca* y sobre todo con *La*

> *charca* . A juzgar por ese prólogo y por gran parte de *La charca*, se inclinaba Zeno hacia la teoría presentada por Zola en *La novela experimental.* [38]

Efectivamente, antes de analizar el naturalismo en *La charca* consideramos clave una lectura cuidadosa del prólogo que escribió Zeno a *La muñeca*, de Carmela Eulate Sanjurjo en 1895. En el mismo habla de su concepto sobre la novela en aquel momento:

> Creo que la novela que no surje de la vida es monstruosa y perjudicial. Dejemos a los románticos *inventando* argumentos como los escenógrafos pintan decoraciones; dejémoslos deteniendo el natural avance de las letras, de la ciencia, del arte, con sus ridiculeces rebuscadas y sus *seudo sentimientos* que ilusorios y su *idealismo* en que no creen.
>
> ¡Vamos a la vida que es lo que importa! Lo que nos rodea es muy bello aunque sea feo. Dios, suma belleza, creó poesía hasta en la fealdad, hasta en los románticos, que no saben entenderla. Lo que vive es lo que infla al mundo de poesía, y si la novela ha de ser cosa seria, debe sacudir el embuste y huir de los delirios. Un arte para cada cerebro es mucho pedir. El arte realiza lo de afuera, lo externo, y al tamizarse en las peculiaridades personales, ni debe malearse con sujetivismos pueriles, ni mancharse con ficciones malsanas. En lo externo está todo, y es fuerza estudiar la vida como la vemos, no como la quisiéramos en horas de candorosos platonismos.
>
> Sentí, pues, vivo interés al conocer *La muñeca* porque la acción, en ella, está arrebatada a la realidad. Esa mujer sin corazón no la ha creado un soñador. Carmela Eulate la toma de la vida y como fue y pensó y sintió, así la hace discurrir por las páginas de su selecta novela. Me interesaron vivamente sus páginas llenas de verdad, como los paisajes trasladados con exactitud al lienzo interesan al observador. Siempre me atrajo esa admirable facultad que permite al artista *hacer realidad.* En mis gustos, avanzo todavía más... creo el naturalismo lo único formal, útil y positivamente artístico. Este es pleito viejo, cuestión áun no resuelta, pero cuya solución camina en silencio como el crecimiento de las estalactitas. Se llegará al cabo, porque así como con el cambio de los tiempos y de los gustos, prospera incontrastablemente el desenvolvimiento de las ciencias, el naturalismo, fórmula científica, *procedimiento* lógico y razonable, (si es que el mundo artístico no ha de convertirse en una casa de Orates,) prosperará también con el cambio de los tiempos y de los gustos, por ser una rama divergente del gran tronco de las ciencias

> que de él recibe savia y vitalidad y crece también ascendiendo, subiendo, remotándose hacia la suprema fórmula, hacia la infinita belleza, hacia Dios. En este asunto es inútil dar el pecho a la corriente: ¿vivimos? pues que *vivan* las obras del ingenio humano.
>
> El gran modelo está extendido ante nuestra vista: una creación que aún no acertamos a comprender; un mundo psicológico que nos necesita y nos reclama. Hay que perseguir las evoluciones de los átomos con el microscopio y el telescopio y el reactivo; hay que analizar las tempestades de las almas dentro de la moral y la filosofía y las artes con el naturalismo. Que no se vuelva la cara horrorizada ante la realidad, porque donde quiera que se vuelva se la encuentra y porque si los átomos cristalizan a veces en diamante y en oro, las almas se funden también en la verdad, las virtudes y el bien. . . .

Después, hablando sobre la trama de la novela, añade Zeno:

> Rosario, aquella mujer lindamente odiosa, es analizada con notable exactitud. Lo que pasa, debe pasar, como si a sus actos y a sus pensamientos y a sus resoluciones presidiera el mandato de indominable fatalismo. Desde el regazo de su madre, madre porque la echó al mundo, hasta su soledad de viuda poseida de espanto ante el cadáver del esposo suicida, discurre esa lúgubre historia como agua caida, como torrente despeñedado. Si se quisiera contener ésta, necesitaríase regresar arriba, porque una vez lanzada en el declive, cae fatalmente. Si se quisiera reformar a *la muñeca,* sería preciso volverla a aquel regazo y llamar a las puertas del corazón de aquella madre y rogarla por el cielo que evite los infortunios del porvenir siendo madre verdadera, haciendo buena el alma filial. De este punto resulta la severa moralidad del libro.
>
> Carmela Eulate es muy joven y sirve así a la sociedad y a su tiempo. ¿No es esto hermoso?[39]

Después de leer este prólogo no queda duda sobre la familiaridad de Zeno con la teoría sobre la novela experimental, con la tarea de moralista que Zola asignaba al escritor naturalista y con la tradicional polémica sobre el movimiento: "este es pleito viejo, cuestión aún no resuelta, pero cuya resolución camina en silencio, como el camino de las estalactitas." (p.XI). Además, está muy claro de qué lado sitúa sus preferencias.

La muñeca es evaluada a la luz de las teorías de Zola. Siguiendo el precepto zolaico de que "el Naturalismo es un método que puede volcarse en cualquier molde retórico," Zeno opina que la novela de Carmela Eulate es un producto típico del movimiento francés (en ningún momento menciona el naturalismo español) aun cuando en su aspecto formal difiere grandemente de las escritas por Zola: no hay descripciones detalladas del ambiente que rodea a los protagonistas, por ejemplo:

> No se busquen allí las circunstancias de lugar, los testigos mudos de la vida, que rodean á los séres... todo pasa allí en lo interno de un hogar primero, en lo íntimo de las conciencias después; en lo recóndito de las almas, finalmente.[40]

La característica que Zeno considera definitoria del naturalismo de *La muñeca* es el determinismo utilizado por la autora en el desarrollo de la trama: el único destino posible para la protagonista, dadas las circunstancias de su crianza, es el que tiene en el libro. "La acción, en ella, [*La muñeca*] está arrebatada a la realidad." (p.XI). ". . . esa privilegiada facultad de crear realidades es la predominante en el libro. . ." (p.XIII). Piensa Zeno que tan fielmente ha retratado la autora a su protagonista que "el cuerpo estudiado es transparente," (p. XIII) frase que nos remite a la teoría zolesca de la sutil "Malla realista." Al hablar sobre el estilo de la escritora, Zeno alaba un prosaismo que acerca nuevamente la obra al naturalismo: "Su estilo es fácil, desprovisto del abrumador adjetivismo que suele ser corriente á líricos y prosistas, y de simpática sencillez, favorece dócilmente los intentos del autor."

Tanto este prólogo como el subtítulo que escogió Zeno para su serie: *Crónicas de un mundo enfermo,* el epígrafe de *La charca* y las alusiones en esta novela a Claude Bernard, Voltaire, y Balzac tienen definido sabor naturalista francés. Sin duda, Zeno había estudiado a fondo la teoría de Zola

sobre la novela experimental. Amante del razonamiento lógico, de la disciplina, de la exactitud, basándose en esta teoría compone formal y conceptualmente *La charca* .

La organización de los capítulos de la obra obedecen a un orden que permite a la trama desarrollarse a modo de experimento, siguiendo exactamente los pasos propuestos por Claude Bernard en *La introducción al estudio de la medicina experimental* , tal como Zola los estipula en el resumen que hace de *La introducción...* en *La novela experimental.*

Los pasos a seguir para un experimento, según Claude Bernard, y el orden en que se desarrollan los capítulos de *La charca* pueden colocarse paralelamente y comprobar su correspondencia:

Claude Bernard. 1) El investigador observa un determinado fenómeno, ya instituido antes de su intervención.

La charca - Capítulo I: El narrador describe, de la manera más impersonal posible, el ambiente geográfico y social en que va a desarrollarse la novela. Presenta la mayoría de los personajes, explica la posición de cada uno en la obra e introduce la intriga alrededor de la cual se va a mover la trama.

Claude Bernard. 2) Mediante la observación y teniendo como guía para sus deducciones el determinismo científico, el observador infiere *a priori* el proceso que seguirá dicho fenómeno y expresa su hipótesis.

La charca - Capítulo II: La voz del narrador y la de uno de los personajes continúan presentando a los protagonistas y el ambiente. El portavoz principal de la tesis que plantea la novela sobre la causa de las condiciones

miserables en que vive el campesinado expone su opinión. Hay dos posibilidades para explicar la situación: la degeneración biológica o la falta de educación.

Claude Bernard. 3) El observador, convertido en experimentador, prepara el experimento adecuando las condiciones externas de forma tal que los acontecimientos se produzcan en el orden previsto.

La charca - Capítulo III: La tesis de la novela es expuesta de nuevo en este capítulo, ahora más elaborada, por medio de dos personajes: el representante de la clase hacendada, quien explica detalladamente la opinión esbozada en el capítulo II y el sacerdote, defensor de la hipótesis de la falta de religión como causante del mal social. En este capítulo prácticamente finaliza la presentación de los personajes. Sólo falta uno de los expositores de la tesis, el que representará la ciencia y que funciona como *alter ego* del hacendado. Este aparecerá únicamente en el capítulo IX. La trama queda totalmente armada, lista para su desarrollo. Sólo falta esperar el desenvolvimiento de los acontecimientos.

Claude Bernard. 4) El experimentador se retira y observa cómo se desarrollan los acontecimientos que él ha acondicionado, pero en los cuales no interviene.

La charca - Capítulos IV, V, VI, VII, VIII. La trama se desarrolla siguiendo un patrón de acontecimientos previsible, de acuerdo a la teoría expuesta *a priori* . No hay discurso teórico en estos capítulos.

Claude Bernard. 5) Terminado el experimento, regresa el experimentador para verificar su hipótesis o negar la validez del experimento.

La charca- Capítulos IX, X, XI. En el capítulo IX la tesis aparece nuevamente. Ahora son tres las voces exponentes: la de la clase hacendada, el clero y la ciencia. Expuestas sus ponencias, la tesis queda culminada.

Esta tesis puede resumirse como sigue: en el capítulo II el hacendado, representando el grupo más prominente de los dos que componen la élite criolla de aquel momento (hacendados y profesionales), la expone en forma imprecisa aún. Ve dos posibles causas del mal: la degeneración de la raza o la falta de educación.

En el capítulo III la hipótesis de la degeneración racial crece y se solidifica frente a una segunda posición: la del clero, que achaca el mal social a la falta de religión del pueblo.

En el capítulo IX se discuten las tres hipótesis: deficiencia biológica, depresión económica y falta de instrucción religiosa. La tesis culmina con el triunfo de la teoría de la degeneración biológica debido al cruce de razas. Esta degeneración racial ha producido un mal social que se ha agudizado debido a las pésimas condiciones políticas y socio económicas.

La estructura de la novela está regida por esta tesis. Partiendo del método determinista científico se ha creado este mundo ficticio. Vista desde esta perspectiva la trama forma un todo coherente. Si se lee la novela enfocando la atención en la intriga los capítulos IX, X y XI, son prescindibles puesto que la trama se plantea ya en el capítulo I, es desarrollada a lo largo

del II,III, IV, V y VI, llega a su clímax en el VII y en el VIII queda totalmente resuelta. Sin embargo, los tres capítulos finales son imprescindibles si entendemos que su función es verificar la tesis.

La ideología estética de *La charca* es naturalista. Nos atreveríamos a afirmar que es naturalista ortodoxa. Hasta la organización de los capítulos sigue el orden propuesto por Claude Barnard para un experimento. Esta meticulosidad no extrañará al que haya seguido la trayectoria profesional de Zeno Gandía, quien siempre estuvo en busca de lo exacto, de lo preciso. Prueba de elío es su preocupación con la crianza de los niños, a la que dedicó un libro, con la gramática, a la que dedicó otro, con el origen geológico de las antillas, sobre lo que también escribió. Su preocupación por la exactitud lo llevó a dedicar largos estudios conducentes a determinar con precisión el punto por el que Colón desembarcó en Puerto Rico.

El discurso de la obra, al nivel racional, se fundamenta conceptualmente en el método científico determinista preconizado por Zola como condición *sine qua non* del naturalismo. Desde esta perspectiva pierden sentido las discusiones respecto al mayor o menor acercamiento de la obra de Zeno al naturalismo basándose en temas, técnica y estilo y argumentando sobre las descripciones menos detalladas que las de Zola o las escenas de amor no tan descarnadas como las de *La taberna* . Las escenas de amor, probablemente, llegaron al límite de lo permitido para que la novela fuera publicada en la reprimida sociedad colonial que era Puerto Rico en 1894. Es interesante que, entre otras cosas, el escritor puertorriqueño compartió con el francés el deseo de que sus obras se publicaran y se leyeran.

Notas

[1] *The Modern Culture of Latin America: Society and the Artist,* p. 2.

[2] Luis Alberto Sánchez, *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (Madrid: Editorial Gredos, S. A., 1968), p. 241. Citado por Guillermo Ara en *La novela naturalista hispanoamericana* (Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1965), p. 16.

[3] Véase: Angel Rosenblat, *La población indígena y el mestizaje en América*, 2 tomos (Buenos Aires, Editorial Nova, 1954). Es especialmente útil para el estudio del sistema de castas en América Latina, la segunda parte del tomo II: "Castas coloniales," pp. 133-188.

[4] Véase: Stanley J. y Bárbara H. Stein, *La herencia colonial de América* Latina (México: Siglo Veintiuno, 1970)

[5] Véase: Boleslao Lewin, *Vida de Tupac Amaru* (Cuba: Instituto cubano del libro, 1973).

[6] En Latinoamérica tradicionalmente han coexistido dos culturas: "una rural, trasmitida oralmente, arraigada en el pasado y desvinculada de las corrientes europeas recientes y una cultura minoritaria urbana que se alimentaba de Europa." Jean Franco, p. 4. La traducción es mía.

[7] *Literatura hispanoamericana e ideología liberal,* p.19.

[8] Para un análisis de las relaciones sicológicas entre colonizado y colonizador ver: Albert Memmi: *Retrato del colonizado.* Tercera edición (Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1975).

[9] De esta ideología liberal burguesa, orientada hacia Europa tenemos aún hoy en día una muestra en la afirmación de Germán Arciniegas en su libro *Latinoamérica: el continente de los siete colores* (New York: Harcourt, Brace & World, Inc., 1967), cuando explica, a su manera, la apertura a la inmigración blanca en Argentina durante el siglo XIX: "Sin sangre europea, en esa región que fue la menos poblada por los españoles, la Argentina no podía cumplir su cita con el destino." (p. 168). Otro magnífico ejemplo es Alberto Zum Felde quien, en el *Indíce crítico de la literatura hispanoamericana* (México: Editorial Guaranía, 1954), dedica largas páginas a explicar la procedencia de la cultura de los intelectuales latinoamericanos. Afirma:

> ....siendo las esencias de la cultura lo subjetivo del hombre, lo esencialmente humano, y la realidad empírica (geográfica,

> sociológica, etc.), la objetividad condicionante, es natural que el hombre culto americano tenga un mundo espiritual, universal - como lo tiene el europeo- una super-patria,- que no es la geográfica, sino la cultural, desde la cual encara la propia realidad objetiva. (p. 189).

Lo triste de la afirmación de Zum Felde es su intención de alabar la desvinculación del intelectual latinoamericano de la realidad que lo circunda, lo que equivale a alabar su carencia de identidad nacional. Pero aparte de la crítica a la intención con que fue escrito, este párrafo contiene una afirmación exacta: el intelectual latinoamericano encaraba, y aún hoy encara muchas veces, su "propia realidad objetiva" desde una "súper-patria cultural" que él o ella imaginaba e imagina radicada en el "pensamiento europeo," aunque en realidad radicaba en su condición de marginado, respecto a la Metrópoli, y en sus intereses de clase.

[10] Véase: Jean Franco, pp. 2-13.

[11] Ver: Hernán Vidal, *Literatura hispanoamericana e ideología liberal*, cap. II, "Romanticismo hispanoamericano."

[12] María Julia Guzmán, *El realismo y el naturalismo en Puerto Rico*, p. 10.

[13] Ibid., p. 10.

[14] Ibid., p. 11.

[15] Manuel Zeno Gandía, Cuentos (New York: Las Américas Publishing Company, 1958), p. 16.

[16] Ibid., p. 37.

[17] Ibid., p. 38.

[18] Ibid., p. 11.

[19] Ibid., p. 12.

[20] Ibid., p. 13.

[21] Ibid., p. 13. La cursiva es mía.

[22] Ibid., p. 13-14.

[23] Véase: Elena Zeno de Matos, Manuel Zeno Gandía, p.

[24] Ibid., p. 99

[25] Ibid., p. 96

[26] Ibid.

[27] Ibid., p. 104

[28] Ibid.

[29] Ibid., p.

[30] Ibid., p.

[31] Por ejemplo, la revista *Gráfico* de Nueva York, dedica en 1928 un número especial a Zeno Gandía. Ese número ha desaparecido de la Biblioteca Pública de Nueva York, donde se encontraba la colección completa de la revista. Otras bibliotecas sobre Puerto Rico, como la del Center for Puerto Rican Studies, que se han formado posteriormente y cuya colección de Gráfico es copiada de la Biblioteca Pública, carecen también del número, por supuesto.

[32] María Julia Guzmán afirma que este hecho la sorprende. *El realismo y el naturalismo en Puerto Rico*, p. 17.

[33] Ibíd., Nota al pie de las páginas 28-29.

[34] "Zeno Gandía," *La Democracia*, (San Juan, P. R., 8 de febrero de 1930)

[35] Zeno Gandía, Manuel, *La charca,* (Ponce, Puerto Rico: Imprenta y librería de Manuel López, 1894), p. 244.

[36] Ibid., p. 33.

[37] Ibid., p. 61.

[38] María Julia Guzmán, *Realismo y Naturalismo en Puerto Rico*, Prólogo, p. 23-24.

[39] Carmela Eulate Sanjurjo, *La muñeca*, prólogo por Manuel Zeno Gandía (Ponce: Tipografía El vapor, 1895), p. X-XIV. La cursiva pertenece a Zeno Gandía.

[40] Ibid., p. XIV.

La creación del mito del puertorriqueño dócil en la literatura de Puerto Rico: *La charca* de Manuel Zeno Gandía

by

Sonia Rivera-Valdés

Tomo II

A dissertation submited to the Graduate Faculty in Spanish in partial fulfullment of the requirements for the degree of Doctor of Philosopy, The City University of New York.

1989

Nota sobre el análisis de *La charca*

Para este análisis he usado la segunda impresión de la primera edición de *La charca* (Ponce, 1895). Se ha respetado la ortografía original con excepción de la acentuación en la que se siguieron las reglas actuales.

Como se propuso en la sección en que se explicó la metodología utilizada, el texto ha sido analizado partiendo de los cinco códigos propuestos por Roland Barthes en *S/Z.* Sin embargo, debido a que el objetivo final de este trabajo es discutir la ideología del texto, se han realizado algunos cambios en la forma de señalar los códigos. Por ejemplo, al aplicar el código sémico se señala la voz narrativa que expresa la sema connotada. Digamos que la caracterización de uno de los personajes connota "vagancia." No es lo mismo, para analizar la ideología del texto, si esa caracterización proviene de la voz de otro de los personajes o de la del narrador. Por lo tanto, se especifica "quién" dice algo y sobre "quién" o qué lo dice.

Lexias.

Al principio de cada lexia aparece el número que le corresponde y, en abreviatura, la voz narrativa. Por ejemplo:

(3) Voz: Narr.

Lexia número 3; voz del narrador. Si en la lexia hay más de una voz, están separadas por comas. Ejemplo:

(8) Voz: Lea., Sil.:

El pasaje está narrado desde las voces de Leandra y Silvina. Cuando la voz del narrador se une a la de alguno de los personajes, aparecerán los nombres separados por una línea diagonal. Ejemplo:

(18) Voz: Narr./Lea.

Las voces del narrador y Leandra están entretejidas.

Los códigos están señalados de la manera siguiente:

I. Hermenéutico: Si la primera pregunta se plantea en la lexia No.2. aparece: (HER. Enigma 1). El número "1" se refiere al número del enigma, en este caso el primero que ha aparecido en la novela. En el análisis está siempre explicado a qué se refiere la pregunta. Cuando este enigma es contestado aparece, en la lexia en que se resuelve, el número del enigma y, entre paréntesis, el número de la lexia en que fue planteado. Ejemplo:

[(HER: Enigma 1 (No. 2)]. Ha quedado resuelto el Enigma 1, que fue planteado en la lexia no.2.

II. Acciones: Cuando la secuencia comienza se lee: (ACC. Grito:1: Gritar para pedir ayuda). Cuando la secuencia termina: (ACC. Grito:2: Contestar el llamado). El número 1 indica el comienzo de la secuencia y el número 2 el cierre. La repetición de las secuencias que llevan el mismo nombre se señala con números elevados entre paréntesis, escritos detrás

del número que marca el comienzo o el cierre de la secuencia. Por ejemplo, aparecen varias secuencias denominadas: Llegada. La primera se señalará de la siguiente manera al comenzar la acción: (ACC. Llegada:1:Llegar a la casa) y al cerrar la acción: (ACC. Llegada:2: Salir de la casa). Al aparecer en el texto otra secuencia que lleve el mismo nombre se señalará como sigue: (ACC. Llegada:1(2): Llegar a la tienda); cierre: (ACC. Llegada:2(2): Abandonar la tienda).

III. Código cultural: Los códigos culturales se marcarán de acuerdo al tópico a que se refieren y se incluirán entre paréntesis las especificaciones necesarias. Muchas veces se incluye aparte, después de la referencia al código, información relacionada con la sección, el capítulo y las páginas de esta tesis en donde se encuentra información sobre el tópico mencionado. Ejemplo: (REF. Literatura: Naturalismo) (2da. parte, Cap.II, pp. 22-23); (REF. Cod. Social) (1ra parte, Cap. III, p. 7).

IV. Código Sémico: Se señala la sema, la voz narrativa y a quién o a que se refiere la connotación. Ejemplo: [(SEM. Majestuosidad (V. Narr.: Naturaleza)]. La descripción hecha de la naturaleza por la voz del narrador connota "majestuosidad."

V. Código simbólico: Se ha señalado qué representa el símbolo y, cuando es necesario, la figura retórica que lo representa. Por ejemplo, la naturaleza es activa y Silvina inactiva El vigor y la actividad de la naturaleza forman una antítesis con la inactividad de Silvina: (SIM. Antítesis: Dinamismo / Inercia).

La charca

(1) *La charca.*

Charca significa, de acuerdo al diccionario, charco grande, depósito de agua estancada. Se asocia con fetidez, criadero de miasmas, podredumbre (SEM. Putrefacción). El agua estancada significa enfermedades: sitio donde incuban mosquitos y otros insectos. El artículo definido usado en el título indica que la obra hablará de una charca específica. Se formula una pregunta ¿A qué se refiere, en la novela, la palabra "charca"? (HER. Enigma 1).

(2) Decirlo todo para conocerlo todo, para curarlo todo: tal era el grito que había proferido en la serena noche de verano...

...Y humana era su empresa henchida con el inmenso sollozo de los seres y de las cosas.-Doctor Pascal.

Emilio Zola

Este epígrafe vincula la novela, inmediatemente, al movimiento naturalista (REF. Literatura: naturalismo) y, dentro de las obras de Zola, el hecho de haberse escogido la cita de un médico, establece, (sobre todo para los lectores a quienes estaba dirigida la novela en el momento en que se publicó) una conexión entre el doctor Pascal, que emite las palabras del epígrafe y el autor de la novela que, como sabemos, era un médico prominente en su sociedad. (REF. Conocimiento común). Además, esta cita,

acorde con lo propuesto por el movimiento literario a que está vinculada, anuncia una franqueza absoluta en la exposición del tema: Decirlo todo para conocerlo todo (SEM. Franqueza) y un deseo de reforma: para curarlo todo. Decir que hay necesidad de curar implica falta de salud (SEM. Enfermedad). Esta franqueza y el deseo de reformas son motivadas, de acuerdo al que emite su opinión, por el sentimiento doloroso que le produce el sufrimiento humano.: Y humana era su empresa henchida con el inmenso sollozo de los seres y de las cosas. (SEM. Altruismo). El lector queda advertido de que la novela, siguiendo la pauta naturalista, va a hacer una exposición descarnada de las lacras sociales con la intención de remediarlas y de que el expositor está movido por el deseo de reformas. No se sabe (la novela se encargará de responder la pregunta) cuáles son los males ni las soluciones que se propondrán. (HER. Enigma 2).

Capítulo I

(3) Voz: Narr.

En el borde del barranco, asida a dos árboles para no caer, Silvina se inclinaba sobre la vertiente y miraba con impaciencia allá abajo, al cauce del río, gritando con todas sus fuerzas,

Voz: Sil. -¡Leandra!...¡Leandra!...

Las dos primeras oraciones de la obra resumen, metafóricamente, las condiciones de vida de Silvina en el momento en que la historia comienza. Físicamente, la joven comparte la inmoralidad de su madre, de su padrastro y de su propio marido, pero lo hace en contra de sus deseos. Los cánones de moralidad por los que se rige el universo de la obra son semejantes a los vigentes en la época en que se desarrolla la trama para la élite de Puerto Rico, tanto puertorriqueños como españoles. De acuerdo a esos cánones, la conducta de Silvina es inmoral. Sin embargo, Silvina se encuentra muy alejada en su interior del resto de la familia. No está "corrupta" como lo están quienes la rodean. Se encuentra al borde del barranco, no adentro de él. Su único refugio espiritual, aunque de una manera limitada debido a su incapacidad para percibirla, es la naturaleza: el bosque, el cielo, las montañas. Vive asida a dos árboles, metonimia por naturaleza (SIM. Arboles=naturaleza) para no caer en la inmundicia moral y ser destruída. Su nombre es simbólico: selva, pero Silvina es un diminutivo (SIM. Selva pequeña); además, está

asociado con la poesía: "silva" (REF. Literatura). Este nombre formula un enigma ¿Qué representa Silvina en la novela? (HER. Enigma 3).

Silvina miraba con impaciencia. No sabemos, por ahora, si esta actitud corresponde a un rasgo de su personalidad o si se debe a las circunstancias del momento. Al grito de Silvina, que abre la novela, pueden aplicársele dos códigos: el de las acciones y el de los símbolos. Como acción (ACC. Grito:1: Gritar para pedir ayuda) se cierra en la lexia no. 6 con la respuesta de Leandra. Simbólicamente se cierra en la escena final del libro (SIM. Grito de Silvina: A).

(4) Voz: Narr., Sil.

Era la montaña, en el seno misterioso de las selvas entre los laberintos de la brava naturaleza que parecen peldaños para oficiar en el altar del cielo.

¡Leandra!...¡Leandra!... Sube, Pequeñín llora... está hambriento... Sube,...sube... La voz sacudía el aire y reflejándose en las laderas, bajaba hasta el lecho del río, en donde se apagaba entre rumores de cascadas y remolinos.

Aquí aparecen ya dos temas constantes en la novela: la perfección de la naturaleza y el hambre. La descripción de la naturaleza connota grandeza y respeto [(SEM. Majestuosidad (V. Narr.: Naturaleza)]. Es una geografía fuerte: brava, de difícil acceso: misteriosa, briosa, de grandiosidad que inspira fervor religioso. Está divinizada: ...parecen peldaños para oficiar en el altar de Dios. [(SEM: Sagrado (V.Narr.: Naturaleza)]. La descripción del río lo muestra dinámico, activo, pero la cualidad que más se destaca en este momento es la de ser sonoro: ...entre rumores de cascadas y remolinos [(SEM. Sonoridad (V.Narr.: Río)].

(5) Voz: Narr., Lea., Sil.

En la ribera, en cuclillas sobre una piedra lisa y plana, Leandra lavaba afanosa. Tenía el traje recogido y sujeto por detrás de las rodillas, dejando al descubierto las piernas, que el agua jabonosa salpicaba.

El adjetivo usado para describir a Leandra: afanosa, la presenta activa, concentrada en su trabajo [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Leandra)]. La imagen de Leandra con las piernas desnudas salpicadas de agua jabonosa está marcada por un erotismo marginal matizado por un trasfondo de "suciedad," sugerido por el agua sucia proveniente de la ropa que está lavando; suciedad física que evoca, a su vez, suciedad moral [SEM. Concupiscencia (V. Narr. Leandra)].

(6) Voz: Lea., Sil.

Al fin oyó las voces, miró hacia arriba y descubrió a Silvina.

¿Qué quieres?, preguntó a un tiempo con el ademán y con los labios.

La otra insistía. Pequeñín, el último hijo de Leandra, de bruces en el suelo de la casucha, lloraba hambriento.

-Mira, bocineó Leandra ahuecando las manos junto a la boca -procura acallarlo...

Es que no quiere.

Entretenlo mujer; aún me queda faena...

Tienes que subir... Le he metido un dedo en la boca y en vez de chupar muerde. Anda, sube pronto...

...¿Qué quieres?, preguntó... (ACC. Grito: 2: Contestar el llamado).

(7) Voz: Narr.

Levantose Leandra, de mal talante dejando que el vestido le cayera sobre las piernas mojadas; hizo apresuradamente un lío de la ropa húmeda y comenzó a repechar una vereda caprina que, muy pendiente se internaba entre los cafetos de la ladera.

La imagen de Leandra es nuevamente erótica [SEM. Erotismo (V. Narr.: Leandra)]. El gerundio dejando prolonga la acción de la caída del vestido sobre las piernas desnudas que están mojadas. Dejar caer implica una intencionalidad de parte del sujeto que no hubiera tenido el vestido cayó, por ejemplo. Comenzó a repechar una vereda. ... (ACC. Ascenso:1: Ascender la loma).

La posición de madre e hija (Nos. 3, 5) en el plano físico: Silvina arriba, al borde del barranco y Leandra abajo, en el barranco junto al río, forman una antítesis que admite una interpretación simbólica. Aunque la hija comparte el estilo de vida de la madre, como hemos dicho anteriormente, lo hace en contra de sus deseos; por lo tanto, en su interior está en un nivel moral superior al de Leandra. Es decir, la antítesis: arriba/abajo, se convierte, a nivel simbólico, en: moralidad vs inmoralidad. [SIM. Moralidad/Inmoralidad).

.

(8) Voz: Narr.

Silvina, desoyendo los gritos de Pequeñín, recorrió con mirada lánguida el paisaje. El ambiente,fresco ya con los aires de la cercana vesperada, se encendía en los últimos ardores del sol poniente.

Desde aquel sitio se divisaba un mundo de verdura. Por detrás, un lampo extenso de selva virgen rematando en una cima abrupta; por delante, al otro lado del río, una montaña de tonos grises, planándose poco a poco en dirección al mar, deprimiéndose lentamente de derecha a la izquierda y determinando la formación de vallecillos y hondonadas de feraz aspecto. Los colores bullían como chispas de luz confundiéndos en tintas intermedias,interrumpiéndose con alegres contrastes. Diríase que con aquel reguero de colores eran los campos la inmensa paleta en donde había de humedecer sus pinceles el supremo artista. Un azul inimitable descendía del cielo como regalo nupcial y un verde suave parpadeaba en las campiñas como ofrenda esclava. Estos dos matices, resaltaban el apagado gris de las lejanías y la tibia gualda de los contornos. Los árboles, florecidos en la eterna gemación del trópico, ostentaban vestiduras rosadas y galas rojas y así, en el vaivén de las brisas, se columpiaban los espejismos y se difundían los

difundían los mirajes, como proyectados al mundo los sueños por la mano mágica de la primavera.

Silvina.... recorrió con mirada lánguida el paisaje. ... (ACC. Meditación:1: Inventario de la región). El narrador, a través de los ojos de Silvina, que miran desde lo alto, bosqueja el ambiente en que va a desenvolverse la obra: naturaleza y personajes. Los ojos de la joven, que miran sin ver se mueven lentamente, observando desde un plano superior el objeto descrito. Esta composición proporciona al narrador la mayor "objetividad" posible. Desde la distancia los ojos de Silvina funcionan a manera de microscopio (aparato que capta las imágenes sin tener la capacidad, por sí mismo, de analizarlas). Este recurso permite al narrador ofrecer su perspectiva de lo observado a través de Silvina. La técnica utilizada aquí está vinculada directamente al naturalismo (REF. Literatura: Naturalismo) (2da. parte, Cap.II pp. 341-344).

La lexia comienza con la voz del narrador: Silvina, desoyendo los gritos de Pequeñín, recorrió con mirada lánguida el paisaje. Después da la hora del día en que ocurre la acción. (REF. Cronología: Tiempo de la escena: Atardecer). En el próximo párrafo dice el narrador: Desde aquel sitio se divisaba un mundo de verdura..., y ofrece una minuciosa descripción de la vista. No es la mirada lánguida de Silvina, insensible ante lo que ve y ensimismada en sus pensamientos [SEM. Insensibilidad (V. Narr.: Silvina)] la que divisa el mundo de verdura, sino el narrador. Salvador Brau, en *Las clases jornaleras...*, también considera al campesino tan insensible como las plantas de los bosques en que se cría. (1ra. parte, Cap. IV, primera parte, p. 187). En *La charca* hay una diferencia respecto a esta posición: el jíbaro es insensible, la naturaleza no.

La geografía se describe como abrupta, feraz, [SEM. Fortaleza (V. Narr.: Naturaleza)], pero a la vez acogedora. Junto a las hondonadas de feroz aspecto se encuentran vallecillos, diminutivo que resta agresividad al conjunto y hace el lugar hospitalario [SEM. Hospitalidad (V.Narr.: Naturaleza)]. Es un paisaje alegre, multicolor [SEM. Colorido (V. Narr.: Naturaleza)] y divinizado: inmensa paleta donde había de humedecer sus pinceles el supremo artista [SEM. Sagrado (V. Narr.: Naturaleza)]. El estilo de este pasaje con su gran profusión de colores (verde, gris, azul, amarillo, rosado, rojo) corresponde a una descripción modernista (REF. Literatura: Modernismo). Este estilo caracterizará las descripciones de la naturaleza. La acción se sitúa geográficamente en el trópico (REF. Geografía). Es un trópico de eterna gemación [SEM. Fecundidad (V. Narr.: Naturaleza)], benigno, fresco, descrito a la hora del atardecer, idealizado, del que sólo se señalan características positivas: colorido, fortaleza, belleza. No se mencionan aspectos negativos como insectos, calor, etc.

(9) Voz: Narr./Sil.

Silvina miraba sin ver; aquel exterior poético, que le era familiar, no la abstraía; aquel sosegado atardecer, no interesaba a sus catorce años. Pensaba en sus intimidades, en sus secretos, en sus anhelos, y el regio panorama de los montes palpitaba delante de ella como una bandada de golondrinas ante una estatua. Cuando miraba al frente, descubría, en lo alto de la montaña, la mancha obscura formada por el opulento cafetal de Galante y un sentimiento de repulsión, de reprimido rencor, se le revolcaba en el pecho, al recordar la dolorosa cuita de sus amores contrariados y del camino de sus ideales bruscamente cortados por la intercepción de aquel hombre odioso a quien ella, todavía tan niña, debía la imposición de un marido, de aquel Gaspar cuya presencia la hacía temblar y cuya imagen la amedrentaba. Debajo y también en la opuesta ribera, contemplaba el valle donde se escondía el caserío de Andújar. Veía la casa en donde estaba la tienda con un mostrador mugriento y sus umbrales negruzcos; el ranchón que cobijaba la máquina trilladora; las tres o cuatro casitas dedicadas a depósito de provisiones y vivienda de obreros; y le veía a él, a Andújar, con los brazos desnudos, con la camiseta manchada de pringue, defender tras el mostrador el importe de una judía, escatimar el peso de un grano de arroz, poniendo en

práctica las secretas fórmulas de la libra incompleta y de la vara encogida. A un nivel más bajo todavía lograba descubrir otra colina salpicada de chozas; eran hacenduelas de míseros propietarios que merodeaban descalzos por los montes contratándose para trabajar en las grandes fincas, rindiéndose tributarios de la tienda de Andújar,la gran ventosa del barrio, y para los cuales el tiempo pasaba sin que tuvieran ni recursos, ni ánimo, ni voluntad para mejorar los propios terrenos en donde gracias al esfuerzo fecundo de la naturaleza crecían abandonados algunos cafetos y bananos y se veían ondear en días de viento prados de forrajes o de estériles malezas. Después el nivel descendía más. Las montañas se extendían en fácil aventino hasta el llano y como gigante que se arrodilla para besar la base que lo sustenta, la forma montuosa de la tierra se humillaba hasta aplanarse en la llanura para alcanzar el límite geológico en donde todo remata en la tierra: el mar.

La actitud de Silvina, nuevamente, es insensible: miraba sin ver [SEM. Insensibilidad (V. Narr.: Silvina)] el exterior poético [SEM. Poesía (V.Nar.: Naturaleza)]. La muchacha tiene catorce años (REF. Cronología: Edad de los personajes). Su incapacidad para percibir el paisaje es tan grande, que la joven es comparada con una estatua. En oposición a esta actitud tenemos la naturaleza comparada con una bandada de golondrinas. Esta comparación está forma una antítesis, cuya connotación semántica es, dinamismo (naturaleza) vs. inercia (Silvina) (SIM. Antítesis: Dinamismo/Inercia). A continuación, Silvina comienza a describir a los habitantes del espacio que tiene ante ella. Los sentimientos relacionados con cada personaje corresponden a Silvina, pero tanto el lenguaje utilizado como el tipo de análisis hecho son inaccesibles a la muchacha, por lo tanto, es la voz del narrador la que interpreta lo que ella siente. Galante es descrito como dueño de un gran cafetal [SEM. Riqueza (V. Narr./Sil.: Galante)], repulsivo, malvado [SEM. Maldad (V. Narr./Sil.: Galante)]. El pensamiento de Silvina, que va al pasado, (REF. Cronología: Retrospección) informa al lector de que la muchacha está casada en contra de su voluntad, (HER. Enigma 4: Matrimonio de Silvina) con un hombre cuya presencia la hacía temblar y cuya imagen la

amedrentaba [SEM. Miedo (V. Narr./Sil.: Silvina)]. Andújar, el dueño de la tienda de raya (Ref. Cod. Social) (1ra parte, Cap.III, p. 125) es un individuo sucio, avaricioso [SEM. Avaricia (V. Narr./Sil.: Andújar)] que engaña a los clientes con el peso y la medida de la mercancía que vende [SEM. Delincuencia (V. Narr./Sil.: Andújar)].

Cuando comienza la descripción de Andújar y de la tienda, el narrador afirma que Silvina veía la casa y describe la tienda minuciosamente. Después, la joven le veía a él (Andújar) y lo describe minuciosamente. El verbo ver es utilizado aquí en sustitución de imaginar. Es imposible que Silvina vea, desde donde está situada, la tienda de Andújar. En realidad, imagina en aquel instante lo que ha visto anteriormente. La utilización de "ver" por "imaginar" permite al narrador describir la tienda y a su propietario detalladamente y con visión autorizada, de primer plano.

Después se describe a los pequeños propietarios. Andan descalzos. La ausencia de zapatos entre los pobladores de Puerto Rico fue mencionada en repetidas ocasiones por los cronistas del siglo XVIII (REF. Cod. Social: Zapatos) (1ra parte, Cap. I, pp. 38, 45). Estos hombres, aunque poseen un pedazo de tierra, trabajan para las grandes fincas de la región y compran en la tienda de Andújar. Para la época en que se escribe la novela, un gran número de propietarios desposeídos formaba parte del amplio sector del campesinado que fue víctima de una movilidad social descendente durante el siglo XIX cuando la agricultura de subsistencia de la isla pasó a una de mercado. (REF. Cod. Social) (1ra parte, Cap. III, pp. 121-122). El tiempo pasaba sin que tuvieran ni recursos, ni ánimos, ni voluntad para mejorar los propios terrenos en donde gracias al esfuerzo fecundo de la naturaleza crecían abandonados algunos cafetos y bananos. Los plátanos, esenciales

en la alimentación del pueblo, aparecen aquí por primera vez (REF. Cod. Alimentario). La caracterización de la tierra como de una fecundidad prodigiosa aparecerá a lo largo de toda la novela. Sin embargo, el ansia de cultivar café produjo fuertes cambios ecológicos que resultaron en detrimento de los cultivos de subsistencia tradicionales del campesino. Para la época en que se desarrolla la acción de *La charca*, la década de 1880 (el café estaba en pleno auge, el campesino depauperado) el campesinado se quejaba de la poca productividad de ciertos terrenos. (1ra parte, Cap. IV, primera parte, p.165).

En la sociedad histórica, una serie de factores políticos y socio-económicos ocasionaron la movilidad descendente de un gran número de pequeños propietarios de la zona montañosa. (1ra parte, Cap. III, pp. 121-122). En el universo de la obra no se explica por qué estos hombres han llegado a tan *mísera condición*; se dice que no podían salir de su situación por carecer de tres condiciones: recursos, ánimos y voluntad. El primero de los factores mencionados es externo; los otros dos, internos: carecer de ánimo y de voluntad son deficiencias fisiológicas y/o sicológicas. La descripción de estos propietarios connota falta de fuerza, debilidad [SEM. Inercia (V. Narr. Pequeños propietarios)]. En contraste, la naturaleza es fecunda [SEM. Fecundidad (V. Narr.: Naturaleza)]. El café y los plátanos crecen debido a su esfuerzo, quiere decir que hay una "voluntad" de producir, no produce espontáneamente: la naturaleza trabaja. La oposición entre la actitud de los hombres y la de la naturaleza produce una antítesis [SIM. Antítesis: Dinamismo/Inercia). Termina este pasaje con un nuevo elogio a la naturaleza: gigante que se arrodilla para besar la base que le sustenta. El

significado de esta comparación es la humildad de esa naturaleza magnificada. [SEM. Grandiosidad (V. Narr.: Naturaleza)].

(10) Voz: Narr./Sil.

Silvina, siempre sujeta a los dos árboles, recorrió con la mirada el amplio panorama. En el fondo del barranco, el río escandalizaba con sus saltos de agua, con su atropellado caudal y, a la izquierda, en el mismo lado en donde estaba Silvina, mecíase el bosquecillo de la vieja Marta, una campesina acartonada, añosa, con fama y hechos de miserable y avara, residiendo en la umbría de un cerezal, en una choza pordiosera, sin más compañia que un nieto flaco, emaciado, casi esquelético, imagen viva de la miseria y el hambre. Después, a la derecha, vio otro extenso campo de plantaciones, otra finca grande y poderosa: la propiedad de Juan del Salto. Y al fijarse en aquellos lugares, pensó en Ciro, en el hombre que amaba, en el único que en el fondo de su corazón y su pensamiento la poseía.

Allá, en aquella finca, trabajaba Ciro, un joven campesino, apenas de veinte años, pero nervioso y forzudo; lo bastante para ser un buen obrero útil en el transporte de maderas o en el manubrio de la descortezadora o en el aserradero de los altos árboles.

Silvina recorrió con la mirada el amplio panorama. El río, que anteriormente (No. 4) connotaba sonoridad, remite ahora a la misma connotación, pero ampliada. En vez de rumores, escandalizaba [SEM. Sonoridad (V. Narr. Río)] y en vez de cascadas y remolinos, tenemos aquí sus saltos de agua, con su atropellado caudal. Es un río dinámico. [SEM. Dinamismo (V. Narr. Río)] Continúa la presentación de los personajes. La vieja Marta es miserable y avara [SEM. Avaricia (V. Narr./Sil.: Marta)]. Vive con un nieto flaco, emaciado, casi esquelético. la gradación de estos tres adjetivos, que terminan con la conclusión de que el niño era la imagen viva de la miseria y del hambre, refuerza la imagen de la vieja avariciosa, a la que el hecho de estar dejando morir de hambre al nieto convierte en mala [SEM. Maldad (V. Narr./Sil.: Marta)]. De Juan del Salto lo único que se dice es que posee una finca grande y poderosa.[SEM. Riqueza (V. Narr./Sil.: Juan del Salto)]. La posesión de una finca grande y poderosa connota riqueza,

indiscutiblemente; sin embargo, mientras el cafetal de Galante se describe diciendo que es opulento, (No. 5) el adjetivo poderoso usado para describir la propiedad de Juan del Salto trasciende el significado de bienestar material. En aquella finca trabaja el hombre que Silvina ama. ¿Por qué no están juntos? (HER. Enigma 5: Separación de Silvina y Ciro). Ciro tiene veinte años (REF. Cronología: Edad de los personajes) y es nervioso y forzudo [SEM. Salud (V. Narr.: Ciro)]. La juventud y fortaleza de Ciro le proporcionan las condiciones necesarias para que fuera un buen trabajador. El narrador lo caracteriza en su aspecto funcional. Después de hablar de la potencialidad de Ciro para ser un obrero eficiente se mencionan tres labores distintas de la finca en las que el joven podría ser útil: el transporte de maderas, el manubrio de la descortezadora o el aserradero de los altos árboles. Es éste uno de los momentos de este pasaje en que más claramente se oye la voz del narrador, a pesar del subterfugio de hablar a través de Silvina. La muchacha, de 14 años y enamorada nunca hubiera ofrecido una imagen del amado desde la perpectiva del obrero útil, buen transportador de maderas.

(11) Voz: Narr./Sil.

De este modo, mirando sin fijeza los objetos, Silvina pensaba en los seres y las cosas ausentes. En su cavilación, desfilaban las viejas memorias y las impresiones recientes. Galante, Gaspar, Andújar, Juan del Salto, Leandra, la vieja Marta; la sumisión a un hombre que odiaba y temía; la pasión ardorosa, nunca dormida, por otro que le habían hecho imposible; la monótona esclavitud de su vida al lado de Leandra; las imposiciones de la vida diaria preñada de labores y de esfuerzos ante los cuales se sentía desmayar su alma perezosa; el bienestar de Galante, de Juan del Salto, de Andújar, causándole envidia; todo, todo pasaba ante su pensamiento como una cinta de luz llena de imágenes palpitantes.

La cuarta parte de esta lexia comienza diciendo de nuevo que Silvina miraba sin fijeza los objetos y en una breves oraciones resume lo descripto. Afirma el narrador que Silvina no es fuerte para enfrentar los trabajos de la

vida diaria ya que tiene un alma perezosa, [SEM. Inercia (V. Narr. Silvina)] y que siente envidia ante el bienestar de Galante, Juan del Salto y Andújar.

De la lexia No. 8 hasta la No.11 aparece un sumario de naturaleza y personajes que está dividido en cuatro partes. Cada una comienza diciendo que Silvina miraba el paisaje sin tener la capacidad de verlo. Estas lexias pueden resumirse como sigue:

1) No. 8 Silvina mira sin ver. Descripción de la naturaleza.

2) No. 9 Silvina mira sin ver. Comienza la descripción de los personajes: Galante y Andújar, los comerciantes de la región; Gaspar, el marido de Silvina; los pequeños propietarios empobrecidos.

3) No. 10 Silvina mira sin ver. Continúa la introducción de los personajes: la vieja Marta, Juan del Salto, Ciro.

4) No. 11 A través de los ojos de Silvina se hace un recuento de los personajes mencionados y de los sentimientos de la joven hacia ellos.

En estas lexias la descripción está a cargo de la voz del narrador. Sin embargo, en ciertos pasajes se describe partiendo de los sentimientos de Silvina; esto ocurre cuando son descritos personajes con los que la muchacha tiene contacto y a los que la une alguna relación afectiva: amor, odio, desprecio o envidia, pero aún en estas partes, la voz del narrador se entreteje con la de la joven para interpretar sus sentimientos.

(12) Voz: Narr.

(12) Voz: Narr.

Al fin, del seno arborescente de la ladera, surgió Leandra. Venía fatigosa después del rudo repechar por la vereda, descalza, con el cuerpo inclinado a la izquierda a causa del lío de ropas que cargaba en el derecho, en mangas de camisa y ésta, tan descotada que casi dejaba el pecho desnudo: desnudez amable cuando la canícula arrecia, tendencia casi maquinal de mesalinas.

Leandra sube, después de terminar de lavar (ACC. Ascenso:2: Llegar a la cima). Viene descalza (Ref. Cod. Social:zapatos) Se alude nuevamente a su desnudez. Antes fueron las piernas, ahora es el pecho: En mangas de camisa y ésta, tan descotada que casi dejaba el pecho desnudo. Aparentemente, la mujer puertorriqueña se vistió tradicionalmente con ropa escotada debido al clima de la isla. Este hábito llamó la atención de los cronistas europeos. Fray Iñigo Abbad comentaba en su Crónica, en el siglo XVIII, que las puertorriqueñas acostumbraban llevar amplios escotes. [REF. Cod. Social: Vestido (V. Narr.: Lea)] (1ra parte, Cap.I, p.45). En *La charca* esta costumbre general se individualiza. No son las puertorriqueñas las que se visten así, sino Leandra, en quien esta desnudez se debe a una tendencia casi maquinal de mesalinas, de acuerdo al narrador. Su condición de prostituta hace que no le importe descubrirse si así va a sentirse más cómoda [Sem. Prostitución (V. Narr. Leandra)].

(13) Voz: Narr., Lea., Sil.

Leandra entró en la casucha seguida de Silvina y arrojó en un rincón el lío, mientras Pequeñín asordaba el ámbito con su lloro sin lágrimas.

-Me tienes harta, dijo Leandra poniendo un pecho en la boca del niño - me tienes aburrida con tu haraganería...¡Holgazana!

-Eso me faltaba: que me comas ahora. ¿Tengo yo la culpa de que no des leche, de que el muchacho esté siempre vacío?

-¡Inútil!

-Antes de bajar al río le diste de mamar, y mira...

-Vagamunda y haragana; eso eres tú. No me ayudas, no te importan mis afanes. Todo el día mano sobre mano, pensando en las...

-Vamos, madre. ¿Me vas a insultar?

-Bien se ve que no sabes lo que son trabajos; que no sabes lo que es un hijo.

-Dilo en buena hora. ¡Dios me libre! ¿Para qué quiero yo hijos? Bastante tengo con soportar a ese bruto.

-Ese que llamas bruto es tu marido. El hombre que te mantiene.

-¡Gran cosa! Una peseta semanal. Lo que él mantiene es la baraja y las botellas de Andújar. A mí me da lo que le sobra del juego...cuando pierde. Y además, leña. Y además me da...me da asco.

-No seas bestia, Silvina. Tu marido es un hombre de respeto que nos atiende y nos cuida. Las mujeres solas no sirven más que para dar tropezones; para sufrir abuso...

-¿Qué más abusos que los que yo he sufrido y sufro?

-Porque no eres mujer de tu casa; porque no te gusta otra cosa que andar realenga. Mientras tanto, desde que te casaste, vives panza arriba, sin necesitar nada y con el pico mantenido. En la pasada cosecha no tuviste necesidad de tomar calle en la cogida de café. Gaspar no quiso porque te cuida mucho. Pero no lo agradeces. ¡Ah, si tú tuvieras la formalidad y la vergüenza de tu madre!

-¿Vergüenza?...-y Silvina soltó una carcajada. -Mira Leandra: tú me haces perder la paciencia. Yo seré una tusa, pero me parezco a ti. Entre Gaspar, tú y tu cortejo...

-Mi marido, debes decir.

-Es...que es tu cortejo.

-Bien, no es mi marido, pero como si lo fuera.

-Pues bien; entre los tres, acabarán por volverme loca.

Y Silvina, malhumorada, se confinó en el colgadizo donde estaba la cocina.

Leandra entró en la casucha seguida de Silvina. ... (ACC. Meditación:2: Volver a la realidad). La forma utilizada para mencionar la casa indica un juicio peyorativo del narrador puesto que el término casucha indica desprecio. [SEM. Desprecio (V. Narr. Casa-Leandra)]. Cuando se mencionan las casas de los otros campesino, generalmente se utiliza la palabra choza, y a veces casita. La única casucha es la de Leandra aunque todos los campesinos compartían la misma miseria. Ya adentro de la casa y mientras insulta a Silvina, Leandra comienza a dar el pecho al niño (ACC. Lactancia:1: Comenzar a lactar). La discusión entre madre e hija es de una rudeza brutal. Lo que piensan y sienten es dicho sin ambages. El trato entre las dos mujeres revela una ausencia absoluta de sensibilidad hacia los sentimientos de la otra. Los primeros insultos que Leandra lanza a Silvina son: haragana y holgazana. [SEM. Inercia. (V. Lea.: Silvina)]. Las respuestas de Silvina a Leandra revelan inteligencia, madurez y un criterio moral claramente delimitado [SEM. Inteligencia (V. Sil.: Silvina)] Su contestación cuando Leandra la acusa de que no sabe lo que es trabajar porque no ha tenido hijos indica que la impaciencia mencionada por el narrador anteriormente (No. 3) obedecía a su rechazo a la maternidad, debido a su situación familiar. Silvina juzga su forma de vida y la del resto de la familia basándose en criterios morales claramente delimitados de acuerdo a una moral burguesa. Acusa a Gaspar de jugador y de alcohólico. Estos dos adjetivos indican que es completamente irresponsable hacia las dos mujeres [SEM. Irresponsabilidad (V. Sil. Gaspar)]. El juego y el alcoholismo eran dos de los vicios principales de que fueron acusadas las clases trabajadoras de Puerto Rico durante todo el siglo XIX (REF. Cod. Social) (1ra parte, Cap. II, p. 78; Cap. IV, pp. 178, 179-181).

Silvina tiene plena conciencia de su situación, la confronta hasta sus últimas consecuencias: estima que su madre y ella se comportan depravadamente: Yo seré una tusa, pero me parezco a ti. Sin embargo, esta autoacusación de Silvina revela que tiene criterios morales definidos de acuerdo a los cuales juzga su conducta y la de su familia. Esto la contrapone a su madre. La conducta de Leandra, observada desde afuera, es inmoral porque va en contra de las normas morales de la sociedad ficticia en que se desarrolla la novela y de la sociedad real del lector a que va dirigida *La charca* . Cuando Leandra expone ella misma sus razones no es inmoral, es amoral, carece de conceptos morales. [Sim. Antítesis: Moral/Amoral). La joven se da cuenta de que Leandra, Gaspar y Galante abusan de ella. Cuando la madre le dice que Gaspar es un hombre de respeto y que las mujeres solas no sirven más que para dar tropezones; para sufrir abusos...Silvina responde: ¿Qué más abusos que los que yo he sufrido y sufro? Cuando Leandra le dice que Gaspar la mantiene, [REF. Economía: Dinero) la muchacha piensa que el dinero que recibe del marido (una peseta semanal) no vale la pena en comparación con lo que soporta. La hija se refiere a Galante como el "cortejo" de su madre. Esta forma descarnada de nombrarlo se opone al eufemismo de Leandra que prefiere llamarlo: mi marido. El concubinato, era otro de los grandes males sociales del campesinado en el siglo XIX, de acuerdo a la iglesia, al gobierno colonial y a los escritores que se ocuparon del tema campesino. (REF. Cod. Social: Concubinato) (1ra parte, Cap. III, pp. 125; Cap. IV, primera parte, pp.166-167).

Opuesto al discurso de Silvina, el de Leandra revela una valoración pragmática y amoral de sus condiciones de vida y de la conducta de Gaspar, de Galante y de ella misma. Lo que cuenta para ella, al opinar sobre Gaspar

y Galante es el factor económico [SEM. Pragmatismo (V. Lea.: Leandra)]. Además, el discurso de Leandra cuando explica los motivos que tiene para actuar como actúa, contradice la realidad en que vive. Silvina juzga la situación desde una perspectiva ética; la actuación y visión de su madre responden a un miedo al hambre hasta cierto punto ilógico. [SEM. Miseria. (V. Lea.: Leandra)]. Dice que las mujeres sin hombres sólo sirven para sufrir abusos, pero Galante y Gaspar abusan terriblemente de ellas. Le dice a Silvina que debe estar agradecida de Gaspar porque en la cosecha de café pasada no tuvo que trabajar. Quiere decir que existen posibilidades de obtener algún dinero de una manera diferente a la que lo obtienen ahora. La joven termina la discusión diciendo: ...entre los tres acabarán por volverme loca. ...

(14) Voz: Narr.

Era la escena de siempre. Leandra y su hija vivían en perpetua discordia, arrojándose a la cara defectos y maldiciones. No cabían juntas en la misma casucha en donde el hábito, la miseria y el estoicismo las retenía.

De acuerdo al narrador, la discordia entre Silvina y Leandra era tal que no cabían juntas en la misma casucha. Se repite el término peyorativo utilizado anteriormente para designar la casa donde viven las mujeres. Dado el hecho de que el lector ya ha sido informado de la pobreza del lugar, la repetición de la forma despectiva reafirma el juicio de valor hacia la vivienda. [SEM. Desprecio. (V. Narr.: Casa-Leandra)] Leandra y Silvina pelean constantemente. Viven juntas debido al hábito, la miseria y el estoicismo. De estos tres sustantivos, uno alude a condiciones externas, de origen económico, dos se refieren a condiciones internas, una de origen sicológico y la otra, filosófico. No viven juntas sólo porque las condiciones

económicas les impidan separarse, sino porque están acostumbradas a vivir así y a soportar el sufrimiento "estoicamente," sin hacer nada para cambiar la condición que las agobia. Son incapaces de actuar.[SEM. Pasividad (V. Narr.: Leandra/ Silvina)]

(15) Voz: Narr.

Leandra, aún fresca en sus cuarenta años, había hecho su campaña. Nueve hijos concebidos bajo la ruda labor de los campos. Siete de ellos separados ya del hogar, unos porque habían muerto, otros porque se habían ausentado ignorándose su paradero y otras que habían sido robadas...esto es; arretabadas a muy temprana edad del calor materno para formar mancebía aparte. Hijos de distintos padres, cada cual seguía su destino. Quedaban Silvina y Pequeñin.

El narrador cuenta la historia de la familia. Esta retrospección toma, en el universo de la novela, el tiempo que Leandra demora en dar el pecho a Pequeñín (REF. Cronología: Retrospección). Leandra tiene cuarenta años (REF. Cronología: Edad de los personajes) y aún está fresca, apetecible sexualmente. [SEM. Erotismo. (V. Narr.: Leandra)] Ha tenido nueve hijos [SEM. Fecundidad. (V. Narr.: Leandra)] de distintos padres. Sólo dos están con ella. Las hijas mujeres, con excepción de Silvina, han desaparecido o han ido a vivir junto a algún hombre (REF. Cod. Social: Concubinato). La familia de Leandra corresponde a la idea que tenían de la familia campesina los escritores criollos del siglo XIX y a la opinión emitida por el General Despujol y tan frecuentemente citada por Salvador Brau: "la familia en los campos de Puerto Rico no está moralmente constituida " (1ra parte, Cap. IV, p. 179). El hijo más pequeño de Leandra es nombrado por su apodo, Pequeñín, que indica su posición en la familia; nunca se menciona su nombre. Si miramos la familia de Leandra desde una perspectiva histórica, es un caso representativo del deterioro que había experimentado la vida del

campesino para esa época. La ruptura de los lazos familiares fue uno de los aspectos de la vida que se afectó notablemente.

(16) Voz: Narr.

El padre de Pequeñin era Galante, el rico propietario que en cada estribación del monte ocultaba una hembra y era, por entonces, el hombre de Leandra. Silvina no conoció a su padre: un patán, acaso, que en la libre poligamia de los bosques aprovechó una hora de ocasión.

Galante tiene una hembra en cada estribación del monte. Cuando el narrador se refiere a la sexualidad de este personaje, los términos usados para "mujer" y "hombre" son hembra y macho, como veremos más adelante. La sexualidad está despojada de características humanas, se trata en su aspecto animal [SEM. Bestialidad (V. Narr.: Galante)]. Esta manera de tratar el sexo fue común en los textos naturalistas franceses. (REF. Literatura: Naturalismo).

(17) Voz: Narr.

Mas el gran secreto de la familia, lo que apesadumbraba a Silvina era una historia sombría. Cuando los primeros encantos de la adolescencia embellecieron a Silvina, ya Galante era el hombre de la casa. Como la flor se entreabría el buitre quiso aspirar el aroma. Galante, con amenazas de abandono, obligó a Leandra a un tráfico inicuo. Por entonces, Silvina y Ciro eran novios, acariciando proyectos de feliz unión y Silvina, reposando en sus ilusiones de virgen inocente, esperaba el porvenir. Y el porvenir llegó...Una noche en que llovía torrencialmente la casucha se anegó. La techumbre cribosa daba paso al agua y la familia se vio obligada a reunirse toda en uno de los dos únicos cuartuchos de la casa. El sueño en común acortó la distancia y Silvina, sorprendida, cuando no bien despierta, quiso luchar, oyó la voz de Leandra que le decía al oído: Hija, no seas tonta... no seas tú la causa de que nos muramos de hambre. Y Galante, bajo el imperio de las sombras, al fulgor intermitente de los relámpagos, derribó a la virgen del pedestal.

Cuando Silvina alcanza la adolescencia ...ya Galante era el hombre de la casa. ... (ACC. Concubinato:1: Unirse a un hombre por miseria).

Galante....derribó a la virgen del pedestal. ... (ACC. Violación:1: Violar la hijastra). Esta violación es un acto incestuoso [SEM. Incesto (V. Narr.: Galante/Silvina)] al que Leandra ayuda. [SEM. Amoralidad (V. Lea.: Leandra)]. Las razones que da la mujer para apoyar las pretensiones del amante son la miseria: Hija, no seas tonta..., no seas tú la causa de que nos muramos de hambre [SEM. Miseria (V. Lea.: Leandra)]. La forma en que Leandra se dirige a Silvina para pedirle que acepte a Galante muestra, una vez más, su falta de conceptos morales. Para ella, aquello no tiene importancia, sería una "tontería" disgustarlo negándose a complacerlo. Sin embargo, aunque madre e hija sostienen relaciones sexuales con Galante, Leandra le ha dado un hijo y Silvina está casada con Gaspar, viven en la mas abyecta pobreza. Silvina es comparada con una virgen en un pedestal [SEM. Pureza (Voz. Narr.: Silvina)] que es derribada. La virginidad de Silvina la colocaba en un plano moral más alto que el resto de la familia. En el momento en que es violada por Galante, "cae" y en el nivel de la conducta, del estilo de vida, pasa a formar parte de la inmoralidad de su madre y de su padrastro.

(18) Voz: Narr.

Después, Silvina se mordía los puños de rabia. ¿Qué pensaría Ciro? Galante, de otro lado, había prometido a Leandra casar a Silvina y, entonces, apareció en la escena Gaspar. La joven resistió unos días, pero Leandra logró resolverla, al cabo, y llevarla al templo. Silvina, con la hebetud de la ignorancia, sucumbió al marido, como antes al buitre.

Silvina, interiormente, rechaza la situación en que vive [SEM. Moralidad (V. Narr.: Silvina)], pero es impotente para actuar. La preocupa qué pensaría Ciro cuando lo supiera. Queda explicado por qué la muchacha y el novio están separados [(HER. Enigma 5 (No. 10)]. Leandra convence a Silvina

para que acepte el marido que Galante le consigue [SEM. Amoralidad (V.Narr.: Leandra:2)]. La sobrevivencia guía su conducta nuevamente. Cuando Galante le propuso que quería tener relaciones sexuales con Silvina, le prometió que le conseguiría un marido para la muchacha. [SEM. Pragmatismo (V.Narr.: Leandra)] Silvina no tiene la capacidad para oponerse al matrimonio debido a sus pocos años [(HER. Enigma 4 (No. 9)]. Galante, quien se ha adueñado de todas las mujeres de la comarca que le han gustado, es descrito como un buitre, mientras Silvina es flor que se entreabría. Los elementos de esta metáfora forman una antítesis en que la delicadeza de la juventud de Silvina se opone a la bestialidad de Galante (SIM. Antítesis: delicadeza/bestialidad).

(19) Voz: Narr.

La voluntad, el sacudimiento del deseo, el criterio propio, despertaron en ella luego, cuando ya era tarde. Y despertaron para sucumbir de nuevo: Gaspar, de cincuenta años, facciones repulsivas, mala catadura, pelo enmarañado y aliento aguardentoso, no era un marido manso. La niña cayó en manos del hombre avieso, del marido grosero, del compañero bestial, siempre con la mano dispuesta a descargar el bofetón, siempre con los labios abiertos para arrojar la blasfemia. Cuando Silvina consideró su desgracia, pensó en manejar el timón de su nueva vida. Vano empeño, porque la voluntad de Gaspar la hizo más esclava, y el despotismo brutal de su temperamento la dominó por completo. Muy pronto, en todos los detalles de la vida doméstica. Gaspar dominó la situación y Silvina quedó sugestionada por aquella voluntad imperiosa, por la fuerza de una superioridad irresistible. Ella le odiaba,le maldecía a sus solas, lo hubiera desgarrado como a un harapo inmundo; mas cuando le veía frente a frente, cuando escuchaba la concisión acre de sus palabras, bajaba tímida los ojos, obedecía encogida y, a vecesw, temblaba como la ovejuela ante el ave de rapiña.

Después que ha sido violada y forzada a casarse Silvina comprende lo terrible de su situación. A esta toma de conciencia contribuye que el tiempo ha pasado y se ha ido convirtiendo en mujer. Aunque es una adolescente aún, cuando Galante la violó era todavía menor [SEM. Maduración sicológica

(V.Narr.: Silvina)]. Quiere rebelarse, pero el pánico que le inspira el marido se lo impide [SEM. Miedo (V. Narr. Silvina)]. Gaspar es un hombre de cincuenta años (REF. Cronología: Edad de los personajes) y aliento aguardentoso [SEM. Alcoholismo (V. Narr.: Gaspar)]. Es un ave de rapiña ante quien la joven tiembla como una ovejuela. Estos símbolos pueden traducirse a debilidad vs. fortaleza, pero una debilidad que connota inocencia y mansedumbre (Cristo es el cordero de Dios) y una fortaleza con connotación de maldad. No es lo mismo simbolizar la fortaleza por medio de un león que de un ave de rapiña (SIM. Antítesis: Debilidad inocente/fortaleza malvada).

Cuando Silvina consideró su desgracia, pensó en manejar el timón de su nueva vida. Se repite que Silvina se da cuenta exacta de su situación [SEM. Inteligencia (V. Narr.: Silvina)], pero el miedo y la debilidad le impiden tomar una decisión conducente a liberarla. Cuando se habla de la situación de Silvina y su sumisión a la situación familiar que tan infeliz la hace, no se dice nunca que la soportara porque aquella era la única forma que tenía de sobrevivir. Se dice que Silvina no puede cambiar de vida por debilidad y miedo.

(20) Voz: Narr.

Gaspar entró en el matrimonio como hubiera entrado en la taberna. Trabajando en la finca de Galante, cuando quería, cuando podía, cuando la laxitud alcohólica le permitía alguna reacción de actividad, un día llamóle y le dijo:

-¿Qué opinas de Silvina, la chica de Leandra?

¡Baray! buena muchacha...¡un merengue!

-¿La quieres para ti?

--¡Cómo! ¿Cree Ud. que pueda quererme?

-¿La quieres? -Si me la dieran...

-Oye: ya sabes que Leandra y yo llevamos amistad; esa chica, cualquier día alza el vuelo. Pues bien; cógela, cásate con ella. Yo arreglo eso.

-Bien, pero yo estoy limpio de fichas y las mujeres comen como llagas...

-No importa; vivirás en la casa y así cuidarás a la vieja. Además, aquí estoy yo...Arreglaré tu cuestión en el juzgado; pagaré la multa que te imponen; no irás a la cárcel y en la cosecha te regalaré cien pesos.

-Listo, listo,-contestó Gaspar deslumbrado.-No hay más que hablar.

Y como si una idea súbita le ocurriera, preguntó con acento malicioso:

-¿Y Leandra, ha cuidado bien a esa chica?

-Tú no tienes que meterte en vidas agenas. Resuelve.

-Está bien, de todos modos, convenido.

El pacto quedo cerrado y, a poco, en la iglesia de la población, cabeza de partido, se anudó el lazo. Gaspar, como si hubiera apurado una copa, apuró a Silvina, empañándola con su aliento brutal.

Este pasaje comienza y termina con la misma comparación. Al principio dice: Gaspar entró en el matrimonio como hubiera entrado en la taberna (Matrimonio=Taberna). Al final: Gaspar, como si hubiera apurado una copa, apuró a Silvina (Silvina=Alcohol). Semánticamente, la repetición refuerza la caracterización negativa de Gaspar; estilistícamente, las comparaciones abren y cierran la escena retrospectiva del diálogo entre los dos hombres. El narrador retrocede (REF. Cronología: Retrospección) hasta antes de la boda y describe concisamente la forma de vida de Gaspar para la época en que Galante le propone la boda: Trabajando en la finca de Galante cuando quería, [SEM. Vagancia (V. Narr.: Gaspar)] cuando podía, cuando la laxitud alcohólica [SEM. Alcoholismo (V. Narr.: Gaspar)] le permitía alguna reacción de actividad. El diálogo entre Galante y Gaspar está marcado por el cinismo. [SEM. Cinismo (V. Gal.,Gasp.: Galante/ Gaspar)]. Gaspar sospecha que la

proposición de Galante se debe a algo más que generosidad para con él, pero ante la esperanza de bienestar económico y de protección legal por parte del propietario, acepta el matrimonio sin replicar [SEM. Pragmatismo (V. Gasp.: Gaspar)]. Galante le dice a Gaspar que vivirá en casa de Leandra y así la cuidará. Inmediatamente después, Galante afirma: Arreglaré tu cuestión en el Juzgado; pagaré la multa que te impongan; no irás a la cárcel, y en la cosecha te regalaré cien pesos. En la novela nunca se explica porqué iban a imponerle una multa a Gaspar ni porqué existía la posibilidad de que fuera a la cárcel, pero en la lexia No. 22 Gaspar dice, en forma directa, que tiene problemas con la ley. Del ofrecimiento del dueño del cafetal a Gaspar se infiere que, debido a su alta posición económica, es capaz de violar las leyes según le convenga [SEM. Corrupción legal (V. Gal.: Galante)].

En la sociedad histórica, como se ha dicho anteriormente en este trabajo, el matrimonio era muy caro y, frecuentemente, estaba rodeado de trámites difíciles de resolver para llegar a él. (1ra parte, Cap. IV, primera parte, pp. 166). Estas circunstancias explican que la mayoría de las parejas prescindiera de la ceremonia para unirse. Sin embargo, en el universo de la novela, Gaspar no confronta ninguna de estas dificultades. Su indiferencia ante el sacramento matrimonial proviene de su carencia de conceptos morales y de responsabilidad social.

(21) Voz: Narr.

Ella vivía infeliz, contrariada. Unas veces irascible, presa de ímpetus; otras, lamentosa, suspirando apenada, derramando lágrimas furtivas. En lo acerbo de su existencia, no tuvo más consuelo que la soledad de las selvas, el correr por las veredas solitarias, el extasiarse contemplando sin sentido y sin comprenderlo, el bravío panorama de la comarca; el forjarse quimeras irrealizables pensando en Ciro y huyendo de él.

El narrador regresa al presente de Silvina y resume sus sentimientos ante la situación: es infeliz [SEM. Infelicidad (V. Narr.: Silvina)]. Su actitud es evadir los problemas hasta el punto en que le es posible. [SEM. Evasión (V. Narr.: Silvina)] Su único consuelo es la soledad de las selvas, el correr por veredas solitarias (No. 3). Sin embargo, contempla el bravío panorama sin sentirlo ni comprenderlo. La fortaleza del paisaje contrasta con la debilidad de Silvina (SIM. Antítesis: Fortaleza/Debilidad).

En el pasaje que comprende las lexias 12 a la 18, se explica la maduración física y sicológica de Silvina. Podemos describir el desarrollo sicológico de este personaje de la siguiente forma:

Inocencia> Ira> Toma de Conciencia.

Después de tener conciencia de la situación su incapacitación para actuar se debe a: 1) miedo; 2) debilidad.

Manera de manejar el problema: evasión.

(22) Voz: Narr.

Cuando Pequeñín se cansó de chupar en vano el flácido seno de Leandra, quedóse dormido. Esta le acostó en un camastro lleno de trapos sucios y bajo el escalón del colgadizo en donde Silvina, con una cuchara de madera, agitaba taciturna un guiso inodoro, un salcocho de bananas, en el que, de vez en cuando, el hervor hacía aparecer espinosas piltrafas.

Cuando Pequeñín se cansó de chupar en vano... (ACC. Lactancia:2: Terminar de lactar). Leandra acuesta a Pequeñín en un camastro lleno de trapos sucios. Camastro es un término despectivo para designar una cama pobre y mala. La cama está llena de trapos, como correspondería lógicamente a una situación tan paupérrima como la que vive la familia, pero

los trapos están sucios. Sin embargo Leandra, como ya hemos visto y veremos a lo largo de toda la novela, lava constantemente. Tanto el sustantivo camastro como el adjetivo sucio, aumentado por el adjetivo usado para la cama: llena indican un juicio de valor [SEM. Desprecio (V. Narr.: Casa-Leandra)] No es solamente que el camastro esté vestido con trapos sucios, sino que está lleno de ellos. Anteriormente el narrador, al referirse a los cuartos de la casa los ha llamado cuartuchos, otro término peyorativo.

Silvina....agitaba taciturna (SEM. Tristeza (V. Narr.: Silvina)] un guiso inodoro, un salcocho de bananas, en el que, de vez en cuando, el hervor hacía aparecer espinosas piltrafas.... Para la época en que se desarrolla la trama de la novela, la década de1880, la alimentación del campesino puertorriqueño se había empobrecido notablemente en comparación con épocas anteriores (REF. Cod. Alimentario) (1ra parte, Cap. III, pp. 124-125, Cap. IV, primera parte, pp. 165-166). Por otra parte, los plátanos, como hemos visto en las relaciones de los Cronistas del siglo XVIII, fueron alimentación básica, no sólo de los pobres, sino de todo el pueblo de Puerto Rico, desde comienzos de la colonización (1ra parte, Cap. I, pp. 46-47). La descripción de la comida que prepara Silvina indica no sólo pobreza, sino desprecio. Se trata de un caldo sin olor que contiene unas piltrafas "espinosas." [SEM. Desprecio (V. Narr.: Casa-Leandra)].

Compárese la descripción de la vivienda de Leandra que ofrece el narrador de *La charca*, con la descripción de una vivienda del mismo tipo dada por el narrador de la novela *La pecadora,* (1887) de Salvador Brau:

> El interior de nuestro bohío -llamémosle así, pues que por ese nombre se designan en Puerto Rico esas cabañas miserables-, abarcaba reducido perímetro sin subdivisiones ni compartimientos. Sala, cocina, alcoba, comedor, todo se hallaba reunido en una sola

> pieza, dentro de aquel espacio limitado y cubierto por ramaje seco de palma...
>
> ... La hamaca, que constituía el mueble principal de aquel bohío, se hallaba formada por groseras cabullas, trenzadas con la paja que envuelve las mazorcas del maíz, anudadas entre sí con cortezas de majagua, y a fe, que, ni por su enana extensión ni por su negativa suavidad, podía prestar aquel utensilio aliento a la holganza.
>
> Grande debía de ser el cansancio del que, plegado sobre aquellas cuerdas, lograba dar descanso a sus fatigados miembros.
>
> Y sin embargo, esa grosera hamaca era el único signo que revelaba en aquella morada ese instinto de comodidad innato en el hombre así salvaje como civilizado.
>
> Desprovisto el suelo de pavimento, mostraba por todas partes la tierra desnuda, fétida por las suciedades domésticas y reblandecida constantemente por la humedad de la lluvia y el rocío, que penetraban por los claros demasiado visibles del techo. (pp. 185-186).

Esta descripción no está idealizada: expone la pobreza del bohío, los malos olores, la suciedad. Sin embargo, hay dos diferencias fundamentales con la descripción que se ofrece en *La charca* : la carencia de adjetivos despectivos y la explicación para la suciedad: la falta de pavimento del suelo de la casa y la deficiencia del techo de hojas de palma. Las causas son externas a los moradores, no internas.

(23) Voz: Narr./Lea.

Los nublados entre la madre y la hija pasaban pronto. Pocos minutos después de la última contienda, departían pacíficamente. Leandra aludió a lo sucedido allá abajo, cerca de la tienda de Andújar. Habíanse oído gritos e imprecaciones, sin que pudiera enterarse de la causa. Alguna borrachera sin duda. Como era sábado y se habían cobrado los jornales, los hombres sólo pensaban en beber. Iban a casa de Andújar a pagar las deudas de la semana y como la tienda en surtida, copa va copa viene, se les pasaba el tiempo y se les iba el dinero. Leandra fulminó contra aquel tropel de gandules. ¡Qué asco! Las mujeres moviendo al rescoldo un caldo sin sustancia, los hijos exánimes y color de cera y ellos dilapidando el sudor de la semana y exponiéndose a ir a la cárcel por cualquier tontería. Por eso

estaba contenta con su suerte: su amistad, Galante era hombre rico, que le pasaba un diario, que no andaba en trapisondas. Es verdad que tenía que tolerarle la promiscuidad, la insaciable promiscuidad del macho robusto, consintiéndole resignada que tuviera otras campesinas en el mismo predicamento de amigas íntimas, pero ¡qué remedio! mejor era ser tolerante que exponerse a las tropelías de algún bárbaro como muchos que ella conocía.

La pronta reconciliación de Silvina y Leandra indica la cotidianeidad de las discusiones y la debilidad del carácter de Silvina, quien a pesar de comprender y analizar su situación racionalmente es incapaz de tomar una decisión para cambiar de vida. Leandra cuenta algo que ha sucedido hace un rato (REF. Cronología: Restrospección). Es sábado (REF. Cronología: Tiempo de la escena) y los obreros han cobrado. Esta observación indica que pagaban semanalmente y que se trabajaba seis días a la semana (REF. Ley del trabajo). Esta información concuerda con el horario de trabajo de la sociedad histórica en aquellos momentos.

La lexia comienza con la voz del narrador, pero a partir de la tercera oración, cuando dice lo sucedido allá abajo, es Leandra la que habla. La mayor parte del tiempo las voces se mezclan. El narrador interpreta los sentimientos de Leandra. Aunque aparecen algunas expresiones populares como amistad por amante, lo que denota la voz de Leandra, la mayoría de los términos son inaccesibles a una campesina analfabeta: rescoldo, exánimes, dilapidando. Por ejemplo, cuando se describe la relación de Leandra con Galante se afirma que ella tenía que tolerarle la promiscuidad, la insaciable promiscuidad del macho robusto, consintiéndole, resignada que tuviera otras campesinas en el mismo predicamente de amigas íntimas. Aparte de lo inconcebible que resulta la frase insaciable promiscuidad del macho robusto en boca de la campesina, tampoco hubiera dicho una mujer en su situación

que el amante tiene relaciones con otras "campesinas," porque desde su visión interna, campesina ella misma, las otras son simplemente "mujeres."

La sexualidad de Galante está caracterizada, de nuevo, en su aspecto animal. Es un macho robusto como lo sería un toro o un caballo [SEM. Bestialidad (V. Narr.: Galante)]. Leandra acusa a los campesinos de alcohólicos, jugadores, de no cubrir ni las necesidades básicas de sus mujeres e hijos [SEM. Irresponsabilidad (V. Lea: Campesinos)]. Alardea de su relación con Galante y justifica la promiscuidad de él con razones pragmáticas [SEM. Pragmatismo (V. Lea.: Leandra)]. En este pasaje Leandra alude al dinero cinco veces: 1) los jornales, 2) las deudas de la semana, 3) se les iba el dinero, 4) dilapidando el sudor de la semana, 5) le pasaba un diario. (REF. Economía: Dinero).

(24) Voz: Narr./Sil.

Silvina lamentábase de su mala estrella: ¡mujer de un viejo tan feo, tan grosero! ¿Había habido cuestión en la tienda de Andújar? pues indudablemente estaba allí Gaspar. Con colores expresivos pintaba a su tirano: como hombre, viejo y feo, como marido, renegado y feroz. Luego, un desvergonzado: si él hubiera tenido un ápice de dignidad, no se hubiera casado con ella. Y concediendo que se vendiera por dinero para recoger despojos de otro,lo que le parecía infame era la condescendencia con que toleraba las exigencias de Galante. En este punto, Leandra discutía; ella, Silvina, no tenía razón. Si Galante de vez en cuando, tenía antojos, la cosa carecía de importancia. De ese modo estaba contento, las protegía.

-A los hombres hay que saberles amarrar. Demasiado sé yo que tú le gustas a Galante más que yo, pero me conformo, porque si me opongo a su gusto, me abandona y perderíamos la soga y la cabra.

Silvina insistía: aquello era una atrocidad. ¡En la misma casa, con el pretexto de querer a la madre, perseguir a la hija; a una muchacha que lo detestaba, que no era libre, que era mujer de otro más canalla aún, que consentía tales bajezas! Y tal contubernio, en contra de la voluntad de la muchacha, contra todas sus tendencias y sus gustos.

La plática terminó como siempre. No había más remedio: mejor era aquello que morir de hambre.

La voz del narrador se entrelaza con la de Silvina. Las lexias Nos. 23 y 24 repiten la discusión de la No. 13. Es el mismo planteamiento y las mismas posiciones por parte de madre e hija. Cuando Leandra habla directamente, el lenguaje es coloquial, usa expresiones populares: ...perderíamos la soga y la cabra (REF. Cod. Lingüístico: Frases populares).

El discurso de Silvina muestra, de nuevo que es inteligente y posee criterio moral [SEM. Inteligencia (V. Sil.: Silvina)]. Las razones que da Leandra, como en la discusión de la lexia número 10, son pragmáticas. Este pragmatismo la conduce a la amoralidad. Dice a Leandra: Si Galante, de vez en cuando, tenía antojos, la cosa carecía de importancia. De ese modo estaba contento, las protegía. [SEM. Amoralidad (V. Lea.: Leandra)]. Hay una mención al dinero (REF. Economía: Dinero).

(25) Voz: Narr., Gaspar

Oyéronse rumores, y en la pequeña explanada, frente a la casa apareció un hombre. Era Gaspar. Al llegar, blandió un largo machete y asestando una cuchillada a un árbol, lo dejó allí clavado.

-¿No se come? -dijo sentándose en la piedra que seervía de escalón junto al umbral.

Las mujeres apresuraron el aderezo del potage, y diéronle un plato colmado. Gaspar comenzó a engullir hablando mientras comía.

-Si no me lo quitan de las manos, mato esta tarde a ese cochino de Montesa. ¡Entrometío! Estábamos en la cuesta del río algunos amigos distrayéndonos con una jugadita...Yo estaba ganando y se había presentado una sota que, si llega a jugarse arranca al banquero. Deblás barajaba y ya iba a virarse cuando acierta a pasar Montesa. Se para, nos mira y dice:

-Bandidos, ¿Qué hacéis ahí?

-Lo que nos da la gana.

-Estáis jugando a los prohibidos, ¿y si el comisario viene?...

¡Figúrese Ud.! el comisario es Andújar y siempre que jugamos nos cobra un chavo por cada as...

-Y a Ud. ¿quién le mete en lo que no le importa?

-¡Calla, truhán! Esto se lo decía a Deblás. -Si meneas la lengua, te la retuerzo: un desertor como tú no es persona para mí.

Me dio ira su altanería. Claro: Montesa hablaba así porque sabe que Deblás anda huido, que no puede tener cuestiones porque, si le echan mano, lo hunden otra vez en presidio. ¡Cobarde! Yo quise ver si Montesa se atrevía conmigo. Me levanté de un brinco y halé por el machete. Anduvo listo: cuando iba a rajarlo, me dio una patada feroz en la barriga y me tumbó. ¡Qué alboroto! La partida se deshizo. Cada cual corrió por su lado y todavía tuvo Montesa la cobardía de llamarme sinvelgüenza, estando yo en el suelo impedido de defenderme. ¡Ah! yo lo cogeré... Hay más días que longanizas. Cuando me levanté, me sujetó Andújar ty me pidió por favor que no me metiera con ese macaco de Montesa. Luego, como convenía ocultar lo de la jugada y yo ya estoy hasta el cogote de cuestiones que me han costado caras, me contuve. Hay tiempo: cualquier día lo hiendo...

Y Gaspar, asiendo de nuevo el machete, asestó otra cuchillada al árbol que, herido en la corteza dejó manar por la herida un líquido resinoso y obscuro.

Este pasaje comienza y termina con el gesto de Gaspar de enterrar el machete en el árbol. Llega de trabajar (ACC. Regreso:1: Regresar de jugar por interés). Es presentado como un individuo brusco: su primera acción al llegar a la casa es enterrar el machete en un árbol. Este gesto podría ser motivado por la costumbre, usual entre los campesinos, de colocar el instrumento de trabajo en el árbol al terminar la labor del día. Sin embargo, dada la información previa que se ha ofrecido sobre este personaje, el brusco gesto se percibe como un acto violento. [SEM. Violencia (V. Narr.: Gaspar)] No saluda, pide inmediatamente su comida. Le sirven un plato colmado y come glotonamente, engulléndose la comida y hablando a la vez. Las indicaciones dadas aquí señalan a Gaspar como un ser tosco, cuya brusquedad va más allá de la comprensible en una persona rústica. [SEM. Grosería (V. Narr.: Gaspar)] El tiempo del relato retrocede y Gaspar cuenta

una pelea que ha tenido un rato atrás. (REF. Cronología: Retrospección). Es la disputa de que había informado Leandra anteriormente (No.11) y en la cual Silvina estaba segura que Gaspar estaba implicado (No. 12). Se introducen dos nuevos personajes: Montesa y Deblás. Deblás es un prófugo, escapado de la cárcel [SEM. Delincuencia (V. Gasp.: Deblás)]. Montesa (no se dice quién es) está de parte de la ley [SEM. Legalidad (V. Gasp.: Montesa)]. Se indigna ante el espectáculo del juego prohibido y es más fuerte que Gaspar físicamente. Andujar es el comisario del barrio, es decir, un funcionario del gobierno, pero utiliza el juego, actividad prohibida, para su beneficio. Su actuación connota la corrupción del gobierno [SEM. Corrupción gubernamental (V. Gasp.: Andújar)]. Gaspar afirma que tiene cuestiones pendientes con la justicia [Sem. Delincuencia (V. Gasp.: Gaspar)]. La posición respecto a la ley de Montesa de un lado y Gaspar, Deblás y Andújar del otro forman una antítesis (SIM. Antítesis: Legalidad/Delincuencia). Gaspar se expresa en un lenguaje coloquial, utilizando frases populares: hay más días que longanizas (REF. Cod. Lingüístico: Frases populares) y vulgares: cualquier día lo hiendo... (REF. Lingüística). En ocasiones hay una imitación fonética del habla popular puertorriqueña que no había aparecido en el lenguaje de Leandra ni en el de Silvina: el cambio de la *r* por la *l*: sinvelgüenza por sinvergüenza o la omisión de la *d* del participio pasivo: entremetío por entremetido. En cambio, Montesa se expresa de una manera culta, afectada. Usa la forma verbal correspondiente a vosotros en vez de ustedes: ¿Qué hacéis ahí? (REF. Lingüística). Gaspar vuelve a enterrar el machete en el árbol en un gesto de ira, lo que confirma la violencia de su carácter. Esta vez el narrador no se limita a informar sobre la acción sino que añade que el árbol, herido en la corteza dejó manar por la herida un líquido resinoso y obscuro. El árbol es víctima inocente de la ira de Gaspar: el

espesor y el color de la resina del árbol recuerdan la sangre. [SEM. Crueldad (V. Narr.: Gaspar)]. La repetición de esta escena, más el comentario sobre la herida del árbol refuerzan la imagen de Gaspar como un ser capaz de cometer cualquier acto de violencia. Este acto anuncia el crimen que cometerá más tarde.

(26) Voz: Narr.

Silvina, en cuclillas en un rincón, había oído el relato. Seguía con mirada tímida los violentos ademanes de Gaspar, como temiendo a cada instante que las amenazas y las agresiones se volviesen contra ella.

Silvina, víctima constante de Gaspar, como el árbol, está atemorizada. [SEM. Miedo (V. Narr.: Silvina)]. Su actitud recuerda a un pequeño animal asustado. Recuérdese que se la ha comparado con una ovejuela, frente a Gaspar como ave de rapiña (No.10).

(27) Voz: Gasp., Narr., Leandra.

-Toma -continuó Gaspar alargando a Silvina una monedas -esta semana no se ha hecho nada y luego, en la jarana, perdí la ganancia. Quizás me la robó el mismo Montesa. Pero bay, ahí tienes treinta y dos chavos. Si te faltase en la semana, a mamá Leandra que te dé, y si ella no tiene, avísame para fajar a Galante... O fájale tú, que a ti servirá de mejor gana.

Leandra empezó a dar consejos a Gaspar. Prudencia, mucha prudencia. Lo mejor era salir del trabajo y meterse en casa. Y mientras Gaspar, rehacio discutía con ella, Silvina, entregada de nuevo al éxtasis, veía como en el cielo íbase apagando el día y cómo las sombras iban lentamente arropando los contornos.

Gaspar entonces hizo reír a Leandra. Contó que en la jugada estaba la vieja Marta con un paquete de ochavos atados en la punta de un pañuelo. Cuando surgió la contienda y vinieron a las manos, Marta alcanzó un pescozón que le arrancó el pañuelo de la cabeza, dejando las greñas al aire.

-Pero -dijo Gaspar- es tal la suerte de ese diablo de vieja que a pesar de todo, con seguridad esconde esta noche en el monte medio peso. ¡Ah, si yo pudiera descubrirle el escondrijo...!

Gaspar da a Silvina treinta y dos centavos para la semana (REF. Cod. Social: Economía). Dice que esa semana no se ha hecho nada, lo que indica que no ha trabajado [Sem. Vagancia (V. Gasp.: Gaspar)] y después perdió jugando lo que le quedaba [SEM. Juego (V. Gasp.: Gaspar)]. La manera que sugiere a Silvina de buscar más dinero si lo necesita indica un gran cinismo ante la situación de la familia [SEM. Cinismo (V. Gasp.: Gaspar)]. Silvina puede pedirle a Leandra que, a su vez, le pedirá a Galante o Silvina directamente puede acudir a Galante. Leandra aconseja a Gaspar como lo haría una suegra en una situación normal y Gaspar rechaza los consejos. Gaspar cuenta que la vieja Marta recibió un golpe en la pelea entre él y Montesa (REF. Cronología: Retrospección) y Leandra ríe del incidente. Marta, quien andaba con un paquete de ochavos atados en la punta de un pañuelo (REF. Cod. Economía: Dinero) es descrita de nuevo como avara [SEM. Avaricia (V. Gasp.: Marta)]. La expresión de Gaspar: ¡Ah, si yo pudiera descubrirla el escondrijo!... Anuncia una acción futura de la trama (REF. Cronología: Prospección), indica que Gaspar es ambicioso [SEM. Ambición (V. Gasp.: Gaspar)] y presenta un nuevo enigma (Her: Enigma: 6: Escondite del dinero de Marta). Silvina se aleja emocionalmente de la realidad contemplando la naturaleza [SEM. Evasión (V. Narr.: Silvina)]. Está oscureciendo (REF. Cronología: Tiempo de la escena: Atardecer).

(28) Voz: Narr., Gasp.

La noche avanzaba. Gaspar se desperezó dando un gran bostezo. Todavía charló algunos minutos. Participó a las mujeres que se preparaba para muy pronto un baile en Vegaplana. Todos irían; era menester echar una cana al aire. Convenía, de vez en cuando, sacudir la morriña y divertirse, bebiendo unas copitas, bailando una contradanza.

En Vegaplana, barrio cercano, siempre hubo divertidos bailes. Nada, animarse: al salir de casa, se quitarían los zapatos para no deteriorarlos y al

llegar a la casa de la fiesta, se los pondrían para entrar al salón como era debido.

La noche avanzaba (REF. Cronología: Tiempo de la escena: Noche). Garpar anuncia que habrá un baile en Vegaplana. El nombre específico del pueblo da a la acción de la novela verosimilitud, ilusión de documento referencial. Vegaplana es nombre ficticio, pero en Puerto Rico existe "Vegabaja." Gaspar no habla directamente, sino a través del narrador. Aparece una frase popular echar una cana al aire, (REF. Cod. Lingüístico). En el mismo diálogo, al referirse a los zapatos, utiliza Gaspar el verbo deteriorar. Este verbo, poco verosímil en la lengua de un campesino analfabeto, muestra la presencia de la voz del narrador entretejida con la de Gaspar. Cuando Gaspar habla directamente, su lenguaje es uniformemente popular. La información sobre el baile anticipa la acción de la obra (REF. Cronología: Prospección). Las alusiones a la contradanza y a la costumbre de quitarse los zapatos por el camino para no estropearlos dan a la narración verosimilitud. Tanto la contradanza como la costumbre de quitarse los zapatos pertenecían al patrimonio cultural del pueblo en general (REF. Conocimiento común).

(29) Voz: Narr.

Leandra bajó al cobertizo y Gaspar, como si hubiera estado esperando la ocasión, llamó a Silvina con la mano. Ella acercóse.

Gaspar llamó a Silvina con la mano. ... (ACC: Conspiración:1: Llamar para conspirar).

(30) Voz: Gasp., Sil.

-Lo dicho- dijo Gaspar entre dientes -Deblás está impaciente y yo no retrocedo: conque prepárate.

-Pero Gaspar -contestó Silvina palideciendo -eso es horrible...

-¡Qué horrible, ni que niño muerto! Ese es un negocio como otro cualquiera.

-¡Dios mío!...¡Dios mío!

-Y tienes que ayudarnos: no hay remedio.

-¿Por qué no se las arreglan ustedes solos ya que quieren meterse en eso? ¿Por qué me obligas, si yo me muero de miedo?

-Porque de las mujeres nadie sospecha. Nada: quiero que vengas. Vendrás, y tres más nueve.

Gaspar y Deblás tienen un plan del que pretenden hacer a Silvina cómplice (HER. Enigma 7: Plan de Gaspar y Deblás). El diálogo entre Gaspar y Silvina crea un suspenso. Sólo se ofrece una información parcial. Gaspar utiliza dos expresiones populares: ¡Qué horrible ni que niño muerto! y Vendrás, y tres más nueve (REF. Cod. Lingüístico: Frases populares). La respuesta de Silvina ante el anuncio de Gaspar es de miedo [SEM. Miedo (V. Sil.: Silvina)].

(31) Voz: Narr.

Como Leandra volviera, Gaspar disimuló. Un negocio secreto, no debe divulgarse: miró fijamente a Silvina y se llevó un dedo a los labios. El estaba bien seguro del silencio de Silvina. Luego entrose en uno de los cuartos de la casa y se acostó sobre un lecho formado, en el suelo con ropas extendidas sobre una estera especial y sacos doblados a guisa de almohadas.

Algunos instantes después, roncaba. Leandra acostose en el camastro, el lujo de la casa, en el otro cuarto, y quedaron frente la noche estrellada y Silvina contemplándola absorta desde la rústica vivienda. Adentro, un sueño labriego narcotizando las gentes; afuera, el clamor estridente de los insectos nocturnos, el coro de grillos, el treno de los sapos, el roce de los violines alados, cantando a coro el psalmo de la noche en la selvática anchura de los bosques.

Gaspar se llevó un dedo a los labios (ACC.Conspiración: 2: Interrupción del plan). El está seguro del silencio de Silvina debido a la seguridad que tiene de que Silvina le teme [SEM. Miedo (V. Narr.: Silvina)]. Luego entrose en uno de los cuartos y se acostó. (ACC. Regreso:2: Acostarse a dormir). Gaspar se acuesta en el piso. La descripción del lugar en que duerme, a pesar de no ser ni siquiera una cama, está dada en un vocabulario neutro, inclusive el narrador ha usado términos cultos como lecho. Sin embargo, al mencionar la cama de Leandra, la llama nuevamente camastro [SEM. Desprecio (V. Narr.: Casa-Leandra)] y afirma en forma irónica que se trataba de el lujo de la casa [SEM. Ironía (V. Narr.: Leandra)]. Leandra acostose (ACC: Acostarse1a: Acostarse a dormir). Silvina permanece despierta contemplando la noche, absorta ante el paisaje que la aleja sicológicamente de la realidad [SEM. Evasión (V. Narr.: Silvina)]. El sueño de los campesinos es descrito como sueño labriego narcotizando... Mas que dormir, los campesinos están anestesiados, es decir inertes, insensibles [SEM. Insensibilidad (V. Narr.: Leandra, Silvina, Gaspar)]. Afuera la naturaleza participa de un clamor estridente. Es una naturaleza sonora [SEM. Sonoridad (V. Narr.: Naturaleza)] que está al servicio de Dios, divinizada: El coro de grillos, el treno de los sapos, el roce de los violines alados, cantaban a coro el psalmo de la noche en la selvática anchura de los bosques. [SEM. Sagrado (V. Narr.: Naturaleza)]. El contraste entre la actitud inactiva de Leandra, Gaspar y Silvina y la actitud dinámica de la naturaleza crea una antítesis (SIM. Antítesis: Inactividad/Dinamismo).

El tiempo del relato, en este capítulo, es de una hora a hora y media. Cuando empieza ya está comenzando a atardecer y al final ha oscurecido. El

tiempo y el espacio están construidos cuidadosamente con la intención de crear la ilusión de que se está representando la "vida real." El día de la semana está marcado, es sábado, día de cobro; los hombres apuestan el dinero recién cobrado. En tres ocasiones se marca la hora del día. Por medio de 6 retrospecciones la historia va hasta aproximadamente 20 ó 25 años atrás en el pasado, cuando Leandra tuvo su primer hijo. Mediante 3 prospecciones se ha adelantado qué sucederá en el futuro. El tiempo se distribuye en el capítulo en 6 secciones:

1. Presente- Lexias 3-5.
2. Pasado remoto- Lexia 6.
3. Presente- Lexias 7-9.
4. Pasado remoto- 10-15.
5. Presente y pasado reciente- 16-19.
6. Presente, pasado reciente, futuro- 20-26.

El avance de la trama es ofrecido por Gaspar: Menciona el dinero que la vieja Marta oculta y que aparecerá en los Capítulos V, VI, VIII y X, el baile de Vegaplana: Capítulo V y el plan que tiene con Deblás, que se consuma en el Capítulo VII y constituye el clímax de la trama. Silvina y el narrador han estado a cargo de contar el pasado remoto. Leandra y Gaspar hablan sólo del pasado reciente, hechos que sucedieron algunas horas antes de que ellos los cuenten.

Hasta este momento han aparecido en el relato, Pequeñín, Silvina, Leandra, y Gaspar. Los otros personajes han sido dados a conocer mediante los que han estado presentes. Silvina es el único personaje que se conoce desde una perspectiva interna: aparecen sus pensamientos y el narrador

describe sus sentimientos, lo que no hace con Gaspar ni con Leandra, quien la mayoría de las veces se expresa directamente, por medio de diálogos.

El lenguaje de los campesinos es ambivalente. Todos son analfabetos, pero a veces aparece en sus bocas alguna palabra culta y las frases populares y los vulgarismos siempre han provenido de Leandra y de Gaspar, nunca de Silvina. Es interesante notar que en la edición que utilizamos para este trabajo Silvina usa la forma verbal correspondiente a "ustedes" para la segunda persona del plural: acabarán por volverme loca (No. 13), mientras que en las ediciones que aparecen desde la década del treinta hasta el presente utiliza la forma correspondiente a vosotros en la misma ocasión: acabaréis por volverme loca.

Al finalizar el primer capítulo han sido introducidos: el ambiente geográfico, social, la mayoría de los personajes y la trama de de la novela .

Este primer capítulo corresponde al paso No.1 propuesto por Claude Bernard para cualquier experimento, de acuerdo a la *Introducción al estudio de la medicina experimental* (2da parte, Cap. II, pp. 317-319).

Capítulo II

(32) Voz: Narr.

Juan del Salto, caballero en una mula, llegó al plantío, en donde la brigada de campesinos se aplicaba al deshiervo (sic) y limpieza de los terrenos. Con afán de amo entendido, iba a vigilar los trabajos para que no le engañasen limpiando las orillas del plantío dejándoles malezas en el centro. Dejó la cabalgadura en la vereda y penetró en el monte.

"Juan del Salto, caballero en una mula". Es la primera caracterización que el narrador hace de este personaje. Un caballero montado en una mula forman una imagen irónica que recuerda a Don Quijote cabalgando su flaco rocín (REF. Literatura). Sin embargo, Juan del Salto, a diferencia de Don Quijote, nunca es ridiculizado en la novela, y su idealismo está restringido por la realidad; jamás actúa más allá de esos límites, no realiza ninguna acción en contra de sus intereses materiales. En este contexto, la antítesis entre caballero y mula no ridiculiza al hacendado. Caballero connota aristocracia, dignidad, prestancia; mula, hibridez, trabajo rudo, brutalidad, en lenguaje figurado popular. Juan del Salto es un hombre de exquisita educación y sensibilidad que se desenvuelve en un ambiente de rusticidad y analfabetismo. El y su medio son antíteticos (SIM. Antítesis: Educación/Rusticidad). El comienzo de este capítulo sigue la misma técnica utilizada al principio del capítulo anterior: la forma de vida del personaje que abre el capítulo está simbolizada en la primera oración. En el Capítulo I fue

Silvina, ahora es el hacendado. Llegó al plantío. ... (ACC. Inspección:1: Inspeccionar el trabajo). Juan del Salto es presentado como un amo entendido [SEM. Educación (V. Narr.: J. del S.)] que necesita vigilar a sus trabajadores para que no lo engañen: los obreros son poco confiables, no trabajan como deben [SEM. Vagancia (V. Narr.: Campesinos)]

(33) Voz: Narr.

La brigada, escalonada en la vertiente, manejaba el machete talando inútiles y perjudiciales enredaderas. Juan, con mirada práctica, abarcó el conjunto. De los trabajadores, algunos cantaban coplas monótonas; otros esgrimían la hoz silenciosos y otros, los más próximos, sostenían animados diálogos.

Juan observa a los trabajadores con mirada práctica [SEM. Pragmatismo (V. Narr.: Juan del Salto). Los trabajadores cantaban coplas monótonas (REF. Música popular). No todos los que escribieron sobre las costumbres del campesino juzgaron la letra de la música popular de esta forma. Francisco del Valle Atiles, por ejemplo, en su ensayo sobre el campesino puertorriqueño alaba la imaginación y viveza de fantasía de gran parte de la música jíbara. (1ra parte, Capítulo IV, segunda parte, pp. 211-212). Salvador Brau también elogia los cantares del campesino. Valle Atiles y Brau opinan que la belleza de esta música se debe a que proviene de España. Aunque ambos autores omiten, como lo hicieron todos los principales ensayistas puertorriqueños de la época, la herencia africana, al menos valorizan positivamente aquellos versos:

> Poetas los hijos de nuestros campos, en sus cantares, originales unos, oriundos otros de las provincias meridionales de la Metrópoli, el sentimiento y la pasión revisten sus formas más intencionadas y expresivas. [1]

La evaluación del narrador de *La charca* de los versos de la música popular puertorriqueña es la más negativa de las que circulaban en aquel momento. Esto lo veremos más ampliamente en el Capítulo V de la novela.

(34) Voz: Campesino, Narr., J. del S.

-Aquí hace falta gente don Juan -dijo uno de ellos arrancando de un tirón una campánula-. La cosecha está al caer, y si no se activa la limpieza va a perderse mucho grano.

-¡Ya estás tú bueno!-repuso Juan con acento benévolo-. ¿Crees que los propietarios disponemos del personal a nuestro gusto? Eso, dilo a tus compañeros; a los que no trabajan los lunes, cansados de las huelgas del domingo; a los que escandalizan el barrio con tropelías como la del sábado último en la tienda de Andújar; a los que pasan la semana mascando tabaco y tendidos en la hamaca...

Aquí hace falta gente, don Juan. ... (ACC. Información:1: Informar de un hecho ya sabido). Esta información es retórica en la novela; el propietario sabe mejor que el obrero que no hay suficiente personal; la función de la afirmación del obrero en el relato es introducir la arenga de Juan del Salto en contra de la vagancia, uno de los temas principales de la obra. El problema que plantea el campesino al hacendado no es individual de aquella hacienda, sino común a todos los propietarios: ¿Crees que los propietarios disponemos del personal a nuestro gusto?. ... La queja de este personaje de ficción es un eco de la de los hacendados de la realidad histórica durante todo el siglo XIX en Puerto Rico (REF. Cod. Laboral: Falta de mano de obra). Las razones que da Juan del Salto para la carencia de mano de obra son los vicios del trabajador [SEM. Vagancia (V. J. del S.: Campesinos)]. Hace referencia a la pelea que sostuvo Gaspar con Montesa en la tienda de Andújar y que apareció en el Capítulo I (REF. Cronología: Retrospección). Esta retrospección sitúa cronológicamente la acción del Capítulo II: la

semana siguiente a la del primer capítulo. Juan afirma que aquella pelea tuvo lugar el sábado último (REF. Cronología: Tiempo de la escena). De acuerdo a Juan del Salto, muchos de los obreros pasan la semana mascando tabaco y tendidos en la hamaca... Desde el siglo XVIII fue señalado por los cronistas europeos el hábito de mecerse en las hamacas como una de las causas de la poca asiduidad al trabajo de los puertorriqueños (1ra parte, Capítulo I, pp. 15-16), pero aquellos cronistas achacaban este defecto a los hacendados. (1ra parte, Cap.I, pp. 44-45). En el siglo XIX, cuando las clases sociales cristalizan, los hacendados criollos culpan a los jornaleros de lo mismo que los cronistas los habían culpado anteriormente a ellos. Para el momento en que se escribe *La charca* ya existían autores puertorriqueños, como Salvador Brau, que habían superado esta posición y habían descrito la hamaca puertorriqueña como un utensilio tosco, incómodo, usado por necesidad a falta de un mueble cómodo para descansar (1ra parte, Capítulo IV, primera parte, pp. 195-196). Sin embargo, en *La charca* aparece la vieja opinión de los cronistas. Cuando Juan del Salto se dirige al campesino, lo hace con acento benévolo, en forma paternalista y condescendiente [SEM. Paternalismo (V. Narr.: Juan del Salto)].

(35) Voz: Camp., J. del S.

¡Ah, yo no soy de ésos!

-Tú no eres de ésos, convenido; no te aludo. Esta vez incurres en el vicio ilógico que suele seros peculiar: prescindir del sentido de lo que se habla y ateniéndose sólo al valor de las palabras duras darse por aludidos.

-Es que yo...

-Sí, sé lo que vas a decir. Que eres laborioso y honrado ¿no es eso? Me consta. Pero no es menos cierto que hay entre vosotros disipados con los

cuales no puede contarse. Sin ese contingente de inútiles estaríamos sobrados de personal. Eso es lo que te quise decir.

Este diálogo está marcado por la actitud de paternalismo y superioridad del hacendado. El sabe de antemano lo que el obrero va a decirle, así que no le permite hablar. El uso de vosotros, al dirigirse al trabajador hace el lenguaje de Juan del Salto artificial y poco fluido (REF. Lingüística). Para Juan del Salto, el problema de la falta de mano de obra se debe a ese contingente de inútiles [SEM. Vagancia (V. J. del S.: Campesinos)]. Este es uno de los temas principales de la novela, así como era tema constante de la literatura sociológica de la época y de artículos de periódicos. Hoy en día los estudios historiográficos indican que el calificativo de "vago," en la sociedad real, podía ser adjudicado a un hombre que trabajaba la mayor parte del tiempo. Un buen ejemplo es Baltasar Serrano, un "simple jornalero" que obtiene la libreta (1ra parte, Cap.III, p. 118) el 16 de febrero de 1850:

> Entre esa fecha y el 12 de marzo trabaja 13 días para Gregorio Ribera; en el siguiente mes se coloca por 6 días con Manuel Rodríguez; le siguen luego 8 días con Francisco Serbiá, 18 con Manuel Martell y 22 con Francisco Díaz. Del 13 de agosto al 22 de septiembre trabaja con Pablo de Ribera. Luego desyerba caña por diez días, y plátanos por ocho, para Antonio Llandrich. Se coloca luego 4 días con R. Fort, y 10 con Rafael Llandrich. La libreta no vela sus actividades entre noviembre de 1850 y mayo de 1851, cuando aparece dos días pilando café para Nicasio Ramos. aluego trabaja para Manuel Miranda, y 5 días para Rubí Collazo. Pila arroz por 4 días para la sociedad Casalduc y Nicolau, y trabaja otros 4 días con José Colón. Al parecer también se coloca con Πedro Serrano el 28 de mayo, quien comenta favorablemente sobre su conducta laboriosa. Le siguen 6 días de trabajo en un camino municipal, y 4 días de talado para Pascual Martell. No obstante, el primero de julio de 1851 recibe la primera amonestación por vagancia. [2]

En la libreta de Baltasar continúan apareciendo empleos hasta abril de 1852 en que, sin explicar la causa, terminan las anotaciones.

(36) Voz: Narr., Narr./J. del S.

Y Juan, después de la corrección hecha en nombre del sentido común al campesino, le volvió la espalda. El se daba cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos para mejorar las clases de la montaña, pero como su sistema nervioso no resistía trasgresiones (sic) de lo bueno y de lo justo, incurría con frecuencia en las mismas tentativas. Era para él un ideal: rehacer aquel conjunto de seres; prepararlos para un risueño porvenir; dar ciudadanía a la plebe; hacer hombres resistentes capaces de defenderse en lo físico y en lo moral, en el individuo y en la especie, de la acción deprimente de las causas mórbidas. Todo un sistema que llevaba como un fardo en la cabeza y que estaba constantemente en pugna con la realidad. Donde veía el mal, un ansia indominable movíale a la protesta; donde descubría el error, necesitaba desvanecerlo, como quién se ahoga necesita sacar la cabeza del agua y respirar el aire ambiente.

Y Juan, después de la corrección hecha en nombre del sentido común al campesino, le volvió la espalda. (ACC. Información:2: Terminar la arenga). La voz del narrador y la de Juan del Salto se entretejen. El narrador habla, pero los pensamientos y los sentimientos son los del hacendado. Es un idealista que desea el mejoramiento de su pueblo, [SEM. Idealismo (V. Narr./Juan.: Juan del Salto)] pero está consciente de la inutilidad de todo intento por redimirlo. Se introduce la teoría de la deficiencia biológica del campesinado (REF. Determinismo científico).

(37) Voz: Narr.

Subiendo por la escarpa, fue inspeccionando la labor del día. Unas veces recomendaba que el tajo fuese dado a flor de tierra, porque sino, los renuevos, los feraces brotes de la hierva, (sic) harían pronto inútil la limpieza. Como los terrenos eran exhuberantes, (sic) las palpitaciones de la vida forestal eran enérgicas y allí donde un deshiervo (sic) se había dado, en breve volvía a levantarse el prado.

Es por la tarde, el dueño inspecciona el trabajo que realizaron los trabajadores durante el día (REF. Cronología: Tiempo de la escena). De nuevo es caracterizada la naturaleza como feraz, exuberante, enérgica. Es una naturaleza en movimiento [SEM. Dinamismo (V. Narr.: Naturaleza).

(38) Voz: Narr., Narr./J. del S.

Otras veces, detenía el brazo de algún obrero: en el atolondramiento de una actividad sin método, había herido el tallo de un cafeto. ¿Adonde se iría a parar por tal camino? Cada uno de aquellos arbustos significaba un esfuerzo, un sacrificio impuesto al bolsillo, tal vez a la salud. Herir una planta mutilándola era también mutilar el porvenir. Debíanse poner los ojos en el filo del machete, porque sino, en breve se daría buena cuenta de la densa población de arbustos que sonreía en la montaña. Deteníase el obrero, rectificaba la posición del cuerpo y continuaba el talado con más precauciones.

Nuevamente el narrador y Juan forman una sola voz. Los campesinos realizan su trabajo en forma ineficiente, torpe [SEM. Torpeza (V. Narr./J. del S .: Campesinos)]. La torpeza del campesino en los trabajos del campo fue tema constante en la prensa y ensayos que trataron sobre el campesinado durante todo el siglo XIX en Puerto Rico, especialmente después de 1880 (1ra. parte, Capítulo IV, primera parte, pp. 169-172). Cada uno de aquellos arbustos significaba un esfuerzo, un sacrificio impuesto al bolsillo, tal vez a la salud. Herir una planta mutilándola era mutilar el porvenir. Juan del Salto es el prototipo del hacendado criollo. La difícil situación del grupo social que él representa, atrapado entre la dificultad para obtener crédito y la falta de mano de obra está reflejada en este pasaje que muestra el enorme valor que tiene para el hacendado su cosecha de café (REF. Social: Economía).

(39) Voz: Narr., Narr./J. del S.

Juan recorría así la vertiente, subiendo con el auxilio de los troncos o descendiendo con cuidado en previsión de fáciles caídas. No era raro que en determinado lugar se arrodillara, cuando veía surgiendo a flor de tierra la raíz de un cafeto. Entonces se echaba de bruces y emprendía él mismo la faena de aterrarla, mientras explicaba a los campesinos la importancia de aquel detalle. Sí; las raíces debían profundizar para beber en lo hondo los jugos de la tierra. En la superficie, reptan como serpientes y disminuido el caudal nutricio, la planta, cuando no muere, se aniquila. El no tenía paciencia para tolerar torpezas.

Juan del Salto, mientras vigila atentamente las labores, educa a los obreros. Todo este pasaje está marcado por un propósito didáctico [SEM. Didactismo (V. J. del S.: Juan del Salto)]. El deseo de perfección en el trabajo lleva al hacendado a ser muy exigente: El no tenía paciencia para tolerar torpezas [SEM. Impaciencia (V. Narr.: Juan del Salto)]. Es importante señalar que Juan es impaciente sólo ante las torpezas, los descuidos, los vicios, ante cualidades negativas. La impaciencia de Juan es una cualidad positiva en el contexto de la novela.

(40) Voz: Narr.

Y así, viéndolo todo por sí mismo; interviniendo en todo; con una viva mirada para cada detalle; con una reflexión o un consejo para cada obrero; atento a sus intereses; entusiasta con sus esperanzas; sabio en sus procedimientos, visitaba las plantaciones que constituían su riqueza con el acendrado cariño del padre que acaricia las cabecitas rubias de la prole.

Continúa la caracterización sicológica de Juan del Salto. Es un hombre trabajador: interviene en todo, [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Juan del Salto)] inteligente, tiene una viva mirada, es sabio en sus procedimientos, [SEM. Inteligencia (V. Narr.: Juan del Salto)] práctico, está atento a sus intereses, [SEM. Pragmatismo (V. Narr: Juan del Salto)], dinámico: es entusiasta [SEM. Dinamismo (V. Narr.: Juan del Salto)]. Visitaba las plantaciones que constituían su riqueza con el acendrado cariño del padre que acaricia las cabecitas rubias de la prole. En los sentimientos del hacendado, la plantación de café es comparable con la familia. En su escala de valores la cosecha, productora de dinero, está al mismo nivel que estarían sus hijos rubios (REF. Axiología: Dinero). [SEM. Racismo (V. Narr.: Juan del Salto)].

(41) Voz: Narr.

Los trabajadores le amaban y le respetaban. Sabían que podía ser el bienhechor que llevara dinero y bálsamo hasta la choza que les albergara enfermos; y sabían también que en momentos de indignación levantaba arrogante su autoridad de amo inexorable. Los buenos, buscaban amparo a su lado, habitación en el caserío de su finca, disputaban el honor de servirle de manera inmediata en los quehaceres de la casa o en las labores de las máquinas. Los malos, los sospechosos, le temían como se teme a un ser más fuerte ante el cual no queda más recurso que sucumbir. Los malos, los sospechosos, le temían como se teme a un ser más fuerte ante el cual no queda más recurso que sucumbir.

Juan del Salto es generoso [SEM. Generosidad (V. Narr.: Juan del Salto] y fuerte [SEM. Fortaleza (V. Narr.: Juan del Salto)]. Es como un padre autoritario. Los campesinos lo respetan como a un ser más fuerte, de la misma manera que los hijos se relacionan con el padre [SEM. Paternalismo (V. Narr.: Juan del Salto)]. El término usado para nombrar la casa de los campesinos agradecidos es choza, sinónimo de bohío, casa con techo de paja. Este sustantivo no tiene la carga despectiva de casucha, usado siempre que se menciona la casa de Leandra. Hay una mención al sistema del agrego: los buenos buscaban amparo a su lado, habitación en el caserío de su finca. [REF. Cod. Social) (1ra parte, Capítulo III, p. 119)].

(42) Voz: Narr, J. del S., Campesino.

En su merodeo por el plantío, llegó en la parte baja a un lugar en donde departían varios campesinos, y encarándose con uno de ellos preguntó:

-¿Dónde está tu hijo?

-Mi hijo -contestó el aludido con acento vacilante -pues,...medio enclenque...

-Enclenque ¿eh?

-Sí, señor...como se dio una *caída*...

-¡Todavía la caída! Pues oye: que tu hijo, que es un perezoso, se embriague y caiga en las zanjas estropéandose; que luego no venga a los trabajos siendo o no cierto que aun le duela el golpe; que se regodée en la holganza de tu rancho comiéndose los plátanos sin serte útil...pase; es un mal, es una desgracia de que sufrís las consecuencias; pero lo que no pasa

es que tú, su padre, seas su cómplice; que le permitas los excesos del rebelde carácter, que le consientas la mala vida y, finalmente que mientas tratando de paliar los extravíos de un hijo que no es más que un correcalles.

-¡Ay, Dios mío!...yo...

-Sí, esa es la verdad. ¿Cuándo acabaréis de comprender que el consentimiento y los exagerados mimos son estímulos que malean los hijos? Si desde muy pichón le hubieras manejado bien, tu hijo no sería hoy un perdido. No supiste, no quisiste cumplir con esa obligación; calculaste que con el producto de tu trabajo bastaba para mantener a toda la familia y hoy te encuentras con un hombretón indócil, que te mata a disgustos, que se pasa la vida entre la guitarra y los licores, entre la baraja y las mujeres que *se lleva...*

-Don Juan...¡Qué quiere Ud! Si he hecho lo indecible por sacar de ese condenado un hombre de trabajo!

-No has hecho nada, aunque así lo creas. Al contrario, has favorecido sus malos instintos dejando pasar sua borracheras sin castigo, acaso, riéndole los chistes; has favorecido el mal consintiéndole sus desórdenes...pero¿qué más? ha llevado a tu casa, a tu propia casa, junto a su madre y sus hermanas, una querida y se lo has tolerado.

-Para ver si lo aquietaba.

-No, por condescendencia, por esa condescendencia que si tiene mucho de ignorante, tiene más de perezosa.. Se os cae el mundo encima y nada...Sois estoicos. Tú no comprendes lo que significa eso de "estoico;" te lo diré de otro modo: sois indiferentes lo mismo para el bien que para el mal; sois apáticos, sois desver...

Juan se contuvo. Los testigos de la escena sonreían y el campesino sufría encogido el chubasco, tratando de envolver excusas en monosílabos incoherentes.

-Y lo imperdonable-continuó Juan -es que no titubeas en decir mentiras para ocultar las faltas de ese hijo. Dilo claro: mi hijo se emborrachó ayer domingo en el ventorrillo de Andújar; mi hijo estaba esta mañana imposible para el trabajo. De ese modo no te haces cómplice de su perversión. ¡Bah! ya sé que pierdo mi tiempo: no entendéis la salud de mis palabras.

Este pasaje repite, amplificada, la arenga sobre la vagancia que el hacendado da al primer campesino que encuentra al llegar a la plantación (Nos. 34-35). Ahora se habla sobre un caso particular y se achaca la situación a una educación demasiado condescendiente. [SEM. Condescendencia (V. J. del. S.: Campesinos)]. Los vicios de que se culpa al

hijo de este campesino son los mismos que hemos encontrado hasta ahora y encontraremos en toda la novela cuando se habla del campesinado. En su *Crónica* sobre Puerto Rico, Fray Iñigo Abbad señaló la excesiva tolerancia de los hacendados hacia sus hijos (1ra. parte Cap. 1, p.44). Valle Atiles afirmó en su ensayo *El campesino puertorriqueño* (1ra parte, Capítulo IV, segunda parte, p. 211) que todas las puertorriqueñas mimaban excesivamente a sus hijos, pero que entre las campesinas este problema era más agudo. El narrador de *La charca* culpa a los campesinos exclusivamente. Sin embargo, de acuerdo a la historiografía actual, hay más posibilidades de que esa condescendencia existiera en tiempos de Fray Iñigo, entre los hacendados, que entre el campesinado para la época en que se escribió *La charca*. Aparentemente, a medida que la economía de mercado se implementó y la escasez de mano de obra aumentó, la niñez de los campesinos se acortó. Para la época en que se desarrolla la trama de la obra los niños campesinos, de ambos sexos, trabajaban desde muy pequeños:

> En censos nominales de la década de los 1830 en Utuado se denomina a un varón "labrador" de los 10 años en adelante. En 1856 la Junta de Comercio y Fomento le recomendaba al gobernador Lemerey que en los registros de jornaleros se incluyera a los huérfanos e hijos abandonados mayores de 10 años. En el censo nominal de 1860, en Utuado se denomina "labrador a los varones de los 6 años en adelante". Envejecientes entrevistados en Utuado en julio de 1977 describieron tareas agrícolas que niños de ambos sexos realizaban a fines del siglo pasado desde los 3 años de edad. [3]

Aparecen los plátanos nuevamente (REF. Cod. Alimentario). Se señala el día de la semana en que tiene lugar esta escena (REF. Cronología: Tiempo de la escena). La acusación que lanza Juan al campesino de ser cómplice de su hijo sirve de enlace para el siguiente tema: el crimen.

(43) Voz: J. del S.

¡Cómplices! Sí,la eterna, la repugnante complicidad del silencio envolviendo al conjunto social en que os agitáis. Allá vais todos en un haz apretado, los buenos y los malos, los dignos y los infames. ¿Han robado una mula?...pues, sabiendo quien fue el ladrón calláis. ¿Han producido un daño intencional en los cultivos?... sabéis quien fue el autor y...silencio; no hay forma de que contribuyáis al esclarecimiento de la verdad. Si se comete un crimen, un crimen cualquiera, un asesinato, por ejemplo, sois capaces de presenciarlo y callar después, negándose a favorecer la acción reparadora de la justicia.

Juan del Salto pasa de la acusación de encubrir el juego y la vagancia a acusar a los campesinos de delitos mayores. Según el narrador, los campesinos se niegan a favorecer la acción reparadora de la justicia. Sin embargo, las investigaciones realizadas por la historiografía actual afirman que cuando había un pleito entre un campesino y un propietario la justicia casi siempre se inclinaba del lado del propietario. [4] Esto explica la actitud reacia de la gente del campo a inmiscuirse en asuntos legales. En *Las clases jornaleras...* Salvador Brau afirma que el jíbaro es huraño y no colabora con la autoridad porque sólo ha recibido atropellos de parte de ella (1ra. parte, Cap. IV, primera parte, p. 181-182).

(44) Voz: Narr.

Cuando estas palabras fueron dichas, un labrador, como de veinticinco años, enjuto y de semblante enfermizo, palideció intensamente, dejó caer el machete y se irguió con aire azorado. Fue un movimiento rápido, indomable, como la sacudida de un sistema nervioso sorprendido. Juan observó el ademán, y aunque el joven trató de sonreír disimulando la turbación al punto de ocultarla a los otros trabajadores, el propietario pudo notar el efecto causado por sus palabras. Todavía comentó algunos minutos, el tema de la complicidad y, a poco, próximo ya el crepúsculo, cuando la brigada se disponía a suspender los treabajos, acercóse al joven y le dijo entredientes:

-¿Qué tienes, Marcelo?

-Yo...

-Hace un momento, cuando me referí al crimen, palideciste. Estás frío, tus manos tiemblan ¿qué te sucede?

-No tengo nada...nada.

-No mientas-insistió Juan con energía y fijando en Marcelo una mirada escrutadora-no mientas. Esta noche, después que todos duerman, sube a mi cuarto. Te necesito y te espero. Te lo mando...

-Iré.

Y el joven confundióse en el grupo de trabajadores que regresaban a las chozas.

...un labrador como de veinticinco años (REF. Cronología: Edad de los personajes). Se introduce un nuevo personaje: enjuto y de semblante enfermizo [SEM. Enfermedad (V. Narr.: Marcelo)]. ...dejó caer el machete y se irguió con aire azorado. ... Juan es sumamente receptivo: se da cuenta, aunque nadie más lo nota, del cambio de expresión de Marcelo [SEM. Sensibilidad (V. Narr.: Juan del Salto)]. La actitud de Marcelo formula un enigma (HER. Enigma 8: Nerviosismo de Marcelo ante mención de complicidad). Juan, autoritariamente, ordena al joven que vaya a verlo y el muchacho, obediente, promete acudir [SEM. Paternalismo (V. J. del S.: Juan del Salto)]. Esta noche, después que todos duerman, sube a mi cuarto. ... (ACC. Obediencia:1: Recibir orden de confesar). Se menciona la hora del día (REF. Cronología. Tiempo de la escena). Los obreros terminan de trabajar cuando el sol se oculta. Las jornadas de trabajo de la novela reflejan las de la realidad histórica: de sol a sol (REF. Ley del trabajo). Se mencionan las casas de los campesinos con el nombre de chozas. Y el joven confundióse entre el grupo de trabajadores que regresaban a sus chozas. ... Ha terminado el trabajo del día (ACC. Inspección:2: Concluir la inspección).

(45) Voz: Narr.

A las diez de la noche, cuando todos dormían, Juan del Salto meditaba en su alcoba.

Sentado junto a una mesa en donde ardía un quinqué, con la frente apoyada en las manos y los codos en la mesa, permanecía abstraído, como si las alas del pensamiento, llevándole lejos, hubiéranle dejado allí inerte la estatua del cuerpo. En aquella actitud inmóvil descubríansele la estatura esbelta, el cuerpo delgado sin flaquencia, la frente espaciosa, la cabeza sufriendo ya la depilación de los años, la piel curtida por la acción solar, las manos furzudas y recias, desarrolladas en el ejercicio de las fuerzas, y los ojos, grandes, de penetrante mirada, velados con frecuencia por la melancolía. El semblante simpático, el ademán sereno, el carácter benévolo, el genial condescendiente y cariñoso no borraban aquella tristeza. Su mundo interno le enviaba al semblante reflejos de nostalgia, y como si las ideas dominantes hubieran hecho a su modo los rasgos exteriores, discurríanle por la faz secretos pesares y preocupaciones.

Aquella noche, cuando en todas las habitaciones del caserío se habían apagado las luces, él meditaba

Se marca el tiempo (REF. Cronología: Tiempo de la escena). Juan del Salto... permanecía abstraído. ... (ACC. Meditación:1(2): Pensar en el pasado). Está tan abstraído que el cuerpo parece inerte, como una estatua. Sin embargo, esta inercia es muy diferente a la de los campesinos, especialmente a la de Silvina de la que se ha dicho en repetidas ocasiones que está inerte. La inactividad física de Juan ocurre a una hora en la que la mayoría de la gente que lo rodea, duerme. El es más activo que los otros aun en este momento: piensa, cuando los demás están inconscientes [SEM. Actividad mental (V. Narr.: Juan del Salto)]. La descripción física de Juan tiene un tono romántico (REF. Romanticismo): es un hombre de edad madura (REF. Cronología: Edad de los personajes), pero buen mozo aún, cuyo físico refleja su honrada actuación y su alma: Juan es un ser superior [SEM. Superioridad (V. Narr.: Juan del Salto)].

(46) Voz: Narr.

En el paisaje, la noche repartía sus misterios. Las estrellas curioseaban los secretos de la tierra. Las brisas de suave frescor daban al contorno el

ambiente de una terma, cristalizando en menudas gotas las nocturnas humedades, fecundizando con granería brillante las recatadas nupcias de las plantas.

Era la hora del misterio: del descanso para unos seres, de la agitación y del amor para otros. El genio de las soledades recorría las frondas, besando la virgen florescencia y bañándose en perfumes. Los lepidópteros bullían en los campos, felices en las horas sin sol. Algunos penetrabaqn por la ventana, y revolando sin tacto chocaban rudamente con el cristal de la bombilla, mientras otros, deslumbrados, morían quemándose las alas. Los rumores del exterior flotaban en el ambiente con monotonía inacabable y disonancia casi melodiosa, dominando en el haz de ruidos la crepitación de las aguas despeñándose en el lecho del río.

La naturaleza está descrita en un estilo modernista: colorida, dinámica, idealizada, mágica: El genio de las soledades recorría las frondas, besando la virgen florescencia y bañándose en perfumes. Es una naturaleza siempre en movimiento [SEM. Dinamismo (V. Narr.: Naturaleza)]. El río es sonoro [SEM. Sonoridad (V. Narr.: Río)]. (REF. Literatura: Modernismo). El proceso de fecundación de las plantas se convierte en nupcias en *La charca* [SEM. Cumplimiento de la ley (V. Narr.: Plantas)]. Las plantas obedecen la "ley," están sometidas a un orden. Al contrario, la fecundación de los campesinos es un proceso al margen de la ley, producto del concubinato o del azar y la concupiscencia.

(47) Voz: Narr., Narr./J. del S.

Juan esperaba a Marcelo entrégandose a memorias amargas, a recuerdos gratos. Pensaba en el destino que cabría a sus esperanzas en el discurrir de los años, cuando ya los sufrimientos y el trabajo le encanecían. Recordaba los días juveniles, el opulento hogar de la infancia, deshecho por la adversidad. Entreveía el rico Ingenio de cañas dulces en que nació, sus primeros años, los paternos esfuerzos por cultivar su inteligencia, la residencia en Europa por algún tiempo, dedicado al estudio; su carrera, interrumpida más tarde, cuando la desgracia, empobreciéndoles, hizo necesario el regreso. Pensaba en aquel triste regreso, efémeride de tantos males íntimos; en el acerbo conjunto de desventuras que la ruina arrojó sobre la honrada familia; en la pobreza que vino luego y en la muerte, nunca bastante llorada, de sus padres. Luego, otra etapa; una serie de incesantes luchas para vencer la desgracia; los esfuerzos realizados en especulaciones

comerciales; el día en que el amor llamó a su pecho; la dulce esposa que eligió por compañera; la inolvidable felicidad del primer hijo; las alegrías del hogar ante la primera suma de dinero economizada; y después, en gradación metódica, la compra de una selva para el fomento del cafeto; las fatigosas tareas del cultivo; la muerte inopinada de la amable compañera; la partida del hijo, ya hombre, para emprender estudios profesionales en la capital de España; la devoción del trabajo a que se entregaba con fanatismo para elaborar un patrimonio que asegurara el porvenir de aquel hijo; y, al presente, su dolorosa soledad en espera paciente del porvenir, en espera de la realización de tantos ideales, en espera del ausente a cuyo calor anhelaba tranquilo y cómodo bienestar.

Juan del Salto, a través del narrador, cuenta su historia (REF. Cronología: Retrospección). Se detalla el origen del hacendado: su familia poseía un ingenio de cañas (REF. Elite azucarera), estudió en Europa (REF. Educación europea), la familia se arruinó y él, con muchos esfuerzos, fomento la hacienda cafetalera que posee en el presente del universo de la novela. La explicación de los pasos dados para fomentar el cafetal corresponden al proceso que, de acuerdo a los historiadores, seguían los hacendados criollos generalmente (REF. Fundación de haciendas cafetaleras). (1ra parte, Cap. III, p. 123). La biografía de Juan del Salto tiene mucho en común con la de Manuel Zeno Gandía: el origen de la familia, los estudios en Europa, la ruina familiar, la dedicación a la agricultura. El estilo de vida propuesto por el hacendado de la novela como ideal es muy parecido al que practicó Zeno durante toda su vida: fe absoluta en el progreso, devoción al trabajo y a la familia (1ra parte, Cap. II, pp. 104-106; Cap. III, pp. 126-128; 16-18; Cap. IV, primera parte, pp. 153-155; 159-160; 163-165). Cualquier criollo perteneciente a la élite podía identificarse con este personaje, a un nivel u otro.

(48) Voz: Narr., Narr./J .del S.

Toda la vida le desfilaba por la memoria en aquellas horas meditabundas. Era una obligación impuesta a la fantasía: todas las noches, al

acostarse, levantaba el vuelo ideal y recorría retrospectivos espacios. Ya en él las pasiones estaban frías, heridas por los sufrimientos, muertas por el predominio intelectual. Vivía para el trabajo, para espigar recuerdos, para alentar esperanzas, para amar al hijo ausente.

El tiempo regresa al presente, el narrador hace un resumen de la vida actual de Juan. Es la misma técnica utilizada cuando Silvina resume el ambiente de la novela (Nos. 9-11) y cuando el narrador cuenta la historia de la familia de Leandra y Silvina (Nos. 15-21): el personaje piensa en el pasado y al final de la restrospección la situación se resume describiendo sus sentimientos en el presente. Las pasiones han muerto ya para Juan del Salto. Su existencia está constituida totalmente de intelecto y amor filial y el trabajo es el eje de su vida. Su principal objetivo es hacer dinero para dejarlo a su hijo. La filosofía de vida de Juan del Salto responde a unos valores burgueses individualistas que priorizan el trabajo y la vida familiar: Vivía para el trabajo, para espigar recuerdos, para alentar esperanzas, para amar al hijo ausente (REF. Filosofía: Individualismo). Su aspiración para el futuro es amasar un capital para dejárselo a su hijo, que éste regrese de España y vivir tranquilo junto a él en su vejez. Vivía en espera paciente del porvenir, en espera de la realización de tantos ideales, en espera del ausenta a cuyo calor anhelaba tranquilo y cómodo bienestar. La idea de este personaje de lo que constituye una vida buena es, de acuerdo a lo expuesto por él en este pasaje, vivir una "buena vida."

(49) Voz: Narr., Narr./J. del S.

Aquellas abstracciones formaban para él una segunda vida, y, en ella, con frecuencia, una lucha formidable se entablaba. Los viajes y el estudio le habían enseñado a pensar, y su cultivada inteligencia lo había elevado sobre el montón social que veía en torno. Tuvo ojos para ver, y corazón para sentir protestando cien veces, en horas de ensimismamiento de las torcidas corrientes que arrastraban hombres y cosas, sentimientos y aspiraciones. ¡Cómo! ¿Era aquello un conjunto social? ¿Estaban aquellas clases reguladas por las leyes generales de la moral, de la justicia y del deber?

¿Las gentes que veía agrupadas en las estribaciones del monte, eran seres humanos o girones de vida lanzados al acaso? De este modo penetraba en honduras metafísicas, en problemas sociales.

Juan del Salto ha sido caracterizado como pragmático (No. 40) e individualista (No. 48), pero también se ha introducido otro aspecto de su personalidad: el idealismo (No. 36). Esta última faceta de su carácter lo lleva a preocuparse por la sociedad en que vive [SEM. Preocupación social (V. Narr.: Juan del Salto)]. De acuerdo al narrador, la educación superior del hacendado lo capacita para percibir las condiciones de aquella sociedad [SEM. Superioridad intelectual (V. Narr.: Juan del Salto]. Este concepto es importante para la ideología de la novela. Desde este punto de vista, para analizar los males que afectaban a Puerto Rico era necesario ser una persona educada: Los viajes y el estudio le habían enseñado a pensar. Quiere decir que los campesinos incultos están incapacitados para darse cuenta de los problemas sociales. Las preguntas que Juan del Salto se plantea a sí mismo introducen su tesis sobre las causas de los problemas sociales. Hasta este momento se ha hablado de casos individuales: Leandra, Gaspar, el hijo haragán del campesino, etc., o de un grupo específico: los trabajadores que no acuden a trabajar. Ahora el problema se generaliza al pueblo completo.

(50) Voz: Narr./J. del S.

El pasado, el presente, el porvenir del suelo nativo; las generaciones del futuro, engendradas en los remolinos insondables del presente; la lucha de una raza inerme impotente para levantar la cabeza y respirar ambientes de cultura, teniendo que hundirla en el pantano bajo la pesadumbre infinita de la ignorancia y de la enfermedad; y sobre la balumba de inmensas desventuras, la ley natural empujando brutalmente el conjunto y amasando con lágrimas, para esa raza, un porvenir enfermizo y una degeneración más honda todavía.

Desde el primer momento se plantea la desesperanza ante los problemas sociales. Se trata de una raza inerme,impotente [SEM. Impotencia (V. Narr./J. del S.: Pueblo)] cuyos males se deben a dos causas: la ignorancia (REF. Pedagogía: Tesis educativa) y la enfermedad (REF. Ciencia: Tesis biológica). La ley natural empujando brutalmente el conjunto... Es un pueblo condenado a la desgracia por leyes biológicas (REF. Determinismo científico).

(51) Voz: Narr./J. del S.

En las gentes de la montaña estudiaba Juan las convulsiones evolutivas de una raza. El se daba cuenta exacta de la situación que aquellas clases ocupaban en la colonia. Las veía descender por línea recta de mezclas étnicas cuyo producto en vez de resultar robusto, nacía contaminado de morbosa debilidad, de una debilidad invencible, de una debilidad que apoderándose de la especie le había dejado exangüe las arterias, sin fluido nervioso el cerebro, sin vigor el brazo,arrojándola como masa orgánica imposible para la plasmación de la vida, en el plano inclinado de la miseria, de la desmoralización y de la muerte civil.

En este párrafo Juan del Salto expone por primera vez, explícitamente, su tesis de que los males de Puerto Rico se deben a la degeneración biólogica del pueblo (REF. Ciencia: Tesis biológica). Esta degeneración ha sido producida por la mezcla de razas (REF. Antropología).

(52) Voz: Narr./J. del S.

Pensando en tales asuntos, era pesimista ¡Hermosos campos, brillante flora, soberbia fauna! ¿Y qué? Hollando tantos primores el pie descalso [sic] de un anémico incapaz de reacciones enérgicas e imposibilitado por falta de fuerzas vitales para ponderar lo que la naturaleza con tanta opulencia y generosidad creara.

La antítesis que ha aparecido anteriormente en forma implícita aparece ahora explícitamente. La naturaleza es fuerte y el campesino débil (SIM. Antítesis: Fortaleza/Debilidad) El campesino es caracterizado

despectivamente. Aquel infeliz anémico no merece aquella naturaleza. [SEM. Desprecio (V. Narr./J. del S.: Campesinos)].

(53) Voz: Narr./J. del S.

A veces pensaba en el alma...era que el dormido espíritu no agitaba a las gentes. Era cultura, mucha cultura, lo que faltaba; mover el manubrio de la ciencia, desparramar las semillas de la inteligencia; levantar sobre los eriales de la ignorancia los templos del saber. ¡Escuelas...escuelas! Entonces, pensaba que el problema era exclusivamente psicológico y considerándolo a través de ese prisma, removía en la imaginación leyes y procedimientos, con los cuales pudiera levantarse la infortunada plebe.

La segunda tesis para explicar los problemas sociales es la falta de educación (REF. Pedagogía: Tesis educativa). Se califica al pueblo en forma despectiva revestida de paternalismo: infortunada plebe [SEM. Desprecio (V. Narr./J. del S.: Pueblo)].

(54) Voz: Narr./J. del S.

Mas otras veces, sus ideas tomaban distinto rumbo. No, no era el espíritu...El contaminado, el raquítico, el deformado era el cuerpo. Se trataba de un asunto simplemente físico. Jamás sobre la desnuda piedra nació el rosal y jamás sobre el organismo degenerado y enfermo de una raza se produjo con todo su esplendor el foco de fecundas claridades de la civilización. Sobre un cuerpo agoviado [sic] no reacciona vida lozana. El estómago enfermo reparte mal las fuerzas; la irregularidad distributiva, desequilibra el cuerpo organizado; el desequilibrio, pasa incólume del individuo a la prole, de ésta a las generaciones futuras y de éstas, a la raza. Sí ¡El estómago desviado en su función primaria, engendra la enfermedad y la muerte de un pueblo...!

Regresa a la teoría biológica (REF. Ciencia: Tesis biológica).

(55) Voz: Narr.

Y, así, de hipótesis en hipótesis, a veces optimista, pesimista a veces, pasábase Juan largas horas hojeando las páginas de aquel libro viviente. Recorría la historia de la colonia; determinaba las causas iniciales; analizaba los paralelismos del estado político, del estado social, del estado económico; buscaba remedios para los daños, medfios para preparar el porvenir, recursos para conservar lo bueno y hoces para cercenar lo malo; y en toda

aquella ruda labor de su cerebro había un fondo de infinito amor filial, de cariño profundo por la bendita tierra nativa, por el providente suelo en que vivía, cuya felicidad era la suya y cuyo infortunio consideraba propio.

El narrador resume los pensamientos del hacendado que van desde la búsqueda de los orígenes del mal hasta sus soluciones. Se alude a la política (REF. Política) y a la economía (REF. Economía). El narrador explica las razones de Juan para pasar largas horas pensando en la sociedad puertorriqueña: un fondo de infinito amor filial, de cariño profundo por la bendita tierra nativa, por el providente suelo en que vivía, cuya felicidad era la suya y cuyo infortunio consideraba propio. ¿Por quién siente Juan del Salto amor filial, por los seres humanos que componen el pueblo o por la tierra nativa, por el providente suelo? El amor filial parece referirse a la tierra. De acuerdo a las calificaciones que el hacendado ha aplicado al pueblo, nunca se referiría a él manifestando sentimientos de hijo; a la tierra sí. La naturaleza es majestuosa, dinámica, fecunda, digna de sagrado respeto como lo sería una madre o un padre. El amor de Juan del Salto está dirigido al suelo productor de café.

(56) Voz: Narr./J. del S.

Mas otras veces la lucha tomaba distinto aspecto. No eran ahora dos tesis las que chocaban en la abstracción de ideas: eran dos procedimientos, dos sistemas personales,los que pugnaban por escalar el pedestal de lo justo. Ante los males colectivos ¿qué debían hacer los hombres de espíritu cultivado? ¿qué debían hacer aquellos que con claridad de juicio reconocían la existencia del mal?

La meditación de Juan comienza con la voz del narrador diciendo que la alta educación del hacendado le permitía darse cuenta de los problemas que afectaban a Puerto Rico y aparecen una serie de preguntas que plantean el problema (No. 49). Ahora, después de exponer sus teorías, Juan del Salto se pregunta qué debían hacer los hombres de espíritu cultivado... ...que

reconocían la existencia del mal. El hacendado forma parte del patriciado criollo, el grupo socialmente hegemónico en aquella sociedad. En la sociedad histórica, hombres pertenecientes a la clase social de donde proviene este personaje constituyeron la mayoría del liderazgo de las luchas de independencia en América Latina. Juan del Salto siente que es responsable de los destinos del país en que nació, pero es incapaz de consagrarse por completo a cumplir con su deber patriótico.

(57) Voz: Narr./J. del S.

Y entonces los dos sistemas forcejeaban en brutal pugilato. De un lado, el ideal: suprimir la propia personalidad; entregarse al análisis; buscar los bálsamos; clamar por el bien de todos; impulsar la ola política para escalar la orilla filosófica y fecundar la margen social; producir el campaneo de la publicidad, vociferar el dolor sentido para que lo conozca la sabiduría del siglo; llegar, si fuese necesario, al sacrificio personal ante el ara santa del bien de todos, ante el altar de la madre tierra en que se nace. De otro lado, lo práctico; pasar indiferentes; mirar o no mirar; volver la cara siempre; aplicarse al bien propio; ser epícureo; puesto que la vida necesita de pan, cuidar con esmero que las inclemencias externas no apaguen la hornada; puesto que el espíritu tiene aspiraciones, entregarse al águila que a ellas con más rapidez conduzca; puesto que el sacrificio por los demás lleva consigo el suplicio propio, el abandono en el dolor, el hambre para los hijos, el olvido del bien realizado y es, a la vez, viento huracanado que desparrama simientes de ingratitud y de perfidia; puesto que tan profunda perturbación de la vida íntima viene como corolario del redentorismo...¡impere norabuena el adusto dios del egoísmo; guárdese silencio y déjese al miasma que trabaje incansable aumentando con venenosos sedimentos la inmensa charca de la podredumbre social!

Esta meditación de Juan del Salto devela el significado de su nombre (SIM. Indecisión). De un lado el pragmatismo: sembrar mucho café para obtener grandes ganancias, del otro el idealismo: cumplir con el deber patriótico. Cuando la balanza interna del hacendado se inclina hacia los ideales, su propósito es reformista (REF. Política: Reformismo), pero llega a sugerir la lucha armada. Debería: impulsar la ola política para escalar la orilla filosófica y fecundar la margen social; producir el campaneo de la

publicidad, vociferar el dolor sentido para que lo conozca la sabiduría del siglo..., pero si estas medidas no bastaran debería llegar, si fuese necesario, al sacrificio personal ante el ara santa del bien de todos, ante el altar de la madre tierra en que se nace. (REF. Política). La revolución es contemplada como una alternativa con la que juega en sus momentos idealistas. Lo que impide a Juan del Salto inmiscuirse en la lucha, tanto política como armada, es su individualismo. Estima que el sacrificio por los demás sería inútil, ya que siempre sería mal recompensado con la ingratitud y la perfidia. La conclusión de este razonamiento es que no vale la pena sacrificarse porque, a nivel personal, no obtendrá ningún beneficio, ni material, ni espiritual:

> ...el sacrificio por los demás, lleva consigo el suplicio propio, el abandono en el dolor, el hambre para los hijos, el olvido del bien realizado y es, a la vez, viento huracanado que desparrama simientes de ingratitud y perfidia; puesto que tan profunda perturbación de la vida íntima viene como corolario del redentorismo...

Las intenciones de hacer algo por el bien de los demás ceden ante la filosofía individualista del hacendado. No va a dedicarse a una labor verdaderamente patriótica quien espere recompensas personales. En el pensamiento de Juan del Salto hay culpabilidad por no cumplir con el deber, pero no hay cabida para la satisfacción del deber cumplido, a nivel colectivo, sin esperar más nada. El término redentorismo minimiza el mérito del sacrificio patriótico, remite al viejo refrán utilizado cuando se quiere expresar la inutilidad de un sacrificio: "El que se mete a redentor, sale crucificado" (REF. Sabiduría popular) El enigma No.1 es contestado: la "podredumbre" que afecta a aquel pueblo lo convierte en una inmensa charca [HER. Enigma 1(No.1)].

(58) Voz: Narr./J. del S.

Juan iba como una pelota de uno a otro sistema. En algunas ocasiones, el ideal le poseía y era presa de una convulsión momentánea traducida por esfuerzos de propaganda, por consejos a los proletarios, por metodismos impuestos a su vida campesina. Pero en otros días caía en el desaliento: él solo no conseguiría nada y luego, su misión en la montaña era exclusivamente práctica...Su hijo, su hijo amado, debía llenar su corazón y su cabeza.¿Qué le importaban a él las especulaciones filosóficas? Café, mucho café para convertirlo en oro y después, el oro acumulado, sembrarlo a manos llenas en los senderos por donde había de transitar aquel hijo, imagen pura en el altar de su cariño.

Ya planteados los dos sistemas entre los que Juan del Salto se debate, (No. 57) la voz del narrador y el hacendado, unidas, explica cuál es su forma de actuar según priorice, en un momento dado, uno u otro sistema. Cuando el hacendado lleva a la acción su idealismo, lo canaliza a través del reformismo: consejos a los proletarios. Los consejos de Juan del Salto reflejan los que el autonomismo puertorriqueño de la sociedad histórica daba al campesinado para mejorar su miserable vida: buena conducta, ahorro y moderación [REF. Liberalismo). Recuérdense las arengas de Rosendo Matienzo Cintrón en 1897 (1ra parte, Cap. IV, segunda parte, pp. 240-241).

(59) Voz: Narr./J. del S.

Tantas veces rebotó la pelota entre lo práctico y lo ideal, y volvió de lo ideal a lo práctico, que al fin llegó Juan a reírse de sí mismo, haciéndose su propia crítica como si hubiera tenido por dentro un Voltaire burlándose de sus dudas. ¡Bah!..., todo aquel mundo humano que desde el balcón de su casa de campo descubría, no era más que un inmenso hospital. Los individuos y las familias arrastraban por las cuestas la cadena de las dolencias físicas. No había en ellos ritmo fisiológico, y así como en el febricitante que delira se desarrollan el ímpetu y la fuerza, en ellos, de su vida sin nutrición, relampagueaba la relativa fuerza que los conducía al trabajo.

La referencia de Juan del Salto a Voltaire (REF. Literatura) [SEM. Educación europea (V. Narr./J. del S.: Juan del Salto)] indica, una vez más, su esmerada educación. Ahora, la conclusión del hacendado es que aquel es un pueblo enfermo. Su problema es físico; por lo tanto, sería inútil el

sacrificio de un un hombre educado como él. [SEM. Enfermedad (V. Narr./J. del S.: Pueblo)]. Paradójicamente, en el razonamiento final de Juan para lo único que sirve aquel conjunto de seres, aunque estén enfermos, es para trabajar. De esta manera, el hacendado justifica sus exigencias a los campesinos de constancia y eficiencia en el trabajo: con la hipótesis de que son un conjunto de seres moribundos. Racionaliza su verdadera motivación: la necesidad imperiosa que tiene de empleados. En su razonamiento, su afán de sembrar café y el bien común se concilian. (REF. Cod. Social: Escasez de mano de obra).

(60) Voz: Narr./J.delS.:

El hambre imperaba con hipocresía mefistofélica y la vida apenas si alentaba de la misérrima limosna de un banano. Sí, aquello era una tumba de vivos. El glóbulo rojo, combatido por la sangre blanca, había huido para siempre de aquella gran masa de pálidos. Era una muchedumbre de contornos inciertos, borrosos, indecisos... Un haz de retorcidos sarmientos en que vicios y virtudes se enredeban, se enmarañaban de tal suerte, que siguiendo el sarmiento de una noble cualidad, se llegaba al vicio; y sacudiendo el de un defecto, se llegaba a la virtud. ¡Ah!...¿cómo definirlos? En sus chozas les azotaba la intemperie; en la blandura ambiente ocultábase traicionera la cálida humedad de las noches; en el ardor diurno, el ascua solar carbonizaba con fuego sordo los organismos. Todo parecía empujarles, destruirles... Sí a muerte; condenados a la extinción y a la muerte; raza inerme que sucumbe bajo la acción selectiva de la especie; gigantesco estómago que perece exhausto, atónico, sin nutrición, sin vida...

El hambre imperaba... [SEM. Miseria (V. Narr./J. del S.: Pueblo)]; sin embargo los propietarios están necesitados constantemente de trabajadores ¿Por qué hay hambre? Porque los campesinos no trabajan. Se repiten, una vez más, una serie de características que connotan la enfermedad innata de aquella gente [SEM. Deficiencia biológica (V.Narr./J. del S.: Pueblo)]. La descripción connota desprecio: tumba de vivos..., gran masa de pálidos..., muchedumbre de contornos inciertos, borrosos, indecisos..., haz de retorcidos

sarmientos..., raza inerme... [SEM. Desprecio: (V. Narr./J. del S.: Pueblo)]. Lo que indican las interrogaciones que se hace Juan del Salto sobre el campesinado, su falta de conocimiento de las razones que tienen los jíbaros para actuar de la forma que lo hacen, es la enorme separación entre las clases sociales que había tenido lugar para aquella época (REF. Cod. Social: Distintos códigos culturales) (1ra. parte, Cap. IV, segunda parte, pp. 215-216).

Raza inerme que sucumbe bajo la acción selectiva de la especie... De acuerdo a Juan del Salto aquel pueblo, deficiente biológicamente, está condenado a perecer debido a leyes inexorables de evolución (REF. Ciencia: Ley de evolución) agravadas por las condiciones climatológicas: el trópico es insalubre. Detrás de esta afirmación están las teorías sobre determinismo geográfico que tan útiles resultaron a los colonialistas a partir del siglo XVIII (REF. Antropología). Zeno estaba al tanto de estas teorías. Había escrito en 1873 un libro titulado *La influencia del clima en las enfermedades del hombre.* Sin embargo, el factor climatológico como determinante de la inferioridad del pueblo, es mencionado en muy pocas ocasiones en la novela. Los aspectos que se destacan de la naturaleza, como hemos visto y veremos a lo largo del texto, son su belleza, hospitalidad y, sobre todo, su fecundidad. Cuando se comparan campesino y naturaleza es para elogiar a la naturaleza y denigrar al campesino:

> Hollando tantos primores el pie descalso [sic] de un anémico incapaz de reacciones enérgicas e imposibilitado por falta de fuerzas vitales para ponderar lo que la naturaleza con tanta opulencia y generosidad creara (no. 52).

(61) Voz: Narr./J. del S.

Juan encogíase de hombros fingiendo indiferencia...¿Qué le importaban a él tantos dolores? Aquel mal era la cordillera, él era el átomo. Nadie le escuchaba, nadie le entendía y el hondo infortunio que le rodeaba parecía

amenazarle con su contacto, para destruir a su fortaleza y borrar de su espíritu la noción del bien.

Y él, el mismo Juan del Salto, que se nutría, que se rodeaba de holguras y tenía presentes en sus metodismos los consejos de la higiene, acababa con frecuencia por creerse también enfermo; considerándose atacado de una neuropatía reflexiva que en materias filosóficosociales no le dejaban atinar con las soluciones justas.

La conclusión de Juan es que él solo no puede hacer nada para remediar aquel enorme problema [SEM. Impotencia: (V. Narr./Juan del Salto)] y que su indecisión se debe a una neuropatía reflexiva provocada por su contacto con el pueblo. La causa de que él no pueda encontrar la solución correcta a los problemas que se plantea es achacada también al pueblo: él está exonerado de responsabilidad.

(62) Voz: Narr./J. del S.

Entregado a meditaciones de tal linaje, esperaba a Marcelo. La noche deslizaba lentamente con la precisión matemática de su eterno ciclo, a compás de sus rumores peculiares e iluminada por indecisa luz descendida desde el azul con la tenuidad de un beso tímido y con el misterio de un amor furtivo. Algunas luciérnagas trazaban en el vacío los zig-zag de su vuelo luminoso o determinaban, deteniéndose en los arbustos, puntos brillantes que parecían ojuelos de hadas o lentejuelas adornando las vestiduras de la tierra. La naturaleza dormitaba entregada a sí misma sin que en el volteo de sus horas recibiera impulso de la mano del hombre. Y sola, moviéndose bajo el empuje del divino soplo, reinaba magnífica, sorprendente, como soberana del mundo, como hija de la eternidad, como madre bienhechora de los humanos destinos. En tanto, Juan esperaba...

La noche deslizaba lentamente... (REF. Cronología: Tiempo de la escena). La descripción de estilo modernista de la naturaleza marca una pausa en el texto entre las teorías de Juan del Salto sobre el pueblo y la historia del crimen que contará Marcelo. (REF. Literatura: Modernismo). La naturaleza está descrita por medio de una gradación que la califica de ordenada: ...la precisión matemática de su eterno ciclo; delicada: ...con la tenuidad de un beso tímido y con el misterio de un amor furtivo; mágica:

...puntos brillantes que parecían ojuelos de hadas o lentejuelas adornando las vestiduras de la tierra; sagrada: la noche se mueve bajo el empuje del divino soplo. Es reina del mundo, hija de la eternidad y madre bienehechora de los humanos destinos. Finalmente, la valoración de la naturaleza es utilitarista. La caracterización que más fuerza tiene en este pasaje, porque lo cierra, es la de madre bienehechora de los humanos destinos y el mayor bien que produce la naturaleza en el universo de *La charca* , es el café. [SEM. Utilitarismo (V. Narr.: Naturaleza)]. En tanto, Juan esperaba. ... (ACC. Meditación:2(2): Volver a la realidad).

(63) Voz: Narr., J. del S.

Al fin, la puerta crujió y apareció entre los batientes la figura macilenta de Marcelo.

-Siéntate-dijo Juan indicándole una silla,- y prepárate a ser franco.

En el semblante del joven duraba todavía la emoción de la tarde. Su color mate habitual y sus anchas ojeras eran más intensas, como si un susto no desvanecido o un pánico insensato le dominara.

-Sí, sé franco; no debes ocultarme la verdad-continuó el propietario-.

...[A]pareció la figura macilenta de Marcelo. ... (ACC. Obediencia:2: Presentarse a confesar). La figura de Marcelo refleja su mal estado de salud [SEM. Enfermedad (V. Narr.: Marcelo)]. Juan lo trata con tono de padre autoritario [SEM. Paternalismo (V. J. del S.: Juan del Salto)].

(64) Voz: J. del S., Narr., Marc.

Esta tarde, hablando de generalidades, aludí al crimen; tú palideciste y temblaste. Yo decía que prestáis frecuentemente con vuestro silencio complicidad a las malas acciones, y al indicar que seríais acaso capaces de presenciar un crimen y no ayudar después a la justicia en su pesquisa, temblaste.

Mira: ahora mismo tiemblas. ¿Por qué te produjeron tan honda impresión mis palabras?

-Es que...

-Marcelo: tú has presenciado un crimen.

-¡Yo!...

-Tú has sido testigo de un crimen y has callado.

-Pero...

-Ya te he dicho que es inútil el disimulo. Soy hombre experto; sé leer en el semblante de los demás. Tú sabes, tú tienes noticias de un crimen y no debes ocultármelo. Mi objeto, al indagarlo, no es otro que salvarte, si aún es tiempo, desviándote de la mala senda. No presumas que trato de venderte o de entregarte a la justicia...

-No...yo no soy criminal, Don Juan..-...mi intento es caritativo para ti mismo. No soy juez ni policía; puedo ser tu amigo como lo soy siempre de mis buenos obreros. El interés que la situación de tu ánimo me inspira, obedece a que siempre te he considerado un hombre honrado, un trabajador sin vicios, un elemento utlísimo en mi finca. Sí, más útil y más formal que tu hermano Ciro.

-¡Oh!, gracias, gracias.

-Habla, pues. Hay en tu corazón un peso que debes aligerar. Sé franco; anda sé franco.

Juan del Salto repite las palabras de la escena de horas antes (REF. Cronología: Retrospección). Es una información redundante: el lector ya ha sido informado de lo que aquí se dice. El propósito de la repetición es dar verosimilitud a la conversación, hacerla parecer "real." El pasaje está marcado por el tono paternalista con resonancias de sacerdocio en que Juan se dirige a Marcelo. El hacendado repite al campesino tres veces: sé franco y una vez le dice: tienes que ser franco, que significa lo mismo, quiere decir que se lo repite 4 veces, y al final le dice: Hay en tu corazón un peso que debes aligerar. Son las palabras que diría un sacerdote al feligrés que viene a confesarse. Juan quiere ayudar al campesino porque siempre es amigo de

sus buenos obreros. La situación de Marcelo le interesa porque lo considera un hombre honrado, un trabajador sin vicios, [SEM. Laboriosidad (V. J. del S.: Marcelo)] un elemento utílisimo en mi finca. El hacendado está interesado en el obrero útil [SEM. Utilitarismo (V. J. del S.: Marcelo)]. La utilidad de Marcelo lo hace merecedor de la ayuda del hacendado, no su condición de ser humano.

(65) Voz: Marc., J. del. S.

-Pues bien, Don Juan: es cierto. Yo he presenciado una cosa horrible. Sí..., yo soy muy cobarde, lo reconozco. Me infunde miedo la soledad, me asusta caminar por lugares solitarios y la idea del crimen me aterroriza.

-¿Has pensado en él?

-Sí; he soñado muchas veces que me mataban o que yo mataba a otro; y tanto miedo me han infundido esos sueños, que cuando veo un arma de fuego siento frío y experimento un mareo inexplicable al contemplar un cuchillo de monte o un puñal.

-¡Vamos..., los nervios: eres pusilánime y no estás hecho para el mal.

La caracterización que el joven hace de sí mismo: apocado, cobarde, su pánico ante la idea del crimen [SEM. Miedo (V. Marc.: Marcelo)] y los sueños que cuenta, indican el crimen que cometerá (SIM: Onirismo).

(66) Voz: Marc., J. del S.

-Pero desde que vi...lo que vi, casi no duermo, y cuando al fin me rindo, me asaltan pesadillas atroces.

-Sepamos lo que viste. Refiéremelo todo, sin omitir un detalle.

-Escuche Ud.:

Marcelo anuncia que la historia va a retroceder. Al joven le cuesta trabajo comenzar el cuento debido a su carácter pusilánime y al miedo que le

produce el recuerdo de lo que va a contar. [SEM. Pusilanimidad (V. Marc.: Marcelo)].

(67) Voz: Narr., Narr./Marc.

Y Marcelo, con acento emocionado, refirió una historia lúgubre. Tiempo atrás residía en la finca de Galante y le habían designado como habitación para él y su hermano Ciro, una choza situada en lo alto de un cerro. Para llegar a ella era necesario descender una vertiente, vadear saltando de piedra en piedra el río y subir después el empinado cerro. El camino era estrecho, y con frecuencia interrumpido por escalones formados por el pie de los caminantes en el terreno barroso del monte. Espesos bosques cubrían las veredas y casi podía afirmarse que el sol no bañaba nunca con rayos directos aquellos lugares.

En otra choza, aún más elevada que la de Marcelo, vivía Ginés: un pequeño propietario cuyos terrenos colindaban con los de Galante. Ginés, que era joven, vivía con Aurelia, su esposa, una de las campesinas más bellas de la comarca. Marcelo, cuando terminaba la labor del día, acostumbraba comer en la choza de algún amigo, puesto que en la suya no había mujer que se encargase de las faenas domésticas; y Ciro, por su parte, hacía lo mismo. Entrada la noche, se reunían los hermanos en la vivienda del cerro donde dormían.

Y Marcelo.... refirió una historia lúgubre. ... (ACC. Historia:1: Contar un crimen presenciado). El narrador introduce la historia de Marcelo que habla con acento emocionado. Esta aclaración, desde el punto de vista de la construcción de la obra, es un recurso utilizado para explicar el tono emotivo que tendrá el cuento de Marcelo. Desde el punto de vista ideológico, la forma en que se narra la historia sirve para captar las simpatías del lector hacia el lado que el autor quiere. A partir de la segunda oración Marcelo habla del pasado (REF. Cronología: Retrospección) a través del narrador. Describe el ambiente en que se va a desarrollar la historia: su casa y la de Ginés, la situación personal de ambos y la posición social que ostentan. El estaba agregado en la finca de Galante (REF. Cod. Social) (1ra parte, Cap. III, p. 119) y Ginés era un pequeño propietario cuyos terrenos colindaban con los del

malvado cafetalero. La información sobre la localización de la propiedad de Ginés es clave para el motivo del crimen.

Las casas de ambos hombres son mencionadas como chozas, el término más neutral que ha aparecido hasta este momento en el texto para designar la vivienda campesina. El día de lluvia, la oscuridad producida por la espesura del bosque, que no deja pasar el sol, crean un ambiente de tono romántico propicio para los hechos que se narrarrán a continuación (REF. Literatura: Romanticismo). La esposa de Ginés es descrita como una de las campesinas más bellas de la comarca [SEM. Belleza (V. Narr./Marc.: Aurelia). Aunque es parte del campesinado de la zona, como Leandra y Silvina, no se le aplican ninguno de los epítetos (anémica, pálida de la montaña, etc.) que encontramos la mayoría de las veces al referirse a los campesinos.

(68) Voz: Narr./Marc.

Una noche, que siguió a un día de (sic) muy lluvioso, regresaba Marcelo a su casita. La humedad de la vereda le hacía resbalar a cada instante y al chocar con los arbustos, caían sobre él gotas de agua retenidas durante la lluvia en el follaje. Llegó al río y cuando lo vadeaba, oyó rumor de pasos. Se detuvo, y llevado de su natural pusilánime, se escondió acurrucándose detrás de un arbusto. La noche era muy obscura, pero el fulgor de las estrellas filtraba a través del follaje algunos rayos pálidos. Entonces, por la vereda de la vertiente, Marcelo vio aparecer un hombre. Sin embargo de la tenuidad de la luz, le reconoció: era Galante y llevaba una cuerda muy delgada en la mano. El joven tuvo miedo y tembló en su escondite. Había oído decir que Galante era hombre temible y le rodeaba la fama de hechos sospechosos. ¿Qué hacía Galante en aquel lugar y en hora tan desusada? ¿Por qué dejaba la comodidad de su vivienda para rodar en noche tan obscura, por los montes?

...regresaba Marcelo a su casita. La vivienda de Marcelo es ahora denominada casita, diminutivo que connota cariño, muy alejado del término despectivo, casucha, aplicado a la casa de Leandra [SEM. Cariño (V. Narr.: Marcelo)]. Marcelo, enfermo y falta de energías, vive con su hermano Ciro,

disipado, aficionado al juego y al alcohol. No hay una mujer que se encargue de los quehaceres de la casa, pero Marcelo vive en una casita; en cambio Leandra, que es muy activa y aparece lavando ropa varias veces durante la novela, vive en una casucha y duerme en un camastro lleno de trapos sucios. En este texto, casita y casucha no están calificando la casa, sino a sus habitantes: un obrero útil como Marcelo vive en una casita; una mujer promiscua como Leandra vive en una casucha.

Marcelo oye unos pasos y se esconde (ACC. Escondite:1: Esconderse por temor). La justificación para que Marcelo se esconda ha sido dada anteriormente: su temor irracional a todo [SEM. Miedo (V. Narr.: Marcelo)]. A Galante le rodeaba la fama de hechos sospechos, lo que indica que se trata de un delincuente [(SEM. Delincuencia (V. Narr./Marc.: Galante)]. Las preguntas que se hace Marcelo a sí mismo contribuyen a crear suspenso y la sensación de que el tiempo pasaba lentamente.

(69) Voz: Narr./Marc.

Marcelo esperó receloso mientras Galante, pasando en río en pocos saltos, comenzó a repechar por la vereda del lado opuesto. No bien hubo dado algunos pasos, se detuvo. Palpó en el suelo como quien busca algún objeto y levantose luego con una piedra angulosa y grande en las manos. Entonces hizo algo que Marcelo no pudo distinguir, y el joven vio que Galante, dejando de nuevo en el suelo la piedra, trepó a un árbol de poca elevación pero muy copudo, por debajo del cual pasaba la vereda. La escena sobrecogía a Marcelo de espanto. ¡Galante, el rico propietario, subido a un árbol en una noche obscura y medrosa! ¿Qué significaba aquello?

Galante sube a un árbol con un propósito que Marcelo ignora (ACC. Escondite:1(2): Esconderse para matar). De nuevo, la conversación de Marcelo consigo mismo prolonga y aumenta el suspenso. Estas preguntas dan al relato un tono de episodio de folletín.

(70) Voz: Narr./Marc.

Galante cabalgó en una de las ramas del árbol y Marcelo pudo ver que desde el suelo se elevaba la piedra como por arte mágico. Era indudable que Galante la había atado fuertemente a uno de los extremos de la cuerda, y que en aquel momento la izaba hasta él.

El estilo en que se narra cómo Marcelo averigua lo que Galante pretende hacer en el árbol trata de mantener en suspenso al lector : Marcelo pudo ver que desde el suelo se elevaba la piedra como por arte mágico.

(71) Voz: Narr./Marc.

Después pasó mucho tiempo: Galante en el árbol y Marcelo tiritando de miedo en su escondite. De pronto, oyóse un rumor como de pasos que huellan malezas y escuchose una voz fresca y armoniosa que entonaba una canción. Era Ginés, que habiendo terminado tarde su faena en las máquinas de Juan del Salto, regresaba a su hogar.

Ginés era un obrero de Juan del Salto. Anteriormente se ha informado que era un pequeño propietario. Este personaje representa el sector del campesinado de la sociedad histórica que fue capaz de mantener sus propiedades ante la avalancha de la nueva economía. Muchas veces estos cosecheros, después de terminar el trabajo de su propia cosecha, suplementaban su economía trabajando en una hacienda ajena. (REF. Cod. Social) (1ra parte, Cap. III, p. 122). Ginés poseía una voz fresca y armoniosa y entonaba una canción [SEM. Musicalidad (V.Nar./Marc.: Ginés)] No hay indicios en la obra de que el trasfondo social y educativo de este campesino difiriera del de los obreros de Juan del Salto que cantaban coplas monótonas (No. 33). ¿Por qué es descrito su canto en forma tan positiva cuando se describió el del grupo anterior tan negativamente? La respuesta está en la oración que aparece en la novela después de la alabanza a su canto: la condición de buen obrero, trabajador de la hacienda de Juan del Salto,

dignifica la totalidad de Ginés como ser humano. Un buen obrero no canta coplas monótonas, sino canciones con voz melodiosa. El lenguaje usado para describir la casa de Ginés ha ido ascendiendo en elegancia: primero fue la choza, después la casita; ahora, cuando regresa de trabajar con Juan del Salto, va llegando a su hogar. El hecho de que Ginés sea un obrero altamente apreciado por el hacendado ha dignificado también el lenguaje usado para designar la casa.

(72) Voz: Narr./Marc.

En lo alto del cerro estaba su casita y en ella esperaba Aurelia, humeante ya la cena, la vuelta del esposo. La canción de Ginés, se desdoblaba, en el monte, en cien resonancias; brotaba alegre, festiva, sonora y la repetían las concavidades de la montaña, meláncólica, triste, indecisa...

Esta descripción muestra una escena idílica, sobre todo si la comparamos con la casa de Leandra. La comida que Aurelia ha preparado es una humeante cena, frase que connota alimento apetitoso, bien preparado [SEM. Comida apetecible (V.Nar./Marc.)]; sin embargo, nuevamente debemos anotar que esta mujer proviene del mismo medio que el resto de los campesinos que aparecen en la novela y la comida que preparan todos ellos se ha calificado de detestable. No se trata de que Aurelia y Ginés tengan mayores recursos económicos porque Ginés trabaja asiduamente. Ya veremos en el Capítulo X cómo se describe de la misma forma despectiva que vimos anteriormente (No. 17), una opípara cena en casa de Leandra. La comida de Aurelia es diferente porque su marido es un buen obrero.

(73) Voz: Narr./Marc.

Marcelo vio que Ginés pasó el río y comenzó a subir a saltos el repecho. En uno de los saltos, llegó al árbol en donde estaba Galante, lugar por donde forzosamente debía pasar. Entonces, desde las ramas del árbol, Galante soltó la piedra...Ginés, horriblemente herido, lanzó un grito y cayó atravesado

en la vereda. Estaba muerto. Galante descendió del árbol, reconoció el cadáver, lo arrastró por los pies y llevándole al borde de un barranco, le precipitó en una sima. Marcelo, atónito de horror, vio luego que Galante desanudó la piedra homicida, y retrocediendo por el mismo camino por donde había llegado, se perdió en la obscuridad del bosque.

Galante descendió del árbol. ... (ACC. Escondite:2(2): Marcharse después de matar). El enigma No.8 queda resuelto [HER. Enigma 8 (No.44)]. (ACC. Escondite:2: Concluir la observación del crimen).

(74) Voz: Narr., Narr./J. del S.

Durante el relato, Juan del Salto dominó cien veces la ola de la indignación. Ginés fue un obrero modelo. En sus máquinas, en los establecimientos de su finca, trabajó durante mucho tiempo con inteligencia y honradez inolvidables. El día que se le encontró muerto en un barranco, todo el mundo supuso la muerte debida a un accidente casual. No pudo estar ebrio porque no bebía, pero no era imposible que en noches obscuras y caminos resbaladizos, el más experimentado diese un traspiés.

El relato regresa al presente y Juan del Salto caracteriza a Ginés de manera funcional. La primera oración en que el hacendado habla del campesino muerto dice: Ginés fue un obrero modelo. [SEM. Laboriosidad (V. Narr./J. del S.: Ginés)]. Su muerte lo indigna porque ha perdido un buen trabajador. No se menciona ningún otro aspecto de Ginés. Se aclara que no bebía [SEM. Sobriedad (V. Narr./J. del S.: Ginés)]. El narrador y el hacendado comparten la misma opinión respecto al campesino asesinado.

(75) Voz: Narr.

Aurelia, aquella noche, había oído su voz y distinguido su canción; y Aurelia nada sospechó. El cadáver fue conducido al cercano pueblo y la autopsia fue practicada por el Dr. Pintado; resultando de ella que una monstruosa fractura de los huesos de la bóveda craneana, con pérdida de substancia cerebral y conmoción y contusión del gran centro, había producido la muerte. Se tuvo por seguro que al declive cayó de cabeza sobre un montón pedregoso. Después, nadie se acordó de Ginés.

Después, nadie se acordó de Ginés. ... (ACC. Historia:2: Terminar de contar el crimen). El relato regresa al pasado para narrar la conclusión del episodio (REF. Cronología: Retrospección). Se introduce el nombre del doctor Pintado, personaje que aparecerá más tarde en los Capítulos VII y IX. La prolija explicación del resultado de la autopsia corresponde a una descripción naturalista (REF. Literatura: Naturalismo).

(76) Voz: Narr., Narr./J. del S.

Juan reaccionaba después del relato irritado ante tanta infamia. Se asomó a la ventana y buscó en la sombra el lampo donde estaba emplazada la finca de Galante. En frente, en la vecina montaña, se desvanecía aquel predio en las negruras de la noche. Allí estaba, amplio riquiísimo, cuajando ya los suculentos granos productores de óptima riqueza. Todos los años, en la época de la recolección manaba de allí un río de oro.

El relato regresa al presente (REF. Cronología: Tiempo de la escena). El narrador describe la reacción de Juan hasta la oración que termina: en las negruras de la noche. De ahí en adelante es la voz de Juan la que habla a través del narrador. El cafetal de Galante produce mucho dinero [SEM. Riqueza (V. Narr./J. del S.: Galante)].

(76) Voz: Narr., Narr./J. del S.

Juan reaccionaba después del relato irritado ante tanta infamia. Se asomó a la ventana y buscó en la sombra el lampo donde estaba emplazada la finca de Galante. En frente, en la vecina montaña, se desvanecía aquel predio en las negruras de la noche. Allí estaba, amplio riquiísimo, cuajando ya los suculentos granos productores de óptima riqueza. Todos los años, en la época de la recolección manaba de allí un río de oro.

El relato regresa al presente (REF. Cronología: Tiempo de la escena). El narrador describe la reacción de Juan hasta la oración que termina: en las negruras de la noche. De ahí en adelante es la voz de Juan la que habla a

través del narrador. El cafetal de Galante produce mucho dinero [SEM. Riqueza (V. Narr./J. del S.: Galante)].

(77) Voz: J. del S.

-¡Miserable!-exclamó Juan, cerrando los puños y amenazando el vacío-. ¡Vas a tu fin sin detenerte en los medios! Quisiste riqueza y la has logrado. Llegaste pordiosero a la comarca, pusiste en ella tu pie de tigre, y sobre la trampa y el despojo has edificado una fortuna. ¡Miserable...,miserable! Jamás tuviste conciencia; jamás un impulso honrado guió tus pasos. Oro, siempre oro fue tu religión, y en cambio sólo diste perversidad e ingratitud. Por ahí, por esos montes que para ti florecen, rueda el odioso ejemplo de tu disipación, contaminando las gentes que te rodean. Por ahí rueda, insaciable, el ansia concupiscente que te devora, la ambición desatentada que te esclaviza, el cínico descaro que te alienta y la astuta hipocresía que te encubre. ¡Gran hombre eres tú, gran hombre!

La descripción que hace Juan del Salto de Galante concuerda con la de Silvina (No.6) y con la del narrador (No.12). Los tres toman la misma posición. El narrador ha comparado a Galante con un buitre, ahora Juan del Salto lo compara con un tigre (SIM. Metáfora: Maldad). Galante posee una ambición desenfrenada [SEM. Ambición (V. J. del S.: Galante)]. La procedencia del malvado dueño del cafetal es turbia, no se conoce su origen [SEM. Bastardo (V. J. del S.: Galante)].

(78) Voz: J. del S.

Todas las haciendas peligran ante tus cálculos; todas las vidas, ante tus caprichos; todas las honras, ante tus apetitos. ¡Qué ejemplo, qué horrible ejemplo! ¡Regular las clases, mejorar el estado social desviar las tendencias de la degeneración y la enfermedad..., todo imposible ante los corruptores fomentos de esos envenenadores de la raza, de esos maestros mudos que con el ejemplo esculpen el mal en el corazón de un pueblo y matan en flor los instintos del bien!

Galante es de una maldad monolítica; es perjudicial para la región a todos los niveles: para la moral porque su concupiscencia no tiene límites; para los propietarios por adueñarse de las haciendas ajenas, a cualquier

costo, para ampliar la suya. Y finalmente, su corrupción es un nefasto ejemplo para el pueblo. Juan del Salto no piensa que el mal que Galante inflinge al pueblo es la causa de sus problemas: el problema fundamental del pueblo está en sí mismo, es congénito, pero si se le orienta en una forma positiva será posible regenerarlo, ...desviar las tendencias de la degeneración y de la enfermedad. ...

En las lexias Nos. 67-75, 77 y 82 se ha contado la historia de Galante y se le ha caracterizado. La historia se puede resumir de la siguiente forma:

1. No. 77 Galante aparece en la región. No se conoce su origen. Posee una ambición desmedida y carece de escrúpulos. Es comparado con un tigre.

2. No. 77 Alcanza la riqueza por medios inescrupulosos e ilegales.

3. Nos. 68-73 Se relata en detalles un acto delictivo de Galante: el crimen de Ginés.

4. No. 82 Se une en concubinato con la viuda de Ginés. Esta unión con una campesina de la zona le sirve para afianzar su posición en la comarca.

5. No. 82 Galante abandona a la viuda después de haber obtenido lo que buscaba de la unión.

(79) Voz: Narr./J. del S.

Después, quedó silencioso. En aquellos apóstrofes había relampagueado una tempestad de ideas. De ideas redentoras, que al chocar con la realidad se revolvían desesperadas, impotentes. Regenerar, redimir...,

tal el supremo fin de sus empeños de filósofo; y cuando trataban las ideas de corporizarse para ejercer en la práctica su salvadora influencia, sentía ira y dolor al considerar la cuantía del empeño, al reconocer la derrota de sus ideales.

Juan del Salto, después de su razonamiento sobre los problemas sociales y la responsabilidad que él tiene ante ellos, llega a la conclusión de que el mal que aflige al pueblo es la cordillera y él era el átomo: es completamente impotente para solucionar el problema (No. 61). Ahora el convencimiento de la impotencia se reafirma [SEM. Impotencia (V. Narr.: Juan del Salto)] desde otro ángulo. Los inmigrantes recién llegados, ambiciosos e inescrupulosos contribuyen a aumentar los problemas del pueblo e impiden a la gente bien intencionada como Juan cambiar la situación. Las intenciones redentoras del hacendado están atrapadas entre la negación del pueblo mismo para dejarse ayudar, debida a su degeneración biológica, y la maldad de los inmigrantes, preocupados solamente por sus propios intereses.

(80) Voz: Narr.

En tanto, en la embozada noche, apenas si se distinguía el contorno de los montes. Un brochazo negruzco dado sobre el fondo pardo del cielo; así aparecían en sus agrias cumbres, en sus fértiles valles y en sus interminables encadenamientos, de los cuales, como gusano anillado, resulta ese monstruo que se llama cordillera. La muerte negra del paisaje encerraba la hermosa albura del próximo amanecer y la quietud de sueño que todo lo aletargaba, prometía la risueña vida del cercano albor; una vida llena de aleteos, de perfumes, de floridas nupcias; un renacimiento celebrado por las puras alegrías de la naturaleza.

La descripción modernista de la naturaleza (REF. Literatura: Modernismo) marca una pausa en la acción del relato. Está descrita como grandiosa: ese monstruo que se llama cordillera [SEM. Grandiosidad (V. Narr.: Naturaleza)], dinámica: una vida llena de aleteos, de perfumes, en la que la negrura de la noche sirve para presagiar la risueña vida del cercano

albor [SEM. Dinamismo (V. Narr.: Naturaleza)]. La metáfora floridas nupcias muestra una naturaleza que funciona de acuerdo a una ley que ordena el universo. [SEM. Cumplimiento de la ley (V. Narr.: Naturaleza)].

(81) Voz: Narr.

Marcelo, con su mirada extraviada y las manos frías, continuaba temblando. En su limitada inteligencia, no surgía un raciocinio tranquilizador. Temía con irreflexivo pavor, sin saber, a veces por qué temía; agigantando los fantasmas de su enfermizo pánico. En aquella horrible escena de que fue testigo, el puñal de la emoción le había herido sin piedad y cada vez que el recuerdo le dibujaba el cuadro del drama, la herida volvía a enconarse y la emoción, mal dormida despertaba en él con sacudimiento de nervio electrizado y con palpitaciones de corazón desbocado. La tensión nerviosa le poseía por completo desde el más diminuto músculo hasta la cuenca sagrada donde, el rey orgánico, señorea el cerebro. El músculo temblaba y el cerebro, sin la reacción enérgica del raciocinio, se rendía con desvanecimientos de beodo y debilidades de moribundo. Marcelo, empujado por la emoción sobre el abismo de la enfermedad, se tambaleaba en desequilibrio: era un haz de nervios retorcido por la neurosis; era amoldable levadura fácil lo mismo para el bien que para el mal. Alma sin rumbo, dispuesta a ceder ante el soplo impulsor.

La minuciosidad conque se explica la enfermedad de Marcelo corresponde al estilo asociado con los escritores naturalistas (REF. Literatura: Naturalismo). La debilidad física le ha afectado los procesos mentales [SEM. Enfermedad (V. Narr.: Marcelo)]. Se indica que su inteligencia es limitada, carece de voluntad y de decisión. Su conducta dependerá de la influencia externa. De acuerdo al medio ambiente que lo rodée será bueno o malo. La repetida caracterización de Marcelo, siempre de la misma manera, dará verosimilitud a su conducta en el Cápitulo X. La enfermedad anula la posible contradicción entre su bondad y apocamiento y el crimen que comete.

(82) Voz: Narr., J. del S., Marc.

Juan, dominando su enojo, volvió a Marcelo.

-Bien-dijo-Galante *mató* a Ginés. ¿Por qué le mató?

-Yo...

-¿Nunca pudiste saber el móvil de ese crimen?

-Nunca. Aunque lo que pasó luego...

-¿Qué pasó?

-Que poco tiempo después, Aurelia *se fue* con Galante.

-¿Dejó su casa?

-No, al contrario; Galante la visitaba y la mantenía. Después oí decir había comprado sus terrenos.

-Sí, eso lo sé con seguridad.

-...y que se los pagó en provisiones y mercancías que le daban por cuenta de Galante, en una tienda de Vegaplana.

-¿Y después?

-Después riñeron. Como Galante era dueño de la finca, echó al camino a Aurelia. Ella se fue en busca de unos parientes, llevándose un niño, hijo de Galante, que él no quiso recoger. Aurelia ahora vive por ahí, casi de limosna.

-¿Y el importe de la finca vendida? ella está en la miseria...

El relato regresa al pasado (REF. Cronología: Retrospección) para concluir la historia que cuenta Marcelo. Aurelia se *fue* con Galante. ... (ACC. Despojo:1: Tomar amante para despojarla). Galante....echó al camino a Aurelia. ...(ACC. Despojo:2: Abandonar la amante después de despojada.)

En este episodio se han condensado varios procesos sociales que fueron muy comunes en la sociedad puertorriqueña del siglo XIX.

1) Desde principios de siglo, cuando comienzan a llegar a Puerto Rico numerosos inmigrantes, una forma usual en que los hombres recién llegados se ubicaron en la nueva sociedad fue contrayendo matrimonio con las hijas de las familias de la élite criolla (1ra parte, Cap. II, pp. 65-66).

2) Según la división de clases se consolida un número mayor de españoles rehusa reconocer legalmente a sus hijos nacidos de criollas. (1ra parte, Cap. III, p. 125).

3) A partir de 1840, en un proceso que se incrementa a medida que el siglo avanza, a la zona montañosa comienzan a llegar numerosos inmigrantes. Estos nuevos habitantes tienen una procedencia variada: hay extranjeros y hay criollos que proceden de la costa. Todos llegan buscando una mejor vida; algunos la encuentran. Estos son, en primer lugar, extranjeros y en segundo, criollos que llegan mejor preparados para sacar provecho de la nueva economía que los habitantes tradicionales de la montaña. Otro grupo, en su mayoría criollos, se dedican a los trabajos más rudos y peor pagados. Debido a diferentes razones muchos de los antiguos dueños se ven obligados a vender sus propiedades a los nuevos moradores. La tierra se concentra en mayores haciendas y, por supuesto, el número de propietarios disminuye. Muchos de estos hombres, desposeídos de sus propiedades, se ven obligados a trabajar como jornaleros. (1ra parte, Cap. III, pp. 121-122). La desvinculación entre el campesinado y esta nueva élite latifundista es cada vez mayor.

En *La charca* estos procesos se han unido en la historia de Galante. De esta manera se ha creado la imagen de un inmigrante total y absolutamente malvado, sin un solo rasgo que lo redima: Galante se une a Aurelia, la despoja de sus tierras para unirlas a las de su hacienda y se niega a legitimar el hijo que han tenido. Pero, debido a que la situación novelesca tiene como objetivo contribuir a la formación de un mundo que funcione de acuerdo a la ideología de la clase hacendada, el desenvolvimiento de los hechos presenta diferencias importantes respecto a cómo se daban

típicamente en la sociedad histórica. Por ejemplo, los inmigrantes generalmente se casaban con hijas de familias de la élite y estos matrimonios eran socialmente aceptados. Manuel Zeno Gandía tuvo casos como éste en su propia familia, algunos de ellos desventajosos para la criolla. (1ra parte, Cap. II, pp. 65-66). En *La charca*, Galante no se casa, se une en concubinato con Aurelia, una campesina que no es soltera, sino viuda y que ha llegado a ese estado porque Galante asesinó a su esposo. El patrón de matrimonio de la sociedad histórica entre inmigrante y criolla se convierte en la novela en un acto delictivo. Ginés, lejos de disfrutar de una posición acomodada con el cultivo de sus tierras, era un hombre pobre que tenía que trabajar en una hacienda ajena. A esto hay que añadir la connotación emotiva de las descripciones de Ginés. Es uno de los dos únicos campesinos que aparecen en la novela que se han casado; es decir, su unión está santificada, sus relaciones sexuales son legítimas; vive en una casita en vez de una casucha; es un buen trabajador; posee una voz melodiosa, y su esposa lo esperaba con una humeante cena el día que lo asesinaron.

El malvado dueño del cafetal es inmigrante en la zona . Más adelante en la obra se dice que era oriundo de la isla (No. 448) aunque nunca se aclara de donde procede exactamente. Lo que sí queda claro es que viene de una clase social baja. Contrapuesta a la maldad del inmigrante de origen turbio, Juan del Salto, que no es oriundo de la montaña tampoco, sino de una hacienda cañera (No.16) y que compró aquellas tierras con afán de lucro (No.16), actúa como un hombre honesto. Hace dinero, pero lícitamente, a base de un gran esfuerzo; no le interesan las mujeres y piensa todo el tiempo en cómo ayudar a los campesinos. La diferencia es que Juan es el

representante del hacendado criollo, perteneciente a la élite; no es un advenedizo como Galante. Sin embargo, en la sociedad histórica, los criollos que emigraban a la montaña engrandecieron sus haciendas, la mayoría de las veces, a costa de los pequeños propietarios, igual que lo hace Galante en la novela. Más adelante veremos cómo la hacienda ha sido para Galante sólo un puente hacia el comercio, su verdadero interés.

La situación creada en el universo ficticio es muy similar a las que se daban a diario en la sociedad histórica porque los elementos de que está formada la situación novelesca eran de conocimiento común para los lectores a quienes va dirigida la obra: "parece" una situación real. En realidad, es parte de la construcción ideológica que va a ser el texto como producto terminado al llegar la novela a su final.

(83) Voz: J. del S., Narr.

-Marcelo-dijo al fin Juan tranquilizándole-lo que acabas de referir es terrible. Presenciaste un crimen, pero tú no fuiste criminal. Si pudieras probar la verdad de esta infamia, yo te aconsejaría que no callaras, que acudieras a la justicia, que denunciaras el hecho: ése es el deber de todo hombre honrado. Pero no tienes pruebas. La escena pasó tan escondida y solitaria, que tus esfuerzos para probar la verdad serían inútiles. Calla, pues, y no temas. Procura dominarte y vive tranquilo, evitando que una culpa que no es tuya te quite el sueño.

En contraste con la actitud malévola de Galante hacia los campesinos, Juan trata de protegerlos. Explica a Marcelo que él debería colaborar con la justicia si hubiera probabilidad de probar el crimen del que fue testigo, pero como no la hay, debe vivir tranquilo : evitando que una culpa que no es tuya te quite el sueño. Marcelo es impotente para ayudar a que se haga justicia como Juan del Salto es impotente para resolver los problemas del pueblo [SEM. Impotencia (V. J. del S.: Marcelo)]. Cuando no se tiene oportunidad de

triunfar no se actúa, aunque se conozcan las injusticias [SEM. Posibilismo (V. J.delS.: Marcelo)].

(84) Voz: J. del S., Marc., Narr.

-Trabaja, trabaja siempre: nada distrae y reporta tanto como el trabajo. ¿Eres casado?

-No

-Pero vive contigo una mujer ¿verdad?

-Tampoco. Una vivió a mi lado algunos meses, pero me separé de ella. Ahora vivo con Ciro, que la mayor parte de las noches me deja solo.

-¿No se portó bien contigo esa mujer?

--Al principio, sí. Después, me armaba quimeras porque le gustaba beber y yo se lo impedía.

-¿Tú no bebes?

-Nunca. Un día, por complacer a aquella mujer, bebí y quedé escarmentado.

-Vamos, tomaste una borrachera que te duró una semana.

-No. Yo no sé lo que me pasó. Me puse como fuera de mí. Me contaron que pasé un día provocando riñas con el vecindario. El ron me quema la garganta, me produce unas ganas atroces de saltar y de morder. Aquella vez que bebí, recuerdo que sentía odio por todo el mundo.

-Haces bien; no bebas. Es una mengua. El licor es veneno lento ¿entiendes? es gota de fuego que cae lentamente en el estómago del bebedor. Quien se deja dominar por la bebida, es hombre perdido.

-¡Ah! ¡líbreme Dios! Yo odio ese vicio.

-Lo que debes hacer es trabajar, y para tener fuerzas, comer. ¿Oyes? Tú eres solo; para ti es todo lo que ganas. Estás flaco, pálido: procura alimentarte bien: come carne. El domingo, al amanecer, ve al pueblo y consulta al Doctor Pintado. Te daré una carta para que te reconozca y te recete. Necesitas medicinas que te fortalezcan, que te curen las pesadillas y la palidez. Anda, ve a dormir. Hasta mañana.

Marcelo salió, y Juan quedó solo con sus pensamientos.

Marcelo salió. ... (ACC. Historia:2: Retirarse después de contar). Juan ofrece a Marcelo la misma solución que se ofrece a sí mismo cuando se siente impotente ante la realidad social: trabajar. El trabajo es el valor ético que rige su vida. Marcelo está anémico, flaco, pero trabaja regularmente y no tiene obligaciones familiares. ¿Por qué padece de tan mala salud? Juan le dice que su salario es para él solo y le recomienda que coma carne (REF. Cod. Alimentario).

En los ensayos que trataban del jíbaro, en el siglo XIX, los comentarios sobre su mala alimentación eran constantes. La razón que se daba para explicar esta deficiencia del campesino era, primordialmente, su frugalidad, reportada desde Fray Iñigo Abbad. Sin embargo, Fray Iñigo afirmaba que eran "robustos." Decía el sacerdote que los puertorriqueños consumían poca carne, porque raras veces la conseguían, pero cuando la tenían la comían en abundancia , precisamente por ser tan escasa. (1ra parte, Cap. I, p. 41, 46-47). La observación de Fray Iñigo acerca de la frugalidad estaba basada en su percepción de europeo sobre un régimen alimenticio basado en viandas y frutas que le resultaba extraño. En el siglo XIX, el comentario hecho por Fray Iñigo en el siglo XVIII sobre la frugalidad, como tantos otros, sirve a la clase alta (tanto españoles como puertorriqueños) para justificar el deterioro que se ha producido en la salud de los campesinos: no comían porque no les gustaba comer, no sabían cómo hacerlo para alimentarse debidamente. A la dieta deficiente se achacaba, en gran parte, la falta de energía para trabajar y siempre se insistía en que el problema principal era que no comían carne. Salvador Brau en *Las clases jornaleras...* se opone a la repetida afirmación de que el jíbaro es frugal y dice que si bien es verdad que el campesino desconoce los principios de una dieta nutritiva, inútil sería que los

conociera porque su salario no le permitiría obtenerla: no come porque no tiene comida y cuando tiene carne, la come en abundancia. (1ra parte, Cap. IV, primera parte, p. 182). Francisco del Valle Atiles, en *El campesino puertorriqueño* , se acoge a explicaciones seudocientíficas tomándolas por opiniones infalibles y regresa a la vieja posición: al campesino no le gusta comer. (1ra parte, Cap. IV, segunda parte, p. 210). En *La charca* esta opinión alcanza su exposición más elaborada: los campesinos no se alimentan correctamente porque malgastan sus salarios en vicios y aunque tengan el dinero para hacerlo, no saben cómo.

Juan tiene una actitud paternalista hacia Marcelo, se preocupa por su vida privada, le pregunta cómo vive, pero su preocupación por el campesino tiene un límite. El hacendado ve a Marcelo, primero como obrero y después como ser humano enfermo. A pesar de que Marcelo presenta pronunciados rasgos de estar grave, Juan le propone como solución a sus males que trabaje. Cuando le recomienda ir al médico le dice que lo haga el domingo, su día libre, el único de la semana en que la hacienda no requiere sus servicios.

El personaje de Marcelo sirve a tres propósitos en la obra: a nivel estructural, al de la ideología estética y al de la ideología del texto.

1. Marcelo es una criatura débil, cuya enfermedad física lo ha hipersensibilizado emocionalmente. El haber contemplado el crimen cometido por Galante, y las consecuencias del infame asesinato, lo afecta terriblemente, más de lo que afectaría a una persona saludable. Esto empeora su condición emocional y da verosimilitud a la trama cuando él mismo comete un crimen en el capítulo X.

2. Desde la perspectiva de la ideología estética de la novela, el destino de este joven de buenos instintos, sin vicios y con voluntad de vivir de su trabajo y dentro de la ley demuestra que los seres humanos están determinados. En el caso de Marcelo se mencionan dos factores: biología, en primer lugar y medio ambiente, en segundo. No importa que se tengan los mejores propósitos si se está condenado biológicamente y el medio es negativo.

3. El pasaje del crimen que Marcelo contempla funciona al nivel de la ideología del texto para caracterizar a un tipo de inmigrante como totalmente malvado. Galante representa el hacendado transitorio, cuyo interés final está en el comercio, actividad identificada con los españoles, aunque no siempre era cierto.

El capítulo empieza y termina con un alegato moral de Juan del Salto en contra del alcoholismo y a favor del trabajo. Casi todos los personajes que participarán en la trama ha sido introducidos. El doctor Pintado, uno de los tres representantes de la élite criolla que aparece en la obra se menciona en dos ocasiones.

El tiempo del relato es el lunes de la semana siguiente al sábado en que se desarrolló el capítulo I. La trama comienza por la tarde y la acción va hasta la madrugada del martes. Mediante 2 retrospecciones se cuenta la vida de Juan del Salto y el crimen que cometió Galante. Una vez el relato retrocede al pasado reciente para situar el tiempo de la escena:

Lexia 34	Pasado reciente
Lexia 47	Pasado remoto
Lexia 67-74	Pasado remoto

Marcelo proporciona indicaciones sobre qué sucederá al final de la novela.

La trama de *La charca* está movida por la tesis del determinismo científico que, en el texto se presenta en tres partes, cada una en un capítulo diferente. En este capítulo aparece la primera parte. En la lexia No. 50 Juan del Salto, a través del narrador, menciona las dos hipótesis que planteará sobre el problema del campesinado: falta de educación o deficiencia biológica. En las lexias Nos. 51 y 52 introduce su hipótesis sobre la causa de la deficiencia biológica. Según él, se debe a la mezcla de razas de la que el pueblo puertorriqueño es producto; expone su teoría sobre la deficiencia biológica. En la lexia No. 53 expone su teoría sobre la falta de educación y en la No. 54 regresa a la deficiencia biológica. En la No. 59 y en la No. 60 habla de nuevo de la deficiencia biológica. Al final, ha expuesto 2 veces la teoría sobre la falta de educación y 4 veces la de la deficiencia biológica.

Este capítulo corresponde al paso No. 2 propuesto por Claude Bernard en la *Introducción al estudio de la medicina experimental* (2da parte, Cap. II, pp. 317-318).

Notas

[1] Salvador Brau, *Las clases jornaleras de Puerto Rico*, p. 45.

[2] Fernando Pico, *Libertad y servidumbre,* p. 92.

[3] Fernando Picó, "Deshumanización del trabajo, cosificación de la naturaleza: los comienzos del café en el Utuado del siglo XIX," en *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX*, nota al pie de las páginas 202-203.

[4] Véase: Fernando Picó, *Libertad y servidumbre,* pp. 119-120.

Capítulo III

(85) Voz: Narr.

Al día siguiente, con los primeros albores, renació en la finca de Juan la actividad de los trabajos.

Se señala la hora del día (REF. Cronología: Tiempo de la escena). Es la mañana del martes siguiente a la noche de la conversación entre Juan del Salto y Marcelo (Nos. 63-84).

(86) Voz: Narr.

La mañana humedecía la tierra con gotas trémulas y preparaba en el cielo, con variedad de colores, la imperial recepción del sol. La temperatura era fresca y las humedades del alba fecundizando los bosques, les daba alientos para la nueva jornada, encendiendo la color de las flores, vigorizando el verdor de las hojas, irguiendo la esbeltez de los tallos, invitando a la magnífica floralia de los campos a lucir al sol sus opulentas galas, a entregarse al fraternal comensalismo de las plantas. La navidad serena, siempre serena del día, sonriendo sobre las colinas y los valles. El eterno impulso volteando la rueda de la vida con la constancia aviterna del infinito.

La descripción idílica de la naturaleza está escrita en un lenguaje elegante: trémulas, alba, floralia, aviterna, dentro del estilo modernista. (REF. Literatura: Modernismo). Se destaca la belleza del paisaje: ...variedad de colores, ...encendiendo la color de las flores, ...el verdor de las hojas [SEM. Colorido (V. Narr.: Naturaleza)], su fecundidad: ...fecundando bosques, ...vigorizando, [SEM. Fecundidad (V. Narr.: Naturaleza)], su grandeza: ...la

imperial recepción del sol, ...magnífica floralia de los campos, ...lucir al sol sus opulentas galas. [SEM. Majestuosidad (V. Narr.: Naturaleza)].

Esta hermosura no tiene un fin estético, sino funcional. El dinamismo de todos los elementos está encaminado a facilitar la nueva jornada. Es un paisaje que trabaja en armonía, al unísono; las plantas funcionan como hermanas: entregarse al fraternal comensalismo de las plantas. A su vez, este dinamismo responde al orden divino: El eterno impulso volteando la rueda de la vida con la constancia aviterna del infinito [SEM. Sagrado (V. Narr.: Naturaleza)]. La constancia es una importante cualidad. La belleza de la naturaleza es inseparable de su utilidad [SEM. Utilitarismo (V. Narr.: Naturaleza)].

(87) Voz: Narr.

Los trabajos de la granja se reanudaban. Las brigadas de obreros movíanse con cierta prisa que estimulaba el mayordomo; como si la interrupción necesaria de la noche hubiera perjudicado los cultivos; como si la intercepción de las horas dedicadas al sueño, hubiera atrasado la fructificación de los cafetos.

Los trabajos de la granja se reanudaban. ... (ACC. Trabajo:1: Organizar el trabajo). El mayordomo está ansioso por acelerar la tarea: estimulaba a los obreros Sin embargo, no logra su propósito completamente, los hombres no trabajan rápido, sólo lo hacen con cierta prisa. Esto se debe a que normalmente son muy lentos, como se ha dicho anteriormente (Nos. 32, 34) [SEM. Lentitud (V. Narr.: Campesinos)]. La introducción del mayordomo lo muestra trabajador [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Montesa)], pero rústico, obsesionado con su trabajo, poco comprensivo del orden de la naturaleza. Despues de la tercera oración, la voz del narrador describe los sentimientos

de Montesa, pero la expresión "como si" delante de las razones de Montesa para apurar el trabajo, indica que mantiene una distancia, no entreteje su voz con la del mayordomo: como si la interrupción necesaria de la noche hubiera perjudicado los cultivos; como si la intercepción de las horas dedicadas al sueño, hubiera atrasado la fructificación de los cafetos. Para Montesa, el trabajo debía ser continuo, no entiende que la interrupción de la noche es necesaria. Esta opinión pertenece al narrador.

(88) Voz: Narr., Narr./Mont.

Montesa, el mayordomo, les empujaba: a los de la *sierra* les hablaba fuerte, porque era preciso que las tablas desgajadas de los gruesos troncos fueran homogéneas, sin remates deformes y de la longitud exigida; y ellos protestando y prometiendo, se perdían por los repechos en busca de los despeñaderos en donde se levantaban los árboles condenados al hacha; a los de la recua que conducía semillas de bananos y espiguillas de café les recomendaba premura para que llegaran en breve al terreno ahoyado donde debían sembrarse, pero esa prisa sin apurar las pacientes mulas con latigazos inútiles y sin abusar del hercúleo burdégano capaz, él solo, de sustentar la carga de tres bestias; a los camineros les increpaba la torpeza con que hicieron el trabajo anterior, y soltando cuatro ternos les lanzaba al rostro la brutalidad cometida al arrojar pedruscos arrancados para hacer caminos, sobre los cafetos de la margen, tronchando tallos preciosos que por esa causa tenían que ser resembrados; luego, tocaba a los carpinteros a quienes reñía por la pobre tarea de la anterior semana. Sí, allí todos eran para Montesa unos zánganos, unos perezosos, que no tenían ni ojos, ni tino y muchas veces, ni buena intención.

La rusticidad de Montesa queda expresada en su nombre (SIM. Monte). Sin embargo, de acuerdo a las razones que da él, a través del narrador, para actuar como lo hace, sus exigencias están justificadas. Los obreros son holgazanes, descuidados, torpes. Lo que el mayordomo les exige es lo que ellos deberían hacer por voluntad propia si cumplieran con su deber. En los dos capítulos anteriores las voces del narrador y la de Juan del Salto han descrito a los campesinos como vagos, débiles. Montesa dirige esos irreponsables directamente. El es el encargado de que el trabajo salga bien,

de rendir cuentas a Juan del Salto y ya se ha comentado anteriormente que el hacendado no tiene paciencia ante las torpezas. Dada la lógica de la novela, la actitud de Montesa es correcta. Por otra parte el mayordomo, rudo con los obreros, es comprensivo con los animales, no hace mal uso de su fuerza física. De acuerdo a la explicación del narrador, la conducta del mayordomo es la de un trabajador sumamente eficiente [SEM. Eficiencia (V. Narr.: Montesa) a cargo de una brigada de obreros perezosos e ignorantes [SEM. Vagancia (V. Narr.: Campesinos)]. Al final del párrafo, a partir de la oración que comienza diciendo: Sí, allí todos eran para Montesa unos zánganos... [SEM. Desprecio (V. Mont.: Campesinos)] el narrador continúa expresando la opinión de Montesa, pero separa su voz de la del mayordomo. Hasta este momento, no ha habido en el pasaje distancia entre las dos opiniones sobre los obreros. Ahora sí la hay. El narrador especifica: allí todos eran *para Montesa*.... El se ha alejado. No obstante, los poco refinados calificativos que Montesa aplica a los campesinos son iguales, semánticamente, a los emitidos por Juan del Salto.

Luis Edgardo Díaz Hernández, en su libro *Castañer, una hacienda cafetalera en Puerto Rico (1868-1930)*, ha descrito el papel que jugaban los mayordomos a partir de la década de 1870:

> El mayordomo tiene que conocer todos los pormenores de trabajo. Sabe con qué cantidad de jornaleros cuenta o debe contar para realizar las tareas durante la cosecha del café, la recogida, el transporte interno, limpieza y mantenimiento de la finca, la siembre o cualquier otro menester necesario para el buen mantenimiento de la finca, la siembra o cualquier otro menester necesario para el buen manejo de la empresa agrícola. *Es igualmente responsable de que el trabajador produzca al máximo por una recompensa mínima. Por medio del mayordomo, los dueños se mantienen alejados de los problemas que surgen en el desempeño de las tareas.* [1]

(89) Voz: Narr.:

Aquel Montesa era criollo, compatriota de la turba de pálidos que preocupaban a Juan del Salto; pero tenía historia de hombre que anduvo el mundo.

Al introducir a Montesa, la novela sigue un patrón muy usado en la literatura realista: el narrador interviene después de la introducción del mayordomo para contar su historia. En esta lexia hay tres elementos claves para comprender la trayectoria de este personaje y su significado en la obra al nivel de la estructura, de la ideología estética y de la ideología del texto.

Montesa es criollo. Fray Iñigo Abbad decía en su *Crónica* que a los naturales del país se les llamaba criollos, sin importar de qué casta o mezcla provenían (1ra parte, Cap. I, p. 39). Salvador Brau, en 1882, también da el nombre de criollos a los puertorriqueños en general (1ra parte, Cap. IV, primera parte, p. 178). Sin embargo, en *La charca*, la palabra *criollo* es mencionada muy pocas veces. No se es criollo por el hecho de haber nacido en Puerto Rico. Es un rango que se adjudica a quienes han pasado de la categoría de rebaño, de plebe, a formar parte del *pueblo* . Aparentemente, esta transición se realizaba cuando se vivía de acuerdo a los cánones morales, educativos y sociales establecidos en el siglo XIX como los correspondientes al *progreso* por los países que comenzaban a conocerse como *el primer mundo* . Aunque no se viva en un ambiente material de progreso, hay que tener la disposición mental de querer alcanzarlo. Quienes han llegado a este estadio (Montesa y Aurelia) merecen el calificativo. Llamar a Montesa, criollo lo sitúa en un nivel social y moral superior al del resto del campesinado. El narrador afirma que Montesa era compatriota de la turba de pálidos [SEM. Desprecio (V. Narr.: Campesinos)]; es decir,

originalmente, era igual a ellos, pero tenía historia de hombre que anduvo el mundo. Los viajes lo han hecho diferente. Al nivel de la trama, de esta manera resulta verosímil la enorme distancia que hay entre la actuación y el estilo de vida de Montesa y el de sus compañeros. Al nivel de la ideología estética, el mayordomo sirve como una pieza más del experimento que es esta novela para verificar la teoría determinista científica que rige el destino de los personajes. Cualquier grupo de seres humanos que comparta la misma herencia biológica, geográfica e iguales condiciones sociales, compartirá la misma suerte. (2da parte, Cap. I, pp. 297-301). Para cambiar el destino será necesario alterar los factores; por lo menos uno de ellos. Los viajes de Montesa alteraron dos: geografía y medio social. Esto lo ha hecho un ser humano mejor, pero todavía no es perfecto. Su rudeza se debe a que no ha alcanzado la educación necesaria y a que el factor biológico es inalterable. Anteriormente Juan del Salto se ha preocupado (No.61) porque el contacto con el campesinado amenazaba con contagiarlo, aun cuando este contacto es muy limitado. El hacendado no comparte con los trabajadores el origen biológico, como veremos más adelante, pero la geografía es la misma para todos. Así como Montesa se ha superado debido a los factores que lo separan del resto de los campesinos, las áreas débiles de la personalidad de Juan del Salto se deben a los factores que comparte con el pueblo. Al nivel de la ideología del texto, el mayordomo es la imagen del campesino moderno, aunque todavía en forma rudimentaria, propuesto por la clase hacendada como ideal: su vida está regida por la dedicación al trabajo y a la familia. Es un trabajador identificado con el hacendado, como dirá más adelante el mismo Montesa (No. 310).

(90) Voz: Narr.

Cuando chico, bajaba con frecuencia al llano, en donde estaba situada la población cabeza de partido. Desde las cumbres había visto muchas veces, allá, hacia el sur, el lampo marino, una franja de plata en donde el sol producía los incendios del mediodía. Pudo, con frecuencia, contemplar aquella superficie extensa, distinta de la tierra, que se perdía a lo lejos en el país de los misterios en los horizontes de lo desconocido. Más el día en que, bajando al llano, contempló el mar desde la orilla, quedó suspenso, mudo de asombro, embargado por una emoción inesperada, como aquel que formándose determinada idea de algo, palpa en la realidad cosa distinta. Contempló por primera vez el océano con mirada que tenía alas, echando la cabeza hacia atrás, irguiéndose para alcanzar más lejos, respirando con ansia la marina brisa. Montesa quedó aquel día esclavo del infinito. El espectáculo del mar fue, desde entonces, el deseo en sus horas de asueto, el pretexto para sus fugas de muchacho, el tema de sus ponderaciones y de sus cuentos relatados en cuclillas a los demás flacuchos del monte. El mar le parecía grande, hermoso... A su imaginación sin cultura le faltaban puntos de comparación en la tierra y los buscaba en el cielo, pensando que la enorme superficie de agua era tan grande como la techumbre celeste. El mar fue para Montesa algo que se desea, algo que sugestiona, algo en que se suena.

El narrador comienza a contar la vida de Montesa (REF. *Cronología*: Retrospección). ...había visto muchas veces, allá, hacia el sur, el lampo marino. ... (ACC. Contemplación:1: Contemplar el mar de lejos). El curso de fatalidad a que estaba destinado se alteró gracias a un hecho: sus viajes al llano cuando era niño. Contempló por primera vez el océano con mirada que tenía alas. ... (ACC. Contemplación:2: Acercarse al mar). La contemplación del mar cambió su vida. El narrador se refiere a Montesa, antes de marcharse de la montaña, como a uno más entre los flacuchos del monte. [SEM. Desprecio (V. Narr.: Campesinos)].

Este es el pasaje del libro en que con mayor lirismo se describen los sentimientos de un personaje:

> ... había visto muchas veces, allá hacia el sur, el lampo marino; una franja de plata en donde el sol producía los incendios del mediodía. ... Contempló por primera vez el océano con mirada que tenía alas.... El espectáculo del mar fue, desde entonces, el deseo de sus horas de asueto, el pretexto para sus fugas de muchacho, el tema de sus ponderaciones y de sus cuentos.

(91) Voz: Narr.

Un día, bajó al llano conduciendo con otros campesinos una recua cargada de frutos, y no volvió al monte. Su familia supo que había resuelto dedicarse a labores de otra especie y con estoicismo musulmán, le olvidó pronto.

Un día ... no volvió al monte. ... (ACC. Emigración1: Búsqueda de mejor vida). Su familia lo olvida con estoicismo musulmán. Esta expresión, cargada de prejuicios hacia una cultura extranjera (REF. Xenofobia) indica la falta de sentimientos de la familia campesina, de acuerdo al narrador [SEM. Insensibilidad (V. Narr.: Familia campesina)].

(92) Voz: Narr.:

El chico, en tanto, recorrió una gama: sirvió de palafrén, de mozo de caballeriza, de criado de tienda, y en mil oficios más.

Al fin, ya más mozo, logró que le dieran trabajo como cargador de muelle, y desde aquel día, en la carga y descarga de los barcos, en las estiva de los almacenes y de las bodegas o el remo de los botes y la percha de las lanchas, ya no pensó en tierra adentro; ya no se acordó de la selva nativa: el mar, su amo estaba allí cautivándole con sus murmullos y embriagándole con sus espumas.

Tan pronto Montesa se aparta del medio ambiente de la montaña su actuación es dinámica [SEM. Dinamismo (V. Narr.: Montesa)]. Realiza numerosas ocupaciones buscando la oportunidad para embarcarse (ACC. Aprendizaje:1: Distintas ocupaciones encaminadas a aprender).

(93) Voz: Narr. Narr./Capitán del barco.

Otro día, el capitán de un barco que estaba anclado en el puerto, fue conducido a tierra gravemente enfermo. Se necesitó un enfermero fiel, un criado a prueba de sueño, y Montesa fue elegido. Algunas semanas después, el capitán ya curado, experimentó generosidad expansiva que se apodera de todos los que escapan de un gran peligro. ¡Ah...bueno era aquel muchacho! El marino propuso a Montesa pidiese el premio a sus servicios y el enfermero planteó el problema que le ocupaba el pensamiento: partir, ser marinero, navegar, arrojar la punta del cigarro en alta mar.

Se traza, paso por paso, la trayectoria de Montesa. Finalmente, encuentra la oportunidad de trabajar de marinero (ACC. Aprendizaje:2: Encontrar el trabajo deseado). La clave de su éxito es su perseverancia [SEM. Perseverancia (V. Narr.: Montesa)]. El capitán del barco recompensa al muchacho por su esfuerzo y dedicación. El narrador aclara que su bondad procede de la alegría de haber escapado de un gran peligro, pero aún así, el mensaje que este episodio tansmite es que se recoge lo que se cosecha. [SEM. Justa recompensa (V. Narr.:Montesa)] Cada cual tiene lo que se merece, Montesa o el resto de los campesinos. La figura de autoridad, el capitán del barco, actúa justamente, como lo hacen casi todos los personajes que tienen poder en la novela: el hacendado, el médico, el sacerdote, el juez.

(94) Voz: Narr.

Y a poco, el reconocido capitán llevóse al criollo a tierras lejanas. El primer viaje fue penoso: pusiéronle a prueba la horrible enfermedad del mar, tumbándole con la embriaguez del mareo; y después en el Canadá, un frío espantoso estuvo a punto de helarle la sangre en las venas.

Para este momento ya Montesa ha ganado, con su trabajo constante, el calificativo de criollo. Continúa el relato de las vicisitudes por las que pasa el campesino para transformarse.

(95) Voz: Narr.

Este noviciado fue breve: al poco tiempo, sobre su juventud, que empezaba, reaccionaron las fuerzas y fue curioso verle crecer y redondearse adaptándose al nuevo medio, amoldándose a la nueva vida y transformando la pobreza fisiológica de sus primeros años, en gallarda robustez caldeada por lozana ebullición de glóbulos rojos que, como si hallasen estrechas las arterias parecían quererle saltar por el semblante.

El criollo, a fácil precio, fue sajón. El privilegio climatérico grabó en él su signo sonrosado y el ser condenado a la enfermedad quedó convertido en tipo apto para el cruce selectivo de su especie.

Se opera en Montesa un cambio fisiológico: el niño flacucho del monte se convierte en un ser robusto. El criollo (es la tercera vez desde que comenzó la historia del mayordomo que se le califica de esta manera) se transforma tan positivamente debido al cambio de clima, a haber abandonado el trópico: el privilegio climáterico grabó en él su signo sonrosado. Como consecuencia de su exposición a un clima frío, Montesa fue sajón y se convirtió en tipo apto para el cruce selectivo de su especie (REF. Determinismo científico). Para considerar a este personaje suficientemente saludable como para tener hijos sanos se afirma que se hizo sajón. Estas afirmaciones están guiadas, por supuesto, por las teorías raciales y deterministas decimonónicas que privilegiaban la raza caucásica como superior. Zeno estaba muy familiarizado con estas teorías que, además, aceptaba. Hay que recordar que había escrito un libro en 1873 titulado *La influencia del clima en las enfermedades del hombre* .

(96) Voz: Narr.

Luego, en su nueva vida, vinieron otros vaivenes. Viajes a la zona tórrida, largas navegaciones a Australia, travesías al Africa: una vida marinera que le saturó del oxígeno de las cinco partes del mundo. Del primitivo barco, pasó a un vapor mercante; de éste, a otro; luego, cambiando con frecuencia, navegó sobre cien quillas.

Ya convertido en adulto, Montesa pasa largos años viajando. Estos viajes le sirven para adquirir una educación basada en sus experiencias y en la exposición a distintas sociedades. [SEM. Educación empiríca (V. Narr.: Montesa)].

(97) Voz: Narr.

En tanto pasaron años y Montesa cumplió cuarenta. Entonces, una idea fija que desde hacía tiempo le preocupaba, tomó cuerpo en su imaginación; el suelo nativo. Era como un ansia secreta: ni hambre, ni sed, ni dolor; una

sensación especial, muy honda, con sabor de pena íntima, con vaguedad de melancolía. Era que el recuerdo encendía lucecillas para que pudiera contemplar los días de la infancia y Montesa, dominado por la intensidad de aquel anhelo, no pensó en otra cosa que en retornar, como hijo pródigo a la colonia. Contó sus ahorros que le cupieron en la petaca; combinó el regreso y, al fin volvió a su montaña.

Montesa regresa a la isla cuando tiene más de cuarenta años (REF. Cronología: Edad de los personajes) (ACC. Emigración:2: Regresar al país). Sus sentimientos, primero por el mar, antes de su salida de la isla y después por el suelo nativo son descritos con delicadeza:

> Era como un ansia secreta: ni hambre, ni sed, ni dolor; una sensación especial, muy honda, con sabor de pena íntima, con vaguedad de melancolía. Era que el recuerdo encendía lucecillas para que pudiera contemplar los días de la infancia...

Esta descripción de los sentimientos de Montesa indica que es un hombre sensible [SEM. Sensibilidad (V. Narr.: Montesa)]. Regresa sin dinero (REF. Economía).

(98) Voz: Narr.

Cuando sus antiguos camaradas le vieron, le consideraron un ser extraño. Un hombretón fornido, tostado, rollizo, con la cara llena de pelos, y de tan recia musculatura que podía derribar de una puñada a cualquiera. Los campesinos se extasiaban contemplándole y, sobre todo, oyendo sus relatos. Al fin llegaron a respetarle como a un ser superior y se regocijaban cada vez que le oían decir palabrejas de extraños idiomas, rogándole que repitiese aquel *yes*, aquel *sapristi*, y, sobre todo, aquel contundente *God Damn* que les hacía desternillar de risa.

A su regreso Montesa presenta un profundo contraste con los campesinos: está fuerte, es un hombretón. [SEM. Fortaleza (V. Narr.: Montesa)]. Es mucho más educado, aunque sólo hubiera recibido una educación empírica; es capaz de pronunciar palabras en otros idiomas y, como veremos en la próxima lexia, ha adquirido hábitos de convivencia

social acordes con el *progreso* . Es un ser superior a ellos. (SIM. Antítesis: Superioridad/Inferioridad).

(99) Voz: Narr.

Después de su regreso, Montesa construyó una casita...Una casa con techumbre de zinc (sic), con pavimento de madera, con paredes herméticas, con aldabas, con picaportes y con llaves. Todo en pequeño y humilde, pero todo lo racionalmente necesario para hospedar seres humanos. Con la modestia que le permitió la escasez de su erario, puso casa, halajándola con una cama, la ropa necesaria, media docena de sillas, otra media de platos, y la vagilla (sic) imprescindible para salcochar con decencia los alimentos.

Terminado su nido se casó: una moza del valle le abrió los brazos y santamente les unió el cura de la vecina parroquia. Desde aquel día, a trabajar: ella al hormigeo (sic) doméstico; él, al monte.

La casa que construye Montesa es diferente a las chozas donde vive el resto de los campesinos: techo de cinc, piso de madera, la amuebla. Esta casa, en comparación con las que le rodean, connota progreso [SEM. Progreso (V. Narr.: Montesa)]. El ex marinero se casa, no se une en concubinato. Su unión está bendita.

Montesa regresó a la montaña sin un centavo (REF. Economía). Sin embargo, su estilo de vida es muy superior al de los demás. Si él ha logrado superar la miseria que lo rodeó de pequeño y los otros no, es por deficiencia interna de los demás. Existen las posibilidades socio-económicas para hacerlo.

La historia de Montesa puede compararse a un rito de pasaje (SIM. Rito de pasaje). El objetivo de su partida y la estancia en el extranjero ha sido capacitarlo para ser un hombre superior. Entre la lexia No. 90 y la No. 99 se pueden distinguir las siguientes etapas:

1) No. 90. Montesa flacucho = campesinos. La contemplación del mar despierta su imaginación.

2) No. 91. Salida de la casa.

3) No. 92. Etapa de aprendizaje (diversos trabajos).

4) No. 93. Benefactor interviene para ayudarlo en sus planes.

5) No. 94. Noviciado en el mar.

6) No. 95. Transformación física.

7) No. 96. Educación empírica.

8) No. 97. Nostalgia por el suelo nativo.

9) No. 98. Regreso. Encuentro con los campesinos.
Montesa fornido ≠ campesinos.

10) No. 99 Nueva vida civilizada = casa amueblada-matrimonio-trabajo disciplinado.

(100) Voz: Narr.

A sus buenas condiciones debió el puesto que ocupaba; Juan del Salto le atrajo, le encaminó en el aprendizaje del nuevo oficio, y muy pronto llegó a ser en la finca el hombre de confianza. En tanto, allá, en la casita, cada año nacía otro Montesa...

A sus buenas condiciones debió el puesto que ocupaba. ... Montesa ha ascendido socialmente (REF. Movilidad social ascendente) gracias al esfuerzo propio. El mayordomo es el hombre de confianza de Juan del Salto debido a su trabajo eficiente [SEM. Eficiencia (V. Narr.: Montesa)]. Su matrimonio es fecundo [SEM. Fecundidad (V. Narr.: Montesa)]. Sus hijos serán diferentes al resto de los campesinos: su padre ha mejorado su condición fisiológica y el medio ambiente de su casa es distinto al de los hijos de los campesinos que los rodean.

(101) Voz: Narr., Narr./J.del S., Narr./Mont.

Más de una vez Juan había reñido a Montesa por su dureza al tratar los campesinos. No, era preciso ser condescendiente, ser amable. Más él no entendía de pamplinas. Buena hubiera ido la cosa, si abordo de los barcos,

hubiera el capitán guardado el rebenque en la gaveta. No señor; palo, mucho palo. Así se impulsa la gentuza.

Juan le advertía que aquel rigor era inhumano; que nadie tenía derecho a atropellar al prójimo atacando los derechos del ciudadano libre, intentando convencerle, además, de que una cosa era la cubierta de un barco y otra las vertientes de los montes. Pero Montesa no entaba en vías de convicción; era rudo, agrio, dado a blasfemar y a considerar a los obreros como bestias sólo obedientes y sumisos bajo el estímulo del castigo.

Juan critica a Montesa por el excesivo rigor con que trata a los trabajadores, pero el mayordomo es su hombre de confianza debido a su eficiencia en el trabajo. Anteriormente el narrador y Juan del Salto han expresado extensamente la ineficiencia para el trabajo de los campesinos. Dada la situación que presenta el texto, Montesa no tiene alternativas si quiere obtener el mayor rendimiento posible de la fuerza de trabajo de que dispone. Las hipócritas amonestaciones [SEM. Hipocresía (V. Narr. J. del S.)]. de Juan del Salto a Montesa, respecto al trato que el mayordomo da a los obreros, muestran la contradicción existente entre sus ideas, una mezcla de paternalismo y filosofía burguesa y el modo de producción precapitalista en que se desenvuelve en la realidad. Por un lado, el hacendado es descendiente de una tradición en la que el dueño de la finca ostentaba una figura patriarcal y, en cierta forma, protectora hacia los campesinos. Además, debido a su educación europea y a sus viajes y lecturas, Juan del Salto está imbuido de las ideas de la ilustración francesa y del liberalismo decimonónico: los derechos del ciudadano libre son inalienables. Pero a estas concepciones intelectuales se opone la realidad: necesita que el campesino produzca, aunque haya que obligarlo a hacerlo. Al final de la lexia, Montesa se expresa despectivamente del campesinado: gentuza. [SEM. Desprecio (V. Mont.: Campesinos)].

(102) Voz: Narr./J. del S.

A los obreros, más de una vez, ocurrió la idea de darle un manteo. Pero ¿cómo? Aquel diablo tenía en cada biceps un yunque, en cada puño un martillo y en cada pierna un batán muy capaz de dar a probar, en momentos dados, el rey de los puntapiés. Se resignaban, pues, ante la fuerza física, ante el despotismo de una voluntad más fuerte. Si alguien pensó enconado en la traición, tembló ante la posibilidad de un descalabro en que, descubierta aquélla, le apretasen con extranguladora (sic) rabia aquellas manazas...

Aquí entra en juego otro elemento: la opinión de los campesinos sobre Montesa. La actitud hacia el mayordomo es ambivalente. Lo admiran como a un ser superior y lo adulan, pero a la vez odian su despotismo. Sin embargo, son incapaces de llevar a la acción su rencor debido a la fortaleza de Montesa. La antítesis que vimos anteriormente entre Montesa y los campesinos está presente de nuevo (SIM. Antítesis: Fortaleza/Debilidad). El rejuego de opiniones que presenta el texto al evaluar a Montesa no corresponden sólo a la voz del hacendado. El narrador participa de las mismas contradicciones. En este pasaje está presente el punto de vista de los obreros, pero sus razones para odiar al mayordomo están invalidadas moralmente por su conducta perezosa (aunque se descarten las teorizaciones de Juan del Salto). El rigor de Montesa queda justificado y además, la descripción de su fuerza física está dada desde una perspectiva de admiración. En el texto se elogia siempre la fortaleza física como señal de superioridad humana.

(103) Voz: Narr., Narr./Mont.

En su hogar, Montesa era otro hombre. Su mujer le parecía la mejor de la comarca; sus hijos recibían de sus manos y de sus labios mimos de nodriza. Allí todo el mundo andaba vestido, calzado. ¿Qué es eso?... ¿andar desnudos los chiquillos? ¡Valiente cochinada! En ninguna parte del mundo había visto tales miserias. Era menester que los chiquillos tuvieran zapatos o alpargatas y acudieran a la escuela rural y aprendieran a leer, para que no les pasara lo que a és, que aprendió el abecedario ya viejo y cuando le era más difícil que anudar un cable o recojer (sic) una driza. En casa de Montesa había orden, método, horas fijas, ropas en los lechos, lumbre en la cocina:

una casa, en fin, pobre, humilde, pero que tenía cabeza y pies y donde podía el anfitrión asegurar sin mentir: "esta es mi casa."

Tales circunstancias afirmaban la superioridad de Montesa sobre las gentes de la montaña, y éstas gustaban de congraciarse con él, mientras en las alternativas y dificultades surgidas en los trabajos, le oían decir con frecuencia:

-¡Arre allá!... ¡gaznápiros!... Sois unos *hueleflores...*

La superioridad de Montesa proviene de sus buenas cualidades. Está caracterizado como buen padre, magnífico esposo [SEM. Responsabilidad familiar (V. Narr.: Montesa)] y excelente trabajador. Es estricto sólo en circunstancias necesarias. La relación entre él y los obreros tiene mucha similitud con la forma en que se relacionan, de acuerdo al narrador, Juan del Salto y los obreros: Los malos,los sospechosos,le temían como se teme a un ser más fuerte ante el cual no queda más recurso que sucumbir (No.41).

(104) Voz: Narr.

Aquella mañana, con su acritud habitual, repartió los trabajos, y cuando todos los campesinos desfilaron, cada cual a su faena, montó en un caballejo escuálido y fuese tras ellos.

La retirada de Montesa cierra la escena del trabajo (ACC. Trabajo:2: Retirarse después de organizar). La descripción del caballo recuerda la escena en que aparece Juan del Salto montado en una mula (No. 32). En el caso de Juan del Salto el contraste formaba una antítesis en la que la palabra caballero remitía a su educación refinada y la poca elegancia de la mula a la rusticidad que lo rodeaba. En el caso de Montesa, el caballejo escuálido es una contradicción con su jinete, un hombretón fornido (SIM. Antítesis: Fortaleza/Debilidad). La fortaleza de Montesa se opone a la debilidad de los hombres que lo rodean.

(105) Voz: Narr.

Algunas mujeres de las que vivían en las casitas cercanas a la granja comenzaron a discurrir por la explanada en donde estaban situados los establecimientos. Algunas bajaban al río llevando en la cadera una hoja de palma seca y acanalada y en ella, montones de ropa sucia que debían enjabonar en la corriente. Otras buscaban astillas de leña para avivar los fríos hogares: tres piedras, ahumadas bajo un cobertizo de paja abierto a todos los vientos, y sobre las piedras, un caldero orinoso y quemado. Otras mujeres regresaban de la tienda de Andújar con las vituallas para la colación del día: cuatro piltrafas compradas por algunos centavos o fiadas a cuenta de los trabajos que los maridos debían hacer en la semana. Otras, sentadas en los umbrales, lactaban niños pálidos o desgranaban maíz o apilaban judías, en grandes morteros, trituraban café hasta convertirle en polvo grosero; y todo aquel conjunto de seres tenía impresa en el semblante un extraño tinte de pesadumbre que hacía más ostensible el contraste de las sonrisas.

Las mujeres se reúnen (ACC. Reunión:1: Reunirse en la explanada). La descripción detallada de las actividades habituales de las mujeres muestra la miseria del pueblo [SEM. Miseria (V. Narr.: Campesinas)]. Se describen diversas labores: el acarreo de la ropa hacia el río para ser lavada, la preparación de los calderos para hervirla, la lactancia de los hijos, los viajes a la tienda para comprar víveres, desgranar maíz, apilar judías, pilar café. Después de mencionar cada actividad se explica la precariedad en que se desarrolla esa labor: la ropa para lavar es cargada en una hoja de palma; la manera de hervir la ropa es rudimentaria: hacen un fuego sobre tres piedras, con astillas de madera y usan un caldero orinoso y quemado. La comida que compran es de calidad ínfima, los niños que lactan son pálidos y el café que pilan queda en forma de polvo grosero. Es un conjunto activo [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Campesinas)]. A pesar del movimiento, las oraciones finales dan a la escena un tono de mortandad. La pesadumbre de las caras contrasta con las sonrisas. No es una alegría real. [SEM. Tristeza (V. Narr.: Campesinas)]. El narrador menciona las *papas* utilizando la voz española: *patatas* (REF. Cultismo).

(106) Voz: Narr., Camp., Marta.

De pronto, una viejecita muy menuda, de facciones afiladas y extraordinaria flaquencia, apareció en la explanada.

-Vieja Marta-gritó una mujer que mondaba patatas sentada sobre un trozo de madera-, vieja Marta, venga usted a contarnos la historia del domingo...¡Aquí lo hemos sabido todo!

La vieja Marta, que ya había sido introducida a través de Silvina (No.8) y de Gaspar (No. 24), ahora es presentada. Se alude a la trifulca de algunos días atrás (REF. Cronología: Retrospección) entre Montesa y Gaspar en la que Marta participó involuntariamente (No. 24). Las facciones afiladas de la vieja son signo de la raza blanca (REF. Antropología). Alguien pide a Marta que cuente la historia del "domingo;" sin embargo, en el capítulo I este incidente se sitúa en un día sábado. (No.23).

(107) Voz: Mar., Camp.

-Cállate tú, indina-repuso la viejecita-¿buscan reírse a mi costa...¿verdad? Lo que deben hacer es prestarme un machete y dejarme cortar unas rajitas de leña.

-Aquí hay un machete.dijo otra-pero venga el cuento. ¿Quién le pegó a V. el pescozón?

-Algún... *siniquitate*...

-¿Es verdad que le arrancaron a V. el pañuelo del moño?

-Los ojos les hubiera yo arrancado...Pero mira hija, aquel muchacho, mi nieto, no tiene botones en la camisa. Mira, por vida tuya, si me encuentras uno aunque sea viejo. Anda, lo necesito.

-Bien, vieja Marta, aquí está el botón; pero vamos al cuento. ¿Es verdad que Montesa barrió a puntapiés la jugada?

-Esos son abusos...Yo pasaba casualmente por la orilla de la quebrada y sino ando lista, me atropellan... ¡Ah! también necesito un manojo de tamarindos. Son para una purga, ¿sabes?

-Pero parece imposible que entre tantos hombres no pudieran darle a Montesa una pescozada.

-¿Montesa? ¡Pobre del que le busca bulla a Montesa! ¡Y miren que ese Deblás es atrevido...! Pero ¡ca! se achicó y no hizo frente al otro. ¡Y qué patada me le dieron a Gaspar! Me alegro; para que no sea canalla.

-¿Y a V. qué le hicieron, vieja Marta?

-Vamos no me embromen más: Vds. no respetan a los viejos...Hombre, ahora que me acuerdo: allá dejé en la quebrada una ropilla sucia, si me dieran Vds. un cachito de jabón se los agradecería...

Este diálogo sirve para reafirmar la imagen de fortaleza de Montesa y la de avaricia de Marta. Anteriormente, la vieja fue descrita por Silvina y caracterizada a través de la voz de Gaspar. Ahora, es ella misma la que muestra su imagen [SEM. Avaricia (V. Narr.:Marta)]. El diálogo tiene un tono coloquial y aparece un vulgarismo dicho por la vieja: siniquitate (REF. Cod. Lingüística). Marta utiliza al hablar, ustedes en vez de vosotros. El uso de la segunda persona del plural es ambivalente hasta ahora. Silvina ha utilizado ustedes; Gaspar, vosotros; Montesa, vosotros; Juan del Salto, vosotros.

(108) Voz: Narr.

Las mujeres reían celebrando los visajes de la vieja. Todos los días la misma visita, todos los días la excursión matinal de Marta, recogiendo piltrafas y amontonando menudencias que otros tiraban, para pasar el día lo más económicamente posible. Era la avaricia husmeando el ahorro, removiendo lo inútil para obtener el beneficio barato o gratuito. Pedir, eternamente pedir, presentando como pretexto aquella vejez decrépita y aquellos cabellos blancos que no inspiraban veneración.

Interviene el narrador para sentenciar, con su voz autorizada, la caracterización de Marta. Resume la imagen grotesca de la vieja. [SEM. Avaricia (V. Narr.: Marta)] Su mendicidad no es respetable porque responde a su avaricia incontrolable, no a una necesidad real.

(109) Voz: Narr.

En tanto, algunos quintales de café que ella misma en su pedazo de tierra cosechaba, y ella misma descortezaba, y ella misma tendía al sol, y ella

misma secretamente vendía, desaparecían convertidos en dinero, sin que nadie supiera su paradero y sin que ni en el vestido ni en la casa, ni en el hambriento aspecto de su nieto dejaran huellas.

Comienza la explicación del estilo de vida de Marta en el presente del mundo ficticio. No se cuenta su pasado. Los hechos que cuenta el narrador sirven para fundamentar el calificativo de avara [SEM. Avaricia (V. Narr.: Marta)]; la percepción es externa; nunca aparecen los sentimientos de este personaje ni las razones que tiene para conducirse como lo hace. Marta trabaja sola en el pequeño cafetal que posee [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Marta)]. El narrador repite la afirmación que ya había hecho anteriormente Gaspar (No.27): nadie sabe qué hace Marta con el dinero. Este dato es importante para el desarrollo de la intriga y mantiene el suspenso creado por la sospecha de Gaspar. El narrador se limita a explicar los hechos: Marta gana dinero y no lo gasta. No dice nada, explícitamente, sobre el paradero del dinero, aunque de su información se infiere que algo va a suceder en la historia relacionado con ese dinero. Anteriormente, la voz de Gaspar formuló el rumor que circulaba entre el pueblo: Marta esconde el dinero.

(110) Voz: Narr.

Su avaricia era sórdida, anhelosa, capaz de llegar al crimen. El huevo abandonado por una gallina en la umbría del monte ¡qué fortuna!; el arroz o el azúcar escapado de un saco roto al transitar por el camino las recuas, ¡qué hallazgo!; los bananos, regalados en el vecindario, ¡qué ventaja! Era la enfermedad ansiosa del acumulo, la locura febril del botín.

La descripción de la avaricia de Marta asciende. Se explican, detalladamente, todas las formas que adquiría este defecto: mendigaba, trabajaba incansablemente, vivía de desperdicios [SEM. Avaricia (V. Narr.: Marta)].

(111) Voz: Narr.

Vivía cerca del río, en un predio de su propiedad de algunos metros cuadrados de extensión, en una choza miserable y bajo la poética sombra de un cerezal que ella no merecía. En su soledad, sólo su nieto la acompañaba: un niño de catorce años, de tan atrasado desarrollo, que parecía no rebasar de los seis. La buena abuela, le mataba de hambre; cuando se es pobre, es menester acostumbrarse a la necesidad, por que donde quiera está Dios. Con algunas verdurillas y un poco de salazón los domingos, cualquiera vive y engorda. Lo importante era aprender a trabajar y ser económico. Cuando hay sol se quita uno la camisa y los zapatos, que son cosas inútiles que no sirven nada más que para tropezar. Luego, a los animalitos se les debe cuidar, aunque sea quitándose uno el alimento de la boca y dejándole algunas migajas al pobre cerdito y a las pobrecitas gallinas. De ese modo se aprendía a ser caritativo y no se acostumbraba el estómago a malas mañas.

El escuálido nieto vivía del aire, sujeto a la mísera ración que aquella ancianidad inicua le escatimaba.

De acuerdo al narrador, Marta, por avariciosa y mala, no merece vivir bajo la poética sombra del cerezal. Los campesinos en general, según lo expresado por Juan del Salto (No.21), no merecen pisar tantos primores.(No.52).

El nieto de Marta tiene 14 años (REF. Cronología). La avaricia de la anciana alcanza aquí su punto más alto: deja al nieto morir de hambre [SEM. Maldad (V. Narr.: Marta)]. Si el nieto no existiera, la avaricia de la vieja repercutiría sólo en ella, sería distinto, pero el nieto hace que su conducta adquiera categoría de maldad. El narrador se refiere a Marta irónicamente: la buena abuela. (REF. Ironía). La vieja repite lo que ha dicho Gaspar anteriormente (No. 28) sobre los zapatos: no son un artículo para uso constante. En el caso de Gaspar, éste opinaba que solamente debían usarse para estar en el baile; Marta piensa que son innecesarios cuando hace calor (REF. Cod. Social).

(112) Voz: Narr.

Las gentes aseguraban que Marta enterraba su dinero: el producto de sus cosechas, de los huevos y gallinas que vendía, de los cerdos que

beneficiaba, de los líos de ropa que lavaba...Cien caminos distintos le servían para llegar a la ganancia, y esa ganancia desaparecía como por encanto por algún agujero del bosque. Y así, merodeando siempre, barría los miserables despojos abandonados por la turba campesina.

El narrador repite lo que la gente dice sobre el dinero de Marta, pero no es él quien lo afirma, por lo tanto, el suspenso sobre qué hará la vieja con su dinero, se mantiene. De las actividades de la vieja se desprende, una vez más, que trabaja incansablemente [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Marta)]. Los campesinos son descritos despectivamente [SEM. Desprecio (V. Narr.: Campesinos: Turba)].

(113) Voz: Narr.

Un día, Marta, pasó un gran susto. Había ya anochecido, y todo en la choza del cerezal se disponía al sueño. Habíanse colocado las gallinas en la más alta rama del árbol más; habíase atado al cerdo a uno de los débiles estantes de la cabaña; habíase apagado el cenizoso rescoldo del hogar; y, por último, como escudo contra las acechanzas de afuera, habíase colocado la gran hoja seca de palma que hacía, con impenetrabilidad de criba, el solemne papel de puerta. Todo estaba en silencio: el nieto dormía en un rincón el hambre del día, mientras la abuela, acurrucada en una hamaca, sentíase ya presa de la modorra del sueño.

El narrador retrocede en el tiempo para contar una historia sobre Marta (REF. Cronología: Retrospección). El estilo de este pasaje, como el de todos los de la novela que se refieren a las historias que mueven la trama, está marcado por el suspenso. A la introducción de la historia: Un día Marta pasó un gran susto, sigue la descripción del ambiente en que se va a situar: los hábitos diarios de Marta antes de dormir. La descripción de estos hábitos alargan el episodio y reafirman su avaricia [SEM. Avaricia (V. Narr.: Marta)]. Después, dice el narrador: Todo estaba en silencio, y describe el sueño del niño y el momento de ir a acostarse de la vieja. Se insiste nuevamente en la

maldad de la anciana: El nieto dormía en un rincón el hambre del día [SEM. Maldad (V. Narr.: Marta)].

(114) Voz: Narr., Deblás, Marta.

De pronto, oyéronse pasos, y la hoja de palma crugió. [sic] Marta levantó asustada la cabeza y husmeó con recelo.

-Buenas noches-dijo una voz desconocida.

-¿Quién está ahí?-contestó ella.

-Soy yo...

-¿Yo?

-Abra usted y déjeme entrar para dormir ahí dentro.

-¿Y quién es usted?

-Un hombre que usted no conoce; un hombre que no la hará daño si V. es caritativa con él.

La vieja estaba desolada. ¡Dios mío! ¡Dar hospitalidad, hospitalidad a un desconocido! ¿Cómo hacerlo? Ella tenía en su conciencia la necesidad de recatarse. Su tesoro estaba en el monte, pero ¿quién podía responder de que asida por la garganta no la obligaran a descubrir su escondite? ¿Cómo edudir el peligro? En tanto, la voz continuó:

-Abra V. y no tema. Un rincón me basta para acurrucarme y con el alba me marcharé

-Es que yo no le conozco a V.

-Mejor es que V. abra y no me obligue a derribar de un puñetazo el tabique,-añadió el de afuera ya impaciente.

-Bien...bien; ya va...

Y Marta abrió.

Un desconocido toca a la puerta. (ACC. Pacto:1: Pedir asilo). El diálogo entre Marta y Deblás prolonga el suspenso. Ahora Marta afirma que tiene el dinero escondido en el monte. Al final, Marta abre.

(115) Voz: Narr., Mart., Deb.

Al fulgor del cielo estrellado, viose a un hombre, joven aún, pero de mala catadura y haraposo traje. El desconocido penetró de un salto en la casa que se tambaleó como barca movida por las olas. Después, palpando en la sombra, se acostó junto al nieto que se revolvía en el pavimento sobre un revuelto montón de trapos viejos. Marta, llena de miedo, procuró congraciarse con su huésped.

-No: yo no niego posada a los infelices, pero como nadie lleva escrita en la frente la hombría de bien. . .

-De mí no tema V. nada.

-Pero, ¿quién es V.? Yo no me acuerdo haberle visto nunca en el barrio, y aquí yo conozco a todo el mundo.

-Hace tres meses vivo en estos lugares.

No en los caseríos ¿oye, V.? Sino en el monte.

-¡En el monte. . .!

-Sí. Ando con cien ojos, sacándole el cuerpo a la justicia. Yo supongo que es usted una buena mujer y no me venderá. . .

-¡Ah!. . . eso no. . .

-. . . yo soy desertor de presidio.

Marta sintió que la fría mano del miedo le acariciaba el vientre. ¡Un desertor! ¡Un criminal que merodeaba por los cerros, sabe Dios con qué intenciones!

-Pero yo no hago mal a nadie. Sólo en el caso de que quisieran perseguirme y entregarme, sería capaz de ofender a otro.

Deblás anuncia que es un prófugo [SEM. Delincuencia (V. Narr., Deblás)]. Marta se asusta al saber que Deblás es un expresidiario [SEM. Miedo (V.Narr.:Marta)]. Por segunda vez Marta es llamada buena irónicamente (REF. Ironía).

Entre los inmigrante que llegan a la zona montañosa después de 1830 no era raro encontrar prófugos de la justicia (REF. Cod. Social). De acuerdo a Fernando Picó, en Utuado:

> Quincalleros, curanderos, artesanos itinerantes, soldados licenciados, ex-convictos, y todos los otros para quienes la frontera interna ofrecía algún atractivo, están llegando . . . a través del siglo 19 [2].

(116) Voz: Mar., Deb.

-¿Y por qué le llevaron a V. a presidio?

-Esa es historia vieja. Un día se me subió la bebida a la cabeza, reñí con otro hombre y le maté. Fui preso y condenado a doce años de presidio. Primero, estuve a punto de morir de rabia; después, me propuse aprovechar una ocasión...Llegó al fin. Nos llevaban a trabajar a las obras de una carretera y en un momento bien aprovechado, le metí la cabeza al monte. He recorrido, huyendo, toda la cordillera hasta que llegué a estos lugares, en donde tento un pariente. Comí frutas del monte y pedazos de bacalao que me daba la caridad de los vecinos que iba encontrando en el camino. No sé a donde voy, ni lo que será de mí. No tengo casa ni me atrevo a bajar al llano; sé que me persiguen. Ya sabe V. mi historia. Hoy, me sentí enfermo; mi cuerpo de hierro temblaba con las lloviznas y sentí que me desmayaba. Bajé por esa vereda y encontré este bohío. Después, gracias a su caridad, aquí estoy y ya me siento caliente y repuesto. ¡Dios le pague a Ud., buena vieja, el bien que me hace!

Deblás comienza su historia. Esta narración es una segunda retrospección: una historia dentro de la historia que está contando el narrador, (REF. Cronología: Retrospección). Deblás cometió un crimen como producto del alcohol (REF. Alcoholismo). Por tercera vez se califica a Marta de buena (REF. Ironía).

(117) Voz: Narr:

Marta escuchaba el relato con los ojos muy abiertos. Si aquel hombre abrigaba traidoras intenciones, no la sorprendería dormida.

Conocedora de los rincones de la casa, alcanzó en la sombra el mango de una azada vieja y le atrajo hasta colocarlo previsoramente a su lado. Si el desertor hacía el más ligero movimiento sospechoso, ella se sentía con

fuerzas para hundirle el cráneo al primer golpe. Así, sin dormir, pasó la noche, mientras el prófugo roncaba tranquilamente.

Muy temprano cambiáronse algunos cumplidos. Marta, agradecida de su huésped, porque había dormido sin malas intenciones, se dignó magnánimamente partir con él el borroso café. Aquella mañana el nieto alcanzó poca dosis del desayuno. El desconocido se despidió dando las gracias.

-Yo no olvidaré su caridad-dijo-. Si alguna vez me necesita usted, puede contar conmigo. ¿Cómo se llama usted?

-Me llamo Marta. ¿Y usted?

-Yo... contestó el otro receloso y mirando a todos lados-yo me llamo Deblás.

Y desapareció en el bosque, llevándose el gran peso que su presencia había acumulado sobre el ánimo cobarde de Marta.

El relato regresa al presente de la noche de la casa de Marta. Este presente es pasado respecto al tiempo en que se desarrolla la acción de la novela. Deblás se marcha diciendo: Yo no olvidaré la caridad. ... (ACC. Pacto:2: Sellar el pacto). Aunque el narrador afirma que Marta es cobarde, de su actuación durante la estadía de Deblás en su casa se deduce que es serena ante el peligro y astuta.

(118) Voz: Narr.

En aquella otra mañana, las mujeres de la granja de Juan del Salto, rieron mucho tiempo a expensas de la avara, suministrándola, en lo posible, los cachivaches que con voz estudiadamente amable les pedía. Acostumbradas a sus diarias visitas, se la consideraba un ser digno de lástima, aunque, a veces, le echaban en cara su avaricia y su crueldad con el netezuelo [sic].

El tiempo regresa al presente de la novela (REF. Cronología: presente). Además de avara y malvada, Marta es hipócrita: pedía con voz estudiadamente amable [SEM. Hipocresía (V. Narr.: Marta)]. De la lexia

No.106 a la No.118 se ha contado la historia de Marta. Esta historia ha seguido los siguientes pasos:

1) No. 106 Introducción.

2) No. 107 Diálogo. (Marta se caracteriza a sí misma).

3) No. 108 Narrador resume caracterización de Marta.

4) No. 109 Descripción del estilo de vida de Marta. 1ra mención al escondite. El narrador afirma que nadie sabe en qué invierte su dinero.

5) No. 110 Descripción ascendente del grado de avaricia.

6) No. 111 Clímax de la avaricia: se convierte en maldad.

7) No. 112 Continúa descripción del estilo de vida de Marta. Segunda mención al escondite. El narrador es portavoz de la opinión popular: Marta esconde el dinero.

8) No. 113 Retrospección. Introducción a presentación de Deblás.

9) No. 114 Diálogo. Tercera mención al escondite. Marta afirma que el dinero está en el monte.

10) No. 115 Deblás entra. Dice que es prófugo.

11) No. 116 Retrospección. Historia de Deblás.

12) No. 117 Deblás promete a Marta no olvidar su hospitalidad. Relato regresa al presente de la noche en casa de Marta que, a su vez, es una retrospección en la narración.

13) No. 118 Final de la historia. Regreso al presente de la narración.

(119) Voz: Narr.

Todavía hubiera continuado por más tiempo la juerga bromista si por la vereda que conducía a la explanada no hubieran aparecido dos jinetes.

Se introduce la escena que vendrá a continuación. (ACC. Reunión:2: Interrupcción de la reunión).

(120) Voz: Narr.

Caminaba delante el Padre Esteban, cura de la Parroquia, que recogidos los hábitos hasta el arzón, mitad cura, mitad seglar, dejaba ver las piernas forradas por las botas de montar. Seguíale Ciro, montado en una mula aparejada con inmensas albardas que casi ocupaban el ancho de la vereda.

Presentación del padre Esteban. La breve descripción inicial de este personaje indica que se trata de un sacerdote que no vive aislado de la sociedad: mitad cura, mitad seglar (SEM. Vida mundana (V. Narr.: Padre Esteban)], que es activo: Las piernas forradas por las botas de montar [SEM. Actividad (V. Narr.: Esteban)].

(121) Voz: Narr.

El Padre Esteban, en funciones de su ministerio, recorría con frecuencia las montañas. Era un hombre de cincuenta años, de genio muy vivo y complexión enérgica. Cosa corriente era verle aparecer por los cerros inesperadamente, cuando algún campesino, queriendo reconciliarse con la fe, le llamaba a su lado.

Se da la edad del padre Esteban (REF. Cronología: Edad de los personajes) y se caracteriza como un sacerdote dedicado a su ministerio [SEM. Dedicación al trabajo (V. Narr.: Esteban)].

(122) Voz: Narr.

En aquella ocasión, andaba por el barrio desde la tarde anterior. Hizo noche en una cabaña y, viniéndole de paso, quiso de regreso entrar en la granja de Juan.

Juan y él, se entendían perfectamente. Ambos amaban la investigación y con gran facilidad se enmarañaban en arduas y apasionadas discusiones.

El padre Esteban es un hombre con preocupaciones intelectuales [SEM. Intelectualidad (V. Narr.: Esteban)]. Ambos amaban la investigación.

A principios de la década de 1880 Zeno Gandía trabaja como médico y vive en el pueblo de Guayanilla. Allí traba amistad con el presbítero de la iglesia del pueblo, el padre José M. Nazario, y realizan juntos largas investigaciones históricas. Años más tarde publican aquel trabajo. Es posible que el personaje del padre Esteban haya tenido su origen en el cura de Guayanilla. (REF. Biografía del autor) (1ra. parte, Cap. IV, primera parte, p. 162).

(123) Voz: Narr.

El padre Esteban era un carácter abierto, franco. Su condición de sacerdote no había logrado imponerle esa solemnidad amanerada con que a algunos de su ministerio les gusta mostrarse, como si fueran hombres distintos, naturalezas más perfectas, seres óptimos.

La personalidad del cura, sugerida anteriormente (No. 120), se describe ahora. Es un sacerdote preocupado por las cosas del mundo, no vive alejado de la realidad [SEM. Vida mundana (V. Narr.: Esteban)].

(124) Voz: Narr.

No, el P.Esteban se pirraba por un buen vinillo, fumaba, si podía, buenos vegueros y comprendía con instinto esencialmente humano, que unos ojos negros de mujer hermosa pudieran empujar a ciertos pecadillos.

Era, en suma, un carácter alegre, expansivo, al alcance de todo el mundo; sin que esto excluyese alguna que otra exageración genial con la que probaba en determinadas ocasiones, que no era tan oveja como pudiera aparecer, y el natural apegamiento y convicción en asuntos del culto.

Se ha mencionado dos veces la mundaneidad del sacerdote. Ahora se dan los hechos concretos sobre los que el narrador hace sus afirmaciones: bebe, fuma y le gustan las mujeres. Esta caracterización, aplicada a un

sacerdote, podría ser negativa, pero inmediatamente después se anula o encubre esta significación, al modificar lo dicho anteriormente con la afirmación de que era un carácter alegre, expansivo. A pesar de esta aclaración la valoración moral del sacerdote es ambigua en el contexto de la obra. Como veremos más adelante, el padre Esteban es fiel cumplidor de sus deberes religiosos. Su caracterización es siempre muy positiva si nos atenemos sólo a lo que el narrador dice de él, pero por otro lado, él es el único personaje de los representantes de la élite criolla que muestra gusto por el alcohol, aunque sea con la moderación que representa un buen vinillo. El alcohol es, en el universo de la novela, el enemigo más encarnizado que pueden tener las buenas cualidades humanas. Sólo en una ocasión aparece Juan del Salto bebiendo licor: cuando brinda un aperitivo al sacerdote porque el cura expresa su deseo de beber: Juan se dispuso a complacer sus deseos. Bebieron un moscatel que, aunque muy alcoholizado, pasaba por bueno en la comarca (No. 129). Veremos más adelante como el doctor Pintado, *alter ego* de Juan del Salto, representante, junto con el hacendado, de las ideas científicas acordes con los tiempos *modernos* , bebe vasos de agua cristalina en el Capítulo IX. El narrador destaca este hecho. Juan del Salto vive una vida ascética, alejado de las pasiones humanas que el sacerdote tanto aprecia. De lo dicho anteriormente podemos inferir que en la descripción del gusto del padre Esteban por los placeres mundanos se esconde una crítica al clero. En *La charca* no hay términos medios en cuestiones morales: se es moral o inmoral.

El padre Esteban es el portavoz del viejo orden, de las viejas ideas. Es un hombre bien intencionado, pero atrasado en su manera de percibir el mundo y en su actuación (REF. Viejo orden). En el contexto de la novela su

expansividad no es una característica deseable, ni un modelo de conducta a seguir satisfactorio . El modelo de ser humano superior que propone la obra tiene como guía una moral espartana y como objetivo la consecución de un súper hombre muy parecido al propugnado por Nietzsche.

(125) Voz: Narr.

Su amistad con Juan, íntima e igual, venía de viejo, amistad que conoce los rincones de la casa amiga, los secretos de todos los parientes. El padre Esteban llegaba siempre allí con la familiaridad de quien conoce bien el camino.

[SEM. Intimidad (V. Narr.: Esteban)].

(126) Voz: Narr.:

Ciro, el hermano menor de Marcelo, había sido enviado el día anterior al poblado. Todas las semanas solíase enviar un emisario listo para llenar competencias necesarias al servicio de la granja. De regreso, Ciro, muy de mañana, encontró en el camino al padre Esteban, y siguiendo sus huellas llegaron junto a la finca.

Se sitúa la acción en el tiempo (REF. Cronología).

(127) Voz: P. Est.:

-Buenos días-decía pocos momentos después Juan al padre cura, - buenos días. Dichosos mis ojos que le pueden ver tan fuerte como siempre y tan diestro en este afanoso repechar de las montañas.

-Hombre, no va mal. Ayer tarde, por ahí, por esas abras, agonizaba un infeliz. Me quiso a su lado (cosa que va siendo rara entre estas ovejas sin ato) y yo cumplí a su cabecera mi divino oficio.

Juan del Salto y el padre Esteban se reúnen (ACC. Reunión:1: Discusión sobre males sociales). En el siglo XIX el campesinado puertorriqueño se alejó de la iglesia católica por varias razones: el aislamiento y la dificultad de los sacerdotes para atender la feligresía dispersa en las montañas fueron algunas de ellas. Además, en aquel siglo,

debido a la solidaridad de intereses y el miedo común a las ideas separatistas, la iglesia católica se alió, cada vez más, a las instituciones gubernamentales. La iglesia y el gobierno eran uno, la mayoría de las veces, para la percepción del campesino, que llegó a rehuir el contacto con ambos (REF. Religión) (1ra parte, Cap. IV, primera parte, pp.166-167).

(128) Voz: P. Est.

Pero anoche no pude regresar: era muy tarde. Dormí allá arriba ¿qué sé yo donde? En casa de un saltamontes, a juzgar por lo escabroso de su vivienda. Siempre fue misericordia el darme donde dormir ¿eh?. . . pero, ¡qué noche, amigo! ¡qué noche! Me chupaba los dedos de frío.

Y el P. Esteban refirió los detalles de la noche en la selva. Tuvo que dormir vestido y con botas para defenderse de los helados hilos de aire que por los intersticios del tabique se filtraban como soplos misteriosos. Juan reía y protestaba. El P. Esteban debió hacer noche allí, en su finca, en donde hay hogar hermético y frazadas capaces de hacer sudar a un carámbano. Mas el sacerdote no era hombre exigente; llegó la noche, le sorprendió entre dos barrancos, y por allá pernoctó tan santamente. Ahora la cosa variaba: hacía buen día y no eran granos de anís las millas que había que correr hasta llegar a la feligresía.

El padre Esteban no es exigente en cuanto a comodidades físicas: duerme donde se presenta la noche. Esta es una cualidad que comparte, aunque en grado muy limitado, con los campesinos porque ambos pertenecen, ideológicamente, al viejo sistema. El sacerdote duerme tan santamente donde le coge la noche, en vez de ir a quedarse con Juan del Salto, en donde puede hacerlo confortablemente. Recuérdese la amonestación de Juan al viejo labrador cuyo hijo no ha acudido a trabajar (Nos. 42-43). De acuerdo al hacendado, los campesinos son estoicos para soportar la adversidad, pero este estoicismo es una cualidad negativa porque los hace conformistas Una de las razones que da el narrador para explicar porqué Silvina y Leandra viven juntas aunque se llevan tan mal, es el

estoicismo (No. 14). Repetidamente se habla del conformismo del campesinado con sus pésimas condiciones de vida. En contraste con esta vida, carente de comodidades materiales, se encuentra Juan del Salto. Su comodidad contrasta con la carencia de los campesinos (SIM. Antítesis: Miseria/Riqueza).

(129) Voz: Narr.:

Por lo tanto, se le impuso la necesidad de un buen aperitivo como avanzada de un mejor almuerzo.

Juan se dispuso a complacer sus deseos. Bebieron un moscatel que, aunque muy alcoholizado, pasaba por bueno en la comarca. Y así, en cordiales expansiones, esperaron la hora del almuerzo.

El sacerdote y Juan comparten una vieja e íntima amistad, por lo tanto, ante la urgencia del padre Esteban, Juan bebe para complacerlo. No lo hace por iniciativa propia. Aun cuando se trata de un vino delicado, un moscatel, el narrador, solidarizado con la posición abstemia del hacendado, comenta que tenía demasiado alcohol [SEM. Abstención alcohólica (V.Narr.: Juan del Salto)].

(130) Voz: Narr./P. Est./ J. del S.

Como siempre sucedía, la conversación recayó en el tema predilecto. Las cosas de la vida, el estado social de la colonia, la miseria pública, la nerviosidad de las costumbres, la necesidad de una gran espumadera que depurase el corrompido menstruo de las cordilleras...

De todas las expresiones despectivas sobre el campesinado que aparecen en la novela, probablemente ninguna es presentada por medio de una imagen tan negativa como ésta en que la desvalorización se hace comparándolo con la menstruación de la mujer. Además de despreciarse a los campesinos se desprecia la biología de la mujer, su cuerpo [SEM. Desprecio (V. Narr.: Campesinos/Mujeres)]. Esta opinión, dicha a través del

narrador expresa el pensamiento de los dos amigos, quienes están de total acuerdo en este punto.

(131) Voz: P. Est./Narr.

-Y la única depuración posible- decía el sacerdote con tono convencido-, lo único que puede sanear este osario de vivos es la fe. Sí,la fe, que llena de salud el gran pulmón del mundo; la sublime fe, que redime a los esclavos del espíritu. Es preciso que este montón de ilotas levante la cabeza y vea detrás de esta bóveda azul la felicidad suprema de otra vida. ¡Que crea en Dios, hombre, que crea en Dios! Porque aquí no se cree en nada, aquí no se espera nada. Esta gente vive muriendo, acabándose poco a poco a cambio de placer, como la piel de zapa de Balzac...

El padre Esteban es el portador de la hipótesis religiosa sobre los males del pueblo. Todos los problemas provienen de la falta de religión. Hay dos expresiones despectivas: osario de vivos y montón de ilotas [SEM. Desprecio (V. P. Est.: Campesinos)]. La alusión a una novela de Balzac indica que el sacerdote es una persona educada (REF. Literatura francesa).

(132) Voz: Narr./ J. del S.:

Juan sonreía, haciendo movimientos negativos con la cabeza. Como de costumbre, la gran cuestión estaba planteada. El padre Esteban, empeñado en salvar la sociedad arrastrándola en el carro de las creencias. No; aquello era volver sobre lo mismo: encerrarse en el secular círculo vicioso de todos los escolásticos. Para crerr es menester reflejar sobre la materia organizada el haz luminoso de ideas que inspiren las creencias; es menester digerir esas ideas en el admirable estómago perceptivo del cerebro transformándolas después en juicios justos, serenos, sensatos, razonables...Y el cerebro de aquellas gentes precedía doliente a las enfermizas reacciones de un cuerpo herido de muerte. ¿Cómo, entonces, pedirles aquella soberbia digestión del pensamiento para forrarles el cuerpo de convicciones inconmovibles capaces de resistir las luchas contra el genio del mal?

Juan habla a través del narrador. Combate la religión dogmática tradicional. Aboga por la prioridad del cuerpo sobre el espíritu. Plantea su tesis sobre la deficiencia biológica con la que el lector ya se ha familiarizado (Nos. 50-60).

(133) Voz: P. Est., Narr.

El padre Esteban escuchaba con impaciencia.

-No-decía-; ¡error!!, ¡¡error! y ¡error! La fe no necesita ese flujo de ideas que la filosofía profana exige como condimento irremplazable de sus manjares. Para creer basta con creer. Que suene la campana de la iglesia; que el ruido se desdoble con vibración mística y abarque los horizontes; que llegue del llano a la cumbre; que suba como onda suave y penetre en todos los hogares y llegue a todos los corazones, y todos los corazones experimenten la emoción del humilde ante el grande: eso es fe. Que se ilumine el altar; que irradien fulgor cariñoso los cirios; que se desprenda el aroma del incienso; que los fieles sientan el poderoso atractivo de la dicha entrevista y lleguen y se prosternen y oren; eso es fe. Que la palabra de Dios acaricie como mano maternal, desde el púlpito, las cabezas dobladas de los devotos; que explique en olas de elocuencia los sagrados misterios de la iglesia; que se desgranen sobre el concurso, como bendita simiente, las leyes religiosas, y ese concurse escuche, y se conmueva, y rece contrito, y aspire al perdón de sus culpas: eso es fe. Y no lo dude usted: eso salva las clases y regulariza el mundo, y en estos montes llenos de parias haría levantar una clase regulada, ennoblecida por el trabajo y la redención. Pero no...Suena la campana, y como quien oye llover; se ilumina el altar, y abren con estupidez la boca para seguir las espiras humosas de los cirios; habla el sacerdote desde el púlpito, y por un oído les entran y por otro les salen las palabras. ¡Hay que insistir, hay que luchar! Fe, y sólo fe, puede salvar esta generación de fantasmas, sacándola de la alberca en que se revuelve.

El padre Esteban no analiza las causas del mal social, lo atribuye a la falta de fe y propone como solución el incremento de un catolicismo prácticante, basado en los ritos (REF. Catolicismo practicante). De nuevo se caracteriza despectivamente a los campesinos: parias, generación de fantasmas [SEM. Desprecio (V.P.Est.: Campesinos)]. A pesar de que los medios para sanear al pueblo son distintos a los propuestos por Juan del Salto, la finalidad que persigue el sacerdote es la misma que la del hacendado: disciplina en el trabajo. La religión regularía a aquella clase.

(134) Voz: Narr./ J. del S.

Juan negaba, interrumpía al padre Esteban, trataba de probarle que no era posible tan honda influencia en las prácticas religiosas. Las religiones positivas eran efluvios efusivos del sentimiento, que, cuando no perfección

más absoluta, necesitaban, para nacer en el hombre, que éste tuviera organización nerviosa suficiente para determinarlas. Además, pueblos enteros exagerando los sentimientos religiosos habían caído en la superstición, estacionándose en la ignorancia. El consideraba anacrónicas tales filosofías. Decía que los tiempos son hoy de análisis, de amplio examen, de libre crítica; que era menester investigar en los horizontes, porque lo mismo los fenómenos físicos que los morales se encadenan y gravitan entre sí como los astros.

Juan no ataca la religión, sólo propone una forma de fe *moderna* , a través del razonamiento.

A partir de la década de 1870 Puerto Rico comienza a gozar de una moderada tolerancia religiosa. Distintos grupos de extranjeros provenientes de países en donde predominaba el protestantismo practican sus creencias en privado. Para la época en que se escribe la novela, gran parte de la intelectualidad liberal latinoamericana, imbuida de las ideas del positivismo, estimaba que la religión católica era una forma de fe obsoleta. Además, la iglesia católica como institución era rechazada al percibirse como representante del colonialismo español. Entre los intelectuales puertorriqueños se populariza la investigación de creencias esótericas como las compartidas por los teósofos, los rosacruces, etc. Muchos de los descontentos con el catolicismo abrazaron la masonería; veían en ella una forma de fe más apropiada para los nuevos tiempos. Zeno Gandía se encontraba entre este grupo de masones (REF. Masonería). (1ra parte, Cap. IV, segunda parte, p. 219).

(135) Voz: Narr./ P. Est.

El padre Esteban alzaba la voz, discutiendo con calor. Aquello era la disipación, la crápula del buen sentido. La fe era una potencial como la honda agitada en torno de la mano del hondero. Una vez abierta esa mano, iba la piedra, arrojadiza y veloz, a determinar la amplia trayectoria. La creencia era como la honda: iniciado el sentimiento a través del tiempo y

venciendo todos los obstáculos, volaba trazando inmensa trayectoria para ganar las lontananzas de lo porvenir.

El sacerdote insiste en su teoría religiosa (REF. Tesis religiosa).

(136) Voz: Narr., J. del S.

Y Juan, sintiéndose poseído de entusiasmos analíticos, se enardecía también, se acaloraba, penetrando en ideas de otro orden y en profundidades en que habían pensado muchas veces.

-No, Pater-decía-; su natural devoción por el dogma religioso le hace considerar como causa lo que es sencillamente efecto. El descreimiento, la indiferencia que observa usted en estas gentes, no obedece a otra causa que a la ineptitud para pensar. Concedo que en el corazón de otros pueblos obre como causa la propaganda impía que aleja a las multitudes del culto, relajando los vínculos de la fe. Pero aquí, no. Es imposible que haya creencias donde no hay creyentes...

Juan del Salto rechaza la idea de que la intromisión de alguna otra religión entre el pueblo sea la causa de la falta de fe. No creen porque son incapaces de pensar [SEM. Estupidez (V. J. del S.: Campesinos)].

(137) Voz: P. Est., J. del S.

-¿Y por qué no los hay?... Porque no se les ha formado el alma...

-No; porque no se les ha formado el cuerpo... Y para probar a usted la firmeza de este parecer, le diré que aquí las supersticiones dominan tanto como los vicios. Y al cabo, ¿qué son las supersticiones más que productos morbosos?

Las supersticiones a que se refiere el hacendado aquí forman parte del catolicismo popular que había tomado forma en Puerto Rico para fines del siglo XIX (REF. Religión) y del que habla Salvador Brau, entre otros escritores, en su ensayo *La campesina* (1ra. parte, Cap. IV, pp. 189). El diálogo entre Juan y el sacerdote, hasta este momento, constituye una introducción para la teoría del hacendado, que aparece a continuación, sobre el origen de los males del campesinado.

Juan del Salto rechaza la idea de que la intromisión de alguna otra religión entre el pueblo sea la causa de la falta de fe. No creen porque son incapaces de pensar [SEM. Estupidez (V. J. del S.: Campesinos)].

(137) Voz: P. Est., J. del S.

-¿Y por qué no los hay?... Porque no se les ha formado el alma...
-No; porque no se les ha formado el cuerpo... Y para probar a usted la firmeza de este parecer, le diré que aquí las supersticiones dominan tanto como los vicios. Y al cabo, ¿qué son las supersticiones más que productos morbosos?

Las supersticiones a que se refiere el hacendado aquí forman parte del catolicismo popular que había tomado forma en Puerto Rico para fines del siglo XIX (REF. Religión) y del que habla Salvador Brau, entre otros escritores, en su ensayo La campesina (1ra. parte, Cap. IV, pp. 35-36). El diálogo entre Juan y el sacerdote, hasta este momento, constituye una introducción para la teoría del hacendado, que aparece a continuación, sobre el origen de los males del campesinado.

(138) Voz: J. del S.

Desengáñese, mi querido Pater, las causas de este gran infortunio se remontan a lejanos orígenes. Imagine usted un elemento étnico venido a la colonia en días de conquista para sufrir una difícil adaptación a la zona cálida. Aquel elemento inicial no pudo prosperar físicamente: las luchas, los recelos, las acampadas a la descubierta, las influencias del nuevo suelo, la dureza del nuevo clima, la diversidad alimenticia...; todo, en fin, desecó aquellas corrientes de vida, empobreciendo la generación trashumante y deprimiendo la estirpe. Después vinieron los cruces. ¡Cuánta mezcla! ¡Qué variedad de círculos tangentes! Un cruce caucásico y aborigen determinó la población de estas selvas. También la hembra del conquistador engendró en la nueva zona a los hijos del recién llegado; pero éstos fueron los menos, porque la hembra europea tardó en venir al paraíso encontrado en los mares. La hembra aborigen fue el pasto; su gentileza bravía, el único manjar genésico, el único fecundo claustro en donde se formó la nueva generación. Esa mezcla fue prolífica, ¡pero a qué precio! El tipo brioso de la selva cedió energía física; el tipo gallardo y lozano que pisó el lampo de occidente, cedió robustez y pujanza. De esta suerte, el compuesto nacido, el tipo derivado,

resultó físicamente inferior; organización deprimida, que había de ser abandonada al discurrir de los siglos. La raza aborigen fue débil ante el choque y sucumbió, borrándose para siempre del haz de la tierra. Su prole, el tipo hijo de la mezcla, fue engendrado en la desgracia, en el recelo, bajo la sugestión del miedo, en el amplio tálamo de los bosque, bajo la imposición del más fuerte. La hembra fue máquina. El amor, hijo del ensueño, humareda del sentimiento, armonía del espíritu, no tomó parte en la impregnación. Fue un ser caído bajo el ardor epiléptico de otro, en medio de la grandeza de un suelo lleno de esplendores, en la umbría lujuriosa de las selvas, bajo el galvanismo del sol ardiente. Y allí, de esa caída, se levantó la nueva estirpe; la congénere de la que debía poblar el Canaam del siglo XV, la región más hermosa de la tierra. Después, el tiempo hizo lo demás. Nuevas tangencias de vida continuaron la labor. La marmita generadora continuó produciendo nuevas capas, cada vez menos fuertes, cada vez más deprimidas, cada vez más desemejantes a la originaria. ¡Horrible corriente, que va fatalmente a la muerte! ¡Caudal de vida condenado a extinguirse bajo la depresión constante que fermenta en los organismos!

Y así diciendo, Juan se erguía, enardecido, elocuente, formulando los conceptos con profunda convicción, como quien departe sobre lo que tiene aprendido, como quien abriga la seguridad de convencer a los demás.

Las causas de la deficiencia biológica que, según Juan del Salto, padece el pueblo, ya habían sido introducidas por él (Nos. 50-51) y aquí son desarrolladas para tomar forma de hipótesis. La inferioridad del campesinado puertorriqueño tiene un origen racial y geográfico (REF. Determinismo científico). La mezcla de indio con europeo dio como resultado un ser humano inferior. Los europeos que no se mezclaron también tuvieron una prole degenerada debido a una adaptación deficiente al clima tropical (REF. Determinismo geográfico). De acuerdo a esta hipótesis, el campo de Puerto Rico se pobló de estas mezclas de aborígenes y españoles; el elemento africano queda excluido. Sin embargo, está documentado que en los pueblos de las montañas de Puerto Rico habitaron negros y mulatos desde sus fundaciones, aunque no fuera en una proporción tan grande como en las áreas costeras (1ra. parte, Cap. II, pp. 35-37).

(139) Voz: Narr./P. Est.

El padre cura, en tanto, movíase impaciente en su asiento o paseábase por la habitación; a veces poniéndose muy serio; a veces sonriendo desdeñosamente. ¡Qué tanta fanfarria! ¿Adónde se iría a parar si para saber lo que padece el enfermo hubiera que preguntárselo a los abuelos comidos ya por los gusanos? Aquel modo de discurrir estaba fuera de la realidad. Ni más ni menos que el problema del cuento: ¿quién fue el primero, el huevo o la gallina? Vamos, la cosa no era tan ardua. Enseñanza, cultura, prédicas, buen ejemplo: he ahí el modo de dominar la fiera.

-Porque tampoco es cosa de abandonarles-decía-. Es forzoso hacerles entrar en el cauce, es menester encaminarles de algún modo...

La solución propuesta por el padre Esteban es, fundamentalmente, la educación del pueblo en general con hincapié en la instrucción religiosa (REF. Reformismo: Educación). El pueblo es comparado con una fiera a la que es necesario domesticar [SEM. Primitivismo (V. P. Est.: Campesinos)].

(140) Voz: J. del S., P. Est.

-Sí; pero ese modo debe ser eminentemente humano y eminentemente físico.

-Mucho habrá que rebuscar para descubrir la droga que opere el milagro.

-No tanto..., aunque la redención tiene que ser lenta.

-Pero habrá que iniciarla algún día, supongo.

-Sí, para que se consuma a la larga.

-¡Es terrible tener que aguardar a los siglos futuros para resolver problemas!

Juan del Salto también cree en la necesidad de reformas, pero parte de su tesis biológica y piensa que lo primero que hay que mejorar son las condiciones físicas. El hacendado estima que no existe la posibilidad de mejoramiento a corto plazo, ya que el problema del pueblo proviene de su constitución genética (REF. Reformismo: Biología).

(141) Voz: J. del S.

-En la vida de los pueblos, un siglo es un minuto. La constancia y el tiempo conquistan el mundo. Si ese problema ha de ser resuelto, vendrán olas de nueva vida, torrentes de extraño vigor, prodigalidad de previsores cruces étnicos, los alientos, la vitalidad que aquí faltan, el medio ambiente de libertad sincera y honrada que no se tiene. Vendrá la savia de una alimentación positiva que en el equilibrio funcional no produzca déficit; vendrá, por todos los medios, la escuela obligada, la vacuna impuesta, la higiene forzosa, la defensa imperiosa contra los agentes atmosféricos y telúricos; el servicio militar, que convierte al débil recluta en robusto veterano; el fomento de la caza, que hace sacudir la molicie y premia la agilidad; la necesidad de indumentaria que despierta rubor por la desnudez; el fomento de cultivos alternantes que permitan sana variedad alimenticia; el estímulo que inicie una urbanización reglamentada, lógica, sana, barata, y, sobre todo, vendrá la mano piadosa que arrebate a estas gentes el veneno lento, el miserable enemigo de su salud, de su paz, de su redención...: ¡el alcohol!

En este párrafo Juan del Salto explica su plan de reformas de amplio espectro: biológicas, políticas, económicas y culturales. Es necesario cambiar completamente al pueblo que, si se ha de salvar, será con la ayuda del exterior. Es necesario que lleguen ...olas de nueva vida, torrentes de extraño vigor, prodigalidad de previsores cruces étnicos. ... (REF. Reformismo). Conocemos la admiración del autor de *La charca* hacia el progreso. Sabemos que para Zeno Gandía, como para tantos otros liberales latinoamericanos, el país representante por excelencia de ese progreso era los Estados Unidos y sus habitantes. Esta admiración, unida a la creencia de que la inferioridad del pueblo puertorriqueño le impedía ayudarse a sí mismo, fue la que condujo a Zeno Gandía a abogar por la anexión durante la comisión a Washington en 1899. En *La charca*, cuando Montesa sale del país el clima frío, de acuerdo al narrador, lo robusteció, lo hizo sajón y este cambio lo convirtió...en tipo apto para el cruce selectivo de su especie... (No. 95). No es aventurado pensar que las olas de nueva vida a que se refiere Juan del Salto en este pasaje procederán de los Estados Unidos.

(142) Voz: P. Est., J. del S.

-Pero, ¿y la Iglesia, hombre? ¿Dónde me deja usted la Iglesia?

-La Iglesia llegará, con la cultura, a los corazones aptos para sentirla. Primero, la salud; luego, la creencia en quien quiera creer.

-¡En lugar secundario! ¡No, y cien veces no! Primero, la creencia; luego, la salud del alma; después, la salvación del cuerpo, la redención de la materia...

-En los grandes fenómenos de la Naturaleza no hay ni preferencias ni pretericiones.

-Bien; pero...

-Todo es primario, todo es importante, todo es trascendental.

-Mas hay que partir de anchas bases, y la religión es un punto de partida que...

-Nada es primero, nada es último. Tome usted en su mano una esfera absoluta: todo es redondo, ¿verdad? ¿Podría fijarse el punto en que esa esfera empieza y el punto en que acaba? ¡Imposible! Pues bien; nuestra tesis es como aquella esfera: dondequiera que se ponga el dedo puede ser punto de partida. ¡Todo es primero, nada es último!...

Y entregándose al almuerzo, comieron y rieron con la jovialidad de dos amigos de colegio.

El sacerdote insiste en la prioridad del espíritu sobre el cuerpo para sanear el mal social (REF. Tesis religiosa). Juan afirma que todo tiene que solucionarse a la vez, el padre Esteban afinca una vez más su posición espiritual (REF. Tesis religiosa). Juan insiste en que todo es igualmente importante.

(143) Voz: Narr., P. Est., J. del S.

En aquel momento avisaron que el almuerzo estaba servido. Platicando siempre, los dos amigos se dirigieron al comedor, en donde, servida la colación, humeaban los manjares con apetitoso atractivo. habíanse ya sentado, y todavía el padre Esteban filosofaba:

-Todas esas ideas son bonitamente inmorales. Lo primero es lo primero. La fe, ¡qué gran remedio! ¡Qué medicina tan...!

-Mire usted, Pater-interrumpió Juan, destapando una fuente y descubriendo un gran pedazo de carne-, mire usted: he aquí una de las medicinas que necesita ese pobre enfermo...

La llegada del almuerzo interrumpe la discusión. (ACC. Reunión:2: Interrumpir la discusión). La tesis del padre Esteban, en la que aún persevera, pierde validez ante la materialidad de la comida que se dedica a consumir junto al hacendado. La afirmación de Juan, no ya sobre una tesis abstracta, sino sobre la carne que tienen en ese momento encima de la mesa es una conclusión contundente e irrebatible de que el cuerpo debe ser atendido antes que el espíritu (REF. Tesis biológica).

De la lexia No.129 a la141 se ha debatido el problema social de Puerto Rico. El sacerdote, representante del clero criollo, propone la redención por la fe. Juan del Salto, representante de los hacendados criollos, propone la regeneración biológica y reformas sociales y económicas. La tesis del sacerdote está expuesta en las lexias Nos. 130, 132, 134, 138 y 141. La del hacendado se expone en las lexias Nos. 131, 133, 137, 140 y 141. Ambos exponentes han utilizado el mismo número de ocasiones para expresarse. Sin embargo, el razonamiento del hacendado tiene mucho más peso en el texto. El argumento del sacerdote es subjetivo y retórico, no tiene explicaciones sobre el origen de la situación ni sugerencias definidas para mejorarla; sólo propone aumentar la fe. En cambio, Juan del Salto elabora una hipótesis (No. 137) sobre el origen del mal: la degeneración biológica y ofrece las soluciones: regeneración biológica y reformas socio-económicas (No. 140). La conclusión de la discusión no se da en palabras, sino con hechos: el almuerzo que concluye el capítulo.

El tiempo de este capítulo se extiende desde un martes al amanecer hasta la hora del almuerzo. Hay tres retrosprecciones: en la primera (Nos. 89-99) se cuenta la historia de Montesa; en la segunda, la de la noche en que Marta conoció a Deblás (Nos.113-115,117) y en la tercera la historia de Deblás en su aspecto de delincuente (Nos.116). La historia de Deblás ha sido narrada adentro de la historia de la vieja Marta: una retrospección adentro de otra.

Este capítulo corresponde al paso No. 3 que Claude Bernard propone como modelo para cualquier experimento científico (2da. parte, Cap. II, p.318).

Notas

[1] (Río Piedras: Editorial Edil, 1983), p. 47. La cursiva es mía.

[2] *Libertad y servidumbre*, p. 73.

Capítulo IV

(144) Voz: Narr.

Junto al río, sentados sobre un prado de musgo, varios campesinos jugaban naipes. Había allí un bosquecillo, un lugar oculto de las miradas que transitaban por el caminos y situado detrás de la tienda de Andújar.

El juego, uno de los vicios fundamentales del pueblo desde la perspectiva de los escritores que lo analizaba, se ha mencionado anteriormentet (No. 25). Ahora se describe una de aquellas sesiones (ACC. Juego:1: Partida de juego prohibido). La descripción del lugar donde se celebra la partida es muy similar a la que da Salvador Brau cuando habla de la misma actividad en *Las clases jornaleras de Puerto Rico* (REF. Literatura) (1ra parte, Cap. IV, primera parte, pp. 180-181).

(145) Voz: Narr.

Deblás, manoseando una sucia baraja, dirijía (sic) la contienda: contienda del azar o de la trampa.

Colocaba las cartas sobre el suelo pavimentado por la prolífica fumaria; metodizaba las apuestas; iba luego descubriendo y cobraba a los que perdían. Se cruzaban apuestas de ochavos, de una peseta a lo sumo y, en la banca, se apiñaban un montón de monedas que el ansia de los jugadores agrandaba.

La descripción de la baraja, sucia físicamente, reafirma la idea de la suciedad moral del juego [SEM. Inmoralidad (V. Narr.: Juego)]. La cantidad apostada revela la pobreza de los jugadores [SEM. Miseria (V. Narr.: Campesinos)].

(146) Voz: Narr.

Deblás, perseguido por la justicia, había encontrado en la comarca un buen escondite. Su primo Andújar le protejía (sic). Este, más de una vez, desvío a la policía forestal despistándola y sustrayendo de sus garras la presa.

Para un hombre como Andújar, un primo como Deblás podía ser útil en ciertos momentos. Es verdad que se veía obligado a sostenerle con dinero y vituallas, mas era preferible tal dispendio, a tener un pariente en presidio o, tal vez, a tenerle suelto por enemigo.

Andújar, que fue introducido a través de Silvina en el Cap. I (No. 9) es primo del delincuente, a quien encubre [SEM. Complicidad (V. Narr.: Andújar).

(147) Voz: Narr.

Deblás era un ave incierta, de esas que no tienen zona propia y vuelan de un lugar a otro atisbando las buenas presas. Su irregular situación con la justicia le impedía mostrarse y trabajar en las fincas, a menos que fuera en operaciones de las que no figuran en la lista de la semana; y de otro lado, los propietarios, conociendo la historia del presidiario, esquivaban darle trabajo, por temor a verse envueltos en asuntos de justicia.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, a la zona montañosa de Puerto Rico acudían prófugos frecuentemente en busca de refugio. La necesidad de mano de obra de los hacendados les facilitaba empleo sin investigar su procedencia. De acuerdo a las investigaciones de Fernando Picó: "Por lo general, la montaña no hace demasiadas preguntas cuando se trata de conseguir mano de obra para abrir la tierra virgen."[1] Aparentemente, ésta era la norma en la sociedad histórica, opuesta a la del mundo en que se mueven los personajes de *La charca* , en donde Deblás no consigue trabajo porque los propietarios rehusan dárselo debido a su situación ilegal.

(148) Voz: Narr.

De ese modo, Deblás vivía del favor de Andújar, de la amistad de algunos campesinos, de la tolerancia de todos, y de las ventajas del juego que establecía invariablemente los domingos.

Así, pues, en la jugada a orillas del río, llevaba aquel día el timón. Con su cuerpo flaco, encojido, (sic) parecía un sediento sorbiéndose poco a poco el dinero de los otros. Sus dedos, anchos y aplastados en la punta, barrían las monedas como escoba de pajuncia que barriera el polvo; y los naipes, en sus manos, parecían sujetos de un unto pegajoso. No podían caer y dispersarse: estaban asidos por aquellas manos flexibles que, a cada contracción muscular, les imprimían una forma y una disposición distintas.

Se sitúa la acción de la escena (REF. Cronología: Tiempo de la escena). La voz del narrador describe a Deblás semejante a un reptil: ...su cuerpo flaco, encogido..., la forma en que mueve sus manos ...flexibles..., que cambian de forma ...a cada contracción muscular. ... y ...de dedos anchos y aplastados en la punta. ... [SEM. Animalidad (V. Narr.: Deblás)].

(149) Voz: Narr.

En torno estaban los *puntos*, los que apostaban; y más afuera, los que miraban sin jugar. En conjunto, veinte o treinta gañanes que sudaban ansiosos ante las peripecias del juego.

El narrador comienza a describir el conjunto de jugadores.

(150) Voz: Narr.

Entre ellos veíase a Ciro, luciendo su cara maliciosa y su expresión concupiscente. Si perdía, lanzaba palabrotas y reía con risa que ocultaba el enojo, maldiciendo de la mala suerte. A veces, cambiaba de postura como cambiando de plan de batalla. Entonces se ponía muy serio, como quien ha encontrado, al cabo, la clave de un enigma y reúne los cinco sentidos para comprobar la eficacia del descubrimiento.

De vez en cuando, sinembargo, se distraía, dejaba de apostar, y miraba fuera del círculo de jugadores y curiosos. Parecía buscar, esperar algo. Sus ojos tropezaban con la maraña de arbolillos que cerraban el paso a la mirada, y sólo por un lado, levantando la cabeza, conseguían ver, en lo alto del barranco, el tabique posterior de la tienda de Andújar, mostrando la mal unida superficie de la tablazón de cedro, sucia y desteñida por las lluvias y el tiempo.

El primero de los jugadores descritos es Ciro, el galán de la novela, enamorado de Silvina. Se describen cualidades físicas y su actitud ante el juego. La expresión de su cara es la de un hombre de una sensualidad desenfrenada [SEM. Concupiscencia (V. Narr.: Ciro)]. Cuando pierde, aunque se disgusta profundamente, trata de reprimir su enojo. Su actitud es de concentración en el juego, sin embargo, no está totalmente absorto en la actividad. De vez en cuando se distrae. Parece que espera algo o a alguien (HER. Enigma 9: Ciro busca algo con la mirada).

(151) Voz: Narr.

La cabezota innoble de Gaspar destacábase allí en primera fila, como fighura de relieve amasada en el barro. Veíasele de bruces en la embriaguez de la baraja, mostrando su penacho de pelos grises, espesos y enmarañados; sus senos frontales deprimidos; sus pómulos pronunciados; sus órbitas grandes, huesosas, muy separadas entre sí; su nariz ancha, con una ventana más grande que otra; su bigote hirsuto y escaso; sus orejas, con el lóbulo adherido a la piel de la cara; su maxilar inferior voluminoso con aire de morro sobresaliendo de las facciones. En suma: un gran feo de aspecto repugnante.

Gaspar ha sido retratado anteriormente por Silvina (Nos. 9, 13) y por el narrador (No. 18). Ahora se detalla su apariencia física que concuerda con la del criminal nato, de acuerdo a las teorías de la escuela criminalista decimonónica (REF. Criminología del siglo XIX). No se trata de una descripción objetiva. El narrador no se limita a describir la cabeza, la frente, las orejas, etc., sino que expone su opinión sobre Gaspar en expresiones como ...la cabezota innoble... y el resumen de la apariencia física: ...un gran feo de facha repugnante.

(152) Voz: Narr., Narr./Gasp.

Calculaba su juego y husmeaba el de los demás; ora siguiendo en sus apuestas a algún afortunado, ora llevándole la contraria al que estaba de malas. Si ocurría alguna dificultad, apremiaba con impaciente despotismo al

banquero; si surgía alguna discusión, revolvíase irritado contra los discrepantes que interrumpían la jugada. Entonces, lanzaba ternos enormes que parecían pedradas arrojadas por la ira para turbar el silencio de las selvas. Todos, para él, eran unos *pendones* que no sabían mas que molestar a los jugadores de cálculo; unos *desinquietos*... unos *devanesíos*...

Cuando le salía una carta contraria, estallaba... La suerte era una mujer *de la vida*, que se daba o se negaba con irritante volubilidad. ¡Mal rayo la partiera! Y aquel hombre grosero, cruel, vanidoso, embustero, amigo del sufrimiento ageno, perezoso en el trabajo, vengativo ante la más ligera ofensa, egoísta en los placeres y cobarde en los peligros, se mecía entre el enojo y la risa, con explosiones de mal reprimida violencia, cada vez que los incidentes del juego le llevaban a la ganancia o a la pérdida.

La actitud de Gaspar ante el juego concuerda con su actitud ante la vida en general. Es impaciente y, sobre todo, violento [SEM. Violencia (V. Narr.: Gaspar)]. El narrador lo caracteriza con una serie de epítetos que realzan la condición malévola del marido de Silvina [SEM. Maldad (V. Narr.: Gaspar)]. En su lenguaje aparecen una serie de expresiones vulgares (REF. Lingüística).

(153) Voz: Narr.

Marcelo, entre los curiosos, paseaba su mirada triste. Aquella mirada tímida que se desprendía de su semblante pálido, como una hoja amarilla caída de un árbol seco.

No jugaba: le parecía peligroso. Cualquiera está expuesto a una riña, a un disgusto, por la menor tontería. Marcelo, que huía de los peligros, no hubiera podido arriesgarse en la balumba de impresiones del naipe. Tenía la seguridad de perder y temía que si ganaba le creyesen ladrón de la ganancia. Se conformaba con mirar, con seguir el vaivén del azar. Sonreía cuando los demás prorrumpían en carcajadas; y si se agriaban los ánimos, retrocedía maquinalmente separándose del corro.

Se sigue el patrón utilizado para las dos caracterizaciones anteriores: el narrador describe ligeramente alguna característica física prominente del personaje y después explica su reacción al juego. En el caso de Marcelo se hace hincapié en la mirada, igual que se hizo con Ciro. La mirada de Marcelo es triste, tímida, pero estas características se deben más a causas

físicas que sicológicas. La imagen, muy bien lograda, con se describe la forma en que mira el joven: Aquella mirada tímida, que se desprendía de su semblante pálido como una hoja amarilla caída de un árbol seco... indica su condición enfermiza [SEM. Enfermedad (V. Narr.: Marcelo)]. Marcelo observa, no participa. Como siempre, teme lo que pueda sucederle. Su vida está marcada por el temor [SEM. Miedo (V. Narr.: Marcelo)].

(154) Voz: Narr.

En tanto, en la tienda, Andújar y el dependiente se ocupaban del despacho.

Los campesinos hacían compras y arreglaban cuentas. Como era domingo, las liquidaciones, escritas sobre hojas de papel de estraza, cerraban el cargo y data de cada cual.

La tienda, explendía a la luz meridiana, luciendo su mostrador grasiento y sus umbrales llenos de churre. El asco hubiera caído en brazos del síncope si alguien le hubiera empujado allí. Los aparadores estaban llenos de artículos de consumo, de baratijas, de géneros tan ordinarios que parecían tejidos expresamente para cubrir carne de chusma.

La escena pasa de los hombres que están jugando a la tienda de Andújar. El tendero y su empleado ...se ocupaban del despacho... (ACC. Despacho:1: Estafar a los clientes). Se describe el lugar, extremadamente sucio [SEM. Suciedad (V. Narr.: Tienda de Andújar)], pero lo más impresionante de este pasaje es el juicio que el narrador hace sobre el campesinado consumidor de la tienda. La mercancía que se vende allí es la más barata del mercado, por supuesto, ya que está destinada a un público cuyo valor adquisitivo es extremadamente escaso. Sin embargo, el comentario del narrador no alude a la pobreza, sino a características socio culturales de aquel grupo humano. Las telas a la venta parecen destinadas expresamente a ...cubrir carne de chusma. El campesinado es caracterizado

como soez, vulgar, además de pobre [SEM. Vulgaridad (V. Narr.: campesinos)].

(155) Voz: Narr.

En medio del mostrador, una balanza: símbolo de legalidad, imagen de justicia, dispuesta a caer del lado de la trampa al más tenue empujón. En un extremo del mostrador, sinnúmero de botellas conteniendo bebidas, y en el extremo opuesto, pedazos de cecina, de hogazas y galletas. Detrás del tabique del fondo, dos habitaciones; en una, depósito de toneles, de albardas, de instrumentos de labor; en otra, un catre, dos sillas y un gran baúl. Allí dormía Andújar; aquel era el recinto que guardaba de noche al gran pulpo de ávidas ventosas que se le había pegado del dorso a la comarca.

Continúa la descripción de la tienda. El detallismo corresponde, como siempre que se trata de la descripción de los personajes negativos y del ambiente relacionado con ellos, al utilizado generalmente por los naturalistas (REF. Literatura: Naturalismo). Andújar es caracterizado metafóricamente por el narrador como un pulpo [SEM. Animalidad (V. Narr.: Andújar)] que se alimenta de los habitantes de la zona.

(156) Voz: Narr.

Andújar había llegado allí algunos años antes. Sin otro capital que la ropa que le cubría y su sed de riquezas a todo trance, apareció un día en el barrio.

El narrador comienza la historia de Andújar (REF. Cronología: Restrospección). Andújar había llegado allí. ... (ACC. Inmigración:1: Llegar a la montaña). La condición de Andújar al llegar a la región era idéntica a la de Galante a su arribo a la montaña: miseria extrema, grandes ambiciones, carencia de escrúpulos [SEM. Ambición (V. Narr.: Andújar)].

(157) Voz: Narr.

En aquel mismo lugar, vivían, por entonces, un anciano de setenta años y una muchacha de veinte: una mancebía extravagante de un viejo que no se resolvía a perder el buen apetito y una joven ganosa de marido acomodado. El anciano era dueño de algunas hectáreas de terreno que se extendían desde el cerro hasta el río y poseía, además, una casita campestre con tabiques de palmas y techo de paja: lo suficiente para cosechar quince o veinte hanegas de café y comerse, en hogar estéril, su producto.

Andújar pidió hospitalidad y diéronsela, y pisó aquel umbral de una vez para siempre.

Primero supo inspirar lástima al viejo, que le concedió generoso arrimo; luego desplegó actividad ayudando a su huésped en las labores del campo. Llegó a ser el hombre necesario y en los días húmedos cuando el anciano tosía o calmaba en el quietismo la cruel rebeldía de sus dolamas, llegó a ser imprescindible.

[P]isó aquel umbral de una vez y para siempre. ... (ACC. Despojo:1: Mudarse a casa del anciano). Andújar es caracterizado como muy activo [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Andújar)]. La forma en que el inmigrante hace su entrada en el comercio, en el mundo ficticio, sigue un patrón que era común en la sociedad histórica puertorriqueña del siglo XIX: el dependiente que se hace hombre de confianza del dueño (REF. Cod. Social) (1ra parte, Cap. II, pp. 65-66). En la realidad histórica, la norma era que el dependiente fuera explotado por el dueño hasta que aparecía la oportunidad de convertirse él mismo en explotador. En el mundo de la novela el dueño es un viejo generoso, enfermo, que inspira lástima. Andújar entra a la casa en condiciones ventajosas, así que la situación creada en la novela reafirma su maldad.

(158) Voz: Narr.

Cuando el viejo no pudo trabajar, Andújar trabajó para todos. Se hizo cargo del monte y también, con astuta traición, del tálamo. La muchacha, en su papel de enfermera de un longevo, encontró el premio furtivo del hombre rollizo y así fueron viviendo hasta que el propietario dio el adiós a la vida.

Las formas prototípicas en que los inmigrantes recién llegados a Puerto Rico durante el siglo XIX ascendían socialmente era: como dependientes y por medio de matrimonios, aunque no siempre las dos situaciones coincidían en la misma persona. En Andújar se condensan las dos formas. Aunque el anciano que lo alberga no es comerciante, la forma en que Andújar se hace de su confianza es la típica en que los dependientes llegaban a ser hombres de confianza del dueño: trabajo incansable mal remunerado y lealtad a toda prueba. Naturalmente, la organización del mundo ficticio y el desarrollo de su acción obedecen a las reglas establecidas por el creador de ese mundo. En un universo regido por unos valores que consideran a los comerciantes peores seres humanos que a los agricultores, el hecho de que Andújar engañe a un pequeño propietario anciano lo caracteriza como mucho más malvado que si hubiera hecho lo mismo a un comerciante a cuyo servicio hubiera estado. Con la misma intención ideológica de hacer a Andújar totalmente malévolo, éste no se casa con una joven de la élite (costumbre bastante común entre los inmigrantes y aceptada socialmente) sino que traiciona al viejo indefenso que le brindó abrigo y se amanceba con su viuda, una campesina pobre y deseosa de un hombre joven. La muchacha ... encontró el premio furtivo del hombre rollizo. ... (ACC. Adulterio:1: Tomar un amante joven). (REF. Cod. social: Concubinato). La situación planteada y su actuación en ella reafirman la maldad de Andújar. La conducta de la joven está motivada por su sexualidad [SEM. Erotismo (V. Narr.: Joven campesina)]. Al morir el anciano, Andújar ya se ha situado en una posición ventajosa (ACC. Despojo:2: Muerte del anciano).

(159) Voz: Narr. Narr./And.

Entonces, Andújar desplegó las alas. Allí no había testamento, ni heredero... La finca quedaba mostrenca. Por aquella época la colonia no tenía catastros ni centros de inscripción; cada cual poseía porque poseía. La costumbre, un papel simple la tradición, una prueba testifical, bastaban para dar dueño a un pedazo de tierra. La manceba *viuda* del muerto, a nada tenía derecho y Andújar vio un camino abierto a su ambición.

No convenía alejar a la muchacha... Trató de engañarla: sí, indudablemente la finca era de ella. Mas había que dar impulso a su producción, que elementarla, trabajándola con ardor, para hacerla productiva. Y él, siguió siempre siendo *el hombre* .

La jugarreta de Andújar para quedarse con la finca aprovechando la poca regularización que existía en Puerto Rico para la legalización de las propiedades, recuerda la manera en que la familia de Zeno Gandía perdió su finca Puente Bagazo (REF. Biografía del autor) (1ra parte, Cap. IV, primera parte, p. 156).

(160) Voz: Narr.

Un año después, la labor de Andújar, había hecho milagros: la casa era de madera, dos o tres cabañas la rodeaban, y la finca había duplicado su importancia. La viuda estaba encantada viéndose enriquecer y aquel lazo siguió estrecho por algún tiempo.

Al fin Andújar cansóse de ella y dio el golpe. Un día con admirable descaro la despidió, colocándole el baúl en el camino. Ella, en un mar de confusiones y ahogada en otro de torpeza, no atinó con mejor desahogo que el llanto. Lloró, pero la casa se cerró para ella. Andújar, en cambio, ;agó con generosidad un tropel de testigos y logró iniciar un *expediente posesorio.* Resultó ante la ley que Andújar era el poseedor de la finca; que la hubo por compra verbal que de ella hiciera a su antiguo poseedor el longevo, presentándose un recibo otorgado anteriormente por otro dueño, aún más antiguo, que revelaba una compra-venta realizada en papel simple; papel casi desteñido y mugriento que encontró Andújar en el arcón del longevo.

No hubo duda: el expediente triunfó, y Andújar, con tranquilidad beata, heredó al setentón.

Un día... la despidió, colocándole el baúl en el camino. ... (ACC. Adulterio:2: Ser abandonada por el amante). Andújar abandona a la joven de la misma manera que Galante abandonó a Aurelia después de asesinar a

Ginés (No. 82). En todo el proceso de la apropiación de la finca se destaca, además de la astucia malévola, la actividad incansable de Andújar [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Andújar)]. La forma pormenorizada en que el narrador relata el proceso por el que Andújar se apropia de la finca revela un amplio conocimiento de las leyes de Puerto Rico (REf. Cod. Legal). Un engaño legal parecido al que se describe aquí fue el eje de la trama de *Garduña* (1896), la primera de las novelas de las *Crónicas de un mundo enfermo* que escribió Zeno Gandía (REF. Literatura). El detallismo para explicar el proceso legal ubica el pasaje dentro del estilo naturalista (REF. Literatura: Naturalismo).

(161) Voz: Narr.

La muchacha desapareció después del despojo. ¿Cómo disputar una propiedad que no era suya? ¿Cómo probar la impostura de un pillo? Las cosas salieron a maravilla y Andújar lució en dominio de su cuerpo regordete e inflado y su mirada viva y sagaz. Después, estableció una tienda: un agujero de embudo por donde había de desaguarse el dinero del barrio.

Por regla general, en la sociedad histórica, el terrateniente establecía la tienda de raya en su hacienda la que, por supuesto, le proporcionaba pingües ganancias (1ra parte, Cap. III, p. 125). Sin embargo, en el universo de *La charca* la tienda es establecida por un inmigrante desvinculado de los habitantes de la zona. Este recurso permite que el "hacendado criollo" de la obra quede exonerado de explotar al pueblo por esta vía.

(162) Voz: Narr.

Entonces vino el segundo impulso. La tienda se extendió como enredadera que escala un muro. Junto a ella, hiciéronse tres casas; en una, construyéronse seis secaderas, especies de anchas bateas, que rodando sobre ruedecillas de madera se guardaban debajo del pavimento, y servían para secar al sol el café; en otra, un almacén, un granero para las cosechas; en otra, un almacén, un granero para las cosechas; en otra, una especie de ranchón para guarecer los cilindros dentados que rompían las cerezas del café, y la máquina trilladora. Todo iba allí teniendo aspecto de finca próspera,

desde los plantíos que aumentaban cada año, hasta el surtido de la tienda que cada día se hacía más completo.

La tienda se extendió. ... (ACC. Ampliación:1: Extender los negocios). Andújar se enriquece [SEM. Bienestar económico (V. Narr.: Andújar)]. La imagen utilizada para ilustrar el engrandecimiento del negocio es la de una enredadera: planta que se adhiere y arrastra. Una imagen similar se ha aplicado anteriormente a Andújar como persona: pulpo de ventosas adheridas a la comarca. La explicación detallada de la finca destinada a la elaboración del café, sus maquinarias, corresponden a la técnica utilizada por el naturalismo (REF. Literatura: Naturalismo).

(163) Voz: Narr.

Los negocios prosperaban... Eran negocios múltiples, variados, que se apiñaban en la cabeza de Andújar como los granos de una granada.

En la tienda, la austera balanza tenía constantemente los platillos en desacuerdo. A una libra de plomo colocada en uno, bastábanle doce de vituallas puestas en otro. De ese modo, la libra del expendio tenía doce onzas y al vender al peso, siempre la fiel balanza se encogía a vavor del dueño. La vara era cómplice de la balanza: la *regencia* o la *muselina* se estiraban como los miembros de un payaso y siempre noventa céntimos de vara de tela, correspondían a una vara de medida. Así todo era ganancia: las provisiones y las telas compradas en el llano a precio descontable y después vendidas con carestía y merma en el monte. Cuando se despachaban géneros, como judías o garbanzos, en medidas de sólidos, Andújar o el dependiente las colmaban, pero luego pasaban la mano por encima y rebajaban el colmo con habilidad suma escatimando algunas onzas por debajo de lo justo.

El narrador ha regresado al presente de la novela (REF. Cronología: Presente). Es un presente habitual, el de todos los días del mundo ficticio, no el momento en que está situada la escena del capítulo, al que el narrador regresará más tarde. Las artimañas de Andújar en la tienda para robar a los clientes lo caracterizan, una vez más, como delincuente [SEM. Delincuencia (V. Narr.: Andújar)].

(164) Voz: Narr., Narr./And.

Los negocios tomaban también otros caminos. Andújar compraba a ínfimo precio café en *uva* , todavía sin descortezar, y en la operación, sobre la baratura del precio venía la resta del peso. Otras veces, en los apuros, le vendían café *en flor,* cuando todavía no había cuajado, y entonces no había límite en el precio; resultando, en ocasiones, que se pagaba una hanega y se cosechaban diez.

La primera fuente de ganancias de Andújar es la tienda. La segunda, la compra de café en grano a los campesinos que carecían de maquinarias para su elaboración. En la sociedad histórica, este tipo de negocio era común entre los hacendados y los pequeños propietarios (1ra parte, Cap. Cap. III, p. 123). Se reafirma la conducta delincuente del tendero [SEM. Delincuencia (V. Narr.: Andújar)].

(165) Voz: Narr. Narr./And.

A ciertos propietarios que ofrecían buenas garantías, les facilitaba avances pagaderos en la cosecha. Los avances eran entregados por la misma balanza y la misma vara, en especies, o en dinero. Por supuesto; sin *intereses* ... El no entendía eso de intereses y le disgustaba que le planteasen negocios en que se tenían en cuenta. No, sin intereses: si entregaba veinte duros, en la cosecha debíanle entregar treinta en café recibido por aquella balanza. Eso era todo...

La tercera fuente de ganancias de Andújar es como prestamista a pequeños propietarios. El narrador relata, en un tono irónico, las condiciones de Andújar para acceder a los préstamos (REF. Ironía). En la descripción de las condiciones en que el tendero presta dinero hay una crítica explícita a los comerciantes refaccionistas, en su mayoría españoles, de los que dependían muchas veces los cosecheros de café. Además, hay aquí una crítica implícita al gobierno colonial que se negaba a establecer bancos en Puerto Rico que permitieran a los agricultores obtener préstamos a intereses razonables (REF. Economía).

(166) Voz: Narr.

A veces llevaban sacos de café en *pergamino* para preparar en su máquina. La máquina parecía un circo ecuestro y el pisón un caballo desbocado en la pista. En el fondo del círculo, de recia madera, había una disimulada compuerta: cuando el círculo se llenaba, a medida que el pisón volteaba, íbanse escapando poco a poco por la compuerta ciertas cantidades de granos, que su legítimo dueño nó aprovechaba jamás. Después, el dependiente acopiaba en un saco el botín oculto debajo del círculo. Y asi, todo era ganancia. ¡La bomba, la terrible bomba chupando siempre con la sórdida succión de la avaricia y la fría impiedad de la mala fe!

La cuarta forma de ganancias de Andújar es la preparación del café que le llevan algunos campesinos carentes del equipo para prepararlo ellos mismos. Esta era una práctica común en la sociedad histórica entre hacendados y pequeños propietarios (1ra parte, Cap. III, p. 122). Nuevamente, en la novela, se desplaza esta actividad de un terrateniente a un comerciante para exonerar al hacendado criollo de la explotación a un campesino. Se explica detalladamente el método que utilizaba Andújar para robar a los clientes [SEM. Delincuencia (V. Narr.: Andújar)].

(167) Voz: Narr.

En otro orden de negocios, extendía su finca. Unas veces compraba, a cambio de provisiones, pedacitos de terreno, que limitaban con los suyos; otras, cambiaba furtivamente las marcas que indicaban las colindancias y se hacía dueño de algunas varas más de montaña. En muchos de estos negocios le ayudó Deblás.

La quinta forma de ganancias es el robo de tierras [SEM. Delincuencia (V. Narr.: Andújar)].

(168) Voz: Narr.

Los despojados o no descubrían la agresión o se dejaban convencer por la verbosidad del tendero que, ante la estulticia campesina, hacía milagros. Todo, todo era lucro; lucro hambriento, ciego, poseído del ímpetu de una ardorosa pesadilla de medro.

El juicio que el narrador emite sobre Andújar es muy similar al de Juan del Salto sobre Galante (No. 77) [SEM. Ambición (V. Narr.: Andújar)].

(169) Voz: Narr.

Pero aquello no bastaba: de las grandes operaciones, descendía a las pequeñeces. En la tienda, comprábase pan viejo y vendíase como reciente; se aguaba el ron y se le ponía pimienta para que picara con energía, disimulando la mezcla; beneficiaba, de vez en cuando, un buey añoso conseguido a bajo precio y le vendía como carne tierna a precios desproporcionados, burlando, de paso, las trabas y derechos que el municipio imponía por la matanza; en las transacciones de café, no devolvía a los remitentes los sacos que envasaban la mercancía; cobraba el barato a los jugadores de la ribera; en sus cálculos, cuando se *equivocaba*, siempre era a su favor; pagaba siempre una suma tributaria inferior a la que hubiera sido justa, porque su clasificación en el erario municipal era mentirosa y ocultaba la verdadera importancia de sus negocios. Y a compás de esas menudencias, su surtido era casi siempre de la peor clase, con salazones averiadas, bebidas groseramente adulteradas y telas deterioradas por el desuso.

El narrador comienza diciendo: ...de las grandes operaciones descendía a las pequeñeces... y explica una serie de trucos realizados por Andújar mediante los que aumenta su caudal [SEM. Delincuencia (V. Narr.: Andújar)]. Esta enumeración es redundante. Un recuento similar de las distintas maneras de engañar a la clientela utilizadas por el dueño de la tienda apareció anteriormente (Nos. 9, 167).

(170) Voz: Narr.

Más de una vez tuvo que habérselas Andújar con labradores recelosos y leguleyos. Cuando no lograba convencerles imponiéndoles el despotismo de su interés, afectaba gran desdén... Bien, era igual: no habría negocio. Para lo que había que ganar, mejor era dejarlo. Sí, mejor era no ocuparse del asunto. Y en prueba de indiferencia, obsequiaba al labrador rehacio con alguna libación excitante. Muchas veces, el recurso daba buen resultado. El alcohol comenzaba a corretearle por las venas al obcecado; sentía como si naciera a una segunda vida llena de cosquillosa alegría, en la cual veía las cosas de distinto modo. Entonces, bajo la influencia de aquella alegría, el campesino se humanizaba y casi siempre el negocio, imposible poco antes, se realizaba después de algunos tragos gratuitos. Andújar conocía el flaco de las gentes y,

siempre sobre aviso, no perdía ocasiones. Tenía en lá mano la punta de un hilo de oro y estaba resuelto a desnudar el ovillo.

De acuerdo al narrador, Andújar es una plaga para la región a todos los niveles, igual que lo era Galante de acuerdo a Juan del Salto (No. 78). El tendero no sólo roba y engaña al nivel económico, sino también corrompe moralmente a los campesinos utilizando la debilidad de éstos por el alcohol (REF. Alcoholismo). La finalidad de la vida de Andújar es acumular dinero [SEM. Avaricia (V. Narr.: Andújar)].

(171) Voz: Narr., And., Labrador

En la última semana había terminado un negocio que le costó agrios altercados. Poca cosa; habladurías de un majadero que no agradecía favores.

Se trataba de un pequeño propietario que, falto de recursos, acudió a la tienda. La finca era buena y el dueño formal: convenía, pues, entrar en tratos. El asunto arreglóse de este modo: Andújar debía entregar al propietario la suma de ochocientos duros en pequeñas porciones, en dinero o en especies, a medida que fuese aquel necesitándolas. Como garantía del empréstito, fue retrovendida la finca por escritura pública: el labrador, para obtenerla de nuevo, quedó obligado a pagar, al vencer el año y en concepto de arrendamiento, la suma de mil duros.

Vencido el plazo, el deudor se presentó muy ufano ganoso de pagar su deuda. Entonces Andújar le manifestó que recibiendo aquel día mil duros, quedaban pendcientes ochocientos.

-¡Cómo!-dijo con extrañeza el otro-he recibido ochocientos pesos, y me he comprometido a pagar mil después de un año. Aquí están; estamos en paz...

-No; en paz, no. Me debe V. ochocientos pesos, y para devolverle su finca necesito que me los pague usted.

-¿Pero no he recibido ochocientos pesos?

-Sí.

-¿No le pago a V. los mil de mi compromiso?

-Sí.

-¿Pues, qué más?

-Usted calcula según su conveniencia. Oiga Vd.: mil pesos de la hipoteca y ochocientos que tiene V. recibidos en cuenta corriente, según rezan mis libros y sus recibos, son mil ochocientos pesos. ¿Comprende V. ahora?

-¿Pero, cómo puede ser...?-arguyó el labrador perdiéndose en un laberinto de confusiones.

-Es muy fácil: fíjese V. y lo comprenderá.

-No, no: eso es imposible. ¡Demonio! ¿Qué cuenta es ésa?

-La única exacta. Mire V.: ¿harecibido V. ochocientos pesos?

-Sí...eso nada más.

-¿Se comprometió a pagarme en el plazo de un año, mil?

-Sí.

-¿Cuánto me paga V. hoy?

-Mil.

-¿Cuánto le he dado a V. en cuenta corriente?

-Ochocientos.

-Luego, me paga V. la cuenta corriente y doscientos pesos a cuenta de la suma del retrovento; luego me debe V. ochocientos pesos, y yo no le devuelvo la finca sin que V. me los pague.

El labrador quedó pegado a la pared. ¡Cómo! ¡Recibiendo ochocientos había que pagar mil ochocientos! ¿Qué ley era aquella? ¿Quién había recibido los mil? Aquello era un fraude, una trampa, un despojo. El altercado duró dos horas, más no hubo remedio. Andújar se negó a poner en posesión de la finca a su deudor. Este acudió al poblado, y consultó el asunto. Se estudiaron los documentos... Imposible hacer nada: Andújar había tejido bien la tela de araña y la mosca estaba prisionera. La escritura de retroventa sólo manifestaba que se vendía el predio en seisl mil duros, que se declaraban recibidos; que quedaba arrendado por un año en mil pesos y que vencido ese plazo y pagado el arrendamiento, el comprador quedaba obligado a desdoblar la retroventa. Resultaba, además, que el labrador había otorgado una serie de recibos por pequeñas sumas hasta completar ochocientos duros; que Andújar presentaría esos recibos y una cuenta corriente demostrando que se le adeudaban ochocientos duros; y, finalmente, que ni la escritura pública se refería a la cuenta corriente, ni ésta a aquella. Eran dos cosas completamente distintas: dos deudas, aunque una sola trampa. No

había medios de probar que una cosa era dependiente de la otra: la mala fe, enroscada como una serpiente estrangulaba al confiado, al imprevisor campesino.

Al cabo le quedó un derecho: obligar a Andújar a deshacer la retroventa recibiendo mil duros. Mas los otros ochocientos quedaron como deuda agresiva y ¡cuántos afanes para enjugarla! ¡cuántas tribulaciones por lograr poco a poco su solvento!Este buen negocio habíase terminado en aquellos días: las últimas hanegas de café entregadas, saldaban la obligación. ¡Ochocientos duros convertidos, en dos años, en mil ochocientos! Todo, todo era ganancia...

Para ilustrar la malvada actuación de Andújar, el narrador cuenta un incidente ocurrido en el pasado reciente (REF. Cronología: Retrospección). Andújar presta dinero a un propietario (ACC. Fraude:1: Prestar dinero con usura). Al final de la historia, el propietario devuelve el dinero (ACC. Fraude:2: Devolución del dinero). Este largo relato no añade información; su función es la de dar verosimilitud a la historia contando un hecho concreto y reafirmar la avaricia y maldad de Andújar. Los distintos ejemplos de la conducta del inmigrante crean la ilusión de "realidad," del universo literario como reflejo de la sociedad histórica. En el tono utilizado aquí se advierte una simpatía del narrador por los problemas del pequeño propietario que no aparece jamás cuando se trata de los jornaleros.

(172 Voz: Narr., Narr./And.

En aquel domingo, Andújar, afanoso como siempre, se entregaba a las ventas y a los cálculos. El dependiente, un mocetón del barrio que por poco dinero le servía, se multiplicaba en el despacho con la actividad que la clientela exigía. Ambos movíanse detrás del mostrador como ardillas encerradas en jaulas giratorias. Andújar, en su faena, sudaba copiosamente y, mientras vendía, se enjugaba el sudor con la manga de la camiseta. Otras veces, las gotas rodaban fugitivas y caían dentro de los paquetes de fruslerías vendidas, como para ennoblecer con el sello del trabajo el manjar de las gentes. En la montaña no había grandes exigencias: una mosca más o menos flotando en los líquidos, importaba poco; unas manos más o menos limpias, eran siempre manos hábiles, capaces de atender a un tiempo a la división en pedazos de un panecillo, y al oficio de pañuelo de un dependiente acatarrado. La pulcritud estorba, molesta. Todo entra al fin por la

boca y a todos nos han de comer los gusanos. Sólo a los ricos es permitido el lujo de ser melindrosos.

Andújar....se entregaba a las ventas y cálculos. ... (ACC. Despacho:2: Desprecio por la clientela). El relato regresa al tiempo de la escena inicial del capítulo (REF. Cronología: Presente). De la lexia No. 154 a la No. 172 se ha trazado la historia de Andújar y se le ha caracterizado. La historia comienza y termina destacando la mugre que cubre la tienda y la falta de higiene en el manejo de la mercancía [SEM. Suciedad (V. Narr.: Tienda de Andújar)]. El dueño y el dependiente son caracterizados nuevamente en forma metafórica como animales (No. 172) [SEM. Animalidad (V. Narr.: Andújar y dependiente)]. La trayectoria de Andújar y su caracterización puede resumirse como sigue:

1) No. 155 Es comparado con un animal: un pulpo

2) No. 156 Un día aparece en la región. Su origen es desconocido. Sus características principales son: ambición desmedida y falta total de escrúpulos.

3) No. 157-158 Afianza su posición económica y social a través del concubinato con una campesina de la región. La unión se produce mediante la interferencia de Andújar en la relación que ella sostenía con un pequeño propietario.

4) No. 159-160 Andújar despoja a la campesina de sus bienes después de la muerte del marido y la abandona.

5) No. 161 Establece la tienda de raya.

6) No. 162-170 Se enriquece mediante procedimientos inescrupulosos y delictivos.

7) No. 171 Se relata detalladamente uno de los episodios de conducta delictiva de Andújar: un caso de préstamo usurario y fraudulento.

El contenido de la historia de Andújar es casi exacto al de la historia de Galante (Nos. 67-78, 82). Los dos utilizan el cultivo del café como vía hacia el gran comercio. El desarrollo de estos dos personajes como comerciantes aparecerá en *El negocio* (1922), la siguiente novela de la serie *Crónicas de un mundo enfermo* . Las caracterizaciones hechas por Juan del Salto en el caso de Galante y por el narrador en el de Andújar son muy similares, lo que indica un acuerdo en los juicios de valor entre ambas voces.

(173) Voz: Narr.

En aquel momento, el sol promediaba el día irradiando desde el zenit el hálito de sus volcanes. Los átomos, flotando en el aire, se encendían en las vibraciones de calor, y alientos de vida envolvían las montañas, alimentando las plantas y dorando los paisajes. Los hilos de luz tejíanse a los hilos de calor y penetraban en el seno de los bosques; era la espléndida cabellera del astro rubio, cayendo con abandono sobre la espalda del planeta. El calor era intenso: un mes de junio en la zona cálida. Era el trópico, el ardiente trópico, diseminando la fuerza generatriz desde la hoja del árbol hasta las profundas raíces. Ese trópico que galvaniza la zona más hermosa de la tierra: ese trópico que, embelleciéndola con ricos esplendores, la convierte en la joya que adorna el pecho del mundo. Los árboles recibían inmóviles el baño de luz, dejando escapar a través del ramaje, rayos furtivos que calentaban la montaña, rielando juguetones sobre la hierba, sobre los lechos de hojas caídas. Cada pedrezuela al sol, producía un vivo reflejo, como espejo bruñido sobre las facetas del granito disgregado. Las claridades abrumaban, hacían entornar los ojos produciendo pereza y sueño, mientras la lujuria de colores y el ardor del aire, hacían amables las umbrías de la selva.

Se sitúa la hora del relato (REF. Cronología: Tiempo de la escena). La descripción modernista, idealizada y fantástica de la naturaleza marca, como siempre ocurre en la novela con descripciones como éstas, la transición entre

dos escenas. La naturaleza tropical es intensamente bella, con profusión de colores [SEM. Belleza (V. Narr.: Naturaleza)]. Además, es un paisaje fecundo[SEM. Fecundidad (V. Narr.: Naturaleza)]. A pesar de que se habla del calor del trópico, las cualidades que se destacan son las positivas de esa zona del planeta.

(174) Voz: Narr.

Frente a la tienda, numeroso grupo de campesinos entretenía los ocios del comingo. Algunas mujeres reían alegremente ante las picaradas de los chistosos.

Se introduce una nueva escena. El narrador, después de haber descrito una partida de juego, la tienda de Andújar y de haber narrado la vida del comerciante, pasa a describir las costumbres habituales del campesinado durante los domingos. Las mujeres ríen de los chistes picantes que hacen algunos. En un universo como el de *La charca* , dominado por valores morales ascéticos, este comentario: ...reían alegremente ante las picaradas de los chistosos. ... caracteriza a las mujeres como de moralidad ligera [SEM. Libertinaje (V. Narr.: Campesinas)].

(175) Voz: Narr.

La vieja Marta estaba allí, rebuscando como siempre. Los domintos eran más abundantes las piltrafas, porque las compras eran más copiosas y los bolsillos estaban colmados con las ganancias de la semana.

También estaba allí Aurelia, la desolada viuda de Ginés, lanzada de su choza por el impío puntapié de Galante. Su traje negro, casi rojo de vejez, contrastaba con su semblante pálido. La hermosa criolla, era entonces una infeliz ojerosa, de facciones estiradas y pecho hundido. En su cuerpo había hecho desastres el látigo del pesar, desde la esbeltez ya encorvada, hasta los antes soberbios senos, ya enflaquecidos y marchitos.

Marta vuelve a ser caracterizada como avara [SEM. Avaricia (V. Narr.: Marta)]. Se menciona el dinero (REF. Economía). El grupo de campesinos

había cobrado el sábado. Los bolsillos... colmados... indican salarios altos. Esta afirmación contradice la descripción sobre el juego en el que los campesinos hacen apuestas muy bajas. Si son unos derrochadores como afirma siempre el narrador, la única justificación para la pobreza de las apuestas es falta de dinero, no mesura porque la desconocen. (No. 145). Aurelia es mencionada como criolla nuevamente. Como se ha dicho anteriormente (No. 89), es la única campesina a la que se aplica este calificativo en la novela (REF. Cod. Sociolingüístico). También ella, junto a la esposa de Montesa, son las dos únicas campesinas casadas, no amancebadas.

(176) Voz: Narr.

En el corro se mezclaban las Flacas; tres hermanas motejadas así, por su extrema delgadez. Eran de genio alegre, amigas de fiestas, organizadoras de bailes y generosas con los mozos audaces. Bullían con jovialidad y al prorrumpir en carcajadas parecía que la piel iba a romperse para dejar al descubierto los huesos. Otras muchas mujeres animaban el conjunto: algunas hermosas, otras feas, otras agraciadas, otras de aspecto desamable y huraño, y todas como envueltas por la difusión de una luz pálida, con semblantes decolorados y lánguidos.

La característica que distingue a todas las mujeres campesinas descritas en la novela es la desfachatez [SEM. Desvergüenza (V. Narr.: Campesinas)], con excepción de Aurelia y la esposa de Montesa. La vida ligera de las Flacas las caracteriza como prostitutas [SEM. Prostitución (V. Narr.: Flacas)]. A pesar de que las mujeres reunidas ríen no hay verdadera alegría en la escena, igual que no la había en la escena similar a ésta del capítulo III (No. 104). Semblantes decolorados y lánguidos... como los descritos aquí eran comunes en el campo de Puerto Rico para fines del siglo XIX debido a la alta incidencia de anemia y tuberculosis. En la novela estas caras faltas de energía indican enfermedad tambien, pero la diferencia entre el mundo

histórico y el literario es que mientras en el histórico la causa de las enfermedades era las desigualdades sociales, en el de la novela la mala salud se debe, principalmente, a deficiencia genética y a vicios.

(177) Voz: Narr.

Algunos chicuelos habían organizado un juego de chapas. Unas líneas trazadas en la tierra y unos hoyos a distancia, les servían para lanzar ochavos que iban a caer con frecuencia dentro de los hoyos. En otro sitio, varios gallos batalladores, atados con liana textil a pequeños postes, lanzaban de vez en cuando su agudo canto. Estaban deformes: les habían cortado las plumas del cuello y la cola, y en aquella ridícula desnudez parecían aves raras y repugnantes.

El juego de los niños también incluye el dinero (REF. Juegos prohibidos). Los gallos de pelea están descritos desde una perspectiva estética despectiva hacia el deporte más popular del pueblo. La fealdad que encuentra el narrador en los gallos se debe, mas que a la manera en que están preparados los animales (cuestión no sólo de gusto, sino de requisitos del deporte: se preparan de determinada forma para que peleen mejor), a su alienación de aquel tipo de entretenimiento popular. Las escenas relacionadas con los galleros y las galleras de otros autores de la época ofrecen una visión completamente distinta, por ejemplo, la de Manuel Alonso en *El jíbaro* en sus escenas sobre el tema. [2] El narrador de *La charca* no critica la crueldad de las peleas de gallos. Desde su punto de vista, la mantanza de animales como deporte no es criticable. Cuando Juan del Salto propone la caza como uno de los medios de mejorar al pueblo puertorriqueño (No. 56) el narrador, quien siempre sanciona lo que dicen los personajes, no objeta la moción del hacendado. Es la forma en que los gallos son preparados para la pelea lo que señala como negativo el narrador, el mal gusto estético del pueblo, no las peleas en sí.

(178) Voz: Narr.

A veces transitaban algunos ginetes (sic) por el camino que pasaba por delante de la tienda y, entonces, al alejarse, veíanse obligados a dar un rodeo porque ciertos tablones que, conducidos a hombros para construcciones en las fincas, habían sido abandonados allí el sábado para continuar el lunes su conducción, impedían el paso.

La plasticidad descriptiva de este párrafo contribuye a crear la ilusión de realidad. Un cuadro minucioso, cuyos detalles, al parecer intrascendentes dan la impresión al lector de estar enfrente de una fotografía: el camino que pasa por delante de la tienda, los jinetes que se ven obligados a dar un rodeo porque ciertos tablones que, conducidos a hombros para construcciones en las fincas, habían sido abandonados allí el sábado para continuar el lunes su conducción... el detalle de los tablones abandonados por los trabajadores el sábado para recogerlos el lunes siguiente al día en que se desarrolló la escena

(179) Voz: Narr.

La plebe de los montes se agitaba frente a Andújar. Algún campesino, arrancaba notas melodiosas a una especie de bandurria pequeña, tosca, de la que con frecuencia, si el tañedor era hábil, brotaban tristes melodías. Era el *tiple* criollo rasgueado nerviosamente por un estilo y lanzando al aire armonías embrionarias de una sencillez dulsísima y de un ritmo delicado. En torno del guitarrista se agrupaban varios montañeses y no faltaba, entre ellos, quien tararease en voz baja el aire musical. De vez en cuando, escuchábase una voz que al compás monótono del instrumento, recitaba décimas. Una glosa de cuatro versos repetidos al final de otras tantas décimas de una sonoridad y cadencia admirables, pero llenas de desatinos formulados muy formalmente en los rotundos versos. Aquellas canciones parecían salmodias de marcado sabor melancólico, casi siempre envolviendo embriones de ideas filosóficas inspiradas, sobre todo, por el amor.

El narrador alude a los campesinos en forma despectiva: ...plebe de los montes... [SEM. Desprecio (V. Narr.: Campesinos)]. El tiple puertorriqueño merece el apelativo de criollo debido a que de él salían armonías del gusto

del narrador ...de una sencillez dulcísimas y de un ritmo delicado. ...(REF. Cod. Sociolingüístico). Las melodías son alabadas, pero los versos de las décimas, de acuerdo al narrador, ...están llenos de desatinos. Rafael del Valle Atiles, en *El campesino puertorriqueño* , al juzgar la música campesina, estima igual que el narrador de *La charca* que a veces de los instrumentos mal construidos que utiliza el campesino salen melodías agradable y piensa que muchos de los cantares jíbaros poseen imaginación y viveza (1ra parte, Cap. IV, segunda parte, p. 211). De acuerdo al narrador de *La charca,* la música y la poesía popular están en una etapa muy primitiva de su proceso de formación. Las armonías son embrionarias y las coplas de amor envolvían embriones de ideas [SEM. Primitivismo (V. Narr.: Música campesina)].

(180) Voz: Narr., las Flacas, campesinas.

Así pasaban las horas quemantes del mediodía, en el discurrir del ocioso domingo. A las mujeres les preocupaba mucho el próximo baile en Vegaplana.

-Será-decía la primogénita de las Flacas-una fiesta de *primera.*

-Y quien la da, ¿eh?-preguntó otra mujer.

-Yo no sé...

-Sí, *hombre* -añadió una tercera-la da uno de la otra costa. Uno que vino vendiendo caballos y los habrá vendido muy bien, yo creo...

-A la cuenta que se gasta el dinero en bailes.

-Sabe Dios *pa* que se mete en jarana.

-*Pol* mi *palte* no *farto* .

-Ni yo.

-Ni yo.

-Pancha Melao estuvo en casa antier y me dijo que la gente está arrebolá; que irá gente hasta de la bajura.

Y las mujeres con el mayor interés comentaron los detalles de la fiesta en proyecto. Se iba a bailar toda la noche, hasta la *amanezca* : había mucho y bueno que comer y que beber.

En la cuestión de trages (sic), se detuvieron mucho tiempo: era preciso acudir como es debido y por eso las costureras del barrio tenían gran faena. Andújar estaba haciendo su agosto, vendiendo un *bando* de piezas de regencia y cintas de colores. Nada, era preciso divertirse, aprovechar la invitación del vendedor de caballos.

El diálogo de las mujeres imita la forma de hablar del pueblo (REF. Habla popular). Aunque las mujeres hablan de diversión, sus planes para el baile tienen un tono patético, desde la percepción del lector, debido a la información que ya ha recibido. Las campesinas hablan de ir bien vestidas al baile con vestidos de regencia y cintas de colores,todo comprado en la tienda de Andújar. La proyectada elegancia de estos personajes es percibida por el lector como disfraces, ya que el narrador ha afirmado con anterioridad que las telas que vende el tendero son de tan pésima calidad que parecen ...destinadas a vestir carne de chusma. ... La combinación de la bastedad de la tela con las cintas multicolores con que adornarán la ropa evoca la imagen de la típica "jíbara" como sinónimo de poca elegancia, de rusticidad en el vestir, de acuerdo a los patrones de moda impuestos por los centros urbanos de Europa occidental por los que se han regido las élites latinoamericanas tradicionalmente (REF. Cod. de la moda). Además, estas compras servirán para engrosar el capital de un ser tan malvado como Andújar. Si todo esto no bastara para convertir el baile en una mascarada trágica desde antes de que empiece, aún se da un dato más: el origen de este baile es turbio, nadie sabe con precisión quién lo ofrece. Se trata de un vendedor de caballos que ha venido de la otra costa a venderlos a ésta, lo que sugiere que los caballos vendidos pudieron haber sido robados. Es interesante notar que en la edición de la novela de 1930, que fue revisada

por Zeno Gandía, y en todas las que han seguido a aquella edición, en vez de vendedor de caballo aparece la palabra cuatrero.

Para la época en que se escribe *La charca* , el pueblo puertorriqueño había sido descrito tradicionalmente como amante de las fiestas y los bailes. Fray Iñigo Abbad, en su *Crónica* de 1782, reportaba el baile como la diversión preferida de los puertorriqueños. Cualquier ocasión se celebraba con bailes y se organizaban sin ningún motivo especial, sólo por el placer de bailar (1ra parte, Cap. I, pp. 42-43). Manuel Alonso dedica varias escenas de *El jíbaro* a la descripción de los bailes. Ahora bien, el baile que aparece en *La charca* no se organiza para celebrar una boda, bautizo o final de una cosecha, todas ocasiones propicias para celebrarlas bailando. La fiesta está organizada por un individuo de origen turbio que quiere pasarla bien después de haber realizado un negocio sospechoso.

(181) Voz: Narr.

En aquel momento, entre los árboles, apareció Silvina. Su semblante fino, muy bello y eternamente lánguido, recibía el poderoso encanto de sus ojos negros como la noche. En aquel semblante se retrataban sus frecuentes angustias, sus horas de amarga contrariedad, resuelta casi siempre en llanto. Se retrataban sus ímpetus, aquellos accesos delirosos que la acometían como resultado de hondo sufrimiento que, cuando no estaba presente Gaspar, la hacían morderse los puños con rabia y retorcerse los brazos maldiciendo de su negra suerte. Se retrataban sus noches de insomnio en que, dando vueltas sobre el pavimento de la casucha, pasaba las horas en claro sin conciliar hasta el alba el sueño. Y también esa especie de incierte hebetud que produce la falta frecuente de la memoria. Era semblante simpático, atractivo, rebosante de rasgos tan móviles y variables como el carácter de la joven.

...[E]ntre los árboles apareció Silvina. ... (ACC. Llegada:1: Aparecer entre los árboles). La descripción de la joven es romántica: ...su semblante fino, muy bello y eternamente lánguido, recibía el encanto de sus ojos negros. ...

(REF. Romanticismo). Su aspecto físico refleja su estado interno, tanto físico como sicológico.

(182) Voz: Narr.

Aquel día, descalzo, mostraba sus pies pequeños y delicados, no bien endurecidos todavía por la aspereza del suelo. El trajecillo, muy usado, no tenía ni un doblez superfluo: escasamente lo necesario para ceñirla, y como la camisa sólo le llegaba a las rodillas, podíase descubrir al trasluz el contorno de sus piernas, hechas en el suave torno de la voluptuosidad y robustas en fuerza de tanto correr por las veredas. Ceñido a la cintura, sin oprimirla, aquel traje contenía formas blandas como si el mórbido desarrollo, aún no completo, saliera triunfante en lucha con las torpezas de lascivia prematura.

El cuerpo de Silvina es descrito de manera muy erótica [SEM. Erotismo (V. Narr.: Silvina)], pero el narrador trata de aminorar el erotismo del pasaje con un toque moralizador al final al recordar que Silvina es sólo una niña que ha sido forzada a madurar sexualmente: ...como si el mórbido desarrollo, aún no completo, saliera triunfante en lucha con las torpezas de lascivia prematura. ...

(183) Voz: Narr.

Entró Silvina en la tienda, y luego, saliendo con un paquete en la mano, unióse al corro de mujeres.

(ACC. Llegada:2(4): Ir para la tienda). (ACC. Llegada:1(5): Unirse al grupo).

(184) Voz: Narr., Narr./Sil.

Le preguntaron si iba al baile. ¿Qué sabía ella? No podía asegurarlo. Si Gaspar se antojaba, quisiera ella o no quisiera, la llevaría; pero si se le metía entre ceja y ceja lo contrario, no tendría más remedio que acostarse al obscurecer. Envidiaba ella la libertad de que otras gozaban. Sobre todo envidiaba a las Flacas, que sin marido ni amante conocido hacían siempre su voluntad. Pero ella ¡ay!, ella tenía que sufrir los gritos de aquel bruto de Gaspar; ver sus puños levantados sobre su cabeza y sufrir los desahogos de

sus bestiales enojos. No estaba ella para fiestas; no se divertía, aunque la llevaran. Llevóla Gaspar para Reyes, a una jarana, y como éste se puso fuera de sí por lo mucho que bebió, salió ella llorando del baile. Todavía recordaba los empujones que le fue dando por las cuestas del camino hasta llegar a su casa. Y todo ¿por qué? Porque quería que al bailar le preguntase primero si le gustaba la pareja. ¡Ah, qué rabia! ¡No poder elegir personas de su gusto! Para eso mejor era quedarse en la casucha y tumbarse en una esquina del *soberao.*

La voz de Silvina repite que la conducta de Gaspar hacia ella es abusiva [SEM. Abuso (V. Narr./Sil.: Gaspar)]. La gran ambición de la muchacha es ser libre, [SEM. Libertad (V. Narr./Sil.: Silvina)] pero el único modelo que tiene de mujeres que viven de acuerdo a su voluntad es el de las Flacas, dedicadas a una vida de libertinaje. Se mencionan las fiestas de Reyes, tradicionalmente celebradas por el pueblo de Puerto Rico (REF. Fiestas tradicionales). Este tipo de mención ancla la trama en la sociedad histórica, aumenta la sensación de "realismo."

(185) Voz: Sil., Mart., Narr.

-Lo que me da más soberbia-añadía la joven-es que él se divierte. Baila, come, bebe y...

-Y alguna cosilla más, ¿verdad, pichona?-dijo la vieja Marta acariciando el pelo de la joven-, alguna cosilla más, de que también se harta...

Rieron las mujeres de la malicia de Marta, pero Silvina contestó:

-¡Bah!... Por no servir, ni *pa* eso...

Silvina habla abiertamente de su vida privada [SEM. Franqueza (V. Sil.: Silvina)]. Su comentario acerca de la vida sexual de Gaspar indica la posibilidad de que el marido sea impotente [SEM. Impotencia sexual (V. Sil.: Gaspar)].

-Y alguna cosilla más, ¿verdad, pichona?-dijo la vieja Marta acariciando el pelo de la joven-, alguna cosilla más, de que también se harta...

Rieron las mujeres de la malicia de Marta, pero Silvina contestó:

-¡Bah!... Por no servir, ni *pa* eso...

Silvina habla abiertamente de su vida privada [SEM. Franqueza (V. Sil.: Silvina)]. Su comentario acerca de la vida sexual de Gaspar indica la posibilidad de que el marido sea impotente [SEM. Impotencia sexual (V. Sil.: Gaspar)].

(186) Voz: Narr.

En aquel momento oyéronse rumores. Los jugadores del río habían levantado la partida. Deblás y otros varios barrieron el dinero de todos y los jornales de la semana. Gaspar, que había ganado, estaba jovial, decidor. Todo el mundo a la tienda, ¡ea! Todo el mundo a beber una copa. El pagaba. Y el grupo de campesinos aumentó al contingente de los que bullían frente a la tienda.

La partida termina (ACC. Juego:2: Terminar la partida). La mayoría de los campesinos que participaron en la jugada derrocharon allí su salario de la semana. Los bolsillos colmados de dinero que había mencionado el narrador anteriormente (No. 175), se vacían debido al vicio. La miseria de las familias de estos hombres no se debe a la falta de trabajo ni a bajos salarios, sino al derroche. Después de jugar van a beber (ACC. Bebida:1: Celebrar la partida de juego). Los campesinos pasan su día de asueto jugando y bebiendo [SEM. Vicio (V. Narr.: Campesinos)].

(187) Voz: Narr., Gasp., Sil.

Gaspar vio a Silvina y con su habitual dureza, preguntó:

-¿Qué haces aquí?

-Vine a hacer las compras de Leandra.

-Bueno...ya las hicistes... (sic) vete: *pica* ligero...

Ella, en el acto, se alejó. Mas al llegar a la vereda, oyó que Gaspar decía.

-O mira, Silvina: dale a tu madre la compra y vuelve.

Ella, en el acto, se alejó. ... (ACC. Llegada:2: Regreso por obediencia). Gaspar se dirige a Silvina utilizando una expresión vulgar (REF. Lingüística).

(188) Voz: Narr., Narr./Cir.

Ciro, apenas vio a Silvina, la envolvió en una mirada intensa. ¡Cómo le gustaba aquella hembrita! Mas era tan arisca y le temía tanto al viejo, que el ansia de cariño que por ella le agitaba, cien veces dormida y cien veces despierta, no había sido saciada jamás.

Ciro vio cuando Silvina se alejaba, y siguiéndola, desapareció en el monte.

...siguiéndola, desapareció en el monte. ... (ACC. Persecución:1: Ir tras la amada).

(189) Voz: Narr.

Marcelo, solitario, paseó la mirada por el interior de la tienda, bostezó con hastío, e internándose en el bosquecillo situado detrás del ranchón, tendióse a la larga en el suelo, dispuesto a dormir.

...tendióse a la larga en el suelo... (ACC. Testigo:1: Conocer el plan por casualidad). Las acciones narradas en las lexias Nos. 191-193, plantean la trama que tendrá lugar en el resto del capítulo: 1) Silvina sale hacia el monte con la orden de Gaspar de regresar, 2) Ciro parte tras Silvina y 3) Marcelo se acuesta en el bosque a descansar.

(190) Voz: Narr.

A poco, escuchó rumor de voces. Eran Deblás y Gaspar, que departían en el ranchón junto a la máquina. Después de beber unos tragos, habíanse confinado en aquel sitio que ofrecía buena sombra, y sentados en la lanza de un carro, hablaban de asuntos íntimos.

Marcelo, primero indiferente, luego con dominante curiosidad, pudo oir sus palabras.

-Lo que me figuro-decía Deblás, es que el asunto te ha *metido los mochos.*

-¿Acobardarme yo? No me conoces...

-¿Pues, por qué no acabas de resolverte?

-Estoy resuelto: te lo he dicho cien veces. Lo que no hago es precipitarme...

-Vamos, Gaspar, no lo niegues. Tienes miedo.

-Te digo que no, hombre. ¡Barajo, que eres tenaz!

-Pues entonces, ¿a qué tantas pamplinas? El asunto es bueno y el golpe seguro. Dinero abundante y uno solo con quien luchar.

-Pero es que los macacos andan por el monte ¿No les vistes (sic) ayer? Tuviste que esconderte para que no te vieran. Deja que pase algún tiempo hombre; que se larguen; que se larguen y no se acuerden del barrio. Entonces...

-Si uno va a pensar en los inconvenientes no hace nada. Y para ti, todos son inconvenientes. Luego, te has empeñado en *emburujar* a Silvina en el negocio y eso no me parece bien.

-Pues eso es lo mejor del asunto. Es menester que ella nos ayuda. Mañana, si las cosas salen mal, estando comprometida guardará mejor el secreto. De otro modo, cualquier cosa que sepa ¿quién me garantiza que no la canta? Además: el otro es fuerte y puede que se necesiten tres para...

Después de beber unos tragos habíanse confinado en aquel sitio. ... (ACC. Bebida:2: Salir de la taberna). El diálogo tiene dos expresiones populares (REF. Lingüística). La imitación del habla popular es muy imprecisa. Una expresión coloquial como: te ha metido los mochos está expresada utilizando la *d* del participio pasado, cuando hubiera estado más cerca del lenguaje real escribir: te ha *metío* los mochos.

(191) Voz: Narr., Narr./ Marc.

Marcelo, desde la umbría, lo escuchaba todo. Se había puesto frío, emocionado, como si él fuese la víctima elejida, (sic) como si él fuese uno de los inventores del tenebroso proyecto. ¡Qué desgracia la suya!... ¡Le perseguían las atrocidades! Se había acostado allí para dormir tranquilo, y

hasta allí iban siguiéndole. Si, por lo que aquellos dos hombres acordaban, eran los preliminares de un golpe de mano.

El joven quiso levantarse, huir para no enterarse de nada, mas al primer movimiento que hizo, crujieron las hojas secas y temió ser visto. De Gaspar y Deblás sólo le separaba el ramaje de algunas plantas; moverse era mostrarse conocedor de todo lo que se había hablado. Temió que se volverían los odios contra él... No, mejor era pasar desapercibido, quedarse quieto; era menester que aquellos hombres no supieran jamás que él les había oído.

Quedóse, pues inmóvil, y las palabras, aleteando a través del ramaje, continuaron bailándole en torno.

Marcelo se encuentra en una situación similar a aquella en que presenció el crimen de Ginés (Nos. 68-73). Irónicamente, su naturaleza pusilánime, que lo inhibe de participar en las actividades en que normalmente participan los otros hombres, ha provocado que sea testigo de un crimen y de los planes de un asalto. La conversación entre Deblás y Gaspar sigue el patrón que se ha utilizado antes en la novela cuando el relato se concentra en la trama: la historia se alarga mediante pausas reflexivas del personaje que narra. Esta técnica crea un suspenso.

(192) Voz: Debl, Gasp.

-Puesto que te empeñas-decía Deblás-en que Silvina nos ayude, sea. Hablemos ahora detalladamente del plan. ¿Qué piensas de la manera de realizarlo que te propuse?-Me parece bien; sólo que yo *cambearía* algo...

-Vamos a ver.

-¿Estás seguro de que el hombre, tiene el sueño pesado?

-Como una piedra. Una vez me comprometí a llamarle muy temprano porque iba de viaje: pues, poco más, me cuesta tumbar la puerta.

-Lo que no le impedirá ser hombre prevenido.

-Eso sí... Duerme con el revólver sobre la silla que tiene al lado del catre. ¿No te has fijado? Desde el mostrador, se alcanza a ver su cuarto y, a todas horas, el revólver sobre la silla.

-Ese es un inconveniente, porque si tiene tiempo de echar mano del arma...

-Para usar un arma es menester estar despierto y él no se despierta así, así. Además: ronca escandalosamente. Muchas veces, escuchando por el tabique, le he oído gruñir como un cerdo. De modo que podemos saber fácilmente el momento en que se puede dar el golpe.

-Lo que yo no haría es herirle.

-¿Y cómo asegurarlo, entonces?

-Mira: nos llevamos una cuerda y un pañuelo grande; lo *asugetamos* (sic) entre los tres; lo amordazamos y luego dejamos a Silvina junto a él, amenazándole con un puñal para que no se mueva.

-Pero de ese modo nos conocerá, y al día siguiente caeremos en poder de la justicia.

-¡Es verdad!...-añadió Gaspar con acento consternado.

Gaspar y Deblás comienzan a elaborar su plan (ACC. Robo:1: Planear el robo). Gaspar quiere robar, pero no matar; sin embargo, dadas las circunstancias en que se realizará el asalto, esto parece imposible desde la perspectiva de Deblás: si Andújar sobrevive el robo, ellos irán a la cárcel. La lengua se mantiene imitando, esporádicamente, el habla popular (REF. Lingüística).

(193) Voz: Gasp.,

¡Conocerlos!... Eso no. Era menester evitar toda probabilidad de compromiso. Gaspar, amigo del alarde pedantesco, aficionado a ser tenido por valiente, sentía en el fondo de las entrañas un miedo terrible. Se trataba de robar a Andújar, de despojarle de algunos centenares de pesos que se sospechaba tenía guardados en el arcón; se tratabva de acometer a un hombre robusto y resuelto para defender sus intereses y su persona, y a quien se iba a herir, a matar: el caso era serio. Gaspar experimentaba un secreto temblor, rebelde cobardía, no hija de honradez de conciencia, sino dependiente del temor de ser víctima en el lance o de caer en poder de la justicia. ¡Si pudiera evitarse la sangre! Mas ¿cómo? Y trataba de precisar a Deblás los términos de la cuestión. El no era cobarde, era muy hombre; pero ¿a qué dar tan formidable escándalo? Era más prudente evitarlo y realizar el golpe de una manera silenciosa, que sonara menos en la conversación de las gentes. Deblás insistía: un muerto no habla, no estorba. No había otro

camino que herir. Entonces, Gaspar quiso saber más detalles: ¿quién sería el encargado del tajo? Deblás se excusó: ¡cómo! ¿iba él mismo a rematar a su primo? No; aquel parentesco le impedía ser el agresor. El puñal debía hundirlo Gaspar, que no era pariente de Andújar, que no tenía consideraciones que guardarle.

Gaspar resistía, sintiéndose presa de una inquietud indominable. ¿Y si el otro descargaba el revólver? En tal caso lo probable era que recibiese el proyectil quien estuviera con el puñal levantado. Aquello era repartirle a él la peor parte. No, no podía ser; las cosas no estaban bien pensadas.

Deblás acabó por sentirse violento. ¿Qué clase de hombre era Gaspar, que vacilaba ante un sencillo pinchazo? Discutióse mucho aquel detalle y no pudo haber acuerdo.

De pronto, Gaspar tuvo una idea: todo quedaría arreglado. Ellos dos, los más fuertes, sugetarían (sic) al hombre y Silvina le clavaría el arma, operación que no hacía necesaria gran fuerza. Sí; la puñalada le tocaba a Silvina...

La voz del narrador ha caracterizado a Gaspar como cobarde en repetidas ocasiones. La reacción de Deblás ante la idea de un nuevo crimen lo muestra tan cobarde como Gaspar. [SEM. Cobardía (V. Gasp., Deb.: Gaspar, Deblás)]. Gaspar se refiere a la herida que intentan ocasionarle a Andújar usando una expresión de la jerga de la delincuencia: tajo (REF. Lingüística).

(194) Voz: Deb., Gasp.

-¿Y estás seguro de que ella se preste?

-Ella hace todo lo que yo le mando.

-¡Um!... En este caso, dudo que te obedezca.

-Te digo que sí, hombre. Irá, nos ayudará y hará lo que le diga. Eso corre de mi cuenta.

-¡Caray!... pero hay que reconocer que para una mujer eso es demasiado.

-Yo te aseguro que Silvina me obedece. Y si no, la achueco...

Deblás muestra una intención de consideración hacia Silvina basada en unos valores patriarcales (REF. Cod. Social: Patriarcado). Hay ciertos límites establecidos para lo que hacen las mujeres. Pero ante la disyuntiva de tener que asesinar él a Andújar o que lo haga Silvina, acepta la proposición del cómplice. Gaspar no está dispuesto a matar a Andújar, pero sí a golpear a Silvina si ésta se niega a cumplir con la parte del trabajo que le ha asignado [SEM. Abuso (V. Gasp.: Silvina)].

(195) Voz: Narr.

La dificultad habíase resuelto y los detalles del plan fueron detenidamente estudiados.

A las diez de la noche del día que se designase, reuniríanse junto al risco de Palmacortada. Después, uno de los dos, reconocería el terreno. En el dependiente no había que pensar porque era público que no dormía en la tienda. Cuando estuvieran seguros de que Andújar había conciliado el sueño, se acercarían cautelosamente a una de las puertas posteriores, la forzarían y, cayendo sobre el dormido, una vez sujeto, el golpe... Luego, a barrer: dinero, cosa que lo valiera, el menor bulto posible y, por fin, cada cual a su casa. Total: media hora. Al siguiente día, con aire candoroso, formarían parte del clamor general para lamentarse de la gran canallada. Deblás, por si acaso, escaparía a la cordillera. Todo listo: sólo faltaba precisar el día. En aquellos momentos estaba próximo el plenilunio y para el asunto se necesitaba obscuridad, por lo menos a la hora convenida.

El negocio debía realizarse el primer día del novilunio, a media noche. Ya, con tiempo, volverían a ocuparse de los preparativos.

Se finalizan los detalles del plan (ACC. Robo:2: Ultimar los detalles del plan). La conversación, sobre un acto futuro, avanza la trama. El lector está al tanto de hechos de la historia que aún no se han realizado. Queda acordada la fecha en que se realizará el asalto (REF. Cronología: Prospección).

(196) Voz: Narr.

Los dos camaradas quedaron silenciosos. El proyecto, saliéndoles por los labios, les había dejado recónditos recelos. La pesades de la tarde adormecía los miembros y una laxitud perezosa parecía dominar en la atmósfera. Gaspar se acostó entre unas albardas y Deblás sobre la tierra.

Gaspar y Deblás sospechan mutuamente de sus intenciones [SEM. Desconfianza (V. Narr.: Gaspar, Deblás)]. El paso del tiempo está indicado por la frase la pesadez de la tarde (REF. Cronología: Tiempo de la escena). Al comenzar el capítulo se indicó que era mediodía; han pasado varias horas hasta este momento.

(197) Voz:

Allí cerca estaba la máquina trilladora, cobijada por la techumbre del ranchón, con la inmovilidad de quien reposa de grandes fatigas. Multitud de trastos se almacenaban allí como en rincón en donde lo desusado no estorba.

En una esquina, estaba un tosco pilón, una especie de enorme almirez de madera labrado en un solo tronco. Firme sobre su base, ostentábase con seriedad de estatua, sosteniendo la gran mano de almirez, también de madera, que recostada en el borde del pilón se erguía con seria inmovilidad, con quietismo de objeto que puede fácilmente romperse, como si fuera una cucharilla de oro apoyada en el borde de una jícara de plata.

Al largo diálogo entre Gaspar y Deblás sigue la descripción de unos instrumentos de trabajo. Esta descripción cumple varias funciones en la obra. Primero, la presentación de estos objetos, cerca del lugar donde tiene lugar el encuentro, da plasticidad, realismo a la escena y proporciona un receso a la acción. Segundo, los instrumentos de trabajo, quietos, serenos, tienen un valor simbólico en este contexto: contrastan con la agitación malévola de los dos hombres. La comparación de los humildes objetos con metales preciosos los dignifica e indica una valoración positiva de ellos por parte del narrador [SEM. Dignidad (V. Narr.: Instrumentos de trabajo)]. Son objetos dignos, comparados con la indignidad del contenido de la conversación de

que han sido testigos mudos. Por medio de estos objetos se plantea una antítesis (SIM. Trabajo honrado/Delincuencia).

(198) Voz: Narr.

Marcelo aprovechó una ocasión: cuando los interlocutores cambiaron de sitio, se deslizó, sin levantarse, por el declive del barranco; llegó al río; dando la vuelta volvió a la tienda; y, sentándose en el umbral, dirijió (sic) a Andújar una mirada llena de compasión.

...[C]uando los interlocutores cambiaron de sitio, se deslizó... (ACC. Testigo:2: Retirarse después de escuchar). El sentimiento compasivo del joven revela una persona bondadosa [SEM. Compasión (V. Narr.: Marcelo)].

(199) Voz: Narr.

En tanto, otro acto del drama de la vida exornábase en lo alto del cerro

Silvina había obedecido a Gaspar: vadeó el río, siguió la vereda y dirijióse (sic) a la casucha de Leandra. Ciro, cuando nadie le veía, empezó a correr cuesta arriba. Era preciso aprovechar la ocasión: Gaspar, bebiendo en la tienda; Leandra, en la casa, ocupada en sus faenas; y en el centro, el bosque denso, discreto, dispuesto a ser testigo mudo y neutral.

Repechando a saltos, alcanzó a ver a Silvina siguiendo con lijereza (sic) de gamo los zig-zags de la vereda. El joven comprendió que no era fácil alcanzarla, ni prudente insinuarse a gritos. No importa: ella debía volver; Gaspar había ordenado que volviera. Lo mejor era esperar, esconderse detrán de algún árbol para luego saltar al camino.

La naturaleza, como casi siempre en la novela, tiene su funcionamiento propio, está ajena a las pasiones humanas [SEM. Neutralidad (V. Narr.: Naturaleza)]. Ciro conoce bien a Silvina, no corre tras ella, se esconde en el camino para esperarla, seguro de que la muchacha obedecerá la orden de Gaspar y regresará (ACC. Escondite:1(3): Esconderse para esperar a la amada).

(200) Voz: Narr.

Crecía allí un frondoso platanal. Las pomposas hojas trazaban gallardas curbas (sic) desde el tronco hasta cerca del suelo, formando entre todas una cripta verde, un techo movedizo que sombreaba el monte. A trechos, se alzaban árboles frutales que levantándose con proporciones jigantes, (sic) dejaban debajo el platanal.

Las pomposas hojas que trazaban gallardas curvas, los árboles gigantes, connotan un paisaje majestuoso [SEM. Majestuosidad (V. Narr.: Naturaleza)], divinizado: una cripta verde [SEM. Sagrado (V. Narr.: Naturaleza)].

(201) Voz: Narr.

Multitud de avispas revoloteaban zumbonas, ayudando, en incesante labor, a formar el panal que colgaba de oculta rama. Algunos arañas tejían sus hilos; casi invisibles entre rama y rama. Vistos en un rayo de sol, aquellos hilos parecían filamentos de ojo que tejían una red. Por esa red paseaba el arácnido sus soledades gestativas, mientras con amor materno, defendía los repletos sacos ovíferos del ataque de otros insectos.

Los animales del bosque son activos, trabajan [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Animales del bosque)]. La procreación de la araña está humanizada: defiende los huevos con amor materno [SEM. Amor materno (V. Narr.: Arañas)]. Las arañas están descritas como mejores madres que las campesinas, a quienes el narrador nunca elogia de la manera que lo hace aquí cuando habla de los insectos.

(202) Voz: Narr.

Arriba, las parlanchinas hojas rozaban unas con otras, acariciándose las jóvenes, y languideciendo las secas que caían con desmayo al largo de los troncos. Tupidas zarzas, armadas de órganos espinescentes, ponían valladar al tráfico, obligando a dar un rodeo o a saltar por encima: eran los adustos ageves, las ingratas mayas de maguey, hostilizando al caminante con sus penetrantes púas, pero dejándose envolver en el amante abrazo de las enredaderas.

Más allá, mimosas púdicas se encojían (sic) bajo el tirano ardor del sol; soblaban las ramillas, apretaban el sensible hojanbre y esperaban la frescura

de la tarde para desplegar de nuevo la gentileza de sus galas sin peligrosos amagos para sus nervios sutiles.

El bosque es sonoro, las hojas parlanchinas [SEM. Sonoridad (V. Narr.: Bosque)]. La naturaleza es caracterizada como positiva aun cuando se muestre algún aspecto negativo. Las plantas que tienen espinas dificultan el paso del caminante, pero su rudeza es relativa ya que son tiernas respecto a las otras plantas, se dejan ...envolver en el abrazo de las enredaderas... [SEM. Ternura (V. Narr.: Plantas espinosas)].

(203) Voz: Narr.

En el conjunto sonaba la voz de los bosques, esa voz sin palabras, en que palpitan cien ruidos, en que bullen indefinibles rumores, en que la naturaleza relata sus grandezas bajo las alas eternas del tiempo. El bosque mostrábase inmóvil, con quietismo aparente, invadido por corrientes de inquieta vida; mientras las plantas absorvían (sic) los alientos del medio ambiente para impulsar la labor magnífica de la dinámica vegetal. Y así, entregado a sus fuerzas, el bosque vivía, henchido de misterios, rodeado de una soledad casi sublime, en medio de una muchedumbre de seres extáticos.

Anteriormente se describieron diversos aspectos del bosque: las distintas especies de plantas, los animales (Nos. 200-202). Ahora el narrador resume el conjunto. Aparecen las características que ya se han mencionado: sonoridad, laboriosidad, belleza. En resumen, el bosque es grandioso [SEM. Grandiosidad (V. Narr.: Naturaleza)]. El dinamismo del bosque, de acuerdo al narrador, permanece en la soledad, rodeado de ...una muchedumbre de seres extáticos. ... Sin embargo, hemos asistido a la actividad del domingo de los pobladores de la región. Estos personajes, de una forma u otra, han estado en constante movimiento en las escenas descritas. Entonces ¿a qué se refiere el narrador cuando afirma que son seres extáticos? La diferencia entre el movimiento de la gente y el de la naturaleza no es de cantidad: ambos se mueven constantemente, sino de calidad. La gente está

comprando, jugando, conversando, bebiendo, intrigando, todas actividades desligadas de la producción. En cambio, la naturaleza trabaja constantemente para producir. La actividad que no sea productiva no es considerada como verdadera actividad, de acuerdo a los valores del universo de la novela. El movimiento de los campesinos es agitación, no dinamismo. Esta es la razón por la que la naturaleza está sola.

(204) Voz: Narr., Narr./Sil.

Ciro no tuvo que esperar mucho: algunos minutos después divisó a Silvina descendiendo por la vereda. El joven tenía las manos frías y el corazón palpitante. ¡Una ocasión propicia para quien llevaba en su ser el ascua de la pasión! Viola descender, acortando cada vez más la distancia; como si cumnpliendo decretos del amor, viniese loca, insensata, a caer en sus brazos.

Al fin, cuando estuvo cerca, Ciro saltó al camino y cerró el paso.

Ella detúvose asustada y al reconocer al joven, una emoción profunda la embargó. ¡El, él estaba allí, en la soledad bravía de la montaña, cerca de ella que lo amaba, que lo idolatraba...!

...[C]uando estuvo cerca, Ciro saltó al camino. ... (ACC. Escondite:2(3): Salir al encuentro de la amada). Ambos jóvenes están emocionados con el encuentro [SEM. Amor correspondido (V. Narr.: Ciro/Silvina)]. La descripción es romántica: ...como si cumpliendo decretos de amor viniese a caer en sus brazos. ... ...cerca de ella, que lo amaba, que lo idolatraba. ... (REF. Romanticismo).

(205) Voz: Cir., Sil.

-Oye, Silvina-dijo Ciro.

-No, déjame pasar; me esperan allá abajo.

-Esta vez... te aseguro que será.

-Imposible. Lo que tú quieres no puedce ser.

-Sí, puede ser. No necesitábamos más que una ocasión y aquí la tenemos.

-Te digo que no. Piensa que yo soy mujer de otro...

-No, tú eres mía, solo mía, porque yo te quiero y tú me quieres. ¿Te has olvidado ya? Nosotros íbamos a vivir juntos... Tú estabas dispuesta a irte conmigo. Entonces se atravesó ese *condenao*...

-Sí, me casaron con él. ¡En mala hora! Pero ¿qué hemos de hacer? Ya no hay remedio.-El remedio es fácil: quiéreme.

-¡Estás loco!

-Pégasela...

-¿Sabes lo que dices?

-Pégasela...

-No, no: me mataría.

-Pégasela...

-Me muero de miedo sólo al pensarlo. Ese canalla me apretaría por el pescuezo; sobre todo, tratándose de ti, porque te tiene ojeriza.

-¡Bah!... ése no mata a nadie. Tú ibas a ser mi mijer; tú me querías; tú me lo habías prometido todo. Después hubo, lo que hubo. Cien veces he querido acercarme a ti y siempre huyes...

-Por miedo al otro.

-...cien veces he buscado una ocasión y tú te escapas. Esto no puede ser: no es justo. Por encima de la cabeza del demonio, quiero que me cumplas tus promesas.

-Oye, Silvina-dijo Ciro (ACC. Encuentro:1: Reunión de los amados). El diálogo entre Ciro y Silvina está marcado por la decisión de él de conseguir lo que quiere a toda costa [SEM. Temeridad (V. Cir.: Ciro)] y el temor de ella a Gaspar [SEM. Miedo (V. Sil.: Silvina)]. Sin embargo, en la negación de Silvina a entregarse a Ciro se esconde otra razón: el respeto a la ley del matrimonio. Cuando Ciro requiere el amor de Silvina, la primera respuesta de ella es: -Te digo que no. Piensa que yo soy mujer de otro. ... [SEM.

Cumplimiento de la Ley (V. Narr.: Silvina)]. Después, habla de su miedo a Gaspar. Aunque siempre la muchacha habla de su temor al marido, veremos, al analizar la escena en que ella y Ciro, finalmente, consuman su amor, como sólo en una situación límite y exenta de pasión por parte de Silvina, esto ocurre.

(206) Voz: Sil.

-De nada tengo yo la culpa. Leandra al saber nuestros amores, te echó de casa de mala manera. Dijo que tú no eras hombre de respeto, que no podías mantenerme. Después, yo no he tenido un día alegre. Cuando me casé con Gaspar, todo fue imposible. Además, no quiero causarte un daño complaciéndote... Ese hombre es tremendo ¿sabes? Sería capaz de *cortarte...*

La conducta de Leandra, de acuerdo al relato de Silvina, corresponde al falso pragmatismo que la madre de la muchacha ha expuesto anteriormente (Nos. 13, 23-34) [SEM. Pragmatismo (V. Sil.: Leandra)]. Leandra se opuso a las relaciones de Silvina con Ciro porque no lo consideraba serio (constante en el trabajo), pero Gaspar tampoco es serio y, además tiene todos los defectos que se han enumerado.

(207) Voz: Cir., Sil., Narr.

Muchas veces he tenido deseos de provocarle, de halar por el espadín y arrancarte de su poder.

-¡Dios nos libre! De lo que si debes tener seguridad es de que te quiero, pero...

-¡Vaya un cariño! Eso es mentira; tú no me quieres. Si me quisieras, pasarías por encima de todo. Por ejemplo: ahora que estamos tan solitos, aquí, en esta sombra tan fresca, me lo probarías.

Los jóvenes discutieron la verdad de su mutuo afecto. Silvina, casi llorando, juró a Ciro un cariño intenso, palpitante. Sí, lo amaba, pensaba siempre en él. De día, de noche, a todas horas, el joven era su constante pensamiento. Ser suya, fuera su mayor felicidad. Pero ¡ah! ella era una desgraciada, una esclava. Otras muchachas del barrio hacían su voluntad, se

entregaban a su capricho; mas, ella era una víctima infeliz... ¡Siempre cien ojos encima! Gaspar, Leandra, Galante... todo el mundo. ¡No; imposible!

-Tú no me quieres, -insistía Ciro-todo eso es embuste.

-Sí, te quiero. Mira: para probártelo, te confesaré un secreto. Cuando algunas noches siento que me fastidia Gaspar, pienso en ti. Yo odio a ese *repunante* , pero pensando en ti, cuando él me abraza, me lleno de ilusiones figurándome que eres tú.

-¡Ah, Silvina! no seas así...

Silvina reafirma su situación de víctima. Repite lo que había expresado anteriormente (No. 184): ambiciona ser libre. Su negativa a los requerimientos de Ciro está cargada de provocación al contar al joven sus fantasías con él cuando tiene relaciones sexuales con Gaspar [SEM. Erotismo (V. Sil.: Silvina)]. La confesión de Silvina excita a Ciro y lo anima a forzarla físicamente.

(208) Voz: Narr., Cir., Sil.

Entonces Ciro se sintió presa del ímpetu. Sería, sería de todos modos. Asió a la joven y lucharon. La abrazó, como queriéndola fundir consigo mismo. Ella se revolvía asustada.

-Quita...quita...

Cayeron sobre el lecho de hojas que alfombraba el platanal, y continuaron luchando. El no hablaba, estaba ciego, delirante, resuelto a predominar por la violencia. Ella sollozaba, sentía una embriaguez que la rendía, una ola inmensa de debilidad que la anegaba, y al mismo tiempo le parecía ver el grosero puño de Gaspar, levantado sobre su cabeza. Y ante aquella visión, de nuevo cobraba resistencia...

-Quita...quita...

El suelo estaba crugiente; (sic) las ramas movíanse agitadas por los choques que contra los troncos de algunos bananos producíanse en la lucha; desde lo alto descendía risueño un rayo de sol como festejando con galas doradas aquellas nupcias selváticas; y los jóvenes asiéndose y desasiéndose, revolvíanse entre la hojarasca; él cerca del triunfo; y ella resistiendo todavía, sintiendo sobre su carne desnuda la pincelada acariciadora de aquel rayo de sol, y exclamando con acento lánguido: -Quita...quita...

La conducta sexual de los amantes sigue el patrón del amor romántico: él es fuerte, temerario, apasionado; ella, débil, esquiva, pero deseosa de acceder a los requerimientos del galán (REF. Romanticismo).

(209) Voz: Narr.

Entonces un rumor bullicioso ondeó en el aire: palabras, risas, carcajadas... Ciro volvióse temeroso: iban a ser sorprendidos. Silvina se levantó de un salto, apartándose a alguna distancia. ¡Qué susto. ¡Ah!..., pero al fin podía librarse del joven.

Los rumores se acercaron por la vereda, pasaron por delante del lugar donde los jóvenes estaban y perdiéronse a lo lejos. Eran campesinos que bajaban a la tienda de Andújar.

Silvina se levantó de un salto. ... (ACC. Encuentro:2: Separación de los amantes).

(210) Voz: Narr.

Repuesto de la sorpresa, vio Ciro, con Rabia, que aquel estorbo desbarataba sus planes. Silvina, oyendo las voces y todavía presa del susto, estaba allí, a pocos pasos sudorosa, encendida, pero dispuesta a escapar. El joven quiso acercarse: fue inútil. Silvina, corriendo, se lanzó bosque abajo en dirección al río, para obedecer la orden de Gaspar.

Ciro apretó iracundo los puños; salió del bosque a la vereda, y al divisar en lo bajo del cerro el grupo de campesinos que le había espantado la caza, exclamó colérico:

-¡Mal rayo los parta!

Este es el primer encuentro que tienen Ciro y Silvina desde que comenzó la novela. En el tercero consumarán su amor. La pareja da un toque romántico y erótico a la novela. Al separarse de Ciro, Silvina está encendida, es decir, excitada sexualmente; sin embargo, se niega a consumar su amor. La moral puritana hipócrita que rige la perspectiva del narrador no permitirá que la joven se entregue a Ciro por deseo sexual. El

único personaje simpático al narrador, entre las campesinas cuyo aspecto sexual se muestra, no puede actuar de esa manera. Cuando se entregue a Ciro será buscando protección, no por pasión. Ciro...salió del bosque. ... (ACC. Persecución:2: Regresar de estar con la amada).

(211) Voz: Narr., Sil.

Cuando Silvina llegó a la tienda, Gaspar y Deblás habían abandonado el ranchón. Un corro de campesinos escuchaba el sonsonete monótono de un glosador, que entre risotadas y chistes lanzaba incoherentes décimas.

-Aquí estoy-dijo Silvina a Gaspar-,¿qué quieres?

-Pues nada, que te estés ahí por si te necesito.

Gaspar abusaba de su dominio. Allí cerca de él, como en todas partes, la joven debía seguirle. Quería tenerla siempre bajo su mirada adusta, dispuesta a rendirse víctima de su más pequeño capricho. Y ella, junto a su tirano, tenía siempre la compución de una virgen al conceder al señor de su feudo el derecho de pernada. Ella no comprendía el origen, el misterio de aquel dominio.

Cuando en horas de enojo se prometía a sí misma rebelarse, experimentaba un desasosiego, un miedo indecible: como si sólo pensarlo Gaspar hubiera de enterarse de la rebeldía. Una mirada, un ademán, un gesto de Gaspar, la hundían en un mar de desolación y todas las ocasiones cedía, cedía siempre, protestando interiormente, pero sin fuerzas, sin atrevimiento para resistir.

Aquella tarde, escuchó la orden: todavía nerviosa y jadeante después del encuentro del platanal, permaneció obediente junto a Gaspar.

De acuerdo a los escritores del siglo XIX que dedicaron ensayos y artículos a describir la familia campesina puertorriqueña, ésta no estaba "moralmente constituida" (1ra parte, Cap. IV, primera parte, p. 179). Al hablar sobre la campesina, según Salvador Brau, la opinión "casi general entre los propietarios" era que existía entre ellas una "carencia poco menos que absoluta de condiciones morales." (1ra parte, Cap. IV, p. 178). El argumento principal para sustentar esta afirmación era el enorme por ciento de

concubinatos y la facilidad con las campesinas accedían a los requerimientos amorosos de cualquier hombre. Dentro de este marco social hay que ubicar el personaje de Silvina, una campesina totalmente fiel a un marido que repudia. Según Zeno, *La charca* estaba escrita a base de la observación objetiva de la realidad (REF. Biografía del autor); sin embargo, el personaje de Silvina no es representativo de la imagen de la mujer del campo que los propietarios y los intelectuales (profesiones compartidas muchas veces por la misma persona) estimaban típica. Aunque el análisis de esta situación estaba distorsionado por la visión del campesino en general que tenían estos escritores, es cierto que el concubinato era la forma generalizada de convivencia de una pareja. También es cierto que había muchas mujeres de los pueblos que abandonaban a sus maridos y se iban a vivir al interior de la isla o se prostituían. Esta situación preocupó a las autoridades a partir de 1820 y era tema muy comentado en la década de 1880 (1ra parte, Cap. IV. p.167). Normalmente, una joven en la situación de Silvina (desde la perspectiva de la élite) no hubiera encontrado mayores obstáculos en escaparse con Ciro o por lo menos, si el miedo a que el marido la persiguiera era mucho, en hacer el amor con él ocultamente. La verosimilitud del personaje de Silvina se consigue debido a su condición de epiléptica [SEM. Enfermedad (V. Narr.: Silvina)], una enfermedad misteriosa, a la que podía atribuírsele cualquier conducta considerada anormal (en el sentido de fuera de la norma). Desde un punto de vista sicológico, las relaciones de Silvina y Gaspar reponden a un patrón sadomasoquista (REF. Sicología). La referencia del narrador al derecho de pernada (REF. Historia), indican el tipo de lector culto a quien va dirigida la novela.

(212) Voz: Narr., Cir., Marc.

A poco, llegó Ciro. Venía irritado, violento, con deseos de estallar contra cualquiera...

Entró en la tienda donde varios mozos se disponían a echar un trago. Bebió con ellos, sentándose de un salto en el mostrador. Desde allí divisó a Marcelo, retraído en el umbral y mirando con aire abobado las ramas de un árbol.

-¿Y y tú, que haces ahí, *mamao* ? -dijo Ciro de mal talante a Marcelo.

Este, sorprendido, volvió la cabeza, miró a su hermano y sonrió. Estaba acostumbrado a tales bromas. Ciro, que se las echaba de hombre templado, le tenía por un tontaina.

-Ven acá-insistió Ciro.

-¿Qué quieres?

-Ven acá. ¿No has *tomado la tarde* ?

Marcelo hizo un gesto de repugnancia. A él no debieran hacerle tal pregunta: todo el mundo sabía que no bebía. Ciro continuó insistente.Quiero que tomes una copa, vamos.

-No...no.

Aquí está. El dependiente la ha servido. No me digas que no, porque me enfado. Yo no quiero que seas tan flojo; quiero que hagas lo que hacen todos los hombres. ¡Ea, vente!

Entró en la tienda donde varios mozos se disponían a echar un trago. ... (ACC. Bebida:1(2): Beber por enojo). Ciro alardea de hombre [SEM. Machismo (V.Narr.: Ciro)] y proyecta su mal humor en Marcelo presionándolo para que beba. El lenguaje de Ciro, al dirigirse a Marcelo, es vulgar (REF. Lingüística).

(213) Narr., Narr./Camp., Narr./Marc., Narr./Cir.

Siguió una escena chistosa. Marcelo, resueltamente opuesto a beber: Los campesinos intervinieron: unos estimulando a Marcelo a ser hombre: otros, aplaudiendo su temperancia. Hubo bromas picantes, desnudeces de lenguaje. La mayoría se puso frente a Marcelo. No beber, era necio...¿Qué importaba una copita? La bebida era buena para la salud. Calienta, calienta mucho cuando baja por el gaznate y luego, pone el cuerpo fuerte como un estante de *ausubo.* Lo que Marcelo hacía era probar su cobardía: ¡vaya con

el mozo de veinte y cinco años! Y sino, allí estaba como ejemplo su hermano Ciro: siendo hermano menor, tenía más cara de hombre. Nada, debía beber.

El asunto se hizo tema general y Ciro acabó por considerar como cuestión de, el vencer la resistencia de su hermano.

Marcelo, en tanto, defendíase. A nadie le importaba que él hiciera su voluntad; él era libre. Que le dejaran en paz... La bebida le quemaba la garganta, le hacía toser, le enfermaba. No, de ninguna manera. Si todos aquellos mozos querían diversión, que comprasen un *chango* . El no estaba allí para divertir a nadie. Cuanto a Ciro, no era más que un abusador; que hiciera su gusto, mas que lo dejase a él hacer el suyo. ¡Por nada del mundo bebería! Insistir, era inútil.

La broma arreciaba. Ciro, asiéndole por una mano, halaba de él. ¿Qué iban a pensar los que le estaban mirando? El no podía tolerar que hasta las mujeres se rieran de un hermano suyo. A beber, a beber...

Siguió una escena chistosa... Es un chiste para los personajes del mundo ficticio; para el lector, conocedor de los distintos ángulos de la situación, la escena es patética. La presión ejercida por Ciro se extiende y se convierte en presión del grupo, guiado por un código que demanda beber como requisito de hombría. (REF. Cod. Social).

(214) Voz: Narr., Flaca., Coro de camp., Narr./Marc.

Entonces, la más joven de las Flacas, entró en la tienda, arrebató a Ciro la copa y la apuró de un trago.

-Mira-exclamó dirijiéndose (sic) a Marcelo-así, beben los hombres. Tú no eres más que un *pen...don...*

-¡Bravo,bravo!... gritaron los del corro. Marcelo se puso verde. Un sentimiento de rabiosa indignación le dominó. Se burlaban de él; le contrariaban; le querían empujar a un vicio que odiaba; le hacían objeto de la sátira de todos... Bien; pues que cayera la responsabilidad sobre quien tuviera la culpa. Bebería, sí, bebería; se llenaría como una cuba; se hartaría de ron, y probaría que él era capaz de hacer lo que cualquier hombre.

El reto de una mujer es lo que finalmente quebranta la voluntad de Marcelo. Hasta el momento en que la Flaca lo provoca, es capaz de resistir la

opinión del grupo, pero la provocación de una mujer es el límite de su resistencia (REF. Papel social de los sexos).

(215) Voz: Narr.

Adelantóse resueltamente, hízose servir un vaso de ron y lo bebió sin vacilar.

Los campesinos, con grandes risotadas, aplaudieron la decisión de Marcelo y entre un escándalo de bromas picantes, salieron todos de la tienda.

La decisión de Marcelo es celebrada por los campesinos con un alarde vulgar: ...grandes risotadas... [SEM. Vulgaridad (V. Narr.: Campesinos)].

(216) Voz: Narr.

Marcelo quedó un instante inmóvil. Sintió el roce quemante de la bebida que al descender al estómago, le parecía una mano ungulada raspándole los tejidos. Luego se puso muy serio, su palidez se hizo intensa; y viendo que le dejaban tranquilo, alejóse algunos pasos y ocultó el semblante, por donde le rodaron dos lágrimas.

Sufría, se sentía infeliz. Beber, para él, no era placentero: experimentaba en la boca el sabor astringente de un brebaje (sic) y, en el estómago, una opresión tan grande, que le parecía tener una piedra colocada sobre el vientre. Las lágrimas corrieron en tumulto y volviendo la cara para ocultarlas, se consideraba víctima de un atropello. Luego, sentóse ocultando la cabeza entre las manos: sentía un desfallecimiento extraño, ardor en los ojos y un copioso sudor que le inundaba el cuerpo.

Marcelo es victimizado por la presión social: ...ocultó el semblante, por donde le rodaron dos lágrimas. ... [SEM. Víctima (V. Narr.: Marcelo)]. Se describe la primera fase del embriagamiento. Todavía con conciencia de la situación, una profunda tristeza lo invade [SEM. Tristeza (V. Narr.: Marcelo)]. En esta etapa, el efecto de la bebida se refleja en una sensación física: se siente desfallecer, le arden los ojos y suda copiosamente (REF. Conocimiento médico).

(217) Voz: Narr., Narr./Marc.

Así discurrieron algunos minutos. Después, levantó la cabeza. ¿Qué le pasaba? Aquel no era el mismo mundo de antes. ¡Qué tarde tan clara!... ¡qué árboles tan verdes!... ¡qué alegres estaban los campos! No podía explicarse la placidez que sentía, y su organismo, como inflado de bienestar, se ensanchaba repleto de fortaleza. Sí, él exageraba... ¡Qué diablos! En aquel momento, hubiera sido injusto negar que le bullía por dentro un caudal de vida, de actividad, de fuerza, a que no estaba acostumbrado. El sabor ingrato se había disipado, el mareo había desaparecido, el hondo pesar fuese desvaneciendo poco a poco y Marcelo, sin darse cuenta de sus actos, abandonó su retiro, incorporóse al grupo y lanzó una carcajada feliz en que parecían desbordarse los recuerdos de cien años de placer.

A la tristeza sobreviene una segunda etapa en la que Marcelo se siente eufórico [SEM. Euforia (V. Narr.: Marcelo)].

(218) Voz: Narr.

Los campesinos celebraron la metamorfosis sospechando el origen de tan inusitada jovialidad, y desde aquel momento, viéronle lanzarse desbocado en los giros de la conversación; hablando de todo, discutiendo lo más nimio e impacientándose ante cualquier contrariedad insignificante.

Esta es una fase de transición entre la euforia y la agresividad. Marcelo ha dicho anteriormente (No. 84) que la bebida lo vuelve agresivo.

(219) Voz: Narr., Narr./Marc.

Le habían creído cobarde y estaba dispuesto a probar lo contrario. ¡Qué se atreviera alguno y vería que pronto le volcaba de un pescozón! Allí lo que había era una partida de mentecatos muy guapos de boquilla, pero incapaces de hacerle frente a un hombre como él. Ciro era su hermano, pero si le molestaba, le iba a dar de puntapiés. Todo esto lo decía a gritos, escandalizando, como si tuviese el formal empeño de hacerse oír.

En la tercera etapa, el alcohol rompe las inhibiciones de Marcelo. Comienza a actuar agresivamente [SEM. Agresividad (V. Narr.: Marcelo)].

(220) Voz: Narr.

Así fue saltando de tema en tema, mientras los demás reían. Habló de Andújar: ¡un bandido, sí señor, un bandido! Se estaba chupando a los *campistas*. Mas que no se jugase con él, porque cualquier día lo tendía de un *jinquetazo* .

La agresividad va en ascenso. Primero alardeó de valiente en forma general, abstracta: él era tan o más hombre que los demás. Ahora su hostilidad es canalizada verbalmente contra un objeto concreto: Andújar [SEM. Agresividad verbal)].

(221) Voz: Narr.

Arrebató un machete que otro tenía y empezó a dar cuchilladas al aire. La bomba estaba cargada: un choque, un rozamiento, una contrariedad y estallaría.

Marcelo, entonces volvió a la tienda, levantó el machete y lo clavó en el mostrador. Andújar, incómodo, quiso echarle fuera, pero de tal modo le brillaban los ojos al joven, tan agresiva era su actitud, que el tendero, comprendiendo que estaba fuera de sí, hizo valer sus derechos de comisario.

En un proceso ascendente de hostilidades, Marcelo pasa de la palabra a los hechos, pero todavía en forma simbólica: toma el machete y da ...cuchilladas en el aire. ... Llega a clavarlo en el mostrador de Andújar, pero su hostilidad aún no se ha convertido en agresión física a una persona. Sin embargo, el narrador, que ha descrito el proceso de embriagamiento detalladamente, indica que en algún momento futuro de la obra Marcelo pasará a la acción. Después de este episodio el lector queda esperando el momento en que explotará la bomba cargada que es el joven borracho.

(222) Voz: Narr., Marc., Cir.

Al fin varios, los más íntimos, consiguieron alejarle, y Ciro cogiéndole por un brazo le condujo a su choza.

Durante el camino, fue dándole manotones a Ciro y, al pasar el río, detúvose de pronto, se llevó el índice a la frente como quien intenta recordar

algo de importancia, y con palabra difícil, dijo a su hermano. -Y esa mujer no te conviene...¿eh?

-¿Qué mujer?

-Na: tú déjame a mí. Esa mujer no te conviene ¿sabes? Yo te vi hoy cuando te le fuistes (sic) detrás... ¡No te conviene!

Y al llegar a la choza, cayó inerte vencido por el sopor imbécil del alcohol.

...Ciro, cogiéndole por un brazo le condujo a su choza. ... (ACC. Bebida:2(2): Retirarse después de beber). El carácter pusilánime de Marcelo impide, aun bajo los efectos del alcohol, que confiese a Ciro la conversación entre Gaspar y Deblás que ha escuchado un rato antes [SEM. Pusilanimidad (V. Narr.: Marcelo)].

El tiempo del relato en este capítulo abarca desde el mediodía hasta algunas horas más tarde. El día de la semana en que se desarrolla: domingo, ha permitido la descripción de la forma en que pasan sus días de descanso los campesinos. Hasta este momento se ha descrito la forma de trabajo y de asueto y se han expuesto las teorías sobre la causa de los males sociales del mundo en que se desarrolla la obra. Establecido el mundo ficticio por el narrador, la trama comienza a desarrollarse. Este capítulo corresponde al paso No. 4 del modelo propuesto por Claude Bernard para cualquier experimento científico (2da parte, Cap. II, p. 318).

Notas

[1] Fernando Picó, *Amargo café* , p. 22.

[2] Escena VII, "La gallera", pp. 67-74 y Escena VIII, "Una pelea de gallos", pp.75-80.

Capítulo V

(223) Voz: Narr.

Era noche de luna. En Vegaplana, lugar situado a un kilómetro de distancia, iba a celebrarse el anunciado baile.

La acción está situada en el tiempo (REF. Cronología: Tiempo de la escena) y en el espacio. Vegaplana, nombre imaginario, es muy parecido al de un pueblo de la geografía real puertorriqueña: Vegabaja (REF. Conocimiento común). La marca constante en la novela de tiempo y espacio contribuye a aumentar la verosimilitud del texto.

(224) Voz: Narr.

En muchos hogares en donde generalmente dormíase desde las primeras horas de la noche, brillaban luces: lamparillas humosas de paja o velillas de sebo que chisporreteaban pegadas en ángulo agudo a los tabiques.

La gran plebe pálida sacudía el sueño disponiéndose al placer: un placer doliente, de enfermo que ríe; una sonrisa con apariencias de mueca dibujada en la faz de un yacente.

El primer párrafo describe la diferencia entre la vida nocturna habitual del campesinado y la de una noche especial. La fiesta altera la costumbre de acostarse temprano. (REF. Cod. Cultural). En el segundo párrafo el narrador da su opinión sobre el evento y sus participantes. Se describe al pueblo despectivamente: ...gran plebe pálida...[SEM. Desprecio (V. Narr.: Campesinos)]. Desde la perspectiva del narrador, la fiesta no proporciona

placer real a los campesinos, a quienes compara con un moribundo para quienes aquella diversión es ...un placer doliente.... una sonrisa con apariencias de mueca.

(225) Voz: Narr.

Las muchachas engalanábanse con vestidos de regencia o de lino amarillo o rojo, y cintas de colores vivos; muchas prendíanse flores en el peinado, a lo largo de las trenzas de cabellos lacios y negros; otras retorcíanse el pelo formando un rodete que sostenían con horquillas en el vértice de la cabeza.

Aunque los vestidos de las mujeres están descritos sin adjetivos enjuiciadores, se da la información suficiente (las telas usadas en la confección del vestuario y los colores) para que el lector asocie la vestimenta con el juicio del narrador que ya ha quedado establecido en lexias anteriores (Nos.154, 180). Los cabellos de las mujeres lacios indican su pertenencia a la raza blanca (REF. Antropología).

(226) Voz: Narr.

En ellos, la indumentaria era más sencilla: camisa blanca, pantalón de dril ordinario y chaqueta blanca también, que se mantenía rígida por la dureza del almidón desecado. Esto y un sombrero de paja de alas anchas sin horma ni forro, formaban el atavío.

Luego, en la mano, el machete: el arma clásica, de mango ennegrecido por el uso y punta curva; el objeto nunca olvidado, a un tiempo instrumento de trabajo, punto de apoyo, juguete de las manos vengador agresivo y defensor en las riñas o en los peligros.

La vestimenta de los hombres está descrita desde una perspectiva connotadora de falta de refinamiento más que de pobreza. Aparte de las especificaciones sobre la baja calidad de la indumentaria: el dril del pantalón es ordinario, el sombrero no tiene horma ni forro, la forma en que preparan la

ropa está marcada por el mal gusto: ...la chaqueta se mantenía rígida por la dureza del almidón desecado... [SEM. Falta de refinamiento (V. Narr.: Vestuario campesino)]. Una chaqueta almidonada, como cualquier otro objeto, admite muchas maneras de describirla; depende de la percepción del que describe. Podía haberse destacado la maestría del planchado: para que una chaqueta se mantenga "rígida" es necesario no sólo que haya sido bien almidonada, sino haber sido planchada por manos expertas. Sin embargo, lo que se destaca es ...la dureza del almidón desecado... Esta descripción implica una minusvaloración de la vestimenta campesina [REF. Desprecio (V. Narr.: Campesinos)].

(227) Voz: Narr.

Como gala extraordinaria, se calzaban; los mozos apenas si podían encontrar calzado bastante ancho para sus pies, encallecidos por las asperezas del suelo y agrandados por el constante ejercicio; las jóvenes, casi todas de pie diminuto, sentíanse, sin embargo, molestas por la presión desusada de aquellos tiranos de cuero amarillo. Muchos llevaban debajo del brazo los zapatos para ponérselos a la entrada del baile, porque así la caminata sería más cómoda y el deterioro del calzado menos sensible.

Esta es la tercera vez que se hace alusión en la novela a la costumbre de los campesinos de usar zapatos sólo en ocasiones extraordinarias y de quitárselos cada vez que no fuera imprescindible tenerlos puestos. Cuando Gaspar anuncia por primera vez que se celebrará un baile, dice que habría que llevar zapatos puestos, pero que se los quitarían por el camino (No. 28); al describir la avaricia de la vieja Marta, el narrador habla de la costumbre de la anciana de quitarse los zapatos para no estropearlos (No.110). Cada vez que se menciona la costumbre de descalzarse se ofrecen varias razones para ello. Siempre se dice que los campesinos no querían deteriorar los zapatos, pero además, se añade que preferían no usarlos por comodidad o,

en el caso de Marta, por avaricia. Las muchachas que van al baile de Vegaplana sienten que los zapatos son unos tiranos, por lo tanto, es más cómodo prescindir de ellos.

En la realidad histórica, los zapatos eran el accesorio más caro de toda la vestimenta. Era lógico que cuando alguien podía adquirir un par los cuidara como su prenda más preciada. Cuando el narrador de *La charca* dice que los campesinos rechazaban los zapatos por ser una prenda incómoda está repitiendo una opinión común a todas las élites antillanas durante siglos. Por ejemplo, los zapatos nunca formaron parte de la muda de ropa que se entregaba a los esclavos. Los esclavistas afirmaban que los negros no soportaban los zapatos. "Hay un decreto francés del siglo XVIII que prohibía calzar a los negros, "porque los zapatos les torturan los pies."[1]

(228) Voz: Narr.

En todos los confines de la montaña, allí donde hubiera un hogar, sentíase aquel ondeo viviente preparado por la alegría y el ansia de ser feliz.

Este párrafo resume lo expresado por el narrador de la lexia No. 224 a la No. 227. Primero se dijo que participarían del baile muchos campesinos que regularmente se acostaban temprano (No. 224). Después, se describieron los preparativos de los campesinos para el baile (Nos. 225-227). Ahora, a modo de resumen, se afirma que todos los vecinos de la región irán a la fiesta. Es un pueblo desgraciado deseoso de felicidad [SEM. Esperanza (V. Narr. Campesinos)].

(229) Voz: Narr.

En la casucha de Leandra todos estaban ya dispuestos. Gaspar, canturreaba en el *batey;* Leandra, con la ropa limpia, estaba ancha, ruidosa con el roce de los pliegues y el ruedo del vestido.

Por encima de la cintura, más orpimida que de costumbre, amontonábanse sus senos enormes, dando al busto apariencia deforme, de engañosa turgencia, de falsa morbidez.

Silvina está sencilla, muy sencilla. De su atavío, ceñido con gracia, desprendíase aura atrayente de juventud. Estaba bella, con sus ojazos negros y sus pestañas largas y suaves. Su cuerpo delgado, esbelto, lucía las galas de encantadora pubericia; mostrando el atractivo de suaves líneas curvas en el dorso, en los brazos, y sobre todo, en el cuello, en donde la redondez despertaba la tentación de los besos. Movíase con relativa elegancia, con donaire innato, como mujer que sabe que es hermosa y se complace en mostrarlo.

Pequeñín era también de la comitiva: no podía quedar solo en la cabaña, y para que no estorbara a los mayores se le acostaría, cuando se durmiera, en cualquier rincón de la casa del baile o en otra vecina.

Leandra quiso ser previsora... Por si Galante visitaba aquella noche la choza, era preciso que hallara la puerta franca. Antepúsose, pues, la hoja de palma, y se dejó suelta, sin atarla con el mimbre, con el bejuco con que solían asegurarla.

Leandra, que ha sido caracterizada antes como una mujer aún apetecible sexualmente, (No. 15) ahora es mostrada como una matrona gruesa. La descripción de su ropa concuerda con la que ha dado el narrador del vestuario de baile de las campesinas. Sin embargo, la descripción de Silvina es romántica (REF. Romanticismo) y contradice lo dicho anteriormente sobre la forma en que están vestidas las mujeres. Silvina, la nota romántica de la novela, no puede lucir ridícula: ...está sencilla, muy sencilla. Para que su atuendo resulte verosímil, de acuerdo a la información que ha proporcionado el narrador, debería estar confeccionado de regencia y adornado con cintas de colores ¿Por qué iba a ser diferente?. La poca verosimilitud del contraste entre la chabacanería de las otras mujeres y la elegancia de Silvina, cuando todas comparten la misma circunstancia, es atenuada por la aclaración de que su elegancia es relativa. La descripción de la muchacha es fuertemente erótica [SEM. Erotismo (V. Narr.: Silvina)]. La

imagen del cuerpo estropeado de Leandra contrasta con la morbidez de la juventud de Silvina (SIM. Antítesis: Vejez/Juventud).

(230) Voz: Narr.

Salieron, y al llegar a la margen del río, Gaspar se detuvo.

(ACC. Salida:1(2): Ir para el baile). .

(231) Voz: Gasp., Lea.

-Ahora-dijo-sigan ustedes. Yo tengo que hacer todavía una *diligencia.*

-¿Pero vamos a ir solas?

-No, mujer..., ¡Si por el camino va un *bando* de gente! ¿A qué le tienen miedo?

-*Pa* mi gusto sigo sola-dijo Silvina.

-¡Como hay tantos abusadores!-afirmó Leandra.

-¡Ea..., echen *pa alante* . Por ahí va mucha gente. Vayan *pasito a poco*... Yo las alcanzo *ahorita* .

Las mujeres salieron al camino vecinal y emprendieron la marcha hacia Vegaplana, caserío situado en la parte más baja del barrio.

Gaspar internóse en el arbolado, caminando lentamente.

Yo tengo que hacer todavía una *diligencia....* (ACC. Robo:1(2): Encaminarse a robar). La actitud sumisa de Leandra contrasta con la de Silvina. El miedo de la madre es infundado, un pretexto para pedir a Gaspar que vaya con ellas. Gaspar toma un rumbo distinto.

(232) Voz: Narr.

En tanto la noche discurría serena. ¡Que cielo! ¡Qué esplendor! ¡Qué fluidez argentina en golfos infinitos!

Parecía que el ángel de la noche se bañaba en luces tibias. Ni una nube náufraga en aquel océano de fulgores; ni un celaje interceptando los rizos del plenilunio; ni un astro disputando con difusión dorada la soberanía espléndida de la luna. Ella, sólo ella reinaba en la pompa suprema de los cielos; sólo ella se mecía en el cóncavo trazando amplia trayectoria poética. Desde la colosal lejanía, mostraba su semblante extático (sic): un semblante de muerto que irradia la vida; un semblante apacible, diseminador de ensueños y emociones; un semblante de estatua henchido todavía de la pasmosa fortaleza de los hércules. El cielo recibía el presente de claridades con tersura inmaculada, con quietismo de éxtasis, con placidez de gigante acariciado. Al indeciso color azul uníanse otros tímidamente grises: incierto fulgor cinéreo que la tierra devolvía a la gentil trasnochadora. Esa mezcla de luces atomizaba tonos intermedios, transiciones suaves, y, con ellos, el espacio parecía soberbio alcázar levantado en el infinito para guardar el sueño de un dios.

La tierra reposaba dejándose envolver por el copioso deshilo del astro. En las alturas, las selvas quebraban los rayos luminosos tiñéndose con colores más obscuros; los árboles corpulentos bebían luz proyectando sombras medrosas; la maraña de los bosques, en donde la vegetación se apretaba vigorizada por una feracidad incomparable, forjaba lienzos de adusto verdor tendidos sobre las vertientes de granito; y las cimas, a trechos ondeadas a trechos puntiagudas, simulaban hoces afiladas o puntas de flecha en donde se quebrara la luna si cayera.

Luego, en su cauce escarpado, el río. Un caudal de linfa discurriendo entre peñascos; tomando ímpetu en los desniveles; formando cascadas en los apiñamientos caprichosos de las piedras; recorriendo el curvilíneo trayecto impuesto por los siglos; proyectando los espejismos de sus cristales con una miríada de reflejos para cada fulgor y sonando, sonando siempre con roce armonioso en los remansos, con crepitaciones de hervor en los deltas de las peñas, con choques ruidosos en las curvas, con escándalo de derrumbamiento en las cascadas.

Así la noche de luna desplegaba la galana veste, dejando revolotear por todas partes los geniecillos del sueño, diseminando con largueza fantasmagorías de romántico amor. Así la naturaleza daba grandioso marco al cuadro sombrío de la batalla humana; así ofrecía soberbia escena a la inquietud del hombre que rastreaba debajo...

Esta descripción concuerda, en estilo y significado con las que han aparecido antes en el texto (REF. Literatura: Modernismo). Es un paisaje idealizado. La naturaleza está comparada con ángeles de la noche, un ...gigante acariciado... y poblada por los ...geniecillos del sueño... Hay gran profusión de colores: azul, gris, ...aquella mezcla de luces atomizaba tonos

intermedios, transiciones suaves...; ...quebraban los rayos luminosos tiñéndose con colores más obscuros... [SEM. Colorido (V. Narr.: Naturaleza)]. El cielo está divinizado: ...pareciendo el espacio un alcázar levantado en el infinito para guardar el sueño de un Dios. ... [SEM. Sagrado (V. Narr.: Cielo)]. La tierra es extremadamente fecunda: ...la vegetación se apretaba vigorizada por incomparable feracidad. ... [SEM. Fecundidad (V. Narr.: Naturaleza)]. El río participa de la sonoridad del conjunto y es muy activo [SEM. Dinamismo (V. Narr.: Río)]. Esta naturaleza tiene vida propia, sus propias actividades, sus propios fines. Es indiferente a los problemas y las luchas de los seres humanos. En contraste con su grandiosidad, el hombre rastreaba debajo. La naturaleza es perfecta, el hombre mezquino (SIM. Antítesis: Grandiosidad/Mezquindad).

(233) Voz: Narr.

Gaspar, con paso furtivo, desanduvo algunos metros y dirijióse en línea oblicua subiendo por el monte.

De la sombra de un árbol pasaba a la sombra de otro, esquivando que la luna le iluminase de lleno. Variando con frecuencia de dirección, obligado por los accidentes del terreno, repechó buena distancia por la arboleda buena distancia. Al fin, a través de los troncos inmóviles, que parecían fantasmas rígidos, descubrió una choza, sombreada por árboles muy copudos. Era el cerezal de la vieja Marta.

Detúvose, y sentándose sobre una piedra, miró fijamente la ruinosa casita, en la que lucía tenuemente una luz que alguien movía de un lado a otro.

La naturaleza aquí no está alienada de las acciones de los personajes; participa de la atmósfera de misterio del pasaje: ...los troncos inmóviles, que parecían fantasmas rígidos... (REF. Romanticismo). Esto sucede en la novela cada vez que la trama desarrolla momentos de suspenso ...sentándose sobre

una piedra, miró fijamente la ruinosa casita. ... (ACC. Vigilancia:1: Vigilar para hallar el escondite).

(234) Voz: Narr.

Marta preparábase al sueño. Aquel domingo había sido para ella un gran día. Cuatro docenas de piezas de ropa lavada; cuatro gallinas y dos docenas de huevos vendidos y ¡el gran negocio!, una vaca escuálida de empobrecidas ubres que había hallado comprador, fueron los pingües veneros que le permitieron embolsar treinta y cuatro duros. Buena jornada. Marta estaba contenta, jubilosa; le parecía el aire más sutil, la luz más clara.

Se amplía la información sobre el tiempo de la escena. Anteriormente se informó que era de noche (No. 223). Ahora se menciona el día de la semana (REF. Cronología: Tiempo de la escena). Marta, cuya actividad es incansable [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Marta)], recuerda las actividades del día (REF. Cronología: Retrospección). A pesar de que se habla constantemente en la obra de la debilidad del pueblo, Marta tiene que poseer una relativa buena salud para, a sus años, ser capaz de desplegar la cantidad de energía necesaria para lavar cuatro docenas de piezas de ropa, además de concertar todas las transacciones financieras que se describen aquí (REF. Economía: dinero). Aparentemente, la anemia no la ha afectado a ella. Su gran alegría es producto de su avaricia, ya que lo único que hace con el dinero ganado es guardarlo [SEM. Avaricia (V. Narr.: Marta)].

(235) Voz: Narr., Narr./Mart., Narr./Gasp.

En todo el día sintióse poseída de un vértigo de alegría. Alegría silenciosa, disimulada, reprimida, que pudiese escapar a la observación de las gentes para gozarla ella sola.

Sinembargo, algo la inquietaba: el comprador de la vaca había sido muy imprudente. ¡Qué modo de gritar, qué manera de vociferar un regateo que debía ser reservado! Varios campesinos, sonriendo, se enteraron del negocio y, conocido éste, llegó a oídos de Gaspar, a quien impresionó la noticia.

Este anduvo pensativo todo el día... Desde algunos meses antes le cosquilleaba la idea de vigilar a la vieja. ¡Cuánto dinero enterrado! Le impacientaba la curiosidad y más de una vez pensó en averiguar con certeza si en efecto existía el depósito y a cuánto ascendía. ¿Qué arriesgaba en ello? Era muy fácil averiguarlo, y luego... Gaspar no podía reprimir el violento deseo que le dominaba de despojar a la anciana. En sus dudas, animábase él mismo. ¿Quién era ella? Pues una miserable, que mataba de hambre a su nieto. Aquello era atroz y merecía un castigo: el castigo más terrible que puede imponerse a un avaro: arrebatarle su tesoro. De ese modo Gaspar se daba aires de vengador presentándose a sí mismo, si realizaba su plan, como justiciero que daba a cada cual su merecido.

Gaspar está obsesionado con la sospecha de que Marta tiene mucho dinero guardado (REF. Economía: Dinero). El marido de Silvina racionaliza su plan de robar a Marta justificando su actuación con la avaricia de la anciana [SEM. Racionalización (V. Narr./Gasp.: Gaspar)].

(236) Voz: Narr./Gasp.

Un día ocurriósele una pregunta: ¿cómo Deblás no había pensado en aquel asunto? ¡Quién sabe si el muy tuno la estaba sangrando poco a poco sin que ella lo notase! Gaspar maduró mucho su plan. El negocio era para hacerlo él solo, para aprovecharlo en su exclusivo beneficio sin necesidad de repartir con nadie el botín.

La dificultad estaba en descubrir el lugar del escondite. Marta era astuta y no era fácil que olvidase las precauciones necesarias a su secreto.

Sinembargo, de noche, seguida con sigilo, acaso se pudiese atisbar el escondrijo. Así, cuando oyó referir aquel día que la anciana acababa de percibir una crecida suma, pensó que aquella noche probablemente andaría en cuatro pies por el monte.

Lo natural era que el dinero fuera enterrado después de quedarse dormido el nieto. En todo caso, nada se perdía con probar; y arreglando las cosas de modo que la fiesta de Vegaplana no le estorbase, arriesgóse en la empresa.

Gaspar se pregunta cómo Deblás no ha pensado en robar a Marta. De la manera que el texto está estructurado es necesario, al nivel de la trama, que sea Gaspar quien robe a Marta. Gaspar no sabe, pero el lector sí, que Deblás prometió a la vieja no hacerle daño (No. 116). Este episodio da

verosimilitud al hecho de que un delincuente profesional como Deblás no hubiera tratado de quedarse con el botín que la vieja ocultaba.

(237) Voz: Narr.

Marta, después de dar cien vueltas en el interior de la choza, cerró la puerta y apagó la lámpara.

Todo listo: la puerta y la ventana, atadas; la *candela,* extinguida; el nieto dormido. Marta encogida en la hamaca, quedóse pensativa.

Con los ojos abiertos, meditaba en sus asuntos. A ella no había quien la engañase. La vaca no daba leche, mas estaba gorda y bien valía la baratura del precio en que la vendió. Lo sensible fue la publicidad que tomó el asunto, porque a ella le gustaban sus cosas reservadas. ¿Qué necesidad había de que se supiesen sus operaciones de aquel día? Mejor hubiera sido cerrar el trato sin chistar.

De todos modos, lo importante era guardar bien su montoncito. ¡Pero vaya una luna chillona! En noches como aquellas las gentes acomodadas estaban vendidas. Y pensando así, miraba con enojo los rayos de luna que por los intersticios del tabique se filtraban en el interior de la choza. ¿Para qué tanta claridad? La luna debía dormir como la gente. Dios sabe hacer sus cosas, mas ella no comprendía que después de jornadas de tanto *resol,* quedase todavía el cielo como una hoguera. En fin, no había más que resignarse.

En rigor, lo prudente era esperar las noches obscuras para guardar su dinero; pero ¿no sería más peligroso tenerlo en la casa tantos días? Además, ella necesitaba bajar al río, ir a la tienda, recorrer el vecindario, y no era cosa de andar arriba y abajo con el talego encima... Lo mejor, lo más prudente, era afrontar la situación y, tomando todo género de precauciones, guardar aquella misma noche sus ahorros. Afortunadamente, todo el mundo andaba de fiesta y no era probable la viese nadie.

Con los ojos abiertos, meditaba en sus asuntos. ... (ACC. Cavilación:1: Pensar en distintas alternativas). Al nivel de la trama, *La charca* es una obra muy bien realizada. Cada pieza encaja perfectamente en la lógica del universo del texto. Marta es un personaje coherente. Sus pensamientos al acostarse, corresponden a su personalidad. Su razonamiento acerca del mejor momento para esconder el dinero tiene gran verosimilitud. Opuesto al

jucio del narrador, para Marta la luz de la luna es motivo de fastidio. Ella tiene sus planes y desearía que la naturaleza se ajustara a ellos. La vieja es insensible a la belleza de la noche.

(238) Voz: Narr.

Esperó mucho tiempo, y luego, encorvándose para pasar por debajo del alero del colgadizo, salió de la choza.

(ACC. Cavilación:2: Tomar una decisión).

(239) Voz: Narr., Narr./Mart.

La luna, con vivo resplandor, la envolvió en su claridad. La anciana dio dos o tres vueltas en torno de la casita, mirando con recelo a todos lados.

Ella no temía a los pillos de fama, sino a los hipocritones que se las echaban de santos siendo capaces de desollar un toro vivo. Sí, los temibles eran los disimulados, a quienes más de una vez había sorprendido dirijiéndola (sic) miradas de mala intención. Mejor que fiarse de aquellos falsos, se fiaría de un mozo como Deblás; podría ser todo lo malo que quisieran; pero desde la noche del susto siempre se portó con ella como huésped agradecido, repitiéndole cien veces que estaba a su disposición, que por nada del mundo le daría que sentir. Pensando en tales cosas escudriñó los contornos... Nada: sólo la noche henchida de luces y frescura.

En sus cavilaciones Marta responde a la pregunta de Gaspar. Deblás le está agradecido desde la noche en que ella lo albergó (REF. Cronología: Retrospección).

(240) Voz: Narr.

Entonces, metióse en el monte, caminando cautelosamente y procurando producir el menor ruido posible.

(ACC. Escondite:1: Salir para esconder el dinero).

(241) Voz: Narr.

Gaspar, que no había perdido uno solo de sus movimientos, respiró con alegría. ¡Al fin! No se había equivocado: el matusalem del cerezal iba aquella noche a meter las manos en el tesoro.

Irguióse poco a poco y subiendo por el monte, siguió a Marta.

(ACC. Vigilancia:2: Seguir a alguien para averiguar escondite). Gaspar, expresándose a través del narrador, se refiere a la vejez de Marta en un tono irónico despectivo: ...el matusalem del cerezal... [SEM. Desprecio (V. Narr./Gasp.: Gaspar)].

(242) Voz: Narr.

La sombra del bosque les envolvió a ambos; Gaspar, arriba, avanzando casi a gatas; Marta, debajo, en la parte más inferior del declive, deslizándose lentamente, mirando a todos lados y haciendo zig-zags en su camino, como para desorientar a quien pudiera observarla.

A poco, se detuvo en un claro que la vegetación dejaba en el monte. En el centro de una pequeña planicie pedregosa, se alzaba el tronco gigantesco de una ceiba. Llegó al tronco y se sentó junto a él, mientras Gaspar, desde los matorrales próximos, la vigilaba.

Después de algunos minutos, la vieja dio una vuelta en torno del árbol, escudriñando los grupos arborescentes como si temiese que se animasen para despojarla. Nada: estaba sola, sola con Dios. Sólo un testigo impertinente: la luna.

Alzó la cabeza y fijó una adusta mirada en el astro... La claridad cayó con hermosa serenidad sobre aquel rostro senil, y al ver cómo el cristal invisible de los rayos de luz se quebraba en las facciones longevas de Marta plateando la nariz y la barba puntiagudas, los labios fruncidos, los ojillos acurrucados en el fondo de sus cuencas, la piel rugosa y péndula en el cuello y las quedejas de revueltas canas enmarañadas en el occipucio y la frente, hubiérase creído que el satanismo del mal daba profundo relieve a un contraste irónico: la vejez decrépida, sin nobleza, sin tradición, sin grandeza, debajo; y la juventud rebosante de vigor, de poesía, de encantos, enredándose jubilosa en cada rayo de luna, difundiéndo calor de existencia y descendiendo desde la altura para reclinarse lo mismo sobre las florestas que sobre los pantanos.

La descripción de Marta puede analizarse desde una perspectiva naturalista y desde una romántica, sin que una interpretación excluya la otra. Si atendemos a las especificaciones sobre el proceso fisiológico de envejecimiento: la piel rugosa y péndula en el cuello y la terminología

médica empleada: el occipucio, tenemos el tipo de descripción utilizada frecuentemente por los escritores llamados naturalistas (REF. Literatura: Naturalismo). Sin embargo, si analizamos esta descripción dentro del contexto del pasaje, la percibimos de otra manera. Los rasgos físicos de la anciana, aumentados por los juicios del narrador son exactos a aquellos atribuidos tradicionalmente a las brujas. El exterior de Marta concuerda con su interior: es fea y mala. Este tipo de concordancia es propio del romanticismo (REF. Literatura: Romanticismo).

La posición de la luna (un aspecto de la naturaleza) y Marta, forman un contraste en el plano físico: arriba/abajo, que el narrador asocia con juventud/vejez. En este caso, la juventud simboliza el vigor, el bien; la vejez, la decrepitud, el mal (SIM. Antítesis: Bien/Mal). La juventud, asociada aquí con la luna, es la representante de la poesía, de la animación, del vigor. La decrepitud es el mal. Aunque esta comparación está hecha partiendo de un personaje negativo: una avara malvada, en todo el texto esta asociación está presente: vigor=bondad; debilidad=maldad. Esta antítesis: Arriba=Bien; Abajo=Mal ha aparecido anteriormente en la obra (No. p.37).

(243) Voz: Narr.

Cuando Marta creyó estar segura de su soledad, escarbó al pie del árbol. Estaba encorvada, de bruces sobre la hierba, las manos enarcadas como azadas cavadoras.

La descripción de las manos en el acto de escarbar para esconder el dinero: ...como azadas cavadoras..., refuerzan la imagen de avara de Marta [SEM. Avaricia (V. Narr.: Marta)].

(244) Voz: Narr.

Un instante después, un hoyo quedó hecho. Gaspar adivinaba, más que veía, los detalles de la escena, desvanecidos en la parda semi-luz que proyectaba el árbol.

Marta sacó del bolsillo un paquete, abrióle y dejó caer a granel un montón de dinero. Un sonido metálico muy débil, denunció la caída de las monedas precipitándose unas sobre otras.

Después la avara miró en torno. Sola, siempre sola. Y con prisa febril aterró el hoyo, pasó por encima la mano igualando la removida superficie y amontonó en el lugar algunas piedras para que disimularan la zapa reciente.

La anciana respiró como quien se alivia de un gran peso. Ahora, que vinieran a desbalijarla. Trabajo daba ella a quien quisiera husmear su cueva. Y siempre recelosa, regresó con lentitud a la choza.

...[R]egresó con lentitud a la choza. ...(ACC. Escondite:2: Regresar de esconder el dinero).

(245) Voz: Narr.

Gaspar dudó un instante... Calma, mucha calma. Lo primero, acostar a la vieja. Siguióla con gran precaución y pudo ver cuando, por debajo del colgadizo, entró en la casa..

...[P]udo ver cuando .... entró en la casa. ...(ACC. Vigilancia:2: Encontrar el escondite).

(246) Voz: Narr.

Esperó: todo cuidado era poco. Al fin, el quietismo de la choza le animó: ya Marta debía estar dormida, la ocasión había llegado.

Conteniendo el gran placer de su triufo, volvió a la ceiba. El grueso tronco presentaba sus asperezas como arrugado semblante contraído por el mal genio; mientras las ramas, nadando en el vacío flotaban allá arriba, y las hojas se agrupaban como muchedumbre de mariposas verdes atadas por un ala.

De nuevo, en una escena de suspenso, se humaniza la naturaleza. Aunque el árbol muestra asperezas que semejan arrugas, éstas no son desagradables como las de la vieja Marta. El árbol, como parte de la

naturaleza, es bello, aunque esté arrugado. El estilo de la descripción es modernista: ...las hojas se agrupaban como muchedumbre de mariposas verdes atadas por un ala. ... (REF. Literatura: Modernismo).

(247) Voz: Narr., Narr./Gasp.

Gaspar imitó a Marta. Escarbó, separó la tierra y puso al descubierto la boca de una tinaja. ¡Jesu-Cristo, que talego¡ Gaspar sintió vértigos, y si en aquel instante alguien hubiera querido disputarle su tesoro, hubiera tenido primero que hacerle pedazos. Todo, todo aquello era suyo... Más lo que hacía era peligroso, convenía terminar pronto.

El encuentro con el dinero pone de relieve la ambición desmedida de Gaspar [SEM. Ambición (V. Narr.: Gaspar)] y contesta la interrogación planteada sobre el escondite del dinero [HER. Enigma 6 (No. 27)].

(248) Voz: Narr., Narr./Gasp.

Un tumulto de proyectos se revolvió en su cabeza. ¿Lo cogería todo? ¿Se iría sin tomar nada para luego volver? ¿Tomaría sólo una parte para insistir otra noche y poder, poco a poco, sangrar la hucha? Sí; esto último era lo mejor. Todo despojo absoluto, alborotaría: la vieja Marta chillaría horriblemente y el escándalo sería inevitable. No; poco a poco se va lejos. Ante todo ¿cuánto podría haber allí?

Hundió una mano en la tinaja y aspadeó con los dedos, en el montón. ¡Bah! no era tanto: la tinaja era muy pequeña. Pero se decía que la avara tenía mucho dinero: tal vez tenía varios escondrijos y guardaba su dinero repartido en porciones. Quién había encontrado una, encontraría las demás.

Gaspar extrajo un puñado de dinero: eran monedas de plata y cobre. Buscó, revolviendo el depósito: no había oro. Era indudable que Marta debía tenerlo, pero allí no estaba. Gaspar hizo un cálculo: entre pesetas, vellones y ochavos, podría haber allí unos doscientos pesos. La primera sorpresa se disipó: el talego no era tan grande. Con paciencia buscaría y juróse no parar hasta descubrir los otros depósitos.

La cavilación de Gaspar sobre qué método será mejor para robar a Marta demuestra que es astuto [SEM. Astucia (V. Narr./Gasp.: Gaspar)]. Se formula una nueva interrogante: ¿Será verdad que Marta tiene más dinero

que el que ha ha encontrado Gaspar? En caso de ser así ¿Dónde está? (HER. Enigma 10: Escondite del resto del dinero).

(249) Voz: Narr., Narr./Gasp.

Guardó en su chaqueta un puñado de monedas. Con aquello bastaba: unos diez o doce pesos. Con ellos podría holgar en Vegaplana, dormir a pierna suelta el lunes y, durante la semana, darse buena vida. Ya volvería por otra dosis...

Y así pensando, Gaspar rellenó el hoyo, dejando las cosas como si mano profana no hubiera tocado el virgen caudal de Marta. Después, volvió al río, pasó la calzada y con una sonrisa placentera en el semblante, emprendió la la marcha a Vegaplana.

(ACC. Robo:2: Regresar al baile después de robar).

(250) Voz: Narr.

Allá, la turba, danzaba alegremente. La sala bullía como un líquido turbio puesto sobre brasas.

...[L]a turba, danzaba alegremente. ... (ACC. Baile:1: Celebración campesina). La descripción minusvaloriza a los danzantes. El narrador no sólo se refiere al grupo de campesinos como a la turba, sino que habla de la animación propia del baile como de la ebullición de un líquido turbio [SEM. Desprecio (V. Narr.: Campesinos)].

(251) Voz: Narr.

Dábase el baile en una casa campesina, de dimensiones mayores que las corrientes, pero con el mismo abandonado carácter de construcción: cuatro paredes cribosas y un techo débil para resistir los ímpetus de las ráfagas. Tres o cuatro lámparas ardían en la sala, diseminando más bien que claridad, penumbras que denunciaban objetos envueltos en sombras. Por dentro, el techo sin cieloraso mostraba el interior de la cobija de hojas de palma, ostentando toscas vigas que atravesaban desnudas de un lado a otro de la sala. Esa techumbre vetusta sorbía la pobre brillantez de las lámparas que hacían inauditos esfuerzos por aclarar los contornos, sin conseguir otra cosa que chispear débiles. Las lámparas estaban formadas por frascos pequeños con un tubo de lata adaptado a la boca y, por dentro del tubo, la

mecha chupadora que quemaba el combustible contenido en el pote. De aquellos focos de luz, desprendíanse espiras de humo negro y oleoso, conquistando la sala con la intensidad de un olor casi irrespirable.

La casa donde tiene lugar la fiesta es más grande que la mayoría de las viviendas de la región, quiere decir que su propietario tiene una posición económica mejor que la mayoría de los campesinos. A pesar de esto, de acuerdo al narrador, no es una buena vivienda: está tan mal construída que su techo es débil para resistir el ímpetu de las ráfagas, es poco acogedora, de luz mortecina y olor casi irrespirable. Es una casa de fabricación burda, no por falta de dinero, sino por incapacitación de su dueño para hacer algo mejor; un campesino de la misma extracción biológica y social que el resto de la turba de pálidos es incapaz de construir una casa sólida y confortable (no digamos bonita) aunque goce de una posición económica acomodada. Si los factores genéticos y ambientales no han sido alterados un campesino es incapaz de vivir mejor aunque tenga el dinero para hacerlo. Vive mal porque es un ser humano inferior. [SEM. Desprecio (V. Narr.: Campesinos)].

(252) Voz: Camp., Narr.

-¡Otra *punta* !... ¡otra *punta* !...-decía un mocetón que remolcaba a compás a una vieja.

Los demás le hacían coro. Habíase terminado la pieza y los concurrentes querían que continuase todavía. Los músicos, cediendo complacientes después de dar su permiso el director, el amo del baile, la emprendieron otra vez con la contradanza, mientras las parejas, empapadas en copioso sudor, se lanzaban de nuevo al vértigo del movimiento.

Sobre un banco de madera veíase a Leandra, arrellanada, en compañía de otras campesinas que no habían encontrado pareja.

Se echaban aire con los pañuelos o con alguno que otro abanico que corría de mano en mano. Se comentaban los incidentes de la noche, la generosidad del anfitrión, la bondad de las bebidas. Alguna mujerzuela criticaba el traje de las bailadoras.

-*Pa* vestirse así, mejor es andar en *naguas* . ¡Ave María!...¡ si parece una *verdolaga* en lo ancha! Y mira, mira a Filomena: cómo se le va conociendo ya la barriga ¿eh? Pues, y luego tan *changa* y tan *pescao frito*...

-Dicen que se casa.

-¿Y si lo ves...?

-No *hombe* ; lo que hay es que Moncho se la lleva.

-Por cierto... Si acaso se la irá llevando poco a poco.

Después, picardeando en voz baja, las mujeres contenían la risa producida por las parejas ridículas o por las que, olvidándose de la crítica, se entusiasmaban demasiado en el balance voluptuoso de la contradanza.

La lengua de las mujeres imita el habla popular (REF. Lingüística). Como siempre que aparece una conversación entre campesinas, los chistes y chismes giran alrededor de temas sexuales. Al mencionar a una de las asistentes a la fiesta el narrador se refiere a ella como alguna mujerzuela. Esta forma peyorativa no es utilizada para una mujer excepcional en el conjunto, sino para una cualquiera entre las asistentes. Por lo tanto, todas las mujeres de la escena son denominadas "mujerzuelas" [SEM. Inmoralidad (V. Narr.: Campesinas)].

Manuel Alonso en *El jíbaro* (Escena V) divide los bailes de Puerto Rico en bailes de sociedad, los practicados por la élite isleña, y bailes de garabato, los del pueblo. La contradanza es situada entre los bailes de sociedad. Entre los bailes del pueblo se mencionan: las cadenas, el fandanguillo, el sonduro, el seis y el caballo. Es interesante que ninguno de éstos aparece en esta escena, donde el único baile que se menciona es la contradanza (REF. Cod. Social). Es posible que para la época en que se escribe La charca la contradanza haya dejado de pertenecer a la élite para haber pasado a formar parte de los bailes del pueblo.

(253) Voz: Narr.

De vez en cuando, corría de mano en mano la lujosa copa campestre: la parte leñosa de una *higüera* pulida en forma de ovoide que, como ánfora pomposa, servía para satisfacer la sed de todos; siendo sumergida a cada instante en una tinaja que contenía el refresco, el *agualoja*, especie de hidrolado de azúcar, jengibre y anís. Todos paladeaban la dulzaina bebida y reforzaban la provisión de líquidos para devolverlos en forma de emisión sudoral.

El recipiente fabricado de la higüera y utilizado comúnmente para beber entre los campesinos es mencionado en forma irónica: lujosa copa campestre [SEM. Ironía (V. Narr.: Campesinos)]. Las explicaciones sobre la fabricación de este utensilio, así como sobre la bebida que los asistentes a la fiesta ingieren, muestra que el lector implícito de esta novela era alguien ajeno al ambiente en que la trama se desarrolla.

(254) Voz: Narr.

Las parejas, a compás del sonsonete de la música, volteaban la sala como los canjilones de una noria. Movíanse en torno, unas veces dando vueltas sobre sí mismas; otras deslizando a la derecha o a la izquierda; otras retrocediendo de espalda, él o ella y, en este último caso, parecía que el hombre daba caza a la mujer fugitiva.

La música es monótona: un sonsonete; los movimientos de los bailarines repetitivos: volteaban la sala como los canjilones de una noria [SEM. Monotonía (V. Narr.: Baile campesino)].

(255) Voz: Narr.

Los hombres, con el brazo derecho, abarcaban la cintura de las damas, mientras con el izquierdo, unidas las manos, ora encogido, ora estirado, ora doblado hasta colocárselo en la espalda, cerraban la estrecha cadena de la contradanza de la que no era posible desprenderse sin perder el compás.

Ellas, dejábanse conducir en el suave balanceo. Colocaban el antebrazo izquierdo sobre el brazo derecho de la pareja, abandonándole el otro brazo, y envueltos en aquellos lazos que palpitaban y sentían, rendíanse al movimiento muelle y perezoso de aquel baile singular.

Así volteaban con aire variado: unas veces proyectándose con deslizamientos suaves; otras deteniéndose bruscamente para moverse con lentitud como durmiéndose de pie, como embriagándose en los tonos rítmicos desprendidos de la música, como desmayando en un paroxismo de quietud placentera o de inmovilidad deleitosa.

Los cuerpos rozaban con los choques de unas parejas con otras o con las presiones de los propios brazos; las cinturas femeninas quedaban manchadas por la espalda en donde las húmedas manos de los mozos dejaban su huella; y en tanto, los pies se movían económicamente en un espacio muy estrecho, como pretendiendo bailar una macabra de estatuas en equilibrio sobre la punta de un alfiler.

El narrador describe el baile desde una perspectiva externa, como alguien que lo ha observado cuidadosamente, pero sin participar. Se trata, según él, de un baile singular. Es un ritmo sensual: envueltos en aquellos lazos que palpitaban y sentían, rendíanse al movimiento muelle y perezoso [SEM. Sensualidad (V. Narr.: Contradanza)]. Pero esta lentitud que comienza siendo atractiva, sensual, va convirtiéndose en algo desagradable: el prolongado contacto de las manos de los jóvenes en las espaldas de las muchachas dejan manchas de sudor y al final hay una casi total inmovilidad, como de estatuas que ejecutan una danza macabra (REF. Danza de la muerte).

(256) Voz: Narr.

La ola humana movíase incesante, golpeando a veces rodilla con rodilla, respirando el mutuo aliento cada una de las parejas, experimentando a cada instante choques de blandura muelle y roce de cabellos cortos que entoldaban las frentes, estableciéndose corrientes de amor inquieto, de deseos mortificados por la proximidad del objeto imposible que los despertaba; trasiego, en fin, caliente y plástico de una vida llena de ansias de placer y de ambiciones de felicidad.

La proximidad de los cuerpos provoca sentimientos eróticos en los bailarines [SEM. Erotismo (V. Narr.: Bailarines)]. Dos veces en este capítulo se ha mencionado el ansia de felicidad de los campesinos (Nos. 228, 256).

Las dos veces este deseo de ser felices ha estado asociado con el baile. La felicidad es un placer sensorial y momentáneo: el olvido del sufrimiento diario [SEM. Evasión (V. Narr.: Campesinos)].

(257) Voz: Narr.:

Y todo ese mundo de agitación impulsado por la música... Cuando la contradanza empezaba, el ritmo invadía la sala, acompasándolo todo con la precisión metódica de su medida armónica. Los instrumentos eran tres: una guitarra grande: el *cuatro*; otro más pequeño: el *tiple;* y un cuerpo disonante: el *güiro.*

El *güiro* era un instrumento extravagante, salvaje; trofeo de tribu indígena, salvado de los mortales naufragios del tiempo. Una caja disonante hecha en el fruto hueco y desecado del *marimbo*; generalmente concorvada como una cimitarra; con una superficie rayada en la parte anterior formando líneas estrechas y paralelas trazadas al través. Tenía forma de cucúrbita, con extremos agudos y vientre ancho y en éste un agujero para dar salida a los sonidos. El áspero instrumento sonaba agitando el músico un pequeño alambre, o cualquier objeto agudo que, al rozar, producía un chirrido de hierro enmohecido o un rumor de arena pisada sobre una superficie dura.

El cuatro y el tiple son sólo mencionados como una guitarra grande el primero y otra más pequeña el segundo. La asociación con guitarras los hace reconocibles para quien nunca los haya visto. El narrador se detiene en el güiro para describirlo como un instrumento extraño, extravagante. Su forma y el sonido que produce son explicados minuciosamente para un lector que desconoce el instrumento salvaje; trofeo de tribu indígena [SEM. Primitivismo (V. Narr.: Güiro)].

(258) Voz: Narr.

De aquel soberbio trío escapaban los campestres aires musicales: melodías indecisas, de dulzor romántico, constituidas por motivos de una simplicidad primitiva. Eran aires quechuas lanzados a la evolución, acariciados por el sentimentalismo andaluz.

El narrador ha descrito los instrumentos (No.257), ahora da su hipótesis sobre el origen de la música campesina: es básicamente indígena con influencia de la música del sur de España (REF. Historia de la música). No hay ninguna intervención de elementos africanos.

(259) Voz: Narr.

La resultante de esos dos factores, era algo peculiar, propio, exclusivo... Sonaba una nota reposada o trémula y enseguida surgían otras más que volteaban en torno de la primera: juntas, progresaban melódicamente hasta llegar a un punto más alto de la gama; y después el aire se restituía a la nota primitiva. Este vaivén determinaba una monotonía triste, soñolienta, como si debiera ser cantada por amante que llora el eterno desdén de su dueño.

A veces ocurría una variante; el tiple se animaba como agitado por la inquietud de un movimiento expansivo; las notas deban volteretas en el pentagrama formando vivísimo allegro; el compás, siempre cadente, se apresuraba; el ansia de movimiento salía en impulsivos soplos de la caja sonora de los instrumentos; pero la agitación duraba poco, volviendo de nuevo a la monotonía anterior como onda armónica que se encoge en el reflujo de su sencillez.

La conjunción de melodías indias y españolas ha dado como resultado una música típica puertorriqueña (REF. Música autóctona). El narrador la caracteriza elogiosamente; es una música delicada, sencilla, suave [SEM. Delicadeza (V. Narr.: Música puertorriqueña)].

(260) Voz: Narr.

Aquella música ejercía fascinación en los temperamentos... Montesa, cuando navegaba, silbó mil veces en lejanos mares la blanda melodía nativa. Los criollos experimentaban, al escucharla una emoción secretamente melancólica. El corazón se les oprimía y una luz misteriosa iluminaba el pasado, dando relieve a los dormidos poemas de la infancia. Música amable, cariñosa, atractiva. En la colonia, incitaba, removía, acariciaba con la indecible suavidad de sus cadencias; ausentes de ella, conmovía, casi enternecía; presentaba ante los ojos como visión palpitante el nativo solar, invitando a recobrarlo, atrayendo con benditas memorias, enorgulleciendo por ser suyo y por haber en él nacido.

La suavidad de la música despierta delicados sentimientos, memorias de la infancia, del nativo solar. Pero no son los campesinos que las han creado y las ejecutan quienes se inspiran con estas melodías y alcanzan tan elevadas emociones. El narrador se refiere específicamente a la emoción de Montesa, personaje diferenciado del resto del campesinado. Después alude a los criollos que experimentaban al escucharla una emoción secretamente melancólica. Los campesinos comunes están excluidos de estas emociones: son incapaces de experimentar ningún sentimiento elevado. La exclusión del campesinado lo minusvaloriza. [SEM. Desprecio (V. Narr.: Campesinos)].

(261) Voz: Narr.

Y a compás de esa influencia, otra nociva, enervadora, carnal. Un soplo que empuja al movimiento de un baile tentador; una fuerza que lleva de la mano a la agitación anhelosa de contenidos deseos; un estímulo mortificante que obliga a dos seres a poseerse sin posesiín; un contacto blando que despierta mundos de sensaciones; un arrebato dominado por la convención; una hipócrita fórmula, en fin, para arrojarse en brazos de la bestialidad sin disipación ni escándalo.

Y a compás de esa influencia, otra nociva, enervadora, carnal. La música descrita produce un efecto doble. Sobre los hombres con cierta educación, con principios morales, los que viven de acuerdo a los cánones de la "civilización" y que merecen ser llamados criollos, ejerce una influencia benéfica, melancólica, espiritual. Sobre los campesinos, criaturas subhumanas, su efecto es opuesto: nocivo, enervador, carnal. Los campesinos utilizan la música para bailar y el baile no es más que una hipócrita fórmula para excitarse sexualmente. El deseo sexual es caracterizado por el narrador, partiendo de una moral puritana, de bestialidad (REF. Cod. Moral: Puritanismo).

(262) Voz: Narr.

Así invadían el aire aquellos sones, excitando el temblor agitante de un pueblo paralítico; así se escuchaban desde lejos; como un treno; como un conjunto de notas tristes atadas con ligaduras invisibles a las cuerdas vibrantes; como una melodía amorosa y sentimental que se alzaba de los instrumentos; como dolientes ayes de un pueblo moribundo que sonriendo y cantando se hunde en la abyección.

La animación iba subiendo de punto a medida que la noche avanzaba y las lenguas sorbían libaciones de anisado y ron. Cuando el arroz dulce saciaba el apetito, borbollaban las risas y las carcajadas y el alboroto.

Un brusco aleteo de grosería golpeaba los tabiques, rebotando sobre el suelo negrusco y manchado por la sialisis que el continuo mascar tabaco producía. Imperaba en todo la zafia rudeza que blasfema y grita para celebrar un chiste, confundiéndose así hombres y mujeres en la brutal torpeza de un concurso sin cortesía y sin cultura.

Al final de la descripción el baile se ha convertido en una danza macabra ejecutada por un conjunto de criaturas enardecidas por la música y el alcohol: caricaturas de seres humanos. Es un cuadro grotesco. La música se ha convertido en un treno; más que para divertir, sirve para excitar ...el temblor agitante de un pueblo paralítico. ... Este evento no es una verdadera fiesta, son los movimientos convulsivos de un pueblo moribundo que sonriendo y cantando se hunde en la abyección [SEM. Inmoralidad (V. Narr.: Campesinos)] De acuerdo al narrador, la diversión campesina está marcada por una rampante vulgaridad [SEM. Vulgaridad (V. Narr.: Campesinos)].

La descripción del baile (Nos. 250-262) puede resumirse de la siguiente forma:

1. No. 250 Se describe la fiesta muy brevemente: el pueblo es la gran turba, el pueblo que bailaba es un líquido turbio puesto sobre brasas. Esta es una introducción a la descripción detallada que vendrá a continuación.

2. No. 251 Se describe la casa: grande, pero mal construida, poco hospitalaria.

3. No. 252 Se describe la conversación de las campesinas asistentes a la fiesta: bromean sobre temas sexuales. Se caracteriza a las mujeres como mujerzuelas.

4. No. 253 Se describe en forma irónica los recipientes en que beben y se describe la bebida.

5. No. 254, 255 Se describe la forma en que bailan las parejas. Es un ritmo lento. Termina diciendo que parece una danza macabra bailada por estatuas.

6. No. 256 Se generaliza y se resume el baile de todos los concurrentes: la ola humana. Termina diciendo que el baile excita sexualmente a los bailarines.

7. No. 257 Se describen los instrumentos musicales.

8. No. 258 Aparece una hipótesis sobre el origen de la música típica puertorriqueña: indígena con influencia española.

9. No. 259 Se describe la música que se caracteriza por su delicadeza.

10. No. 260 La música puertorriqueña produce un efecto beneficioso, melancólico y espiritual en los criollos.

11. No. 261 La misma música produce un efecto nocivo, enervador y carnal en los campesinos.

12. No. 262 Resumen de la descripción de la fiesta: imagen de una danza macabra ejecutada por moribundos vociferantes y alcoholizados.

La descripción total del baile connota desprecio hacia la diversión campesina y sus participantes [SEM. Desprecio (V. Narr. Campesinos)]. Los bailes campesinos fueron descritos en varias ocasiones, sobre todo por aquellos escritores que se dedicaron a describir las costumbres del pueblo en una forma pintoresca. Manuel Alonso dedica dos escenas de *El jíbaro* a los bailes de Puerto Rico. Estas descripciones han sido calificadas frecuentemente de superficiales. Es verdad que lo son, pero no menos superficial es la visión dada por Zeno Gandía en *La charca.* Los primeros pecaron de risueños y Zeno de sombrío. Lo que es realmente macabro en la escena del baile de Vegaplana es la visión del narrador. La perspectiva desde la que está relatada esta escena demuestra, más que la realidad, la distancia entre la cultura de la élite puertorriqueña de fin de siglo XIX y la del pueblo (1ra parte, Cap. IV, segunda parte pp. 215-216).

(263) Voz: Narr.

Al fin, en una de las puertas apareció la cabezota de Gaspar.

En aquel momento Silvina bailaba con un labrador joven y bien parecido. Al dar una vuelta, la joven vio a Gaspar. ¡Qué suerte! A llegar unos minutos antes, la hubiera encontrado colgada, en la danza, de los brazos de Ciro.

Al pasar por delante de la puerta, detúvose la pareja, y Silvina dirijió (sic) a Gaspar una mirada interrogante. Este, con un ademán afirmativo, expresó su conformidad y Silvina siguió volteando con el labrador.

Anteriormente Silvina ha dicho que cuando ellos asisten a una fiesta Gaspar le exige que pida permiso cada vez que ella quiere bailar con alguien

(No. 188). De no hacerlo, la joven corre el riesgo de que él le pegue y la insulte. Esta es la razón por la que mira a Gaspar para buscar su aprobación [SEM. Miedo (V. Narr.: Silvina)].

(264) Voz: Narr., Narr./Gasp.

Gaspar, por su parte, se lanzó también... Por el camino, habíase detenido en varios ventorrillos y, en ellos, bebido buenas dosis de ron. Este, revolviéndosele allá adentro y el dinero de Marta arrinconado en el fondo del bolsillo, le habían puesto de buen humor. Sí, a divertirse... Por supuesto: sin quimeras, sin *garatas* . Quien quisiera pelear, al camino. Allí se habían reunido personas de consideración y era menester respetar y dejarse de relajos. Y entre dicharachos y discursos que nadie le pedía, perdióse en el remolino de parejas, chocando aquí, tropezando allá, y en todas partes, apestando el ambiente con su aliento aguardentoso.

Gaspar llega a la fiesta contento: está borracho y tiene dinero [SEM. Alcoholismo (V. Narr.: Gaspar)]. El recurso de presentar a Gaspar eufórico da verosimilitud al pasaje siguiente.

(265) Voz: Narr.

El buen humor de Gaspar, llegó a su paroxismo. El labrador que bailaba con Silvina vio a Ciro bailando con su novia. Esta desprendióse de los brazos de Ciro y asióse a su galán, dejando plantados en medio de la sala, el uno, a Silvina; la otra, a Ciro.

Una imbécil gritería celebró el caso, y todos a una voz proclamaron la lógica de que los dos plantados se enlazasen en el baile.

Silvina dudó recelosa, mas tropezando con Gaspar, vio que éste reía haciendo visajes y haciendo coro a la insinuación de los demás. Entonces, sintiéndose asida por Ciro, abandonóse en sus brazos y se perdió con él en el tumulto.

El buen humor de Gaspar llega a su punto más alto. Esta circunstancia unida a la situación casual que se presenta, viabiliza la unión de Ciro y Silvina en el baile. La presión del grupo de concurrentes, que piden a los jóvenes que bailen, fuerza a Gaspar a apoyar la sugerencia para no hacer el

ridículo. Además, se ha prometido a sí mismo que no peleará en esta fiesta. La verosimilitud del pasaje está construida cuidadosamente. La algarabía de los asistentes a la fiesta, que piden a Silvina y a Ciro que bailen, es calificada por el narrador de imbécil gritería [SEM. Vulgaridad (V. Narr.: Campesinos)].

(266) Voz: Narr., Cir., Sil., Narr./Sil.

Apenas estuvieron enlazados, Ciro bajó la cabeza a la altura de la oreja de la joven, y exclamó en voz baja.-Esta noche...¿verdad?

-Esta noche...¿qué?-contestó ella, sintiéndose poseída de intensa alegría al verse autorizada para danzar con el joven.

-Esta noche, hago un disparate.

-¿Vuelves otra vez con tus locuras?

-Es que no me conformo, es que te quiero... Estoy resuelto: aunque me comprometa y te comprometa. Esta noche, *ése* está más borracho que un alambique; caerá como una piedra sobre el soberao. Espérame: ya lo sabes.

-¿Pero, acaso vivo yo sola?

-A mí *¿qué rayo* ? Así vivas dentro de un baúl: allá voy a buscarte.-Allí está Leandra; es seguro que Galante está también durmiendo allí; y luego, Gaspar...

-No importa. Galante y Leandra duermen en el cuarto de afuera. Tú y ese animal, en el otro.

-Ni por *pienso,* ¿sabes? ni por *pienso* te ocurra eso...

-Voy.

-No, imposible: déjate de eso.-Mira: voy. Por encima de todo, voy. Si me esperas puede que no pase nada; pero si te opones y haces ruido y se despiertan, no vuelvo la espalda; te lo aseguro. Llevo mi machete y voy resuelto a hacerle cara a todo el barrio.

-Pero ¿por dónde vas a entrar?

-No sé por donde. De todos modos espérame despierta.

-Eso es una barbaridad. ¡Dios quiera que no se arme la gran *trifulca*...

Y mientras duró el danzón, no hablaron de otra cosa. Silvina emocionada; él, insistente. La joven se llenaba de pánico. ¿cómo impedir que Ciro realizara su proyecto? Además, ella, en la lucha, tenía un flanco débil. Temía los peligros del audaz proyecto, pero un secreto gozo, un ansia sin sensación definida, un anhelo hondo, muy hondo, la hacían desear que la tentativa resultase practicable.

-¡Dios mío!-decía si te oyeran ¿qué sería de nosotros y, sobre todo, de mí?

-No oyen los que están bien dormidos: te asustas más de la cuenta. Yo he pensado muchas veces en aprovechar una ocasión, y ahora te lo digo: he rondado muchas noches por aquel lugar. Pero tú no estabas avisada: ahora lo estás, y la cosa cambia. Quieras o no quieras, si nos hemos de fastidiar, nos fastidiaremos juntos.

En ella quedaba un resto de duda. Ciro no cumpliría su testarudez. Daba, pues lo mismo discutir o consentir: mejor era dejarle.

El pasaje tiene un tono romántico (REF. Romanticismo). Ciro es decidido, temerario [SEM. Temeridad (V. Cir.: Ciro); está dispuesto a arriesgar su seguridad y la de Silvina por consumar su amor: Si nos hemos de fastidiar, nos fastidiaremos juntos. Ella desfallece de amor y es incapaz de negarse a los requerimientos del amado.

(267) Voz: Narr.

Al fin terminó la danza y Silvina corrió al lado de Gaspar.

La atmósfera de la sala parecía un nubarrón saturado de polvo, de emanaciones humanas, de humo de tabaco.

Algunas viejas cabeceaban ya, rindiéndose a las fatigas de la noche en claro, mientras las parejas jóvenes, todavía querían dilatar las horas alegres, y los chicos, tirados por los rincones, dormían con sueño feliz.

Ya muy baja la luna en el declive de su ocaso, y como a las dos de la mañana, disolvióse el baile.

El baile termina a las dos de la mañana (REF. Cronología: Tiempo de la escena).

(268) Voz: Narr.

Gaspar, Leandra, Silvina, las Flacas, y varios campesinos regresaron en un grupo a su montaña.

(ACC. Baile: 2: Salir del baile).

(269) Voz: Narr.

Al salir de la sala, Silvina, todavía sofocada por la agitación, sintió en el semblante el aire fresco de la madrugada produciéndole ingrata impresión. Le ardían los ojos, sentía sueño, abatimiento, laxitud.

Así caminó algunos metros. De pronto, detúvose: la había invadido un aura vaga, algo inesplicable. (sic) Sintió un aturdimiento extraño, una hebetud profunda. Fijó la mirada en un punto del espacio, y, dando algunos pasos rápidos, se sujetó de un árbol abrazándose al tronco. Luego, su cerebro perdió la noción del mundo: en su torno, desvaneciéronse las cosas;

la ideación consciente interrumpió su enlace; dejó de saber donde estaba; en su cerebro, nada existía; ni pasado, ni presente; y, al fin, cayendo en una absoluta privación de la vida cerebral, se tambaleó, en un vértigo idiota.

Desde el principio de la novela se ha indicado la debilidad física de Silvina. La pérdida del conocimiento que sufre ahora y la explicación detallada que hace el narrador del desmayo es el primer indicio de que sus melancolías y sus frecuentes estados de arrobamiento no se deben solamente a su pesadumbre, sino que obedecen a una causa física. [SEM. Enfermedad (V. Narr.: Silvina)]. (ACC. Desvanecimiento:1:Perder el conocimiento).

(270) Voz: Narr.

Todos corrieron... La sostuvieron, la sentaron sobre la hierba, y trataron de reanimarla.

El azote nervioso pasó pronto: fue una ráfaga, un meteoro que, pasando súbito la retorció los nervios. Ya reportada, abrió los ojos, miró con asombro a todos lados.

-¿Qué me ha pasado?-dijo.

-Nada, eso no es nada...

-¿Pero qué he sentido? ¿Por qué me he mareado? ¿Por qué estoy aquí, en la hierba?

-Porque poco te faltó para caer redonda.

-Yo estaba buena, sana... De pronto *se me fue el mundo*... Me ha dado un mal, ¿verdad?

-¡Vamos!-dijo Gaspar- ya eso pasó. Lo que hay, es que todas las mujeres son locas. No te has cansado de brincar en toda la noche y luego saliste enseguida a la luna. Claro; por *poquito* te pasmas. Pero vamos, ya estás buena: vamos...

Gaspar resta importancia al incidente y explica el malestar de Silvina por medio de la superstición: la luz de la luna le hizo daño (REF. Superstición). En este capítulo han aparecido tres percepciones distintas de la luna: 1) El

narrador describe el planeta en su aspecto estético, alaba su belleza (No. 237); 2) Marta recrimina a la luna por su luminosidad: es un testigo indiscreto de sus actividades nocturnas (Nos. 242, 2247); 3) Gaspar la considera causa de enfermedades.

(271) Voz: Narr.

El grupo continuó la marcha y Silvina le siguió quebrandada, doliente, como si hubiera sufrido la depresión de un gran trabajo físico superior a sus fuerzas.

Iba presa de una gran tristeza, conteniendo los sollozos. ¡Qué raro era aquello! ¿Qué enfermedad había estado a punto de derribarla? Sinembargo, cuando llegaron a la casucha, las aprensiones se habían disipado y estaba más tranquila.

Las preguntas que se hace Silvina a ella misma refuerzan la importancia del desmayo que ha sufrido, indican que no se trata de un incidente casual, sino de un hecho que tendrá repercución en la historia y con el que el lector se encontrará de nuevo (HER. Enigma 11: ¿Cuál es la enfermedad de Silvina?). ...cuando llegaron a la casucha. La casa de Leandra se designa, como siempre que aparece, con un término despectivo [SEM. Desprecio (V. Narr.: Casa de Leandra)].

(272) Voz: Narr.

Al abrir la puerta, salió del interior una bocanada de olor humano y oyóse la respiración ruidosa de un dormido.

Leandra impuso silencio... Nada de ruidos, nada de conversaciones: Galante estaba allí, en el camastro.

Todos penetraron en la vivienda y, a poco, reinó el silencio, sólo interrumpido por las respiraciones de unos y los groseros ronquidos de Gaspar.

En el cuarto más grande, Leandra y Galante en el camastro y Pequeñín rebujado en el suelo entre unos trapos. En el otro cuarto, que era pequeño,

Gaspar y Silvina en su tálamo: una estera amarilla cubierta de trapos y unos sacos que servían de almohadas.

Gaspar, sin desvestirse, cayó inerte, como si un sueño de príncipe encantado le hubiera condenado a dormir un siglo.

El respeto de Leandra a Galante es producto del código social que rige la conducta entre los sexos antes que de un sentido práctico, como afirma ella. Leandra respeta la imagen del "hombre" como ser que provee y como representante de la ley más que como proveedor y protector real (REF. Cod. Social: Papel de los sexos). Las alusiones a Gaspar, el personaje más grotesco de la obra, tienen un tono irónico. La cama donde duermen él y Silvina es designada por el narrador con un cultismo: tálamo, pero este tálamo es descrito como una estera amarilla cubierta de trapos y unos sacos... Después, Gaspar, borracho y horriblemente feo como ha sido descrito antes, es comparado con un príncipe encantado (REF. Ironía).

(273) Voz: Narr., Narr./Sil.

Silvina desvistióse lentamente, pensando en Ciro. ¡Dios santo! ¿Sería capaz de ir? Estaba dudosa, vacilante. Deseaba dejarse llevar por el acaso, abandonarse en la aventura, pero la zozobra la tenía asida y el miedo indecisa.

Como siempre, el sentimiento predominante en Silvina es el temor [SEM. Miedo (V. Narr.: Silvina)].

(274) Voz: Narr.

Bajo la influencia de tales impresiones, acostóse en la estera al lado de su tirano.

Gaspar quedaba del lado del tabique; ella, a media vara de distancia. La sombra ennegrecía en la casucha todos los detalles. Por alguno que otro intersticio, podíase descubrir la claridad exterior y por el pavimento de tablas de palmas viejas, mal unidas, lleno de rendijas podíase descubrir el color pardo de la tierra, sobre la cual, a una vara de altura, estaba construida la casa.

Todo quedó en el quietismo. Sólo alguna cursoria, aleteó con torpeza en el aire para caer después al suelo, y entregarse al cucaracheo asqueroso de caza nocturna.

La naturaleza siempre es mencionada en forma positiva en la novela, no importa si se trata del cielo, el río o los insectos. Los hilos de una tela de araña, vistos en un rayo de sol, parecen filamentos de oro que tejían una red. La araña en sí es descrita como una madre protectora de sus huevos, el arácnido que paseaba sus soledades vegetativas (No. 204). Sin embargo, los animales nocturnos que vuelan adentro de la casa de Leandra se dedican al cucaracheo asqueroso de la caza nocturna. La única razón para el contraste en la valoración entre la araña descrita anteriormente y los animales que habitan la casa de Leandra de noche es que todo lo que pertenece a aquella vivienda es inmundo [SEM. Inmundicia (V. Narr.: Casa-Leandra)].

(275) Voz: Narr.

Media hora después, Silvina se incorporó asustada: había oído un ruido extraño; un roce de pisadas producidas por el paso de alguien que rondaba en el exterior.

Era Ciro. El joven les había seguido desde Vegaplana, resuelto a cumplir su promesa. Esperó en el bosque el tiempo que juzgó bastante para que todos conciliasen el sueño y, luego, acercóse cautelosamente a la casucha, buscando manera de penetrar en ella.

Silvina, asustada, galopándole el corazón en el pecho, escuchó... Ciro llegó a la casa y se metió debajo. Sabía que Gaspar y Silvina ocupaban el cuarto pequeño, pero ignoraba que ángulo de éste era el elegido para lecho.

Después de acostada Silvina transcurre media hora (REF. Cronología: Tiempo de la escena). Ciro había seguido a la familia de Leandra desde el baile.

(276) Voz: Narr.

Sacó un cuchillo y al capricho, lo introdujo por el intersticio de dos tablas. El cuchillo tropezó con algo que cerraba el paso: era indudable que la estera estaba alli.

Después, volvió a introducir el cuchillo más hacia la izquierda: siempre el mismo cuerpo detenía el arma. Siguió probando de ese modo hasta llegar al tabique de la fachada, y luego, volviendo al sitio por donde comenzó la pesquiza, (sic) probó de nuevo hacia la derecha.

A la tercera tentativa en ese sentido el cuchillo penetró entero. Indudablemente por aquel lado no había obstáculo. Midió una extensión como de media vara y calculó que para abrirse paso necesitaba levantar cuatro tablas; y siguiendo la dirección de una hasta su extremo junto al tabique, probó a empujar. Las tablas estaban atadas con resistentes bejucos que las mantenían unidas a los maderos que formaban el cuadro de la choza. El joven cortó la atadura de una de las tablas, y ésta, cediendo, crujió ligeramente. Ciro la alzó algunas pulgadas; la empujó oblicuamente y la dejó descansar sobre la tabla inmediata. Del mismo modo cortó la atadura de una segunda tabla y a los pocos momentos, el busto de Ciro apareció en el interior de la casucha, como figura surgida por escotillón.

La descripción detallada del proceso de la apertura del hoyo alarga el suspenso de la narración. Finalmente, en el tercer intento, Ciro logra su propósito

(277) Voz: Narr., Narr./Sil., Sil., Cir.

Silvina escuchaba sin perder un solo detalle del asalto. !Qué atrevimiento! ¡Qué audacia! Ella tenía un miedo inmenso, pero al mismo tiempo, desvanecido el malestar sufrido a la salida del baile, experimentaba arrobamientos de felicidad.

Allí estaba Ciro, el hombre que amaba, que por ella se exponía a los mayores peligros. Y ella, en la sombra del cuartucho, sentada sobre la estera, teniendo al lado el cuerpo inerte de Gaspar, desde el fondo del alma admiraba a Ciro, veíale engrandecido por la pasión, digno cien veces del premio a tan duro precio perseguido. ¡Ah, pero si los sorprendían! ¡Qué iba a pasar allí! Entonces, resuelta deslizóse por el suelo hasta el hueco abierto por Ciro.

-¡Por el amor de Dios,... ten cuidado!

-Silvina, Silvina de mi alma...

Y abrazados, él con los pies en el sótano y el busto en el interior de la casa y ella acurrucada junto al hueco del pavimento, unieron sus labios, diéronse besos muy diminutos para que no sonaran.

Allí, en voz muy tenue, cambiaron algunas palabras que el temor hacía balbucientes. El, resuelto a terminar, impaciente, bajo la impresión de una prisa necesaria, queriendo acortar una aventura cuyos peligros comprendía, en medio de una obscuridad de donde podía de un momento a otro, desplomarse el machetazo del huésped sorprendido en el sagrado del domicilio por la rapiña del ladrón. Ella, ebria: sí, era preciso dar fin a aquella historia. Allá, en el baile, en brazos del joven, entre los rumores y expansiones de la fiesta había entrevisto momentos de dicha. Vio allá, muchas muchachas, salir del brazo de sus amados para hundirse en el seno de las selvas, buscando las miserables chozas que ocultaban sus explosiones de pasión; y al considerarse contrariada, infeliz, habíase visto invadida por la vacilación final, por aquella que no basta ya a sostener el cuerpo que sobre la pasión se tambalea.

Así, al sentir la ternura del joven que la acariciaba, cerró los ojos. ¿Tería que ser? pues que fuese...

Y abrazados.... (ACC.Encuentro:1(2): Los amantes se reúnen). Esta es la segunda vez que Ciro y Silvina están a punto de consumar su amor. El pasaje tiene un tono romántico (REF. Romanticismo). El patrón de conducta de los jóvenes es el mismo del primer encuentro (Nos. 207-211): él, temerario [SEM. Temeridad (V. Narr.: Ciro)], ella, temerosa [SEM. Miedo (V. Narr.: Silvina)].

(278) Voz: Sil., Cir., Narr/Sil., Narr.

-Espera-dijo al oído de Ciro.

-¿Qué?

-Espera... Quiero convencerme de que ése está bien dormido. No subas, no entres... yo te avisaré...

Deslizándose de nuevo, volvió al lado de Gaspar, que roncaba como un fuelle de fragua. Acercóse y le observó un rato: dormía. ¿No estaría despierto fingiéndose dormido, para caer a traición sobre ellos?

Observó otra vez. Sí, dormía. Sinembargo, ella quiso la evidencia. Alargó las manos y le tocó; luego dióle suaves empujones llamándole sin alzar mucho la voz, como si temiera que estando dormido le despertara la prueba.

-¡Gaspar... Gaspar!

Este no respondía.

-¡Gaspar... *por vida tuya*, Gaspar!...

El otro yacía como masa de carne averiada que arrojó el matarife a un rincón.

-¡Gaspar...oye, Gaspar!...

Le movió con más fuerza, le llamó cien veces y nada: Gaspar, inerte. Entonces, ella respiró con placer. ¡Estaban seguros! Se deslizó otra vez, llegó junto a Ciro, y con voz tenue, emocionada, deliciosamente cariñosa, dijo al joven.

-¡Ven...!

Mas en aquel momento oyóse una voz gutural que murmuraba en el cuarto inmediato.

Galante había oído cuando Silvina llamaba a Gaspar. Primero permaneció indiferente; luego, aquel *por vida tuya*, le hizo levantar la cabeza. Escuchó la voz insistente de la joven y sonrió. ¡Diantres! La pobrecilla, después de la noche alegre, estaba desvelada; y el bruto de Gaspar habíase dormido, sin duda abandonando con estúpido desvío la exigente juventud de su mujer.

Llamó a Leandra. Esta, que dormía panza arriba como un quelonio volcado, despertó remolona. El dijo algo que repitió con insistencia, mientras empujaba a Leandra para hacerla levantar... Despierta Leandra al fin, comprendió... Levantóse, y al poner los pies en el suelo toda la casa crujió.

Nuevamente la relación de Galante con la sexualidad tiene un enfoque estrictamente biológico. Al oír que Silvina llamaba a Gaspar piensa que la muchacha necesita sexualmente al marido. El pensamiento de Gaspar responde a su caracterización de macho robusto (No. 23). La joven necesita satisfacer las exigencias de su juventud, no importa con quien lo haga. Si Gaspar no responde, él tomará el lugar del marido. Leandra es comparada con una gran tortuga que duerme boca arriba [SEM. Animalidad (V. Narr.: Leandra)]. La imagen alude a la obesidad de Leandra y a su amoralidad (es como un animal, no tiene principios morales) al prestarse a las maquinaciones del amante.

(279) Voz: Narr., Sil., Cir.

Silvina, al escuchar los ruidos, quedó helada de susto, y Ciro, que había empezado a subir por el agujero, detúvose receloso.

-Lo que te decía..., ¿ves?-dijo ella.

-No..., no es nada...

-¡Vete..., vete!...

Sonaron pasos. Leandra, caminando a obscuras, se dirigió al cuarto de Silvina.

Midió Ciro el peligro. Si estaba ella resuelta, cualquiera hora sería mejor que aquélla, sin necesidad de arriesgarse en los peligros del escándalo. Era indudable que alguien se había despertado. Persistir, permanecer allí, era comprometerse tontamente sin llegar al buen éxito. El instinto de conservación triunfó, y mientras Silvina se replegaba encogida al lado de Gaspar, deslizándose por el hueco, huyó apresuradamente hasta perderse en el bosque.

Leandra, caminando a obscuras... (ACC. Obediencia:1(2): Aceptar trato incestuoso). Ciro decide que el riesgo no vale la pena en ese momento; de ninguna forma va a lograr sus propósitos. Se marcha (ACC. Encuentro:2(2): Separarse sin consumar el amor). Esta es la segunda vez que Ciro persigue a Silvina sin lograr sus propósitos; sin embargo, en esta última ocasión Silvina ha accedido a complacerlo. Ya se trata sólo de esperar la oportunidad.

(280) Voz: Narr. Narr./Sil., Lea.

En tanto, Leandra llegó junto al lecho de Silvina, se inclinó sobre ella y la asió de una mano.

Silvina, invadida por un terror de muerte, comprendió también... ¡Era el tráfico, el horrible tráfico desgarrándola con su inicua zarpa!

Permaneció inmóvil, fingióse dormida, pero ¬eandra tiraba de ella. ¡Ah, imposible! Pensó verse arrebatada por una ráfaga de dicha y desvanecido el ensueño, volvía a la realidad sintiéndose empujada al pozo inmundo del asco y de la infamia. No, no iría: ya era bastante infeliz para consentir otra vez en tal canallada.

Mas Leandra la movía bruscamente.

-Silvina-dijo al fin-está amaneciendo. Levántate... junta leña para hacer café...

-No puedo... estoy muerta de sueño...

-Silvina ¿no entiendes?...ven...ven...

Ella sabía que aquellas palabras eran un pretexto, un andrajo de apariencia con que se cubría las intenciones. Y resistía, resistía tenaz...

Pero Leandra, apretándola, tirando de ella, consiguió levantarla, sacarla del cuarto, conducirla al otro del camastro; mientras ella pensaba que su resistencia movería ruidos, que despierto Gaspar en vez de defenderla la empujaría también, que resistiendo harían luz y aparecería delante de todos aquel agujero practicado en las tablas que ella furtivamente debía cerrar antes del día; pensó, en fin, en su inmenso abandono, en su desvalida soledfad, en medio de aquellos seres resueltos a maltratarla, a herirla en el corazón, a retorcerla el alma.

Entonces, en la obscuridad, un brazo de hombre la ciñó por la cintura...

Invadida por un terror de muerte [SEM. Pánico (V. Narr.: Silvina)]. El temor, sentimiento predominante en Silvina, llega a su clímax. Sus relaciones sexuales con Ciro, truncadas por la intervención de Leandra, hubieran representado el punto más alto de su pasión. En lugar del acto de amor, el sexo con el que se enfrenta ahora es un acto de violación (SIM. Antítesis: Amor pasional/Violación). Además del miedo, en esta escena el sentimiento de impotencia de Silvina ante el abuso de quienes la rodean alcanza su punto más alto en la obra hasta este momento. Leandra pasa del abuso verbal a la violencia: la fuerza físicamente a complacer a Galante. (ACC. Obediencia:2(2): Consumación de la violación). Silvina se encuentra sola: en su interior, ella es todavía diferente a quienes la rodean.

(281) Voz: Narr.

Leandra bajó al colgadizo, reunió algunas astillas que al ser encendidas chisporrotearon con movediza llama; puso a hervir el agua para la infusión aromática del desayuno y, en cuclillas frente al hogar, esperó el hervor,

mientras en el sereno cielo, empezaban a difundirse las claridades prístinas del alba, los primeros indecisos colores del día, tan suaves, tan inocentes, tan puros...

La descripción de la naturaleza connota pureza [SEM. Pureza (V. Narr.: Naturaleza). El interior de la casa de Leandra, inmundo, se opone al exterior, puro (SIM. Pureza/Impureza). La naturaleza no interviene en la vida del hombre.

El tiempo de este capítulo se extiende desde la noche de un domingo hasta el amanecer del lunes. La trama se mueve ahora rápidamente. Este capítulo corresponde al paso No. 4 de cualquier experimento, según la teoría de Claude Bernard (2da parte, Cap. II, pp. 317-319).

Notas

[1] Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio*, tomo II (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978), p. 66.

Capítulo VI

(282) Voz: Narr.

La faz menguante de la luna habíase iniciado con abundantes lluvias.

El cielo, antes de una pureza de cristal, estaba lechoso, turbio, preñado de nubes extravagantes, como inmensos bloques grises, como cordilleras negruzcas, como alados monstruos de cabelleras flotantes.

Con frecuencia, los grandes choques de meteoros resolvían en copiosa lluvia sus conflictos y, entonces, descendía un caudal de espesos aguaceros que sonaban al chocar con los bosques y rugían al despeñarse por los montes, formando torrentes y turbulentos desagües.

Se sitúa la escena (REF. Cronología: Tiempo de la escena). La mención de la luna menguante indica la cercanía de la fecha concertada por Gaspar y Deblás para el crimen. La naturaleza es bravía, fuerte [SEM. Fortaleza (V. Narr.: Naturaleza)].

(283) Voz: Narr.

Juan del Salto, obligado a permanecer recluido por las inclemencias del tiempo, estaba en su escritorio entre un revuelto mar de papeles. De uno de los encasillados del mueble, había sacado un legajo que ataba una cinta elástica. Eran las cartas de su hijo.

Una o dos veces al mes, cruzábanse aquellas cartas, trasegando entre Juan y Jacobo del Salto ternezas e intimidades.
La escena es redundante (No. 45). La meditación anterior de Juan del Salto exploró los orígenes y elaboró posibles soluciones para los males del pueblo. Ahora el hacendado expondrá su opinión sobre la situación política de la isla. Contraria a la actitud de la familia campesina de Montesa, que lo olvida rápidamente cuando él se marcha de la casa para correr mundo, (No. 91) el hacendado mantiene constante comunicación con su hijo y la

relación entre ambos hombres es de cariñosa intimidad [SEM. Ternura (V. Narr.: Juan del Salto-Jacobo)].

(284) Voz: Narr.

Jacobo, ausente de la colonia, estudiaba leyes en la capital de España. Entonces tenía ya veinte y cuatro años hallándose en el último curso de la facultad.

Juan recordaba de su Jacobo, al niño vivo, dispuesto, de mirada inteligente, de juicio robusto. Poco a poco, en el curso de los años, fue siguiendo en sus cartas los progresos que operaba en su hijo la cultura del gran centro. Jacobo, tenía talento: sus cartas denunciaban la desenvoltura que el cultivo realizaba en sus facultades innatas y los avances intelectuales conseguidos por la acción intensiva del estudio.

Juan estaba contento: tenía fe en el porvenir del amado ausente: porvenir sólidamente fundado en la fortuna que para él amasaba y en la brillantez de un espíritu cultivado y una inteligencia superior.

El hijo de Juan es totalmente diferente a la masa campesina. Biológicamente es un ser superior, ha sido educado con esmero y el medio ambiente en que se desenvuelve es de cultura y refinamiento. Juan del Salto confía en que el futuro del hijo será feliz debido a estos factores y a la fortuna que heredará. El pensamiento del hacendado, al evaluar el porvenir del hijo, es pragmático, producto de su ideología liberal: su vida está regida por la confianza en el progreso lineal de la humanidad mediante la constancia en el trabajo, la educación y el amor a la familia: tenía fe en el provenir del amado ausente: porvenir sólidamente fundado en la fortuna que para él amasaba... (REF. Pragmatismo).

(285) Voz: Narr.

Sacó del legajo la última carta recibida para releerla con el alma abierta a la ternura.

(ACC. Lectura:1: Sacar la carta). El narrador repite que Juan ama al hijo tiernamente...

(286) Voz: Narr.

En aquella carta, como siempre, lo primero era el culto filial. Jacobo ansiaba el momento de fundirse con arrebatos de loco placer en los paternos brazos. Era amor de niño saturado de sentimentalismos de adolescente, era un cariño intenso, vivísimo, como un rayo de sol reflejado en un espejo.

Después venía el suelo nativo: en todas sus cartas derramaba la miel de ese otro cariño. Un fanatismo, un culto, una adoración que le inundaba de dulzura. El, de la colonia, recordaba algo... Recuerdos indecisos, de limitados puntos que no tenían enlace, impresiones inciertas, lo más culminante: las palmas, las vastas llanuras de cañaverales, los undosos ríos, el interior de la casa paterna en días de sol. Aparte de so tenía a su patria impresa en sus ensueños: la soñaba más que la conocía. La consideraba a través del priema de su alma romántica. Una tierra gentil, espléndida mejor que ninguna... La Naturaleza, entonando himnos de eternal poesía; el suelo, en la copiosa dehiscencia de inagotable riqueza; los seres, gozando el privilegio de tanta dicha. Todo desde la distancia lo veía embellecido por el ensueño.

A impulso del efecto, habíase creado una patria ideal, y a ella iban todas sus aspiraciones, todos sus deseos.

La carta de Jacobo, que tratará básicamente el tema de la independencia, comienza expresando su gran amor por la familia: En aquella carta, como siempre,lo primero era el culto filial. Todo lo demás está supeditado a esta devoción que ocupa el primer lugar dentro de la escala de valores de la novela. Después de la familia viene la patria... Para Jacobo, joven romántico con ideales independentistas, Puerto Rico es la patria... El narrador y Juan del Salto se refieren a la isla como la colonia, el suelo nativo..., etc. El joven es la única voz a favor de la independencia que aparece en la obra. El narrador no se limita a describir los sentimientos y la percepción de Jacobo sobre la isla, también enjuicia lo que el joven siente. De acuerdo al narrador, la adoración que le inundaba de dulzura hacia la isla provenía de un ...culto fanático... producto de la visión romántica e idealizada

del joven desde la distancia. Sus aspiraciones eran quiméricas, carecían de base en la realidad: Todo desde la distancia lo veía embellecido por el ensueño. ...

(287) Voz: Narr.

Juan, cuando contestaba sus cartas, templaba con prudencia aquellos idealismos. Aunque ausente el hijo y ya hombre, consideraba que su sensata misión de padre no había terminado. Debía prepararle para los acerbos derrumbamientos de la realidad y con sumo tacto, sin herir sus obtimismos, (sic) le enviaba perfiles de la colonia, encargándole gran cordura para formar convicciones. Y al contestar Jacobo, dejaba entrever las alternativas de su ánimo: primero, la sorpresa; después, la duda; más tarde, el desencanto. La palabra escrita de Juan era para Jacobo prueba plena, le creía con fe absoluta, pero luchaba antes de resolverse a abandonar una ilusión.

Después de explicar la posición del hijo respecto a la isla, el narrador explica la del padre. Jacobo representa el ideal, Juan del Salto la realidad. Por sobre sus convicciones patrióticas, para el joven la verdad radica en la opinión de su padre. El respeto a la familia está por sobre todo lo demás. A pesar de las alabanzas a la juventud que se hacen a lo largo de la obra, en los problemas fundamentales la razón está de parte de los viejos mesurados. El razonamiento y la mesura que pide Juan del Salto a su hijo en el mundo ficticio es equivalente al que pedían los liberales autonomistas al pueblo en la sociedad histórica. Recuérdense las arengas de Matienzo Cintrón al campesinado en 1897 (1ra parte, Cap. IV., segunda parte, pp. 240-241).

(288) Voz: Jac., Narr.

"No te imagines-decía en su última carta-que he llegado a suponer a mi tierra un paraíso bíblico. De sobra conozco que en los combates de la vida, todo es humanidad. Pero no quiero ocultarte la pena que me han causado tus palabras.

Me dices que te regocija mucho mi acendrado cariño por ese suelo, pero que no olvide que a compás de la gran belleza de su creación, hay vientos horribles que asolan su superficie, marejadas que inundan sus playas y

desbordamientos que arrasan sus campos. Ya te comprendo: quieres que yo por lo menos tenga un asidero en la realidad. Lo que entreveo, no es tan perfecto ni tan apacible como lo sueño ¿no es eso? Convenido: no habría de ser tan iluso que aspirase a tener una tierra sin convulsiones metereológicas. Pero yo a mi vez me figuro una cosa: que esa llamada que me haces a la vida real, es un delicado símbolo de que te vales para hacer equilibrio a mi optimismo.

"Debo ser franco: para mí ese país es el mejor de la tierra y son mis compatriotas, mis hjermanos. Tú celebras en mí este movimiento de afecto, pero me hablas de las tormentas y las marejadas. Sí: veo claro. Mis hermanos, flotan en las tormentas de un difícil renacimiento. Esas, ésas son las convulsiones de que me hablas. Ellos son humanidad también; también están sugetos (sic) a las leyes generales de la evolución social, a las leyes eternamente progresivas de los organismos y de los pueblos. Lo presumo, lo sé...

De otro lado, oigo con verdadera devoción lo que me dices del patriotismo*: El bien que debe hacerse al propio país, no ha de fundarse ni en la mentira, ni en el engaño, ni en la adulación a las muchedumbres...* Claro: entiendo perfectamente. *"Después de Dios, la más alta grandeza es la verdad."* Estas palabras tuyas que subrayo, me parecen espartacas y, naturalmente, me impresionan profundamente, no habré de olvidarlas jamás.

De un lado está la voz de los independentistas, del otro la de los autonomistas. La opinión de Juan, que Jacobo califica de espartana... aparece como la representación del patriotismo llevado a su grado más alto. Juan admira la posición del hijo, pero está convencido de que su visión de la situación no responde a la realidad ni a las verdaderas necesidades del país. Por lo tanto, el realismo con que el hacendado encara la situación de la isla responde a un acto de renuncia a sus ideales patrióticos en aras del bien de los demás.

(289) Voz: Jac., J. del S.

Quiero hablarte también de tres párrafos de tu carta que me hicieron la impresión de un baño frío.

Párrafo primero:... *de ese modo te pasaría lo que al ave que viera un jardín retratado en un espejo: volarías hasta chocar bruscamente con la luna.* Quiere decir que, en el cristal de mis ilusiones, veo fantasmagorías inciertas; que si no logro sacudir los obtimismos, (sic) corro peligro de golpearme al

chocar con el espejo, hiriéndome en el corazón y en la frente. ¡Qué triste es eso! ¿Será posible que no pueda el sentimiento crear la realidad cuando ella no existe?

Segundo párrafo... *con arranques líricos no se resuelven problemas arduos, como con el aire de un abanico no se perforan cordilleras.* ¿Sabes cuál fue el resultado inmediato de esas palabras? Pues romper una "Oda a la Patria" que había escrito. Esta vez, fuiste iconoclasta. En esa oda cantaba la grandeza de mi país, fundándola en sus opulencias naturales y en el romanticismo de una humareda de sentimientos amorosos. La rompí convencido de que era aire de abanico que había de perderse en el vacío de la inutilidad...

Tercer párrafo:... *porque la humanidad es la dueña del mundo y es forzoso que engrandeciéndose logre, por lo menos, merecer el esplendor de la creación. Muchas sociedades sucumben apopléticas de teorías, sin haber tenido la suerte de realizar en la práctica una sola de sus especulaciones filosóficas. Los pueblos son como los individuos: más realiza quien proyecta sembrar un arbolillo y lo siembra, que quien se propone levantar un bosque y se duerme en el surco. ¡Realidad! he aquí la gran palanca. Debe preocuparnos lo que es, para llegar a lo que debe ser. Con sólo cantar lo que quisiéramos que fuese, no se hace camino...* Traduzco de esas frases toda una crítica; y cómo sé hasta qué extremo amas nuestro suelo, esa crítica tiene para mí una importancia inmensa.

Sigue, sigue explanando el cuerpo de doctrina que tus observaciones te han permitido formar. Pero sé franco: veo que en ciertos puntos no eres explícito. ¿Qué gran estómago enfermo es ese de que me hablas? ¿Qué depresión mórbida es esa que por herencia pasa de una a otra generación, produciendo capas sociales contaminadas y enfermas? En el religioso amor que por mi tierra siento, quiero que seas tú el Moisés: muéstrame las tablas de esa Ley..."

La posición de Juan del Salto responde a la actitud posibilista que guió la acción de los liberales a lo largo del siglo XIX en Puerto Rico (REF. Política). La independencia es un ideal romántico, loable, pero impracticable. De acuerdo al pensamiento positivista del hacendado la solución, como ya ha expresado anteriormente, hay que buscarla partiendo del determinismo científico.

(290) Voz: Narr.

Juan gozaba releyendo todo aquello mientras una sonrisa benévola le alegraba el semblante.

Su hijo tenía imaginación, agudeza. Era un catecúmeno que lo amaba todo con candor de niño; mas, al mismo tiempo, un pensador que iniciaba el gran viaje por las escabrosidades de la vida. Juan le consideraba con amor infinito, con exquisita delicadeza, como si Jacobo hubiera sido de cristal bohemio, frágil y quebradizo.

Juan gozaba releyendo todo aquello (ACC. Lectura:2: Terminar de leer). El pasaje está marcado por el tono de condescendencia paternalista de Juan hacia los ideales independentistas de su hijo [SEM. Paternalismo (V. J. del S.: Jacobo)]. El narrador hace hincapié en el enorme amor que el hacendado profesa a Jacobo [SEM. Amor filial (Voz: Narr./J. del S.: Jac.)].

(291) Voz: Narr.

Así discurrían las horas de aquel día nostálgico. De vez en cuando, a través de la ventana, miraba el opaco cielo, de semblante huraño y aspecto triste; invadido por nubes hidrópicas que chocaban a impulso de vientos encontrados: repleto de sombríos crespones que, adelantando la noche, hacían del día un largo crepúsculo.

Los árboles, azotados por la lluvia, estaban llorosos, escurriéndose por las hojas y las ramas el caudal llovedizo y abrillatándose con la humedad el verde de las hojas.

La descripción de tono romántico de la naturaleza (REF. Romanticismo) marca el paso de una escena a otra. Es un tiempo de tormenta, humanizado, presagiador de la drámatica escena que vendrá a continuación: Los árboles...estaban llorosos. ...

(292) Voz: Narr.

Un día penoso por el hastío del obligado quietismo, por la suspensión de los trabajos y por la pérdida de tiempo que en los cultivos producía la deserción de las brigadas de obreros que huyentaba (sic) la lluvia.

El narrador se solidariza con la opinión de Montesa (No. 87) de que cualquier interrupción en el trabajo de la finca es lamentable. Para Montesa la noche interrumpía el laborar diurno. Para el narrador, ahora, la lluvia es

causante de que los obreros no acudan a trabajar. En la realidad histórica, las fiebres contraídas por los campesinos al trabajar bajo la lluvia eran causantes de un gran número de muertes (1ra parte, Cap. III, p. 125). Este era un hecho de conocimiento común (REF. Cod. Social).

(293) Voz: Narr.

A Juan le contrariaba el tiempo. Era fin de Junio y la diminuta granería que adornaba los cafetos, podía verse comprometida con las aguas y los vientos. La cosecha se presentaba con preñez exuberante, mas algo perezosa, prometiendo una tardía maduración. El año había sido muy lluvioso y ya bastaba.

La voz de Juan se une a la de Montesa y a la del narrador para lamentar la suspensión temporal del trabajo debido al mal tiempo. El hacendado se muestra impaciente ante la situación. Igual que Montesa se impacientaba ante las horas de inactividad forzosa de la noche (No. 87), a Juan del Salto lo exaspera el mal tiempo: ya bastaba de lluvias. ...

(294) Voz: Narr.

Con estas reflexiones, acercóse a la ventana. Las cumbres de la finca de Galante desaparecían bajo un nimbo de nubes; un cortinaje color de leche que descendía hasta las selvas resolviendo en agua la eléctrica tensión de sus volutas.

En la finca de Juan no llovía entonces. Una corriente de aire alejaba los nublados como un fumador las espiras de humo. A pesar de la flagelación llovediza, los cafetales y las plantaciones de bananos, sonreían irguiéndose felices con el fecundo regadío. Y Juan, siempre con su aire de protesta resignada, abarcaba el paisaje rebosante de vida en medio de la nostalgia.

Anteriormente se ha dicho que la lluvia ahuyentaba a los obreros; ahora se aclara que en la finca de Juan no llovía en aquel momento. Esta aclaración es importante para la lógica interna del texto.

(295) Voz: Narr.

De pronto, dejáronse oír rumores de disputa. La voz de Montesa dominaba disparando ternos y palabrotas.

Juan asomóse al balcón situado en otra fachada de la casa. Apenas se hubo asomado, vio a Montesa entre varios campesinos que escampaban los chubascos debajo de los aleros de la casa de máquinas. El mayordomo manoteaba furiosamente dando empujones a los campesinos. Uno de ellos contestaba con acritud, y Montesa, colérico, le cruzó la espalda con un látigo. Los campesinos vociferaban con enojo, mientras el mayordomo parecía dispuesto a proseguir.

El mayordomo manoteaba furiosamente dando empujones. ... (ACC. Castigo:1: Encolerizarse ante irresponsabilidad). Montesa, colérico, le cruzó la espalda con un látigo (ACC. Castigo:2: Consumar el castigo). Aquí comienza un contrapunteo, representado por Montesa e Inés Marcante, al nivel ideológico del texto. El mayordomo es el modelo de los valores que la élite criolla puertorriqueña estaba tratando de implantar en el pueblo: constancia y eficiencia en el trabajo, sobriedad y una moralidad basada en valores burgueses: individualismo y, en el caso de Puerto Rico, priorización de los deberes familiares por sobre los deberes patrióticos.

(296) Voz: Narr., J. del S., Mont.

Juan vio lo sucedido y gritó con energía.

-¡Montesa!...basta. Sube al instante.

Montesa con sumisión de colegial subió a la casa.

Juan vio lo sucedido y gritó... (ACC. Obediencia:1(3): Llamar para regañar). Ante la orden de Juan del Salto, la agresividad de Montesa se desvanece. El mayordomo actúa con la sumisión que tendría un colegial obediente ante su maestro. El tono paternalista usado por el narrador, al asociar la conducta del empleado con la de un adolescente, disminuye la importancia de la brutalidad de Montesa.

(297) Voz: J. del S., Mont.

¿Qué es lo que cien veces te he repetido?-dijo Juan.

-Señor...

-¿Cuántas veces necesito insistir para ser obedecido?-Es que...

-Es que... nada. Lo que acabas de hacer es bárbaro, arbitrario...

-El motivo fue que...

-Cualquiera que sea el motivo; cualquiera que haya sido la falta de ese hombre.

-Pero escúcheme Ud. Don Juan. Con esta lluvia, todo el día perdido. Esta mañana dejaron el monte: escampó y les hice volver. Después de almuerzo, pasó lo mismo y hace una hora, corrieron por tercera vez a escampar ahí debajo. Pasó el aguacero y volví a mandarlos al monte. Se negaron, pero me hice respetar y la mayoría de los trabajadores se dispuso a seguir la tarea. Ya ve Ud. Don Juan: llueve mucho; la hierba nos pisa los talones; no podemos descuidarnos. Pues cuando todos volvían al trabajo, Inés Marcante, ese mequetrefe que le pide permiso a una pierna para mover la otra, se opuso. Empezó con guaperías y le quitó a los otros la buena intención. Cuando vi que se arrepentían y dejaban sin cumplir la orden, mandé a ese tipo que despejara. No quiso y le empujé. Me dijo una mala palabra y le arrimé un cantazo... Eso fue todo.

-Yo no quiero discutir si era o no justa tu orden. La verdad es que con este tiempo las plantaciones son torrentes y los hombres están en peligro de enfermar. ¡Son seres humanos como tú y como yo...!

-¡Ca!,... ¡buena tropa son ellos!

-... pero suponiendo que tu orden fuese razonable: levantar la mano para un hombre es caso repugnante que no quiero, te lo he dicho cien veces, ver en mi finca.

-¿Y cómo arreglárselas con ellos?

-Si te desobedece alguno, despídele; si te falta, múltale; y si te injuria, acude al comisario

-Bien, si... Muchas veces Ud. me ha ordenado lo mismo. Pero...

-Pero ¿qué?

-Eso no da resultado; lo sé de viejo. Dándoles hasta que les duela, ceden y se ponen como barbas de maíz. Los más guapetones, se hacen humildes. Para sacar partido de ellos, no queda otro remedio.

-Si queda... Quedan la convicción y las buenas palabras.

Montesa sonreía con incredulidad.

-La violencia envilece o desespera. Si tratas así a los hombres que están bajo tus órdenes, les convertirás en idiotas o en iracundos, y en ambos casos...no serás amado.

-¡Ah! ¡si yo mandara!

-Si tú mandaras serías bonitamente un tirano.

-Es que conozco a esa gente don Juan...

-Por esa misma razón debes atemperarte. ¿Les conoces como incapaces de convicciones, como desprovistos de nociones del deber? Pues si les injurias, si les oprimes, si no respetas en ellos su ciudadanía libre, no estableces diferencia entre su mundo de obrar extraviado y el tuyo sensato.

-Mientras no se barra toda esa chusma...

-¡Ea, cállate! La represión por sistema es odiosa e inútil. Sólo produce encono, malestar, idiotismo. El despotismo hace fango; y en ese fango, por ley fatal, se anega el déspota. He dicho que basta. Por última vez: en mi finca no estoy dispuesto a tolerar tamaña mengua.

Montesa bajó caricontecido... ¡Ya! ¡Buen avance, con tantas delicadezas! Don Juan era muy caballero y juzgaba por sí a los demás. Su sistema era mejor: a los borricos, palo. ¡Si a lo menos tuvieran conciencia de lo que es la obligación! De ellos no había nada que esperar. Se comprometían a una faena; la abandonaban; prometían llegar a una hora fija: faltaban a la cita; se les imponía premura en las labores: no se identificaban con el dueño. Y luego, sin hogar, sin casas abrigadas, sin método de vida y descalzos. Bestias, nada más que bestias que pedían a gritos el rebenque. Y mal humorado, no pensó más en reanudar aquel día los trabajos.

Esta escena es redundante (No. 88). Montesa es un individuo rústico; trata a los empleados en forma brutal. Juan del Salto se opone a la conducta del mayordomo, pero sólo aparentemente. Ambos hombres están de acuerdo en un aspecto fundamental: lo más importante es la cosecha de café. El hacendado está atrapado entre su ideología liberal, con sus postulados de libertad y el derecho a ser respetado inherente a todo ser humano, y su situación real de tratar de amasar un capital (ANT.

Capitalismo/Paternalismo). Este objetivo lo obliga a conseguir mano de obra eficiente a cualquier precio. El mensaje que Montesa recibe es ambivalente. La ambivalencia proviene de los sentimientos de Juan del Salto: por un lado, la cosecha peligra si no se trabaja en ella y esto preocupa profundamente al hacendado; por el otro lado, su paternalismo lo hace sentirse culpable de que los obreros se enfermen por trabajar bajo la lluvia. El nuevo orden, pujante, se enfrenta a los viejos valores. Los obreros, como se ha repetido constantemente en el texto, no trabajan voluntariamente debido a su inferioridad biológica. El mayordomo, empleado eficiente, ser superior a sus compatriotas, no tiene otro remedio que obligar a los campesinos a trabajar, por cualquier medio, para cumplir con las exigencias de su jefe: Montesa ejecuta lo que el hacendado piensa. La arenga de Juan del Salto es hipócrita y las soluciones que propone demagógicas. El clamor por trabajadores a lo largo de toda la obra resta verosimilitud a la proposición de despedir a los empleados; por otra parte, la justicia en los campos obedecía en gran parte a las necesidades de los propietarios. Si Juan del Salto está tan tenazmente opuesto al castigo físico ¿por qué Montesa lleva un látigo al cafetal durante las horas de trabajo? Veremos al final de la novela como el mayordomo nunca es castigado y asciende de posición gracias a sus *méritos* . Sin embargo, si en el mundo ficticio la postura de Juan del Salto es ambivalente respecto al mayordomo no lo es la del narrador respecto al lector. Se ha aclarado que en la finca no llovía (No. 307), por lo tanto el mayordomo no era inhumano al exigir a la brigada que reanudara sus labores: los hombres eran holgazanes. Además, le pegó al obrero porque éste le faltó el respeto, el golpe no fue gratuito. Al final del pasaje, Montesa repite los vicios que él estima tiene el campesinado. Son los mismos que, reiteradamente, ha mencionado el hacendado. Para colmo de males, desde

la perspectiva de Juan del Salto, la conducta de los obreros provoca que Montesa decida no trabajar más aquel día: no pensó más en reanudar aquel día los trabajos. ... Entre el discurso de ambos hombres la diferencia es de lenguaje, no de significado. Esta repetición de los defectos de los obreros contribuye aún más a exonerar a Montesa de su *exabrupto* . Ya se ha especificado que Montesa no es abusador con los animales y que es excelente padre y esposo (Nos. 88, 99). Montesa bajó caricontecido. ... (ACC. Llamado:2(3): Marcharse después del regaño)

(298) Voz: Narr.

En el grupo de campesinos estaba Marcelo. Con aspecto exangüe, la mirada vaga, la boca entreabierta y el pecho hundido, ocupaba como de costumbre un sitio alejado del bullicio.

En aquellos días había sufrido mucho: una debilidad general acompañada de palpitaciones, le hacía caminar vacilando, dejándole poco menos que inútil para el trabajo.

Se repite la descripción del mal estado de salud de Marcelo que provoca en el joven una gran debilidad física [SEM. Enfermedad (V. Narr.: Marcelo)].

(299) Voz: Narr., Narr./Marc.

Después de aquel domingo en que le hicieron beber estaba aún más melancólico. Cuando Ciro le condujo a la choza durmió doce horas: doce horas de sueño profundo, estertoroso. Al siguiente día, al despertar, todos los recuerdos cayeron sobre él, como azotándole con las inquietudes del remordimiento. Sentía un dolor muy hondo de falta cometida que la conciencia reprocha. ¡Qué había hecho! Repetir otra vez la terrible prueba que le llenaba de espanto, sin haber resistido bastante las pretensiones de los ociosos de la tienda. Había hecho mal, muy mal: debió ser más fuerte; debió reñir, antes que ceder.

El narrador retrocede la acción hasta el domingo en que se desarrolla el capítulo IV (REF. Cronología: Retrospección). Ciro se reprocha a sí mismo

por haber cedido a la presión del grupo y haber bebido de nuevo. No quiso hacerlo, pero no pudo evitarlo [SEM. Debilidad (V. Narr./Marc: Marcelo)].

(300) Voz: Narr., Narr./Marc.

Se levantó... Al salir Ciro para su trabajo, había dejado la puerta abierta. Marcelo miró hacia afuera y el sol deslumbró sus ojos aún soñolientos. ¡Qué pesadez, qué cansancio! Le parecía tener la cabeza hueca y una peonza bailándole adentro. El día, ostentándose feliz entre fulgores matinales, le pareció abrumador, bochornoso; la polvareda de átomos de oro que bajaba del sol, le hizo un efecto ingrato obligándole a cerrar los ojos.

Sentóse con profundo abatimiento en el umbral y de nuevo desfilaron los recuerdos. Toda la escena del domingo renació en él, con sus alternativas, con sus detalles, con sus emociones encontradas apretándole el corazón. ¡Ah, nunca, nunca más! Aunque le burlaran, aunque le hicieran pedazos: no bebería...

La insistencia de Marcelo en su decisión de no beber es un índice de que la próxima vez que beba sucederá algo terrible.

(301) Voz: Narr., Narr./Marc.

De pronto, sintió una viva inquietud: un recuerdo en forma de flecha se le clavó en la carne. Andújar... Gaspar... Deblás... el diálogo del ranchón... ¡Dios santo! ¡Qué terrible era aquello! Recordó que acostado detrás del ranchón había dudado: ¿callaría? ¿avisaría a Andújar el peligro que le amenazaba? Recordó que se había prometido callar; ¿quién le metía a él en asuntos agenos? (sic) Pero ¿y si mataban al otro? ¿No era infame poder evitarlo y callar? Recordó que después de vacilar mucho, había pensado en Juan del Salto, en sus palabras, en la *complicidad del silencio* de que le habló una noche. Y recordó que, finalmente habíase resuelto a evitar el tremendo atentado. Luego, sin haber dado forma al proyecto ni saber de que manera hablaría sin comprometerse, vino su lucha con los campesinos y su borrachera.

La actitud de Marcelo al escuchar la conversación entre Gaspar y Deblás fue vacilante: de un lado estaba el deber, del otro su seguridad [SEM. Vacilación (V. Narr.: Marcelo)].

(302) Voz: Narr., Nar./Marc.

Ahora estaba allí, solo, sin estorbos: había que resolver. Quedóse pensativo reflejándosele en el semblante las ideas penosas.

Lo natural era correr a la llanura, al poblado, presentarse a la justicia, contárselo todo. *Señor juez: en mi barrio quieren matar a un hombre...* sí, derecho al tronco. Pero, ¿Y luego? Vengan las pruebas: *señor juez yo oí cuando dos hombres se apalabraban para ese crimen...* ¿Y cómo se prueba sin testigos que es cierto lo que se oye? De todos modos, la policía, el alboroto: presos Gaspar y Deblás... y ¡quién sabe si él preso también! Gaspar y Deblás, claro, negarían. *Señor juez ésa es una mala voluntad que nos tiene Marcelo: lo que dice es una calumnia.* ¿Cómo probar que era cierto? Y si no se prueba, todo el mundo a la calle y entonces, en el monte, los dos asesinos le caerían encima. ¡Oh! no; no haría eso. Las consecuencias que una denuncia a la justicia pudiera tener, le amedrentaron: su torpeza pusilánime no le permitía concebir la acción reparadora de la ley cumpliéndose sin peligro para los buenos. Temió caer en las garras de los polizontes, ser castigado por delitos que no había cometido, y al pensar que se vería traído y llevado en declaraciones y careos y encerrado en una cárcel, sintió la fría constricción del pavor. De ninguna manera: aquel era el peor camino.

Quedóse pensativo. ... (ACC. Cavilación:1(2): Pensar en distintas alternativas). Marcelo se debate entre la idea del deber y el temor del riesgo que correría en caso de denunciar a la justicia lo que oyó [SEM. Indecisión (V.Narr./Marc.: Marcelo)]. El narrador achaca a la torpeza pusilánime... de Marcelo, es decir, a su debilidad e ignorancia, su temor a verse envuelto en un inmerecido problema con la justicia. De acuerdo al narrador, si Marcelo era inocente nada tenía que temer. Sin embargo, el fraude y la ilegalidad cometidos por los abogados en contra de los indefensos es el tema de otra de las novelas de Zeno Gandía: *Garduña* . En la sociedad histórica, no era descabellado ni producto de una imaginación morbosa y débil el temor de un campesino a verse envuelto en problemas legales. De acuerdo a la historiografía reciente, el campesinado se hizo cada vez más reacio durante el siglo XIX a cualquier contacto con la autoridad que sólo se le acercaba para oprimirlo.[1] La presentación del temor de Marcelo como un recelo absurdo, producto de su condición morbosa, se debe a que de esta manera la conducta del joven es coherente con la tesis de la novela y contribuye a

comprobarla: el medio social, aunque actúa como un factor condicionante, no es la causa principal de la desgracia del campesino. Su desgracia se debe a factores internos. (REF. Determinismo científico).

(303) Voz: Narr., Narr./Marc.

A la idea de la justicia sustituyó otra: Juan del Salto. Recordó sus palabras de aquella noche, sus acentos de benévola blandura. Iría a su finca, le relataría la trama, le pediría consejos. Sí, Juan del Salto era el hombre...¿Qué resolución tomaría? ¡Dios sabe! Después de la sorpresa, la indignación: como cuando le refirió lo de la pedrada de Galante. Después... sí, indudablemente: un parte al juez. ¡Siempre el juez con su batallón de escribanos, de policías, de carceleros! *Señor juez me ha referido Marcelo esto, lo otro y lo de más allá...* Y hete a Marcelo cogido, obligado a denunciar a los otros, a declarar toda la historia, corriendo los peligros de la venganza de los asesinos. Sí: de ese modo también iría a la cárcel, al antro de que tenía tan espantosa idea: donde la enfermedad mata a los más fuertes; donde la piel se pone tiñosa y el cuerpo se hincha y se agrieta para manar agua infecta; donde los presos se destrozan revolcándose entre vicios repugnantes e hiriéndose con pedazos de vidrio o con armas furtivamente introducidas en el patio grande.

El hacendado es presentado como un padre benévolo [SEM. Paternalismo (V.Narr.: J. del S.)]. Después de analizar la posibilidad de confiar su secreto a Juan del Salto, Marcelo rechaza la idea atemorizado [SEM. Temor (V. Narr./Marc.: Marcelo)].

(304) Voz: Narr., Narr./Marc.

Marcelo, entonces experimentaba inmenso desaliento, amargura infinita, que le agobiaban con crueldad, llenándole los ojos de lágrimas. ¡Caer en la cárcel! ¡Verse envuelto en un proceso! No le ocurría que, en los hechos, la responsabilidad no era suya; pensaba que con haber escuchado el pacto del crimen, había delinquido. No confiaba en la energía de la honradez levantando la frente, declarando la verdad, serena en su inocencia. No raciocinaba con la lucidez de quien tiene conciencia exacta de las cosas: ¿era inocente?...sí; ¿había cometido algún crimen?... no; pues el hombre honrado nada teme... ¡adelante!... a perseguir a los malvados; la inocencia se levanta siempre diáfana en los combates del mal.

De acuerdo a lo que sabemos actualmente sobre las relaciones entre los campesinos y la justicia en la realidad histórica, este alegato del narrador a favor de la valentía para decir la verdad bajo las circunstancias que vive Marcelo, es demagógico (REF. Demagogia). El propósito es insistir sobre la inferioridad de Marcelo que le impide dar cualquier paso encaminado a resolver su situación.

(305) Voz: Narr., Narr./Marc.

Después quedóse abismado, como quien busca el resorte de un difícil mecanismo.

Al fin pensó en Andújar y sintióse aliviado. Sí, aquel era el camino. El interesado, la presunta víctima, la persona a quien convenía eludir el peligro. Andújar tomaría precauciones, pondría en práctica medios de defensa que le libraran de la asechanza; y él, Marcelo, cumpliría con un deber de conciencia evitando un crimen, sin necesidad de dar la cara. Andújar era primo de Deblás; le había ocultado, sostenido con dinero y ropas; era, en suma, su encubridor. No era posible que le delatase; buscaría otros medios de defensa menos ruidosos. En último caso, esperaría la noche elegida a los asesinos, les haría frente, les mataría en defensa propia; y para todo eso no necesitaba del joven. Podía, pues, hablar con Andújar, referirle el complot, exigiéndole por supuesto que no le sacara a relucir, que le dejara en la sombra sin exponerle a la venganza de los otros.

Marcelo se ha planteado a sí mismo tres alternativas mediante las cuales podría impedir el crimen que sabe va a cometerse: informar a la justicia, a Juan del Salto o a Andújar. El análisis del joven sobre los pros y los contra de cada alternativa da verosimilitud a su decisión de avisar a Andújar como la mejor forma de informar sobre los planes de Deblás y Gaspar con el menor riesgo para él como informante.

(306) Voz: Narr.

En esas cavilaciones pasó gran parte de la mañana. Luego, sintió el gran vacío de su estómago, una necesidad recóndita de reponer fuerzas perdidas y abandonó la choza perdiéndose en el bosque.

A partir de aquel lunes, todos los días vacilaba. Confiaba en que hasta el primer día de luna nueva, no había temor.

Cada vez que pensaba en el asunto, recorría mentalmente la gama. Primero, un dilema: ¿callaría dejando hacer? ¿hablaría evitando un crimen? Después, siguiendo el partido de hablar, tres caminos: el juez, Juan del Salto, Andújar. Y le sorprendía la noche sin resolver. Se inclinaba a Andújar, que estaba más a su alcance, que era hombre familiarizado con los campesinos, que inspiraba menos respeto y cumplimiento. Mas, a pesar de esa inclinación, vacilaba. Todavía, paciencia: ya llegaría el momento en que encontrara solo a Andújar, en que no hubiera nadie en la tienda, en que pudiera hablarse sin inspirar sospechas.

La preocupación de Marcelo por tomar una decisión y su recuerdo del lunes en que se planteó esta problemática obedece, en el presente del capítulo VI, a la cercanía de la fecha planteada por Gaspar y Deblás para cometer su crimen. Al principio de este capítulo el narrador sitúa la acción en un día en que la luna está en su fase menguante. Próximamente será noche de luna nueva y ése fue el día convenido. Marcelo se siente presionado a tomar una decisión (REF. Cronología). Abandonó la choza (ACC. Cavilación:$2^{(2)}$: Interrumpir el pensamiento sin tomar una decisión).

(307) Voz: Narr., Narr./Marc.

Así pues, el día de la gran lluvia, cuando escampaba bajo los aleros de la finca de Juan, nada había hecho todavía. Varias veces, en la tienda sintió impulsos de terminar, pero llegaba junto a Andújar y se dominaba. No, todavía no...

Cuando Montesa afoeteó a Inés Marcante, Marcelo alejóse con timidez. El nada tenía que ver en el asunto; estaba dispuesto a obedecer; que se las arreglasen ellos. Cuando pasó, quedóse con aire abobado contemplando un lugar incierto del cielo.

La acción regresa al presente (REF. Cronología). La actitud pasiva de Marcelo, su aire abobado indican, igual que en Silvina, enfermedad física [SEM. Debilidad física (V. Narr.: Marcelo)].

(308) Voz: Narr.

Sinembargo de la gran lluvia, la atmósfera estaba cargada y el montón de nubes negruzcas discurría como legión de corceles desbocados. Del río se elevaba un gran rumor, un estrépito de cien batanes azotando las aguas.

De pronto, cundió la alarma... Juan del Salto, Montesa, todos los campesinos corrieron cerro abajo hasta alcanzar la barranca de la ribera. ¡El río!... ¡el río! Era la hinchada descarga de la creciente que descendía furiosa de la sierra.

Un acúmulo (sic) colosal de agua había roto su dique y por la peñascosa cuenca, rodaba con fuerza inaudita. El torrente prepitábase en el vértigo de una carrera sin freno, aullando como can enfurecido, retorciéndose como gigantesca serpiente, resuelto a romper la estrechez del canal que lo encauzaba. El aire se estremecía invadido por el estrépito y sus sacudimientos bufaban como si en aquel momento descargara un odio secular. Las aguas eran fangosas, rojas; chocaban impetuosamente con las laderas produciendo enormes derrubios que ensanchaban el cauce; desplomábanse espumosas por los declives o giraban arremolinándose en un laberinto de círculos concéntricos; socavaban la base de las peñas reflejándose como surtidores hasta desplazar el obstáculo; rugían, en fin con ira de chacal encadenado.

El torrente parecía sangriento, como si habiendo recibido una estocada la cordillera, se desangrara por aquel cauce, por aquel canjilón iracundo por donde corría la muerte poblando de rugidos la montaña y sacudiendo el caudal contra los obstáculos; una muerte de rojo semblante que descendía de la cordillera barriéndolo todo.

Esta es la única vez, en toda la obra, en que aparece un aspecto negativo de la naturaleza. La detallada descripción de la crecida de las aguas compara el río con animales salvajes: can enfurecido, gigantesca serpiente, ira de chacal encadenado... [SEM. Ferocidad (V.Narr.: Río)]. Pero no sólo se compara con animales enfurecidos, sino que la inundación aparece como una venganza contra los hombres: como si en aquel momento descargara un odio secular...

(309) Voz: Narr.

Multitud de campesinos en las dos orillas, lanzaban gritos prolongados que, por todas partes difundían la alarma. De vez en cuando el sonido lúgubre de una bocina avisaba el peligro: un caracol en cuyo cóncavo la voz humana se reforzaba tomando proporciones de eco grandioso, de terrible sentencia de los dioses.

De nuevo se hace referencia al desbordamiento de las aguas como un castigo divino: terrible sentencia de los dioses... (REF. Religión).

(310) Voz: Narr., Campesinos

Los campesinos agitábanse con susto y curiosidad. ¡Sube!...¡sube!... ¡sube! Seguían los progresos de la creciente cada vez más impetuosa; huían de los desprendimientos de las orillas derribadas súbitamente por traidores arrastres; manoteaban haciendo aspavientos de sorpresa ante la poderosa conflagración que les amedrentaba. Era la muerte que bajaba desde las cumbres desolando la tierra.

El ímpetu arrastraba troncos de árboles; grandes ramas todavía verdeando bajo su túnica de hojas; pedruzcos que volteaban sobre sí mismos como si hubieran sido lanzados por el puntapié de un coloso; restos de viviendas ribereñas sorprendidas por la creciente, arrebatadas por su pujanza. El color rojo de las aguas era interrumpido por el color gris de los objetos. Una isla de malezas que entre sus raíces retenía piedras y terrones, desembocaba a veces en lo alto del canjilón; era un tránsito breve, momentáneo. A poco, desaparecía a lo lejos obedeciendo el ímpetu de traslación y dando volteretas a favor de los remolinos. ¡Sube!... ¡sube! Y los campesinos temblaban por la suerte de sus compatriotas avencindados más arriba en los bohíos de la montaña o más abajo en las casitas del valle.

El tono de la descripción de la naturaleza es modernista. ... (REF. Modernismo). Abundan las comparaciones que dan un significado simbólico a la catástrofe. Ya vimos anteriormente como el río es comparado con animales enfurecidos. Ahora se dice que las piedras giraban como si hubieran sido lanzadas por el puntapié de un coloso... Es una naturaleza magnificada [SEM. Grandiosidad (V. Narr.: Río)]. Igual que en los momentos en que se describe la naturaleza en estado apacible, el fuerte contraste de los colores es importante en esta descripción: rojo y gris [SEM. Colorido (V. Narr.: Río)].

(311) Voz: Narr.

Entonces oyóse un grito de espanto. En una depresión del terreno que a orillas del río formaba una pequeña vega, estaba una cabra atada a un árbol. No se temió al principio que las aguas alcanzaran aquel nivel, pero bien

pronto un nuevo *golpe* de la creciente invadió la vega. El dueño de la cabra, un chicuelo de catorce años, vio que la corriente iba a arrebatarle su tesoro... ¡acaso su único caudal! Sin meditar en el riesgo, penetró en el agua, alcanzó la cabra y en el momento en que, cortada la atadura, aquella salía ilesa del peligro, el muchacho dio un traspiés, cayó de bruces, se incorporó vacilante, volvió a caer y fue, por fin, arrebatado por el torrente

Un grito de espanto salió de todos los pechos y el muchacho, volteando en el agua, logró asirse a las ramas de un árbol que, inclinándose sobre el cauce, mojaba el ramaje en la corriente.

La situación era crítica: el árbol podía ser derrumbado, el chicuelo sin fuerzas, hundido para siempre.

Entonces oyóse un grito de espanto... (ACC. Heroicidad:1: Gritar para pedir auxilio). Contrario a la norma seguida en el resto de la obra, en este pasaje de la crecida del río los campesinos son nombrados de forma neutral: campesinos...; el muchacho del incidente de la cabra es mencionado como: chicuelo, muchacho...

(312) Voz: Narr.

Entonces pasó algo hermoso, radiante... Juan del Salto sintió asombro, no sorpresa: muchas veces había él presenciado cosas parecidas. Inés Marcante, el que acababa de recibir los latigazos de Montesa, saltó desde la orilla izquierda al agua. Casi simultáneamente, saltaron seis campesinos más. El monstruo líquido tuvo que romperse para dejar penetrar en su seno a algunos girones de humanidad ennoblecidos por la grandeza de los héroes.

La acción de los hombres que se tiran al agua para salvar al niño sin pensar en la seguridad propia es calificada de hermosa, radiante [SEM. Heroísmo (V. Narr.: Campesinos). No obstante, unas líneas después la acción es desvalorizada al afirmar el narrador que el hecho sólo reflejaba algunos girones de humanidad. ... Los sentimientos humanos de aquellos hombres afloran solamente ante circunstancias aisladas y de cierto tipo. La inclemencia de la naturaleza es visualizada como un elemento redentor para aquel grupo infrahumano. Si se realiza un balance de los resultados, la naturaleza es positiva y *actúa correctamente* hasta en sus peores momentos.

(313) Voz: Narr.

Un pasmo sin palabras dejó suspensos a los circunstantes. En las ramas del árbol oblicuo, el chicuelo; en la superficie de las aguas luchando con resuelta audacia, los campesinos; en torno el rugiente caudal barriendo impío. El árbol, por un capricho de la vegetación, nacía en el flanco de la barranca; desde el borde, al árbol, era imposible descender sin el auxilio de cuerdas o largas perchas; el peligro que el chicuelo corría era inmenso...

De los siete nadadores, dos a punto de ahogarse, viéronse obligados a ganar de nuevo la orilla; cuatro, a diferentes distancias, pugnaron por atravesar el cauce; sólo uno, Inés Marcante, más ágil, más diestro, más afortunado, llegó al árbol, sujetó al muchacho por un brazo y con habilidad de gimnasta le montó en la más gruesa rama. Después, montóse él, arrastró al náufrago por el tronco y esperó el auxilio de los campesinos situados en la orilla derecha.

Luego, ya en tierra, le acostó a la larga y poniéndose en cuclillas, comenzó a darle friegas. Los otros salvadores, salieron al fin y a la consternación de las gentes siguió un clamor de victoria.

Inés Marcante, a quien Montesa ha golpeado poco antes por faltarle el respeto y de quien el mayordomo ha dicho que es un vago, salva al niño (ACC. Heroicidad:2: El niño es salvado). De acuerdo al narrador, su hazaña se ha debido a que de los siete nadadores que intentaron el rescate él era más ágil, más diestro, más afortunado. De los tres adjetivos, dos corresponden a cualidades del nadador, el tercero es una circunstancia externa, no un mérito de Marcante. Si el narrador se hubiera limitado a los dos primeros adjetivos, el acto heroico hubiera sido completa responsabilidad del salvador, pero al hacer intervenir el factor suerte en la hazaña se le resta mérito a la acción como acto de voluntad.

(314) Voz: Narr.

Juan sintió que el pecho se le dilataba inundado de gozo: sí, aquel había sido un razo de luz en la negra noche de su pesimismo; una flor nacida entre hortigas; un ágata brillando en un pantano.

El acto heroico abre una pequeñísima grieta en la teoría de la inferioridad del pueblo que sustenta Juan del Salto. Se trata de una flor nacida entre hortigas; un ágata brillando en un pantano [SEM. Esperanza (V. Narr.: J. del S.).

(315) Voz: Narr.

El río en tanto, en su carrera loca, continuaba despeñándose, envolviendo las márgenes con su clámide espumosa y destruyendo las plantaciones ribereñas. Juan seguido de Montesa, recorrió aquellos lugares y pudo darse cuenta de la importancia de los daños. Algunos cafetos derribados y algunos malecones contentivos de los terrenos destruidos por las aguas.

El estado de la cosecha de café después de la crecida del río es la preocupación principal de Juan del Salto y de Montesa [SEM. Pragmatismo (V. Narr.: J. del S./Mont.)]. Pero a pesar de la feroz crecida, el daño causado por el río a las plantaciones parece haber sido mínimo: Algunos cafetos derribados y algunos malecones contentivos de los terrenos destruidos por las aguas. ... La naturaleza no perjudica la cosecha ni en sus peores momentos; quienes perjudican la producción son los obreros con su pereza.

(316) Voz: Narr., J. del S., Mont.

Después, ya anocheciendo, los campesinos dispersáronse: unos, que vivían en la orilla derecha, obligados a pernoctar en la izquierda; otros, avencidados en la izquierda, en el caso de hacer noche al otro lado.

Para nadie faltó café y techo: un alarde de generosa hospitalidad dominó al concurso y bien pronto el suelo de palmas de las chozas sostenía a los durmientes extraños y a los caritativos anfitriones.

Juan regresó pensativo. Sus meditaciones iban a tener ancho campo; su espíritu de sutil observador, recientes impresiones.

Al llegar a la casa dijo a Montesa:

-Y bien: ¿qué te han parecido Inés Marcante y sus compañeros?

Montesa, quitóse el sombrero, rascóse el occipucio, dudó un momento y dijo:

-Pues me han parecido...que... Vamos, que esos diablos casi me han hecho llorar.

Los campesinos están caracterizados como hospitalarios [SEM. Hospitalidad (V. Narr.: Campesinos). La respuesta de Montesa a Juan del Salto lo muestra, una vez más, como un hombre sensible, capaz de conmoverse ante lo que lo merece [SEM. Sensibilidad (V. Mont,: Montesa). El mayordomo es rústico, pero no malo. Ambos hombres están consternados ante la heroicidad de los salvadores del niño. Sin embargo, la respuesta de Montesa indica emoción y paternalismo antes que respeto por la acción: ...esos diablos expresa su percepción de los campesinos como seres inmaduros, traviesos, niños grandes irresponsables [SEM. Inmadurez (V. Mont.: Campesinos).

(317) Voz: Narr.

Una hora después era noche cerrada. El río, aunque cediendo en su furor, rugía siempre, mientras las sombras lo encapuchaban todo. Ni una estrella, ni un celage (sic): sólo algún trueno lejano difundiendo su detonación elástica. Era una noche tétrica: el cielo negro; la tierra negra; el vacío negro también; como si todo se enlutase por la ausencia del sol. De la tierra, levantábanse húmedas condensaciones; la gran esponja terrena, henchida por la lluvia, devolvía con hartura en invisibles nubes el riego fecundo.

La naturaleza reposaba de los desastres del día, elaborando en sus senos recónditos los primores de su materna gestación.

El desastre del día es percibido, finalmente, como beneficioso en su aspecto de fecundador de la naturaleza. La lluvia, causante de la inundación, es vista como el riego fecundo [SEM. Fecundidad (V. Narr.: Naturaleza)]. La naturaleza es descrita con suma ternura, dispuesta a utilizar el agua para ser fertilizada. De nuevo se destaca el aspecto productor.

Este capítulo se desarrolla en un día de trabajo poco tiempo después del domingo en que tiene acción el capítulo V. No ha transcurrido un mes desde la conversación entre Gaspar y Deblás (Nos. 193-198) ya que no ha llegado la noche de luna nueva. Es la primera vez en la obra que en un capítulo no aparece el día de la semana específico en que se desarrolla.

Los campesinos han sido descritos como haraganes (No. 310), heroicos (No. 325) y hospitalarios (No. 329). Esta caracterización venía de una antigua tradición literaria en el momento en que Zeno Gandía la recoge en *La charca* (REF. Literatura). Corresponde a la manera en que los cronistas de India percibían al pueblo puertorriqueño en el siglo XVII, sobre todo a la descripción dada por Fray Iñigo Abbad:

> Aman la libertad, son desinteresados, usan de la hospitalidad con los forasteros; pero son vanos, e inconstantes en sus gustos.
>
> Tienen inclinación a las acciones brillantes, y de honor: han manifestado intrepidez en la guerra y sin duda son buenos soldados para expediciones, y campañas cortas, pues acostumbrados a una vida sedentaria, sienten dejarla por mucho tiempo: se inclinan más a las expediciones navales, y se dedican al corso y contrabando con afición y valentía; resisten mucho el hambre, y tienen grande espíritu y resolución para un abordage (1ra parte, Cap. I, p. 39).

La diferencia principal entre la descripción de Fray Iñigo y la de Zeno Gandía es que mientras el primero brindaba la suya como producto de sus observaciones personales el segundo apoya las de él en teorías científicas

El episodio de un hombre rústico que salva a alguien de las aguas de un río embravecido también tiene antecedentes en la literatura puertorriqueña. Manuel Alonso en la primera parte de *El jíbaro* hace referencia a a una anécdota similar en la Escena XVII, "El pájaro malo." En aquella historia un esclavo analfabeto y supersticioso es el héroe de una hazaña como la de

Inés Marcante en *La charca* (1ra parte, Cap. II, pp. 107-109). En la escena de *El jíbaro* también hay un joven perteneciente a la élite que no puede explicarse la conducta del esclavo. El hecho de que Manuel Alonso y Zeno Gandía hayan utilizado esta historia tal vez indique una fuente común en un cuento popular.

En *La charca,* el individuo que salva al niño exponiendo su vida es el mismo a quien Montesa ha castigado anteriormente. Si analizamos este episodio basándonos solamente en lo expuesto en este capítulo podríamos concluir que la acción de Inés Marcante y los otros campesinos invalida la posición de Montesa y resquebraja profundamente la tesis de Juan del Salto de la inferioridad del pueblo. Sin embargo, al analizar el pasaje adentro de la totalidad del texto veremos como su objetivo es muy diferente.

De acuerdo a los pasos propuestos por Claude Bernard para la realización de cualquier experimento, este capítulo es parte del paso No. 4 (2da parte, Cap. II, pp. 317-319).

Notas

[1] Véase: Fernando Picó, s.j., *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX*, Tercera edición (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1983), Cap. V. "Los jornaleros y el estado," pp.115-130.

Capítulo VII

(318) Voz: Narr., Marc., And.

Marcelo sentíase aliviado. El gran secreto cuya posesión le abrumaba era ya conocido de Andújar.

En una ocasión propicia tuvo resolución bastante para hablar. Fue a medio día; la tienda solitaria; el dependiente distraído en la carga de una recua: todo se hizo fácil a los propósitos del joven.

Por la puerta posterior llamó al tendero, quien al notar el aire misterioso del confidente, sintió una curiosidad a la altura del misterio.

Marcelo, después de mil circunloquios, entró en materia.

-¿Palabra de honor?

-Sí.

_¿A palabra de honor que no me comprometerá Ud.?

-Sí, hombre

_¿Por su madre?

-¡Por mi madre!

-No dirá Ud. nunca que fui yo quien le avisó.

-No, no... ¿Acabarás? A palabra; te guardaré el secreto. Pero di, caramba, que reviento de curiosidad.

Marcelo, entonces, derramó todo el secreto sin omitir un solo detalle.

Andújar palideció. ¡Robarle!... ¡asesinarle! ¡Canallas! ¡Haber amparado al desertor, al pillete de su primo librándole cien veces de las persecuciones de la policía, para que ahora le hiciera víctima de tan miserable trama.

Dudó si sería verdad lo que Marcelo relataba. ¿Qué interés podía impulsarle a mentir? Sí; todo era cierto. Marcelo era un pobre chico incapaz

de embuste semejante. Le conocía de viejo y no dudó: era evidente que le preparaban una acechanza.

En tanto tiempo de residencia en la comarca, jamás le había asaltado temor alguno; aquella era una buena tierra; sin alimañas, donde se vivía en paz. Alguna que otra ratería. Eso, a lo sumo.

Pero sin duda su prosperidad despertaba la enviadia de su pariente y éste arrastraba al bárbaro de Gaspar a la maquinación en proyecto.

No había que confiar demasiado: su casa estaba casi desprovista de seguridades: delgados tabiques de tablas; puertas cerradas con débiles trancas o con cerraduras iguales a las de todo el mundo. Nada más fácil que romper una ventana, o desplazar una puerta y, una vez dentro, desbalijarle. ¡Ah, buena suerte fue para él la lealtad de Marcelo!

Se sitúa el momento del día en que se desarrolla la trama (REF. Cronología: Tiempo de la escena). Al nivel del relato, la vacilación de Marcelo hace verosímil su confesión: se cerciora de que Andújar no dirá nada antes de contar lo que sabe. El tono coloquial de la conversación hace verosímil el diálogo al nivel del lenguaje. La referencia de Andújar al bajo índice de criminalidad de la región y su mención al robo como el más frecuente de los délitos en el área concuerda, hasta cierto punto, con los hechos de la realidad histórica para los pueblos de la montaña (REF. Cod. Social). Fernando Picó afirma que hacia 1850 en la zona de Utuado "[L]os homicidios [y] la criminalidad parece haber sido mínima . . . Consiste más bien de hurtos y raterías."[1] Sin embargo, más avanzado el siglo, para la época en que se desarrolla la acción de la novela, la situación parece haber cambiado. El historiador Luis Edgardo Díaz Hernández, que ha estudiado el desarrollo de la hacienda Castañer, situada en Adjuntas, desde 1868 hasta 1930, afirma que para finales de la década de los ochenta y principios del noventa hubo levantamientos de grupos de jornaleros que atacaron de diferentes formas las propiedades de los hacendados.[2] Resulta interesante que muchos de los ataques de estos campesinos iban dirigidos contra las

tiendas de raya. La pérdida de las cuentas y los libros de cuentas que resultaba de los asaltos dificultaba el cobro a los jornaleros deudores. Enrique Laguerre supone que *La charca* fue escrita entre 1888 y 1890 y que la acción se sitúa en la zona de Adjuntas. Es lógico pensar que Zeno Gandía conociera estos hechos. No obstante, el único acto de rebeldía de los jornaleros (Nos. 295-296) que aparece en la novela es el del grupo capitaneado por Inés Marcante contra el mayordomo de Juan del Salto. En este incidente, como hemos visto, la razón está de parte del mayordomo en última instancia. El defecto de Montesa es su brusquedad, pero sus razones para disgustarse con los trabajadores son correctas. Desde la perspectiva de la ideología estética que rige la obra y de la ideología del texto es necesario considerar los siguientes factores en este episodio del asalto:

1) La tienda de raya de este mundo ficticio, como las del mundo real, eran un mecanismo más de los usados para explotar al campesinado.

2) En el mundo real, muchas veces el hacendado y el dueño de la tienda coincidían en la misma persona; no es así en el mundo de *La charca* , donde los comerciantes son los inmigrantes malvados y el hacendado es el criollo bondadoso.

3) El asalto a la tienda, en la novela, recrea un hecho común en la sociedad histórica de la época, lo que da al episodio la apariencia de reflejo de la "realidad," que el autor buscaba conseguir en su obra.

4) En el mundo ficticio, el asalto es cometido por malhechores, es un acto delictivo, no uno de justicia social como hubiera sido un ataque cometido por campesinos hambrientos, desesperados y endeudados.

5) Si los campesinos ficticios hubieran sido capaces de cometer un acto de rebeldía como asaltar la tienda de su opresor, este hecho hubiera debilitado la tesis de la novela sobre la incapacidad del pueblo para tomar su destino en sus manos.

En conclusión, la construcción de este episodio sigue el patrón que rige la trama de la obra: hechos que ocurrían usualmente en la sociedad histórica, que seguían patrones conocidos por todos, son recreados en la novela con algunas variantes, las suficientes para que el hecho ficticio creado contribuya a la formación de la ideología que el texto tendrá al final.

(319) Voz: Narr., Narr./And.

Por aquellos días, Andújar andaba preocupado con importantes negocios que le desviaban de los acostumbrados.

Galante, el rico propietario, habíale propuesto algo tentador... No era cosa de echar canas en el monte: que siguieran los cafetos derramando oro; lo conveniente era emprender especulaciones en la llanura.

Galante desarrolló ante Andújar un vasto plan de negocios de víveres y banca, proponiéndole establecer a orillas del mar una casa comercial que se llamara "Andújar y Galante."

Un negocio de grandes alcances, de grandes ímpetus, de grandes vuelos; un negocio que, si prosperaba, debía ser avasallador, absorvente, (sic) soberano.

Andújar sintióse muy ancho con el proyecto; cierto cosquilleo de ambición desenvuelta hasta más allá de lo que había soñado, le desvaneció llenándole de orgullo. Sí; el negocio, en gran escala. Barrer los frutos, estivarlos (sic) en la bodega de los barcos, lanzarlos a Ultramar y luego recibir la corriente de riquezas derivada de los cambios, de las agencias, de las comisiones, de multitud de ventajas. Los hombres listos debían ensancharse abarcando horizontes. Que quedaran en la montaña los reclutas del comercio, los principiantes, los pobres diablos del centavo.

El tiempo del relato retrocede para narrar la proposición de Galante a Andújar (REF. Cronología: Retrospección). Galante desarrolló ante Andújar

un vasto plan (ACC. Comercio1: Proponer sociedad comercial). Comienza a perfilarse la verdadera función de Andújar y Galante en la novela. Son comerciantes que han usado la agricultura como puente hacia el gran comercio. Esta situación de comerciante-agricultor fue relativamente común a fines del siglo XIX en Puerto Rico (1ra parte, Capítulo IV, Segunda parte, pp. 241-242). Sin embargo, en el mundo de *La charca* el compartimiento social y moral ocupado por los comerciantes, representados por Andújar y Galante y aquel en el que se desenvuelve el hacendado, representado por Juan del Salto, están totalmente separados. Andújar y Galante aparecerán plenamente desarrollados como comerciantes en *El negocio* (1922), la novela de Zeno Gandía que siguió a *La charca.*

(320) Voz: Narr.

Otro negocio traíale también pensativo. Cerca de la tienda, estaban emplazados los terrenillos de la vieja Marta... ¿Por qué no comprarlos? Las gentes aseguraban la existencia de buenos pesos duros enterrados allí; él, por sí mismo, había podido observar cómo los ingresos de la vieja se evaporaban sin que se conociera su empleo; estaba convencido de que la compra del cerezal era *un buen negocio.* Sinembargo, cuando se arriesgó a proponer la transacción, Marta mostróse hostil, rehacia, (sic) huraña: era preciso esperar, tener paciencia. Acaso algún día se lograra convencerla. Esperar siempre sobre aviso: tal era el secreto. Y Andújar, esperando, pensaba en el negocio propuesto por Galante y en el otro del cerezal.

La ambición sin límites de Andújar lo conduce a proponer a Marta la compra del cafetal (ACC. Ampliación:1(2): Proponer compra del cafetal). La vieja se niega. El dinero es el eje de las vidas de Andújar y de Marta. (REF. Economía).

(321) Voz: Narr., Narr./And.

Así su ánimo, recibió la tremenda noticia de Marcelo.

Andújar dio las gracias al joven apretándole una mano y dando por saldada la cuenta que tenía en la tienda: cuarenta o cincuenta centavos empleados en salazones.

Luego, meditó mucho tiempo: a defenderse, a salvarse del golpe de mano. Pronto vio claro: un escándalo le pondría en evidencia. No era aficionado a andar envuelto en papeles de justicia: a lo mejor tira el diablo de la manta y se alborotan asuntos viejos...

El relato regresa al presente (REF. Cronología). El regalo de Andújar a Marcelo concuerda con su condición de avaro (SEM. Avaricia (V. Narr.: Andújar). El comerciante no acudirá a la justicia temeroso de su pasado (REF. Retrospección).

(322) Voz: Narr./And.

Lo importante era poner a buen recaudo el dinero que guardaba en el arcón, y librar el pellejo.

En el poblado, en la caja fuerte de un amigo, tenía algunos miles de duros. Cuando las ventas le acumulaban dinero, trasportábale (sic) enseguida; oscilando el caudal guardado en el arcón entre ochocientos y mil duros. Aquella vez estaba repleto: mil quinientos, entre oro y plata.

Era necesario, pues, sustraer el dinero de la rapiña de los otros.

El asunto era fácil: tenía un buen caballo, le aparejaría en albardas y furtivamente, desfilaría.

De ese modo, dinero y humanidad se librarían en la noche aciaga del peligroso trance.

Mas ¿y la tienda? Romperían una cerradura, penetrarían, robarían... ¡Bah!... ¡mucho podrían robar tratándose de artículos groseros! Barriles de bacalao, sacos de arroz, canastos de patatas, alguna que otra pieza de tela ordinaria y el montón de baratijas que deslumbraba a los montañeses. Que robaran aquello. Al día siguiente del fijado para el asalto, volvería a su casa y si cometían la torpeza de robarle, sabría encontrar pronto el escondite: cualquier tenducho de la comarca que registrara a sus anchas. Eso, en el caso de que hubiera necio capaz de hacerse cómplice de la ratería, comprando a bajo precio el botín. Lo que ellos buscaban era dinero, onzas de oro: si nada hallaban, escurrirían el bulto aplazando para mejor ocasión la tentativa.

Andújar formó su plan: el primer día de luna era el siguiente; lo tendría todo listo; a las siete, después que el dependiente se marchara, arreglaría su caudal; y con las primeras sombras, se evaporaría.

Después... que ardiera el mundo. Al cabo, el peligro duraría poco, puesto que el plan de Galante le imponía un cambio de residencia.

La evaluación que hace Andújar a través del narrador de los productos de la tienda está marcada por la misma perspectiva elitista hacia los campesinos que expresó la voz del narrador anteriormente (No.158). [SEM. Desprecio (V. Narr./And.: Campesinos)]. El tiempo de esta escena no está marcado por el día del almanaque, sino por la fase de la luna: el día siguiente será luna nueva (REF. Cronología: Tiempo de la escena). La elucubración de Andújar sobre cómo resolver su situación en la forma más conveniente lo revela como un hombre astuto [SEM. Astucia (V. Narr./And: Andújar)].

(323) Voz: Narr.

Marcelo, libre del fardo del secreto, encerróse en su cabaña, decidido a no salir de ella en tanto que no se resolviera la tempestad. Tuvo aquella noche una pesadilla atormentadora, sofocante: soñó que estaba atado a un árbol junto a un torrente de sangre que arrastraba cabezas cortadas; que el nivel del turbión subía poco a poco, y cuando ya en el suplicio de la lucha le llegaba a la cintura, despertó lánguido, fatigoso, como recién llegado de larga jornada.

En esta ocasión Marcelo ha cumplido con su deber, aun cuando acudiera a Andújar para contar lo que sabía en vez de ir al juez. Se retira a su casa para estar seguro de que no participará en los eventos de las próximas horas. La voluntad del joven es no inmiscuirse en problemas. Su sueño (REF. Onirismo) es un índice de su trágico destino.

(324) Narr.

En la misma tarde de la confidencia, ya el sol ultramontano, Gaspar y Silvina se hallaron solos en la cabaña de Leandra. Esta había bajado a la tienda llevándose a Pequeñín para bañarle de paso en el río que, después

de la última avenida, estaba placiente, sosegado, como quien habiendo tenido un ímpetu genial, se propone al siguiente día mostrarse amable con todo el mundo.

Se sitúa la escena (REF. Cronología: Tiempo de la escena). Han pasado algunas horas desde la conversación entre Andújar y Marcelo. Una vez más la descripción de la conducta de Leandra la caracteriza como activa: va a la tienda y a bañar al hijo [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Leandra)]. El río ha regresado a su tranquilidad habitual [SEM. Calma (V. Narr.: Río)].

(325) Voz: Narr.

Gaspar, sentado en la piedra que servía de escalón frente a la puerta, entreteníase en dar cuchilladas al suelo o en dividir en dos alguno que otro pequeño lagarto que pasara a su alcance. Cuando esto sucedía, contemplaba sonriendo la agonía del pobre animal cuyos pedazos se agitaban convulsos.

Silvina, sentada en el umbral, con las manos hundidas en la falda, recorría el paisaje.

El marco de la conversación que tendrá lugar a continuación es una redundancia (Nos. 25, 29): Gaspar juguetea con un arma blanca (machete en No. 25), muestra su crueldad hiriendo a criaturas inocentes (un árbol en No. 25) y Leandra los ha dejado solos (No. 29). La conversación tendrá el mismo tema que la sostenida en las lexias Nos. 30 y 31: Gaspar quiere obligar a Silvina a participar del robo que planea con Deblás. Este plan se ha presentado tres veces en la novela hasta ahora. En las lexias Nos. 30 y 31 Gaspar lo introduce sin explicar de qué se trata (Enigma 7). De la lexia No. 193 a la 198 Gaspar y Deblás planean cuidadosamente el asalto y fijan el día para llevarlo a cabo. En este momento, el día anterior a la consumación del golpe (No. 325) el plan está elaborado en su totalidad. El disfrute de Gaspar al observar la agonía de los pequeños animales que mata reafirma su caracterización como un ser cruel [SEM. Crueldad (V. Narr.: Gaspar)].

Además simboliza su abuso hacia Silvina (SIM. Metáfora). Ella es tan indefensa ante él como un *pequeño lagarto* . La actitud de Silvina, como es habitual, es pasiva [SEM. Pasividad (V. Narr.: Silvina)].

(326) Voz: Narr.

Gaspar, siempre adusto, habíase mostrado últimamente muy cariñoso. Regaló a Silvina unas medias rojas y un collar de cuentas de vidrio; la tinaja de Marta, salteada poco a poco, pagaba el despilfarro.

Mas Silvina sabía lo que aquella faz del carácter de Gaspar significaba; algo muy fuerte quería imponerla. Recibió los magníficos presentes con recelo y cuando oyó que Gaspar la llamaba *" mi negra "* cayó en el desconcierto del miedo. Tan inusitado cariño traería cola y ella, habituada al infortunio, experimentó antes que alegría inquietud; sobre todo al recordar el terrible negocio de que su marido hablaba con frecuencia.

Gaspar ha tratado de forzar a Silvina a participar en el crimen desde el principio. Los regalos son una forma de sobornarla. El conocimiento de la joven de las intenciones del marido reafirma la caracterización de Silvina como una persona inteligente [SEM. Inteligencia (V. Narr.: Silvina)].

(327) Voz: Gasp.

-Debemos pensar-dijo Gaspar continuando un pensamiento-que en estos campos nos morimos de hambre. Toda la vida reventándonos por estas cuestas: ¡Valiente diversión! No tenemos hijos, pero hay que buscarse mejor vida. Necesitamos ser propietarios... ¿eh? No aquí, por supuesto, aquí no pueden vivir más que los murciélagos. Allá, en la bajura o en la otra costa o más lejos. En un país que dicen queda cerca, como a dos días de viaje por mar. ¿Sabes dónde? En ese país a donde se escapan los esclavos.

Gaspar comienza la conversación (ACC. Conspiración:1$^{(2)}$: Conspirar para robar). Es ambicioso [SEM. Ambición (V. Gasp.: Gaspar)]. Quiere irse a la costa o al extranjero (REF. Emigración). Es la primera vez que Gaspar habla sobre sus planes con el dinero que piensa obtener del robo. Por segunda vez aparece la emigración en la obra. La primera fue el viaje de

Montesa (Nos. 93-98). El país adonde Gaspar propone que se vayan es, probablemente, Santo Domingo, por la poca distancia que lo separa de Puerto Rico según dice él. En la realidad histórica, desde la década de 1870 la emigración comenzó a ser una de las soluciones para la miseria del puertorriqueño. Los emigrantes se dirigían, generalmente, a Cuba o a Santo Domingo. Es interesante la alusión a los esclavos, la única vez que se mencionados en la obra. Gaspar habla de las fugas de esclavos en presente, lo que situaría la trama en una fecha anterior al año 1873 en que se decreta la abolición de la esclavitud en Puerto Rico. Sin embargo, el auge que ha alcanzado el cultivo del café en la novela, la depauperación de los campesinos y la cantidad de dinero que reciben los obreros por su salario, como veremos más adelante, parecen situar la acción en una época posterior al 1885.

(328) Voz: Gasp., Sil., Narr.

Conque ya lo sabes: me meto hasta el cogote en el negocio que me produzca lo necesario para establecerme lejos de estos arrabales. Yo creo que *ese*... debe tener *ahí*... más de tres mil pesos.

-¿Quién?-dijo ella con azorado acento.

-Andújar...

Silvina se llenó de consternación. ¡Ah!, no había abandonado el tremendo propósito!

-Pues sí, hija: hay que sacudir la morriña y buscar fortuna. Con lo que *nos pueda tocar, nos las guillamos. Pero, vamos: di algo mujer.*

-Ya te he dicho bastante. La gente honrada...

-¡Barajo! tú estás recien nacida muchacha...

Silvina interrumpió en sollozos:

-¿Y es así cómo vas a ayudarme? Porque yo no me vuelvo atrás ¿eh? Llorar y *na pa* mí es lo mismo... Vamos: ¡cállate! Oyeme y verás como es la

cosa más fácil del mundo: sin comprometernos, en un dos por tres, nos metemos en cuartos.

El lenguaje de Gaspar es coloquial (REF. Lingüística). Su actitud hacia Silvina es insensible [SEM. Insensibilidad (V. Gasp.: Gaspar)].

(329) Voz: Narr./Sil., Gasp.

Ella sollozaba; no, imposible. Lo que exigían de ella era un crimen. ¿Por qué no la dejaban tranquila? ¿por qué arrastrarla haciéndola cómplice de tal barbaridad? A las mujeres se las debía considerar y no empujarlas así a todo lo malo. Imposible; ella no se sentía con fuerzas para seguirle.

-Deblás y yo-continuó Gaspar- lo tenemos todo arreglado. Temprano, él rondará por la tienda; cuando el *tío* duerma, vendrá a reunirse con nosotros a Palmacortada; ahí, junto al risco. Después, bajaremos a la tienda. ¡Qué! la cosa más fácil; se asegura a ese bandido; se rompe la cerradura del baúl y se parte por mitad lo que *haiga* . Pasado mañana, mucha serenidad, y dentro de dos o tres días... *pies para qué te quiero* .

El lenguaje de Gaspar es inconsistente. A menudo aparece diciendo *pa* por *para* , como ya hemos visto; sin embargo, en esta lexia al expresarse usando una frase popular: pies para que te quiero..., utiliza *para* (REF. Lingüística).

(330) Voz: Narr., Gasp., Sil.

Silvina estaba temblorosa: el frío relato de Gaspar la espantaba. En aquel momento, sentía rozar con dolor la vida. Hubiera querido morir, caer redonda, para verse libre de tan penosa inquietud.

-Con respecto a ti, si bien, bien, y si no, también. Quiero que nos acompañes, y con eso está dicho *to*...

-Pero lo que tú quieres es espantoso... ¿Cómo yo, tu mujer, tu mujer por la iglesia, una mujer de bien que nunca ha robado, va a estar conforme con semejante tropelía? ¿Cómo es posible que yo tenga valor para tanto?

-¡Bah!...

--¿Cómo es posible que una infeliz que le tiene miedo a todo se atreva a tomar parte en eso...? Al contrario: debía impedirlo.

-Mira, no seas pendona...

La manera en que se expresa Silvina en este pasaje es inverosímil, tanto al nivel del lenguaje como al conceptual. Ella no se ha sentido en ningún momento, hasta aquí, como la *esposa* de Gaspar ¿Por qué este alegato ahora sobre su condición de mujer por la iglesia de él? Además, mientras Gaspar pronuncia de una manera popular, Silvina lo hace en un español educado: todo en vez del to de Gaspar. El vocabulario tampoco es verosímil en boca de una campesina analfabeta: tropelía, por ejemplo (REF. Lingüística). La defensa que Silvina hace de ella misma, en tercera persona, va dirigida al lector antes que al marido con quien habla. El propósito de esta defensa es justificar moralmente el acto de amor con Ciro que tendrá lugar un poco más adelante en la novela. Silvina está casada; quiéralo o no tiene un pacto con Gaspar ante Dios, de acuerdo a la moral que prevalece en el mundo de la novela (REF. Moral Burguesa). Sin embargo, la conducta de Gaspar justifica la ruptura del pacto. En dos ocasiones ha estado a punto de consumarse el amor de Silvina y Ciro, pero no ha ocurrido. Ahora ella se encuentra en una situación límite. La crueldad de Gaspar da licensia a Silvina para anular moralmente sus deberes matrimoniales.

(331) Voz: Sil., Gasp., Narr., Narr./Sil.

-...sí, debía impedirlo, para salvarte de esa tentación, de esa locura que te ha dado...

-¡Dios te libre!

-...y contar la cosa, no guardar el secreto, para que te contengas...

Levantóse Gaspar de un salto y asiendo las manos de Silvina las apretó con fuerza.

-Por eso... por eso mismo quiero que vengas, que te comprometas tú también: para que no cantes...

-¡Ay! ¡ay!... ¡me estás haciendo daño!... ¡Suéltame!

-...para que te veas obligada a callar...

-¡Suéltame!

-...para que no puedas venderme.

-¡Ay!

-¡Pobre de ti si me desobedeces!

¡Gaspar, Gaspar!... ¡me partes los huesos!

-Soy capaz de agarrarte por el pescuezo y retorcértelo, ¡bribona! Aquí mando yo. Tú, a callar y a obedecer....

Silvina logró al cabo desasirse. Estaba aterrorizada, vacilante de susto. ¡Dios santo! aquel infame era capaz de matarla... Era preciso tomar una resolución; aquella vida no podía durar más tiempo. Su marido le ordenaba una iniquidad y los maridos que empujan al delito no tienen derechos que invocar. ¿Mas cómo librarse del tirano? ¿A quién acudir? La zozobra volvió a resolverse en lágrimas. Lloró, lloró con infinita amargura, sintiéndose sola en el mundo, abandonada de todos.

Silvina se encuentra en la misma situación angustiosa en que se hallaba Marcelo antes de confiar su secreto a Andújar. Ella también piensa que su deber es denunciar el plan, pero el miedo se lo impide [SEM. Temor (V. Narr/Sil.: Silvina)]. La única respuesta posible a las preguntas que se hace a sí misma es que Ciro es el único capaz de librarla de Gaspar. Se reafirma su liberación del pacto matrimonial: [L]os maridos que empujan al delito no tienen derechos que invocar... (REF. Código matrimonial).

(332) Voz: Narr., Gasp., Sil.

Gaspar sacó del cinturón un cuchillo que llevaba en una vaina de cuero.

-Toma-dijo a Silvina-coge en tu mano este cuchillo.

-¡Por el amor de Dios, Gaspar!

-Cógelo en tu mano ...eso es... Ahora yo cojo tu mano dentro de la mía: así. Pues mira: si tienes el atrevimiento de desobedecerme en lo más mínimo, tu misma mano empujada por la mía, te clavará este pincho en el corazón.

Vete ahora, anda: cuéntale a todo el mundo lo que tu marido tiene entre manos. Anda... si te atreves.

Silvina estaba muda, inmóvil. Tenía el alma en un yunque y recibía en él la forja del dolor. Con la mirada vaga, el semblante lleno de lágrimas, los brazos caídos, fue presa de angustiosa congoja. Lloró mucho tiempo, hasta que fue de noche; hasta que volvió Leandra, que viéndola llorar todos los días no daba importancia a su llanto; hasta que Gaspar cejijunto y con cara hosca se tumbó en su lecho de trapos para roncar a poco, gargarizando el aire que le pasaba por la garganta.

La extorsión de Gaspar a Silvina para que lo ayude en su crimen ha ido escalando proporciones cada vez mayores. Ahora la ha amenazado de muerte [SEM. Crueldad (V.Gasp.: Gaspar) Gaspar . . . se tumbó en su lecho (ACC. Conspiración: 2(2): Terminar de conspirar).

(333) Voz: Narr.

Luego, solitaria en el umbral, pensó en Ciro: la única pincelada azul en sus días de amargos (sic). Ciro la amaba, la perseguía; su cariño era antiguo, constante a prueba de contrariedades. El fue quien la despertó a las primeras ilusiones; quien logró encadenarla con el sentimentalismo del primer amor. Todo inútil: la desgracia colocó entre ambos el obstáculo. Cuando los primeros ultrajes del infortunio hirieron su inocencia, Ciro lo ignoró todo. Más tarde, cuando la condujeron a un desposorio repugnante, y ella sin albedrío, sin conciencia de sus actos, cedió, Ciro fue consecuente, siguió amándola, persiguiéndola, invitándola cien veces a seguirle libre de preocupaciones por el camino de la felicidad. Ella le amaba, era idealmente suya. Pero ¡ah! siempre interpuesto Gaspar como odiado estorbo...

[P]ensó en Ciro... (ACC. Meditación:1(3): Pensar en el amado). Antes se mostró la maldad de Gaspar, ahora se muestra la bondad de Ciro. Su conducta ha demostrado que ama a Silvina [SEM. Amor (V. Narr./Sil.: Ciro)]. Silvina continúa sin corromperse interiormente: Ella le amaba, era idealmente suya... [SEM. Moralidad (V. Narr./Sil.: Silvina)]. A pesar de lo desgraciada que se siente, hasta este momento la joven no se ha decidido a entregarse a Ciro.

(334) Voz: Narr., Narr./Sil.

Muchas jóvenes de la comarca se entregaban sin fórmulas nupciales, cediendo un día a la pasión, para ceder otro al capricho; abandonando con alegría o dejándose abandonar sin dolor; eligiendo nuevo esposo entre la turba de seductores cada vez que las circunstancias lo exigían. Observaba que algunas jóvenes campesinas legalmente casadas, no daban importancia al lazo, considerándose libres como antes de contraerlo; que en un día de discordia abandonaban al esposo, entregándose a otro amador, mientras el lejítimo (sic) marido buscaba con la más conforme serenidad otra hembra rendida a quien poner en el hogar de la fugitiva. Y los rompimientos, las soldaduras, realizadas sin extrañeza, sin desolación, como la cosa más natural del mundo que a nadie causaba rubor ni deshonra.

Al nivel de la narración, este pasaje marca el momento en que Silvina, influida por la moral de su clase, se decide a cambiar de conducta. La poca estabilidad de las parejas ha sido mencionada repetidamente en la novela: la conducta de Leandra (No.15), los comentarios de las mujeres reunidas en el baile de Vegaplana (No. 259), por ejemplo. Hasta ahora la conducta de Silvina no ha sido la típica de su grupo. Sin embargo, ya anteriormente ha expresado envidia por la libertad de otras (No. 187). Al nivel ideológico, este pasaje, donde se habla de las campesinas en general, sirve para que el narrador haga hincapié sobre la laxitud moral del campesinado (REF. Cod. Social) (Nos. 15-17).

(335) Voz: Narr.

Silvina recordaba la historia de otros hogares y sentíase impulsada a imitar la conducta de otras, huyendo, alzando el vuelo. Ella tenía en su corazón el sagrario del cariño, el ansia de la dicha. La casucha de Leandra no era su hogar, el rincón amoroso de su encanto, el nido de su fe. Allí estaban el dolor, la tiranía, la brutalidad, acaso el hambre. ¿Por qué no huir? ¿Qué le importaban a ella obstáculos que la cabeza y el corazón querían romper? Sí, ¿Por qué no escapar con Ciro, su amado, su ensueño, su idolatría; a quién, después de tantas desdichas, no había podido premiar perteneciéndole?

Las observaciones de la lexia anterior sobre la conducta de las mujeres campesinas son ahora relacionadas por Silvina con la de ella: ¿Por qué no hacer lo que hacen las otras? [SEM. Libertad sexual (V.Narr./Silv.: Silvina)].

(336) Voz: Narr., Narr./Sil.

Mas entonces en su pensamiento se alzaba el fantasma... Allí, pocos momentos antes, la había propuesto una infamia, la había ordenado un crimen, la había confundido, brutalmente magullándole las manos y espantándola con amenazas; por allí cerca era casi seguro que rondara Ciro, acechando constantemente una ocasión, más enardecido y resuelto desde la noche en que desplazó las tablas, esperándola, esperándola siempre: ¿por qué, pues, no huía? Estaba sola, en la casucha todos dormían, la noche agitaba en el vacío los invisibles brazos del misterio; la ocasión era tentadora, irresistible: ¿por qué dudaba desfalleciendo sin valor?

Era que la acción avasalladora de una voluntad más fuerte dominaba a distancia; que el imperio incontrastable de esa voluntad la encadenaba, la hacía humillar sumisa, la constreñia en situación de esclava sin fuerzas para sacudir el terrible dominio. ¡Huir! pensaba con horror en el sacudimiento rebelde. No: Gaspar la mataría; iría tras ella; la recobraría, clavando en ella la penetrante mirada de sus ojos dominadores. Imposible, jamás: le faltaba *resolución para tal audacia.*

Silvina sabe lo que tiene que hacer, igual que ha tenido conciencia desde el principio de la obra de la injusticia que cometen con ella. No escapa de su situación por debilidad y miedo, no porque carezca de alternativas. [SEM. Temor (V.Narr./Sil.: Silvina)]. Su felicidad o su desgracia provendrán del exterior; ella no tiene la voluntad ni la fuerza para cambiar su vida {SEM. Debilidad (V.Narr./Sil.: Silvina)].

(337) Voz: Narr.

Luego entró en la choza y aplicando al hueco de la puerta la hoja de palma, fue a tenderse en su parte de estera, en su lecho magnificente, en el soberbio tálamo que le habían deparado la miseria y la infamia

[E]ntró en la choza... (ACC. Meditación:2(2): Acostarse después de meditar). La descripción irónica de la cama es redundante (No. 272) (REF. Ironía) .

(338) Voz: Narr.

Al día siguiente la tienda se cerró temprano.

Es la primera vez que un mismo capítulo abarca dos días del tiempo de ficción (REF. Cronología: Tiempo de la escena).

(339) Voz: Narr.

Todos los días el dependiente solía llamar a Andújar al alba. Este abría y reanudábanse los trabajos. El tendero estuvo todo el día inquieto, nervioso, meditando su fuga. Pensó que escapando por la noche no podría regresar hasta muy entrada la mañana y dio al mancebo la llave de una de las puertas, ordenándole que muy temprano abriese como de costumbre y esperase su regreso. Pretextó quehaceres urgentes en el poblado y todo fue dicho después de cerrada la tienda, cuando el dependiente, bostezando, no pensaba en otra cosa que en dormir la grasienta fatiga del día.

[D]io al mancebo la llave de una de las puertas, ordenándole que muy temprano abriese como de costumbre y esperase su regreso. ... (ACC. Huida:1: Preparar la fuga). . . . La trama de *La charca* está elaborada con maestría. Cada personaje analiza su situación desde distintos ángulos. Este recurso sirve para dar verosimilitud a su actuación. La aclaración que hace el narrador de las circunstancias en que Andújar da sus instrucciones al dependiente descarta la posibilidad de que el muchacho comunicara a alguien más la salida de su jefe: . . . todo fue dicho después de cerrada la tienda, cuando el dependiente, bostezando, no pensaba en otra cosa que en dormir. ... El cansancio del dependiente no está dignificado por el trabajo: grasienta fatiga... porque proviene del comercio, siempre denigrado en la obra [SEM. Desprecio (V. Narr.: Comercio)].

(340) Voz: Narr.

A poco, Andújar quedó solo. A la derecha de la tienda había un establo, detrás del cual, sobre un lecho de paja, dormía su caballo. En breve tiempo le trajo del ronzal, le aparejó con albardas, colocó cuidadosamente en ellas dos paquetes muy atados con cordeles, guardóse el revólver en la cintura, cerró con llave la puerta de su cuarto, en la fachada posterior; guardó en el bolsillo de su chaqueta la llave, y de un salto quedó sentado sobre la montura, colocándose debajo de una pierna un afilado machete.

En tanto discutía mentalmente consigo mismo las ventajas de su determinación. Tenía buenos amigos en el poblado; se hospedaría en casa del más discreto; pasearía, cenaría en algún fonducho y temprano, al monte otra vez. Su dinero guardado en buenas manos que le otorgaban recibos de depósito, estaría seguro.

Pensando así, dio riendas al caballo y como era ya de noche, pronto ginete (sic) y cabalgadura desvaneciéronse en la sombra.

El cuidadoso plan de Andújar lo caracteriza como un hombre astuto [SEM. Astucia (V. Narr.: Andújar)]. [G]inete (sic) y cabalgadura desvaneciéronse en la sombra. ... (ACC. Huida:2: Emprender la fuga).

(341) Voz: Narr.

Gaspar, durante el día estuvo buscando un pretexto; un motivo fácil, natural, que le permitiese salir de la casucha con Silvina en las primera horas de la noche, sin llamar la atención de Leandra, sin despertar sospechas

Le ocurrió una visita, un cumplimiento rendido al exigente compadrazgo de cualquier montañés,. Pero ¿visitar de noche y en día de trabajo? La idea rayaba en lo desusado, en lo anormal y desechó la visita. Enseguida ocurrióle inventar una excursión al poblado... Tampoco: a las diez de la noche debían estar junto a Palmacortada en espera del cómplice; el negocio ocuparía una hora más o menos; ¿cómo hacer verosímil un viaje a pie al poblado saliendo a las seis de la tarde para regresar a media noche? Resultaría sospechosa la evolución, y Gaspar quería proceder con las mayores precauciones. ¿Qué hacer entonces?

Hubo un momento en que creyó resuelto el problema: irían a pernoctar a la finca de Galante porque un trabajo de importancia reclamaba a Gaspar... No; tampoco: después del golpe ¿cómo diablos ir a casa de nadie cuando lo conveniente era ocultarse, hacerse los dormidos, hacer desaparecer ciertas huellas...? ¿Y por qué no figurar un sencillo paseo por las veredas? Saldrían al crepúsculo invocando el gran calor; pasearían un rato y luego volverían a recogerse. Gaspar llegó a decidirse por este plan, sinembargo de que era proverbial su costumbre de dormir desde muy temprano.

Gaspar... estuvo buscando un pretexto. ... (ACC. Cavilación:1(3): Pensar en distintas alternativas). Igual que los otros personajes, Gaspar se plantea distintas alternativas para conseguir su propósito de salir aquella noche con Silvina.

(342) Voz: Narr., Narr./Gasp.

Una circunstancia casual muy frecuente en la vida de los campesinos resolvió la dificultad.

Alguien dijo que cerca de Vegaplana había muerto un niño hijo de un labrador conocido de todos. ¡Ah, qué desgracia! ¿cómo faltar siquiera un rato en la casa del duelo? Irían temprano, pero eso sí; regresarían de once a doce porque a él, Gaspar, no le gustaba el trasnoche. De ese modo, todo se hacía creíble: de seis a nueve en Vegaplana: a las diez en Palmacortada; después... a lo otro; y a las doce a dormir. ¿Pregunta algún curioso, qué hicieron desde la salida de Vegaplana hasta mediar la noche? pues la cosa más inocente; bañarse alegremente en el río... Y Gaspar a las seis salió de la casucha seguido de Silvina.

Gaspar encuentra un pretexto para salir de la casa sin despertar las sospechas de Leandra (ACC. Cavilación:2(3): Tomar una decisión). El pretexto usado por Gaspar para ausentarse de la casa con Silvina es la muerte de un niño, hecho muy frecuente en la vida de los campesinos, de acuerdo al narrador. En la realidad histórica, los campos de Puerto Rico en el siglo XIX padecían de un altísimo índice de mortalidad por enfermedades relacionadas con las pésimas condiciones de vida (1ra parte, Capítulo IV, pp. 165-166). Los más afectados por las circunstancias eran los niños, por supuesto. El plan de Gaspar lo caracteriza como un hombre astuto [SEM. Astucia (V. Narr./Gasp.: Gaspar)].

(343) Voz: Narr.

Sobre un lampo brumoso de nubes bajas, entrelució el novilunio, apareciendo el astro como un segmento oriental empenachando el turbante del crepúsculo. El disco de luna cayó en su ocaso entregando la amplitud del cielo a la irradiación estelar.

La descripción del paisaje, como de costumbre, es modernista (REF. Literatura: Modernismo). El lenguaje es culto: lampo brumoso, novilunio,

irradiación estelar. Las comparaciones son exóticas: . . . el astro como un segmento oriental empenachando el turbante del crepúsculo.

(344) Voz: Narr.

A las nueve todo estaba solitario, silencioso; sólo el río, desde el fondo del barranco, elevaba su eterno rumor.

Se marca el tiempo de la escena (REF. Cronología).

(345) Voz: Narr.

Un aire medroso recorría la fronda en donde en inefable comensalismo, los árboles entrelazaban el ramaje. El arbolado que rodeaba la tienda y los ranchones, obscurecía los detalles. Todo confuso: las casas, los troncos de los árboles, el establo, el bosquecillo de cafetos de la barranca. Solo, indecisamente, clareaban, el camino endurecido por el tránsito y algunas piedras rodadizas que destacaban sus facetas.

El tono de la descripción de esta naturaleza, inmediata a los personajes que entrarán en acción a continuación es romántico: el aire es medroso; las plantas, hermanadas, entrelazaban el ramaje, como si se abrazaran para protegerse del malvado que se acerca. Anteriormente en la novela hemos visto, en los momentos más dramáticos de la trama, descripciones románticas en que el ambiente marcha acorde con los sentimientos de los seres humanos y con la situación planteada: la violación de Silvina por Galante (No. 17), la escena en que Marcelo contempla el asesinato de Ginés (Nos. 67-68).

(346) Voz: Narr.

De pronto, surgió del bosquecillo una sombra. Era Deblás.

Miró a todos lados y caminando lentamente acercóse a la tienda. Puso las manos sobre el tabique y permaneció inmóvil escuchando. Aplicó la cara a las tablas como para recoger el más leve roce. Nada; ni un rumor, ni el vuelo de un cínife.

[S]urgió del bosquecillo una sombra... (ACC. Robo:1(3): Llegar a robar)

El narrador utiliza la palabra cínife por mosquito (REF. Lingüística: Cultismo).

(347) Voz: Narr./Deb. Narr.

Siempre a tal hora, Andújar roncaba... ¿por qué aquel silencio? ¿Habría salido?

Deblás, quiso la evidencia. Dio en torno de la tienda un rodeo completo; empujó todas las puertas; detúvose a escuchar en las de la fachada; dio la vuelta sigilosamente y volvió junto a la puerta del cuarto de Andújar. Nada: el arca del silencio.

De nuevo escuchó, esperando oír la respiración de Andújar. Fue en vano. Al fin vio algo que le sorprendió. En el marco de la puerta, a la izquierda, pendía de un clavo enorme el ronzal, y unido a éste una cuerda que arrastraba por el suelo. Todo quedó explicado: el tendero no estaba en su cueva.

Deblás, entonces, fue al establo, echóse de bruces sobre el comedero e inspeccionó el lugar en solía dormir la jaca. Esta, no estaba en su sitio habitual.

Era indudable: el pájaro había volado.

Deblás cayó en un mar de confusiones. Sabía que el tendero vagaba de noche pocas veces; de vez en cuando, persiguiendo alguna que otra aventura barata a la que daba cima temprano. Salir dejando dinero en el arcón, no era críble. Luego su ausencia significaba también ausencia del dinero. Dio otra vuelta alrededor de la tienda; no quería convencerse de que el gran proyecto había fracasado. Lleno de contrariedad vaciló ¿qué hacer?

Después de convencerse de que Andújar no se encuentra en la tienda Deblás comienza a meditar sobre las probabilidades de que el dinero tampoco esté allí (ACC. Cavilación1(4): Pensar distintas posibilidades).

(348) Voz: Narr.

Enseguida las hipótesis comenzaron su trabajo de duda. ¿Por qué había salido Andújar? ¿Presumió algo de lo que le esperaba? ¡Quién sabe! Mas en tal caso, ¿cómo barruntó el peligro? ¿Sería Gaspar responsable de ello, por alguna indiscreción? No era fácil. . . ¡Ah!. . . Silvina... era posible que la bestia de la mujer tuviese la culpa. Sinembargo: ¿cómo pensar que la chica dominada por el otro, se hubiese atrevido a aguarles la fiesta? Y luego, si

Andújar sabía algo, ¿por qué no reunía gente y esperaba el momento de cogerles en la ratonera? Sobre todo a él, a su primo, a quién, echándole mano, daría el disgusto más fuerte. No: Andújar había salido casualmente y no quedaba más recurso que aplazar el negocio.

De nuevo dudó... ¿Y el dinero? ¿Era de esperar que el tendero hubiera cargado con la hucha? De noche, por caminos solitarios, tratándose de un solo hombre y tan receloso como Andújar, no era creíble aquel trasiego. Entonces ¿cómo explicar la inverosimilitud de que saliera dejando solo el talego? De todos modos, una cosa resultaba evidente: Andújar no estaba allí. Quedaba, pues, por averiguar si el tesoro se había también evaporado.

En este orden de ideas, Deblás, no creyó difícil que el tendero obligado a salir por cualquier circunstancia, dejara los fondos. En ese caso, volvería pronto.

De intentar salir de dudas no había tiempo que perder.

Deblás se plantea todas las posibles alternativas que pueden explicar la conducta de Andújar. Su cavilación lo muestra como un hombre astuto [SEM. Astucia (V. Narr./Deb.: Deblás). Terminada su meditación, se dispone a actuar (ACC. Cavilación:2(4): Tomar una decisión).

(349) Voz: Narr., Narr./Deb

Sacó un cortafrío y le introdujo por la juntura de los batientes, palanqueando y subiendo poco a poco hasta la cerradura.

Luego, una idea le detuvo... ¿Y los otros que le esperaban en Palmacortada? ¿Les avisaría? ¿Para qué? Ausente Andújar se bastaba solo... Mas ¿y el pacto? Tuvo una gran vacilación; le ocurrió que Gaspar, cansándose, fuera a rondar sorprendiéndole en plena traición. De otro lado ¿para qué tanta gente?

Nuevamente se detiene Deblás a pensar. Las reflexiones de los personajes y los cambios de planes en este momento en que la novela, al nivel de la acción, alcanza su punto más alto, además de dar verosimilitud a la historia prolongan la llegada del asalto. El lector ha esperado este momento culminante desde el capítulo I de la obra (Nos. 30-31).

(350) Voz: Narr., Narr./Deb.

Resolvióse al cabo. Iría a darles contra orden y el asunto quedaría aplazado para mejor ocasión. Los otros, creyéndole, convendrían en el aplazamiento; y él, en tanto, volvería a la colmena. ¿No había dinero?... Ya lo habría otra noche. ¿Lo había? pues la tajada para él solo. Aunque Gaspar supiera luego la mala partida, a nadie se quejaría. ¡Bah! era un cobarde con quien no era difícil ajustar cuentas. Además: ¿para qué estaba la cordillera?

Ahora ya hay dos planes para el robo a Andújar: el original de Gaspar y Deblás (Nos.193, 195-198) y el que concibe Deblás para él sólo de acuerdo a las nuevas circunstancias.

(351) Voz: Narr.

Pronto les halló. En un grupo de palmas reales, había una cuyo tronco partido, denunciaba los desastres del rayo. Al pie de ese tronco estaban Silvina y Gaspar.

El lugar era escarpado. En frente de las palmas veíase el agrio borde de un risco: un precipicio por cuyo fondo discurría un arroyuelo afluente del río; caudal remoto que de salto en salto bajaba desde las lejanas serranías.

Pronto les halló. . . (ACC. Encuentro:1(3): Encontrarse para cambiar de planes). La naturaleza inmediata a los personajes que planean la acción criminal es árida y accidentada: veíase el agrio borde de un risco... Esta descripción mantiene la concordancia entre el momento dramático de la trama y el medio ambiente (REF. Literatura: Romanticismo). El arroyo, que corre en el fondo del precipicio, lejano a los personajes, es descrito en un tono distinto, con mayor simpatía del narrador: . . . un arroyuelo afluente del río. . . .

(352) Voz: Deb., Gasp.,Sil.

-Nada de lo dicho-exclamó Deblás al acercarse.

-¡Cómo!

-Que por hoy no puede hacerse.

-Pero... ¿qué ha sucedido?...

-Una cosa conque no contábamos: el pájaro voló.

-¿Qué?

-Pues nada; que Andújar no está en la tienda, que ha emplumado, que se ha llevado el dinero. Nuestro negocio tiene que aplazarse.

Silvina hasta entonces silenciosa y entontecida, respiró con placer.

-Bien-insistió Gaspar- ¿Y cómo te explicas eso?

-Una casualidad... El hombre tenía el baúl repleto, se le derramaba; y como es desconfiado, cargó con los cuartos. Ahora, que le corran detrás...Eso pasa por culpa tuya: sino hubieras tenido tantos repulgos, aprovechando una noche de la semana pasada, con seguridad llegamos a tiempo. Quisiste pensarlo tanto que... ahí tienes el resultado.

-No me convenzo. ¿Crees que se haya ido por casualidad?

Y al decir esto dirijió (sic) a Silvina una mirada torva.

-¿Por qué otra causa, hombre?

-Un soplo...

-No hay soplo que valga. Se fue, se llevó su dinero y volverá temprano. Si hubiera sabido algo, se queda y nos coje (sic) en la trampa. Pero no te derritas la mollera: por ahora no hay que pensar en la cosa. Ya veremos cuando convenga volver a las andadas.

Deblás propone otro plan a Gaspar: aplazar el asalto. Esta proposición constituye otra prolongación en la trama.

(353) Voz: Narr., Gasp.

Gaspar, después de algunos instantes de reflexión, añadió:

-Estando la tienda sola, casi debíamos registrarla.

-¡Magnífico! Y mientras nos llenamos los bolsillos de *papas* y pan viejo, llega el otro y nos divierte.

Al escribir la palabra *papas* , en cursiva, Zeno Gandía está clasificándola como una voz popular. El narrador, cuando se refiere a este tubérculo, utiliza

como vocablo normal la forma española *patatas,* ajena al habla del latinoamericano (No. 105).

(354) Voz: Gasp., And.

-Es verdad... Sin embargo, ¿cómo ese tío ha dejado la tienda sola? Lo natural era que, cuando menos, el dependiente estuviera allí.

-Te digo que no hay nadie, dinero inclusive. Andújar prefiere dejarlo todo bajo llave a que quede dentro ningún mocoso. Se fía más de una llave que de un hombre.

Silvina, en tanto, experimentaba la sensación expansiva del sosiego. ¡Qué felicidad! La infamia no podría, al menos por entonces, llevarse a efecto. Sería luego, mas un plazo era siempre un compás de espera en el cual las cosas podrían cambiar.

-Conque cada cual a su casa, y hasta más ver-Añadió Deblás.

-No te vayas, espérate. Vamos a pensarlo bien. ¿Por qué no intentar un registro allá abajo?

-No puede ser. Correríamos peligro de desayunarnos en la cárcel.

-Fíjate... Si se ha llevado el pico a la bajura no es probable que regrese hasta mañana; si vuelve pronto es señal de que lo ha dejado.

-Bien, ¿y qué?

-Intentemos algo... rondemos...

-Intenta, ronda tú solo. Yo me voy a dormir.

¡Ah, no! Solo, no.

-Conmigo no cuentes.

-Pero, hombre...

-No soy tan mentecato que vaya a meterme tontamente en el peligro.

-Escucha.

-No puede ser.

-Pero mira...

-Te digo que no puede ser.

-No puede ser, Gaspar... -atrevióse a murmurar Silvina, y él, iracundo, dióla un manotón, diciendo:

-¿Qué dices? ¿Quién te mete a ti? ¡Cállate o te pico la lengua!...

-Vamos, ¿te vas a poner ahora a reñir con tu mujer? Buenas noches.

-Oye...

-No, adiós. Hasta mañana. Ya hablaremos despacio para ponernos de acuerdo...

-Escucha, hombre.

-Nada... Buenas noches.

Y Deblás se internó en el bosque, mientras Gaspar, cerrando con rabia los puños, blasfemaba. Luego, empujó a Silvina que cayó sentada en la maleza.

Doblando las piernas, con los codos sobre las rodillas y la frente en las manos, dióse a cavilar.

Las dudas y el razonamiento de Gaspar contribuyen de nuevo a dar verosimilitud al relato y a prolongar el momento del asalto. Gaspar se plantea todas las alternativas como lo hizo Deblás. Silvina, ser completamente pasivo, se alegra de la posposición del asalto. Ella es el epítome de la víctima; su destino está dirigido en su totalidad por circunstancias ajenas a su voluntad [SEM. Pasividad (V.Narr./Sil.: Silvina)]. Deblás se internó en el bosque. . . . (ACC. Encuentro:2(3): Retirarse después del cambio de planes). Diose a cavilar. . . (ACC. Cavilación:1(5): Pensar en distintas alternativas).

Las dudas y el razonamiento de Gaspar contribuyen de nuevo a dar verosimilitud al relato y a prolongar el momento del asalto. Gaspar se plantea todas las alternativas como lo hizo Deblás. Silvina, ser completamente pasivo, se alegra de la posposición del asalto. Ella es el epítome de la víctima; su destino está dirigido en su totalidad por circunstancias ajenas a su voluntad [SEM. Pasividad (V.Narr./Sil.: Silvina)]. Deblás se internó en el

bosque. . . . (ACC. Encuentro:2(3): Retirarse después del cambio de planes). Diose a cavilar. . . (ACC. Cavilación:1(5): Pensar en distintas alternativas).

(355) Voz: Narr.

La noche discurría como fantasma negro que pasara envuelto en túnica cenicienta. El cielo estrellado parecía un piélago de fulgores. Cada astro irradiaba una saeta de luz, primero tímida, enseguida intensa, después tímida otra vez; replegándose y apagándose la viveza de la irradiación, como si horrorizado de las contiendas humanas, quisiera el astro cerrar los ojos. Junto al reguero estelar, la inmensa bóveda azuleaba, muy suave, muy tersa, muy serena, como si hubiera sido creada para envolver en la eternidad de los siglos, la eternidad del bien. Las cumbres se aplomaban sobre su base de coloso apagando en los paisajes muertos las inciertas claridades. El grupo de palmas se erguía discorde: un tronco recto, otro oblicuo, cuál esbelto, cuál otro inclinado como si quisiera poner al alcance del hombre sus ánforas colmadas de refrigerante licor. Y siempre el eterno concierto... Alguna ráfaga silvando al agitar la arboleda; el incansable lamento del río formando remolinos y limando pedruzcos; la gran sonata de insectos, de violines alados, de sutiles elictros, de estridentes cigarras, sobresaliendo del conjunto el disílabo canto del sapillo de los canalizos y las zanjas, repitiendo siempre su monótono *¡koki! ¡koki!...*

La descripción de la naturaleza, en estilo modernista nuevamente (REF. Literatura: Modernismo), marca una pausa en las acciones que se han sucedido rápidamente a partir de la lexia No. 351. A diferencia de las breves descripciones del ambiente que han aparecido de la lexia No. 351 a la No.367, ahora tenemos de nuevo el lenguaje culto y el tono de exotismo que es habitual en las descripciones de la naturaleza cuando marcan divisiones entre escenas. La naturaleza: . . . muy suave, muy tersa, muy serena, como si hubiera sido creada para envolver en la eternidad de los siglos la eternidad del bien . . . y el hombre, ambicioso y malvado forman una antítesis (SIM. Antítesis: Bondad/Maldad).

(356) Voz: Narr., Gasp.

Gaspar rompió al cabo el silencio.

-Diga lo que diga Deblás, la cosa me ha llegado al tuétano... Sí; una joroba, una completa joroba... Tanto pensar, tanto dar vueltas al asunto para quedar en na: en que se nos escapa el negocio... No puede ser por ahora. ¡Por ahora!... ¿Pues cuándo entonces?... ¡Tenía, tenía dinero!

Yo no me conformo... ¿Pero por qué se ha largado Andújar?... ¿Sabría algo?... ¿Fue casualidad? ¿Alguna hembra?... ¡Quién sabe si no está lejos, si está por ahí persiguiendo mujeres que otros pagan! Y luego, ¿por qué tan *desabrío* Deblás? ¿Se habrá acobardado?... ¡El, tan valentón!... ¡Qué diablos, hombre, qué diablos de estorbo se atraviesa!... ¡Y yo tan *preparao pa to*, con hambre de meterle mano al bollo. ¡Bah! Ese Deblás se apura por poco. ¡qué prisa tenía! Un miedo de primera. Pues..., y verá usted cómo resulta luego que la tienda está sola y con el dinero.

Quedóse pensativo. Arrugando las cejas miró al cielo, poniendo en juego el singular instinto campesino que, con pequeño error, precisa la hora con sólo mirar las estrellas. Después continuó:

Como se ha observado antes, la reproducción del habla popular es ambivalente. En ocasiones, Gaspar habla omitiendo la *d* del participio pasivo: desabrío, preparao. Otras veces la pronuncia: acobardado (REF. Lingüística).

(357) Voz: Gasp., Narr.

-¡Si yo me atreviera!... Qué bueno ¿eh?... ¡Si probáramos!... La tienda ahí solita; Deblás durmiendo en su *seboruco*; faltan para las doce como hora y media: todo viene bien. Se ronda un poco...se abre una puerta...se rompe la cerradura del baúl y... y si no hay cuartos, por lo menos se convence uno de la verdad y bebe un par de copitas... ¡Qué facilidad tan grande! Por supuesto; las cosas de manera que se remate en un dos por tres, no sea que el tío aparezca de pronto y ¡pa! patas arriba de un tiro el que la toque la *china*... Si, yo creo que debemos meter mano, porque sino ¿qué vamos a hacer aquí con la boca abierta? No podemos volver a casa hasta las doce o la una; tendríamos que esperar dos horas aquí, al *sereno,* al raso... Qué diversión... ¿eh?...

Silvina, un instante tranquila, volvió a sentirse consternada. Creyó verse libre aquella noche del peligro, pero de nuevo su marido pensaba en él, insistiendo testarudo. Gaspar se rascaba la cabeza, como si pidiera a la maraña de pelos que resolviese la vacilación.

La verdad, ése sería un gran golpe-continuó. Dejamos a un lado a ese tuno y nosotros solos damos el golpe. Y si no hay moneda, siempre habrá por allí algo que se pegue... Lo malo fuera que el otro llegara de pronto y... No; si

salió oscurecido y no ha ido lejos ¿qué menos que a media noche pa volver? Si ha ido a la bajura, entonces, no se diga...

Esta meditación de Gaspar continúa la prolongación de la acción. Calcula la posibilidad de engañar a Deblás igual que Deblás pensó en engañarlo a él [SEM. Traición (V. Gasp.: Gaspar). La diferencia entre los dos hombres es que el marido de Silvina es más cobarde, de ahí que tarde más tiempo en decidirse a actuar sin un socio [SEM. Cobardia (V. Gasp.: Gaspar).

(358) Voz: Narr., Gasp., Sil.

Después, otra vez a cavilar. Silvina le miraba desvanecido en la sombra, mientras azorada, temblando, esperaba de un momento a otro la solución de la perplejidad.

Así pasó mucho tiempo. De pronto, Gaspar levantóse de un salto.

[L]evantóse de un salto. . . . (ACC. Cavilación:2(5): Tomar una decisión). Termina la cavilación de Gaspar con la toma de decisión: asaltará la tienda él solo.

(359) Voz: Gasp., Sil., Narr.

-¡Ea, vente!...

-¡Por Dios, Gaspar, por tu vida! ¿Qué vas a hacer?

-Vamos: echa *pa alante.*

-Gaspar...

-¡Cállate!

-Pero no me empujes, hombre, que voy a irme de cabeza cuesta abajo!

-Vamos...

-¡Ten misericordia de mí! Mira: otro día... Eso no puede ser esta noche, hay muchos peligros... El dinero que tú buscas no está allí... Cuando Deblás no quiso hacer nada, por algo fue. Créelo: déjate, déjate de eso...

-Pica...pica...

-Gaspar, por tu madre, por lo que más quieras, deja eso...

-Camina...camina...

-O por lo menos, déjame marcar a casa. ¿Para qué te he de servir yo? De estorbo ¿sabes? de estorbo nada más...

-Si no callas, si resistes, ya sabes lo que te espera. Estoy rabioso, con ganas de meterle mano al mismo demonio si me saliera. Sigue sin chistar y no me provoques. Estoy *aborrecío,* y si me joo...robas mucho te tiro por el risco...

Y comenzaron a descender por el monte.

Desde el principio de su plan, Gaspar ha insistido en que Silvina participe en el asalto, aun en contra de la voluntad de Deblás. Gaspar ha justificado su insistencia aduciendo que de esta manera la muchacha no hablaría si se presentaban contratiempos y además, sería la encargada de asesinar a Andújar, en caso de que fuera necesario. Sin embargo, ahora que sabe que Andújar no está en la tienda no renuncia a la idea de que ella participe. No existe una razón práctica que justifique el deseo de Gaspar: lo único que hará la presencia de Silvina, como ella misma dice, es estorbar. Al nivel de la historia, el verdadero motivo de Gaspar radica en su cobardía: necesita la compañia de la joven con la que sostiene una relación sicológica sado-masoquista (REF. Sicología). Al nivel del relato, la presencia de Silvina en el asalto es necesaria para la estructura de la obra.

(360) Voz: Narr.

En tanto Deblás no había perdido el tiempo. Dejando a su cómplice en Palmacortada, volvió a la tienda.

Detúvose nuevamente a escuchar y convencido de la ausencia del tendero, otra vez introdujo el cortafrío por la juntura de los batientes.

Con un movimiento de palanca acompañado de otro ascendente, hizo llegar el trozo de hierro hasta la cerradura manteniendo separadas las hojas. Entonces, metiendo las manos por la ranura, tiró con fuerza y saltando la cerradura, la puerta cedió.

Vencida la primera dificultad, el desertor penetró en la tienda. Un olor espeso y caliente le envolvió, denunciando el hacinamiento, en aire confinado, de sustancias comestibles.

La tienda se caracteriza por su mal olor [SEM. Fetidez (V. Narr.: Tienda de Andújar).

(361) Voz: Narr.

Una vez dentro, encendió un fósforo y a su luz, con un pedazo de madera que halló a mano, atrancó la puerta. De ese modo estaría seguro: quien quisiera entrar necesitaba, o llamar o abrirse paso por la fuerza.

Encendió una vela de sebo que, colocada en una botella, estaba sobre una silla junto al catre. Cuando hubo claridad miró en torno. ¡Solo, al fin solo en el envidiado recinto!

Junto a la silla estaba el arcón, un gran cofre de más vejez que resistencia. Levantando la luz dióse cuenta de los detalles, reconoció el cuarto de las albardas y toneles y paseó como un fantasma entre los aparadores y el mostrador.

Con mirada de lince lo registraba todo: era preciso dar el golpe con la mayor seguridad y el mejor provecho. Recordó el dilema de Gaspar que a él también le había ocurrido: *si Andújar se ha llevado el dinero no es probable que regrese hasta mañana: si está el pico allí, volverá pronto.* Lo importante, pues, era salir de dudas. Si el dinero estaba en el arcón era menester apresurarse y cargar rápidamente con él; si no estaba, Andújar no volvería hasta el día siguiente, dando tiempo para registrar detenidamente la tienda y para limpiarla de objetos trasportables (sic) de que valiera la pena apoderarse.

Recordó el dilema de Gaspar que a él también le había ocurrido. ... (ACC. Cavilación:1(6): Pensar en dos posibilidades). Esta es la última cavilación de Deblás.

(362) Voz: Narr.

Volvió al cofre, e introdujo el cortafrío por la juntura de la tapa, levantando la cinta de latón que la cubría.

Con poco trabajo saltó una aldaba; luego la otra y al cabo Deblás vio el hueco del cofre ante sus ojos. Un montón desordenado de ropas se apiñaba allí; en el fondo, un cajón de madera en otro tiempo destinado a guardar

galletas, mostraba también su hueco vacío. Sólo algunos ochavos caídos al descuido ennegrecían como lunares grotescos el fondo de papel blanco que tapizaba el cajón. ¡El tesoro había volado!

Deblás en un arrebato de rabia arrojó contra el suelo el cortafrío, que produciendo un golpe seco, rodó, hasta quedar debajo del catre. Se irguió, cerró los puños, y mirando con ira el vacío vientre del arcón, lanzó una blasfemia. ¡Ah, el miserable de su primo le jugaba una mala pasada!

Entonces recorrió la tienda. ¡Bah! porquerías. Sólo el diablo cargaría con cosas de tanto bulto para ocultarlas y enagenarlas (sic) después sin despertar sospechas. Sobre una tabla mugrienta había un embutido que solía detallarse a los parroquianos. Deblás se echó en la boca un pedazo y después un gran bocado de pan y queso.

Luego dedicóse a buscar... Nada de lo que veía le gustaba: telas, cintajos, zapatos ordinarios, hilo de coser, botones de cobre... ¡Valiente cosecha! Y seguía comiendo: queso, pan, salchichón, tocino, jamón... Engullía nerviosamente grandes bocados que tragaba casi sin masticarlos. Hubiera querido tener un apetito de diez años de abstinencia, para poderse aprovechar, para consumir la mayor cantidad posible de sustancias y así fastidiar a su primo castigándole por haberse llevado el codiciado talego.

Volvió al cofre. ... (ACC. Cavilación:2(6): Decidirse a registrar).

Convencido Deblás de que no hay dinero en el arcón, da rienda suelta a su frustración de distintas maneras: blasfema, come y bebe lo que encuentra a su paso [SEM. Ira (V. Narr.: Deblás) y trata de compensar el fracaso del asalto registrando la tienda para ver si halla algo de valor.

(363) Voz: Narr.

Durante el registro movíase en todas direcciones; pasaba de un lado a otro del mostrador; subíase encima alcanzando objetos altos; bajábase registrando debajo. Como todo estaba cerrado, la temperatura era elevada y Deblás sentíase inundado de sudor, sofocado por la escasez de aire.

Y así, registrando y comiendo, dio fin a una lata de conservas, husmeando en el surtido, revolviendo la tienda. Sintió sed. Sirvióse ron y apuró de un trago el brebaje. Había abierto el cajón del despacho: ni un céntimo. Sólo sobre el mostrador, una peseta falsa clavada allí como escarmiento de confiados o muestra de mala fe.

De nuevo la sed se impuso. De una tinaja metida debajo del mostrador, sacó un cacharro de agua. Pero no bien la hubo probado, la devolvió con asco: estaba espesa caliente. Abrió una botella de cerveza y la bebió toda.

Continuando el registro, guardóse algunas chucherías en los bolsillos: varios pares de medias, un cortaplumas, un cinturón de cuero y dos o tres pañuelos.

Registrando y bebiendo pasó una hora. Al fin, después de una copiosa libación de aguardiente, volvió al cuarto de Andújar. Los bolsillos, repletos de baratijas, le abultaban de tal modo que tuvo que empujar hacia delante el puñal que llevaba envainado al cinto.

Colocó la luz sobre la silla, se enjugó el sudor con el dorso del pulgar de la mano derecha y resuelto a salir, empezó a levantar la tranca.

Mas una observación le detuvo. En lo alto del tabique, junto al catre, había una tablilla: desde lejos, Deblás vio hacinados sobre ella multitud de objetos.

Quiso registrar... Como el catre impedía llegar a la tablilla, subióse sobre él y con un pie en cada lado, abierto de piernas, comenzó el registro. Nada halló: cajones vacíos, trozos de cordeles viejos, papel de estraza arrumbado.

El recuento de la vulgaridad de los artículos que contiene la tienda es redundante (Nos.158,173). Cada vez que se menciona la tienda se repite la misma caracteriación. La descripción sigue la técnica naturalista (REF. Literatura: Naturalismo). Se describe la tienda y la actuación de Deblás con lujo de detalles, sin utilizar comparaciones ni metáforas, tratando de que sea objetiva. La conducta de Deblás es frenética, hay profusión de verbos. El momento en que Deblás bebe el ron que encuentra marca el comienzo de su perdición [SEM. Embriaguez (V. Narr.: Deblás).

(364) Voz: Narr.

En aquella actitud de coloso, Deblás experimentó una sensación extraña: algo como un vértigo, un peso grande en la cabeza, un sueño irresistible. Bajóse arrodillándose primero en el catre y luego, sentóse en el borde. ¿Qué le pasaba? Como era tarde, ya media noche, y había bebido, no era raro...

Contempló el catre y dio un puñetazo a la almohada. ¡Ah! su primo era un bribón, un ratero que debía su fortuna a la rapiña. El no le perdonaría la que le había hecho aquella noche. ¡Qué lástima! ¡Tan bien preparado todo, tan arreglados los detalles del plan! Y aquel era su catre... Sí, allí dormía como un cerdo, después de contar cien veces el diario recogido en el cajón;

allí preparaba sus planes astutos; allí roncaba como un fuelle enmohecido. Allí debió quedar clavado de una puñalada si no hubiera sido por la maldita casualidad...

Puso el codo en la almohada y dio un gran bostezo. ¡Qué lástima, desbaratarse sus planes cuando ya casi tocaba el fin! Pero le cogería en otra noche más feliz. Por la mañana volvería, sin duda, tan fresco, tan regordete, tan rollizo...

Deblás se daba cuenta de que un sueño indominable le invadía. Sus miembros relajábanse en agradable dejadez, y ya no fue el codo, sino la cabeza lo que apoyó en la almohada.

Allí, boca arriba, paseó la mirada por el techo sin sobrado. No era conveniente regodearse: podía el sueño dominarle y exponerle a una sorpresa... No; él había aprendido en la cordillera, en días fugitivos, a dormir con un ojo velando con otro, y siempre, al amanecer, el primer gallo cantor le despertaba. Serían las doce; podría dormir un rato allí donde no se estaba mal y muy temprano, escapar. Sinembargo, no; la usurpación del catre de Andújar podría costarle cara; en una mala hora cualquiera se queda dormido y ¡bonito papel haría él roncando allí con el sol ya fuera. No, marcharse, huir... eso era lo conveniente...

Mientras pensaba, el sueño se iba apoderando de su conciencia. La voluntad de huir disponía en la cabeza, el impulso incontrastable del sueño formulaba su tirano mandato al cuerpo. El raciocinio y el alcohol luchaban a brazo partido; si el pensamiento hubiera podido volar, hubiera huido; mas, para huir el pensamiento arrastrando al cuerpo, tenía que remover la pesadez de los miembros, desvanecer el sopor de los músculos, combatir la clausura de los párpados, y todos aquellos resortes de movimiento yacían entonces encadenados por el alcohol. El pensamiento aún despierto, el cuerpo ya dormido y, en la lucha, el alcohol burlándose de la energía volitiva.

Al fin perdió el freno que le mantenía en la conciencia de las cosas: el raciocinio. Perdido éste, ya no fue dueño de sí mismo. La materia imperó con sus necesidades despóticas y faltándole el equilibrio de la razón, la miserable masa, sucumbió al narcotismo y Deblás cayó volcando en un sueño avasallador, profundo, bestial... Era materia inerte que suspendía la actividad de relación; levadura grosera que no tiene conciencia de sí misma e ignora cuando, a impulsos de la fuerza, ha de apiñarse para formar el astro o debe disgregarse para formar el pus; masa viviente que durante el sueño se hunde en el quietismo, lo mismo envolviendo al honrado que al malhechor; arcilla neutra que sirve para todo, lo mismo para hermosear el pecho de una venus, que para endurecer la pezuña de un centauro.

Deblás, boca arriba, con los brazos abiertos, quedó inmóvil. La vela de sebo, próxima a consumirse, lacrimeaba sobre la superficie verdosa de la botella, hilos amarillentos. El pabilo, deformado por la combustión, mostraba en su remate un ascua intensa y de la llama desprendíase una columnilla de humo que trazaba espirales antes de desvanecerse. Los objetos que

interceptaban los razos de luz, poblaban el cuarto de sombras deformes y la débil claridad que a través de la puerta llegaba hasta el mostrador, reflejábase tenuemente sobre los platillos de la balanza.

A poco, no hubo más sebo... La velilla se devoró a sí misma, y el pabilo vacilando sin base, inclinóse en la boca de la botella y acabó por caer dentro. Un instante, con fulgor de luciérnaga, brilló en su cárcel de vidrio: luego extinguióse, quedando todo en sombras.

El proceso de pérdida de la conciencia sufrido por Deblás debido al embriagamiento es descrito prolijamente como ya lo había sido antes cuando Marcelo es forzado a beber (Nos. 217-227). Pueden distinguirse 5 etapas desde que Deblás experimentó una sensación extraña hasta que se duerme.

1) Se arrodilla en el catre. Se siente mal. Está consciente de que se debe a la bebida.

2) Se sienta.

3) Pone el codo en la almohada. Tiene conciencia de que se está durmiendo.

4) Se acuesta. Lucha contra el sueño. El pensamiento le indica huir, el cuerpo se niega a moverse.

5) Se duerme. El alcohol ha vencido.

Nuevamente, este pasaje refleja la influencia naturalista en su detallismo (REF. Literatura: Naturalismo) y una concepción determinista de la conducta humana (REF. Determinismo científico). La narración del proceso de embriagamiento de Deblás lleva un alegato implícito en contra del alcohol. El efecto de la bebida provoca la abolición del razonamiento y anula la voluntad: Raciocinio y alcohol luchaban a brazo partido... Al quedar Deblás dormido, la vela que había encendido al entrar a la tienda (No.361) se apaga,

devorada por sí misma, igual que la vida del delincuente ha sido destruida por sus vicios. (SIM. Metáfora). Deblás cometió un crimen bajo los efectos del alcohol (No. 115) y la embriaguez le cuesta la vida.

(365) Voz: Narr.

Entonces, del bosquecillo de cafetos que sombreaba la barranca, se destacaron dos cuerpos. Eran Gaspar y Silvina: el uno arrastrando a la otra.

Aunque Gaspar estaba seguro de que en la tienda no había nadie, quiso ser cauto y se detuvo a escuchar pegando la oreja al tabique posterior. Ni el más ligero ruido; ni la más pequeña alarma.

Con su cuchillo empezó a forzar la puerta que correspondía al cuarto de Andújar. Mas como Deblás la había atrancado, la puerta resistió y Gaspar renunció a su empeño. Siempre arrastrando a Silvina, rodeó el edificio probando la solidez de las puertas. Todas resistieron.

[D]el bosquecillo de cafetos se destacaron dos cuerpos. ... (ACC. Robo:1(4): Llegar a robar).

(366) Voz: Narr

Obraba impulsado por un alarde de valor y de codicia: si el dinero estaba allí sería para él solo; si no estaba, no había peligro en penetrar porque el tendero no regresaría hasta el día siguiente.

Sinembargo del esfuerzo, a duras penas dominaba el miedo; apresurábase, imponíase una actividad febril. Sí, era menester maniobrar con rapidez.

Silvina, rendida, muda, con los ojos secos, seguíale trémula. Ya no lloraba, pero sus recelosos ademanes denunciaban la reconcentración de un susto mortal.

La reacción de Gaspar y de Silvina ante la situación reafirma las características definitorias de estos dos personajes: la cobardía y el miedo. [SEM. Cobardía (V. Narr.: Gaspar)]. [SEM. Miedo (V. Narr.: Silvina)].

(367) Voz: Narr.

En el rodeo, llegaron a la puerta cuya llave había dado Andújar al mancebo. Era una de las de la fachada del camino y no tenía tranca.

Gaspar logró deslizar el cuchillo y establecer el palanqueo hasta la cerradura. Introdujo por la juntura una piedra y mantuvo separados los batientes; tiró con energía y la puerta, astillando como leña hendida, quedó franca. El hálito caliente del local, el vaho, de comestibles, bañó el semblante de los salteadores. Penetraron en la tienda, el uno siempre remolcando a la otra.

La descripción del ambiente de la tienda en el momento en que entran Gaspar y Silvina repite lo dicho cuando entró Deblás (No.362). Por segunda vez se alude al olor de la atmósfera viciada de la tienda [SEM. Fetidez (V. Narr.: Tienda de Andújar)].

(368) Voz: Narr.

El juntó la puerta y detúvose un instante: nada se oía. Hizo luz con un fósforo y levantando la tapa situada en uno de los extremos del mostrador, pasaron a la trastienda.

Gaspar, en un encasillado que servía para guardar cereales, encontró velas de sebo. Encendió una y la acuñó en la boca de una botella.

Los movimientos de Gaspar repiten los de Deblás en las mismas circunstancias.

(369) Voz: Narr.

Enseguida pensó en el arcón... Era preciso forzarlo, abrirlo de par en par registrando hasta el último rincón.

Reconoció rápidamente su cuchillo comprendiendo que no bastaría para la maniobra. Buscó con mirada viva algo apropiado... Debajo del mostrador, vio un pico de hierro de los que se utilizan en las siembras para cavar los hoyos. Aquello serviría... Puso la luz sobre el mostrador y levantó el pico del suelo.

La sucesión rápida de acciones se mantiene. Las circunstancias contribuyen al desenvolvimiento de los acontecimientos. Deblás se embriagó, en parte, porque no encontró agua la segunda vez que sintió sed

y se vio obligado a tomar cerveza (No. 363); el pico que encuentra Gaspar será el arma del crimen.

(370) Voz: Gasp., Sil.

Tú no tienes más que seguirme-dijo-. Con esta punta haré saltar la tapa del baúl... Pero bueno es estar prevenidos: toma, sujeta tú el cuchillo.

-¡Yo no!... ¡Yo no!...

-¡No me repliques!... No quiero perder tiempo. Meteré el pico y luego empujaremos los dos hasta alzar la tapa. Cuando te avise, vienes a buscar la luz. ¿Comprendes? ¡Animo! Quizás estamos cerca del tale...

Se repite la negativa de Silvina a participar en el crimen. Su miedo va en ascenso [SEM. Miedo (V. Sil.: Silvina)].

(371) Voz: Narr., Gasp.

Un rumor súbito le interrumpió. Era Deblás respirando ruidosamente.

Gaspar, sobrecogido de sorpresa, se encogió rápidamente, metiéndose debajo del mostrador. Un instante después arrastró por el trage (sic) a Silvina, obligándola a arrodillarse a su lado, mientras con imperceptible voz le dijo al oído:

-¡Estamos perdidos!... ¡Andújar está ahí..., ¡está ahí!... Deblás nos engañó...

El corazón de Silvina parecía un martillo de fragua golpeando sobre el yunque. Muda de terror, era masa inerte que iría donde la llevaran.

El miedo de Silvina se ha convertido en terror. Ha perdido el control de sus actos: ... era masa inerte. ... [SEM. Pérdida de la voluntad (V. Narr.: Silvina)].

(372) Voz: Narr.

Gaspar diose rápidamente cuenta de la crítica situación. Andújar estaba allí; tenía que habérselas con un hombre vigoroso y resuelto; de un momento a otro podía silvar (sic) en el aire el mortífero proyectil del revólver: era necesario escapar...

Sin embargo, ningún otro rumor se dejaba oír: era indudable que el tendero no había despertado. Pensando en huir, vio que podían deslizarse por debajo del mostrador hasta la tapa movible y de allí, en dos saltos, al camino. Mas ¡ah! si Andújar estaba allí el dinero también estaría. Con un esfuerzo, con un poco de serenidad, tal vez lograran apoderarse de la hucha. Sí, ¡valor!... ¡ánimo!...

Gaspar diose rápidamente cuenta de la crítica situación. ... (ACC. Cavilación:1(7): Pensar en diferentes alternativas)

(373) Voz: Narr.

En tanto, la luz oscilaba con llama melancólica, apenas suficiente para distinguir los objetos remotos.

Gaspar reaccionó sobre su cobardía. ¡Ea, a jugar el todo por el todo! Levantóse, levantando de un tirón a Silvina; cercioróse de que ésta mantenía en la mano el cuchillo; asió fuertemente el pico; sondó en la sombra del cuarto y dijo al oído de Silvina:

-Sigue... le encontraremos por el bulto... Anda lista... ¡cuidado!... No le des tiempo para disparar... ¡Mátalo de un golpe...anda!...

Así diciendo, la empujaba por la cintura. Ella horrorizada, inconsciente, sin fuerzas para resistir, cedió, y ambos entraron en la alcoba de Andújar: una delante armada del cuchillo; otro empujando detrás y armado del pico.

Llegaron junto al catre distinguiendo en la penumbra un cuerpo tendido. Un paso más y todo habría terminado...

Gaspar reaccionó sobre su cobardía. ... (ACC. Cavilación:2(7): Tomar una decisión). ¡Mátalo de un golpe...anda!.. (ACC. Asesinato:1: Ordenar asesinar).

(374) Voz: Narr.

Silvina, entonces, sintióse invadida por un frío intenso; experimentó un cosquilleo que le lamía la carne; una sensación de embotamiento que la paralizaba; perdió la conciencia de todo; se desvaneció en su cabeza la noción de la vida; miró extática y con los brazos caídos un lugar del tabique que le pareció luminoso, y quedó inmóvil.

Gaspar apresurado, tembloroso, la estimuló de nuevo:

-Ahora... ¡dale ahora...!

Mas Silvina no hería y su cabeza se inclinaba hacia atrás.

-¡Mátalo, demonio!... ¡mátalo...!

La escena fue rápida, instantánea. Gaspar alargó el brazo, apretó con su mano derecha la diestra de Silvina y la levantó en alto preparando la puñalada.

Pero Silvina, vacilando, dejó escapar un grito y abriendo los brazos cayó de espaldas.

La epilepsia de Silvina, que ha venido indicándose desde el capítulo V, (No. 278) tiene ahora su desenlace [SEM. Epilepsia (V.Narr.: Silvina)]. La victimización de Silvina alcanza su punto más alto. Anteriormente, (No.293) Leandra la ha forzado a tener relaciones sexuales con Galante; ahora Gaspar le ordena asesinar.

(375) Voz: Narr.

La ansiedad de un inmenso peligro relampagueó en Gaspar. Creyó que la joven caía herida en la penumbra por la mano de Andújar; pensó que el arma invisible iba enseguida a dirijirse (sic) contra él; el instinto de conservación contrajo sus miembros y levantando con ímpetu el pico, descargó sobre el cuerpo dormido el terrible golpe.

Escúchose un lamento sordo y un torrente de sangre manó del cuerpo de Deblás, filtrándose por el lecho, inundando el cuarto, saltando en hilos rojos, cojando como caliente lluvia el semblante y las ropas de Silvina yacente en el pavimento.

...[D]escargó sobre el cuerpo dormido el terrible golpe. ... (ACC. Asesinato:2: Asesinar por equivocación). En su plan original, Gaspar planeó matar a Andújar para evitar represalias por el asalto. En vez de asesinar a Andújar, mata a Deblás y el motivo es el miedo infundado a ser atacado.

(376) Voz: Narr.

Gaspar en la excitación del crimen, conteniendo el temblor de las piernas, fue al mostrador, volviendo con la luz al cuarto.

Con una mirada lo abarcó todo: Silvina, a quien creía muerta, inmóvil; el arcón abierto, eventrado, mostrando la miserable vacuidad de su seno, sin un céntimo, sin un objeto que saciara la codicia; en el catre, el cuerpo de un hombre... Todo fue simultáneo: un solo ademán recogiendo cien sorpresas.

Gaspar acercó la luz al lecho, reconoció la víctima, retrocedió presa de insensato asombro, dejó caer la luz que se apagó en la caída, y rugió con despavorido acento: -¡Condenación del infierno!... ¡he matado a Deblás!...

Luego, en la obscuridad, un instante de vacilación... El miedo le sacudió el cuerpo; el terror le clavó su acicate; el pánico le dio sus ímpetus... ¡Dos asesinatos!... ¡dos muertos!... ¡un lago de sangre en obscuridad de muerte!... De un salto llegó a la puerta que abría hacia la barranca; de un golpe hizo volar la tranca que volteando en el aire cayó con estrépito, de punta sobre las tablas; de un empujón abrió la puerta; y como fiera perseguida que descubre una brecha, lanzóse al campo, descendió la barranca, pasó a saltos el río, repechó el cerro, por donde no había camino e internóse en el bosque, poseído del ansia de huir, con locura de distancia, inundado de sudor, con la cabeza descubierta, con los ojos espantados, y profiriendo entredientes horribles imprecaciones, maldiciones atroces, injurias sacrílegas al cielo, a la tierra, al infierno y a Dios...

El intento de robo se convierte en el asesinato del cómplice (ACC. Robo:2(4): Conversión del robo en asesinato). [L]anzóse al campo... (ACC. Huida:1(2): Huir de la escena del crimen). Gaspar ha sido caracterizado a lo largo de la novela como una criatura bestial y malvada. Después del crimen, su caracterización alcanza rasgos demoníacos: lanza injurias sacrílegas al cielo, a la tierra, al infierno y a Dios... [SEM. Sacrilegio (V. Narr.: Gaspar)].

(377) Voz: Narr.

En tanto, en la tienda, por el hueco de la puerta, entraban los aires de la noche. Una orgía de átomos bañándose en frescura, flotando con invisible liviandad, penetrando impalpables para luchar con el ambiente confinado de la tienda, para vencer el tufo ingrato de vituallas casi corrompidas.

La frescura del ambiente afuera de la tienda contrasta con la contaminación del interior. Este contraste físico representa un contraste moral entre naturaleza y seres humanos (SIM. Antítesis: Limpieza/Suciedad). Es la tercera vez que se alude al mal olor de la tienda desde que comenzó el

pasaje del asalto a la tienda (Nos. 375) [SEM. Fetidez (V. Narr.: Tienda de Andújar)].

(378) Voz: Narr.

Unos minutos pasaron... El cuerpo de Silvina se agitó convulso. Una respiración breve y estertorosa filtró aire en su pecho; los contraídos puños que apretaban los pulgares sobre la palma de las manos, cedieron su rigidez; y la cabeza, antes rígida, comenzó a moverse de un lado a otro.

Era la crisis, la terrible crisis que se apiadaba. Los nervios no se retorcieron más, el mordisco tetánico soltó la presa y al fin, una inspiración profunda devuelta en un prolongado suspiro disipó en el cuerpo doliente el morboso latigazo.

Silvina levantó la cabeza, se incorporó sobre una mano. ¿Dónde estaba? ¿Qué le había pasado? ¿Por qué tan recio dolor que le destrozaba el cuerpo?

Quiso recordar y no pudo. Miró en torno tratando de sacudir el embotamiento de sus sentidos; hizo esfuerzos por volver a su cabeza vacía las claridades de la memoria; alargó los brazos, tropezó con el catre, se agarró al borde y apoyándose en él, púsose de pie.

El detallismo de la descripción sigue la técnica naturalista (REF. Literatura: Naturalismo)..

(379) Voz: Narr., Sil.

Entonces, fue horrible... Súbito, como exhalación que una nube fulmina, bajaron en tropel a su cabeza, memoria, raciocinio, y pensamiento. Como a la luz de un relámpago lo vio, lo recordó, lo juzgó todo...

-¡Misericordia!-exclamó lanzando un grito penetrante; y loca, insensata, sintiendo en la espalda el contacto helado del pavor, frunciendo los labios como deteniendo al alma que aterrorizada quería escapársele...

El raciocinio, bajo el imperio del terror forjaba quimeras. El cuerpo ensangrentado que acababa de distinguir, la seguía, la seguía veloz para estrangularla. Y ella corría, como lanzada por una fuerza propulsora, como despedida por una honda irresistible.

El terror que sufre Silvina, aún sin recuperarse del ataque de epilepsia sufrido, la hace alucinar (REF. Medicina). [E]lla corría, como lanzada por una fuerza propulsora. ... (ACC. Huida:1(3): Huir de la escena del crimen).

(380) Voz: Narr., Narr./Sil.

En el barranco, dio un traspiés: si el miedo le daba alas, la última crisis la desfallecía con su paroxismo convulso. Quería huir, volar, desaparecer... En el río, ya en la opuesta ribera, cayó. Alzóse y siguió corriendo.

De vez en cuando volvía la cara y en el desnudo tronco de los árboles le parecía reconocer al hombre ensangrentado. Sí; iba tras ella persiguiéndola, para asirla por el cuello, para arrastrarla a la muerte. ¡Oh, misericordia!... y continuaba corriendo.

Comenzó a repechar el cerro. El declive y lo pedregoso del suelo, la hacían caer a cada paso. Pero corría, corría siempre; saltaba de montón en montón tropezando con los árboles, resbalando sobre las piedras.

A veces pisaba en falso, daba pasos inseguros, haciendo rodar piedras por el declive y asustábase más al escuchar el lúgubre ruido que esas piedras al despeñarse producían.

Así, en dirección oblicua, alcanzó la vereda. ¡Ah! por allí era más fácil!... La siguió ávida, desalajada, en el vértigo insensato de la fuga.

En un recodo, volvió a caer; al levantarse, miró atrás y vio al muerto... Sí, era él, horrible, espantoso, teñido de rojo, con una mano alargada para cogerla. De la nueva ola de pánico, reaccionó otra de energía, y rápida, con velocidad de lebrel, siguió corriendo...¡Arriba!...¡arriba!... Al final del cerro estaba la casucha con su interior seguro, con la compañía de las gentes, con piadosos rincones en donde los cobardes pueden esconderse ...¡Arriba! ...¡arriba!... Si debía morir, que no fuese al campo raso y estrangulada por la visión que la perseguía!...

La conducta de Silvina, como siempre, está dominada por el miedo [SEM. Temor (V. Narr.: Silvina)]. En la huida la persigue la fantasía del cadáver de Deblás. En *La charca*, las fantasías y los sueños aparecen como una manifestación patológica, producto de una mente débil. Sólo se presentan relacionados con los dos personajes físicamente enfermos: Silvina y Marcelo.

Los cambios de planes, las meditaciones de Deblás y Gaspar sobre qué camino tomar para obtener los mejores resultados con el asalto, han prolongado el suspenso dando a la novela características de folletín. El plan, desde el primer anuncio hecho por Gaspar a Silvina hasta el asesinato de Deblás, ha tenido las siguientes etapas:

1. Nos. 30-31 Conversación entre Gaspar y Silvina sobre un negocio ilegal que él planea. Gaspar quiere involucrar a Silvina en contra de la voluntad de la joven.

2. Nos. 193; 195-199 Deblás y Gaspar planean el asalto: irán juntos; robarán y matarán a Andújar. Silvina será involucrada en contra de su voluntad.

3. Nos. 193-194; 201 Marcelo conoce el plan de Deblás y Gaspar.

4. Nos. 299-306 Meditación de Marcelo: ¿Delatará o no delatará el plan del asalto? En caso de hacerlo ¿A quién deberá decírselo? Decide avisarle a Andújar.

5. No. 318 Notificación de Marcelo a Andújar.

6. Nos. 321-322 Plan de Andújar para salvarse.

7. Nos. 326-332 Notificación de Gaspar a Silvina sobre la proximidad del asalto. Ella estará involucrada.

8. Nos. 339-340 Fuga de Andújar.

9. Nos. 341-342 Meditación de Gaspar sobre el mejor pretexto para marcharse con Silvina a realizar el asalto.

10. Nos. 346-348 Llegada de Deblás a la tienda. Meditación al descubrir que Andújar se ha marchado: Meditación sobre distintas causas de la decisión de Andújar, distintas posibilidades de la localización del dinero, posibilidad de que Silvina haya notificado a Andújar. Deblás descarta esta posibilidad.

11. No. 349-350 Cambio de plan de Deblás: traicionará a Gaspar. Dirá que los planes se han pospuesto y asaltará él solo.

12. Nos. 351-354 Notificación de Deblás a Gaspar. Cavilación de Gaspar ante la noticia de la fuga de Andújar. Planteamiento de Gaspar de distintas posibilidades para la fuga de Andújar. Alude a esta posibilidad y convence a Gaspar de que deben aplazar el asalto. Silvina se siente aliviada de no tener que participar en el asalto. Gaspar queda solo con Silvina.

13. Nos. 353-359 Cavilación final de Gaspar. Traicionará a Deblás. Decide asaltar él solo. Silvina siente pánico al verse forzada a participar.

14. Nos. 360-364 Cavilación de Deblás adentro de la tienda. Comienza el registro; bebe. Borracho, se duerme.

15. No. 365 Llegada de Gaspar y Silvina.

16. No. 371 Conocimiento de Gaspar de que hay alguien en la tienda. Piensa que es Andújar.

17. No. 371 Gaspar ordena a Silvina asesinar a Andújar.

18. No. 374 Ataque de epilepsia de Silvina.

19. No. 375 Gaspar asesina a Deblás.

20. No. 376 Gaspar reconoce el cadáver. Huye de la escena del crimen.

21. No. 378 Silvina recobra el conocimiento.

22. No. 380 Silvina recuerda lo sucedido. Huye de la escena del crimen.

(381) Voz: Narr., Cir., Sil.

De ese modo, anhelante, desencajada, moribunda de terror, subía, subía cada vez con menos fuerzas por la vereda.

Hubo un momento en que creyó morir; se había oído llamar.

-¡Silvina!- dijo una voz.

Saltó como disparada por un resorte eléctrico y la voz repitió:

-¡Silvina!... Silvina!...

Junto a la voz, dejóse oír un rumor positivo de pasos, de pasos vivientes y ligeros que repechaban también.

-¡Silvina!... Silvina!

Mas ella en su desolación, no obedecía a otro dueño que al miedo; no hallaba más asidero que la veloz carrera.

A poco, quien la llamaba y corría tras ella, ganó terreno. Como la vereda serpeaba en la montaña, el perseguidor aprovechando uno de los recodos, saltó por el monte y mientras Silvina corría por la vereda, logró llegar primero al remate de una de las ondulaciones. De ese modo, el paso quedó cortado y Silvina, desfalleciendo de horror, vio delante de ella la temida sombra.

-¡Misericordia!...¡misericordia!... dijo dirijiendo (sic) las manos hacia adelante como para defenderse.

¡Silvina! dijo una voz... (ACC. Encuentro:1(3): Los amantes se encuentran). Los gritos de Silvina pidiendo misericordia sitúan su miedo en un punto culminante: la joven ha llegado a una situación límite [SEM. Pánico (V. Sil.: Silvina)].

(382) Voz: Cir

-Silvina-repitió una voz jadeante... Espera por Dios... ¿No me conoces? Soy yo...

Era Ciro...Ciro, que rondaba como siempre; que la había visto salir con Gaspar y dirigirse a Vegaplana; que husmeaba una ocasión propicia y jugaba siempre la probabilidad de encontrarla.

Silvina, emocionada, sin aliento, sintiéndose desfallecer, no se daba aun cuenta exacta del encuentro. El joven adelantaba y ella retrocedía. -Soy yo... soy yo...

Al fin en medio de la emoción surgió para Silvina la luz. ¡Ah, era Ciro, el hombre que la amaba el único ser piadoso para ella!

El joven la atrajo y la estrechó en sus brazos. ¡Al cabo la soñada ocasión! Y ella, que en nada pensaba que no fuera su angustioso terror, le abrazó también, estrechóse contra su cuerpo, colgóse de su cuello con nervioso júbilo. ¡Qué felicidad! Allí estaba su defensor, el único brazo capaz de ampararla, el único pecho capaz de defenderla; y en un éxtasis de sosiego que iba poco a poco disipando el espanto le pareció que entre la tienda, con su escena lúgubre, con su charco de sangre, con su muerto mutilado, y Ciro, con sus brazos palpitantes y sus besos sedientos, mediaba un muro, un muro muy espeso, muy alto, del tamaño de una montaña, infranqueable para el terror, cerrado a los horrorosos recuerdos del pasado.

Con tal ánimo se abrazaba a Ciro como el náufrago al resto flotanto y al estrecharle, experimentaba el placer del perseguido que halla generoso paladín que le escude. Se apretaba a él palpitante, temblorosa, como quien cayendo de muy alto encuentra un asidero en la caída.

El narrador hace hincapié en el terror de Silvina y en el sentimiento de protección que experimenta al encontrarse con Ciro. Se alegra de encontrarlo porque siente que él la protege [SEM. Deseo de protección (V. Narr.: Silvina)].

(383) Voz: Narr.

Ciro la apartó de la vereda, y en el bosque, sentarónse sobre el tronco tronchado de un banano. El joven, apenas daba crédito a su ventura y colmando a Silvina de una lluvia de caricias, notaba en su azoramiento las huellas aún vivas del pánico.

La reacción de Ciro, ante el encuentro, es pasional [SEM. Pasión (V. Narr.: Ciro)].

(384) Voz: Cir., Sil.

-Pero, ¿qué te pasa? Estás yerta, tiemblas, miras a todos lados, estás como angustiada... ¿Temes que venga ése? Aquí no puede vernos.

-¡Ah!...yo...

-Tranquilízate, mujer: estás conmigo. Tienes miedo pensando en él, ¿verdad?

-Sí... yo no sé...

-¿Dónde está Gaspar?

-¡Ah! no sé...

¿Dónde le has dejado?

-Por... por ahí...

--¿Pero qué te ocurre? Estás tiritando...

-Nada... es que...

-¡Ah! yo sé lo que tú tienes. Ese bestia, ese canalla, ese cochino, te ha pegado y tú venías huyendo de sus golpes. Sí; y te ha empujado en el río, quizás te ha hecho caer, porque estás toda mojada...

Y Ciro, tocando las ropas de la joven empapada en la sangre del desertor, no distinguía el color de aquella humedad, pensando en un accidente, en una brutalidad de su marido al pasar el río.

-Sí, ese infame te ha pegado... Pero no te apures, *vieja*: aquí estoy yo. Al fin no te quedará más remedio que escaparte conmigo. Déjale que chille, déjale que rabie; vente conmigo y no temas nada. ¡Cochino! ¡cochino! ¡Levantar la mano para una débil mujer!... pero por esta noche, te fastidias...

¡Ah, Ciro, no me abandones!

-Ni picado, me podrían separar de ti. Sí, deja a ese hombre; deja a ese infame. Si te persigue, yo te defenderé: le mataré si es necesario.

-Me muero de susto...

-¡Bah!

-Tengo miedo... un miedo horrible...

-Pues ¡ea! mi vida; déjate de miedos. Al contrario: celebremos la casualidad que nos reúne. ¡Ah, qué dichoso soy! Esta noche, ¿sabes?... *la del perro...*

Al nivel de la trama, la lógica de Ciro responde a la cotidianeidad: Silvina está asustada debido a la brutalidad habitual de Gaspar y sus ropas están mojadas del agua del río. Al nivel del relato, la explicación que Ciro se formula a sí mismo da verosimilitud a la escena.

(385) Voz: Narr.

El acento de Ciro se hizo tierno, apasionado, balbuciente, mientras ella le escuchaba sin fijeza, preocupada con sus terrores.

Eran dos emociones diferentes, dos sensaciones diversas: unas nupcias divergentes en que cada uno de los amantes tenía el alma en un mundo distinto. El, en el mundo real, en la vida rebozante de ansiedades y deseos; ella, en el mundo de las quimeras, del espanto, del terror, poblada de los fantasmas de un sistema nervioso mordido por la emoción. El no temía, amaba; ella no amaba, temía; y mientras el amor amparaba el terror engrandeciéndose, el terror se encogía en brazos del amor, sin comprenderlo, sin sentirlo, resignándose a todo con la gratitud del más grande de los beneficios, con el reconocimiento del más generoso de los favores.

Los sentimientos de Silvina y Ciro no marchan al unísono; podría decirse que corren paralelos. Los une la necesidad de pasión de él y la de protección de ella.

(386) Voz: Narr.

Ella no pensaba en huir del joven como otras veces: él, en aquellos instantes, era el amparo, el asidero, la mano piadosa, la columna, la resistente columna protectora que había hallado al paso.

El pensaba en sus ansias, en sus delirios, en la embriaguez producida por el tibio contacto del ser amado. Era la columna viviente, animada, con sed de caricias, con hambre de besos, ávido de estremecerse en arrebatos de pasión.

Silvina no accede a los requerimientos de Ciro porque lo desee pasionalmente igual que la desea él a ella. No huye porque él representa en aquellos momentos un ser humano a quien asirse. Antes de la consumación del acto amoroso, el narrador repite la disparidad de sentimientos que los lleva a unirse: ella, deseo de protección, él, pasión. El sentimiento de Ciro es activo, el de Silvina, pasivo.

(387) Voz: Narr.

Ciro, en un supremo abrazo, besó a Silvina en la boca...

La naturaleza toda concurrió al concierto de dicha. Tenue el azul del cielo; suave el fulgor de las estrellas, sonante el murmullo del río, áspero el crugido (sic) del hojoso pavimento del bosque, negro el fondo indistinto de los montes, volubles las errantes ráfagas de la brisa... Todo, todo con pasmosa armonía diseminaba encantos en la soledad del paisaje.

Ciro, en un supremo abrazo, besó a Silvina en la boca... (ACC. Encuentro:2(3): Consumación del amor). La naturaleza responde a la unión de una manera romántica (REF. Literatura: Romanticismo). Está concertada con la situación humana. La perspectiva del narrador, al describir la dicha de la naturaleza, es la de Ciro. Ciro, en aquel instante, está radiante de felicidad; no es así para Silvina, quien paralizada por el terror se deja llevar por la voluntad de él.

(388) Voz: Narr.

Ciro tiernísimo, amoroso, entregábase a la dicha lograda. En Silvina, no palpitaba la sin par caricia de la pasión vencedora; ni la embriaguez que proyecta la vida a través de los mundos y los tiempos; ni el aura deliciosa que funde en uno solo todos los alborozos de la vida...

No era alma gozosa que vencía rindiéndose, era víctima del miedo que se reportaba en el protector regazo; no era el ser mórbido lanzado a las expansiones de la felicidad, era pobrecita carne escondiéndose temblorosa en los brazos del valeroso defensor, mientras en el ámbito bullían las notas aladas del nocturno psalmo con sus notas estridentes, con sus silbidos sutiles, con sus gritos lúgubres, destacándose del conjunto del disílabo canto del sapillo de las humedades, modulando tristemente su eterno *¡koki! ... ¡koki! ... ¡koki! ...*

De nuevo se insiste en la disparidad de sentimientos: temor *vs* pasión. Esta insistencia a lo largo de todo el pasaje en que Silvina y Ciro se unen cumple un propósito al nivel de la ideología del texto. La moralidad que rige el universo de *La charca* ordena que el trabajo redime y el sexo sólo es válido dentro del matrimonio (REF. Moral burguesa). Hasta a la fecundación de las plantas se le atribuye significado *nupcial*. Pero, como es típico de este tipo de moral, en la novela hay una alta dosis de erotismo manifestado marginalmente: en las descripciones de las escenas de amor de Ciro y Silvina, en las caracterizaciones de Leandra y sobre todo de Silvina, el único personaje femenino descrito en forma positiva, hasta cierto punto. Es hermosa y sus conceptos morales, de acuerdo a los que rigen el mundo ficticio, están mejor delineados que los de las campesinas que la rodean. Si vive alejada de esos conceptos es debido a su impotencia para cambiar la situación. Sus relaciones sexuales con Galante son una imposición en la que su voluntad no participa. Anteriormente, en dos ocasiones se encontraron solos Silvina y Ciro y el joven quiso consumar su amor; (Nos. 207-211, 275-279) no fue posible debido a circunstancias externas y a la resistencia de Silvina. Esta resistencia se basaba, por una parte, en el miedo a Gaspar y por otra una indecisión de raíces morales. Está casada por

la iglesia. Aunque ella no dispuso el matrimonio, es un lazo consagrado por Dios. De una manera explícita ella ha mencionado ese lazo como digno de respeto (No. 330). La tercera vez que los jóvenes se encuentran no hay interrupciones, así que el factor externo está resuelto. Pero queda el aspecto moral. Esta es la primera vez que Silvina va a participar en una relación sexual voluntariamente. No está casada con Ciro y es "buena." Ser buena, no estar casada con un hombre y tener relaciones sexuales con él es una contradicción para la moral prevaleciente en la obra. La conciliación se produce debido a las circunstancias en que se da el hecho. Silvina está en un estado de prostración nerviosa y acaba de salir de un ataque epiléptico. La descripción de sus sentimientos al encontrarse con Ciro corresponden a una necesidad extrema de protección. En su *entrega,* dándole a la palabra el sentido más directo posible, no hay pasión. Así ella continúa siendo "buena." La pasión proviene de Ciro, el hombre, en el que ese sentimiento está permitido.

En este capítulo el tiempo de la historia, por primera vez, ha abarcado dos días. Los otros seis capítulos se han desarrollado en unas horas de un día. La acción ha ocupado la mayor parte del capítulo. Los dos eventos a base de los que se ha movido la trama: el asalto a Andújar y la consumación del amor de Silvina y Ciro, se han realizado.

De acuerdo a la teoría de Zola, este capítulo es equivalente al paso No. 4 propuesto por Claude Bernard para un experimento científico en *La introducción al estudio de la medicina experimental* (2da. parte, Capítulo II, pp. 317-319).

Notas

[1] Fernando Picó, *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX*, p. 119.

[2] De acuerdo a las investigaciones de Díaz Hernández, los ataques iban dirigidos contra las siembras de café, los animales de la hacienda, las tiendas de raya e incluso contra los empleados de confianza del hacendado. *Castañer, una hacienda cafetalera en Puerto Rico (1868-1930)* , (Río Piedras, Editorial Edil, 1983), pp. 57-60.

Capítulo VIII

(389) Voz: Narr.

A las dos de la tarde del día siguiente, el Juzgado, constituido en la tienda, practicaba las primeras diligencias sumarias.

La consternación circuló por la comarca, como fuego de artificio lanzado sobre una multitud.

Del acontecimiento se hizo una síntesis: la tienda de Andújar escalada, robada, llena de sangre y dentro un hombre muerto. Esa síntesis, corrió de boca en boca, reforzándose en la exageración de tal manera, que al llegar a los linderos remotos decíase que la tienda había sido saqueada, que se había encontrado a Andújar cosido a puñaladas y que los muertos pasaban de diez.

Se señala el tiempo de la escena (REF. Cronología). El Juzgado... practicaba las primeras diligencias... (ACC. Investigación:1: Investigar crimen). Al pasar de boca en boca el acontecimiento es mitificado (REF. Mitos populares).

(390) Voz: Narr.

Como si una corriente de aire polar hubiera circulado, todos los campesinos sintieron frío; para unos, frío de alma sencilla ante el asombro de inaudita maldad; para otros, frío de vacilante virtud ante el peligro de hacerse sospechosos, o de imbécil miedo ante la intervención aparatosa de la justicia.

Con aquella masa acobardada y muda, tenía que habérselas la justicia; de aquel mundo de esquivos y ciegos, tenía que surgir con claridades meridianas la verdad.

El proceso de esclarecimiento del asesinato no ha comenzado. Como introducción, el narrador emite su juicio respecto a la posición de las autoridades y el campesinado ante el crimen: será muy difícil para la justicia cumplir con su deber ya que los vecinos del lugar, víctimas de un imbécil miedo, no cooperarán como deberían [SEM. Miedo (V. Narr.: Campesinos). El juicio del narrador es poco consistente, de acuerdo a la lógica que rige el universo ficticio. Si el comisario del barrio es Andújar probablemente, debido al aislamiento en que viven los campesinos, él es el único representante de la ley con que se han relacionado en sus vidas. ¿Cómo van a confiar en cualquier otra figura que ostente una posición similar a la de aquel malvado?

En cuanto a la relación entre el campesinado de la sociedad real y los representantes de la ley, la historiografía demuestra que el temor de los campesinos a verse involucrados en problemas con las autoridades estaba justificado[1]. El narrador evalúa los temores del campesinado del mundo ficticio desde la perspectiva de la élite puertorriqueña.

(391) Voz: Narr.

Algunas horas después del crimen, a las cuatro de la mañana, dos campesinos pasaron frente a la tienda. Detuviéronse incidentalmente junto a la puerta cuya cerradura rompió Gaspar y como uno de ellos pusiera la mano sobre los batientes, notaron que estaba abierta.

Aquello les alarmó y aunque atribuyeron el caso a algún descuido, alejáronse inquietos por si acaso, por no verse metidos en malos asuntos.

El tiempo de la narración retrocede para explicar cómo las autoridades tuvieron noticias del asalto (REF. Cronología. Retrospección). La actuación de los campesinos reafirma el jucio del narrador respecto a la renuencia de la

gente de la comarca a intervenir en asuntos relacionados con la justicia [SEM. Evasión (V. Narr.: Campesinos)].

(392) Voz: Narr.

En el camino, cruzáronse con el dependiente que les conoció y éste, tarareando su danzón favorito, llegó a la tienda, encontrando la puerta abierta y la cerradura rota.

El único objetivo que persigue la narración con la presentación de los campesinos que se dan cuenta, en la madrugada, de que la puerta de la tienda está abierta, es reafirmar por medio de su actuación el juicio del narrador sobre el campesinado. La intervención de los caminantes tiene consecuencias al nivel de la ideología estética y de la ideología del texto, pero si no hubieran aparecido la trama no se alteraría: quien descubre el asesinato es el dependiente.

(393) Voz: Narr.

Retrocedió al instante presa de la mayor alarma y siguiendo una vereda vecina, fue a despertar al segundo comisario, especie de teniente que, residiendo en las cercanías, ayudaba a Andújar en el comisariato.

Enterado aquel del caso, fuéronse los dos a la tienda y a la luz naciente del alba, diéronse cuenta del sombrío acontecimiento; y sobre el mostrador, con letra casi ininteligible y torpe redacción, el segundo comisario supliendo la ausencia del primero, produjo un parte a la autoridad del poblado, que fue remitido sin pérdida de tiempo, habilitando para ello a un campesino elegido entre los primeros que se agolparon curiosos en el lugar.

[F]ue a despertar al segundo comisario. ... (ACC. Notificación:1: Notificar el crimen). El segundo comisario, ayudante de Andújar, es casi analfabeto [SEM. Analfabetismo (V. Narr.: Segundo comisario)].

(394) Voz: Narr., Narr/And.

El peatón, cerca del poblado, encontró a Andújar que regresaba a la montaña.

Al saber lo que sucedía, Andújar quedó perplejo. ¿Qué había pasado? ¿Qué inesperada atrocidad resultaba? ¿Quién era el muerto?

Dudó... ¿Seguiría? ¿Retrocedería? Optó por lo primero: si el acontecimiento había tenido por escena su casa, lo natural era acudir sin demora, teniendo en cuenta, sobre todo que el peatón había visto y podría hacerse sospechoso su retroceso.

Siguió pues, y mientras caminaba, se prometió hacer esfuerzos para no verse muy traído y llevado en la cuestión: él no quería cuentas con la justicia, ni verse obligado a ir y venir mezclado en asuntos de tribunales.

Al saber la noticia, Andújar calcula qué actitud será más conveniente tomar (ACC. Cavilación:1(8): Pensar en distintas alternativas). Decide ir para la tienda (ACC. Cavilación:2(8): Tomar una decisión).

(395) Voz: Narr.

A medio día, el Juez, el Escribano, el Dr. Pintado, un escribiente y varios policías llegaron a la montaña.

Llenáronse con exquisito celo las formalidades de la ley; un reconocimiento primario; la fe de libores, llamando inutílmente al muerto; el reconocimiento médico del cadáver; la designación topográfica de la escena; diligencias de identificación de la víctima; acopio de piezas de convicción, etc, etc.

Se señala la hora de llegada de las autoridades al lugar del crimen (REF. Cronología: Tiempo de la escena). Llegaron a la montaña. ... (ACC. Notificación:2: Llegar a la escena del crimen). Aparece el Dr. Pintado, personaje mencionado anteriormente (Nos. 75, 84). La actuación de los representantes de la ley es intachable: Llenáronse con exquisito celo las formalidades de la ley. ... [SEM. Cumplimiento de la ley (V. Narr.: Autoridades)].

(396) Voz: Narr.

Al tratarse de identificar el cadáver, se apeló a los campesinos apiñados en torno de la tienda.

El cuerpo de Deblás estaba mutilado, deforme: el pico había penetrado por la mejilla izquierda y como en el momento de la agresión, la cabeza yacía echada hacia atrás en la almohada, el agudo agente rompiendo los huesos de la cara, penetró hasta la base del cráneo y desmenuzó el bulbo.

A despecho de la deformación todos los campesinos circunstantes reconocieron a Deblás, pero todos callaron.

La descripción pormenorizada de las heridas recibidas por Deblás se ajusta a la técnica naturalista (REF. Literatura: Naturalismo). Los campesinos ocultan lo que saben, mienten, no cooperan con la ley [SEM. Ocultamiento (V. Narr.: Campesinos)]. Su actitud deshonesta contrasta con la de los oficiales que actúan honestamente, deseosos de esclarecer los hechos (SIM. Antítesis: Honestidad/Deshonestidad).

(397) Voz: Juez, And., Dependiente, Camp.

-Conoce Ud. a ese hombre-dijo el juez a Andújar mirándolo fijamente.

El tendero afectó detenerse mucho antes de contestar y luego serenamente repuso.

-No le conozco.

-Fíjese Ud. bien.

-No, señor; no le conozco.

-¿Es posible que haya en su vecindario persona a quien Ud. no conozca?

-Aquí conozco a todo el mundo... A ese hombre no le conozco... Puede ser alguien de otro barrio, o nuevo en éste... Como tiene la cara aplastada... ¡Está tan desfigurado!

-¡Cómo!

-Quiero decir; que está destrozado...

Un relámpago de duda fulguró en la mente del ministro de la ley. Hombre docto, práctico, antiguo criminalista y de mucha astucia, dudó de la verdadera significación de la frase: ¡está tan desfigurado!

Llamó a un policía del séquito y díjole algo en voz baja.

Volvióse al dependiente y repitió la pregunta.

-¿Conoce Ud. a ese hombre?

El mancebo, que antes de la llegada del Juzgado, tuvo tiempo de platicar con Andújar, respondió con firmeza:

-No le conozco.

-¿Ni por el semblante, ni por el cuerpo, ni por las ropas, le conoce usted?

-Por nada... En mi vida he visto a ese hombre.

-¿No le encuentra Ud. desfigurado?

-Sí...es decir; no sé... Como no le conocía de antes...

La pregunta fue repetida a veinte y cinco o treinta testigos.

-No le conozco...

-No le conozco...

-No le conozco...

Nadie, nadie en el concurso conocía al muerto.

Los campesinos, Andújar y el dependiente comparten la misma actitud ante la ley. Las razones de una parte del campesinado para actuar como lo hace son distintas a las de Andújar, pero a otros, aquellos de vacilante virtud (No. 390), los mueve un temor parecido al del comerciante: no quieren verse involucrados en un asunto que podría conducir al esclarecimiento de otros. En la antítesis honestidad vs deshonestidad, que señalamos anteriormente, los representates de la ley quedan del lado honesto y los campesinos, Andújar y el dependiente del deshonesto.

(398) Voz: Narr., Juez., Cir.

En el grupo estaba Ciro. Habíase levantado tarde y al dirigirse a la granja de Juan del Salto, supo el acontecimiento y acudió atraído por la curiosidad.

De lo que hubiera allí pasado, no tenía la más remota idea, la más ligera sospecha; sin que le ocurriera relacionar detalles de su historia de la noche, con el desafuero consumado.

Requerido por el juez, reconoció a Deblás, pero como todos, contestó:

-No le conozco.

-Fíjese Ud. bien. ¿No encuentra Ud. en la cara, en el cuerpo, en las ropas, algún detalle que le induzca a pensar quién era ese hombre?

-Ninguno.

-¿No le había Ud. visto nunca en la comarca?

-No señor, a nadie...

El juez miró a Ciro cara a cara. Había observado algo sospechoso...

Hízole acercar y de nuevo le consideró con fijeza. Ciro vestía pantalón y chaqueta de hilo crudo y camiseta de algodón; todo muy usado y raído.

-¿Qué manchas son éstas? -dijo de pronto el juez indicando unos lamparones color de ladrillo obscuro que tenían la camiseta y los pantalones del joven.

Ciro reconociéndose con viveza, quedó indeciso.

-¿Puede Ud. decirme qué manchas son esas?

-Yo...

-Esas manchas son de sangre...

-¡De sangre!

-Sí... ¿Dónde se ha manchado Ud. de ese modo?

-Pero...

-¡Hable Ud. sin ambajes! ¿Dónde se ha manchado usted?

El mundo se obscureció para Ciro. ¡Manchas de sangre! El día anterior no recordaba haberse visto tales manchas. ¿Cómo explicar lo que él mismo ignoraba?

La confusión le subió al semblante, púsose más pálido de lo habitual, balbuceó frases incompletas y al fin, sólo consiguió murmurar.

-Yo no sé... Esto no es sangre... Yo estoy turbado... No sé qué es esto...

-Serénese usted. Tiempo nos queda de poner en claro esa duda.

Y dando otra orden reservada, continuó su labor.

La actitud del juez reafirma su imagen serena y justa [SEM. Respetabilidad (V. Narr.: Ciro). Las manchas de sangre de Ciro y la observación del juez indican que será complicado en el caso.

(399) Voz: Narr.

Empezaron las declaraciones explicativas del suceso relacionadas con las primeras noticias que de él se tuvieron. Fue preguntado el mancebo.

-¿A qué hora vino Ud a la tienda?

-Entre cuatro y media y cinco de la mañana.

-¿Vino Ud. solo?

-Solo.

-¿Nadie le vio a usted?

-Nadie.

-El segundo comisario al producir el parte a la autoridad declara que Ud. le había manifestado haberse cruzado en el camino con dos hombres...

¡Ah, sí!... eso es verdad: vi dos hombres.

El mancebo vaciló, miró en torno, inclinóse y pellizcando un pliegue del pantalón, rascóse una pierta. El juez, sin perder un ademán, insistió.

-¿Les conoce usted?

-Pues... sí; les conozco.

-¿Cómo se llaman?

-Es que... como era aún de noche...

-Como todavía no era un día claro, Ud. les conoció pero no vió sus nombres... ¿No es eso?-añadió el juez arrugando el entrecejo.

Vamos, conteste Ud.-continuó-¿Cómo se llaman esos hombres?

-Bien... yo diré...Pero la verdad: yo no estoy seguro de quienes eran. Me pareció que...

-¿Qué le pareció a usted?-

-... que eran Tomás Vilosa y Rosendo Rioja.

Otra orden reservada fue trasmitida a los ordenanzas de policía.

El dependiente contesta de nuevo en forma evasiva [SEM. Evasión (V. Dep.: Dependiente). El juez, además de ser honesto, es un funcionario sagaz [SEM. Sagacidad (V. Narr.: Juez)].

(400) Voz: Narr.

Practicóse un minucioso reconocimiento del lugar tomándose nota de los más pequeños detalles. Dos puertas violentamente abiertas con las cerraduras rotas; la tapa del mostrador, levantada; vasos vacíos que olían a cerveza y aguardiente; huellas de haber sido registrados todos los cajones, encasillados y aparadores; en el cuarto, un cofre abierto y rodeado de ropas salpicadas de sangre; una tranca de madera en el centro del cuarto; un pico lleno de sangre en algunas pulgadas de su punta, tirado también sobre el pavimento; un puñal de tosco mango con la hoja completamente limpia de toda mancha, que fue encontrado en el suelo, cerca del charco de sangre; un cortafrío debajo del catre, manchado de sangre por encima y dejando en el gran reguero sangriento un trozo de pavimiento limpio que correspondía perfectamente a las dimensiones del cortafrío, lo que probaba que éste cayó antes en el suelo, que la sangre de la víctima; un sombrero de paja sin horma ni forro, sucio, con el vértice de la copa deshilachado y roto, habiendo servido al parecer, para cubrir una cabeza muy grande; otro sombrero de paja, mugriento, hallado en el suelo también detrás del catre; y por fin, otros objetos de más o menos importancia, como botellas vacías con indicios de haber servido de candeleros, el ronzal en el clavo exterior y varios más que fueron recogidos y anotados.

El estilo de la descripción corresponde al naturalismo (REF. Literatura: Naturalismo). La minuciosidad del recuento reafirma la exactitud en el cumplimiento del deber de las autoridades y aumenta el contraste con los campesinos, Andújar y el dependiente, negados a cooperar.

(401) Voz: Narr.

Cuando el juez levantó el sombrero roto por el fondo, todos los presentes reconocieron su procedencia. En lo recóndito de las conciencias, sonó el nombre de Gaspar... Pero todos callaron y a las reiteradas preguntas del juez y del actuario, no hubo uno que no negara aquel conocimiento

-No lo sé...

-No lo sé...

-No lo sé...

Tal fue la frase sacramental que saltó de todos los labios.

Ciro, ante aquel sombrero, tuvo un rayo de luz. El asesino había sido Gaspar, no podía dudarse. El joven recordó la angustia de Silvina, el terror de que la vió poseída, su carrera cuesta arriba, sola, desalada... ¡Ah, qué misterio! ¡qué terrible misterio! Mas él no se precipitaría, pensaría detenidamente antes de *cantar* y, sobre todo, sucumbiría a cualquier sacrificio antes que comprometer a Silvina. Y en el ánimo de Ciro, no entraba ni por un momento la duda acerca de la complicidad de la joven. No, ella era inocente; el infame, el asesino, era Gaspar.

Para Ciro y los otros campesinos, así como para Andújar y el dependiente, prácticamente no hay misterio: han reconocido el cadáver y el sombrero de Gaspar. Pero a ellos no les interesa resolver el caso. El asesinato es un enigma sólo para las autoridades que son las interesadas en clarificarlo. Si el crimen no se resuelve casi inmediatamente es debido al miedo de los campesinos (de acuerdo al narrador, infundado) a declarar la verdad [SEM. Miedo Infundado (V. Narr.: Camp.)].

(402) Voz: Narr.

Luego, probóse al cadáver el sombrero de Gaspar: le bailaba en la cabeza. El juez insistió; acaso usara la víctima sombrero ancho. Mas viose que la desproporción de medidas era notable. En cambio, cuando se hizo igual prueba con el sombrero hallado detrás del catre, no fue posible dudar: Sí, aquel sombrero perteneció a la víctima.

Después, fue reconocido el cadáver. Se le halló un agudo puñal escondido en la cintura, y los bolsillos llenos de objetos que Andújar declaró pertenecerle.

De todo se tomó acta. Levantóse un plano del teatro del crimen; registráronse las cercanías; cumpliéronse, en fin, severamente las formalidades de la ley.

Por la tarde, el Juzgado regresó a la población. Aparte de lo actuado, las primeras diligencias inspiraron al juez algunas previsiones.

En la comitiva hizo conducir presos a Andújar, al dependiente, a Ciro, a Tomás Vilosa y a Rosendo Rioja.

Una larga lista nominal de vecinos, fue también tomada sobre el terreno y con arsenal de diligencias primarias y piezas de convicción, después de cerrar y sellar las puertas de la tienda y enviar delante un cortejo de labradores que conducía en parihuelas al cadáver, volviéronse los intérpretes de la ley al poblado.

Se señala la hora de la escena (REF. Cronología). La actuación de las autoridades indica no sólo diligencia, sino inteligencia y capacidad. Es gente bien preparada para realizar el trabajo [SEM. Eficiencia (V. Narr. Autoridades)].

(403) Voz: Narr.

Durante el regreso, el juez caminaba meditabundo. ¡Caso raro! ¡Incomprensible crimen! ¿Por qué dos puertas fracturadas? Si una sirvió para entrar y otra para salir,¿por qué rotas las cerraduras de ambas? Para abrir por dentro una puerta, basta con levantar el pestillo y quitar la tranca de modo que la cerradura ceda sin que se necesite romperla. ¿Para qué se rompieron aquellas dos cerraduras? Parecía probable que los agresores fueron varios y trabajaran en cuadrilla. La actitud ambigua de Andújar, su salida la tarde anterior no bien explicada todavía, su regreso impasible, su poca curiosidad y zozobra ante el robo posible; las vacilaciones del dependiente, su indecisión para contestar, las miradas furtivas dirijidas (sic) a Andújar cada vez que era requerido por el juez; la coincidencia del encuentro del dependiente con aquellos dos hombres con quienes se cruzó en el camino; y finalmente, las manchas, las indudables manchas de sangre en la ropa de Ciro, hicieron concebir al juez la posibilidad de un atentado en cuadrilla.

Mas enseguida desechaba esa hipótesis. ¿Cómo pensar que Andújar se robara a sí mismo? ¿Cuál, entonces, había sido el móvil del crimen? ¿Matar al hombre hallado en el catre? ¡Tal vez una venganza, una celada, una intriga para coger en ratonera a un enemigo!... No, no... ¡inconcebible! El individuo muerto tenía los bolsillos llenos de obgetos (sic) de la tienda; luego, el muerto era también agresor. ¿Entonces, por qué caer asesinado? Acaso en lucha surgida ante el botín... Tampoco: el muerto tenía un puñal en la cintura; en el suelo fue encontrado otro puñal limpio de toda mancha; si

hubiera habido lucha, hubiérase defendido, el arma hubiera sido hallada fuera de la vaina y acaso el otro puñal ensangrentado, siendo el agente de la muerte.

Lo que parecía indudable era que la muerte había sido producida con el pico... Aquí otra duda: ¿fue dado el golpe hallándose la víctima de pie y conducida después al lecho? ¿Fue herida estando acostada? La autopsia hablaría...

El juez se devanaba los sesos. ¡Qué dédalo! ¡Qué laberinto! Indudablemente faltaban datos y no era posible levantar hipótesis sobre tan inseguros cimientos.

[E]l juez caminaba meditabundo. ... (ACC. Meditación:1:(4): Pensar en la solución del crimen). El recuento de las circunstancias del crimen es redundante: ya el narrador las había descrito (No. 400). Al nivel de la trama, la meditación del juez, con su análisis desde todos los ángulos posibles, hace que parezca lógica la imposibilidad para solucionar el crimen. Al nivel de la ideología, tanto estética como del texto, la preocupación del representante de la ley muestra su inteligencia, eficiencia y dedicación al trabajo, en contraste con los campesinos silenciosos y acobardados. Reafirma y sostiene a lo largo del texto, desde la lexia No. 396, la antítesis: Honestidad vs. Deshonestidad.

(404) Voz: Narr.

El proceso fue llevado con actividad. Declaró media comarca, buscáronse antecedentes de los detenidos, hiciéronse careos, persiguiéronse varias pistas...

El juez, entregado durante muchos días al asunto, no logró desenredar la madeja. Estaba solo, completamente solo: hubiera sido preciso adivinar...

En tanto, en la montaña, los ánimos fueron serenándose. Se sospechaba, se presentía, se sabía la verdad... A veces al pasar, se miraba de reojo al asesino, pero nadie hablaba nadie quería comprometerse.

El juez... no logró desenredar la madeja. ... (ACC. Meditación:2(4): No hallar solución al crimen). El narrador concluye que la falta de cooperación

imposibilita el esclarecimiento del asesinato. No sólo se reafirma, sino que se repite que el juez estaba *solo* en su esfuerzo. La única razón para la soledad del juez es la falta de cooperación de los campesinos [SEM. Miedo (V. Narr.: Campesinos)]. El juez, entregado durante muchos días... (REF, Cronología: Tiempo de la trama). Es la primera vez que en la novela el tiempo de la trama abarca varios días en un mismo capítulo.

(405) Voz: Narr.

Gaspar estaba retraído, formal. No bebía, trabajaba con asiduidad, hablaba poco y muy temprano encerrábase en la casucha.

Después de la noche célebre, había pasado grandes sustos.

Comienza un recuento de la reacción al crimen de cada personaje.

(406) Voz: Narr., Gasp./Narr.

Cuando en aquella hora aciaga, corriendo a campo atraviesa por el bosque, llegó a la choza de Leandra, sentóse jadeante en el suelo. ¿Qué había sido de Silvina? ¿La habría matado Andújar?

Recordó la noche en que saliendo del baile de Vega plana, la joven perdió el conocimiento ¡Ah, quien sabe! Era posible que un desmayo la hiciera caer junto al catre en el momento de dar bajo su dirección el golpe. En ese caso, ya volvería. Cada cual que corra con sus pies.

Lo importante, de momento, era desvanecer las huellas... Esperó mucho tiempo sin saber qué resolución tomar, en la incertidumbre de la suerte que le hubiera cabido a Silvina.

El tiempo del relato retrocede para contar qué sucedió la noche del crimen a Gaspar y a Silvina (REF. Cronología: Retrospección). ...[L]legó a la choza... (ACC. Huida:2(2): Llegar a la casa después del crimen). A Gaspar no le importa, a no ser por las consecuencias que tenga para él, el destino que pueda haber corrido Silvina [SEM. Egoísmo (V. Narr.: Gaspar)].

(407) Voz: Narr.

Al fin, por entre los cafetos, apareció la joven que acababa de dejar a Ciro en las cercanías.

Ya más serena, costó trabajo a la joven separarse de Ciro. El quiso detenerla a todo trance, obligarla a huir aprovechando la facilidad de la ocasión. Mas ella, irresoluta, siempre dominada por la tirana influencia de Gaspar, negóse a tamaña rebeldía; la aplazó para remota oportunidad y escapó prometiendo a Ciro formar un meditado plan de fuga.

[A]pareció la joven. ... (ACC. Huida:2(3): Llegar a la casa después del crimen). De nuevo Ciro intenta que Silvina se fugue con él, de nuevo Silvina se niega atemorizada. La redundancia reafirma la sumisión de la joven al marido [SEM. Miedo (V. Narr.: Silvina)]. Aunque al nivel de la trama esta sumisión está inspirada por el temor, desde la perspectiva de la moral que rige el mundo de la novela connota obediencia a la ley del matrimonio (REF. Código moral: Cumplimiento de la ley). Silvina no quebranta la ley voluntariamente (recuérdese su amonestación a Gaspar de que ella es su mujer por la iglesia) (No. 330). Ha accedido a tener relaciones sexuales con Ciro sólo en una situación límite en la que obró impulsada por la búsqueda de protección antes que por un deseo pasional (Nos. 386-388).

(408) Voz: Narr.

Cuando Gaspar la vio llegar, la impuso silencio; no eran momentos para comentarios. En voz baja refirió el resultado de la jornada.

Ella, estremeciéndose aun de susto, quiso entrar en la casa. Gaspar no lo permitió: en la tienda le había visto los vestidos llenos de sangre... lo primero era borrar indicios peligrosos. A tirones le arrancó de encima el vestido; después, en el colgadizo, la desnudó por completo.

La brisa nocturna jugueteó con aquella desnudez, refrescando en ella los ardores aún palpitantes de la emoción. La hizo lavar, utilizando el agua contenida en una vasija, y mientras ella penetraba en la casa procurando por encargo de Gaspar no hacer ruido, él detrás de un árbol cercano, cavó y enterró el montón de ropas sangrientas.

Al nivel de la trama, la actuación de Gaspar obedece a su afán de ocultar el crimen, pero la forma en que es descrita la escena unida al momento en que está situada en la trama, cuando Silvina viene de unirse a Ciro por primera vez, da a la conducta del hombre una connotación fuertemente erótica [SEM. Erotismo (V. Narr.: Silvina)]: La brisa nocturna jugueteó con aquella desnudez, refrescando en ella los ardores aún palpitantes de la emoción... El marido desnuda con sus manos a la mujer que recién ha estado haciendo el amor con otro hombre. A pesar de que Silvina cayó en brazos de Ciro impulsada por el terror, el narrador habla ahora del encuentro sugiriendo sentimientos pasionales en ella: ...los ardores aún palpitantes de la emoción... En el plano simbólico, el acto de Gaspar, "el esposo por la iglesia" de Silvina, alude a un rito de purificación de doble propósito. El es el causante de que Silvina haya estado involucrada en el asesinato de Deblás, él quita las ropas ensangrentadas de encima de la muchacha y las entierra. El baño antes de entrar a la casa la purifica de su participación (aunque involuntaria) en el crimen y de su adulterio (SIM. Rito de purificación).

(409) Voz: Narr.

Después, a dormir, a apretar los ojos para que las espantosas imágenes del pasado, no ahuyentaran el sueño.

Silvina, cruelmente combatida por las emociones, estaba a aquella hora, estuporada, casi insensible; sinembargo, al tenderse en su rincón, el recuerdo de las escenas de la tienda contrajo su semblante con la amargura del sollozo, y enseguida, el recuerdo de los amantes arrebatos de Ciro, borró el sollozo y dibujó una sonrisa. Sonriendo, quedóse dormida.

Gaspar se siente culpable [SEM. Culpabilidad (V. Narr.: Gaspar)]. Silvina, en cambio, se duerme sonriendo [SEM. Inocencia (V. Narr.: Silvina)].

(410) Voz: Narr.

Desde aquella noche, Gaspar no vivió tranquilo, temeroso de caer, a la más ligera imprudencia, en poder de la justicia.

Sentía la necesidad de huir, ¿mas cómo? Estaba seguro de que mucha gente sospechaba de él gracias al maldito sombrero y se reconocía entregado a todo el mundo, espuesto a la delación de cualquier.

Su inquietud subió de punto cuando Galante, llamándole a solas, sin ninguna clase de explicaciones, le dijo:

-Cuidado; mucho cuidado... y mucho ojo...

Si le prendían, ¿quién garantizaba la discreción de Silvina? Ella iría también a la cárcel, hablaría claro y entonces, le fastidiaría para siempre. El único partido aceptable era huir. Lejos, bien lejos. Y su cavilación diempre terminaba preguntándose: ¿Cómo huir?

En uno de aquellos momentos de reconcentración, le pareció encontrar un asidero: la vieja Marta. El, desde la noche del baile, había dado tres o cuatro asaltos al erario de la avara, pero sangrándolo siempre de sumas pequeñas. ¿Por qué no dar el escobazo final?

Tembló ante la idea de una nueva hazaña tan desgraciada como la otra: mas aunque hizo esfuerzos para disuadirse a sí mismo, acabó por convencerse de que sin dinero estaba imposibilitado para todo. Con algunos pesos, podría dar solución al conflicto. Ese proyecto se hizo en él idea fija.

Gaspar sabe que está en peligro. Piensa en una salida (ACC. Cavilación:1(9): Pensar en distintas alternativas). Aunque atemorizado con la idea [(SEM. Cobardía (V. Narr.: Gaspar)], piensa que lo mejor es huir y para eso necesita dinero: El único partido aceptable era huir. ... (ACC. Cavilación:2(9): Tomar una decisión). Decide que la única solución será vaciar el escondite de la vieja Marta. [SEM. Delincuencia (V. Narr.: Gaspar)].

(411) Voz: Narr., Narr./Sil.

Silvina lloraba con frecuencia a solas, sin que se diera cuenta de lo que con más agudeza la afligía. ¿Era el pasado con sus remordimientos? ¿La vida infeliz que atrastraba? ¿La triste suerte de Ciro, inocente y encerrado en un calabozo?

Muchas veces pensó que no le sería difícil invertir los términos: explicar el origen de las manchas de sangre encontradas en las ropas de Ciro, y sacarle de la cárcel, metiendo en su lugar a su marido.

Ella reconocía que su conducta no era buena: que no obraba bien. Procediendo con honradez, debía decirlo todo, desde el principio hasta el fin. Mas si hablaba ¿qué sería de ella? Ella también era cómplice; había acudido al escalamiento; había salido manchada de sangre aún caliente. La prenderían, la sentenciarían como cómplice, como agresora. ¿Cómo explicar el irresistible dominio de Gaspar que la había llevado al crimen? ¿Quién habría de creer que contra todas sus tendencias y contra todos sus instintos, concurrió al atentado, obligada por una voluntad más fuerte?

En su ignorancia, no encontraba palabras, para expresar tan encontrados sentimientos. Si la prendían, Ciro quedaría libre y ella veríase arrastrada una vez mas por aquel hombre maldito, que la empujaría a un presidio, a una cadena por toda la vida... y temblaba de espanto cien veces al día, sin resolverse a otra cosa que a callar.

Cuando Gaspar le confió su proyecto de huir, sintió la limosna de un instante de alegría. ¡Ah, que gran solución! Elevó el alma a Dios y suplicó fervorosa, contrita, que el proyecto tuviera éxito. ¡Sola, sola sin él! Podía morir dichosa después de haber gozado un minuto de aquella soledad.

Silvina es el personaje de mayor complejidad emocional de la novela: son tantas sus penas que no sabe a cuál de ellas atribuir la tristeza que la agobia. Si el narrador no hubiera emitido su opinión respecto a las razones por las que la joven es incapaz de señalar la procedencia exacta de su sufrimiento, el pasaje, desde el punto de vista de la ideología del texto, sería diferente. Aunque la falta de educación contribuye, indudablemente, a la dificultad de Silvina para conceptualizar su sufrimiento, cualquier persona habría estado confundida en una situación similar a la de ella y le hubiera resultado extremadamente difícil verbalizar sus sentimientos. Sin embargo, el narrador aplica a la situación el enfoque positivista que rige los juicios de la obra y atribuye toda la confusión de la muchacha a su falta de educación: En su ignorancia, no encontraba palabras, para expresar tan encontrados sentimientos. ... El juicio moral que hace Silvina de lo que ha sucedido es correcto desde la perspectiva de la moral tradicional: sabe que no hace bien.

Su problema es el de siempre: no puede tomar una decisión [(SEM. Debilidad de carácter (V. Narr.: Silvina)]. El destino de Silvina, una vez más, dependerá de circunstancias externas. Su oración a Dios la caracteriza como creyente [SEM. Religión (V. Narr.: Silvina)].

(412) Voz: Narr.

Leandra, como siempre, daba el flácido seno a Pequeñín y lavaba en la piedra ancha y plana del río.

Leandra atiende el hijo y lava. [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Leandra).

(413) Voz: Narr., Narr./Lea.

En aquellos días, estaba recelosa, contemplativa, mirando a hurtadillas las evoluciones de Gaspar, observando a Silvina. Sospechaba, tenía indicios de que la atrocidad de la tienda le andaba cerca...

La noche del crimen, oyó algo... Rumores inciertos; un regreso de *velorio* en el que Gaspar y Silvina no amanecieron; ruidos extraños en el colgadizo; *respiraciones contenidas; Silvina levantándose al siguiente día con la camisa* de que se había despojado antes de salir para Vegaplana, sin que la que llevó puesta y el vestido de color obscuro con que se atavió para el nocturno pésame, se volvieran a ver en los rincones de la casa. Un conjunto de pequeños detalles de dudosa significación. Gaspar, al parecer tranquilo, aquietado, solícito, alejado de bullicios y con frecuencia meditabundo.

Ella sospechaba también y callaba. El detalle del sombrero fue el golpe de gracia: en toda la casa no vio el sombrero usado habitualmente por su yerno y entonces usaba uno nuevo, limpio, al que habían roto el fondo intencionalmente. Sí, Gaspar había sido el agresor: estaba convencida. ¿Y qué hacer? Sencillamente callar. ¡Había ella callado tantas cosas en la vida; habíase mordido la lengua tantas veces! Una más, no significaba nada. Resueltamente: callaría. La cosa no le importaba...

La decisión pragmática de Leandra ante el reconocimiento de que Gaspar es el asesino, es igual a la que ha regido su conducta a lo largo de la obra [SEM. Pragmatismo (V. Narr.: Leandra). Se describen los pensamientos de Leandra y su conducta, pero no sus sentimientos.

(414) Voz: Narr.

Montesa, por aquellos días, pareció una caja de truenos. ¡Qué se viera, que se tocara el resultado de las blanduras! Mano abierta para aquellas gentes, era lo mismo que jaula rota para lobos. Lanzaba unos ternos vibrantes, que parecían condensarse en la atmósfera y, tomando forma de cohetes, ir a reventar contra las chozas y los bosques. Nada, aquello no era gente. Mientras no se aplicara el látigo como a los negros esclavos, iríase de mal en peor.

De ese modo, en los trabajos, estuvo más déspota y genial que nunca. Los obreros más honrados, los más conocidos por sus virtudes, le merecieron duros reproches y a los que faltaban el cumplimiento de sus deberes, los barrió al instante. ¡Fuera, fuera gentuza!

El mayordomo sentía indignación profunda al contemplar terrenos sin cultivo, hermosas tierras suplicando labor, mientras la turba de los montes disipaba el tiempo en necios placeres, o en estúpidas holganzas. El no distinguía, no exceptuaba entre los buenos y los malos: para él, todos eran unos; todos eran iguales, y en fondo de tan grosera injusticia, había un grito de honradez, de rebelde dignidad ofendida por el extravío de los otros.

Como después de las horas laborables su vida se limitaba a su hogar, enterábase poco de los comentarios del barrio, de las suposiciones, de las sospechas. El crimen le impresionó en conjunto: en detalle no le preocupó.

El crimen de la tienda de Andújar reafirma a Montesa en su opinión de que sólo con mano fuerte se puede controlar los campesinos. Hay una mención al castigo corporal infligido a los esclavos. Es la segunda vez en la novela que se mencionan (REF. Esclavitud). La primera vez lo hizo Gaspar (No. 327). En este pasaje en que aparece Montesa, como en los anteriores en que ha estado el mayordomo, hay un contrapunteo entre sus defectos y sus virtudes en el que salen triunfantes las virtudes. Montesa actúa en forma abusiva con los obreros [SEM. Abuso (V. Narr.: Montesa)]. Este es su defecto juzgado desde una perspectiva externa, pero acto seguido el narrador explica las razones del mayordomo para actuar y sentir como lo hace: no hay quien trabaje la tierra, mientras los obreros holgazanean. Dados los valores que rigen el universo ficticio, estos defectos de los campesinos y las

consecuencias que tienen en términos de pérdidas de las cosechas, justifican la actuación del mayordomo. El comentario del narrador sobre la conducta de Montesa al principio del pasaje, en que alude a buenos y honrados obreros de los que el mayordomo abusa, resulta hipócrita. Los epítetos lanzados a los campesinos a través de las voces entretejidas de Montesa y el narrador: turba de los montes que disipaba el tiempo en necios placeres, o en estúpidas holganzas, son exactamente los mismos que han lanzado en numerosas ocasiones las voces de Juan del Salto y el narrador unidas o la del narrador solo. El mayordomo, finalmente, es una buena persona, sólo un poco rudo: ...en el fondo de tan grosera injusticia, había un grito de honradez, de rebelde dignidad ofendida por el extravío de los otros... Tanto el narrador como Juan del Salto, quien amonestó anteriormente a Montesa por su conducta abusiva, se solidarizan con el mayordomo. Compárense las razones que da el narrador en el capítulo II para que Juan del Salto apostrofe contra los campesinos y lo que dice ahora sobre Montesa. Dijo el narrador sobre Juan del Salto:

> ...y en toda aquella labor de su cerebro había un fondo de infinito amor filial, de cariño profundo por la bendita tierra nativa, por el providente suelo en que vivía, cuya felicidad era la suya y cuyo infortunio consideraba propio... (No. 55).

Además, siempre se recalca la irreprochable conducta de Montesa hacia su familia: es un hombre de hogar. Si el trabajo y la familia son los dos valores más altos de este universo y el mayordomo es trabajador y buen padre y esposo, no puede ser malo. Montesa no tiene conocimiento de que Deblás era el muerto de la tienda de Andújar ni de que el sombrero que apareció en el lugar del crimen era de Gaspar. Por lo tanto, él queda

exonerado de la cobardía y la indolencia que rige la conducta de los otros campesinos en el asesinato de la tienda.

(415) Voz: Narr.

En las cumbres de la finca de Galante, como un hurón, confinábase Marcelo. ¡Qué terribles noches! ¡Qué dolor, qué inmenso susto cuando, al conocer los resultados de la jornada, se enteró de la prisión de Ciro! Su pobre hermano corría peligro: estaba muy espuesto a pagar los vidrios rotos... Pero, ¿qué manchas eran aquellas? ¿Sería también su hermano un canalla capaz del crimen? Gaspar y Deblás ¿habríanle dado participación en el atentado? No se resolvía a convencerse de ello.

Muchos días quedábase en la choza, manteniéndose de algún fiambre, imposible para el trabajo, dominado por una laxitud enfermiza.

Aparte de sus terrores, todo le era indiferente. A nada aspiraba, nada quería: vivir, sólo vivir sin que le estremeciera el miedo; aunque no comiera más que un banano, o algunas frutas silvestres...

En su soledad, veíase perseguido por las zozobras. Eran diabliposas que le revolaban en torno, hostigándole con punzante insistencia.

La salud de Marcelo se deteriora [SEM. Enfermedad (V. Narr. Marcelo)]. El plátano, como siempre que aparece, connota miseria: aunque no haya nada más que comer siempre hay plátano (REF. Cod. Alimentario). La vida de Marcelo está dominada, ahora más que nunca, por el miedo [SEM. Miedo (V. Narr.: Marcelo)].

(416) Voz: Narr.

Un día estuvo a punto de caer desmayado: el comisario interino, le notificó que el juez le había citado para declarar. ¡Declarar, quien hubiera querido olvidarse de todo para no sufrir!

Mas no hubo evasiva: al siguiente día emprendió a pie la penosa caminata hasta el poblado, sin que le ocurriera por qué había sido llamado.

La figura macilenta del joven inspiró lástima al juez. Le latían los vasos del cuello, sus ojos miraban con languidez de sufrimiento.

... emprendió a pie la penosa caminata. ... (ACC. Declaración:1: Dirigirse al juzgado). El juez, además de eficiente en su trabajo, es una persona sensible que se compadece de Marcelo [SEM. Bondad (V. Narr.: Juez)].

(417) Voz: Narr.

Como desde los primeros momentos la personalidad de Ciro se creyó la más importante en el proceso, hilóse con él muy delgado. Obligósele a explicar minuto por minuto el empleo que dio al tiempo durante la noche del crimen.

Ciro se encerró en la mentira: referir su encuentro con Silvina, su ronda desde las primeras horas de la noche, su retirada a la choza después de las cuatro de la madrugada... jamás. El no quería ni remotamente comprorneter a la joven.

Así pues, respondió mintiendo: se había acostado la noche del crimen a las ocho de la noche.

Puesto en claro su método de vida, el juez necesitó oír la declaración de Marcelo, que había de confirmar o no, lo dicho por Ciro.

Ciro arriesga su libertad por no comprometer a Silvina [SEM. Valentía (V. Narr. Ciro)].

(418) Voz: Juez, Marc., Narr.

-Oiga Ud.- dijo el juez-su declaración es potestativa. ¿Comprende usted?

-¡Yoo...! -contestó Marcelo abobado.

-Como es Ud. hermano del sospechado agresor, la Ley le excusa de declarar en ningún sentido. ¿Quiere Ud. hacer valer ese derecho?

-A mí me *digieron* que tenía que *venil*...

Sí, perfectamente. Pero ahora, yo le aviso a Ud. la libertad en que está de irse como vino o de prestar declaración.

-Pues...

-¿Qué elige usted?

-*Pa* mi gusto...

-¿Qué?

-Yo no he hecho mal a *naide*.

-No es eso; ¿declara Ud. o no declara?

-Yo... como Ud. quiera...

El juez, al verle indeciso, le empujó a declarar.

Este pasaje es el único en la novela en que se nota una intención humorística. La terminología legal del juez: potestativo, es desconocida por el campesino que no entiende la pregunta y declara, en parte, debido al malentendido. El contraste entre la lengua de los dos hombres es mayor aquí porque la imitación de la lengua campesina, cuando Marcelo habla, está mucho más pronunciada en este pasaje que en cualquier otro de la novela. Esto contribuye a dar comicidad a la situación. Digieron, venil, naide, yo no ha hecho, aparecen en la boca de Marcelo (REF. Lingüística). Sin embargo, otras veces el joven ha aparecido hablando en español normal y, en ocasiones, hasta educado. Por ejemplo, en su conversación con Juan del Salto en el capítulo II, Marcelo no cambia la *r* por la *l* como lo hace en su conversación con el juez al pronunciar la palabra *venil*, e incluso, en su conversación con el hacendado, se refiere a su carácter aprehensivo con un correcto y preciso lenguaje: Me infunde miedo la soledad. Obsérvese que aparece hasta la *d* final de *soledad* (No. 65). Además de su intención humorística, la confusión de Marcelo ante la pregunta del juez sobre si él quería prestar declaración o no, da vero similitud al hecho de que un hermano declare sobre su propio hermano.

(419) Voz: Juez, Narr., Marc.

-Sí, diga Ud. lo que sepa. Vamos a ver...

Y fue preguntando acerca de importantes puntos que se deseaba conocer a fondo por la luz que en el proceso pudieran arrojar.

En el interrogatorio, no preparado para el caso, el joven fue sincero: Ciro trasnochaba con frecuencia y muchas noches no dormía en la choza.

-Según eso-dijo el juez-la noche del crimen su hermano se recogió muy tarde ¿verdad?

Ante tal pregunta, Marcelo vio un horizonte... En su torpeza había malicia; en su sinceridad, suspicacia. Comprendió la importancia de su respuesta y explicóse por qué le habían llamado a declarar.

Las miradas del juez y el interés con que le escuchaban los presentes, confirmáronle aquella importancia. Le ocurrió que relatando lo cierto quedaría para Ciro una laguna que llenar. ¿Dónde había pasado la noche? De ese modo, la situación de Ciro, se complicaría.

Sinembargo, vaciló un instante: ¿qué había declarado Ciro? ¿Había dicho que regresó tarde o que se retiró temprano?

En la duda, Marcelo tuvo por natural que su hermano hubiera tratado de sustraerse a toda sospecha.

-Esa noche-respondió Marcelo- mi hermano durmió conmigo.

-Bien, no durmió fuera... Pero ¿a qué hora se recogió?

-Anocheciendo.

-¿Le vio Ud? ¿Está Ud. seguro de que era temprano?

-Sí, señor.

-Las noches en que regresaba tarde, ¿le oía Ud. llegar, despertaba usted?

-Sí señor.

-¿Siempre?

-Siempre.

-¿No acostumbraba su hermano levantarse después de acostado y volver a salir?

-Nunca; *media vez* acostado, caía que *ni piedra...*

-Y cuando trasnochaba ¿en qué empleaba el tiempo?

-Generalmente eso sucedía cuando tenía entre manos algún...

Marcelo se detuvo sin atreverse a pronunciar el vocablo.

-¿Algún qué?

Todos los presentes sonreían; todos comprendieron.

-Vamos, diga usted.

-Pues...cuando tenía algún chivo...

-¿Alguna aventura amorosa?

-Anjá...

-¿Era eso frecuente?

-Las más de las noches.

-En suma: ¿qué hizo su hermano esa tarde, después que terminó el trabajo en la finca del Sr. del Salto?

-Llegó a casa, se tumbó a mi lado, y se durmió hasta los claros del día.

Cuando la declaración terminó, Marcelo respiró libremente. Nada le pasaba; dejábanle en libertad.

Y volviendo a la montaña, necesitó reponerse tres o cuatro días del cansancio producido por el viaje y las emociones.

Y volviendo a la montaña... (ACC. Declaración:2: Regresar del juzgado). El juicio del narrador, como sucede muchas veces en la obra, contradice la caracterización que se desprende de la conducta de un personaje. El narrador, conciente de esta contradicción aclara que Marcelo, aunque torpe era malicioso y aunque sincero suspicaz. Sin embargo, la actuación de Marcelo, en todo momento, lo muestra como enfermo físicamente, débil, pero perspicaz, perceptivo y de mente ágil. Esta contradicción entre conducta del personaje y juicio del narrador parte de dos necesidades internas del texto. Al nivel de la trama, el llamado del juez a Marcelo para que declare y la protección de Marcelo a Ciro durante la declaración dan verosimilitud al proceso legal y contribuyen a la coherencia

del mundo ficticio. Al nivel de la ideología del texto, sin embargo, es necesario hacer constar en todo momento que los campesinos, seres inferiores, no son inteligentes aunque sus respuestas a las preguntas del juez lo sean.

(420) Voz: Narr., Cir./Narr.

Ciro, pasadas las sorpresas del primer momento, había conservado su serenidad. Quien no la hace que no la tema... El no había cometido crimen alguno y no tenía motivos para temblar.

Cuando le prendieron, logró dominarse: el asesinato era cosa de Gaspar, no lo dudaba ni un momento; mas ¿qué papel jugaba Silvina en la danza? Estaba seguro de que ninguno. Tal vez el susto y la angustia que notó en ella aquella noche, dependieron del conocimiento que tuvo del atentado, acaso al referírselo Gaspar.

De otro lado, perdíase en conjeturas: ¿y las manchas? ¿en dónde se había manchado de aquel modo? Por más que pensaba registrando rincones del recuerdo, no atinaba.

Ciro, a diferencia de los otros campesinos, no teme a la ley: piensa que si es inocente nada le pasará [SEM. Valentía (V. Narr.: Ciro)]. El esfuerzo de Ciro por recordar algún incidente que explicara las manchas de plátano en el vestido de Silvina es expresado por medio de una hermosa metáfora: registrando rincones del recuerdo...

(421) Voz: Narr. Narr./Cir.

Al fin aceptó una hipótesis que tuvo por segura: ¡bah! eran manchas de plátano. Sí; el plátano tiene una humedad que puesta en contacto con las ropas, deja una mancha *prieta* . Eran manchas de plátano indudablemente. Como él anduvo aquella noche por platanales, nada tenía de extraño. Por lo demás, referir su felicidad de aquella noche...eso nunca. ¡Pobrecita Silvina! ¡Traerla poco menos que por el moño a la causa! De ninguna manera: antes que eso sufriría por ello persecuciones y cárcel. Convino, pues, consigo mismo, en no *mentarla* , y declarando siempre con serenidad y firmeza, aseguró que la famosa noche se había acostado muy temprano junto a su hermano, durmiendo tranquilo toda la noche.

La conducta de Ciro, además de valiente es arriesgada y caballerosa [SEM. Caballerosidad (V. Narr./Cir.: Ciro)]. Es el caballero dispuesto a arriesgarlo todo por su dama. Aunque no sabe qué pasó, su decisión de no arriesgar ni la libertad ni la honra de Silvina es inquebrantable (REF. Romanticismo).

(422) Voz: Narr.

Andújar tampoco tembló. Le pareció natural que le prendieran, e ingresó en la cárcel seguro de ser excarcelado en breve. ¿Se había hecho sospechoso por algunos detalles? pues sospechar, no era comprobar; ya se convencerían de su inocencia.

De otro lado, los acontecimientos le hicieron cavilar mucho. No podía explicarse por qué su primo tuvo tan trágico fin. Si Gaspar era, como no lo dudaba, autor del asesinato, ¿qué pasó entre ellos? ¿por qué Deblás con los bolsillos llenos y con un puñal al cinto, había sucumbido en lucha con un mandria como Gaspar?

No veía claro e inútilmente trataba de explicarse la intrincada urdimbre del crimen. De todos modos, quedaba libre del célebre primo. En verdad que le perjudicaba mucho la clausura de la tienda, pero ya se repondría del perjuicio impulsando el nuevo negocio bancario y aumentando su predio con terrenos comprados a los colindantes; sobre todo el cerezal, el deseado cerezal de la vieja, Marta, negocio que pensaba no dejar de la mano.

Le pareció natural que le prendieran, e ingresó en la cárcel.... (ACC. Declaración:1(2): Ser encarcelado brevemente). Andújar permanece sereno [SEM. Serenidad (V. Narr.: Andújar)].

(423) Voz: Narr.

Marta, ante los acontecimientos, hizo aspavientos y maldijo de los malos.

El asalto de la tienda la impresionó por la experiencia que su desconfianza adquiría. Ella estaba también expuesta a parecido atentado. Su dinero repartido en montones permanecía ignorado de todos, mas comprendía que en cualquier momento estaba en peligro de que le descubrieran los escondites, de que la despojaran.

Marta responde con sobresalto [SEM. Alarma (V. Narr.: Marta)]. En las lexias Nos. 405 (Gaspar), 411 (Silvina), 412-413 (Leandra), 414 (Montesa), 415 (Marcelo), 420 (Ciro), 422 (Andújar) y 423 (Marta) se ha hecho un recuento de la reacción de cada personaje al crimen de la tienda. La reflexión de Andújar sobre la vieja Marta y su cafetal, al final de la lexia 436, sirve de transición hacia la solución del proceso legal.

(424) Voz: Narr.

Cuando se convenció de que había sido Gaspar el bárbaro agresor, no se sorprendió. Ella conocía bien las prendas de aquel pillete y le creía capaz de todo.

Como el daño ageno (sic) hace pensar con frecuencia en la propia seguridad, Marta perdió el sueño muchas noches pensando en que la hicieran víctima de otro atropello.

Contó y recontó mentalmente su tesoro; ideó nuevos y más recónditos lugares donde cambiar sus montones; reconoció la necesidad de un recuento efectivo para convencerse de que ni un solo céntimo faltaba en su erario.

Se impuso, pues, una labor fatigosa en la que sufrió mil sustos, imaginándose sorprendida a cada instante.

Marta perdió el sueño muchas noches pensando. ... (ACC. Cavilación:1(10): Pensar en el peligro acechante).

(425) Voz: Narr., Mart./Narr.

Entre unas piedras del bosque, buscó su oro: contó onzas, medias onzas; centenes... Todo intacto. Más allá, entre unas malezas, contó de bruces sobre la tierra un gran paquete de pesos: ni uno solo faltaba de su cuenta. Luego, junto a la gran ceiba, desenterró la tinaja... Contó una, dos, tres veces, sudando gruesas gotas, con el corazón oprimido, casi sin aliento. ¡Gran Dios, faltaba, faltaba dinero! Deteníase, meditaba sumando en la memoria las cantidades guardadas en diferentes épocas y volvía a contar... Sí, faltaba dinero. Los treinta y tantos pesos de aquel buen domingo, hicieron subir el depósito a doscientos cincuenta; ¡y allí sólo había doscientos!

El día se nubló para Marta; febrilmente ahoyó en otro lugar, cambió la tinaja; y jadeante, llorosa, con lágrimas de rabia, rebujóse en su hamaca.

Entonces la imaginación voló... ¡Era indudable que la habían robado, que la estaban robando, que la robarían el último ochavo! ¡Pasar una vida de escasez y miseria para que en un minuto la desbalijara un pícaro! Y cuando así pensaba, el nombre de Gaspar, le danzaba delante de los ojos como denunciándose a sí mismo.

No dudó: Gaspar había robado y matado en la tienda; Gaspar la robaría y la mataría a ella. Todo el mundo conocía en el barrio al autor del crimen y sinembargo, el malvado estaba suelto, amenazando con la impunidad el sosiego de todos. Ella no podía vivir de aquel modo: cualquier noche la estrangularía Gaspar.

Así, pues, la vieja aprestóse a la defensa. Comprendió que no podría probar el robo de que había sido víctima, ni tampoco era conveniente vociferarlo porque entonces, todo el mundo sabría que ella enterraba dinero. No, lo conveniente era buscar medios indirectos...

Una idea satánica le ocurrió: puesto que Gaspar era el autor de la fechoría de la tienda, puesto que todos habían reconocido al dueño del sombrero, puesto que todos callaban...ella hablaría, ella empujaría a la cárcel a aquel bribón y entonces respiraría tranquila.

Con vacilante paso, dirijióse al cuartelillo en donde, a pocas millas de distancia, estaba destacado un pelotón de la policía forestal. Preguntó por el jefe y díjole que ella conocía al dueño del famoso sombrero y quería declarar ante el juez.

Fue conducida al poblado y, a poco, sonó por primera vez en la causa el nombre de Gaspar.

Marta, nuevamente, se muestra como una mujer ingeniosa, lista, capaz de razonar su situación y de decidir lo que mejor le conviene [SEM. Inteligencia (V.Narr./Mart.: Marta)]. El miedo le da valor para denunciar a Gaspar. [E]mpujaría a la cárcel a aquel bribón. ... (ACC. Cavilación:2(10): Tomar acción para protegerse de peligro). Gaspar es delincuente, asesino, sadista en su relación con Silvina; se ha acusado a los campesinos numerosas veces de cobardes porque no toman acción en contra del malvado; sin embargo, la decisión de Marta de denunciar al criminal es calificada por el narrador de idea satánica. Aquí, como en los juicios que el narrador ha emitido sobre Leandra, se está juzgando la acción de acuerdo al personaje que la produce, no a la acción misma. Todo lo que pertenece a

Leandra es sucio porque ella es promiscua sexualmente. Todo lo que Marta hace es malo porque ella es malvada.

Marta, nuevamente, se muestra como una mujer ingeniosa, lista, capaz de razonar su situación y de decidir lo que mejor le conviene [SEM. Inteligencia (V.Narr./Mart.: Marta)]. El miedo le da valor para denunciar a Gaspar. [E]mpujaría a la cárcel a aquel bribón. ... (ACC. Cavilación:2(10): Tomar acción para protegerse de peligro). Gaspar es delincuente, asesino, sadista en su relación con Silvina; se ha acusado a los campesinos numerosas veces de cobardes porque no toman acción en contra del malvado; sin embargo, la decisión de Marta de denunciar al criminal es calificada por el narrador de idea satánica. Aquí, como en los juicios que el narrador ha emitido sobre Leandra, se está juzgando la acción de acuerdo al personaje que la produce, no a la acción misma. Todo lo que pertenece a Leandra es sucio porque ella es promiscua sexualmente. Todo lo que Marta hace es malo porque ella es malvada.

(426) Voz: Narr.

La declaración de Marta produjo una orden de detención contra Gaspar y dos o tres días después de la denuncia, la policía buscaba en el barrio al célebre marido de Silvina.

Ya declinaba el día cuando por el cerro en donde estaba la casucha de Leandra, subía la guardía montada.

Gaspar estaba sentado en el umbral; Silvina y Leandra hormigueaban por allá adentro.

El rumor llamó la atención de Gaspar quien asomándose a la ladera por donde serpeaba el caminillo, vislumbró entre el follage (sic) los uniformes.

Aquello no fue correr... fue cuerpo disparado por el arco del miedo. Gaspar huyó con velocidad inaudita. La montaña con su laberinto de bosques y plantíos, fue el seno profundo en donde se desvaneció la criminal silueta.

Gaspar huyó con velocidad inaudita. ... (ACC. Huida:1(4): Escapar de la casa). La rapidez de Gaspar está determinada por su temor a ser capturado [(SEM. Miedo (V. Narr.: Gaspar)].

(427) Voz: Narr.

Cuando los guardias llegaron a la casucha, no hubo trazas del perseguido. Las mujeres, sorprendidas y llenas de temor, no atinaron con una respuesta serena. ¿Dónde estaba Gaspar?... no lo sabían.

La policía conocedora del barrio, acostumbrada al laberinto de los montes dio una batida por cimas y hondonadas. Gaspar no estaba en el barrio; nadie sabía su paradero.

La policía, como ha sido la norma en la novela, actúa con diligencia y mesura: cumplen con su deber y no abusan de las mujeres desconocedoras del paradero de Gaspar. [SEM. Cumplimiento de la ley (V. Narr.: Guardias).

(428) Voz: Narr.

Al siguiente día de esa pesquiza, Galante descendió al poblado y estuvo muchas horas en la costa. Viósele departir en secreto con gentes de mar, platicando buen rato con el capitán de un balandro próximo a partir en viaje intercolonial.

Con exactitud, nada se supo; mas en la comarca, todos afirmaron que Galante había embarcado a Gaspar, librándole de caer en poder de la justicia.

La requisitoria del juez no tuvo resultado: el cabo suelto más resistente, el asidero más firme a que la ley pudo asirse, había sido cortado en la sombra por Galante, por el rico propietario; por el futuro banquero que en la razón Andújar y Galante debía continuar representando en la colonia, en su país, en el mismo suelo en que naciera, el papel de maestro mudo; por el opulento corruptor para quien granulaban los plantíos y florecían los bosques.

La denuncia de Marta hubiera hecho luz; la protección de Galante ahuyentando a Gaspar, borró la verdadera pista del crimen.

La verdad, la justicia, el bien de todos, sufrieron. Sólo medró la avara viéndose libre de la presencia del malvado.

[T]odos afirmaron que Galante había embarcado a Gaspar. ... (ACC. Huida:2[4]: Escapar definitivamente). En este pasaje la voz del narrador repite lo expresado anteriormente, de manera directa, por Juan del Salto (Nos. 77-78). El objetivo de la redundancia es reafirmar la maldad de Galante que, aunque posee un cafetal, está en vías de convertirse en comerciante. Aquí ya se menciona como ...el futuro banquero. ... (REF. Cronología: Prospección). Se añade un dato a la información que se había dado previamente sobre Galante: nació en la isla. Se había dicho con anterioridad que llegó un día a la montaña sin dinero (No. 77), pero no se había aclarado su lugar de nacimiento.

(429) Voz: Narr.

La causa no prosperó: un tumulto de indicios contradictorios la hicieron confusa y un móvil no descubierto, inextricable.

De las innumerables declaraciones nada resultaba, como no fuera el convencimiento de que algo existía callado por todos.

Las contradicciones, los careos, las pruebas, nada dio resultado.

En últimas circunstancias, Galante es el culpable de que el crimen no se aclare. La conducta de los campesinos ante el crimen y la actuación de Galante dan la razón, en el terreno de los hechos, a lo expresado por Juan del Salto (Nos. 77-78). Los campesinos son incapaces de actuar correctamente por motivación propia y el ejemplo de Galante contribuye a empeorar la situación de la comarca. Biología y medio ambiente se conjugan. Ya aquí se sabe que nada se solucionó aunque no se ha explicado cómo se desarrolló la última parte del proceso (REF. Cronología: Prospección). De ahora en adelante se describe la coartada de cada uno de los sospechosos.

(430) Voz: Narr., Narr./ Juez, Narr./Cir.

Los campesinos Rosendo Rioja y Tomás Vilosa explicaron el empleo de su tiempo, su presencia en las cercanías de la tienda y su encuentro con el dependiente. Fue imposible imputarles culpabilidad.

Andújar probó su coartada. Muchos le vieron en la población durante la noche del atentado. Depusieron varios amigos y conocidos del tendero; un almacenista que declaró haberle dado hospitalidad; el cochero de un carruaje público que a altas horas de la noche le condujo a su alojamiento; el dueño de una casa de comidas en donde cenó; y finalmente, el mismo Andújar exhibió un recibo de depósito cuya fecha, tinta y carácter de letra, comprobaban que en los momentos en que se cometía el crimen, el tendero contaba y depositaba una suma de dinero que debía quedar en el poblado.

El juez no vio claro en aquellos hechos, coincidentes: precisamente la tarde antes del atentado Andújar sustraía sus valores... ¿Fue casualidad?... ¿fue previsión? Una sospecha insistente le cabalgó al juez en los espejuelos, mas las hipótesis no tuvieron confirmación y las sospechas continuaron en su estado de aéreos fantasmas.

El dependiente acreditó haber pasado toda la noche en su domicilio del monte. Su encuentro con los campesinos precisó la hora de la mañana en que se dirijió (sic) a la tienda; el segundo comisario declaró en menudos detalles la alarma que poseía al joven cuando fue a despertarle; la circunstancia de haber sido rotas las cerraduras en tanto que tenía el mancebo una llave, con la cual, de haber sido agresor, pudo abrir cómodamente la puerta, fue detalle de importancia que no permitió sospechas; y así de las sombras del proceso, nada resultó tampoco contra el dependiente.

En el foco de la duda quedó Ciro. La declaración de Marcelo asegurando haber permanecido su hermano en la choza toda la noche; la declaración de multitud de campesinos afirmando que durante algún tiempo Ciro no había usado otro sombrero que el qué llevaba puesto en el momento de ser detenido; la desproporción entre la medida del sombrero hallado en la tienda y la cabeza del joven; el no haber una sola manifestación testifical que le comprometiese; todo parecía alejar de él las sospechas. Sinembargo, las manchas de sangre, mantenían la duda...

Ciro juró que aquellas manchas debieron ser producidas por la resina del plátano, mas al ser preguntado dónde, cómo y cuándo se manchó, nada pudo precisar.

Con firmeza, con acento honrado, declaraba: 1º que no podía explicar las circunstancias originarias de las manchas. 2º, que se inclinaba a creerlas producidas por el roce de sus ropas con semillas de bananos que en aquellos días había ayudado a trasportar; y 3º que no se había fijado en las manchas hasta el momento en que fueron descubiertas por el juez.

Aquella declaración, aunque incierta, formulada con acento seguro y tranquilo, llamó la atención del juez. ¿Si es culpable por qué no miente? ¿Por qué se manifiesta indeciso y vacilante en punto que tanto le compromete? Parecía aquello un alarde de honradez, un esfuerzo de hombría de bien que no quiere mentir ni aún en provecho propio.

El juez indagó la fecha del último lavado del traje de autos... Puesto que las manchas del banano resisten al agua, aquellas, caso de ser antiguas, debieron existir antes del último lavado. Ciro citó el nombre de la campesina que le lavaba la ropa; vino ésta y resultó que nada recordaba.

Se toma declaración a cada uno de los sospechosos. La declaración de Ciro es honesta [SEM. Honestidad (V. Narr.: Ciro)] En todo momento se destaca la eficiencia del juez. Su reflexión concienzuda aparece cada vez que se explica la coartada de uno de los interrogados.

(431) Voz: Narr.

En tan profunda obscuridad, sólo un camino de evidencia quedaba: la ciencia.

La ciencia fue preguntada y en la trastienda de una farmacia, un farmacéutico y un médico entregáronse al análisis.

¡Qué dificultades, qué honduras! Desfiló un ejército de tubos, cristales y probetas; se consumió buena cantidad de alcohol quemado en lamparillas de cristal que producían llamas azules; se derrochó un caudal de tecnicismo, de esa palabrería fecunda llena de verdad y claridades que cimenta el edificio de la ciencia y que ante oídos profanos o necios parece un sánscrito ridículo y embustero que nada dice, que nadie entiende, que sirve para que se den tono los que le hablan, que mueve a risa los tontos, que hace dudar a los ignorantes y que conquista para los peritos, o porque tienen calva o se les ruedan los lentes o son miopes o les tiembla el pulso, buen caudal de escépticas y menguadas burlas.

Esta alabanza a la ciencia no contribuye a la trama. Sin embargo, al nivel de la ideología estética defiende los principios en los que se basaba el naturalismo literario. Al nivel de la ideología del texto realza el contraste entre la élite instruida del mundo ficticio y la gran masa de campesinos ignorantes que rechaza los adelantos modernos.

(432) Voz: Narr.

Los dos profesores se abismaron... El traje de Ciro fue cortado en pedacitos por la curiosa tijera del análisis. Se habló de maceraciones; de la necesidad de descubrir la hematina; de la acción negativa del amoniaco; del valor positivo del calor; de la solubilidad en el agua de materias colorantes; de peróxidos de hidrógeno, de tanino, de protóxido de hierro, de alcoholes etéreos, de precipitados verdes, azules y negros, de precipitados plúmbicos, de hidrógenos sulfurados que dejaban en libertad el tanino del plátano... Fue una gran contradanza de vocablos greco-latinos, de locuciones cabalísticas, de tecnicismos agrios y nigrománticos.

Al fin se llegó a la verdad: ¡de sangre, sólo de sangre humana y reciente eran las manchas del traje de Ciro!

Paralelo al mundo rústico de los campesinos existe en este mundo ficticio una actividad científica capaz de resolver el enigma de la procedencia de unas manchas (REF. Cod. Social: Diferencia de culturas).

(433) Voz: Narr. Narr./Juez.

La conclusión fue terrible para el joven. El resultado del análisis llevó al juez a un verdadero laberinto: ¿de qué crimen se trataba?... ¿pudo Ciro en complicidad con el hombre que se halló muerto, romper dos puertas, fracturar el baúl, reñir después con su cómplice, matarle de un golpe de pico y acostarle después en el catre? Numerosas objecciones le ocurrían... Si de aquel modo pasaron los hechos, ¿por qué Ciro no robó? En la tienda, con excepción de lo encontrado en los bolsillos del muerto, nada se echó de menos. Si el autor del asesinato fue Ciro, ¿cómo explicar la lesión producida a la víctima? La herida, según declaración pericial, dirijíase de izquierda a derecha, penetrando de delante a atrás. Si un pico se esgrime lenvantándole en alto y descargándole sobre el blanco; si la estatura de Ciro resultó menor que la del muerto; si el charco de sangre comprobaba que la herida había sido causada junto al catre; si los peritos declararon que el golpe fue producido estando acostada la víctima... ¿cómo explicar tan monstruosa lesión ocasionada por Ciro? ¿Es que el cómplice, armado de agudo puñal, se había reclinado en el lecho, expresamente para recibir el golpe? ¿Es que entregábase al sueño cuando después del robo, debía velar?... Si la víctima fue atacada ¿por qué no se defendió con su puñal? Si el agresor acometió por sorpresa o venció en la lucha ¿por qué no producir la muerte con el puñal sin manchas hallado en el suelo? ¿Por qué ese puñal, no usado al parecer, estaba en el suelo en vez de permanecer en manos del agresor...?

Un dédalo, un verdadero dédalo que desveló muchas noches al juez.

Andújar y el dependiente fueron puestos en libertad. Después, la denuncia de Marta, la inútil requisitoria de Gaspar, los pésimos antecedentes penales que en él concurrían, abrieron un nuevo camino, que fue cegado al instante por la fuga de aquel.

Al fin los esfuerzos resultaron inútiles: el proceso se sobreseyó provisionalmente y Ciro fue puesto en libertad.

La conclusión que se desprende del proceso de investigación del asesinato y de la imposibilidad de descubrir a su autor es que la actuación de las autoridades y de la ciencia fue intachable. El crimen no se resolvió debido a la poca cooperación de los campesinos y a la maldad de Galante que facilitó la fuga de Gaspar (ACC. Investigación:2: Cerrar el caso del crimen). La minuciosidad con que se describe el proceso y las investigaciones científicas que se llevan a cabo corresponden a una técnica naturalista (REF. Literatura: Naturalismo).

(434) Voz: Narr.

Cuando se vio en sus montañas nativas, el joven lo dio todo por bien empleado: Silvina era suya, solamente suya...

Desde el capítulo I hasta el capítulo VIII la trama ha girado alrededor del asalto a la tienda de Andújar y de la maldad de Gaspar. La pareja romántica, Ciro y Silvina, *no podía unirse* debido a la presencia nefasta del marido de la joven. Ahora, el asalto a la tienda se ha realizado y Gaspar ha sido eliminado: el camino a la unión de los jóvenes queda abierto. Hasta aquí el impedimento para la felicidad de Ciro y Silvina era, en gran parte, externo. De ahora en adelante el futuro dependerá de ellos mismos, de la forma en que manejen sus vidas.

El tiempo de la trama en este capítulo abarca la duración de la investigación del crimen; no se define con la exactitud de los capítulos

anteriores. De acuerdo a la teoría de Zola, este capítulo es equivalente al paso No. 4 propuesto por Claude Bernard para un experimento científico en *La introducción al estudio de la medicina experimental* (2da. parte, Capítulo II, pp. 317-319).

Notas

[1]Véase: Fernando Picó, *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX,* pp. 118-121.

Capítulo IX

(435) Voz: Narr.

Había pasado un año y se estaba en plena vendimia.

Los cafetos inclinábanse bajo el peso de la dehiscencia y la madurez bermeja de los frutos decía al sol de otoño la magnificencia de sus galas.

[S]e estaba en plena vendimia. ... (ACC. Recolección del café:1: Trabajar en la cosecha). Se sitúa la acción en el tiempo (REF. Cronología). Ha pasado un año desde el crimen de Deblás y la desaparición de Gaspar. Silvina ha quedado liberada de su más fuerte atadura exterior. El asunto alrededor del cual se movía la trama desde el Capítulo I, el asalto a la tienda de Andújar, ha sido resuelto. La pareja responsable del suspenso romántico de la obra, está reunida ya. De aquí en adelante la novela desarrollará el destino de estos personajes, libre de obstáculos externos.

En los capítulos precedentes se ha hablado del proceso de preparación de los terrenos para la siembra y en el VI se anunció la próxima cosecha. Ahora la escena tiene lugar en plena cosecha.

(436) Voz: Narr.

En todas las fincas la mano del hombre desnudaba las plantas acopiando los filiales racimos; por todas las veredas discurrían obreros o recuas conduciendo a los caseríos la granería recolectada; en todas las hidraúlicas rompíanse las cortezas que aprisionan los gemelares granos,

lavábase el untoso suero que los empapa, desecábase al calor solar en humedad íntima y, ya secos, rompíaseles el pergamino envolvente dándoles el brillo con que habían de presentarse en las lonjas de la especulación.

Es la época de más trabajo del año [SEM. Actividad (V. Narr.: Campesinos)]. El adjetivo filiales para los racimos de café alude a la armónica unión de la naturaleza en su aspecto de fertilidad. Se hace referencia al café procesado como producto mercantil. Iba destinado a ...las lonjas de la especulación. ... La actividad generalizada a ...todas las fincas... de acuerdo al narrador, sugiere que la historia de la novela se desarrolla durante la etapa del auge del café: los últimos quince años del siglo XIX.

(437) Voz: Narr.

Todo era vida, actividad, movimiento: la madre tierra dando el vigor de sus senos a la humana ambición.

A lo largo de la novela se ha caracterizado la naturaleza como fecunda, fértil, dinámica, activa y siempre ha actuado en concordancia con el trabajo productor del hombre [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Naturaleza)]. La cosecha culmina la alianza: la tierra fructifica para aumentar el capital del hombre (REF. Economía).

(438) Voz: Narr.

En la granja de Juan del Salto la labor era incesante. ¡Gran cosecha había sido aquella! Muchos obreros de distintas comarcas concurrían a engrosar las brigadas recolectoras, sumando al de todos su esfuerzo jadeante para que rotos los pedúnculos por exceso de madurez, no cayeran perdiéndose entre los pedruzcos del monte, las ópimas cerezas.

Los obreros, colgábanse al cuello con hojas secas de banano, cestos de variadas formas en donde iban depositando los granos. A veces, ceñíanse la cintura con cordeles, o con lianas, o con fibras textiles de la *emajagua* del trópico. Iban descalzos; los más cultos, con zapatos de suela ferrada; las

mujeres con las faldas recogidas hasta cerca de las rodillas; los hombres, o con camisetas que el sudor ennegrecía, o con el busto desnudo; algunos, envolvíanse la cabeza con pañuelos de colores vivos, otros la cubrían con sombreros de paja de grosero tejido; (sic) y así, en viviente vaivén, poblaban las vertientes entregándose a la vendimia.

La escena está marcada por el constante movimiento de los trabajadores [SEM. Actividad (V. Narr.: Campesinos)]. Hay una preocupación por el máximo aprovechamiento de los granos del café (REF. Economía). De nuevo se mencionan los zapatos. De acuerdo al narrador, andar calzado es índice de refinamiento: ...los más cultos con zapatos..., no de solvencia económica (REF. Cod. Social). Sabemos que en la realidad histórica la situación era diferente.[1]

(439) Voz: Narr.

El interés redoblaba el ahinco de todos: a más fruto recogido, mayor jornal ganado. Familias enteras dejaban las chozas para tomar *calle,* para hacerse cargo de hileras de arbustos que debían desnudar.

Los obreros trabajan a destajo (REF. Cod. Laboral). La afirmación de que ...el interés redoblaba el ahinco de todos... contradice las declaraciones constantes que han aparecido hasta ahora en la novela sobre la holgazanería de los campesinos [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Campesinos)].

(440) Voz: Narr.

En las montañas palpitaba, entonces, una turba inquieta entre rumores, risas y canciones; como si la cosecha fuera de todos, y la recolección hubiera de colmar sus ambiciones. Parecía aquello un gran hormiguero acopiando entre el hojambre de las selvas.

En los declives y desigualdades del terreno, el cuadro era pintoresco, poblado de rumores producidos por el crugir de los arbustos, o por el choque de piedras al transitar los obreros o por los roces que ocasionaba el esfuerzo de los campesinos para no perder el equilibrio.

Algunas chicas canijas, situadas en lo alto, descuidábanse a veces y dejaban ver a los de abajo buena parte de sus piernas y rodillas, que aparecían y desaparecían entre el ramaje como figurillas indecisas.

Una brigada de muchachos enclenques ayudaba la labor de los adultos recogiendo los granos caídos de los arbustos o derramados de los cestos. A veces, en un solo arbusto deteníase el obrero largo tiempo obligado por la copiosa fructivicación; otras, doblaba los arbolillos atrayéndolos para alcanzar los granos altos; otras, enredábanse las ramas y los arbustos producían marañas que impedían el tránsito.

En la novela, el campesinado ha aparecido tres veces en escenas de conjunto: reunidos frente a la tienda de Andújar (Nos.179-190), en el baile de Vegaplana (Nos. 251-262) y ahora. Las dos ocasiones anteriores en que el pueblo apareció como grupo fue en situaciones sociales: un domingo en que los vecinos se encontraban reunidos conversando y en un baile. Las dos veces, a pesar de haber sido situaciones en que el grupo reía, hacía chistes y bailaba se especificaba que la alegría no era verdadera. Se trataba de ...un pueblo moribundo que, sonriendo y cantando, se hunde en la abyección. ... (No. 262). Sin embargo, ahora el mismo pueblo, a pesar de caracterizársele como turba, chicas canijas y muchachos enclenques [SEM. Desprecio (V. Narr.: Campesinos)] bulle entusiasmado. Trabajan ...entre rumores, risas y canciones; como si la cosecha fuera de todos. ... Esta es la única ocasión en que se muestra al pueblo verdaderamente animado y alegre. Cuando se dedicaban a sus propias diversiones sus sonrisas eran como muecas, pero rebosan de alegría al dedicarse al trabajo productivo que beneficiará, principalmente, al hacendado. El significado que el trabajo tiene para los campesinos está descrito por el narrador desde la perspectiva del hacendado que visualiza su propio interés en la cosecha como el interés de todos.

(441) Voz: Narr.

Cuando algún obrero inexperto no rebuscaba en el ramaje, obligábale el mayordomo a retroceder y a arrancar las cerezas maduras que olvidaba; y

cuando, atolondrándose la labor, se mutilaban ramillas quebrándolas, oíanse los acentos de reproche del vigilante. Si un obrero resbalaba en la vertiente, algunos reían, otros acudían en su auxilio, mientras el caído procuraba incorporarse y volver a su puesto. Era una labor ruda, difícil, peligrosa, que muchos campesinos acometían cantando en su jerga peculiar versillos de intención erótica o satírica.

El mayordomo cela los intereses del hacendado [SEM. Eficiencia (V. Narr.: Montesa)]. Se destacan los aspectos positivos del trabajo: la atmósfera de compañerismo y el entusiasmo del grupo. Aun cuando la tarea es difícil y peligrosa, la acometen cantando [SEM. Entusiasmo (V. Narr.: Campesinos)].

(442) *Voz: Narr.*

Durante el día, el sol quemaba arriba, tamizando su calor por el follaje y produciendo, con las humedades de la tierra caliente, una atmósfera intermedia en la que se percibían sensaciones de suave frescura alternando con ráfagas ardientes que tostaban la piel.

En el crepúsculo, cuando con la gentileza de una hermosa que se duerme la tarde moría, en lo intrincado del monte apagábanse los vivos resplandores del día viajero, y mientras en el cielo navegaban nubes de cien colores, iniciábase para la tierra la era nostálgica de la noche con sus medrosos misterios y sus temidas soledades. Todo marchaba con el isocronismo del tiempo; como si el péndulo de ese tiempo no balanceara un ápice más allá de donde las fuerzas de la vida lo impulsan.

Se describe la naturaleza durante el día de trabajo. El clima, a pesar del calor tropical, es benévolo. El sol ...quemaba arriba..., pero al llegar a los obreros no tiene la misma fuerza porque ha sido ...tamizado ... por el follaje. El efecto de este proceso es una sensación de ...suave frescura alternando con ráfagas ardientes que tostaban la piel. De acuerdo a esta explicación no es desagradable trabajar bajo el sol abrasador del trópico. Es una naturaleza idealizada, de gran colorido: nubes de cien colores..., descrita por medio de un estilo modernista (REF. Literatura: Modernismo) haciendo uso de cultismos: isocronismo (REF. Lingüística) y metáforas: la gentileza de una hermosa que se duerme. ...

(443) Voz: Narr.

Después los obreros medían el café recogido en la jornada. De los cestos, pasaban los chorros de cerezas a los sacos grises en donde debían ser conducidos a las hidráulicas. Los sacos, dos a dos, eran colocados sobre el lomo de pacientes mulas y luego descendía el convoy con la premura del que ve cercano el término de sus faenas.

Entonces el eterno concierto de los campos levantaba una vez más su agreste salmodia y cuando el sol trasponía fugitivo las últimas cumbres, imperaban las serenas horas en que a sus regios éxtasis la naturaleza se entrega.

La jornada del día termina (ACC. Cosecha:2: Terminar el trabajo del día). Se describe el procesamiento del café. Los obreros cesan de laborar cuando el sol se oculta. Este dato alude a la realidad histórica en que la jornada de trabajo era de sol a sol (REF. Cod. Laboral). Todos los elementos que participan en el proceso funcionan armoniosamente para conseguir su óptima realización: los obreros trabajan entusiasmados, la naturaleza coopera con el hacendado, los animales soportan pacientemente su carga [SEM. Cooperación (V. Narr.: Mulas de carga)]. El estilo de la descripción de la naturaleza continúa siendo modernista: ....el eterno concierto de los campos levantaba una vez más su agreste salmodia.... (REF. Literatura: Modernismo). Nuevamente, el día de trabajo está descrito desde la perspectiva del hacendado que expresa su percepción como si fuera la de todos los trabajadores.

(444) Voz: Narr.

Juan del Salto, por entonces, estaba de lleno en lo práctico. Saber qué caudal de hanegas le preparaba la vendimia; activar la recolección para evitar sensibles pérdidas; calcular sobre la base de los precios corrientes, las probables ganancias... Los positivismos le empujaban a un mundo lleno de sumas y restas.

La preocupación del hacendado es obtener una ganancia máxima de la cosecha con el fin de acumular capital SEM. Capitalismo (V. Narr.: Juan del Salto)].

(445) Voz: Narr., Narr./J. del S.

Las impresiones que los acontecimientos del año anterior le causaran, habíanse entibiado con los esfuerzos y los afanes del trabajo. Aquella historia sangrienta le preocupó sin sorprenderle. Muchas veces pensó en el sombrío cuadro de perversión que tuvo por escena la comarca, considerando siempre en las gentes, la indiferencia, la fría indiferencia, lo mismo ante el bien que ante el mal, y con ella, el silencio, las infamias, las complicidades del silencio. Juan vio como la justicia ahondaba en la sombra buscando culpables y vio como retrocedía impotente ante aquel muro de pálidos, sin precisa idea del mal, sin precisa noción de bien. Supo todos los detalles, conoció todas las sospechas, la nube pestilente llegó hasta la soberbia altura en que se alzaba la granja.

Entonces, no pensó en los otros... Pensó en sí mismo y sintió frío, amargura; un frío de remordimiento; una amargura de ánimo inquieto, descontento de sí mismo. Sí; él estaba en posesión de las sospechas y él también callaba... ¡El contagio, el terrible contagio, impregnándole también son su destructora lepra!

Las impresiones que los acontecimientos del año anterior le causaran, habíanse entibiado con los esfuerzos y los afanes del trabajo. ... De acuerdo a lo propuesto por Juan del Salto anteriormente y ahora al narrador, el remedio para todos los males es el trabajo productivo (REF. Axiología). Se repite que la justicia trató de esclarecer el crimen de Deblás por todos los medios y su fracaso se debió a la apatía del pueblo (ANT. Honestidad/Deshonestidad). Juan del Salto tuvo tanto conocimiento de los detalles del crimen como lo tuvieron los campesinos y tampoco habló, pero el asesinato, de acuerdo a la perspectiva del narrador y del hacendado, era un hecho ajeno a él en el que se vio involucrado injustamente, sólo porque ....la nube pestilente llegó hasta la soberbia altura en que se alzaba la granja. ... La adjetivación utilizada para contrastar el hacendado con el campesinado:

soberbia altura...,contrapuesta a nube *pestilente*... indica que la podredumbre social es tan fuerte que alcanza hasta las capas más altas de la sociedad. Todos están contaminados, pero el mal viene de abajo, del pueblo.

(446) Voz: Narr., Narr./J. del S.

En sus soledades, vaciló cien veces. ¿Por qué no hablaba? ¿Por qué no sacudía la coyunda del odioso *sistema* y coadyuvaba al esclarecimiento de la verdad, refiriendo sospechas, comunicando antecedentes, indicando pistas...

En sus soledades, vaciló cien veces. ... (ACC. Cavilación:1[9]: Pensar en distintas alternativas). La cursiva utilizada para la palabra *sistema*, en este contexto en que la indecisión de Juan del Salto le impide actuar para mejorar la sociedad, sugiere un doble significado. El odioso*sistema* a que se refiere el hacendado es al del silencio existente entre el campesinado, pero también podría ser al odioso*sistema* colonial. Más adelante veremos como uno de los temores de Juan del Salto de denunciar las lacras sociales es el de que lo consideren sedicioso. Esta es una alusión directa a la represión que sufría la colonia.

(447) Voz: Narr., Narr./J. del S.

Sabía quien era Galante, quién Gaspar, quiénes los personajes del bestial contubernio de la casucha de Leandra; conocía a fondo la insensata pasión de riquezas de Andújar, sabía el nombre, la historia del muerto hallado en la tienda; tenía motivos para afirmar que Galante era un malvado, un peligroso criminal... Sinembargo, callaba. La justicia hacía preguntas que él hubiera podido contestar y guardaba silencio. ¿Por qué obraba así? ¡Ah, él era como todos, uno de tantos, un mal ciudadano, un degenerado, un enfermo, un átomo de aquel gran estómago sin nutrición física, sin regulador moral!

Entonces sufría un dolor acerbo: sentía vergüenza de sí mismo. Tenía conciencia de su misión, juicio exacto del deber, y hacía esfuerzos por sacudir la nube negra que le envilecía con su contacto. ¡Era preciso no vacilar, resolverse con energía, proceder con arreglo a su conciencia! El bien de todos le imponía un esfuerzo... Debía dejarse llevar por sus instintos,

disponerse al sacrificio. Veía claro lo que otros desconocían, explicábase lo que otros no acertaban a comprender. Su deber era preciso indudable, marcado... Ayudar la acción del bien, desgarrar el vendaje de las úlceras, aplicar el cauterio, arrostrar valeroso las consecuencias de tanta audacia, segar hortigas en el camino que debían recorrer los hijos del porvenir. Su dignidad, su orgullo, su virtud, le ordenaban agitar la inercia de aquella masa; asirse al hilo de aquel infortunio y seguirle de nudo en nudo removiendo las causas hasta llegar a las iniciales, a los primeros gérmenes de tanta desdicha. Luchar, sí, luchar, al precio de su propio sosiego. Hacer una síntesis envuelta en nimbos de verdad y arrojarla a los hombres de su tiempo, harponeando con ella el cuerpo del gigantesco monstruo del mal. Y cuando así pensaba erguíase como si fuera ya cosa resuelta, como si toda vacilación hubiera terminado.

Juan del Salto se debate entre las dos posiciones que ya hemos visto antes (SIM. Antítesis: Idealismo/Pragmatismo) (Nos. 56-59). Desde su perspectiva, su responsabilidad de luchar contra la injusticia es mayor que la de los campesinos ignorantes, pero se reafirma que su indecisión y egoísmo provienen del contacto con ...la nube negra que le envilecía. ... Cuando Juan del Salto siente la inclinación de luchar lo expresa en términos de que son sus instintos los que lo impulsan al sacrificio, no el razonamiento de que es necesario tomar acción para buscar un futuro mejor para todos. Dado que el deseo de luchar por el pueblo es un acto emocional, no intelectual y en la novela el intelecto es privilegiado por sobre las emociones, no luchar queda exento de un juicio moral negativo.

(448) Voz: Narr., Narr./J. del S.

Pero entonces su mirada caía sobre el escritorio, lleno de mercantilismos, rebosante de papeles, de cuentas, de notas, de cálculos; descubría en un encasillado el paquete de cartas de Jacobo; miraba en las habitaciones de la casa, aperos de labranza guardados en los rincones; en una de aquellas, utilizada para granero, copioso montón de granos que esperaban turno para ser desecados al sol; contemplaba en el exterior el mar de verdura que rematando en las cimas, bajaba a refrescarse del inquieto río... Y una visión le fascinaba: el colmo de sus esperanzas cristalizando en la realidad e iluminando la imagen del hijo ausente. ¿Para qué luchar, para qué sufrir? Hablar, significaba denunciar, perseguir, probar; hablar equivalía a dispendiar tiempo, robado al trabajo, en beneficio de los otros; hablar, argüía

crearse enemigos, imponerse dispendios, comprometer, acaso, el propio bienestar, exponiéndose a las acechanzas de los malos, armando el brazo que le asestara la cuchillada traidora, encendiendo la tea que produjera el desastre en sus edificios, afilando la hoz que talara sus campos, amasando la calumnia que le ofendiera con la tacha de indócil y sedicioso, dando margen, en fin, al menguado indicio que le hiciera sospechoso. ¿Y qué habrían de lograr sus esfuerzos? ¿El ímpetu de un individuo en un minuto de la vida de la colonia bastaría para curar la gran laceria? Sería arrastrado por la nociva corriente, hundido por las persecuciones, flagelado con las burlas de sus hermanos, de sus propios hermanos, ciegos aún, impenitentes todavía. Su esfuerzo sería perdido; haríase víctima sin beneficio de nadie. Aquellas eran cruzadas que producían hondas perturbaciones, penosos disgustos, ciegas injusticias... No; su hijo le reclamaba, le imponía serenidad e indiferencia para llegar al fin práctico. Seguir otra conducta era crearse obstáculos, arriesgarse en quijotismos, emprender aventuras casi ridículas comprometiendo el porvenir de aquel hijo. Y de ese modo, el egoísmo le obcesaba, le constreñía, le apretaba entre sus tenazas, le sellaba los labios...

....[S]u hijo le reclamaba, le imponía serenidad e indiferencia para llegar al fin práctico. ... (ACC. Cavilación:2[9]: Decidir ser pragmático). Juan del Salto representa la posición típica del autonomismo puertorriqueño de fines del siglo XIX (REF. Política autonomista). A pesar de los alegatos constantes del hacendado y del narrador en que repiten que el pueblo es indiferente y apático, en este pasaje se habla de la posibilidad de armar al pueblo. Lo que detiene al hacendado de tomar una acción como ésa son sus intereses económicos, no la falta de voluntarios para pelear: ....armando el brazo que le asestara la cuchillada traidora, encendiendo la tea que produjera el desastre en sus edificios, afilando la hoz que talara sus campos. ... Las vacilaciones de Juan concluyen con el pensamiento de que es inútil la lucha: él sólo no podría hacer nada porque sus hermanos no lo secundarían. Arriesgarse equivaldría a ...quijotismos, emprender aventuras casi ridículas. ... Estas opiniones del hacendado del mundo de ficción son un eco de las expresadas por Zeno Gandía en distintas ocasiones. El escritor afirmaba a principios del siglo XX que cuando Eugenio María de Hostos llegó a Puerto Rico después de la invasión norteamericana (1898), él le advirtió que no encontraría

seguidores para su proyecto independentista: ". . . . Esa patria nuestra que amamos [dijo Zeno a Hostos] no le comprenderá porque la educación odiosa que sus hijos recibieron les ha colocado por debajo del nivel que los problemas de la guerra plantean. . . ." Decía Zeno que Hostos tenía "afán redentor" y que él le dijo:

> -No-repuse-usted será víctima de su propia tesis. . . . no será usted seguido más que por muy pocos. . . . usted verá como mis tristes pronósticos se cumplirán en la práctica. . . . del mismo modo que el alcoholismo no puede curarse cortando de pronto el tósigo alcohólico y dar metódicas dosis del veneno es necesario hasta disponer el órgano del enfermo a vivir sin la saturación mortífera, asimismo en este desdichado cuerpo social no podrá una absoluta curación obtenerse si no se transige metódica y gradualmente con el enfermo sistema, aparentando seguirlo para arrancarle al cabo de raíz la viciosa educación que satura nuestro pueblo. [2]

En la novela, al final del pasaje el narrador sentencia la posición de Juan del Salto: es egoísta [SEM. Egoísmo (V. Narr.: Juan del Salto)]. Esta reflexión del hacendado (Nos. 459-462) es una redundancia de las lexias Nos. 56-61.

(449) Voz: Narr., Narr./Lea.

En la casucha había habido grandes cambios. La ausencia de Gaspar, llenando de júbilo a Silvina, preocupó a Leandra. ¡era uno menos, uno menos que aportara recursos a la casa! ¿Qué haría Silvina sola? Como quiera que su marido fuese, siempre era un marido; las acompañaba, las servía de escudo; estando él allí siempre hubo un hombre en la casa.

La acción retrocede para narrar lo sucedido a raíz de la desaparición de Gaspar (REF. Cronología: Retrospección). Aquí se reafirma que la actitud de Leandra hacia Gaspar y Galante responde más a una ideología patriarcal que a un pensamiento pragmático: ...Como quiera que su marido fuese, siempre era un marido. ... Este es el eje de la conducta de Leandra: una mujer sin hombre no es nadie (REF. Patriarcado).

(450) Voz: Narr., Narr./Sil., Narr./Marc.

Silvina no asintió a tal opinión... No, aquél no era marido, ni compañero, ni escudo, ni hombre... ¡Un infame, sólo un infame!

Ella sentíase feliz sin él, sin la odiosa presencia del tirano, sin la quemadura de aquella mirada imperiosa que la había hecho tan infeliz. Discurría a sus anchas por las veredas, bajaba al río, subía a la finca de Juan, hacía su gusto... ¡La felicidad de estar sola, la dicha de ser libre!

En su nueva vida tuvo una idea fija: Ciro, ¡Ah, pobre Ciro! Cuando en él pensaba, sentía la amargura de un íntimo dolor. Decían que nada resultaba contra él en el proceso, pero seguía encarcelado. ¡Las manchas, tal vez las manchas! Y la idea de que con una sola palabra suya podría explicar el misterio y dar libertad a su amado, la mortificaba, la llenaba de pesadumbre.

Otras veces la esperanza reaccionaba en ella... Ciro volvería pronto, correría en su busca y en compensación de tantos dolores, la llenaría de caricias.

Un día, acompañada de Marcelo, bajó a la llanura y visitó en la cárcel a Ciro. Regresó confortada, risueña, llena de esperanzas. Ciro había asegurado que pronto sería puesto en libertad y para entonces prometió cosas muy gratas, muy agradables, muy dulces...

Durante el camino, Marcelo dirijía (sic) a Silvina miradas significativas... No podía olvidar lo que aquel domingo escuchó en el ranchón; que Silvina fue cómplice en el atentado; que Gaspar prometió que ella daría la puñalada. ¿Fue? No quería saberlo, no quería averiguarlo. ¿Para qué? ¿Le reportaría algún beneficio averiguar vidas agenas? (sic) Y, como siempre, hundióse en el silencio, un silencio a veces tímido, a veces malicioso.

Al desaparecer Gaspar, Silvina reacciona disfrutando la libertad que siempre había ambicionado y Marcelo continúa con su apocamiento habitual.

(451) Voz: Narr.

Galante, por entonces, frecuentaba poco la casucha. Leandra estaba recelosa, inquieta, como quien espera una desgracia. La desgracia llegó: Galante dejó de ser el hombre, no volvió a la casa.

Después de muchas súplicas y parlamentos, dignóse contestar que no se contara con él. Todo había concluido: ya bastaba. Y Leandra, abandonada vio frente a frente la cara del hambre.

Galante dejó de ser el hombre, no volvió a la casa (ACC. Concubinato:2: Ser abandonada por el amante).

(452) Voz: Narr.

Galante y Andújar, por aquellos días, preocupábanse con sus nuevos negocios. Aquellos en que iban a unir sus recursos, sus actividades, su inteligencia; en que iban a refundir en una sus ansias de medro, su afán de tocar el vértice de oro que refulge en la pirámide de la ambición.

La casa de comercio en proyecto, era ya un hecho. Arreglaría, cada cual, sus asuntos particulares; prepararían las aportaciones metálicas correspondientes; tomarían medidas siempre necesarias al cambio de residencia.

Para Andújar y Galante dedicarse al gran comercio equivale a ...tocar el vértice de oro que refulge en la pirámide de la ambición. ... Se ha hablado de la ambición de los hacendados, pero de acuerdo a los cánones morales de la novela, esta ambición es legítima, producto del trabajo constante; en este contexto el comercio (no el hacer un capital) connota usura y fraude. En el Puerto Rico de la segunda mitad del siglo XIX los grandes capitales provenían, en su mayoría, de actividades comerciales controladas por peninsulares, aunque en numerosas ocasiones agricultor y comerciante se unieron en una sola persona ya fuera español o puertorriqueño (1ra parte, Capítulo IV, segunda parte, pp. 241-242).

(453) Voz: Narr.

En tal concepto, Galante quiso sacudir compromisos, estorbos... Era ya demasiado, tanta gente sobre él comiéndole los flancos; tanta mujer pedigüeña llorándole lástimas. No, ya bastaba: buen dinero le habían costado aquellos enredos. Y el cínico, el descarado pasaporte fue remitido a Leandra precisamente un día en que Pequeñín, calenturiento a causa de percances dentarios y de bruces en el suelo de la casucha, asordaba más que nunca el ámbito con su lloro de lágrimas.

El abandono de Leandra por Galante en este momento sirve, al nivel de la trama, para que la unión de Ciro y Silvina se realice. Si Gaspar se hubiera ido, pero aún estuviera Galante acudiendo a la casa, la trama tendría que ser distinta, porque no era verosímil que Ciro soportara la relación entre la muchacha y su padrastro ni que Galante renunciara a sus privilegios debido a la presencia de Ciro. El ensañamiento del narrador al caracterizar a Galante continúa. Además de asesino, encubridor de Gaspar, ladrón, inmoral y corruptor, Galante es mal padre. Abandona a Leandra en un momento en que el niño está enfermo [SEM. Crueldad (V. Narr.: Galante)].

(454) Voz: Narr.

Leandra quedó desolada. Otra vez a luchar, otra vez a sufrir. Aunque había sido abandonada muchas veces, nunca su pesar fue tan hondo como entonces. Habíase portado bien con Galante; habíale complacido en todo; nada le negó, hasta el sacrificio de su hija. Y sinembargo... ¡la dejaba plantada, sin un céntimo, sin una caricia para Pequeñín! ¿Qué iba a ser de ellas? Morirían de hambre, perecerían de *necesidad.*

Silvina la animaba: las desgracias encalmaban sus antiguas discordias. Mejor era estar solas que mal acompañadas; Dios da para todos; no había que apurarse. Lavarían; *cogerían calle* , coserían y, además pronto estaría Ciro en libertad. Entonces ¡ah! entonces, nada tendrían que temer.

Una vez más se desprende de la conversación entre Leandra y Silvina que el miedo de la madre al hambre es infundado [SEM. Falso pragmatismo (V. Narr.: Narr./Sil.)]. Desde la perspectiva de Silvina es posible realizar diferentes labores para obtener dinero (REF. Cod. Laboral).

(455) Voz: Narr.

Al fin, un día risueño, oyóse por la vereda una algazara. Era Ciro que acompañado de varios amigos subía a la casucha.

Le acababan de soltar, ... Como el proceso había sido sobreseído provisionalmente, le echaron a la calle.

Silvina y Ciro abrazáronse estrechamente. Nada se habló, nada se dijo de nueva vida; todo fue tácito. El joven, como si hubiera sido cosa convenida de antemano, quedó instalado allí.

El joven .... quedó instalado allí. ... (ACC. Concubinato:1(3): Unión por amor).

(456) Voz: Narr./Cir., Narr./Lea.

Sí, él era todo un hombre, y aunque Leandra una vez le había despedido con malos modos, él no guardaba rencor. Silvina, llena de felicidad, dejaba escapar profundos suspiros, asentía a todo, celebraba con risas cuanto el joven decía.

Leandra bajó la cabeza... Y bien: era igual ¿Había un hombre, uno que las mantuviera? Pues ya no eran tan desgraciadas.

De nuevo, la conducta de Leandra está regida por unos valores pragmáticos que giran alrededor del hombre. [SEM. Pragmatismo (V. Narr./Lea.: Leandra)].

(457) Voz: Narr.

Durante muchos días, Ciro y Silvina vivieron en la explosión de un gran júbilo. Andaban juntos, paseaban tarareando coplillas, cogidos de la mano, enlazados por la cintura, saltando juguetones, riendo siempre. Era un idilio; un idilio que levantaba la cabeza de un pantano...

Cuando Ciro vió la estera, el sucio tálamo, el viejo *petate* de Gaspar, sintió asco. De ninguna manera dormiría él allí. A tirar, a tirar, río abajo, aquel trasto. Como entre el maderámen de las chozas reptaban con frecuencia belicosos milpiés, escolopendras que con ondulantes movimiento mostraban la repugnante estrangulación de sus anillos. Ciro quiso un lecho elevado, mejor defendido de la agresión de los insectos. Ingenióse; colocó sobre unos zócalos varias tablas e hizo un camastro. De ese modo, estarían tranquilos.

Ciro y Silvina están verdaderamente enamorados [SEM. Amor romántico(V. Narr.: Cir./Sil.)]. El acto de Ciro de tirar el petate en que dormían Gaspar y Silvina y cambiarlo por una cama elevada simboliza la elevación espiritual del amor de los jóvenes y específicamente, de sus relaciones

sexuales. Su unión física no tiene como fundamento un pacto inmoral como lo tenían las relaciones de Silvina con Gaspar y con Galante: su cama no tiene alimañas debajo (SIM. Metáfora: Amor puro).

(458) Voz: Narr.

Más de una vez hablaron los jóvenes del asunto de la tienda... Ciro refirió sus alternativas, sus zozobras durante la causa.

Habían querido muchas veces tirarle de la lengua para hacerle hablar. Pero él nada, ni palabra. Estaba convencido de que el asesino fue Gaspar y de que aquella noche Silvina estaba asustada ante la magnitud de los hechos. Pero calló, nada declaró ante el juez; por nada del mundo hubiera comprometido a Silvina.

Ella le escuchaba y asentía. Mostrábase agradecida por la conducta del joven. Este, en la soledad del camastro, planteó una noche el misterioso problema de las manchas. Ella, enlazada a su cuello, arrebatada por ímpetu de franqueza, reveló el secreto. Y Ciro lo supo, lo comprendió todo al fin, sintiéndose emocionado ante el recuerdo de aquella noche de amor y de crimen.

Así pasaban los días. El, encerrándose en la casucha al salir del trabajo; ella, apegada, cariñosa, admirando el comportamiento de Ciro en la cárcel, aquella conducta que tuvo mucho de hidalgo dispuesto a morir por su dama; viviendo, viviendo al fin placentera, y en medio de esa dicha, sintiendo, a veces, extraño malestar, recónditos indicios de enfermedad que el sosiego y la felicidad de su nueva vida no contenían.

Ciro y Silvina, a nivel consciente, hacen todo lo posible porque su relación funcione. Ella es completamente honesta con el amante [SEM. Honestidad (V. Narr.: Sil.)]. Si juzgamos a Ciro partiendo de su actuación, ha sido valiente para defender su amor [SEM. Valentía (V. Narr.: Ciro)]. Pero el narrador califica el gesto del joven de acto romántico, casi quijotesco antes que como uno de verdadero valor: ...aquella conducta que tuvo mucho de hidalgo dispuesto a morir por su dama...[SEM. Quijotismo (V. Narr.: Ciro)]. La conducta de Ciro puede compararse a la de Inés Marcante al salvar al niño

del río crecido (Nos. 325-327). Son actos de valentía productos de las circunstancias y hasta de la insensatez antes que de un verdadero valor.

(459) Voz: Narr.

La tienda de Andújar permaneció algún tiempo cerrada. El tendero prefirió las pérdidas que el negocio paralizado le produjera, a confiar en manos extrañas la gestión de sus asuntos.

Cuando llegó al monte, barrió las averías... Las provisiones pasadas y descompuestas fueron arrojadas por el barranco, en donde los perros de la comarca celebraron suculento festín. La vieja Marta rondó en torno de aquellos montones, mientras Andújar, siempre atento a su interés, rondaba también en torno de ella.

El negocio del cerezal le preocupaba. Muy pronto debía trasladar su residencia al poblado; muy pronto liquidaría la tienda; muy pronto habíale dicho Galante, quedarían las cosas listas para el nuevo negocio.

Era preciso, pues, que en breve el cerezal fuera suyo. ¿Mas cómo vencer la resistencia de la vieja?

Las cosas habían cambiado, sinembargo, en el ánimo de Marta. El robo de que la hizo víctima Gaspar la impuso un cambio de escondite; labor que fue penosa, intranquila, llena de zozobras y temores. Pensó la vieja que algún día moriría... ¿Qué sería entonces de su finca? Recordó la manera como Andújar se hizo dueño de los terrenos del setentón; pensó que su nieto no había de sobrevivirla; pensó que mostrenco el cerezal caería en manos extrañas y concibió una idea, una idea ambiciosa: sí, mejor que terrones y pedruzcos era dinero. Al morir ella la tierra quedaría para quien se la apropiase; el dinero podía tocarse, amontonarse, esconderse y, en casos de alarma, abarcarse entre los brazos para morir sobre el montón. Sí, debía vender el cerezal...

Pensó la vieja que algún día moriría. ... (ACC. Cavilación:1(10): Pensar en distintas alternativas). Sí, debía vender el cerezal... (ACC. Cavilación:2(10): Decidir vender). La cavilación de Marta la muestra astuta [SEM. Astucia (V. Narr.: Marta)]. Marta practica la verdadera avaricia: su objetivo al guardar dinero es, solamente, amontonarlo.

(460) Voz: Narr.

Tal cambio de parecer favoreció los planes de Andújar. Pudieron entenderse aunque no sin dificultades. El precio fue muy discutido; Marta, firme en su pretensión; Andújar, cediendo siempre.

Al cabo llegóse a un acuerdo: cuatrocientos pesos de contado, negocio escriturado y el estricto cumplimiento de una condición sin la cual Marta no cedió al negocio: la vieja reservaba el derecho per vitam de vivir en la choza. Ella viviría siempre allí; la cabaña sería suya, de su exclusiva propiedad; que cultivara Andújar los terrenos y aprovechase sus productos.

Andújar transigió. ¿Para qué necesitaba él la choza? ¡Bah!... un manojo de hojas de palma. Además, la vieja viviría poco y el tendero necesitaba que ella permaneciese allí, siempre allí, para todo peligro de trasporte, (sic) de cambio del botín. El sabía que tarde o temprano el caudal llegaría a sus manos: era cuestión de paciencia.

Cerrado el trato terminóse el negocio. Al empezar la cosecha el cerezal era ya de Andújar y Marta, con dolorosa pesadumbre, vio como, en un par de horas, los obreros de Andújar desnudaron sus *cafeitos*, llevándose algunos quintales de cerezas que ella lloró como si hubieran sido prole querida, hijos de su corazón.

Cerrado el trato. ... (ACC. Ampliación:2(2): Firma de la venta). El sentimiento de pesar de la vieja Marta ante la venta de su cafetal tiene una connotación negativa [SEM. Avaricia (V. Narr.: Marta)]. El café era para Marta como su ...prole querida, hijos de su corazón. La misma comparación ha sido hecha anteriormente entre las matas de café y Juan del Salto: ...visitaba las plantaciones que constituían su riqueza con el acendrado cariño del padre que acaricia las cabecitas rubias de la prole. ... (No. 40). Pero en el caso del hacendado esta comparación ha sido presentada como positiva, connota dedicación al trabajo.

(461) Voz: Narr.

En tanto, el netezuelo seguía apagándose. Algún tiempo después ya no podía levantarse del lecho.

La consunción le había minado al punto de convertirle en esqueleto viviente. A las vecinas piadosas les partía el alma verle en tal estado de debilidad y miseria, y alguna de ellas llevó allí a una curandera, milagrosa en el barrio, que con aire colemne santiguó el vientre del niño.

El pobrecillo moría... Moría ya, rindiéndose en brazos del hambre, del hambre sistemática, lenta, cruel.

En Diciembre, (sic) algunos vecinos avisaron al comisario, otro tendero que sustituyó a Andújar en el importante cargo pedáneo. El espectáculo de la choza no podía contemplarse sin lástima. Por caridad de Dios debía venir el médico, el médico del cabildo, para que recetase, para que mejorase, para que salvase, si llegaba a tiempo, al infeliz netezuelo de Marta.

El pobrecillo moría... (ACC. Muerte:1:Visita del médico). Una curandera acude a ver el niño (REF. Medicina popular). La gravedad del nieto de Marta ocasiona que el doctor Pintado visite la región.

(462) Voz: Narr.

El comisario produjo un parte, un campesino piadoso lo llevó al poblado y sobre el Doctor Pintado cayó la sobrehumano labor de dar vida a un moribundo.

Pintado se dispuso al trasmonte. Acompañábale el P. Esteban que, había sido también llamado a cumplir su ministerio junto al lecho de una campesina. Uno y otro, al conocer la necesidad coincidente en que estaban de repechar, armonizaron las cosas para salir juntos.

Ambos celebraron la excursión en compañía. Menos mal: la distancia era larga; el camino difícil; el cómodo hamaqueo de las cabalgaduras, aunque no estropeaba, hacíase cansado. Luego, era agradable caminar charlando, ofreciéndose mutuamente cigarrillos, comentando las últimas noticias políticas, contemplando el copioso derroche de panoramas que los campos de la colonia ofrecían.

Esta visita servirá para que los dos hombres junto a Juan del Salto culminen la teoría sobre las causas de los males sociales.

(463) Voz: Narr.

Llegaron al cerezal... El P. Esteban debía continuar monte arriba cierta distancia. Convinieron en reunirse después de terminada la misión que cada cual debía cumplir. Como era ya cerca del medio día, algún fiambre comprado en cualquier tenducho les serviría de almuerzo. Luego, al terminar los quehaceres, como ya sería tarde y por aquellos accidentados caminos, careciendo de mucha práctica, era peligroso regresar de noche, comerían en la granja de del Salto y harían noche allí. A ese objeto, envióse un aviso a

Juan, noticiándole que aquellos dos bravos amigos del poblado irían, con buen apetito y cansados de la jornada, a comer con él.

[E]nvióse un aviso a Juan. ... (ACC. Reunión:1(3): La élite se reúne).

(464) Voz: Narr.

El P. Esteban fuese detrás de su guía y el Dr. Pintado penetró en la choza de Marta.

En un cajoncillo invertido sentóse el médico junto al montón de trapos en que yacía el enfermo.

Marta, con aire inquieto, como si temiera que la aparatosa escena le costara dinero, estábase por allí, a veces contemplativa, a veces haciendo visajes, mostrando pesadumbre y alarma por el estado del nieto.

La preocupación de Marta, mas que al estado del nieto, se debe a una causa monetaria [SEM. Avaricia (V. Narr.: Marta)].

(465) Voz: Narr.

En el exterior, junto a la puerta, se agolpaban algunos campesinos atraídos por la curiosidad o esperando turno para mostrar al médico sus lacerias.

Pintado tomó entre el pulgar y el índice una punta del trapajo que cubría al niño, y levantándolo, descubrió al yacente. Viose un cuerpo esquelético, un manojo de huesos envueltos en una piel arrugada y flácida.

Fueron preguntados los antecedentes... Apenas si pudo Marta comunicar algunos. No recordaba la edad del niño, no recordaba la duración de su lactancia, no sabía de qué enfermedad había muerto su madre.

Pintado no insistió. Sabía por antigua experiencia que allí con frecuencia, las gentes no se fijaban en tales cosas. La clínica de los montes necesitaba ciencia y adivinación. Entonces, contempló fijamente al niño, sintiendo asombro ante tanto desastre. Tomó entre los dedos un pliegue de la piel, le pulsó, le puso la mano sobre el corazón, le levantó un brazo, le entreabrió los labios... Volvióse de mal talante e increpó al corro... ¿Para qué se le había llamado? ¿Era él, acaso, resucitador de muertos? Aquel niño hacía años que estaba enfermo y se esperaba para llamarle, a que estuviera moribundo.

El doctor Pintado hace preguntas precisas (REF. Medicina). Las respuestas vagas de Marta a las preguntas del médico no corresponden a la personalidad que el lector ha percibido a través de su actuación y sus cavilaciones respecto al dinero. El razonamiento de Marta sobre el lugar y la manera de esconder el dinero, la denuncia de Gaspar a la justicia, la venta del cafetal y las condiciones que puso para venderlo, la mostraron como una mujer astuta y ubicada en la realidad. Aunque el nieto es una preocupación secundaria para la avara, su ignorancia de la edad del niño, por ejemplo, no es coherente con el resto de su pensamiento que es tan preciso.

(466) Voz: Narr., Narr./Dr. Pint.

Dirigióse a Marta; habló de la alimentación, del régimen que se había seguido... Resultó que el niño no bebía leche, ni tomaba caldo. Vivía a expensas del salcocho, del terrible salcocho de plátanos.

El enfermo, en tanto, dirigía miradas tristes al concurso. Sus ojos parecían dos lucecillas brillando en el fondo de una cueva. Era una ramilla tronchada del gran árbol de la vida; un ser con derecho a vivir que la pasión y la miseria pisoteaban. Si hubiera podido resistir, si su organismo hubiera triunfado de la avaricia de Marta, aquella doliente infancia habría servido de base al hombre futuro. ¡Gran avance! El niño hubiera entregado en manos del adulto la abrumadora herencia, la extenuación hereditaria, el sello mórbido, la dolencia física, la deformación orgánica, el estómago atónico. Pero no... el netezuelo moría, la ramilla se desecaba separada brutalmente del eterno tronco.

Los plátanos como base de la alimentación campesina aparecen de nuevo (REF. Cod. Alimentario). La adjetivación los presenta como un alimento inferior [SEM. Desprecio (V. Narr.: Voz: Narr.: Alimentación campesina). La dieta de los campesinos de la sociedad histórica que sirvieron de modelo para los personajes de la obra abundaba en plátanos y carecía de muchos otros alimentos necesarios para una buena salud por razones económicas, naturalmente. Pero el nieto de Marta come sólo

plátanos debido a la avaricia de la abuela no por carencia de dinero para comprar otra comida. Al niño lo está matando su abuela que es un ser humano degenerado, no la injusticia social. El pequeño moribundo es un ejemplo, de acuerdo al narrador y al doctor Pintado, de lo que puede esperarse de los campesinos cuando sobreviven y llegan a adultos para procrear otros seres tan deficientes como ellos (REF. Determinismo científico).

(467) Voz: Narr.

Pintado dirijía (sic) miradas sombrías. Un triste convencimiento le dominaba: la impotencia.

Dio algunos consejos... Que cuidaran, que cuidaran al infeliz enfermo: era hambre, debilidad antigua lo que tenía.

Formuló... En una hojilla de papel que arrancó de su recetario pidió a la farmacia algunas drogas. Con aire displicente, alargó la receta, como quien está convencido de la inutilidad de lo que hace.

Sabía que todo era inútil; sabía que su misión quedaba incumplida; sabía que todos los presentes eran incrédulos o indiferentes; sabía, en fin, que si un alma piadosa no se prestaba en el acto a reclamar las drogas en el poblado, la receta permanecería una semana en el bolsillo de la abuela: hasta que se presentase uno *que hiciese la caridad.* ¿Qué les importaba un día antes o uno después? La alarma ante el peligro que amenaza a un ser querido; la premura para evitar los descalabros de la enfermedad; la inquietud hasta encontrar alivio para el enfermo; nada de eso comprendían, porque para temblar ante la muerte es preciso comprender la vida, saber lo que es vivir. Y Pintado, meditando una vez más en el estoicismo de aquellas almas inmóviles, púsose de mal humor.

La conclusión del doctor Pintado sobre las dificultades de los campesinos para obtener las medicinas que necesitan es que son estoicas ...almas inmóviles... En Puerto Rico en el siglo XIX había muy pocos médicos, la gran mayoría de ellos congregados en las ciudades. En los pueblos de campo escaseaban porque los sueldos eran bajísimos y muchas veces no se les pagaba; los habitantes de las montañas a veces no veían un médico en toda su vida. Para ellos era muy difícil llegar al pueblo más cercano del que

los separaban pésimos caminos que tenían que andar a pie con frecuencia. Para los médicos, como describe *La charca*, era difícil llegar hasta las casas de las montañas. Estas dificultades no aparecen en la novela. En el universo literario, si los enfermos no compran las medicinas es por una razón subjetiva: son *estoicos* (REF. Determinismo científico). La reacción del doctor Pintado es de mal humor con ellos por ser tan indolentes.

(468) Voz: Narr., Narr./Dr. Pint.

Luego, en el exterior, comenzó un desfile de enclenques; una tropa de pálidos pasó ante los ojos del médico, mostrándose a su inspección *por casualidad;* si el comisario no le hubiera llamado a la choza de Marta, aquel montón de blanquecinos no le hubiera consultado.

En este párrafo se caracteriza tres veces a los campesinos en forma despectiva: ...desfile de enclenques..., ...tropa de pálidos..., ...montón de blanquecinos... [SEM. Desprecio (V. Narr.: Campesinos)]. Se responsabiliza a los propios campesinos por la falta de asistencia médica que padecen.

(469) Voz: Narr.

Para todos tuvo un recipe, un consejo. Que comieran, que comieran; que abrigaran su desnudez con vestidos higiénicos; que se guardaran de las inclemencias del tiempo; que bebieran aguas puras; que huyeran de los licores... Pintado hablaba como repitiendo una lección aprendida, como quien recita lo que sabe de memoria por haberlo declamado muchas veces.

El médico cumple con su deber eficientemente [SEM. Cumplimiento del deber (V. Narr.: Doctor Pintado)]. Exhorta a los campesinos a que coman: no comen porque no quieren. La orden de abrigar ...su desnudez con vestidos higiénicos... parece obedecer más a principios morales que de salud. La ropa sucia sería perjudicial para la salud, pero la falta de ropa, en el trópico, no resultaría especialmente dañina. Los valores morales puritanos que rigen la novela repudian la desnudez; se ha visto, por ejemplo, en la

caracterización que hace el narrador de Leandra cuando ella se encuentra lavando en el río (Nos. 5, 7, 12).

(470) Voz: Narr.

A la consulta acudió Leandra, llevando a Pequeñín; Silvina, a quien el médico reconoció detenidamente; Marcelo, cuyo corazón auscultó con curiosidad; y con ellos, otros muchos, cuarenta o cincuenta campesinos que al tener noticias de la presencia del médico en la comarca, se acordaron de que estaban enfermos.

Del público general, el médico pasa a auscultar a los personajes de la novela. Por un lado se repite la indiferencia de los campesinos a visitar al médico, pero por el otro aparece un grupo bastante numeroso que acude a verlo. Esto crea una contradicción entre los hechos presentados en la novela y el juicio del narrador y del doctor Pintado. Si tan indiferente les es el médico a los campesinos ¿por qué han acudido a verlo en masa? Probablemente escenas similares ocurrían en la realidad histórica: cuando un médico visitaba las montañas, por cualquier motivo, los campesinos se conglomeraban ansiosos de consultarse. La contradicción es resuelta en la novela mediante la afirmación del narrador de que se presentaron porque la presencia del médico les recordó que estaban enfermos, pero no fueron como un acto de voluntad, algo que deseaban hacer y no habían hecho por falta de recursos [SEM. Apatía (V. Narr.: Campesinos)].

algo que deseaban hacer y no habían hecho por falta de recursos [SEM. Apatía (V. Narr.: Campesinos)].

(471) Voz: Narr.

Era ya de noche cuando en el comedor de Juan del Salto se hallaron reunidos los tres amigos.

Fue una comida alegre, jovial... El P. Esteban refirió sus aventuras al recorrer los difíciles caminos de la cuchilla. Al pasar, aunque se proponía evitarlo, sus ojos se fijaban en el abismo, en el profundo despeñadero sobre el cual flaqueaba la vereda. ¡Qué miedo! Caminar así, no era caminar. Juan argüía que todo era cuestión de costumbre, pero sus comensales obtaban (sic) resueltamente por la progresión en las llanuras.

El doctor Pintado, el padre Esteban y Juan del Salto se reúnen. Los tres personajes representan a los profesionales, al clero y a los hacendados. La élite criolla va a expresar su opinión sobre las causas y las soluciones de los males sociales de la isla. En el miedo del padre Esteban a los abismos que hay en el camino de las montañas [SEM. Miedo (V. Narr.: Padre Esteban)] aparece una sutil crítica al clero. A primera vista, el comentario del sacerdote parece una nota simpática, parte del díalogo introductorio de la discusión que va a producirse más adelante. Pero en el contexto de la novela el temor del sacerdote representa la tercera debilidad de su carácter. Las otras dos son: su gusto por las mujeres y su afición al vino (No. 123). Aunque siempre se habla de los gustos mundanos del padre Esteban en un tono jovial los personajes de *La charca* son unidimensionales moralmente: virtuosos o inmorales. Juan del Salto es ascético, las pasiones han muerto para él y condena el alcohol con escarnio. El doctor Pintado, como veremos más adelante, sólo bebe agua y es un positivista convencido. El sacerdote, representante del viejo sistema de pensamiento, es el único imperfecto que aún conserva debilidades superadas ya por las mentes científicas del hacendado y del médico. Al decir que los precipicios lo atemorizan, lo expresa en un lenguaje emotivo: ...¡Que miedo!... que no es el apropiado para el hombre *moderno* de mente científica propugnado como ideal humano en la novela.

(472) Voz: Narr.

Comióse con buen apetito, departiendo siempre. Pintado bebía con deleite vasos de agua cristalina, mientras celebraba las selectas condiciones de aquel néctar. Lamentábase de no poder en el poblado tenerla a mano. Juan esplicaba (sic) la topografía del cauce que agua tan exquisita trasportaba (sic). Venía desde muy alto, desde cumbres muy abruptas casi inexploradas, saltando de piedra en piedra, aereándose, saturándose de frescura, filtrándose siempre y regalando con agradable limpidez. El agua les ocupó buen tiempo.

Luego discutieron las ventajas de la vida en el llano y de la residencia en el monte. Cada cual adujo sus impresiones y de ellas surgieron opiniones que obedecían a la novedad, a las impresiones, al capricho. Los del llano, encontrábanlo allí todo sereno, delicioso: la vida de las montañas tenía atractivos. Y Juan, explanando conocimientos prácticos, rebajaba los entusiasmos, hablando de las inconveniencias de tal vida a centenares de pies sobre el nivel marino.

Después del café, sacáronse al balcón sillones de balance y sentáronse.

La noche era fresca. Estaban ya en Diciembre, (sic) en el invierno del trópico: un invierno limitado a las horas sin sol, sin inclemencias, sin nieves.

Los comensales apuraban sus cigarros departiendo siempre, contemplando el cielo henchido de refulgencia. El paisaje de los montes desvaneciéndose en la sombra; no era posible distinguir los contornos abismados en la negra difusión de la noche. Sólo el cielo se mostraba luminoso con fulgores que acariciaban la mirada.

Los comensales apuraban sus cigarros departiendo siempre, contemplando el cielo henchido de refulgencia. El paisaje de los montes desvanecíase en la sombra; no era posible distinguir los contornos abismados en la negra difusión de la noche. Sólo el cielo se mostraba lurninoso con fulgores que acariciaban la mirada.

El doctor Pintado, al tanto de las ideas científicas y sociológicas *modernas* , bebe agua solamente [SEM. Abstención alcohólica (V. Narr.: Dr. Pintado)]. Se enfatiza la característica salutífera del agua: ...Pintado bebía con deleite vasos de agua cristalina. ... En contraste con el gusto del médico recuérdese el almuerzo de Juan del Salto con el padre Esteban en que el sacerdote necesita beber algo como aperitivo: ....se le impuso la necesidad de un buen aperitivo. ... (No. 128). Los amigos comen con buen apetito, la conversación gira alrededor de temas científicos y filosóficos. La escena

contrasta fuertemente con la vida de los campesinos que no saben comer apropiadamente y cuando se comunican verbalmente, con la excepción de los diálogos entre Ciro y Silvina, o planean crímenes, o pelean o cuentan chistes picantes. El contraste que muestra la obra entre las dos culturas quedó ilustrado de manera ejemplar en el texto de Rafael Martínez Alvarez, *El último alcalde español en las Américas* (1ra parte, Cap. IV, segunda parte p. 215). Se sitúa el tiempo de la escena (REF. Cronología). Se alaba el invierno tropical y la belleza de la naturaleza [SEM. Benevolencia (V. Narr.: Naturaleza)].

(473) Voz: Narr., Narr./ Dr. Pint.

Entonces el Dr. Pintado contó los afanes de su jornada, refirió sus impresiones. Había visto una vez más en su desnudez la gran laceria de las montañas: una enfermiza normalidad impuesta a las gentes por la sorda depresión de los organismos; una mentida salud alentando engañosa sobre el cuerpo destruido de una raza.

Habló en general... ¡Qué languidez en los semblantes, qué decoloración en los tejidos! Algunos, cuando sufrían ataques de disimulada fiebre, mostrábanse desteñidos, de terroso color, invadidos por amarilla palidez que apagaba la viveza de los semblantes. Y luego, ¡qué corazones! ¡qué palpitar, o vicioso, o recóndito, o turbulento! ¡qué crujidos allá adentro, en el seno del órgano en donde sólo debía resonar con suave roce el fecundo oleaje de la vida! El, Pintado, se desesperaba, reconocíase impotente para derribar la formidable barricada de las supersticiones, de la indiferencia y de la incredulidad, sirviendo de ancha base al enfermizo desastre.

Al evaluar la sociedad de la montaña, la opinión del doctor Pintado es exactamente la misma de Juan, enfocada desde el punto de vista de la medicina. Tanto Pintado como el hacendado se sienten impotentes para resolver los problemas [SEM. Impotencia (V. Narr.: Dr. Pintado)].

(474) Voz: Narr., Narr./ Dr. Pint.

Luego puso ejemplos. Se refirió a un joven en quien la anemia había minado las fuerzas. Por las señas, Juan del Salto sospechó que se trataba de

Marcelo, y, en efecto, así resultó; recordando el médico que en época anterior Juan le había recomendado aquel joven. Pintado disertó sobre el estado de aquel organismo fijándose, sobre todo, en las funciones cerebrales. Dijo que en aquellos sesos había una extraordinaria miseria de sangre; que cualquier día podría caer en el estupor de mortal desmayo o, tal vez, en la exageración de un delirio insensato. Todo dependía el estímulo que sobre el enfermo actuase.

Aludió al nieto de Marta... El desorden físico era allí tan profundo que todo esfuerzo resultaría impotente para restituirle a la vida. Más energía, más tensión vital, más fortaleza hubiérase hallado en una hojilla de helecho que en aquel destruido organismo. ¡Qué criminal abandono! Verdaderos delitos escondidos en las profundidades de las sierras...

Detúvose mucho aludiendo a otro *caso* que despertó su interés facultativo: una muchacha, apenas de diez y seis años, atacada de *epilepsis minor* : enfermedad traicionera, hipócrita, que se escondía y disimulaba primero, para estallar después con rudezas de martillo y turbulencias de huracán. Pudo obtener algunos antecedentes: aquella chica era casada desde los trece años; su marido habíala abandonado desapareciendo de la comarca; y, por entonces, vivía en concubinato con un mozo del vecindario, uno que le aseguraron estuvo preso... Supo que era hija de madre multípara, mas no logró averiguar nada referente a su padre.

A través de la conducta y de sus propias declaraciones sobre sus sentimientos, se ha indicado que el destino de Marcelo puede ser fatal. Ahora el doctor Pintado reafirma lo dicho anteriormente, pero como posibilidad basada en el conocimiento científico. Aunque las opiniones del médico están dadas desde su perspectiva científica, la adjetivación de su lenguaje muestra valoraciones subjetivas de tono poético. La epilepsia es una ...enfermedad traicionera, hipócrita, que se escondía y disimulaba primero, para estallar después con rudezas de martillo y turbulencias de huracán. ... (REF. Literatura).

(475) Voz: Narr., Narr./Dr. Pint., Narr./Padre Est.

Con tales datos y los detalles personales que adujo el médico, Juan pudo afirmar que se trataba de Silvina, y refirió su historia, que en parte conocía, sacando a relucir los ascos íntimos de aquel hogar.

Pintado explanó sus opiniones en el punto... Era bestial, feroz, inicuo, lo que allí se hacía. Apenas a través de la niña se entrevía (sic) la mujer, la impunían el decúbito. La vida genésica prematura hería de muerte a la especie; la precocidad concupiscente la infamaba, la deprimía, diluyendo para la prole gérmenes de miseria física. Añadió que el útero era órgano sagrado, órgano que la naturaleza bendijo para que sirviera de piadoso claustro a la vida. Estrujarle, retorcerle, lanzarle a la actividad funcional exigiéndole una labor prematura, era horrible... Aquello mataba los individuos, extenuando las familias; aquello poblaba el mundo de locos, de seres cerebralmente deprimidos.

En ese tema intervino el padre Esteban. Conocía tales atrocidades... Los hombres lanzábanse ciegos a la orgía concupiscente y las mujeres sucumbían casi impúberes. *¡No las dejaban criar!* ¡Corazones vacíos de las sensaciones del culto; cerebros exhaustos de la idea de Dios!

Las explicaciones científicas del doctor Pintado tienen un tono moralista de base religiosa: ....el útero era órgano sagrado, órgano que la naturaleza bendijo para que sirviera de piadoso claustro a la vida. ... La preocupación principal del médico al comentar el caso de Silvina, como antes al comentar el del nieto de Marta, son las generaciones venideras. Estos casos sirven para ilustrar la causa del mal social que invade la montaña (REF. Tesis biológica). Al intervenir el padre Esteban en la conversación utiliza una expresión popular que el autor transcribe en cursiva: .... *¡No las dejaban criar!* ....

En contraste con el razonamiento de base biológica del médico, el padre Esteban atribuye los problemas de los campesinos a la falta de fe (REF. Tesis religiosa).

(476) Voz: Narr., Padre Est., Dr. Pint.

Por ahí, por ese punto, vino la contienda, y lo que había empezado serena plática, fuese convirtiendo en viva controversia.

Al Doctor Pintado no le había ocurrido nunca que la idea de Dios, metida en los cerebros montañeses, lograra vigorizar la debilidad física de la raza. Mas el P. Esteban discutió el asunto explanando todo un sistema de diseminación de la moral y de la religión.

-Lo que no se enseña-decía no puede practicarse. Ni los individuos, ni los pueblos pueden adivinar cual sea el buen camino. Es menester explicarlo, repetirlo, esculpirlo; empujar a la sociedad por ese camino, mostrándoselo con el grandioso y secular índice de las creencias. Por desventura no es así: la idea de la moral no llega a estas cordilleras...

-Y supongamos que llegara-argüía Pintado-¿basta acaso que el aire trasporte (sic) semillas para que se levante el bosque?

-Con paciencia y con tiempo...

-No; para que se cumpla el fenómeno se necesita la concurrencia de otros factores. Es necesario para que la semilla prenda, que caiga en terreno apto, dispuesto para recibirla. En caso contrario, la corriente de aire sería ociosa.

-Pero en fuerza de trasportar (sic) semillas, acaba por ser fértil la tierra antes estéril.

El Padre Esteban explica su posición (REF. Tesis religiosa) y el doctor Pintado la refuta (REF. Tesis biológica). A pesar de su pretendida objetividad el médico, para ilustrar su opinión, utiliza una metáfora (SIM. Metáfora).

(477) Voz: Narr. Narr./J. del S.

Juan escuchaba sonriendo. Ya le había parecido a él muy extraño que el P. Esteban no hubiera armado la contienda. Y aquella noche el choque podía ser formidable, porque tenía que habérselas con Pintado, nada menos que con un convencido positivista que en asuntos referentes a la colonia era pesimista, con un pesimismo que le llegaba al cuello, completamente reacio a toda transigencia, no aceptando en sus juicios y opiniones más procedimientos que la disección, ni más Dios que Claudio Bernard...

Juan del Salto actúa como moderador de la discusión entre el médico, su *alter ego* , y el sacerdote. El personaje del doctor Pintado cumple dos funciones en el engranaje de la novela. Primero, asume la representación de los profesionales en esta reunión y segundo, como médico positivista y admirador de Claudio Bernard (REF. Determinismo científico) su opinión es infalible, le da peso científico a la hipótesis del hacendado.

(478) Voz: Dr. Pint., Padre Est.

-Aunque el viento sople cien siglos-añadió el médico-donde no hay órgano, no hay función; donde no hay átomos, no hay cuerpos.

-¡Donde no hay creencias no hay sociedad; ni funciones, ni cuerpos, ni átomos ni...!

-Entendámonos, amigos míos- interrumpió Juan del Salto-donde no hay salud, no hay pueblos. La moral... ¡qué hermosa es la moral! El haz luminoso del ejemplo descendiendo hasta las últimas capas sociales; la severa virtud, el fanatismo del bien, cumpliéndose por todos hasta en los actos más insignificantes de la vida; ola de salud espiritual, corriente de belleza y de verdad fecundando al universo... me parece bien. Mas no confundamos. No alcanza la moral hasta los montes, es cierto, pero es por que la moral no tiene alas, por que camina abandonándonos a su peso, descendiendo...

-Como quiera que sea-dijo el sacerdote-las enseñanzas de la moral no llegan a estas gentes, porque tampoco llegan las enseñanzas religiosas

-Me conformaría-añadió Pintado-con que llegaran las sales de hierro y manganeso-¡Pero, hombre, qué barbaridad! ¿Qué idea tiene Ud. del alma?

-También el alma necesita de ázoe..

-¡Jesús!...

-¿Por qué ese asombro?

-Por su materialismo.-Y bien; es cierto; soy materialista.

-¿Y de ese modo, a fuerza de drogas, va Ud. a salvar esta generación?

-No; esta generación no se salva; está perdida...

-¡Cómo!

-Es menester escribir en su frente lo que leyó el Dante sobre la puerta de su célebre infierno *"Lasciate ogni"...*

-¡Bah, bah!...

-Sí, perdida para siempre. Nuestros abuelos no pensaron en el porvenir.

-Lo que está es perdida para Dios; eso es lo cierto. La inmoralidad, la disipación, el mal ejemplo, las atrocidades materialistas de Uds. los neo-redentores de la tierra, he ahí lo que nos trajo a tal extremo. Pero todavía hay salvación. Con un riguroso régimen...

-¿Un régimen clínico?

-Un régimen espiritual, porque estas son almas... Miren Uds.: Dios y la criatura viven en completa relación. Si se ofende a la criatura, se ataca a

Dios; si se niega a Dios, se destruye a la cristura se la deforma, se la empuja al mal, se la detiene en su inefable marcha hacia el progreso. ¿Existe Dios?... pues la creación se impone, la reclama la razón; porque todo en la naturaleza existe, fíjense Uds., *ex-iste* , viene de otro. Es necesario que haya creador absoluto y criatura relativa, infinito y finito...

Pintado volvía la cabeza con desdén mirando a otro lado. ¡Bah!... buena iba a ser la sinfonía si no atajaban al P. Esteban. ¡Lo relativo! ¡lo absoluto! Una trasfusión (sic) de la sangre: he ahí un absoluto rellenando a un relativo. Mas el sacerdote continuaba enérgico, elocuente.

Todo se descompone; en la inteligencia, por la ignorancia; en el cuerpo, por la enfermedad; en la voluntad, por el vicio. La relación íntima entre la criatura y su creador, mantiene el equilibrio: en la inteligencia, con la sabiduría; en el cuerpo con la salud; en la voluntad, con la virtud. Las relaciones entre Dios y su obra son vitales: atentar contra ellas es la muerte de la criatura. Ese admirable enlace es lo que se llama religión, *re-ligión*... El hombre es un compuesto; espíritu y materia. Su fin, por consiguiente, es la perfección de esos dos componentes. De ese punto dimana la obligación que tiene el hombre de atender a su cuerpo, a su desarrollo, a su perfección y conservación; de ahí el deber de guardar los preceptos de la higiene, removiendo todo cuando pueda perjudicar los componentes del cuerpo. Y vean, vean Uds. como la religión no sólo hace el alma, sino los factores de ese problema físico en que Ud. amigo Juan, tanto piensa.

Yo no discuto las excelencias que cada escuela filosófica aspire a tener-dijo éste-Me limito a estudiar el problema, a precisarlo.

-Desengañémonos: la cultura religiosa realiza esos milagros. Salud del alma, salud de la materia y...

La exposición del doctor Pintado tiene como base teórica el razonamiento de Juan del Salto que apareció anteriormente (Nos. 50-55): la causa del mal es eminentemente biológica, agudizada por las circunstancias sociales de la isla. El sacerdote también ha expuesto su opinión con anterioridad (Nos. 130, 132, 134, 136, 138). El médico y el sacerdote están de acuerdo en que el campesinado está degenerado física y moralmente. La diferencia de los dos hombres estriba en el procedimiento a seguir para regenerarlos. El médico piensa que hay que atender el cuerpo y el sacerdote da prioridad al espíritu. En la discusión que sostuvieron antes Juan del Salto y el padre Esteban, Juan afirmó que la regeneración del pueblo tenía que ser

muy lenta (No. 139). Ahora el doctor Pintado repite la aseveración en forma más terminante: ....esta generación no se salva; está perdida. ... Tanto un contendiente como el otro se expresa haciendo uso de explicaciones y vocablos que connotan erudición: etimologías, latinismo (REF. Cultismos).

(479) Voz: Dr. Pint., P. Est.

-Esos fines-interrumpió Pintado-no se consiguen campaneando maitines o haciendo novenas a San Crispín.

-¡Pero, hombre! ¿qué se ha figurado Ud. de mí? Piensa Ud., sin duda que soy algún curilla fanático e ignorante? No señor; yo soy como Ud. un hombre de ciencias, un observador, un analítico ¡Las novenas! ¡Las campanas! ¿No se pone Ud. los lentes para ver mejor al enfermo? ¿Influye algo en su juicio clínico la intercepción de los vidrios? Pues bien; las novenas, los maitines, las campanas, el culto en general, no son más que cristales para que el hombre vea a su través la magestad del dogma, ya que la miopía de la ignorancia y del escepticismo, hacen necesarios tan diáfanos cristales para ver a Dios.

-Vamos, Pater, hablemos claro: los convencionalismos místicos no conducen a ninguna parte. El culto se complace en la pompa hueca de sus prácticas. Parece que vive de la forma: mucha rama y poco fruto.

-No, al contrario, mucho fruto, porque Jesucristo maldijo la higuera que no tiene más que hojas.

-La naturaleza vive de práctica, no de principios.

-Convenido. Mas entiéndase que la religión ciencia, es eminentemente práctica. Véanse los Mandamientos de la ley de Dios, por ejemplo...pues su infracción acarrea trastornos físicos, intelectuales, morales y, por ende, sociales. La religión es al progreso, lo que el principio vital a los organismos. Llénese de alimentos el estómago de un cadáver: no habrá digestión; quítese la vida a un ser pensante; no habrá progreso. Y la vida viene de Dios... Luego, Dios es progreso.

El sacerdote apuró la materia. Después volvió a su vasto plan difusivo de religión y moral, fundando el éxito en la constancia, en la acertada dirección escolar, en el buen ejemplo presentando los espectáculos del bien, en las misiones actuando con el catequismo, en el aumento del sacerdocio repartiéndolo por todos los confines de la colonia; en la profusión de los sacramentos, en las prácticas de la virtud, en fin, presentando la moral en imágenes.

Mas que al pensamiento teológico, el ataque del médico va dirigido contra la religión católica, eminentemente ritual. Esta discusión del mundo ficticio era un tema candente para fines del siglo XIX entre los intelectuales puertorriqueños, como hemos dicho antes. La discusión pasa a la elaboración de cada exponente de su plan para solucionar el problema. La solución del sacerdote representa la posición del clero: educación y enseñanza religiosa (REF. Política del clero).

(480) Voz: Narr., Narr./Dr. Pint.

Pintado discutía, argumentaba... Habló de un régimen económico que diese anchura al movimiento mercantil, que fomentase la agricultura engrandeciendo el comercio, que abriese caminos a la aspiración indiustrial, que explotase con beneficio del suelo productor los providentes veneros de la zona. Eso era lo positivo; lo demás sólo patraña. Oro dinero: esa es la palanca. El tubérculo que aprieta en su estroma la nutritiva fécula: dinero; la locomotora que recorre las distancias: dinero; la cabeza del sabio concibiendo grandes ideas: dinero; las sangrientas convulsiones sociales; dinero. Todo se reducía a valor positivo; todo cristalizaba en oro; todo cuajaba en riquezas materiales. Lo que no obedeciese a tal regla, que se arrumbase. ¿Queríanse sociedades sanas, cultas y libres?... pues, dinero, dinero y dinero...

La voz del Dr. Pintado representa la posición de los autonomistas (REF. Política autonomista) de la realidad histórica: los problemas de Puerto Rico eran eminentemente de origen económico (REF. Economía).

(481) Voz: Narr., P. Est.

El P. Esteban aceptaba como útil, como necesario, el movimiento económico, pero creíalo de menos importancia que la santa depuración de las almas. En ese detalle, el médico repetía que, aparte de la urgencia de salud que tenían aquellas gentes, la mejor base de cultura era la riqueza pública, con la cual lográbanse poderosas conquistas intelectuales y materiales.

-No,-insistía el sacerdote-yo levantaría en cada montaña un templo...

-Pues yo, en cada cerro, un banco...-Pues yo-interrumpió Juan- en cada valle levantaría un gimnasio... Los pueblos sanos llegan a la civilización y a la

cultura, antes que los deteriorados por las grandes depresiones del tiempo. Redímase físicamente la raza y pídase luego que aprenda, que imite, que siembre, que restaure, que negocie... y también que crea, Pater, que crea. Es más fácil que un pueblo surja civilizado y culto del gimnasio, que del hospital...

El P. Esteban asintió y como era erudito, tuvo ocasión de disertar acerca de las religiones griega y romana. Con verbosidad nerviosa y acento convencido, trajo a colación el gran montón arcaico de las thermas, de los gladiadores, del disco, de las jabalinas, de la arquitectura ciclópea, rematando en el coloso de Rodas. Pero siempre coronando las grandezas humanas con el nimbo santo de la religión.

La discusión está regida por el humanismo religioso del sacerdote y el positivismo del médico y del hacendado (REF. Filosofía).

(482) Voz: Narr., Narr./J. del S.

Juan intervenía insistiendo. Para aquellas gentes, el primer esfuerzo redentor debía ser físico. Constituían un *gran estómago* que perecía exhausto por falta de nutrición. Formaban un conjunto social débil ante las causas mórbidas. Y ese conjunto, predispuesto al crimen por la depauperación orgánica; por la influencia venenosa del alcohol proyectada a través de las generaciones; por la precocidad gestativa deprimiento la prole; por la insuficiencia de la alimentación; por la desproporción entre ésta y el trabajo físico exigido; por la intemperie; por la desnudez; por la acción atmosférica y telúrica; por el abandono en que se consume.

Juan del Salto, en su papel de moderador, resume las causas del mal.

(483) Voz: J. del S.

-Sí,-decía-si ese estómago social se nutriera, la raza mejoraría, las futuras generaciones fueran sanas y robustas, y sobre el restaurado organismo de las nuevas generaciones vendrían las conquistas de la vibilixsvión, de la cultura, de la moral, del progreso... ¡Vida, mucha vida; corrientes expansivas; energía en los dogmas higiénicos y áulicos; no pedir a ese pobre yacente el diezmo tributario, la limosna del hambriento, sino darle pan gratuito antes que mísero... ¡calmar el hambre, en fin, de un pueblo opulento!

El tema de la discusión se encamina hacia la política, que no se había mencionado explícitamente hasta este momento. Al acercarse al tópico

aparece en el discurso un tratamiento de la miseria del pueblo que no había aparecido antes: hay que calmar el hambre del pueblo. Hasta ahora el propio pueblo era el responsable de su miseria. También lo será en el resto de la novela. Lo será siempre que el texto plantee la relación campesino-trabajo, que equivalía a campesino-hacendado. Pero durante la discusión del hacendado, el médico y el sacerdote, al comenzar a hablar de la necesidad de reformas políticas se dice que es necesario calmar el hambre del pueblo. La mención del hacendado plantea una contradicción en la lógica interna de la novela: ¿Cuál es la verdadera causa de que haya hambre? Si los campesinos tienen acceso al trabajo cuando lo desean, su miseria no tiene que ser resuelta por el gobierno, sino por sus propios esfuerzos como han repetido Juan del Salto, el narrador y Montesa.

(484) Voz: Narr.

La conversación fuese hilando, y cayeron en la política. Departióse extensamente... Los tres amigos estaban saturados de los grandes alientos progresistas de la revolución de Setiembre. El colosal sacudimiento que llevaba a la nación a las grandezas del porvenir, les había inspirado la reforma, la expansión. Los tres confesáronse liberales. Anchura, sí, anchura en la vida política, como en la vida social, como en la vida económica. Expresaron sus opiniones; hablaron de derechos y deberes; de amplitud; de igualdad; de la necesidad de nivelar ante la sabiduría de la ley a todos los hijos de la nación, a todas las clases, a todos los individuos. Fue un derroche de ideas; convirtiéronse en legisladores y el régimen político fue discutido también.

En septiembre de 1868 hubo una revolución en Puerto Rico, el Grito de Lares y una revolución en España (REF. Historia). La revolución que los tres amigos recuerdan en el texto debe ser la de España dadas las ideas políticas que plantea la novela. El Grito de Lares fue repudiado por los liberales puertorriqueños en la realidad histórica tanto como por los conservadores. Además, recuérdense las declaraciones de Zeno Gandía en 1926 cuando

menciona la imagen imperecedera que conserva de la revolución septembrina (1ra parte, Cap. III, pp. 143-144). La única voz a favor de la independencia en la novela, aunque hubiera que apelar a la lucha armada, es Jacobo, el joven hijo de Juan del Salto; su opinión es presentada como producto de ilusiones juveniles sin base en la realidad. Por lo tanto, no es factible que los tres viejos amigos liberales fueran a basar sus esperanzas reformistas en el recuerdo del Grito de Lares.

(485) Voz: Narr.

Después, mientras el P. Esteban y Pintado ahondaban en el asunto, Juan quedóse meditabundo. Por el hueco de la puerta escapábase un haz luminoso que proyectado por el quinqué, evadíase por el balcón y doraba un pedazo de la montaña. Era un chorro de fugitiva luz iluminando con viveza la negrura del monte; encendiendo en él un espacio proporcionado al perímetro de la puerta, y abarcando en la zona luminosa a una palma real que esbelta, sosegada, con serenidad de sueño, parecía mirar desdeñosa la irradiación que la favorecía interrumpiendo, acaso, la calma de su misterioso sueño.

Algunos vespertilios entraban en la sala mariposeando con incierto vuelo y rondando en torno del foco de luz. Deteníanse, a veces, y plegando las alas reconocían con sus largas espiritrompas la aspereza de los objetos que no ofrecían ni néctar, ni perfumes como las plantas.

La contemplación de Juan de la noche proporciona una pausa en la discusión antes de que el hacendado exponga la conclusión. La descripción de la naturaleza contiene vocablos cultos, ajenos al lenguaje del pueblo de Puerto Rico: ...espiritrompas, vespertilios... (REF. Cultismos).

(486) Voz: Narr., J. del S., P. Est.

Juan salió de su abstracción.

-Pero todo ese bien-dijo-toda esa labor redentora tiene que fundarse en la solución del problema físico. Me preocupa, me preocupa profundamente: es la sólida base sobre la cual ha de fundarse el porvenir de la colonia. Lo veo claro, evidente.

-Eso es discutible.

-No...

-Pueden hallarse en organismos enfermos cerebros caldeados por el genio.

-En lo individual sí, jamás en lo colectivo. Ese problema es vital, importa mucho. Para convencerles podría hacer un símbolo...

Pintado y el sacerdote que oían con interés a Juan, aceptaron jovialmente la proposición.

-Veamos.

-Sí, veamos.

-Figúrense Uds. una estatua colocada sobre un pedestal.

-Me la figuro.

-Adelante.

-La estatua es bella, el arte la colmó de encantos y permanece rígida en su inmovilidad de piedra.

-Bien ¿y qué?

-Esa es la raza.

-¡Hombre...una raza de piedra!

-Escuchen Uds,; no he terminado.

-Continúa el simbolismo. Adelante.

-Bien...pues ahora, coloquemos delante de la estatua a un artista que deseando embellecerla y conservarla, se llame "Restricción."

El cura y el médico lanzaron una carcajada.

-¿Qué hará la estatua?

-Hombre, pues me gusta, no hará nada.

-Permanecerá inmóvil; se quedará tan fresca como si tal cosa.

-Naturalmente... Y aunque ese artista la sacuda y la hostigue y la conmine a moverse dentro de la órbita que en torno del pedestal le trace, la estatua permanecerá siempre extática.

-Eso no tiene vuelta de hoja.

-No comprendo adonde va Ud. a parar...

-Paciencia. Supongamos ahora que separamos al artista "Restricción" y colocamos en el mismo lugar a otro artista que se llame "Expansión"...

-Bien, pero...

-Ese otro artista ensanchará la base, tejerá coronas de laurel para la frente de la estatua, la colmará de bienes, la dará alas... ¿Qué hará la estatua?

-Pero ¿qué ha de hacer? Lo mismo que antes.

-Exactamente lo mismo

-Permanecerá inerte...

-Permanecerá inmóvil...

-Pues a ese punto quería venir a parar. Lo que se necesita es animar la estatua; corazón que palpite, alma que aliente, nervio que trasmita la corriente volutiva, cerebro que piense. Sólo en ese caso apreciará la estatua el alcance de cada uno de los artistas; sólo en ese caso sería apta para elegir entre ambos, para ser engrandecida o para engrandecerse ella misma. Pues si Uds. colocan a la raza en el pedestal de la estatua, resultará que lo primordial es alma, corazón, nervio, cerebro y voluntad; que lo importante es la solución del problema físico...

-¿Pero adonde nos lleva Ud. por ese camino?

¿A qué tremendo dédalo nos conduce? ¿Conque es lo mismo blanco que negro? ¿Conque es igual estacionarse que prosperar, expansión que restricción? ¡Palo si bogas y palo sino...!

-Vamos, Pater; el asunto es muy sencillo. No hay dédalo, no hay confusiones: hay evidencia indiscutible, inmensa realidad...

-Mas entonces ¿cuál es el régimen?

-Eso no se pregunta.

-Si la estatua, ante ninguno se mueve, ¿cuál el justo, el fecundo, el bueno?

-Repito, que eso no se pregunta...

-¡Cómo!

-Diga Ud. doctor: ¿qué hace Ud. cuando asiste a un enfermo que respira difícilmente, que tiene disnea: a un asmático, por ejemplo?

-Pues todo aquello que facilite la respiración.

-Veamos.

-Aparte de la terapéutica, hay un conjunto de preceptos higiénicos que llenar.

-¿Cerrará Ud. puertas y ventanas y...?

-No, hombre. Abriré de par en par los huecos que puedan facilitar la entrada del aire, del aire puro, sano, corriente; sentaré al enfermo para ensancharle el pecho y dar puntos de apoyo a los movimientos respiratorios...

-¿Ve Ud., Pater?

-Pero, caramba, eso es de sentido común...

-Perfectamente, y también lo otro: el régimen de la estatua. Si al pecho que respira mal se le da aire aun cuando transitoriamente no lo respire bien, a las razas inmóviles se les da amplitud, expansión aunque todavía no sepan removerse en la anchura.

No se discuta el régimen: no se pregunte a la moral, ni a la filosofía, ni a las ciencias sociales, ni a la política, cuál pueda ser el mejor régimen que impulse a un pueblo a las glorias del porvenir. Basta con preguntárselo al sentido común...

La analogía propuesta por Juan del Salto culmina la tesis del hacendado y del médico y plantea la solución (ACC. Reunión:2(3): Culminación de la tesis). Si el pueblo es tan inerte como una estatua no se beneficiará con cambios repentinos, ni sociales ni políticos. Sólo podrá ser ayudado por medio de un proceso regenerativo (REF. Reformismo) Peor aún que la explicación de Juan del Salto sobre su analogía es la imagen propuesta: una estatua. Aunque dice que para que la estatua respire hay que darle libertad, una figura de piedra permanecerá inanimada, no importa lo que se haga para que cobre vida. La tesis del hacendado justifica su inercia, su afirmación de que intentar soluciones drásticas para solucionar el problema de la isla sería un acto quijotesco sin esperanza de éxito. Esta era

la racionalización de los autonomistas de la sociedad histórica para su negativa a lanzarse a la lucha armada.

(487) Voz: Narr.

El símbolo ocupó buen tiempo a los disertantes. Rieron, celebraron con bromas picantes, la velada discurría insensiblemente componiendo el mundo. Habían volado por los cóncavos de la hipótesis, por los espacios de la teoría. Al fin, descendieron a la vida real: hubo sueño y se recogieron.

Los temas tratados durante la conversación muestran la educación de los participantes (REF. Erudición).

(488) Voz: Narr.

A poco, acostáronse rebujándose en sus frazadas. Hacía frío: un fresquillo que hincaba la piel invitando a envolverse, a recatarse en las tibiezas del lecho.

Antes de dormirse cada cual pensó en algo personal, práctico.

El P. Esteban, recordó que, en el rito, el siguiente día era el fijado para empezar ciertas piadosas novenas.

El Dr. Pintado, pensó en su jurisdicción de enfermos privada aquel día de su asistencia, y en la tontada del comisario que le había hecho subir al monte para asistir estérilmente a un moribundo.

Juan, sumó mentalmente las partidas de café recolectadas aquel día, calculó en globo las que aún le faltaba recoger; pensó en las probabilidades de buenos precios. Luego pensó en Jacobo.

Los tres hombres piensan en ...algo personal, práctico. ... (REF. Pragmatismo). De acuerdo a la conclusión de la conversación que acaban de sostener es lo mejor que pueden hacer, lo único sensato. Dadas las circunstancias no tienen nada que reprocharse por ocuparse solamente de sus asuntos particulares. Como ha planteado Juan del Salto en diferentes ocasiones, el trabajo es la única forma accesible, para quien vive en aquel mundo, de ser bueno y moral. Los tres piensan en su trabajo antes de dormir,

son fieles cumplidores de su deber y el hacendado es un excelente padre (REF. Moral burguesa).

El tiempo presente de la trama de este capítulo se desarrolla durante la cosecha de café, en el mes de diciembre del año siguiente a los acontecimientos de la tienda de Andújar. El tiempo retrocede para narrar la reacción de los personajes al crimen y la repercución que tuvo el acontecimiento sobre sus vidas desde la huida de Gaspar hasta el presente del capítulo:

1. Nos. 445-448 Juan del Salto.
2. Nos. 449-450 Leandra y Silvina.
3. Nos. 452-453 Galante.
4. Nos. 455-458 Ciro y Silvina.
5. Nos. 459-461 Andújar y Marta.

Este capítulo corresponde al paso No. 5 del método experimental planteado por Claude Bernard (2da parte, Cap. II, pp. 317-319). La tesis de la novela está culminada. Los dos capítulos restantes verificarán o invalidarán la hipótesis.

Notas

[1] Véase: Tercera parte, Capítulo V, pp. 522-523.

[2] Elena Zeno de Matos, pp. 150-151.

Capítulo X

(489) Voz: Narr.

En Mayo, el cerezal de Marta lucía sus atavíos. Mostrábase bello, dichoso, como si la felicidad le enviara la suave caricia de sus besos

Todo parecía dormitar en la dicha, reclinarse en el sosiego, florecer en el bien.

Se sitúa la acción en el tiempo (REF. Cronología). La naturaleza, después de haber dado sus frutos durante la cosecha en diciembre, retorna a florecer en el proceso de un nuevo ciclo reproductor. El campo está en paz, *dichoso* con el deber cumplido [SEM. Cumplimiento de la ley (V. Narr.: Naturaleza).

(490) Voz: Narr.

Sólo Marta sufría...

En Febrero había muerto el netezuelo: aquel espíritu sin vaso que no pudo retener por más tiempo las ligaduras terrenales. Hundióse el cuerpecillo en el polvo y el espíritu voló lejos, muy lejos, donde Dios le llamara, donde hubiera ventura bastante para compensar los dolores de su tránsito por la vida.

La piedad de los vecinos, recojió (sic) los despojos. Envuelto en los girones (sic) de una sábana blanca colocáronle en un ataúd de tablas toscas, y descubierto, condujéronle al poblado. Cavaron en el cementerio parroquial una tumba anónima, pusiéronle en el fondo, y sobre ella la losa, igualada con pala fúnebre la superficie del suelo, la tierra guardó el secreto... El secreto de una vida ignorada, de una existencia desconocida; de un alma triste que pudo sembrar en el viviente surco un grano de trigo, que tuvo derecho al amparo de todos, a que la mano social desnudándose el guante del egoísmo alargara para ella; el secreto de un poema de desdicha, de una víctima inmolada por el crimen, por ese terrible crimen que se comete sin conciencia de que se sonsuma.

Enterráronle... Nadie lloró, nadie lo supo. El sepulturero al arrojarle en la huesa, ni aún tuvo curiosidad de verle el semblante.

La acción retrocede para relatar la muerte del nieto de Marta (REF. Cronología: Retrospección). [H]abía muerto el netezuelo. ... (ACC. Muerte:2: Muere el niño). La muerte del niño está narrada con profunda sensibilidad y compasión por la criatura que representa todas las vidas perdidas inútilmente debido a la indiferencia de la sociedad (REF. Crítica Social). El espíritu sobrevive a la materia (REF. Religiosidad)

(491) Voz: Narr.

Marta, cuando quedó solitaria, sufrió mucho. Perdido su nieto pudo apreciar el renacimiento de un afecto dormido. El contraste del no ser, despertó en ella la sensación de aquel cariño; cariño extraño, inconsciente, de ser que ama sin colmar de bienes al objeto amado, que ama de especial manera, que mortifica sin saberlo al ser querido, que no traduce en hechos el instinto del cariño; afinidad de la carne, antes que palpitación sensorial del espíritu.

El sentimiento de Marta ante la muerte del nieto es definido por el vacío, no el sufrimiento: El contraste del no ser, despertó en ella la sensación de aquel cariño. ... Marta no tiene capacidad para amar como un ser humano, su dolor es casi un instinto animal [SEM. Insensibilidad (V. Narr.: Marta)].

(492) Voz: Narr.

Por aquel tiempo, la anciana sintió las inclemencias del asma: enfermedad en ella muy antigua que renacía y se mejoraba con intermitencias; anhelo respiratorio de organismo caduco, remolcado por un corazón en equilibrio, que a cada instante amenazaba romper la misteriosa compensación de un mal recóndito. La muerte del nieto, la soledad, los terrores nocturnos pensando en su tesoro, el eterno rastreo por las cuestas y, sobre todo, el peso ya abrumador de los años, excitaron la vieja enfermedad y Marta viose obligada muchos días al fatigoso trabajo de ensanchar el pecho para que el aire penetrara.

Las últimas jornadas, habían sido laboriosas. La tinaja que ultrajó Gaspar fue cambiada de sitio; enterrada cerca de la casa, debajo de un

cerezo. El montón de oro y el montón de pesos duros, fueron trasportados (sic) a la choza y debajo de ella, hundidos en la tierra en noches de zozobra, en horas de inquietud.

De ese modo, Marta iba ahogándose poco a poco sobre su tesoro, en tanto que desde el umbral, vigilaba siempre con ojillos brillantes el afortunado tronco que ocultaba la tinaja.

Marta padece de asma [SEM. Enfermedad (V. Narr.: Marta)]. Marta iba ahogándose poco a poco sobre su tesoro. ... (ACC. Muerte:1(2) Gravedad de Marta)

(493) Voz: Narr.

Los cerezos, entrelazando las ramas en el balanceo de las brisas y luciendo el vario matiz de su florescencia, enroldaban la choza, perfumaban el aire, filtraban los rayos del sol, alfombraban de menudas hojas el linde abarcado por su sombra.

Veíanse arriba el verdor, la viveza de los colores, la esbeltez del ramaje: vida, esplendores, alientos de felicidad, juguetones rayos de sol, enjambre de mariposas de alas tembladoras, armonizado el conjunto por la garla bulliciosa de las aves. Debajo el caduco haz de pajuncia que formaba la choza; el zaquizamí vetusto de podrida base, de techumbre cribosa, de tabiques caedizos. Y mientras las gallardas rosáceas verdeaban arriba ofreciendo su agradable fructificación, debajo oprimíase el pecho, sentíase tristeza, sombrío tedio, al contemplar aquella cripta en que alentaba un ser que aferrado a la pasión, lograba resistir todavía la tracción incesante de la muerte.

La descripción de la naturaleza es modernista (REF. Literatura: Modernismo). Se destaca el aspecto estético del paisaje. De nuevo vida y muerte son representadas mediante la contraposición espacial de naturaleza y campesinos: Veíase arriba...vida, esplendores, alientos de felicidad.... Debajo, el caduco haz de pajuncia que formaba la choza; el zaquizamí vetusto de podrida base (SIM. Antítesis: Vida/Muerte).

(494) Voz: Narr., Narr./Mart.

Una noche el asma arreció. Cabalgando en la hamaca, colgantes los hinchados pies, con el cuerpo echado hacia adelante y los brazos

extendidos, Marta pasaba las horas buscando aire. Fue un insomnio abrumador, fatigoso. Mientras la disnea le apretaba el pecho, una idea fija le apretaba el pensamiento. ¡Ah! lo que ella hacía era imprudente. Ya no podía moverse apenas y la tinaja corría peligro. Mejor era tenerla cerca, no verse obligada a caminar por el cerro para cerciorarse todos los días de que nadcie había ahondado al pie del cerezo. Sentíase mal, muy mal: casi no podía llegar al colgadizo para hacer lumbre y salcochar los plátanos. Los viejos no servían para nada. Era menester repartir las migajas entre el cerdo y las gallinas, hacerse la comida, abrir y cerrar la puerta, ir a buscar agua al río... ¡cuántos afanes! Y sola, sola *su alma con Dios* . Imposible; sus fuerzas no bastaban ya. Si tuviera, al menos, quien la qacompañara... ¡No! Por nada del mundo; compañía, no. ¿Para qué tener *compañía?* Los vecinos eran gentes curiosas que la embromaban llamándola cicatera. Mejor estaba sola. Mas para estar tranquila, debía tener la tinaja más cerca, allí debajo, junto a sus otros ahorros...

Pensó en la muerte... ¡Ah! ¿por qué morir? Ella no le hacía daño a nadie. ¡Y tanto pillo gozando de salud! Quizás sus achaques no tenían importancia; con la ayuda de Dios se alentaría. Pero ¿y si moría? ¿Todo su dinero en poder de otro? ¡No...no... cien veces no! Ella no había economizado para que gozara ningún *mangansón* . Era menester que nadie le hallara, que si cerraba el ojo, su fortuna se pudriera debajo de la tierra. No era tonta: ya sabría arreglar las cosas para que nadie se diera gusto con lo suyo, con lo que era solamente suyo...

De nuevo los plátanos aparecen como el sustento principal del pobre (REF. Cod. Alimentario). En el caso de Marta, como se ha dicho anteriormente, come sólo plátanos por no gastar su dinero, no porque tenga necesidad económica de hacerlo. Está moribunda y sola por la misma razón: el temor a compartir sus ahorros [SEM. Avaricia (V. Narr.: Marta). En apariencias, su avaricia ha decidido su destino, pero la causa de que Marta sea tan avara, como la de todos los males del campesinado es la inferioridad genética. La conducta de Marta connota avaricia; la avaricia de Marta connota inferioridad genética [SEM. Determinismo científico (V. Narr.: Marta)]. Aún cuando está muriendo Marta trabaja incansablemente [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Marta)].

(495) Voz: Narr., Narr./Mart.

Después, dejóse envolver por la esperanza. ¡Bah! ella había estado achacosa muchas veces y sinembargo vivía. Aquello no era nada: quizás la humedad, el barrunto, aquel eterno catarro de toda su vida. Lo importante era traerse la tinaja, recontar el montón y tenerla cerca.

Esperó el día. Galvanizada por tales ideas y apoyándose en el palo, salió de la choza y empezó a caminar con lentitud y dificultad.

El cerezo estaba muy cerca, ochenta o cien varas a lo sumo, pero situado en el declive del cerro, en lo más accidentado del terreno: sitio difícil elegido expresamente por su desconfianza.

Mientras el terreno fue llevadero pudo con inseguro paso, caminar. Cuando llegó a la cuesta se detuvo trémula, vacilante.

Sentóse para reposar un momento. Algunas gallinas y un cerdo, habíanla seguido. Acostumbrados a ser servidos todas las mañanas antes que nadie, piaban unas y gruñía el otro como protestando del insólito abandono de aquel día.

Presa de mortal cansancio, trató de reponerse... La fatiga era intensa; sus párpados se dilataban como si quisieran abrir camino al aire; su vientre se agitaba haciendo esfuerzos de fuelle rehacio; su pecho movíase apenas, imposible ya para sorber la vida del ambiente.

Pero allá, en la cabeza, una idea firme, imperiosa, le apuntalaba la vida. Llegar al cerezo, ahondar junto al tronco, beber acaso la salud envolviéndose en la deliciosa imagen del tesoro.

Nueva energía la hizo levantar. Afirmó el palo, arrastró los pies, cambió varios pasos. El cerdo, siempre gruñendo, interponíase a veces amenazando derribarla; las gallinas, seguíanla picoteándole el vestido, y la fecunda prole de alguna de ellas, formada por ocho o diez diminutos polluelos, revolábale en torno pedigüeña.

Junto al cerezo el monte se planaba formando un pequeño remanso. Las ramas, naciendo del enano tronco casi a flor de tierra, entoldaban el remanso.

Marta quería alcanzar aquel punto, reposar un tiempo y luego desenterrar el ídolo. Después, cuesta abajo, la proyección sería más fácil...

Mas el ansia continuó apretando. La flácida piel del semblante comenzó a azulear; copioso sudor empapó su cuerpo; el corazón palpitando con turbulencia parecía querer escapar de su cárcel; un ademán instintivo le abría la boca para dar anchura al aire; las ventanas de la afilada nariz ensanchánbanse a cada inspiración abriendo puertas a la vida; y las manos y los pies temblorosos, eran ya impotentes para guardar el equilibrio. Solo, en el pensamiento, el recio puntal; la idea insensata, la postrera llamarada de la

pasión sucumbiendo rabiosa por no poder sobrevivir al cuerpo que por toda la vida la contuvo.

Al llegar al remanso, la anciana no pudo más... Vaciló, extendió los brazos hacia adelante, echó la cabeza hacia atrás, abrió desmesuradamente la boca y los ojos, exhaló un ronquido y cayó. Estaba muerta...muerta boca abajo, con el brazo derecho extendido en dirección al cerezo, con los dedos crispados, con la cabeza doblada sobre la espalda, con la barba apoyada en la tierra, con los ojos horriblemente fijos en el árbol.

La agonía de Marta se mueve al compás de su avaricia: se agrava, piensa en el dinero; se mejora momentanéamente pensando en el dinero y la idea de la tinaja que contiene el tesoro la sostiene para emprender la marcha hacia el escondite. El esfuerzo de la caminata agrava el asma y muere (ACC. Muerte:2(2): Muere la avara). La descripción de la agonía y de la muerte de la anciana concuerda con el estilo naturalista (REF. Literatura: Naturalismo).

(496) Voz: Narr.

Dos o tres días después, cuando echándola de menos los vecinos la encontraron en aquel lugar, retrocedieron con horror... La putrefacción había empezado, el aspecto de la muerta amedrentaba; el cerdo hozaba junto al cadáver metiendo el hambriendo hocico debajo del cuerpo, removiéndolo, empujándolo, como si quisiera obligarle a levantarse para cumplir el imperioso deber de saciar su asquerosa gula.

La descripción de Marta después de muerta continúa en el mismo estilo (REF. Literatura: Naturalismo). Generalmente los animales son descritos de una manera positiva, aún los insectos del bosque. Este caso, en que el hambre del cerdo es calificada de asquerosa, es una excepción que responde a que el animal era propiedad de Marta. Como ya hemos visto anteriormente, todo lo que pertenece a un personaje tiene sus características: la música, la comida, los animales. Los únicos animales que han sido descritos en forma negativa son los de casa de Leandra. El movimiento de los animales nocturnos que se mueven en la casa son descritos como:

...cucaracheo asqueroso de casa nocturna. ... (No. 274) El hambre del cerdo de Marta es calificada como: su asquerosa gula. ...

(497) Voz: Narr.

En toda la comarca refiriéronse historietas. De la vida y muerte de la avara hiciéronse cuentos, acabando por tenerla en predicamento de bruja. Nadie se atrevía a acercarse al sombrío cerezal.

La muerte de Marta es mitificada por el pueblo (REF. Mitos populares).

(498) Voz: Narr.

Sólo Andújar atrevióse... Como por entonces vivía en la llanura, encargó con mucho interés al mayordomo que cuidaba su finca, le avisara todo lo que ocurriera a Marta. Era dueño de aquel terreno y necesitaba disponer de la choza en cuanto, por virtud de la muerte de la anciana, fuera suya.

Fue, pues, avisado y acudió presuroso dispuesto a operar una rebusca que supuso muy ardua.

Fue astuto... El solo, rodeándose de precauciones, derribó la choza. Al desplazar los podridos estantes que abarcaron escaso perímetro, notó la tierra removida y blanda. Cavó y surgió la ganancia en forma de oro y plata acumulados.

Cuando regresó al poblado llevándose el hallazgo, hizo sus cuentas. La suma desenterrada ascendía a dos mil setecientos pesos: descontando los custrocientos que costó la finca, el negocio produjo pues, una ventaja de dos mil trescientos pesos. Todo, todo era ganancia.

Mas en el monte hubo también otro astuto. El mayordomo de Andújar que no temía a las brujas, observó las operaciones de su principal y rebuscó también. Entre los que hallaron el cadáver de Marta encontróse él. Fijóse mucho en la disposición del cuerpo, extrañando que la anciana, enferma, casi moribunda, hubiese tenido sin una razón poderosa, la humorada de aventurarse por el cerro; observó que aquel sitio no conducía a ninguno de los lugares habitualmente visitados por ella; notó, sobre todo, aquella mirada de ojos muertos que parecía enviar el último adiós a un ser amado.

El mayordomo era rústico, pero no tonto. Con probar, nada perdería. Puso manos en el empeño y la tinaja, la célebre tinaja que adoró Gaspar, mostró al mayordomo la tentadora boca abierta y el relleno vientre repleto de calderilla y plata.

Poco tiempo después el mayordomo dejó su puesto en la finca de Andújar y estableció en Vegaplana otro tenducho piadoso, otro agujero de embudo, otra ventosa parta la comarca...

El escondite del dinero de Marta es descubierto [HER. Enigma 10 (No. 248)]. La astucia del mayordomo de Andújar muestra que es inteligente [SEM. Inteligencia (V. Narr.: Mayordomo de Andújar)]. La pista que sigue para encontrar el botín está marcada por el romanticismo literario, no por el realismo: [A]quella mirada de ojos muertos que parecía enviar el último adiós a un ser amado. ... No es verosímil que la expresión de la mirada de un muerto guíe a alguien para encontrar un botín, mucho menos cuando el cadáver está ya putrefacto. El negocio que el dependiente abre es caracterizado como negativo para la comarca, de la misma manera que lo era la tienda de Andújar. El comercio es negativo *por naturaleza* en la obra.

(499) Voz: Narr.

Por entonces, los días pasaban sin variantes en la casucha de Leandra. Alguna que otra discordia íntima entre madre e hija que en breve se disipaba. Eso era todo.

Un aire de relativa felicidad flotaba en torno y en los linderos inmediatos a la casa en donde no se veía ni huerto ni flores, parecía reclinarse el ángel del sosiego.

Desaparecidos los obstáculos para la felicidad de Ciro y Silvina, se respira ...un aire de relativa felicidad... en la casa de Leandra. Es una dicha basada en la falta de problemas antes que en situaciones positivas para la familia. Siempre se destaca algún aspecto negativo de la vivienda, aun en los mejores momentos como el que vive ahora. Es una casa sin huerto ni flores... [SEM. Aridez (V. Narr.: Casa de Leandra)].

(500) Voz: Narr.

Pequeñín correteaba desnudo, bullía por su cuenta mostrando al sol la pálida flaquencia de su cuerpecillo. Ya no lloraba indefenso: entonces podía ya raspar en la cocina el fondo del envase en que se perjeñaba la comida, lamerse las manos hasta limpiarlas de la última partícula de golosina.

El hijo menor de Leandra muestra en su físico la debilidad típica de los campesinos en la novela [SEM. Anemia (V. Narr.: Pequeñín)]. Esta era la enfermedad más común entre los campesinos puertorriqueños a fines del siglo pasado (1ra parte, Cap. IV, pp. 165-166).

(501) Voz: Narr.

Leandra machucaba siempre en la ribera el habitual montón de ropas. Sobre la piedra plana que seculares rodamientos colocaron en la orilla del río, pasábase buena parte del día enjabonando lienzos y enturbiando la limpidez de la corriente con residuos del desaseo y del trabajo.

Si se juzga a Leandra desde el punto de vista de su conducta, es sumamente laboriosa: trabaja constantemente [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Leandra)]. Sin embargo, en este pasaje lo que destaca el narrador es la suciedad que produce en el río la campesina con su lavado, no su esfuerzo. Primero, el verbo que se utiliza para nombrar la acción que ella realiza: machucaba, indica que golpeaba la ropa contra la piedra, que su trabajo era poco cuidadoso. Segundo, el lavado es descrito como un elemento discordante, una estática que rompe la armonía estética de la naturaleza. El trabajo de Leandra es desvalorizado.

(502) Voz: Narr.

Silvina, en la casucha, refaccionaba la familia entregándose al fácil aliño de la vivienda, a veces irritada con Leandra por cualquier futeza; a veces sucumbiendo a inexplicables tristezas; a veces deteniendo la labor para entregarse contemplativa a considerar el paisaje sin comprenderlo y sin sentirlo.

La condición epiléptica de Silvina hace su carácter mudable [SEM. Epilepsia (V. Narr.: Silvina)]. Su contemplación del paisaje se convierte en un éxtasis producto de su enfermedad, no en arrobamiento ante la belleza de la naturaleza.

(503) Voz: Narr.

Cuanto a Ciro, trabajaba unos días y otros holgaba. No era asiduo: el trabajo no actuaba en él con la imposición de un hábito; veníale al recuerdo cuando tenía limpio el bolsillo. Necesitaba atender a los gastos de la familia y cumplía de buen grado la obligación; mas como hubiera medio de eludir sin perturbaciones el trabajo, escapábase de él como colegial remiso.

Cuando tal sucedía, quedábase en la casucha y acomodábase en la hamaca, tentación de molicie, cuna de pereza, que gemía con monótono sonsonete en cada balanceo. Otras veces, sentábase en el umbral, echábase boca arriba en el pavimento y mientras Silvina con sus menudos dedos le registraba el abandonado cabello, quedábase dormido con la dicha del que tiene bastante para ser feliz y desconoce mundo más venturoso.

Cuando había discordia, Ciro intervenía. Imponiendo silencio a Silvina y aplacando a *ña* Leandra, reíase de inmotivados enojos ridiculizando las exageraciones. Era buen hombre, más indeciso; sin mano que le ayudara a subir en la pendiente de esa bondad; recibiendo en el pecho el oleaje impetuoso que le hundía en el bajo fondo social.

La caracterización de Ciro corresponde a la registrada por Fray Iñigo Abbad para todos los puertorriqueños: valiente cuando se trata de enfrentarse a un peligro, pero dado a la molicie, inconstante en el trabajo [SEM. Pereza (V. Narr.: Ciro)]. La felicidad de Ciro proviene del descanso y los placeres sensuales. Desconoce cualquier otro tipo de actividad enriquecedora del ser humano, no sólo aquellas que provienen a través de la educación. Nunca se dice que disfrute de la naturaleza a su alrededor, por ejemplo. Ciro no es malo, pero su naturaleza unida a las condiciones sociales que lo rodean no le permiten encaminar su vida, carece de orientación (REF. Crítica social).

(504) Voz: Narr.

En las semanas productivas, el domingo era gran día. Dábanse un banquete, un copioso festín. Del guiso elegido, comían en gran cantidad y llenábanse el cuerpo como si en la última semana no hubieran comido; consumiendo en aquel domingo la mayor parte de los recursos; viéndose obligados, después del dispendio, a vivir muy estrechamente en la siguiente semana. Veces hubo en que cobrando Ciro seis duros, gastó cuatro en carne... Como jamás la comían, la gran fiesta, el gran honor, estribaban en aquel alarde de abundancia que, al fin, se las hacía repugnante.

La descripción de la forma en que come la carne la familia de Leandra corresponde a la ofrecida por Fray Iñigo Abbad en su crónica: sólo de vez en cuando, pero *con gula* (REF. Cod. Alimentario). (1ra. parte, Cap. I, p. 47). Según Fray Iñigo la carne escaseaba, por lo tanto al tenerla abusaban de ella. En *La charca* la situación es diferente. Comen carne en exceso porque no saben cómo establecer límites que disciplinen su vida en ningún aspecto y la mala alimentación no se debe a falta de recursos, sino a malos hábitos alimenticios y al despilfarro. La cifra que se da en la novela para el sueldo de Ciro -seis duros- es sumamente alta de acuerdo a los datos correspondientes a la realidad histórica que existen hasta ahora (REF. Economía). No obstante, no es inverosímil. Laird Bergard afirma que en la Hacienda Pietri de Adjuntas los trabajadores ganaban un peso diario en 1898.1 El dato del sueldo de Ciro contribuye a situar la trama en los últimos quince años del siglo XIX (REF. Cronología).

(505) Voz: Narr., Cir., Sil., Lea.

En aquel verano, platicaban un día al caer la tarde.

-Conque vean lo que se les ofrece... ¿eh?-decía Ciro.

-¿A qué hora salen?

-Todavía oscuro.

-¿*Pa* volver por la tarde?

-Sí.

-Pues mira-dijo Leandra -tráeme un *medio* de maná.

-Bueno.

-¿Van muchas bestias?-continuó Silvina.

-Llevo cuatro mulas de Don Juan. Además para que me ayuda allá abajo a hacer la carga, va Marcelo en el macho.

-Van por provisiones ¿no?

-Sí... ¡Ah! mira: vamos un *bando* ¿sabes? De casa de Galante van dos peones con cinco mulas, y además de *ca* Andújar van dos más...

-¡Cómo gasta ese hombre! Está sembrando como agua...

-Déjale que gaste: *pa* eso tiene ahora un almacén.

-¿Ha puesto tienda?

-No, mujer... Allá, a orillas del mar, abrió un gran almacén que está lleno de barriles y bocoyes. Afuera, encima de la puerta, ha pintado un deletrero.

-¿Y qué dice?

-Montesa, que bajó el otro día y lo leyó, dijo que a un lado, dice: Andújar; y al otro Galante. Además en el medio hay un garabato así...miren.

Ciro, con el machete, dibujó en la tierra este signo:

&

Y exagerando las noticias, comentaron después la prosperidad de sus antiguos vecinos.

[P]laticaban un día al caer la tarde. ... (ACC. Conversación:1: Anuncio de viaje). Se sitúa la escena en el tiempo (REF. Cronología). El diálogo está salpicado de palabras que imitan el habla popular (REF. Lingüística). [C]omentaron después la prosperidad de sus antiguos vecinos. ... (ACC. Conversación:2: Comentarios sobre comerciantes). Este pasaje informa al

lector sobre la casa comercial establecida por Andújar y Galante y anuncia el viaje de Ciro al pueblo, en el que morirá.

(506) Voz: Narr.

En la madrugada, aún de noche, despertóse Ciro. Debía salir con las mulas desde la granja de Juan y veíase obligado a anticiparse a la hora de partida.

Cuando sacudió la modorra del sueño, hizo luz y Silvina, a quien despertó, diole la ropa que él se vistió apresurado.

Ya dispuesto a salir, despidióse de Silvina, que sentada en el camastro le sonreía cariñosa. Acariciándola de buen humor, la besó, mientras ella, aprisionándolo entre sus brazos le retenía juguetona sin dejarle marchar.

Ciro, trató de romper suavemente las cadenas que le retenían y apelando a un recurso decisivo, la cosquilleó por la espalda.

Silvina, dominada por la risa, abrió los brazos. Luego besáronse otra vez y él partió...

Se sitúa la escena en el tiempo (REF. Cronología). Luego besarónse otra vez y él partió. ... (ACC. Muerte:1(3): Salida de la casa). La resistencia amorosa de Silvina a separarse de Ciro hace más dramáticos, para el lector, los acontecimientos que vendrán a continuación.

(507) Voz: Narr.

Antes del alba discurría ya la recua por el camino del poblado.

Once mulas cargadas de bananas y conducidas por seis campesinos, festoneaban las ondulaciones de aquel camino, mas propio para cabras y gatos monteses, que para seres humanos.

El convoy conducía frutos de buena venta, pero su principal objeto era regresar con carga de provisiones y menudencias útiles a las fincas. Dejando en la llanura los frutos, cambiarían de carga para regresar al caer la tarde.

Era aún de noche y los conductores caminaban silenciosos. Como la temperatura les hincaba el cuerpo con saetas de fría humedad, encogíanse sobre las albardas dejando que las mulas sin ginete (sic) caminaran delante.

De nuevo se da la hora de la escena (REF. Cronología). Uno de los grandes problemas que tenían los agricultores en Puerto Rico en el siglo pasado era la dificultad para transportar sus frutos debido al mal estado o la inexistencia de caminos. La mención en la novela a la precariedad del sendero por donde marcha la caravana alude a esta realidad (REF. Crítica social).

(508) Voz: Narr.

Ciro, el más jovial, arreaba de vez en cuando la comitiva, y Marcelo, caminando el último rebujábase friolento en un chaquetón de lana muy raido que perteneció a Juan del Salto y que después de pasar por dos o tres manos había llegado al joven.

Temblando de frío, hacía un sobrehumano esfuerzo para seguir a los otros. Dejándose vencer por el malestar que sentía, hubiérase quedado en la choza hasta muy alto el sol; mas era preciso trabajar, hacer algo, ganarse la vida. Era, pues, de la expedición, pero lánguido, débil, nostálgico.

La actitud de Ciro y Marcelo corresponde a la habitual para cada uno en la novela. Ciro va alegre, dinámico [SEM. Dinamismo (V. Narr.: Ciro). Marcelo camina lento con aire enfermizo [SEM. Enfermedad (V. Narr.: Marcelo)].

(509) Voz: Narr., Narr./Camp.

El camino, extendido a veces a la vera del río, ondulaba otras, trenzándose con él y obligando al caminante a vadearlo con frecuencia. En otros lugares no seguía los giros caprichosos del cauce, y entonces, abordando el monte, describía zig zags en las vertientes y remontábase hasta las cumbres para compensar las fatigas del viajero ofreciéndole la pasmosa esplendidez de los paisajes.

La gente de la recua había saltado del lecho a las albardas y emprendido la ruta sin ingerir ni una cucharada de alimento en los exhaustos estómagos.

En casos tales, la carencia de desayuno no les preocupaba a los campesinos. Sabían resistir el hambre, conocían la virtud de no sentirla, y en

todo caso el camino estaba lleno de tendezuelas y ventorros en donde, acaso no hallarían qué comer, pero sí con abundancia qué beber...

En la realidad histórica puertorriqueña, es muy probable que la costumbre campesina de desayunar con un poco de café solo tuviera sus raíces en hábitos provenientes de la sociedad esclavista. De acuerdo al historiador Manuel Moreno Fraginal, en Cuba "[c]omo norma, se daban dos comidas diarias [a los esclavos]: no había desayuno. Muchos ingenios establecieron la costumbre de ofrecer un trago de aguardiente de caña a cada esclavo, al levantarse en las mañanas". Este historiador estima que la perjudicial costumbre de no comer desayuno "ha persistido en grandes sectores de la población a quienes basta tomar una pequeña taza de café al levantarse."2 Se anuncia que los hombres van a beber. Primero, tienen frío; segundo, no han comido y tercero, las tiendas que encontrarán en el camino están mejor surtidas de bebidas que de comida (REF. Alcoholismo).

(510) Voz: Narr.

Al final de una empinada cuesta en donde el camino volvía a encontrarse con el río, detuviéronse frente a un ventorro.

Alguien habló de echar un trago, un trago confortante que calentase el estómago vigorizando las fuerzas.

Todos acogieron la idea y saltaron de las cabalgaduras.

Todos, menos Marcelo. El, desde su montura, rehusó el proyecto. Solo sí tomaría un poco de café si lo hubiera.

Detrás del tenducho escuchábase el chisparroteo del hogar donde la infusión se preparaba, mas el tendero dijo que para beberla sería preciso esperar.

Los de la recua arregláronse pronto un desayuno enérgico: medio vaso de ron que fue bebido sin pestañear.

Dispuestos a seguir viaje, les pareció perturbador detenerse. Debían avanzar, aprovecharse el fresco de la mañana, para hacer mucho camino. Así pues, si esperaban a que estuviera preparado el café, perderían tiempo.

Todos quisieron continuar sin demora, y Marcelo, sucumbiendo sumiso a la mayoría, siguió a los otros resignándose al dolor de vacuidad de su desfallecido estómago.

La escena es redundante (No. 217). Todos beben menos Marcelo. Las circunstancias continúan favoreciendo el desenlace trágico: Marcelo no puede tomar cafe.

(511) Voz: Narr.

A partir de aquel punto el camino remontaba de nuevo. A veces, gritos especiales que lanzaban los campesinos, servían de estímulo a las mulas, o las atraían si se desbandaban.

Subiendo por un monte y al mismo tiempo rodeándole, hicieron otra etapa de una hora y al fin, en un lugar en que estaba el camino empantanado, hallaron otro ventorro.

Los de la cabalgata, bebieron otra vez... Marcelo, contrariado por su mala suerte, supo que tampoco había café.

Es la segunda vez que todos beben y que Marcelo no encuentra café. La tensión de la trama asciende.

(512) Voz: Campesinos, Narr., Marc., Cir.

-Pero bebe algo, tonto... -dijo uno.

-¡Yooo...! *¿pa qué?*

-Porque te vas cayendo, hombre.

-Tú no debiste haber venido-añadió Ciro, estás enfermo.

-¿Y qué *diva a hacel*... ¡No me voy a morir de hambre...!

-Lo que te hace falta son fuerzas: come pan y queso.

-No...no...Ahora no tragaría nada; solo una cosa caliente.

-¡Pues mucho me vas a ayudar de ese modo!

-Bebe, bebe algo -insistió otro.

-No, mejor es que no beba -agregó Ciro -la bebía le hace daño.

-¡Ca! la bebida no le hace daño a nadie.

-Te digo que sí...-Pues que beba poco. No todos somos iguales... Unos resisten más que otros.-Yo nunca bebo ¡Dios me libre!

-Nosotros bebemos ron puro ¿verdad?... pues tómalo tú con agua y *na* te hace. Al contrario, te alimenta...

-No...yo no bebo ni *picao* ...Lo que *hadré* será tomar un poco de agua.

Como aquel sitio estaba un poco alejado del río, bebíase allí agua de una laguna próxima. A solicitud del joven diéronle un vaso lleno de un líquido pesado, salobre, indigesto. Bebió, hizo una mueca de disgusto, y volvió a su montura.

La escena repite la situación de las lexias Nos. 217-218, pero con la diferencia de que esta vez Ciro no insiste en que Marcelo beba. Son otras circunstancias las que precipitan la tragedia. La falta de agua potable fresca contribuye, igual que contribuyó a que Andújar bebiera alcohol cuando estaba sediento en la tienda de Andújar (No. 363). La imitación de la lengua popular es inconsistente, pinceladas aquí y allá para recrear el tono de la conversación más que para tratar de imitar la manera de hablar del campo. El habla de un campesino es representada diciendo *verdad* y después *na* (REF. Lingúística).

(513) Voz: Narr., Narr./ Marc.

Después el viaje continuó siempre festoneando la base de los montes, o repechando las alturas, o vadeando el terso cristal del río, o internándose entre barrancos pedregosos en los cuales hacían prodigios de equilibrio las cabalgaduras.

Marcelo, con la cabeza baja y meditando silencioso, dejábase llevar por su mulo: hubiera querido ser como los otros que hacían de todo sin que les pasara nada. Por allí iban, tan alegres, tan contentos, sintiéndose fuertes y felices, alimentados con aquellos tragos sorbidos a *purso* . ¡Qué dichosos! Es verdad que eran hombres atrevidos que tiraban del machete por cualquier cuestión, y que, del resto, vivían riéndose y embromando... en tanto que a él no le gustaba más que estar *quitao de buya* , metido por los rincones. ¡Ah! él estaba enfermo, muy enfermo. Una *botella* que le dieron para ver si así se curaba la tomó tres días seguidos sin lograr éxito.

Los otros campesinos caminaban entre risotadas. El desayuno de alcohol les animaba con la falacia de su engañosa fortaleza, de su ruinoso bienestar.

Marcelo les veía casi con envidia. Mientras él iba penando, con la lengua pesada, con dejadez en el cuerpo, con dolor sordo en el estómago, ellos eran felices... ¡Hombres, verdaderos hombres! En verdad; lo que a él le pasaba era tener mala suerte. ¡No poder beber para sentirse activo, resistente! Quisieron que bebiera mezclando con agua el ron...

¿Y si le hacía el mismo daño que puro? No; estaba ya bastante escarmentado...

Aun sin desafiarlo directamente, las costumbres del grupo influyen en Marcelo. Aunque no sea de manera explícita como en la escena anterior de la taberna (Nos. 217-218), la conducta de los compañeros que beben le dice que ser hombre y beber son equivalentes (REF. Cod. Sociales). Desconoce los principios más elementales de la medicina, piensa que si no fue curado en tres días es porque el medicamento no era capaz de mejorarlo [SEM. Ignorancia (V. Narr.: Marcelo)].

(514) Voz: Narr.

Al fin, después de tres o cuatro horas de jornada, llegaron a la llanura. Allí el camino era franco, fácil.

Cerca de la población, ocurrió un nuevo alto. Detúvose el convoy en otra tienda en donde los campesinos volvieron a beber.

Se marca el paso del tiempo (REF. Cronología). Esta es la tercera tienda en que entran a beber. Aquí Marcelo comenzará a beber. También el amor de Ciro y Silvina se consumó en el tercer encuentro (Nos 382-388). Símbolicamente el tres puede representar consumación: la Santísima Trinidad; la salida del sol, el cenit y la caída del sol (REF. Numerología). 3

(515) Voz: Narr., Narr./Camp., Narr./Marc., Narr./Cir., Cir., Camp.

Marcelo, más que jornalero en activo servicio, parecía un enfermo escapado del lecho.

Como se quejara de malestar, surgió de nuevo la discusión entre los montañeses. Debía beber... ¿A dónde iría a parar de aquel modo?

Marcelo pensaba en la probabilidad de beber impunemente aguando la libación. Nunca le había ocurrido aquel medio ingenioso de beber. ¿Le haría daño si probaba? ¿Debía hacer la prueba?...

Entonces uno de sus compañeros diole un vaso de ron con agua.

-Bebe...no seas tonto...Vas ahí que pareces un papel blanco.

-¡Parece imposible que seas tan flojo! -añadió otro.

Marcelo vaciló... Tomó el vaso con la mano derecha y dirigióle una mirada recelosa. De pronto le asaltó un recuerdo penoso: la borrachera de que fue víctima una tarde en la tienda de Andújar. Alargó asustado la copa...No, de ningún modo; no bebería.

Los otros, le dejaron la copa en la mano: nadie hizo caso de su ademán.

Entonces intervino Ciro. Era verdad que su hermano tenía mala bebida, pero tal vez pasaba aquello porque bebía demasiado de una vez. Acaso bebiendo poco se fortalecería sin peligro.

-Sí, sí bebe... Esto no *pue* hacer daño a nadie...¡si casi *to* es agua!

-Así beben las mujeres y los muchachos.

-¡Pues!

-¡Ea!... bebe ese poco ahora y ahorita, en llegando al pueblo, tomas un bocado. Verás como te mejoras.

Marcelo volvió a vacilar. El doliente malestar que sentía, la deprimente influencia del sol ya muy alto, agobiándole con sus ardores; la insistencia de sus compañeros; la gran esperanza de que aquel licor aguado no le hiciera daño; el deseo de sentirse activo y fuerte...todo le animó a resolverse. Bien, bebería; pero nada más que la mitad del vaso.

Y resolviéndose al cabo, bebió sediento, con verdadera ansiedad.

La tensión drámatica continúa en ascenso. Igual que en la escena anterior de la taberna (Nos. 217-218) no beber es sinónimo de feminidad.

(516) Voz: Narr.

Continuaron el viaje. Marcelo, sintiéndose mejor, acordó con Ciro los detalles de la faena a que debían aplicarse. Descargarían rápidamente, dejarían descansar un rato las cabalgaduras y luego de nuevo a cargar para el retorno. Mientras los animales se reportaban, ellos comerían algo. De ese modo, ya despachados, reuniríanse todos a la salida de la población.

En un tenducho de los suburbios almorzaron llenándose los estómagos de salazón y verduras. Marcelo con el semblante animado, risueño y sintiéndose libre de precauciones, bebió otro vaso de agua alcoholizada.

El almuerzo se utiliza para marcar el paso del tiempo (REF. Cronología). El grupo ingiere salazón y verduras... (REF. Cod. Alimentario). Esta era la alimentación básica del pueblo en la realidad histórica. La carne salada (conocida como carne cecina o tasajo) fue considerada comida de negros por muchos años. En el Caribe, era alimento típico de esclavos:

> El tasajo, en Cuba, hasta la segunda mitad del siglo XIX, fue *comida de negros* . Después de la crisis provocada por la Guerra de los Diez Años, es que el tasajo con boniato se convierte en *plato nacional* . Inclusive, en las contratas de comida para los trabajadores del camino de hierro (1840), se especificaba que a los blancos se les daba carne fresca y a los negros tasajo.4

El proceso de embriagamiento de Marcelo continúa.

(517) Voz: Narr., Narr./Camp.

Luego, con buen ánimo ayudó a Ciro. La carga fue dispuesta sobre las mulas de modo que resistiera, en lo posible, los vaivenes de la marcha; cumplieron los encargos que les hicieran en el monte y dispusiéronse al regreso.

Todavía el sol quemaba, cuando el convoy emprendió el retorno. Iban alegres, decidores, bromistas. A veces deteníanse para componer las cargas desniveladas por los accidentes del terreno, o para arreglar los cabezales de pita que servían de arnés a las mulas, o para ordenar la recua desbandada por cualquier circunstancia.

De esa manera, les asaltó en el camino la silueta tentadora de una tienda. ¡A beber, sí a beber!... Bajáronse y hubo bromas para saber quién pagaría. Como los ochavos íbanse ya consumiendo, el dispendio hacíase cada vez más difícil. Sinembargo aún había *fichas* ...

Bebieron, pues. Marcelo no se acordaba del pasado: sentíase bien, fuerte, contento; casi se avergonzaba de ciertas debilidades. En aquella parada, no discutió; bebió sin hacerse de rogar.

El tendero le sirvió medio vaso de aguardiente, y él contemplando un instante con agrado el vaso, mojó en él los labios, paladeó el líquido, vaciló... Todavía logró ser fuerte: pidió agua y mezcló la libación.

El sol marca la hora (REF. Cronología). La resistencia de Marcelo está ya casi deshecha: comenzó a beber aguando el ron, pero esta vez ya casi lo toma puro. E proceso de embriagamiento de Marcelo es descrito de acuerdo a los conceptos puritanos burgueses decimonónicos: después de *probar* un vicio no hay control sobre él (REF. Moral burguesa). Este tipo de conducta rige el destino de la mayoría de los personajes de la literatura naturalista (REF. Literatura: Naturalismo). En las novelas de Emilio Zola, por ejemplo, si una mujer tiene relaciones sexuales fuera del matrimonio una vez, eso indica su final como prostituta; si un personaje se embriaga una vez, terminará alcohólico y morirá de manera abyecta.

(518) Voz: Narr., Narr./Marc.

Luego, cuando se reanudó la marcha, entonó una canción. Sus compañeros departían alegremente y él, aprovechando una expansión del camino, pasó delante de todos.

A poco el terreno se hizo accidentado: entraban ya en la zona de los montes. Marcelo, al llegar a una cuesta, castigó de pronto su cabalgadura. El burdégano, asustado, galopó cuesta arriba, mientras las piedras del declive rodaban con estrépito cayendo como avalancha sobre los otros ginetes (sic).

Ciro gritó energúmeno. No, dejarse de guasas; aquello no estaba bien; o había o no había formalidad; demasiado sabía Marcelo que Don Juan encargaba siempre mucho cuidado con sus bestias.

En tanto Marcelo reía... El, antes que nadie,había llegado a lo alto de la cuesta. Cuanto·a Don Juan, bastante rico era para que le importase mucho que una bestia se le mancase.

Y así, de picarada en picarada, pronto fue Marcelo la nota alegre de la comitiva.

El alcohol convierte a Marcelo en el payaso del grupo. La preocupación por el buen cuidado de los animales que el narrador ha presentado antes como una característica humanitaria de Montesa (No. 88) aparece ahora como una preocupación económica de Juan del Salto: demasiado sabía Marcelo que Don Juan encargaba siempre mucho cuidado con sus bestias. ... (REF. Economía).

(519) Voz: Narr.

En una ocasión, al vadear el río, Ciro dio la voz de alto. A una de las mulas que iban a su cuidado, habíasele desnivelado la carga. El accidente era enojoso: obligaba a echar pie a tierra en medio del río.

Ciro, malhumorado, subióse los pantalones y echóse al agua. Otros varios le ayudaron y pronto arreglóse la carga, asegurándola con más sólidas ataduras conseguidas con una cuerda que Ciro, con el cuchillo que llevaba al cinto, partió en pedazos.

Durante el arreglo, Marcelo reía a carcajadas desde la orilla ridiculizando los visajes de Ciro ante el molesto percance que le contrariaba.

Ciro, en tanto, le reñía, aféandole sus burlas, censurándole que le hostigase en vez de saltar al agua para ayudarle.

Las hostilidades de Marcelo en contra de su hermano Ciro comienzan a ascender. De acuerdo a los cánones de la sociedad en que se desenvuelven, Ciro es un triunfador: buen mozo, fuerte, mujeriego y Marcelo es un perdedor: enclenque, débil, no sale con mujeres, inclusive no puede compartir socialmente con los otros hombres puesto que para esto beber es requisito indispensable y él no bebe. Proyecta sus fracasos en su hermano.

(520) Voz: Narr.

La recua siguió caminando... Ya cercana, la noche, llegaron al tenducho situado frente al camino empantanado.

Marcelo saltó del mulo y antes que nadie se apercibiese de sus actos, bebió con aire risueño una buena dosis de aguardiente puro. Al tratarse de

pagar, escurrió el bulto y lanzando groseras risotadas, hizo que otro de los viajeros pagara el gasto.

Desde aquel momento el joven se lanzó desatinado a las mayores extravagancias. El veneno alcohólico, obrando en él lentamente, produjo con traidor disimulo su desastre; fuese elaborando poco a poco la perturbación hasta dispararle con inaudita fiereza en el ímpetu.

Entonces Marcelo convirtióse en el bufón de la partida. Caminaba delante haciendo chistes de los más pueriles detalles, estorbando la marcha regular de los otros, profiriendo gritos, castigando cruelmente y sin motivo, a su inofensiva cabalgadura.

El atardecer indica el transcurrir del tiempo desde que emprendieron la marcha hasta este momento (REF. Cronología). Marcelo bebe aguardiente puro en vez de mezclarlo con agua. Ya está completamente embriagado y fuera de control. Su conducta tímida habitual se torna agresiva [SEM. Agresividad (V. Narr.: Marcelo).

(521) Voz: Cir., Narr., Marc.

-¡Déjate de eso!... ¡déjate de eso!-le gritaba Ciro. -¡Esa bestia te va a tirar, te va a dar un mal golpe!

Pero él entre el coro de risas y dicharachos continuaba en su necia inquietud.

En un recodo, asestó un rudo golpe al burdégano. Asustado éste, bajo el estímulo del dolor, dio una bote, y Marcelo no muy firme en su equilibrio, rodó por el suelo.

Cayó al borde de un precipicio y los campesinos alarmados creyeron por un momento que se había despeñado; más a poco, viéronle revolverse en el suelo echando maldiciones y soeces palabrotas.

Ciro, saltando de su montura, corrió a él...

-¡Te lo dije!... ¡te lo avisé!... Esas son *impropiedades* ... eso no está bien...

-¡Cállate tú, *entremetío* !

-¿Te has hecho daño?

-A ti ¿qué te importa?

-Toma la mano; te ayudaré a levenata.

-Déjame.

-Pero no seas *malcriado* , hombre: dame la mano si no te puedes parar solo.

Marcelo púsose en pie de un salto.

-Tú no eres más que mentecato-dijo-¿Quién te ha pedido lecciones? Yo hago lo que me da la gana ¿sabes?

-Pero debes caminar con formalidad.

-Cada cual anda como quiere.

-Lo que pasa es que estás borracho y no quiero dejarte desriscar...

-¿Borracho yo?

-Sí.

-El que está *metío* eres tú... Mira: me voy cansando de aguantarte. Ya me tienes *caliente* con tanto consejo. Déjame en paz.

-Pues camina como es debido. Eso no se hace en público.

-¡Quita *pa* alla...!

Te digo que eso no se hace en público.

-Lo que no se debe hacer es fastidiar. Echate *pa* allá o te doy con el foete.

-¡Dios te libre! Si levantas la mano...

-¿Qué?

-Déjate de guaperías...

-Guaperías no; lo hago, si me fastidias...

-No haces nada, hombre. Móntate y calla.

-¿Qué me calle? ¿Qué me monte? ¿Qué no hago *na* ...?

-¡Marcelo!

-Pues, mira...

Marcelo levantó el látigo y hubiera descargado el golpe sobre su hermano si éste más forzudo no le sujeta por los brazos.

Algunos intervinieron para separarlos, mas no fue posible. Los dos hermanos fuertemente asidos, riñeron, lucharon, enredádorense en fratricida pujilato.

Ciro, triunfante, consiguió arrebatar el látigo a su hermano, y logró derribar a Marcelo. Cayeron ambos: Ciro arriba, Marcelo debajo.

Ciro, triunfante, consiguió arrebatar el látigo a su hermano, y logrado su deseo, considerándole desarmado, mientras él rugía en el suelo, trató de levantarse.

Entonces Marcelo, iracundo, lanzó un grito de rabia, alargó el brazo, asió el cuchillo que Ciro llevaba al cinto, lo esgrimió con movimiento rápido, y en el momento en que aquel lograba incorporarse, le clavó el cuchillo en el corazón.

Ciro lanzó un gemido y abriendo los brazos se desplomó de espaldas. Estaba muerto.

Estaba muerto. ... (ACC. Muerte:2(3): Asesinato debido al alcoholismo). Todos los crímenes que cometen los campesinos en la novela se deben, en una forma u otra, al alcohol (REF. Alcoholismo). El asesinato que llevó a Deblás a presidio se debió al alcohol; más tarde, cuando Gaspar llega a la tienda de Andújar, Deblás muere porque está inconsciente debido al alcohol (No. 364). Ahora Marcelo mata a Ciro bajo los efectos del alcohol. La última etapa del proceso que ha conducido a Marcelo a asesinar a su hermano puede dividirse en los siguientes pasos:

1. (No. 507-509) La caravana de campesinos sale de madrugada sin desayunar. Marcelo se siente mal.

2. (No. 510) Se detienen en una tienda, beben. Marcelo quiere café y no hay.

3. (Nos. 511-512) Encuentra la segunda tienda. Beben de nuevo. Tampoco hay café. Marcelo se siente desfallecer de debilidad. Los campesinos comienzan a insistir para que Marcelo beba. Marcelo trata de beber agua, pero casi no puede debido a la mala calidad del agua.

4. (No. 513) Marcelo envidia a sus compañeros por poder beber y estar alegres. Piensa que tal vez puede mezclar el ron con agua y no le hará daño. Este es su primer momento de debilidad.

5. (Nos. 514-515) La tercera tienda. Los campesinos beben de nuevo. Insisten nuevamente para que Marcelo beba. Marcelo bebe ron con agua.

6. (Nos. 516) Marcelo se siente más animado. En la cuarta tienda bebe de nuevo ron con agua.

7. (Nos. 517) Van de regreso. Encuentran la quinta tienda. Marcelo se siente contento, fuerte. Bebe ron con agua de nuevo sin que agua de nuevo sin que se lo pidan los compañeros.

8. (No. 518) La alegría de Marcelo va en aumento: canta. Comienza a actuar hostilmente, castiga a los animales. Ciro lo regaña

9. (No. 519) La hostilidad de Marcelo aumenta. Ciro lo regaña de nuevo.

10. (No. 520) Llegan a la sexta tienda. Marcelo bebe aguardiente puro. Su embriaguez es completa. Está fuera de control.

11. (No. 521) Marcelo cae del caballo. Ciro trata de ayudarlo. Esto aumenta su agresividad. Trata de pegarle a su hermano, Ciro trata de sujetarlo, Marcelo lo mata con su cuchillo.

(522) Voz: Narr.

Los campesinos retrocedieron espantados. Fue una desbandada...

Algunos instantes después, los de la recua habían desaparecido; las mulas, obedeciendo al hábito de hilera, siguieron adelante; el burdégano siguió también, trotando hasta desaparecer tras un recodo.

En el camino quedaron el cadáver de Ciro y su asesino, contemplándole. Marcelo tenía el pelo erizado, los ojos encendidos, el rostro sudoroso y el cuerpo trémulo. Miró todavía con aire agresivo el cadáver; miró en torno sin precisar con claro juicio su situación; dio algunos pasos alejándose de Ciro; detúvose; volvió junto al cadáver sin resolverse a alejarse; vaciló... Al fin huyó tomando carrera cuesta arriba, y desapareció en el monte.

Al fin huyó. ... (ACC. Huida:1(5): El asesino huye de la escena del crimen).

(523) Voz: Narr.

Al siguiente día otro proceso fue iniciado. Los documentos en el bolsillo de la víctima la identificaron, precisaron su nombre, la misión que cumplía en el momento del crimen, el nombre de varios de los que iban en la recua, la presencia en ella de Marcelo. Eran notas comerciales avisando a Juan del Salto la remisión de efectos, en las cuales citábase el nombre de los dos hermanos; cartas que hacían referencia a las transacciones que acababan de hacerse; listas de las provisiones conducidas por las mulas.

Aquella vez la luz fue fácil... Multitud de testigos desfiló ante el juez y aunque siempre hostiles a la verdad, las circunstancias del crimen obligaron a los declarantes a ser explícitos.

Sinembargo, nadie pronunció el nombre de Marcelo. El juez tuvo necesidad de sospechar, de presumir; ¿había formado parte Marcelo de la siniestra comitiva?... pues Marcelo podría hacer luz.

[O]tro proceso fue iniciado. ... (ACC. Investigación:1(2): Investigar el crimen). Como en el proceso seguido por el crimen de Deblás (Nos. 390-404, 416-423, 425-431) la actuación de los funcionarios de la ley es impecable; los reacios a cooperar para esclarecer el crimen son los campesinos (SIM. Antítesis: Honestidad/Deshonestidad).

(524) Voz: Narr.

Este, después del atentado, llegó jadeante a su choza. Era ya media noche y tan intensa la exitación (sic) del joven que atontado, sin memoria, idiota, casi demente, arrojóse sobre el pavimento y cayó en un profundo sopor.

Antes del medio día siguiente, la policía rodeó la choza. Despertáronse bruscamente, y él, sintiendo en la cabeza el plomo de pavorosos recuerdos, prorrumpió en sollozos. ¡Ah, venían por él! Respondió al llamamiento sin negar su personalidad y creyendo que la policía debía en aquel mismo instante juzgarle y castigarle, dobló los brazos en actitud suplicante, sollozó amargamente y con acentos de dolorosa desesperación confesó su delito. ¡El había sido...él había matado a su hermano!

Atáronle y siempre sollozando dejóse conducir. Las gentes al verle pasar, no tuvieron lástima de sus lágrimas; volvían la cara con horror, le miraban con ira.

Atáronle y...dejóse conducir (ACC. Huida:2(5): Ser conducido a la cárcel).

(525) Voz: Narr.

Al fin, la bartolina. La primera noche que pasó Marcelo en la incomunicación le envejeció. Creyó morir...

¡Ah! cumplíase su aciaga desdicha. ¡La cárcel, el horrible antro donde la enfermedad mata pronto a los más fuertes, donde la piel se pone tiñose y el cuerpo se agrieta y se hincha para manar agua infecta!...

El esfuerzo de Marcelo para escapar a su destino ha sido inútil. Aunque él no bebía, finalmente el alcohol lo ha llevado a matar a su hermano (REF. Determinismo científico).

Este capítulo tiene lugar seis meses después del tiempo de la cosecha descrito en el capítulo IX. Marcelo asesina a su hermano al año y medio de los acontecimientos de la tienda de Andújar. El episodio de la muerte de Ciro está narrado con gran precisión; se describe cuidadosamente, marcando siempre el tiempo, los pasos que conducen a la desgracia.

Este capítulo corresponde al paso No. 5 de los propuestos por Claude Bernard para cualquier experimento científico (2da. parte, Capítulo II, pp. 317-319).

Notas

[1] Archivo General de Puerto Rico, *Libro de cuentas de la Hacienda Pietri*, 1898-1912, pp. 97, 101, 103.

[2] Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio* , tomo II (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978), p. 59.

[3] J. E. Cirlot, Dictionary of Symbols (New York: Philosophical Library, 1962), p. 222.

[4] Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio*, t. II, p. 60.

Capítulo XI

(526) Voz: Narr., Narr./Sil.

Dos años después Silvina vivía en una choza situada en las cumbres de la granja de Juan del Salto.

Las cosas habían variado mucho. Cuando Silvina supo el trágico fin de Ciro sintióse desgarrada por inmenso dolor. Dejóse arrebatar por la desventura, gritando, maldiciendo, sollozando desconsolada. ¡Ingrato destino el suyo! Su vida junto a Gaspar habíale parecido un siglo; su felicidad junto a Ciro, un minuto.

Las primeras horas de aquel dolor fueron aciagas. Almas piadosas del vecindario acudieron a mitigar con palabras de cariño la amargura de tanto duelo, mas todo inútil: Silvina fue sorda a los consuelos, hostil a las reflexiones. ¡Ah, pobre de ella! Aquel hombre tan generoso, tan bueno, que tanta ternura tuvo para ella, caía asesinado por su propio hermano, caía dejándola sola, abandonada en las miserias de una vida de privaciones y vergüenzas. No, ella no podía conformarse. Si Dios era justo, ¿por qué la maltrataba tan cruelmente? Quería morir, morir para curar la enconada herida de sus dolores, morir para acabar de una vez con los azares de su desventurada existencia. ¿Qué significaba ella en el mundo?... ¿Para qué podía servirle la vida?

Y joven, adolescente, casi niña todavía, sentíase cansada de vivir, débil ante tanto infortunio, hastiada de tener en la cabeza pensamientos y en el corazón alientos de imposible dicha.

El tiempo en que transcurre la trama está marcado (REF. Cronología). El narrador relata lo sucedido desde la muerte de Ciro hasta el presente de este capítulo (REF. Cronología: Retrospección). La forma en que Silvina reaccionó a la desgracia: [F]ue sorda a los consuelos, hostil a las reflexiones... indica su incapacidad para recuperarse de la pérdida. Siempre fue incapaz de tomar las riendas de su vida, necesitó agentes externos (Marta con su denuncia de Gaspar y Ciro con su amor) para librarse

de Gaspar. Si antes fue imposible para ella encaminarse hacia lo que quería, ahora es peor, está destruida sicológicamente [SEM. Debilidad (V. Narr.: Silvina)].

(527) Voz: Narr., Narr./Lea.

Leandra, en tanto, suspiraba lacrimosa. Era verdad, era justo lo que decía Silvina: ¡Qué mala suerte, qué terrible mala suerte la de ellas! Antes, Gaspar que escapaba; después Ciro que moría. Apenas si entre uno y otro habían mediado pocos meses. ¡Otra vez solas, desamparadas, sin defensa, sin hombre! Y Leandra también lloraba, también gemía.

La actitud de Leandra es consistente con la manera en que el personaje ha reaccionado siempre. Lamenta la pérdida del hombre, fuera quien fuera. Bajo un falso pragmatismo se esconde su sumisión al papel tradicional: una mujer sin hombre no es nadie (REF. Patriarcado).

(528) Voz: Narr., Narr./Sil.

En medio de su duelo. Silvina tuvo un arranque. Aunque se le destrozase el corazón, aunque tuviese ella misma que pisotearlo, quería ver a Ciro. El proyecto fue práctica enseguida. Acompañada de Leandra, descendió a la llanura, apresurándose para llegar a tiempo.

Fue al siguiente día del acontecimiento y habíase hecho ya la autopsia del cadáver. Las dos mujeres llegaron al cementerio, y tendido sobre una tosca mesa vieron a Ciro. La joven creyó morir, creyó enloquecer. El cadáver tenía hendida la cabeza; la bóveda del cráneo había sido separada y al aplicar después en su sitio el segmento levantado, veíase por la ranura la masa cerebral. El tórax también había sido abierto y como la inspección pericial anduvo por los rincones de los órganos, al dejar las cosas dispuestas para el enterramiento, la pared del pecho no cubría bien el removido hueco y podíanse descubrir pedazos de pulmón seccionados en varias direcciones, costillas divididas por la implacable tijera de la investigación y el corazón abierto en dos pedazos y atravesado por el puñal fratricida de Marcelo. Luego, el vientre que aumentando el destrozo había sido asímismo abierto, mostraba el laberinto de entrañas desplazadas y heridas en distintas direcciones por el bisturí del análisis. Todo revuelto, desconsiderado todo, por la impiedad de la autopsia.

Las dos mujeres recibieron profunda impresión. Leandra, pálida, fría con los ojos secos, sentía el horror del espectáculo nunca visto. Silvina, presa de inconsolable llanto, tuvo para aumentar su desconsuelo, ideas desgarradoras" ¡pobre Ciro!... ¡tan generoso, tan bueno, y destrozado de aquella manera, poco menos que partido en pedazos, antes de hundirle en la tierra y dejarle descansar eternamente!

Como en las ocasiones anteriores en que se han descrito cadáveres o la agonía de un personaje (Nos. 402, 495-496) la descripción del cadáver de Ciro es típica del estilo que se ha asociado tradicionalmente con los naturalistas: profusión de detalles anatómicos explicados de manera descarnada (REF. Literatura: Naturalismo).

(529) Voz: Narr.

Después siguióse un periodo de tristezas. La soledad de la casucha y la estrechez de la familia renovaba a cada instante las heridas; mas, en el correr del tiempo, fuéronse entibiando los paroxismos y agudezas del dolor.

Leandra lavaba siempre; por entonces con más ardor, con más afán, porque de aquel exprimir andrajos ajenos, salía del mísero sustento de todos. Silvina triste, muy triste, muy enferma. Sus lágrimas no eran ya ruidosas con explosiones de dolor y de rabia, sino silenciosas, reflexivas.

Andando los días, las realidades de la vida trageron (sic) ocasiones para las contrariedades y el reproche. Madre e hija, ante la escasez, sentíanse irritadas, abrumándose con su mutua presencia, chocando los caracteres por menudencias y pequeñeces.

Al fin llegaron a vivir en plena discordia; un sordo encono, una miserable hostilidad las agitaba.

La depresión de Silvina agrava su condición física [SEM. Epilepsia (V. Narr. Sil.)]. Como siempre, la conducta de Leandra es activa [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Lea.].

(530) Voz: Narr., Narr./Sil.

Un día, inesperadamente para Silvina, instalóse en la casucha un hombre, otro *hombre :* algún hambriento a cuyo señorío iba a rendirse Leandra.

En Silvina renacieron pensamientos dormidos. ¿Y ella, no era mujer también? Cuando pensó en la posibilidad de un nuevo lazo, apoderóse de ella un sentimiento de repugnancia. Ciro, solo Ciro vivía en su alma: ella no podía amar a nadie. Mas Ciro había muerto y aquel amor era un fardo de memorias que no retoñaban en la realidad, ni amasaban pan, ni procuraban bienestar. Ella era joven, bella todavía. Su madre, casi vieja, encontraba... ¿Por qué no habría de encontrar ella?

El tiempo continuó su labor borrando siempre la intensidad de las impresiones, debilitando la firmeza de los propósitos.

Cierta mañana, después de una gran discordia, Silvina tomó una resolución. Inés Marcante habíala invitado a seguirle, y sin amor, sin apego, casi con repugnancia, fuese tras él; colgando el nido allá, en lo alto, en lo desnudo de vegetación, en lo bravío de la finca de Juan.

[I]nstalóse en la casucha otro hombre... (ACC. Concubinato: 1(3): Unirse a hombre por sumisión). Silvina cede debido a su debilidad física y emocional y a la influencia del medio ambiente. Finalmente, su camino es el mismo de su madre: rodar de un hombre a otro. Su naturaleza, como siempre, rechaza la vida que lleva, pero no es fuerte para rebelarse. [F]uese tras él; colgando el nido en lo alto... (ACC. Concubinato:1(4): Unirse a un hombre por influencia del medio ambiente). La aparición de Inés Marcante (el campesino castigado por Montesa (No. 295) y salvador del niño en el río (No. 312-313) marca el comienzo de la conclusión del contrapunteo ideológico que representan Montesa y Marcante y cuyo comienzo fue el momento en que Montesa castigó a Inés. En el capítulo VI aparecen ambos episodios, el del castigo y el de la heroicidad. Ahora aparecen de nuevo ambos hombres en el mismo capítulo. El contraste entre la conducta y el destino de uno y otro concluye el contrapunteo. La contraposición de estos dos personajes tiene significado, como se ha dicho antes, al nivel de la ideología del texto. Al nivel de la trama, hubiera sido perfectamente coherente que Silvina se hubiera unido a cualquier otro campesino, este cambio no

habría alterado el argumento, pero para la construcción de la ideología del texto es necesario que Silvina se una a Inés Marcante.

(531) Voz: Narr.

Por entonces Juan estaba ausente. Jacobo habíase graduado y el cariñoso padre no tuvo paciencia para esperarle: embarcóse, voló a sus brazos, emprendieron con él un viaje de placer por Europa.

Juan del Salto es un padre exitoso, su hijo se ha graduado. La adjetivación usada para describir sus relaciones familiares y la imagen que describe la impaciencia del hacendado por ver a Jacobo: [V]oló a sus brazos... reafirman su condición de excelente padre [SEM. Amor filial (V. Narr.: Juan del Salto)].

(532) Voz: Narr.

Montesa quedó encargado de la gestión agrícola de la finca, que un amigo de Juan administraba desde el poblado. De ese modo, el antiguo marinero estaba hinchado de orgullo, desvanecido entre vapores de amor propio, ansioso de cumplir sus deberes hasta un límite más allá de lo que pudieran exigirle. Tenía un mayordomo subalterno; daba órdenes terminantes; disponía sin consentir réplica; dignábase, en ocasiones, ser amable, como cumple a una autoridad suprema.

Continúa el contrapunteo entre Montesa e Inés Marcante. De acuerdo a este párrafo el mayordomo abusa de su autoridad en ausencia de Juan del Salto [SEM. Abuso (V. Narr.: Montesa)]. En apariencias el discurso muestra a Montesa como un personaje negativo, pero por la información dada anteriormente sabemos que el hombre no es perfecto, pero que su autoritarismo proviene de una necesidad (Nos. 87-88, 297, 414). Dado que en la novela el trabajo y la familia son valores morales privilegiados y Montesa cumple a cabalidad con ambos (No. 99), es un buen hombre. Este discurso presenta las contradicciones del narrador al evaluar a los

personajes desde la perspectiva de la clase hacendada. La evaluación de Montesa, respecto a si es un personaje positivo o negativo (*bueno* o *malo*), hay que ubicarla en el contexto del mundo ficticio y específicamente en su aspecto de oponente de Inés Marcante en la estructura de la novela. Esta es la última vez que aparece el mayordomo. La conclusión es que abusa de su autoridad, pero es eficiente en el trabajo, buen padre y esposo y carece de vicios. Puestos en la balanza defectos y virtudes, las virtudes son mayores, de acuerdo a la escala de valores del mundo ficticio. El resultado de su vida es que ha logrado consolidar su posición social y ha organizado *racionalmente* su vida familiar. En la realidad histórica los mayordomos de las haciendas tenían a menudo ayudantes como el que tiene Montesa en la obra.[1]

(533) Voz: Narr., Narr./And.

Andújar y Galante habíanse ya lanzado...La especulación les embriagaba, les arrastraba, les hundía en sus misterios, en sus tenebrosidades; en aquellas en donde sólo una luz brilla: el oro. De vez en cuando, Andújar visitaba su finca, y hacíalo afectando cierto desdén... Dados sus negocios comerciales, su *estancia* resultaba una pequeñez, un juguete.

Andújar y Galante son definidos como comerciantes. Andújar desprecia su estancia, o sea su actividad como agricultor. En el texto la agricultura y el comercio son antagonistas. Axiológicamente, la agricultura es equivalente de bondad y el comercio de maldad. En la sociedad histórica puertorriqueña existía también este antagonismo, por lo tanto el desprecio de Andújar a su estancia representa, desde la perspectiva del narrador, la confrontación entre hacendados y comerciantes reales (SIM. Antítesis: Hacendados/Comerciantes).

(534) Voz: Narr., Narr./Marc.

Marcelo no se oyó condenar. Convicto y confeso y antes de terminarse el proceso que se le siguió en el cual no se consideraban atenuantes, sucumbió en la cárcel. Sobre el húmedo pavimento de una bartolina, respirando el envenenado aire carcelario, resistió poco; murió casi idiota. Sólo una alegría tuvo; la noción de que iba a morir. ¡A reposar tranquilo, a descansar al fin...!

Los temores de Marcelo se cumplen, pero no por las razones que lo atemorizaban. La ley no lo llevó a la cárcel injustamente como él temía que sucedería si denunciaba el plan de Gaspar y Deblás al juez (Nos. 302-305) o después del asesinato de Deblás (No. 415-416). Marcelo ha sido encarcelado por un crimen que él mismo cometió y ha muerto en la prisión debido, en última instancia, a su deficiencia física y al medio ambiente en que vivió. (REF. Determinismo científico).

(535) Voz: Narr.

Silvina, en su nueva vida, no aspiraba a mucho: que la mantuvieran, que la consideraran, que no la hicieran sufrir con malos tratamientos. Habíase creado una vida doliente sin que supiera con certeza donde empezaba el dolor físico y donde el dolor moral, y en esa vida de sollozos y tristezas, quería paz, sosiego, una limosna de felicidad.

Pero Marcante, que no era cuerda de arpa, no vibraba acorde. Quiso una mujer y la encontró. Necio, vanidoso y pedante, no se había preguntado nunca lo que era una mujer. Tantas tuvo, tan pródigo fue en la disipación, que acaso llegó a pensar que era para ellas alto honor que él se dignara protejerlas (sic).

De ese modo, a la primera desavenencia que interpuso entre ellos la indignidad o la miseria, la mano del déspota se alzó villana, y sobre el semblante de la víctima cayó la bofetada del más fuerte.

Silvina se revolvió rabiosa. Recordó el despotismo de Gaspar encadenándola a sus pies...entonces no era lo mismo. Sentíase ante Inés valerosa, enérgica, suficiente para toda rebeldía, bastante para toda fortaleza. Hubo una ruidosa quimera después de la cual renació la calma. Luego nuevas desavenencias y nuevas reconciliaciones: una vida de luchas y disgustos coreada por el hambre.

Inés Marcante es caracterizado como: necio, vanidoso y pedante... [SEM. Superficialidad (V. Narr.: Inés Marcante)]. Esta caracterización no sólo lo desvaloriza en su relación con las mujeres, sino que destruye la acción heroica cometida anteriormente (No. 312-313). Los tres adjetivos corresponden al tipo de personalidad descrita por Fray Iñigo Abbad en su descripción del carácter del puertorriqueño. Si la conducta de Inés Marcante a lo largo de su vida ha seguido la pauta sugerida por los tres adjetivos, el salvamento del niño no fue un acto heroico sino una fanfarronería producto de su *necedad* que lo condujo a no medir el peligro que corría al lanzarse al río y de su *vanidad* y *pedantería* que lo impulsaron al acto seudo heroico para recibir la admiración de quienes presenciaron el hecho. Silvina continúa siendo victimizada [SEM. Víctima (V. Narr.: Silvina)]. No importa que ahora sea capaz de pelear, el medio ambiente es más fuerte que ella (REF. Determinismo científico).

(536) Voz: Narr., Narr./Sil.

Cierto día Silvina no pudo más... Lo que Inés acababa de hacer era odioso, repugnante. Habíase acostado Silvina la noche anterior estando él ausente; durmióse, y muy de mañana, al despertar, vio que otra mujer dormía junto a ella. ¡Ah, el desvergonzado de Marcante, durante su sueño, había llevado a la choza a otra mujer!

No lo permitiría: no estaba dispuesta a sucumbir a tanta mengua. Indignóse, gritó, lloró; todo inútil: Marcante reíase de su enojo, satisfecho de la hazaña, orgulloso de ser querido y disputado, y la recién llegada, dándose por aludida, aceptó la lucha. Las dos mujeres riñeron: agotados los insultos, vinieron a las manos. Al fin las separó Marcante, dictando inapelable decreto: las dos debían vivir allí y la que no quisiera, que desfilara.

Silvina desesperada y rabiosa entregóse al llanto. Bien; se iría. Todo, antes que sufrir tamaña injuria. Meditó en su situación estudiando las circunstancias. Solo un recurso le quedaba: Leandra. Su madre, que la hacía sufrir, que la contrariaba con su insoportable genio... pero su madre al fin.

La caracterización de Inés Marcante alcanza su punto más bajo de degradación [SEM. Inmoralidad (V. Narr.: Inés Marcante)]. El disfrute del amante de Silvina ante la disputa entre las dos mujeres proviene del mismo aspecto de su personalidad que lo hizo salvar al niño que se ahogaba: la necesidad de ser admirado: no importa si lo admiran por una acción valerosa o por una bajeza. Desde la perspectiva del lector, el personaje ha sido destruido moralmente de acuerdo a los valores que rigen la sociedad ficticia.

(537) Voz: Narr.

Resolvióse y aquella tarde, descalza, despeinada, con un trajecillo desteñido y roto y un lío de andrajos en la mano, escapó de la choza de Marcante. Cuando llegó a la casucha de Leandra no halló a nadie: el hombre de la casa en su trabajo; Pequeñín haciendo compras en el vecino tenducho; Leandra lavando en el río.

[E]scapó de la choza de Marcante. ... (ACC. Concubinato:2(4): Abandonar al amante). De nuevo Leandra aparece trabajando [SEM. Laboriosidad (V. Narr.: Leandra)].

(538) Voz: Narr.

Era el crepúsculo. El día balanceaba desfalleciente sus matices últimos siguiendo al sol. La pomposa celajería que flotaba en el cielo, cambiaba de colores según su situación; hacia oriente, luces que habían filtrado en el espacio los tonos vivos, hacíanla aparecer obscura, enlutada, gris; hacia poniente, en donde aún fulguraba el sideral coloso, mostrábase rosada, encendida, con incrustaciones de brumas de oro y contornos de nácar. Una tarde poética, hermosa, colmada de esos inimitables encantos que no puede borrar la mano del hombre.

El paisaje parecía un festín de colores. El sol abrillantaba la tierra con rayos oblicuos y deteniéndose sus fulgores detrás de los montes, resultaban los lugares cimontanos iluminados tan sólo por difusas claridades que se atomizaban en el aire.

Se marca la hora de la escena (REF. Cronología). La descripción del paisaje muestra profusión de colores:

> ...el cielo, cambiaba de colores...hacia oriente, luces que habían filtrado en el espacio los tonos vivos, hacíanla aparecer obscura, enlutada, gris; hacia poniente, en donde aún fulguraba el sideral coloso, mostrábase rosada, encendida. ... El paisaje parecía un festín de colores. ...

La naturaleza es exaltada por medio de imágenes elegantes: El día balanceaba desfalleciente sus matices últimos siguiendo al sol. La pomposa celajería que flotaba en el cielo. ... (REF. Literatura: Modernismo). Esta descripción marca una pausa antes de entrar en la conclusión de la novela.

(539) Voz: Narr.

En lo alto, veíase el cafetal de Galante encapuchándose en el obscuro verdor de la montaña, disimulando sus contornos, hundiéndose en la homogénea amplitud de las vertientes, como si fatigado del fulgor diurno, quisiera rescatarse en la obscuridad y el sueño. Debajo, el caserío de Andújar, entonces triste, solitario, sin los rumores de la tienda, sin el bullicio que la especulación antes producía. Más allá, las míseras hacenduelas... Inseguros albergues levantados sobre frágiles cimientos; inestables mansiones, con esa inestabilidad nómada que no crea hogar por no tenerlo que trasportar (sic) el día siempre cercano del cambio. Caserío inseguro, variable: allí donde hubo ayer un bosque, hoy se mira una choza y donde ésta hoy se halle, se verá mañana un prado. Todo incierto, fugaz, pasagero (sic); el árbol henchido de dulce fruta, cortado por la torpeza; la ingrata arborescencia que jamás florece, respetada por la incuria. Buenas gentes viviendo en el eterno trasiego de una existencia sin misión; rizomas yaciendo a flor de tierra sin ahondar con las raíces; seres de asombrosa conformidad dejándose arrastrar por el acaso, como inerte pajuncia que arrebata el viento.

Todos los detalles del panorama, destacábanse en aquella tarde melancólica. El cerezal en su abandonada tristeza; el límite montuoso que ocultaba, hacia el sur, al caserío de Vegaplana; las audaces cúspides de la cordillera envolviéndose la frente en lienzos de nuebes bajas, o hiriendo las brumas con la agudeza de los picachos; la granja de Juan reclinándose en el plano inclinado de los montes, como gentil criolla que dormita sobre lecho de verdura.

La voz del narrador repite el inventario de la región que apareció al principio de la novela, también en la voz del narrador pero a través de los ojos de Silvina (Nos. 9-10). Se describen los cambios ocurridos desde aquella descripción. La precariedad de las casas de los campesinos indica

la poca estabilidad de sus vidas, sus mudanzas frecuentes [SEM. Migración (V. Narr.: Campesinos)]. La obra explica esta situación como producto del carácter del campesino:

> Buenas gentes viviendo en el eterno trasiego de una existencia sin misión; rizomas yaciendo a flor de tierra sin ahondar con las raíces; seres de asombrosa conformidad dejándose arrastrar por el acaso, como inerte pajuncia que arrebata el viento. ...

Son criaturas infrahumanas, no por maldad, sino por incapacidad. Los factores que motivan esta incapacitación son los que aparecen en la tesis determinista científica de la novela (REF. Determinismo científico). En la sociedad histórica puertorriqueña la migración de los habitantes de la zona rural era motivada por factores económicos: el cultivo cíclico del café que demandaba mayor o menor mano de obra en distintas épocas del año, la fertilidad de la tierra que obligaba a buscar nuevos terrenos cuando decaía en una zona, etc.

La granja de Juan es descrita con simpatía, como representante de lo criollo: ...gentil criolla... [SEM. Identidad nacional (V. Narr.: Granja de Juan del Salto)].

(540) Voz: Narr.

Y luego, el río...¡siempre el río!...discurriendo sonoro, acariciando las guijas del fondo también coloreadas por el profuso vaivén de matices que languidecía en el ambiente. Arboles de la margen inclinábanse sombreando la corriente; en los islotes formados por aglomeraciones de piedras, crecían hierbecillas tímidas que en horas de hinchado enojo arrastraba el caudal; en las cascadas, despeñábase la linfa como irritada ante el dolor de la caída después de la placidez de los remansos. Creyérase que era el río un ser viviente, con un pasado escondido en las abruptas serranías; con un presente inconforme al recorrer la sinuosa cuenca; con incierto mañana, en el cual, turbio por los arrastres, colmado de impurezas de la tierra, debía precipitarse en el adusto reservorio del mar. Era un sempiterno quejumbroso; un ser palpitante contemplando con miradas cristalinas el dolor ribereño; un viajero infatigable que, testigo de ese dolor, no tenía ni voz ni palabras para

revelarlo al porvenir cuando en seculares ondas se precipitara en el océano del tiempo. Sí, vivía; vivía entre ambientes de frescura, sobre lechos de cristal, arrastrando en sus rumores el haz de lamentos caídos en la corriente, formando con su murmurio la amarga síntesis de un dolor sentido por una multitud de corazones...

La admirable descripción del río se afilia a un estilo romántico (REF. Romanticismo). En este caso la naturaleza se antropomorfiza. Sin llegar a este punto, cada vez que ocurre una tragedia en la novela el paisaje es descrito en concordancia con los acontecimientos. Por ejemplo: Galante asesina a Ginés ...una noche que siguió a un día muy lluvioso. ... (No. 68). Cuando Deblás se acerca a la tienda de Andújar para robar, ...un aire medroso recorría la fronda... (No. 345).

(541) Voz: Narr.

Al ver la soledad de la casucha, Silvina arrojó el lío sobre el pavimento, acercóse al borde de la vertiente, y sujetándose a los dos arbolillos tantas veces testigos de sus éxtasis, suspiró dolorida recorriendo con la mirada el panorama.

Escuchábase el chapoteo que Leandra producía al azotar la ropa con un pedazo de madera, y de vez en cuando, las crepitaciones del agua exprimida de los lienzos que retorcía la mano de la lavandera.

Esta escena es una redundancia de las lexias Nos. 3 y 5, pero en la lexia No. 3 Silvina se apoya en dos ...árboles... y ahora lo hace en dos ...arbolillos. ... Los *árboles* , metonimia usada para representar la naturaleza que sirve de consuelo a Silvina, se han debilitado, empequeñecido. Los problemas de Silvina han crecido hasta tal punto que su apoyo del pasado se ha convertido en *arbolillos* incapaces de continuar sosteniéndola.

(542) Voz: Narr.

Silvina, toda corazón, fue entonces toda pensamiento. Dejóse llevar hasta el mundo de los recuerdos y cada uno de estos hería su sensibilidad

con una emoción intensa; como si en aquel instante acabaran de suceder los hechos recordados.

Primero recordó sus candorosos amores con Ciro; las infamias de Galante abusando de su inocencia; las contrariedades de su casamiento con Gaspar; los terrores sufridos bajo el odioso dominio de éste; las bajezas de Galante obligándola a una vergonzosa sumisión. Y cubierto de lágrimas el semblante, de nuevo la amargaron los sollozos.

Después recordó las amenazas, los empujones, los golpes de Gaspar; la terrible resolución de aquella lúgubre noche de la tienda; el espanto que sufriera al darse cuenta de los detalles del crimen; la escena con Ciro en la montaña confusamente recordada, revivida no con la dulzura de una grata memoria, sino como sombría silueta de medrosa aventura; y por fin, sus horas de dicha junto a Ciro, después de la fuga de Gaspar, la profunda sacudida experimentada con la muerte de su amante, sus luchas con Leandra, sus repugnancias junto a Marcante; considerando en aquel día, en aquellos momentos, sus dolores físicos, el malestar, la inquietud de enfermiza decadencia que la desfallecía aumentando su cansancio de la vida.

Lloró mucho tiempo, mientras el día, envolviéndose en los cendales grises del crepúsculo desmayaba tristemente.

Silvina, toda corazón, fue entonces toda pensamiento. ... (ACC. Meditación 1(5): Resumen de la vida). Este pasaje es redundante (No. 11).

Lloró mucho tiempo. ... (ACC. Meditación:2(5): Termina la meditación).

(543) Voz: Narr.

De pronto experimentó algo acerbo...una sensación extraña que no logró explicarse porque al instante de percibirla perdió la conciencia de sí misma. Vio en lo alto de la montaña una franja de luz pareciéndole que un incendio fulguraba súbito; terminó la expiración de un sollozo con un quejido prolongado; echó la cabeza hacia atrás y cayó...

Era el paroxismo, la terrible neurosis avasallando su albedrío, la pujante convulsión convirtiendo en fortaleza la inerme debilidad de su organismo enfermo.

Cayó al borde de la vertiente...Hubo un momento en que rodando sobre sí misma, bajo el recio estímulo convulso, se alejó del borde; pero tras un instante de quietismo, rodó de nuevo, retorcióse sacudiendo con espasmo voltaico el cuerpo, y contrayendo en horrible mueca el semblante, volvió a colocarse en la pedregosa arista del abismo.

Agitóse allí, sobre el peligro, como inerte escombro que el acaso empuja o el acaso detiene. Tembló sobre la muerte, abandonada a sí misma, detenida por la casualidad o empujada por el fatalismo.

La crisis fue homicida: retorcióse una vez más, perdió el equilibrio y precipitóse...: La vertiente llena de árboles y malezas abrió camino al cuerpo: doblándose los tallos verdes, entreabriéndose las marañas, quebrándose las hierbas secas, desplazándose los hacinamientos de pajuncias que formaban lecho en el declive.

Caía con la mortal pesadumbre de lo que no ha de levantarse más. Rodaba dando vueltas sobre sí mismo; chocaba rudamente contra los obstáculos; el tronco de algún árbol, hasta que la pesantez lo empujaba de nuevo; arrastraba en la caída montones de piedras rodadizas que le seguían como si aquellas piedras, más piadosas que los hombres, quisieran, en fúnebre cortejo, acompañarle hasta el fondo.

Despeñábase dejando un rastro sangriento, un surco rojo; era la vida retornando a su origen; los alientos prestados reintegrándose a la vivificante tierra; la frágil materia devolviendo sus despojos a la gran cuna común.

Y así, mal herida, con los huesos rotos, desfigurada, llena de sangre, muerta en el despeñadero antes que en el paroxismo, Silvina cayó como masa informe sobre la piedra lisa y plana, en que lavaba Leandra.

De pronto experimentó algo acerbo... (ACC. Muerte:1(4): Convulsión epiléptica). Silvina cae al abismo a la tercera convulsión: 1) Era el paroxismo,...la pujante convulsión.... 2) rodó de nuevo, retorcióse sacudiendo con espasmo voltaico el cuerpo.... 3) retorcióse una vez más, perdió el equilibrio y precipitóse... (REF. Numerología). El acercamiento y alejamiento del borde del abismo producido por los espasmos extiende y hace más dramática la acción. [M]uerta en el despeñadero... (ACC. Muerte:2(4): Morir al caer al abismo).

(544) Voz: Narr., Narr./Lea.

Esta, irguióse aterrorizada; miró un instante y ese instanto bastó para que se diera cuenta de la inmensa desventura. Lanzó un grito. ¡Era su hija!...¡Silvina que se había despeñado por el risco!... Y de pie, llevándose las manos a la cabeza, gritó desolada, pidiendo socorro, clamando misericordia.

El grito de Leandra cierra, a nivel simbólico, el que emitiera Silvina al comenzar la novela. Entre estos dos gritos ha transcurrido toda la obra. La antítesis Moralidad/Inmoralidad presentada en el plano físico mediante las posiciones de Silvina y Leandra: arriba/abajo al principio de la obra (Nos. 3, 5) queda cancelada con la caída de Silvina. Ambas mujeres están *abajo* , en el abismo [SEM. Inmoralidad (V. Narr.: Leandra-Silvina)].

(545) Voz: Narr.

En tanto, el cadáver de Silvina destrozado sobre la piedra, parecía un alto relieve tallado en el granito. La luz, ya tenue, de la tarde, dábale apariencias de escultura sepulcral, de busto yacente que recordará a la más doliente víctima del más impío de los dolores. Al caer el brazo derecho quedó sumergido en el agua, y como la corriente era viva y aquel miembro liviano, el caudal le mantenía en semiflotación y le agitaba moviéndole con incierto vaivén, jugueteando con él; como si mojándole y sacudiéndole en la inquietud de las ondas, quisiera estrechar aquella mano fría y darle, envolviéndola en frescura, el último adiós. Así estaba, mutilada, inerte: la hija a los pies de la madre, la hechura junto al artífice; el jirón junto al andrajo; el enjendro (sic) junto al materno claustro en donde, con inconsciente bestialidad la formara el acaso. Leandra de pie, con los ojos muy abiertos y la respiración anhelosa mirábala estupefacta, y en aquella actitud veíasele el abultado seno que satisfico el hambre primera de Silvina; los grises cabellos emblanqueciendo ya más por los afenes que por los años; el voluminoso vientre tantas veces henchido por la maternidad, tantas veces consagrado por la venus prolífica, tantas veces retorcido, por el formidable dolor que puebla el mundo. Allí la víctima, la resultante, el sedimento depositado en el bajo fondo social; allí la maternidad sin alma, la pecadora sin pecado, la culpable sin culpa, la criminal inconsciente, la que habiendo recibido al nacer el abyecto empujón había también empujado a los seres que de ella nacieron...

La comparación de Silvina muerta con una estatua remite a la analogía de la estatua con el pueblo (No. 486) propuesta por Juan del Salto:

> [E]l cadáver de Silvina destrozado sobre la piedra, parecía un alto relieve tallado en el granito. La luz, ya tenue, de la tarde, dábale apariencias de escultura sepulcral, de busto yacente que recordará a la más doliente víctima del más impío de los dolores.

Desde esta perspectiva, Silvina (selva pequeña) simboliza el pueblo, hermoso pero incapacitado para tomar las riendas de su propio destino [HER. Enigma 3 (3)]. El simbolismo de Silvina como pueblo-estatua se refuerza por las repetidas ocasiones en que la caracterización de la joven ha connotado *insensibilidad*. Leandra, productora de seres desnutridos y enfermos, representa el origen deficiente, la matriz colectiva de donde procede aquel pueblo. El cadáver de Silvina está descrito por medio de imágenes, en un tono romántico (REF. Literatura: Romanticismo) muy diferente al estilo naturalista utilizado para describir las muertes de Deblás, Marta y Ciro.

(546) Voz: Narr.

A los gritos de Leandra acudió gente: los vecinos, los que retornando del trabajo transitaban por las veredas, algunas campesinas que también lavaban en la orilla. Entre los comentarios de todos y los desgarradores gritos de Leandra, cumplióse la misión que en casos tales la caridad y la desventura exigen.

Anocheció... Un sombrío soplo, apagando la vida luminosa del día, adormeció la tierra. Las campiñas entornaron sus párpados; los bosques, confundiéronse en la distancia; las cumbres borráronse en la altura; el cielo ennegrecióse en la inmensidad. En el misterio de la noche, Dios sollozaba.

Cuando los últimos clamores de la desgracia desvaneciéronse a lo lejos, el lugar quedó solitario.

Solo el río quedó murmurando en aquella soledad de muerte, siempre movedizo, siempre inquieto, siempre sonante; como si arrastrara en su corriente el prolongado lamento de un dolor sin bálsamo; como si llevara disuelto en su linfa el llanto de una desdicha que nadie enjuga, que nadie consuela, ¡que nadie conoce...!

Se marca el tiempo de la escena (REF. Cronología). El final del día y el final de Silvina se conjugan. El narrador lamenta la tragedia desde una perspectiva religiosa: Dios sollozaba. ... (REF. Religión). El río, antropomorfizado, se mantiene activo aun cuando participa del dolor humano [SEM. Actividad (V. Narr.: Río)]. El final del libro es retórico. Las frases: que

nadie enjuga, que nadie consuela... pueden implicar una crítica a la indiferencia del gobierno colonial de la sociedad histórica y probablemente a las clases altas (REF. Crítica social) ante los problemas del pueblo, pero la frase ¡que nadie conoce...! es inútil en términos semánticos. Las clases que tenían el poder en Puerto Rico conocían muy bien la miseria del campesinado. Prueba de ello es la abundante literatura sobre el tema.

Este capítulo corresponde al paso No. 5 de los propuestos por Claude Bernard para cualquier experimento científico (2da. parte, Cap. II, pp. 317-319).

Notas

[1] Luis Edgardo Díaz Hernández, Castañer, *Una hacienda cafetalera en Puerto Rico (1898-1930)*, pp. 446-47.

Conclusión

Dado el tipo de análisis que se ha hecho de la novela el objetivo de esta conclusión es solamente comentar o resumir algunos puntos.

El tiempo de la historia abarca desde un pasado remoto -la historia de la familia de Juan del Salto y la época en que Leandra tiene sus primeros hijos- hasta el presente de la novela. La inmigración de Andújar y Galante ocurre dentro de este tiempo. El relato se desarrolla en un espacio de cuatro años. El tiempo está marcado siempre con precisión, pero no de la misma manera en toda la obra: a veces lo marca el calendario, otras el transcurso natural del tiempo. Del capítulo I al VII transcurre un mes, más o menos. Del capítulo I al V se especifica el día de la semana en que se desarrolla la escena y cada capítulo abarca algunas horas de determinado día. En el capítulo VI no se menciona ya el día de la semana, se dice solamente que es día de trabajo. En el capítulo VII, por primera vez, la trama ocurre en el espacio de dos días seguidos. El capítulo VIII abarca varios meses: el tiempo que dura la investigación del asesinato de Deblás. Dado que la novela comienza en verano, hasta este punto han pasado aproximadamente seis meses. La trama del capítulo IX ocurre en el mes de diciembre, un año después de los acontecimientos de la tienda de Andújar. El capítulo X se desarrolla en mayo del siguiente año y el capítulo XI durante el verano de dos años después del tiempo del capítulo X. Del capítulo VI al XI la hora del día o el movimiento del sol o de la luna marcan el tiempo de la escena. En el capítulo X, el tiempo en

tabernas que encuentra la caravana en el camino de ida y vuelta y la descripción del trabajo de los hombres (salen con la carga, llegan a su destino, regresan) marca el paso del tiempo.

Como todo texto, *La charca* tiene varias entradas interpretativas. Desde el punto de vista simbólico Silvina, (selva pequeña, hermosa y desvalida) representa el pueblo de Puerto Rico engendrado por un "útero" debilitado (mezcla de razas, ambiente socio-económico y político opresivo) como el de Leandra. Montesa representa la personalidad del trabajador del futuro en contraste con el carácter nacional tradicional: Ciro. Andújar y Galante representan el comercio. Esta actividad en la obra es percibida como lo *extranjero* , (identificado en la sociedad histórica con los españoles) perjudicial para el pueblo en contraste con los hacendados criollos. Juan del Salto y su hacienda son el arquetipo del criollismo.

La ideología estética de la obra corresponde a la del naturalismo (2da parte, capítulos I-II). La ideología del texto es la de la clase hacendada puertorriqueña expuesta a través del método naturalista. La interpretación que la obra hace del pueblo, en todos los aspectos, es la que hicieron tradicionalmente los cronistas de Indias primero, y más tarde los sociólogos y escritores en general que analizaron la clase trabajadora puertorriqueña durante el siglo XIX. En *La charca* esta visión negativa se lleva hasta sus últimas consecuencias. El terrible cuadro social presentado en la novela, tomado por muchos años como la descripción amarga de una realidad dolorosa es una visión distorsionada del pueblo.

La miseria del campesinado que se presenta en la obra, y aún mucho peor, está de acuerdo con la de la sociedad histórica en que se inspiró el

autor. La descripción de esta miseria forma lo que podríamos llamar un primer plano de la novela, lo que las palabras parecen denotar. Como en el proceso de lectura de cualquier texto cada lector percibe lo que lee de acuerdo a su concepción del mundo y el problema social de Puerto Rico era tan relevante, es este aspecto de la obra el que han destacado la mayoría de los lectores tradicionalmente, incluyendo a los críticos. La descarnada presentación de las miserables condiciones de vida fue lo que resaltó y dio al texto y a su autor patente de patriotismo. Los juicios sobre el pueblo que aparecen en la obra, la tesis sobre el origen de sus males y las soluciones que se proponen quedaron supeditados a la impresión recibida por el lector del doloroso cuadro social.

La presentación de las miserables condiciones de vida del campesinado están acompañadas en la obra de poéticas descripciones de la naturaleza de la isla. *La charca* estaba dirigida a los intelectuales puertorriqueños y latinoamericanos de fines del siglo XIX, la mayoría de ellos liberales y reformistas como Zeno Gandía. Este grupo social poseía una gran conciencia de su responsabilidad histórica y de su patriotismo, parte del cual se basaba en un gran orgullo de la belleza y grandiosidad de la geografía de Latinoamérica. Para los liberales, llevar a la práctica sus conceptos patrióticos equivalía a tratar de obtener la apertura de sus países al mercado internacional e importar la cultura occidental en el mayor grado posible. La educación del pueblo, entendida como cooperación disciplinada con el proyecto liberal y el blanqueamiento de la raza formaban parte integral de las aspiraciones liberales. *La charca* legitima estas ideas y aspiraciones sancionándolas como verdad científica. La novela llega al pueblo precedida del prestigio intelectual y patriótico de su autor. Por lo tanto, su contenido es

aceptado como verdad irrefutable. Por muchos años fue considerada la obra cumbre del patriotismo puertorriqueño decimonónico: enseñó a los puertorriqueños a verse como eran. 1

Tradicionalmente los críticos literarios han afirmado de manera unánime que Zeno Gandía fue un excelente escritor y *La charca* una magnífica novela. La división en escenas de la obra confirma esta opinión. El mundo ficticio está contruido con gran maestría. Zeno Gandía logró, como lo hicieron los mejores escritores de su tiempo en Europa y Latinoamérica, *recrear* un mundo afirmando que lo estaba *representando* y por muchos años esta afirmación fue aceptada.

La descripción de la naturaleza está enfocada desde dos aspectos: el estético y el funcional, pero la belleza del paisaje siempre está supeditada a la productividad del campo. El estilo utilizado para estas descripciones, que por lo general marcan una pausa en el relato para cambiar de escena, es modernista. Pero cuando la naturaleza sirve de marco a una tragedia el paisaje adquiere características románticas: se acopla a los acontecimientos humanos. En alguna ocasiones, muy pocas, ciertos aspectos de la naturaleza son enfocados desde una óptica naturalista: animales relacionados con los campesinos que aparecen descritos como *asquerosos* .

El mundo social ficticio está formado por situaciones típicas de la vida cotidiana de la sociedad real puertorriqueña del siglo XIX, pero fabricadas de tal manera que una vez terminada la novela se ha creado un universo cuya realidad es coherente con la ideología hacendada: el mundo como ellos lo percibían, su *realidad* .

El universo de *La charca* está dominado moralmente por los juicios correspondientes al puritanismo y a la ética del trabajo. Estos valores reflejan la pujanza de una burguesía puertorriqueña en formación que aspiraba a *modernizar* su sociedad, a entrar de lleno en el mundo capitalista.

El sexo fuera del matrimonio está condenado en el universo de la obra y aún dentro del matrimonio es aprobado sólo como condición necesario para la procreación. El erotismo aparece de manera marginal, disfrazado de didactismo o de descripción de un elemento repudiable, como la desnudez de Leandra. No aparece ninguna mujer de la élite, jamás se menciona la sensualidad de los hombres de la clase alta, con excepción de la alusión al gusto del sacerdote por las mujeres bonitas y este comentario es una crítica velada al clero. La sensualidad del sacerdote es una debilidad de su carácter, no una característica legítima y digna de aprecio de su personalidad. La ocasión en que se describe un acto pasional de la única campesina hacia la cual el narrador muestra simpatía, se insiste en que ella se entrega al hombre que quiere en una situación límite y que lo hace buscando protección, no por deseo sexual.

La cooperación con el proyecto económico de los hacendados criollos es el eje axiólogico que rige la bondad o maldad del universo literario. Todo el o lo que contribuya con el proyecto será bueno, y el o lo que lo rechace será malo. La naturaleza es la cooperadora máxima y por supuesto, es perfecta. Los representantes de la élite: el hacendado, el sacerdote, el médico, el juez actúan de manera honesta y eficiente. Todos están a favor del progreso. Montesa es un personaje positivo al colocarlo en la balanza, de acuerdo a los cánones del mundo en que se mueve. Los comerciantes, antagonistas de los hacendados, son de una maldad monolítica, desde

Galante hasta el dependiente de Andújar. Los campesinos actuán mal por inferioridad biológica y malas condiciones ambientales y están divididos en activos y pasivos. Los activos son malvados: Marta trabaja incansablemente, Leandra aparece numerosas veces lavando, cuidando a Pequeñín, etc. Gaspar está siempre maquinando crímenes, Ciro despliega gran actividad galanteando a las mujeres, Deblás organiza partidas de juego y nunca se alude a inactividad cuando se habla de él. A pesar de su actividad, legal y/o ilegal, no se les exceptúa de pertenecer a la masa de seres sin energía que puebla las montañas porque no utilizan su vigor en el trabajo asalariado de la hacienda. La conducta de los personajes no concuerda a veces con su caracterización. Los pasivos tienen buenos sentimientos e intenciones, incluso de trabajar en la hacienda, pero su actuación final, debido a enfermedades y/o ambiente social negativo, es tan inmoral o criminal como la de los que tienen malas intenciones. Silvina y Marcelo, aunque están conscientes de los problemas que los rodean no pueden hacer nada para vivir de otra manera. Esto es lo más terrible del enfoque de *La charca* respecto al campesinado: no hay esperanzas de que los campesinos puedan tomar las riendas de sus vidas. El destino de los personajes da fuerza a la tesis de Juan del Salto y del doctor Pintado de que sólo con ayuda externa se redimirá el pueblo. La verificación de esta tesis en la novela legitimaba, en el plano ideológico, la renuencia de los liberales puertorriqueños de la sociedad histórica a apoyar la lucha armada por la independencia.

Todos los aspectos de la vida del campesino son denigrados en la novela. A lo largo de todo el siglo XIX, pero con mayor fuerza durante la segunda mitad, el sistema de vida económico y cultural que los campesinos

puertorriqueños habían elaborado en los tres siglos precedentes es desarticulado por las necesidades del cambio que se produce en el país al pasar de una economía de subsistencia a una de mercado. *La charca* es la culminación ideológica de aquel proceso de desestructuración que aspiraba a reestructurar la vida de la clase trabajadora de acuerdo a las necesidades de la élite, enfrascada en el proceso de hacer de Puerto Rico una sociedad capitalista.

Notas

[1] Véase: Elena Zeno de Matos, p. 203.

Bibliografía

Ediciones de las novelas de Manuel Zeno Gandía

Zeno Gandía, Manuel. *La charca, crónicas de un mundo enfermo* . Ponce: Establecimiento tipográfico de M. López, 1894.

_____. *La charca, crónicas de un mundo enfermo* . Ponce: Est. tip. de M. López, 1895.

_____. *Crónicas de un mundo enfermo: La charca, Garduña* . Ponce: Tipografía El telégrafo, 1896.

_____. *Garduña, crónicas de un mundo enfermo* . Ponce: Tipografía El telégrafo, 1896.

_____. *La charca, crónicas de un mundo enfermo.* Puerto Rico: Tipografía La República Española, 1906.

_____. *El negocio, crónicas de un mundo enfermo* . New York: The Geo. A. Powers Printing Co., 1922.

_____. *Redentores* . (Folletín). San Juan: Periódico El Imparcial, febrero-octubre, 1925.

_____. *La charca.* San Juan: Librería y Editorial Campos, 1930.

_____. *La charca* . Edición del Instituto de literatura puertorriqueña. Madrid: M. Aguilar, 1954.

_____. *Garduña.* Río Piedras: Instituto de literatura puertorriqueña, Universidad de Puerto Rico, 1955.

_____. *El negocio, crónicas de un mundo enfermo.* Río Piedras: Instituto de cultura puertorriqueña, Universidad de Puerto Rico, 1955.

_____. *Redentores* . San Juan: Club del libro de Puerto Rico, 1960.

_____. *La charca* . Cuba: Edit. Casa de las Américas, 1965.

_____. *La charca* . México: Editorial Orión, 1965.

_____. *La charca* . San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1970.

_____. *El negocio* . Río Piedras: Editorial Edil, Inc., 1973.

_____. *Redentores* . Río Piedras: Editorial Edil, Inc., 1973.

_____. *La charca.* Prólogo y cronología de Enrique Laguerre. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

_____. *Garduña* . Río Piedras: Instituto de literatura puertorriqueña, Universidad de Puerto Rico: Editorial Edil, Inc., 1978.

_____. *La charca* . Introducción de Juan Flores. Traducción al inglés y prefacio de Kal Wagenheim. New Jersey: Waterfront Press, 1982.

Literatura de Puerto Rico

Alden Mason, J. y Aurelio Espinosa. *The Journal of American Folklore* . Vol. 34, No. 132, April-June, 1921.

Algarín, Pedro. *El naturalismo en Manuel Zeno Gandía.* Ph.D. dissertatiion, University of Illinois, 1972.

Alonso, Manuel A. *El gíbaro.* Barcelona: Ed. Vosgos, 1975.

Alvarez, Ernesto. *Manuel Zeno Gandía: Estética y sociedad.* Ph.D. dissertation, New York University, 1978.

Aponte, Marta. "Hacia una interpretación ideológica de 'La charca'." *Sin Nombre* V, No. 1 (1974).

Asomante . No. 4 (1955). (Número homenaje a Manuel Zeno Gandía).

Babín, María Teresa. "Aristas de la esclavitud negra en la literatura de Puerto Rico," *Sin Nombre* , 4, No. 2 (1973), pp. 57-62.

Barradas, Efraín. "La naturaleza en *La charca.*" *Sin Nombre.* 5, No. 1 (1974), pp. 30-42.

Beauchamp, José Juan. *Imagen del puertorriqueño en la novela (en Alejandro Tapia y Rivera, Manuel Zeno Gandía y Enrique A. Laguerre.* Río Piedras: Editorial universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1976.

Bothwell Travieso, Luis C. "Manuel Alonso: Costumbrismo y nacionalismo." *Casa de las Américas.* No. 11 (1978).

Brau, Salvador. *La vuelta al hogar y La pecadora* . Río Piedras: Ed. Edil, 1975.

Cadilla de Martínez, María. *La poesía popular en Puerto Rico* . Madrid: Imp. Moderna, 1933.

Coll y Toste, Cayetano. *Leyendas puertorriqueñas.* México: Editorial Orión, 1970.

Colón, José M. *La naturaleza en Manuel Zeno Gandía y Enrique A. Laguerre.* Río Piedras: 1949.

Díaz Quiñones, Arcadio. *Conversación con José Luis González.* Río Piedras: Ediciones Huracán, 1976.

Fernández Juncos, Manuel. Galería puertorriqueña. *Tipos y caracteres. Costumbres y tradiciones.* San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1958.

Frondizi, Josefina B. *Nuestra América; antología de literatura hispanoamericana* . San Juan: Dept. de Instrucción Pública, 1955.

Gardón Franceschi, Margarita. *Manuel Zeno Gandía: vida y poesía.* San Juan: Editorial Coquí, 1969.

_____. Introducción, estudio y selección. *La poesía de Manuel Zeno Gandía.* Puerto Rico: Ed. del Departamento de Instrucción Pública, 1968.

Gómez Tejera, Carmen. *La novela en Puerto Rico.* Río Piedras: Ed. Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1947.

González, José Luis. *Literatura y sociedad en Puerto Rico.* México: Fondo de cultura económica, 1976.

Guzmán, Julia M. *Apuntes sobre la novelística puertorriqueña. Manuel Zeno Gandía: del romanticismo al naturalismo.* Paris: Universidad de Paris, 1960.

Hill, Marnesky D. and Harold B. Schleifer. *Puerto Rican Authors: A Biographical Handbook.* Metuchen, N.J.: Scarecrow Press, 1974.

Hostos, Adolfo de. "Manuel Zeno Gandía," en *Hombres representativos de Puerto Rico.* San Juan: Imprenta Venezuela, 1961.

Hostos, Eugenio María de. *La peregrinación de Bayoán* . Río Piedras: Ed. Edil, 1970.

Laguerre, Enrique A y Esther Melón, *El jíbaro de Puerto Rico: Símbolo y figura.* Sharon, Conn.: Troutman Press, 1968.

Literatura puertorriqueña. 21 conferencias. San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1960.

López, Adalberto. "Puerto Ricans and the Literature of Puerto Rico," *Journal of Ethnic Studies* , 1, No. 2 (1973), pp. 56-65.

López, Mariano. "El perfil humano de *'La charca* '." Sin Nombre IX, No. 4 (1979).

Lluch Mora, Francisco. *La naturaleza en "La charca" de Manuel Zeno Gandía.* (Folletos puertorriqueños del Club de la Prensa). San Juan: Club de la Prensa y La Sociedad Puertorriqueña de Periodistas y escritores, 1960.

Manrique Cabrera, Francisco. *Historia de la literatura puertorriqueña.* Río Piedras: Ed. Cultural, 1969.

Matos Bernier, Félix. *Isla de arte* . San Juan, Imp. "La Primavera," 1907.

_____. *Cantos rodados.* San Juan de Puerto Rico: Imp. de Francisco J. Marxuach, 1900.

Meléndez Muñoz, Miguel. *Lecturas puertorriqueñas.* 2da. ed. San Juan: Imp. Venezuela, 1943.

_____. *Yuyo* . Barcelona: Ediciones Rumbos, 1963.

Méndez, José Luis. "La estructura social y la literatura puertorriqueña," *Casa de las Américas* . No. 123 (1980).

_____. "La literatura proletaria y el proletariado como tema en la literatura puertorriqueña." *Vórtice.* Nos. 2-3 (1979).

_____. *Introducción a la sociología de la literatura.* Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1982.

Morales Carrión, Arturo, "El jíbaro y su época: reflexiones mínimas," *Asomante,* 6, No. 2 (1950), pp. 82-95.

Olivera, Otto. "Una etapa olvidada de la literatura puertorriqueña," *Asomante,* 21, No. 3 (1965), pp. 53-58.

Palmer de Dueño, Rosa María. "Análisis estilístico de Redentores de Manuel Zeno Gandía," Thesis (M.A). Universidad de Puerto Rico, 1966.

_____. *Sentido, forma y estilo de "Redentores" de Manuel Zeno Gandía.* Río Piedras: Editorial universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1974.

Quiñones, Samuel R. *Manuel Zeno Gandía y la novela de Puerto Rico* . México: Ed. Orión, 1955.

Rivera de Alvarez, Josefina. *Diccionario de literatura puertorriqueña* . t.1. San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1970.

Robles de Cardona, Mariana. *Búsqueda y plasmación de nuestra personalidad.* San Juan, Ed. Club de la Prensa, 1958.

Rodríguez Juliá, Edgardo. *Campeche o los diablejos de la melancolía* . San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1986.

Rosa Nieves, Cesáreo. *Antología general del cuento puertorriqueño.* San Juan: Ed. Campos, 1959.

Soto, Venus Lidia. *El arte de novelar en "Garduña" de Manuel Zeno Gandía* . Hato Rey: Editorial del Departamento de Instrucción Pública, 1967.

Suárez Murias, Marguerite. "Los iniciadores de la novela en Puerto Rico," *Asomante.* 18, No. 3 (1962), pp. 40-53.

Tapia y Rivera, Alejandro. *El bardo del Guamaní* . Habana: Imprenta El Tiempo, 1862.

_____. *Bernardo de Palissy, o El heroísmo del trabajo, biodrama original en dos partes y cuatro cuadros.* 2da. ed. San Juan: Imprenta Venezuela, 1944.

_____. *La parte del león, drama en tres actos y en prosa* . 2da. ed. San Juan: Imprenta Venezuela, 1944.

_____. *La cuarterona, drama original en tres actos* . 2da. ed. San Juan: Imprenta Venezuela, 1945.

_____. *Póstumo el transmigrado, historia de un hombre que resucitó en el cuerpo de su enemigo.* 2da. ed. San Juan: Imprenta Venezuela, 1945.

_____. *La Sataniada, grandiosa epopeya dedicada al príncipe de las tinieblas, por Crisófilo Sardanapalo* . pseud. 2da. ed. San Juan: Imprenta Venezuela, 1945.

_____. *La antigua sirena, leyenda* . Bercelona: Ediciones Rumbos, 1966.

_____. *Mis memorias.* Río Piedras: Ed. Edil, 1971.

_____. *La palma del cacique y La leyenda de los veinte años; A orillas del Rhin* . México: Editorial Orión: 1977.

_____. *Conferencias sobre estética y literatura* . 2da. ed. San Juan: Imprenta Venezuela, 1945.

Tapia ayer y hoy. Ed. conmemorativa 1882-1982. Santurce: Universidad del Sagrado Corazón. Biblioteca Madre María Teresa Guevara, 1982.

Torres Santiago, José Manuel. "Nueva visión de Manuel Zeno Gandía." *Claridad.* Oct. 14, 1973.

Vázquez Vázquez, Luis Fernando. *Discrímenes y prejuicios en las 'Crónicas de un mundo enfermo' de Manuel Zeno Gandía.* M.A. Thesis, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1982.

Zavala, Iris M. "Puerto Rico, siglo XIX: Literatura y sociedad," *Sin nombre,* 7, No. 4 (1977), pp. 7-26.

_____. "Puerto Rico, siglo XIX: Literatura y sociedad," (2da parte), *Sin nombre.* 8, No. 1 (1977), pp. 7-19.

Zeno de Matos, Elena, ed. *Manuel Zeno Gandía. Documentos biográficos y críticos.* San Juan, 1955.

Alden Mason, J. y Aurelio Espinosa. *The Journal of American Folklore* . Vol. 34, No. 132, April-June, 1921.

Algarín, Pedro. *El naturalismo en Manuel Zeno Gandía.* Ph.D. dissertatiion, University of Illinois, 1972.

Alonso, Manuel A. *El gíbaro.* Barcelona: Ed. Vosgos, 1975.

Alvarez, Ernesto. *Manuel Zeno Gandía: Estética y sociedad.* Ph.D. dissertation, New York University, 1978.

Aponte, Marta. "Hacia una interpretación ideológica de 'La charca'." *Sin Nombre* V, No. 1 (1974).

Asomante . No. 4 (1955). (Número homenaje a Manuel Zeno Gandía).

Babín, María Teresa. "Aristas de la esclavitud negra en la literatura de Puerto Rico," *Sin Nombre* , 4, No. 2 (1973), pp. 57-62.

Barradas, Efraín. "La naturaleza en *La charca.*" *Sin Nombre.* 5, No. 1 (1974), pp. 30-42.

Beauchamp, José Juan. *Imagen del puertorriqueño en la novela (en Alejandro Tapia y Rivera, Manuel Zeno Gandía y Enrique A. Laguerre.* Río Piedras: Editorial universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1976.

Bothwell Travieso, Luis C. "Manuel Alonso: Costumbrismo y nacionalismo." *Casa de las Américas.* No. 11 (1978).

Brau, Salvador. *La vuelta al hogar y La pecadora* . Río Piedras: Ed. Edil, 1975.

Cadilla de Martínez, María. *La poesía popular en Puerto Rico* . Madrid: Imp. Moderna, 1933.

Coll y Toste, Cayetano. *Leyendas puertorriqueñas.* México:

Díaz Quiñones, Arcadio. *Conversación con José Luis González.* Río Piedras: Ediciones Huracán, 1976.

Fernández Juncos, Manuel. Galería puertorriqueña. *Tipos y caracteres. Costumbres y tradiciones.* San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1958.

Ferré, Rosario. *Maldito amor.* México: Editorial Joaquín Mortiz S. A. de C.V.

Frondizi, Josefina B. *Nuestra América; antología de literatura hispanoamericana* . San Juan: Dept. de Instrucción Pública, 1955.

Gardón Franceschi, Margarita. *Manuel Zeno Gandía: vida y poesía.* San Juan: Editorial Coquí, 1969.

_____. Introducción, estudio y selección. *La poesía de Manuel Zeno Gandía.* Puerto Rico: Ed. del Departamento de Instrucción Pública, 1968.

Gómez Tejera, Carmen. *La novela en Puerto Rico.* Río Piedras: Ed. Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1947.

González, José Luis. *Literatura y sociedad en Puerto Rico.* México: Fondo de cultura económica, 1976.

Guzmán, Julia M. *Apuntes sobre la novelística puertorriqueña. Manuel Zeno Gandía: del romanticismo al naturalismo.* Paris: Universidad de Paris, 1960.

Hill, Marnesky D. and Harold B. Schleifer. *Puerto Rican Authors: A Biographical Handbook.* Metuchen, N.J.: Scarecrow Press, 1974.

Hostos, Adolfo de. "Manuel Zeno Gandía," en *Hombres representativos de Puerto Rico.* San Juan: Imprenta Venezuela, 1961.

Hostos, Eugenio María de. *La peregrinación de Bayoán* . Río Piedras: Ed. Edil, 1970.

Laguerre, Enrique A y Esther Melón, *El jíbaro de Puerto Rico: Símbolo y figura.* Sharon, Conn.: Troutman Press, 1968.

Literatura puertorriqueña. 21 conferencias. San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1960.

López, Adalberto. "Puerto Ricans and the Literature of Puerto Rico," *Journal of Ethnic Studies* , 1, No. 2 (1973), pp. 56-65.

López, Mariano. "El perfil humano de *'La charca* '." Sin Nombre IX, No. 4 (1979).

Lluch Mora, Francisco. *La naturaleza en "La charca" de Manuel Zeno Gandía.* (Folletos puertorriqueños del Club de la Prensa). San Juan: Club de la Prensa y La Sociedad Puertorriqueña de Periodistas y escritores, 1960.

Manrique Cabrera, Francisco. *Historia de la literatura puertorriqueña.* Río Piedras: Ed. Cultural, 1969.

Matos Bernier, Félix. *Isla de arte* . San Juan, Imp. "La Primavera," 1907.

_____. *Cantos rodados.* San Juan de Puerto Rico: Imp. de Francisco J. Marxuach, 1900.

Meléndez Muñoz, Miguel. *Lecturas puertorriqueñas.* 2da. ed. San Juan: Imp. Venezuela, 1943.

_____. *Yuyo* . Barcelona: Ediciones Rumbos, 1963.

Méndez, José Luis. "La estructura social y la literatura puertorriqueña," *Casa de las Américas* . No. 123 (1980).

_____. "La literatura proletaria y el proletariado como tema en la literatura puertorriqueña." *Vórtice.* Nos. 2-3 (1979).

_____. *Introducción a la sociología de la literatura.* Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1982.

Morales Carrión, Arturo, "El jíbaro y su época: reflexiones mínimas," *Asomante,* 6, No. 2 (1950), pp. 82-95.

Olivera, Otto. "Una etapa olvidada de la literatura puertorriqueña," *Asomante,* 21, No. 3 (1965), pp. 53-58.

Palmer de Dueño, Rosa María. "Análisis estilístico de Redentores de Manuel Zeno Gandía," Thesis (M.A). Universidad de Puerto Rico, 1966.

_____. *Sentido, forma y estilo de "Redentores" de Manuel Zeno Gandía.* Río Piedras: Editorial universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1974.

Quiñones, Samuel R. *Manuel Zeno Gandía y la novela de Puerto Rico* . México: Ed. Orión, 1955.

Rivera de Alvarez, Josefina. *Diccionario de literatura puertorriqueña* . t.1. San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1970.

Robles de Cardona, Mariana. *Búsqueda y plasmación de nuestra personalidad.* San Juan, Ed. Club de la Prensa, 1958.

Rodríguez Juliá, Edgardo. *Campeche o los diablejos de la melancolía* . San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1986.

Rosa Nieves, Cesáreo. *Antología general del cuento puertorriqueño.* San Juan: Ed. Campos, 1959.

Soto, Venus Lidia. *El arte de novelar en "Garduña" de Manuel Zeno Gandía* . Hato Rey: Editorial del Departamento de Instrucción Pública, 1967.

Suárez Murias, Marguerite. "Los iniciadores de la novela en Puerto Rico," *Asomante.* 18, No. 3 (1962), pp. 40-53.

Tapia y Rivera, Alejandro. *El bardo del Guamaní* . Habana: Imprenta El Tiempo, 1862.

_____. *Bernardo de Palissy, o El heroísmo del trabajo, biodrama original en dos partes y cuatro cuadros.* 2da. ed. San Juan: Imprenta Venezuela, 1944.

_____. *La parte del león, drama en tres actos y en prosa* . 2da. ed. San Juan: Imprenta Venezuela, 1944.

_____. *La cuarterona, drama original en tres actos* . 2da. ed. San Juan: Imprenta Venezuela, 1945.

_____. *Póstumo el transmigrado, historia de un hombre que resucitó en el cuerpo de su enemigo.* 2da. ed. San Juan: Imprenta Venezuela, 1945.

_____. *La Sataniada, grandiosa epopeya dedicada al príncipe de las tinieblas, por Crisófilo Sardanapalo* . pseud. 2da. ed. San Juan: Imprenta Venezuela, 1945.

_____. *La antigua sirena, leyenda* . Bercelona: Ediciones Rumbos, 1966.

_____. *Mis memorias.* Río Piedras: Ed. Edil, 1971.

_____. *La palma del cacique y La leyenda de los veinte años; A orillas del Rhin* . México: Editorial Orión: 1977.

_____. *Conferencias sobre estética y literatura* . 2da. ed. San Juan: Imprenta Venezuela, 1945.

Tapia ayer y hoy. Ed. conmemorativa 1882-1982. Santurce: Universidad del Sagrado Corazón. Biblioteca Madre María Teresa Guevara, 1982.

Torres Santiago, José Manuel. "Nueva visión de Manuel Zeno Gandía." *Claridad.* Oct. 14, 1973.

Vázquez Vázquez, Luis Fernando. *Discrímenes y prejuicios en las 'Crónicas de un mundo enfermo' de Manuel Zeno Gandía.* M.A. Thesis, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1982.

Zavala, Iris M. "Puerto Rico, siglo XIX: Literatura y sociedad," *Sin nombre,* 7, No. 4 (1977), pp. 7-26.

_____. "Puerto Rico, siglo XIX: Literatura y sociedad," (2da parte), *Sin nombre.* 8, No. 1 (1977), pp. 7-19.

Zeno de Matos, Elena, ed. *Manuel Zeno Gandía. Documentos biográficos y críticos.* San Juan, 1955.

Bibliografía de Historia de Puerto Rico

Abbad y Lasierra, Fray Iñigo. *Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico.* Río Piedras: Editorial Universitaria, 1959.

Abril Mariano. *El socialismo moderno.* San Juan: La primavera, 1911.

Acevedo, Edberto Oscar. "Puerto Rico, Nueva Granada y Perú a fines de siglo XVIII, según viajeros anónimos." *Boletín de la Academic Chilana de la Historia.* Año XXXI, No. 70, Primer semestre de 1964.

Anderson, Robert W. *Party Politics in Puerto Rico.* Stanford: University Press, 1965.

Andreu Iglesias, César. *Independencia y socialismo.* San Juan: Librería Estrella Roja, 1951.

_____, Editor. *Memorias de Bernardo Vega.* Ría Piedras: Ediciones Huracán, 1977.

Azize, Yamila. *Luchas de la mujer en Puerto Rico (1898-1919).* Puerto Rico: Litografía Metropolitana, 1979.

Babín, Ma. Teresa. *La cultura de Puerto Rico.* San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970.

Baldorioty de Castro. San Juan: Instituto de Cultural Puertorriqueña, 1966.

Barbosa de Rosario, Pilar. *Orientando al pueblo, 1900-1921.* San Juan: Imprenta Venezuela, 1939.

_____. *La obra de José Celso Barbosa .* Nueve volúmenes. San Juan, 1975.

Baralt, Guillermo A. *Esclavos rebeldes: conspiraciones y sublevaciones de esclavos en Puerto Rico* (1795-1873). Río Piedras: Ediciones Huracán, 1982.

_____. *Yauco o las minas de oro cafetaleras (1756-1898) .* San Juan, 1984.

Bergad, Laird W. *Coffee and the Growth of Agrarian Capitalism in Nineteenth-Century Puerto Rico.* Princeton, New Jersey: Princeton University Press,1983.

Betances, Ramón Emeterio. *Las antillas para los antillanos.* San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1975.

Blanco, Tomás. *Prontuario histórico de Puerto Rico.* Madrid: Puery, 1935.

_____. *El prejuicio racial en Puerto Rico, con estudio preliminar de Arcadio Díaz Quiñones.* Río Piedras: Ediciones Huracán,1985.

Bonafoux, Luis. *Betances.* San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970.

Brau, Salvador. *Historia de Puerto Rico.* Río Piedras: Editorial Edil, 1972.

_____. *Disquisiciones sociológicas.* Río Piedras: Editorial Edil, 1972.

Buitrago Ortiz, Carlos. *Haciendas cafetaleras y clases terratenientes en el Puerto Rico décimonónico.* Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1982.

Campos, Albizu. *La conciencia nacional puertorriqueña.* Introducción y recopilación de Maldonado Denis. 2da ed. México: Siglo XXI, S.A., 1974.

Campos, Ricardo y Juan Flores. *Puerto Rico: Identidad nacional y clases sociales.* Río Piedras: Ediciones Huracán, 1979.

Caro Costas, Aida R. *Antología de lecturas de historia de Puerto Rico (Siglos XV-XVIII) .* 2da. ed. San Juan, 1980.

Carr, Raymond. *España 1808-1939.* Barcelona: Ediciones Ariel, 1966.

Carreras, Carlos N. *Betances, el antillano proscrito.* San Juan: Editorial Club de la Prensa, 1961.

Carreras, Juan. *Santiago Iglesis Pantín: su vida, su obra , su pensamiento.* San Juan: Editorial Club de la Prensa, 1970.

Castro, Paulino. *Historia sinóptica del Partido Nacionalista de Puerto Rico.* San Juan: 1947.

Cifre de Loubriel, Estela. *La inmigración a Puerto Rico durante el siglo XIX.* San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1964.

_____. *La formación del pueblo puertorriqueño: la contribución de los catalanes, baleáricos y valencianos.* San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975.

Clark, Truman, R. *Puerto Rico and the United States, 1917-1933.* Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1975.

Coll Cuchí, Cayetano. *Historia del gran partido puertoriqueño Unión de Puerto Rico.*

Coll Cucchí, José. *El nacionalismo en Puerto Rico.* San Juan: Gil de Lamadrid Hermanos, 1923.

Coll y Toste, Cayetano. *Historia de la esclavitud en Puerto Rico.* San Juan: Sociedad de autores puertorriqueños, 1969.

_____. "Personalidad étnica e histórica de Puerto Rico", prólogo de *Puertorriqueños ilustres ya fallecidos,* en *Boletín Histórico de Puerto Rico* . Tomo II, San Juan: Cantero y Fernández & Co., 1915; rpt. New York: Kraus Reprint Co., 1968, pp. 133-140.

Corretjer, Juan Antonio. *La lucha por la independencia de Puerto Rico* . San Juan: Publicación de Unión del Pueblo Pro Constituyente, 1950.

Crónicas de Puerto Rico . Eugenio Fernández Méndez, editor. Río Piedras: Editorial Universitaria, 1981.

Cruz Monclova, Lidio. *Historia de Puerto Rico en el siglo XIX* . Tres tomos. Río Piedras: Editorial Universitaria, 1957-1964.

_____. *Noticia acerca del pensamiento político de Puerto Rico, 1808-1952* . México: Ed. Orión, 1955.

Curet, José. *Los amos hablan* . Río Piedras: Editurial Cultural, 1986.

Chiles, Paul Nelson. *The Puerto Rican Press Reaction to the United States. The Puerto Rican Experience.* New York: Arno Press, 1975.

de Córdova, Pedro Tomás. *Memorias geográficas, económicas y estadísticas de la isla de Puerto Rico* . San Juan, Editorial Coquí, 1968.

de Diego, José. *Obras completas.* Dos tomos. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1967.

Delgado Pasapera, Germán. *Puerto Rico: sus luchas emancipadoras.* Río Piedras: Editorial Cultural,1984.

Díaz Hernández, Luis Edgardo. *Castañer: una hacienda cafetalera en Puerto Rico (1868-1930)* . Río Piedras: Editorial Edil,1983.

Díaz Soler, Luis. *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico* . Río Piedras: Editorial Universitaria, 1965.

_____. *Luis M. Rosendo Matienzo Cintrón: orientador y guardián de una cultura* . Dos volúmenes. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.

Epstein, Erwin, Editor. *Politics and Education in Puerto Rico.* New Jersey: Scarecrow Press, 1970.

Fernández Méndez, Eugenio. *La identidad y la cultura.* San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970.

Fernández Vanga, Epifanio. *El idioma de Puerto Rico y el idioma escolar de Puerto Rico.* San Juan: Ed. Cantero y Fernández & Co., 1931.

Flores, Juan. *Insularismo e idología burguesa* . La Habana: Ediciones Casa de las Américas, 1979.

Freire, Joaquín. *Presencia de Puerto Rico en la Historia de Cuba.* San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975.

García, Gervasio L. "Primeros fermentos de organización obrera en Puerto Rico, 1873-1898." Río Piedras: CEREP, *Cuadernos , 1*, 1974.

_____ y A.G. Quintero Rivera. *Desafío y solidaridad: breve historia del movimiento obrero puertorriqueño.* Río Piedras: Ediciones Huracán, 1982.

_____. *Historia crítica, historia sin coartadas: algunos problemas de la historia de Puerto Rico* . Río Piedras: Ediciones Huracán,1985.

Gautier Dapena, José. *Trayectoria del pensamiento liberal puertorriqueño en el siglo XIX.* San Juan: Instituto de Cultura puertorriqueña, 1963.

González, José Luis. *El país de los cuatro pisos* . San Juan: Ediciones Huracán, .

Gould, Lyman J. *La ley Foraker.* Río Piedras: Editorial Universitaria, 1969.

Hernández, Wilhelm. *Adjuntas: Notas para su historia.* San Juan: 1985.

Hostos, Eugenio María. *Obras completas.* Veinte volúmenes. La Habana: 1939.

Iglesias, Santiago. *Luchas emancipadoras.* San Juan: Cantero y Fernández & Co., 1929.

Jiménez de Wagenheim, Olga. *El grito de Lares, sus causas y sus hombres.* Río Piedras: Ediciones Huracán,1985.

_____. "La mujer puertorriqueña durante el siglo XIX: Esbozos para un estudio." Ponencia presentada ante la V Jornada - Seminario de Estudios de la mujer (Culturas de Ibveroamérica). Universidad Autónoma, Madrid, abril 1 de 1985.

López-Baralt, Mercedes. *El mito taíno: raíz y proyecciones en la amazonia continental* . Río Piedras: Ediciones Huracán, 1976.

Maldonado Denis, Manuel. *Puerto Rico, una interpretación histórico-social.* México: Editorial Siglo XXI, S.A., 1969.

_____. "Aproximación crítica al fenómeno nacionalista en Puerto Rico," *Casa de las Américas* , No. 102, mayo-junio, 1977, pp. 13-28.

_____. "La idea de la independencia de Puerto Rico en el pensamiento de José de Diego," *Asomante* , No. 4, octubre-diciembre, 1966, pp. 16-32.

_____. *Hacia una interpretación marxista de la historia de Puerto Rico y otros ensayos.* Río Piedras: Editorial Antillana, 1977.

Marqués, René. "El puertorriqueño dócil." *Cuadernos Americanos* , enero-febrero, 1962.

Meléndez Muñoz, Miguel. "Estado social del campesino puertorriqueño," *Obras completas* . Tomo I. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1963.

_____. "El jíbaro en el siglo XIX," *Obras completas.* Tomo III. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1963.

_____. *Hacia una interpretación marxista de la historia de Puerto Rico y otros ensayos.* Río Piedras: Editorial Antillana, 1977.

Márquez, René. "El puertorriqueño docil." *Cuadernos Americanos,* enero-febrero, 1962.

Meléndez Muñoz, Miguel. "Estado social del campesino puertorriqueño." *Obras Completas.* Tomo I. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1963.

_____. "El jibaro en el siglo XIX." *Obras completas.* Tomo III. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1963.

Meléndez, Ramón. "La base quinta del programa del Partido Unión de Puerto Rico, 1912-1924." *Revista del ICPR*, No. 14, enero-marzo, 1962, pp.51-56.

Memoria de los trabajos realizados por la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano: 1897-1898. Nueva York: Imprenta A.W. Howes, 1898.

Morales Carrión, Arturo. *Albores históricos del capitalismo en Puerto Rico.* Río Piedras: Editorial universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1972.

Muñoz Rivera, Luis. *Obras completas.* San Juan: Instituto de Cultural Puertorriqueña, 1968.

Osuna, Juan José. *A History of Education in Puerto Rico.* The Puerto Rican Experience. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1949.

Pagán, Bolívar. *Historia de los partidos políticos puertorriqueños.* Dos tomos. San Juan: Librería Campos, 1959.

Pedreira, Antonio S. *La actualidad del Jíbaro.* Río Piedras: Boletín de la Universidad de Puerto Rico, Serie VI, No. 1, septiembre, 1935.

_____. *Insularismo.* San Juan: Biblioteca de Autores Puertorriqueños, Segunda edición, 1942.

_____. *El año terrible del 87.* San Juan: Biblioteca de Autores Puertorriqueños, Tercera edición, 1948.

_____. *Un hombre del pueblo: José Celso Barbosa.* San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1965.

_____. *Hostos, ciudadano de América.* San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1964.

Picó, Fernando. *Registro general de jornaleros: Utuado, Puerto Rico (1849-50).* Río Piedras: Ediciones Huracán, 1976.

_____. *Libertad y sevidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX.* San Juan: Ediciones Huracán, 1979.

_____. *Amargo cafe.* San Juan: Ediciones Huracán, 1982.

_____. *Historia general de Puerto Rico.* 2da. ed. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1986.

Picó, Rafael. "Agricultura tradicional." *Nueva Geografía de Puerto Rico.* Puerto Rico: Editorial Universitaria, 1960, pp. 280-302.

López, Adalberto and James Petras. *Puerto Rico and Puerto Ricans: Studies in History and Society.* New York: John Wiley & Sons, 1974.

Ramos Mattei, Andrés A. *La hacienda azucarera: Su crecimiento y crisis en Puerto Rico (Siglo XIX)* San Juan: CEREP, 1981.

_____, editor. *Azúcar y esclavitud* . San Juan, 1982.

Ramón Emeterio Betances . Selección y prólogo Haroldo Dilla y Emilio Godínez. La Habana: Casa de las Américas, 1983.

Ruiz Belvis, Segundo, José Julián Acosta y Francisco Mariano Quiñones. *Proyecto para la abolición de la esclavitud en Puerto Rico* . Río Piedras: Editorial Edil, 1978.

Quintero Rivera, Angel. *Lucha obrera en PUerto Rico.* Río Piedras: CEREP, 1971.

_____. "Clases sociales e identidad nacional: notas sobre el desarrollo nacional puertorriqueño." *Puerto Rico: Identidad nacional y clases sociales.* San Juan: Ediciones Huracán, 1979.

_____. "Socialista y tabaquero: la proletarización de los artesanos" *Sin Nombre,* No. 1 (1978).

Rigual, Nestor. *Incidencias parlamentarias en PUerto Rico.* San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974.

Rivero, Angel. *Crónica de la guerra hispanoamericana en Puerto Rico.* New York: Plus Ultra Educational Publishers, Inc. , 1973.

Romero Rosa, Ramón. *El 16 de abril de 1905: lucha entre capital y trabajo.* San Juan: Unión Tipográgica, 1905.

Ruiz Belvis, Segundo, José Julián Acosta y Samuel R. Quiñones. *Projecto para la abolición de la esclavitud en Puerto Rico.* San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1959.

Silén, Juan Angel. *Hacia una visión positiva del puertorriqueño.* Río Piedras: Editorial Edil, Inc., 1971.

_____. *Historia de la nación puertorriqueña.* Río Piedras: Editorial Edil, 1973.

Sterlin, Philip and Maria Brau. *The Quiet Rebels, Four Puerto Rican Leaders: José Celso Barbosa, Luis Muñoz Rivera, José de Diego, Luis Muñoz Marín.* Garden City: Double Day, 1968.

Sued Badillo y Angel López Cantos. *Puerto Rico negro* . Río Piedras: Editorial cultural, 1986.

Todd, Roberto H. *Desfile de gobernadores de Puerto Rico.* Segunda edición, Madrid, 1966.

_____. *José Julio Henna, 1848-1924.* San Juan: Cantero Fernández & Co., 1931.

Tugwell, Rexford G. *The Stricken Land: The Story of Puerto Rico.* New York: Double Day, 1947.

Varios: "El presidente Taft y el gobierno propio." *La democracia,* 24 de abril de 1912.

Zenón Cruz, Isabelo. *Narciso descubre su trasero.* Puerto Rico: Editorial Furidi, 1974-1975.

Bibliografía General

Ara, Guillermo. *La novela naturalista hiospanoamericana.* Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1965.

Arias, Arturo. *Ideologías, literatura y sociedad durante la revolución guatemalteca (1944-1954).* La Habana: Casa de las Américas, 1979.

Barthes, Roland. *Análisis estructural del relato.* Buenos Aires: Editorial Tiempo contemporáneo, 1970.

_____, Henri Lefebvre y Lucien Goldman. *Literatura y sociedad: Problemas de metodología en sociología de la literatura.* Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1969.

Basurdo Larrañaga, Román. *Comercio y burguesía mercantil de Bilbao en la segunda mitad del siglo XVIII: prólogo de Federico Suárezz Verdeguer.* Pamplona: [Diputación Foral de Navarra], 1978.

Caunedo del Potro, Betsabé. *La actividad de los mercaderes ingleses en Castilla, 1475-1492* . Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1984.

Díaz-Plaja, Fernando. *Historia de España en sus documentos: siglos XV.* Madrid: Cátedra, 1984.

Eagleton, Terry. *Criticism and Ideology.* London: New Left Books, 1976.

_____. *Literatura y crítica marxista.* Madrid: Editorial Zero, 1978.

Fernández Retamar, Roberto. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones.* La Habana: Editorial Casa de las Américas, 1975.

_____. *Calibán, apuntes sobre la cultura en nuestra América.* México: Editorial Diógenes, 1974.

Franco, Jean. *La cultura moderna en América Latina.* México: Editorial Joaquín Mortiz, 1971.

Furtado, Celso. *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana.* México: Siglo XXI, Editores, 1974.

García-Baquero Gónzalez, Antonio. *Andalucía y la carrera de Indias. 1492-1824*. Sevilla: Editoriales Andaluzas Unidas, 1986.

Goldman, Lucien. *Pour une sociologie du roman.* Paris: Gallimard, Coll. Idées, 1964.

_____. *Structures mentales et creation culturelle.* Paris: Union Générale d' Editions, Cool, 1970.

_____. *La creation culturelle dans la societé moderne, Denoel.* Paris: Gonthier, Coll. Médiations, 1971.

Henríquez Ureña, Pedro. *Historia de la cultura en la América Hispánica.* México: Fondo de cultura económica, 1947.

Iñigo Madrigal, Luis. "Introducción a una posible historia social de la novela hispanoamericana" en *Casa de las Américas.* No. 99, nov.-dic. 1976, pp. 107-111.

Literatura y Praxis en América Latina. Caracas: Monte Avila, 1974. Coloquio en la Univ. de Bonn 1973, con trabajos de F. Alegría, N. Jitrik, R. Gutiérrez Girardot, M. Traba y A. Rama.

"Literatura latinoamericana e ideología de la dependencia." Número especial de *Hispamérica.* Buenos Aires, 1975.

Losada, Alejandro. *Los modos de producción entre 1750-1980. Estrategias de investigación.* Berlin: 1980.

Marías, Julián. *España inteligible: razón histórica de las Españas.* Madrid: Alianza, 1985.

Martino, Pierre. *Le naturalisme français, 1870-1895.* 7 ed. Paris: A. Colin, 1965.

Meléndez, Concha. *Obras completas.* San Juan: Instituto de cultura puertorriqueña, 1970.

Molas Ribalta, Pedro. *La burguesía mercantil en la España del Antiguo Reegimen.* Madrid: Cátedra, 1985.

"Nueva crítica literaria para Hispanoamérica: ideología, sociedad, literatura. Número especial de la *Revista Iberoamericana.* Pittsburgh: XLVI, 1980, 112-113, preparado por A. Roggiano, J. Beverley y H. Achugar.

Perus, Françoise. *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo.* México: Editores Siglo XXI, 1976.

Pastor de Togneri, Reyna. *Conflictos sociales y estancamiento económico en la España medieval.* Barcelona: Editorial Ariel, 1980.

Pattison, Walter Thomas. *El naturalismo español: historia externa de un movimiento literario.* Madrid: Editorial Gredos, 1969.

Rodríguez, Almodovar, Antonio. *La estructura de la novela burguesa.* Madrid: Taller de Ediciones J. Belancor, 1976.

Rosenblat, Angel. *La población indígena y el mestizaje en América,* 2 tomos. Buenos Aires: Editorial Nova, 1954.

Sánchez, Luis Alberto. *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana.* Madrid: Editorial Gredos, 1968.

Sánchez Vázques, Adolfo. *Las ideas estéticas de Marx.* México: Biblioteca Era, 1965.

Scholes, Robert. *Structuralism in Literature.* New Haven: Yale University Press, 1974.

Stavenhagen, Rodolfo. "Siete tesis equivocadas sbore América Latina" en *Tres ensayos sobre América Latina.* Barcelona: Anagrama, 1973.

Todorov, Tsvetan. *Poétique de la prose.* Paris: Editions du Seuil, Coll. Poétique, 1971.

_____. ¿Qué es el estructuralismo? en *Poética.* Buenos Aires: Editorial Losada, 1975.

Valdivieso, Jaime. *Realidad y ficción en Latinoamérica.* México: Joaquín Mortiz, 1975.

Vicens Vives, Jaime, ed. *Historia de España y América.* Barcelona: Editorial Vicens Vives, 1961.

Vidal, Hernan. *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis.* Buenos Aires: Ediciones Hispanoamérica, 1976.

Voltes Bou, Pedro. *El tiempo inmóvil: ¿Ha cambiado alguna vez España?* Barcelona: Plaza & Janes, 1986.

Zima, Pierre V. *Goldman, dialectique de l'immanence.* Paris: Editions Universitaires, 1973.

_____. *Pour une sociologie du texte littéraire.* Paris: Union Générale des editions, 1978.